BIBLIOTECA "GOATHEMALA"
DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DIRIGIDA POR EL LICENCIADO J. ANTONIO VILLACORTA C.
VOLUMEN XI

VERDADERA

Y

NOTABLE RELACION

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA Y GUATEMALA

ESCRITA POR EL CAPITAN

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

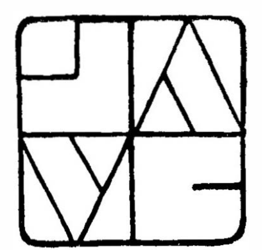
EN EL SIGLO XVI

TOMO II

EDICION CONFORME AL MANUSCRITO ORIGINAL QUE SE GUARDA EN EL ARCHIVO DE LA MUNICIPALIDAD DE GUATEMALA

BIBLIOGRAFIA

GUATEMALA, CENTRO AMERICA
ENERO DE 1934



F773-1m1c-1-34

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. — GUATEMALA, CENTRO - AMERICA

El libro de Bernal Díaz del Castillo

Una coincidencia digna de señalarse es que los dos primeros historiadores de México y del Río de la Plata, hayan sido toscos soldados, y que el género a que sus obras pertenecen, constituyan una singularidad en la literatura histórica así antigua como moderna. En efecto, los grandes capitanes antiguos y modernos, nos han contado lo que hicieron y lo que vieron, complementando la acción con la palabra; pero eran hombres de mando, cuya palabra es una vibración del temple de sus almas, que miraban las cosas desde arriba, incorporando a la historia su propia personalidad. Pero ninguno de los legionarios de César, ni uno sólo de los diez mil de Xenofonte, ni un soldado de Federico, ni veterano alguno de Napoleón, han escrito memorias geniales que trasmitan a la posteridad los sentimientos y las impresiones de las multitudes que acaudillaron, reflejando los juicios de la inculta colectividad que obedecía.

Por eso, es un rasgo característico del descubrimiento y de la conquista del Río de la Plata y de México, que sus dos primitivos y más genuinos historiadores, fueron dos soldados oscuros, ignorantes, que apenas sabían escribir, y que contando lo que vieron y lo que hicieron, hayan legado a la posteridad, no sólo un auténtico documento histórico, sino también una obra original, espontánea, hija del instinto, y por lo mismo llena de vida y colorido cual el mismo consumado arte literario no ha podido reflejar en correctas páginas.

Las cartas de Hernán Cortés, no nos darían una idea del espíritu de los aventureros que le seguían, si no tuvieran por comentario la "Verdadera Historia de Bernal Díaz del Castillo"; como los "Comentarios" de Albar Núñez carecerían de sentido, si el "Viaje" de Ulderico Schmidel no nos suministrase los elementos de un juicio completo respecto del carácter de los primeros conquistadores del Río de la Plata, desde don Pedro de Mendoza hasta Irala.

Bien que la de Schmidel pertenezca al género de la de Díaz del Castillo, la de éste le es muy superior, como que es el producto de un genio nativo, siendo única en la literatura universal. Ambas tienen, empero, de común, el carácter militar de sus autores, la in-

genuidad del relato, la pintura de los caracteres tomados al natural, sorprendidos en la acción, las pasiones de partido de que participan, y sobre todo, ser la expresión de la opinión de los soldados que con el criterio de las multitudes juzgaban las acciones de sus jefes. Son documentos a la vez que elementos morales, que ilustran los hechos animándolos con cierto soplo democrático que hace vibrar la fibra humana al través del tiempo.

Por eso la obra de Bernal Díaz del Castillo, tan inculta como sea considerada como producto literario, constituye una lectura útil a la vez que agradable, admitiendo algunas de sus páginas la comparación con varios episodios de los Comentarios de César, que eclipsan la crónica de Gomara y aun la elocuente historia de Solís, mereciendo el aplauso de Robertson y de Prescott, que se inspiraron en ellas, reflejándolas apenas.

Libro tan singular, bien merecería que se hiciese de él un estudio muy especial; pero no es este nuestro propósito. Sin entrar a la parte histórica o biográfica, y tocando muy de paso la literaria, vamos a ocuparnos de la obra de Bernal Díaz del Castillo, considerándola del punto de vista bibliográfico, respecto de lo cual, ningún estudio serio se ha hecho hasta el presente.

Para el efecto, nos valdremos de la edición original de ese libro, sumamente rara, a la cual se liga una cuestión digna de ser ilustrada.

Su título copiado al pie de la letra es el siguiente: "Historia Verdadera | de la conquista de la | Nueva España | Escrita | por el Capitán Bernal Díaz del | Castillo, uno de los Conquistadores. | Sacada á luz | Por el P. M. Fr. Alonso Remon, Pre | dicador y Cronista General de Orden de | N. S. de la Merced, Redención de Cautivos. | A la Cathólica Magestad del | mayor Monarca D. Felipe | IV Rey de las Españas y Nuevo Mundo N. S. | Con privilegio. En Madrid, en la Emprenta del Reyno (632)".

El frontispicio alegórico que le sirve de portada lleva la firma del grabador I. de Courbes. Está adornado con escudos y figuras y trae en él los retratos, de cuerpo entero, de Hernán Cortés y de Fray Bartolomé de Olmedo, los dos héroes de la conquista mexicana; de la militar el uno, de la espiritual el otro. Abajo tiene un plano panorámico de la ciudad de México. (Son 10 f. s. f. preliminares y 254 de texto a 2 col.)

Algunos ejemplares de este libro llevan una portada impresa con la designación del año de 1632—que falta en la grabada—y además un capítulo adicional impreso en pliego aparte, continuando el orden de la foliatura. Esto ha dado origen a la especie que en el mismo año y por la misma imprenta se hicieron dos ediciones distintas. Todos los bibliógrafos que de este último se han ocu-

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQVISTA DE LA NUEVA-ESPANA

ESCRITA

Por el Capitan Bernal Diaz del Castillo, uno de sus Conquistadores

SACADA A LVZ

Por el P.M. Fr. Alonso Remon, Predicador, y Coronista General del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redempcion de Cautivos

A LA CATHOLICA MAGESTAD DEL MAYOR MONARCA DON FELIPE QVARTO, Rey de las Españas, y Nuevo Mundo, N. Señor

CON PRIVILEGIO.

En Madrid en la Imprenta del Reyno Año de 1632.

Facsimil de la portada de la 1ª edición de la obra de Bernal Díaz del Castillo, impresa hace 301 años

pado, se inclinan uniformemente a creer que el signo distintivo de la segunda edición es el mencionado capítulo adicional. Este doble problema bibliográfico, no ha sido resuelto ni siquiera estudiado hasta el presente.

León Pinelo, que fué el primero que en su "Epítome" dió noticia de la existencia del manuscrito de la obra, dice haber visto el original en la biblioteca del consejero de Indias don Lorenzo Ramírez de Prado: y que de allí la copió el Padre Remón para imprimirla. Esta noticia está confirmada por el último en la dedicatoria a su mecenas, que es el mismo Ramírez de Prado, a quien dirige estas palabras: "Vuelvo impreso lo que nos comunicó manuscrito".

Nicolás Antonio en su "Biblioteca Nova", adelanta que el libro fué publicado por Fr. Gabriel de Adarzo y Santander, obispo de Otranto—lo que no es del todo exacto.

Barcia, en el "Epítome" de León Pinelo añadido por él, determina el año de 1632 para la primera edición, y se refiere a una sola y única al dar la noticia, de una "Historia de Goatemala" M. S., obra de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (Ximenez de Urrea) rebiznieto de Bernal Díaz del Castillo. A su vez este descendiente del historiador, escribiendo en 1695, se refiere también a una edición única con estas palabras: "El libro impreso que sacó a luz el P. Alonzo Remón". Según él, el texto de su antecesor estaría adulterado, "porque cotejado con el original o borrador que paraba en su poder (en Guatemala), no concordaba en algunas cosas". A propósito de esto, observa Barcia que "no siendo éstas sustanciales, es fácil creer, que al copiarlas, mudase el autor algunas." Esto, que confirma doblemente el testimonio de León Pinelo, en cuanto a ser original el texto que el señor Remón tuvo a la vista, revela la existencia de dos autógrafos, uno en Europa y otro en América, así como que este último fué el primer borrador.

Robertson, en el catálogo de libros americanos de su "Historia de América", sólo menciona una edición de 1632, siendo por lo tanto, posterior a 1777 la especie singular de dos ediciones en el mismo año.

Salvá, que es el que por primera vez haya anunciado el hecho como probable en su "Catálogo" de 1826, deduciéndolo únicamente del capítulo adicional que acompañaba algunos ejemplares.

O. Riel, en su "Catalogue of books" de 1823, es el primero que haya afirmado la existencia de dos ediciones, agregando arbitrariamente—pues no comprueba el aserto—que una de ellas fué impresa por el año de 1700.

Ternaux-Compans, repite lo mismo pero de su anotación se deduce que sólo vió una edición. Brunet, indica dos ediciones en el mismo año, guiándose por el criterio de Salvá.

Don Enrique de Vedia en sus "Noticias sobre los historiadores primitivos de Indias" (Bib. de Aut. Esp. de Rivadeneira, tomo 26), trae sobre el particular, dos asertos contradictorios que se ex-

cluyen. "Hay la particularidad, dice, de que las ediciones de Madrid de 1632 (en la Imprenta Real) son dos; una con portada grabada y en malísimo papel, y otra sin aquel requisito; pero más ceñida y ajustada la impresión: el contenido es el mismo, y sólo hay en la primera (la de portada grabada) un capítulo adicional."—En la página siguiente agrega, desvirtuando su anterior aserto: "Dijimos anteriormente que las dos impresiones de Madrid, si es que son dos *o una misma con diferentes portadas, son las primeras".*

Prescott con más mesura, sólo habla como Robertson de una edición en 1632; Quaricht, en su "Catalogue" es más explícito, estampando esta afirmación: "Las dos ediciones son realmente dos distintas publicaciones, y no meramente provenientes de una misma, siendo probablemente impresas en el mismo año". A ejemplo de Salvá y a la inversa de Vedia, adjudica la portada impresa a la que llama primera edición, y la grabada, a la que califica de segunda, pero sin demostrarlo, pues no hace ni la descripción del libro.

Salvá y Mallen (el hijo de Salvá) en su "Catálogo" de 1872, trae las dos ediciones, y lo mismo que su padre, aplica la portada impresa a la primera.

Sabin, en su "Dictionary of books relating to America", lo repite.

El último que haya repetido la especie de dos ediciones distintas en el mismo año y por la misma imprenta, es Leclerc en su "Bibliothéque Américaine" de 1878, dando la descripción de ambas y arreglando las portadas a la inversa de Vedia.

Después de un detenido estudio de esta oscura cuestión bibliográfica, y teniendo simultáneamente a la vista tres ejemplares de la obra, podemos asegurar lo siguiente: primero, que hay dos ediciones distintas pero no del mismo año; segundo, que el capítulo que se considera signo distintivo de la segunda edición, corresponde a la primera; tercero, que la portada grabada pertenece a la primera edición y la impresa a la segunda. Vamos a demostrarlo.

Por lo que respecta a las portadas, la prueba es perentoria. La portada grabada pertenece, como queda anotado, al buril de I. de Courbes que la firma. Este mismo grabador fué quien cuatro años antes, en 1629, había ejecutado la del Epítome de León Pinelo, lo que prueba que corresponde a la época, y por consecuencia a la edición en 1632.

Podría pensarse que las dos portadas pertenecen a una misma edición, deduciéndolo de que una lleva el milésimo del año que falta en la otra, y que así solía hacerse en los libros con doble portada; pero si se advierte que el papel es distinto, que los caracteres tipográficos difieren de los del cuerpo de la obra, y son de fundición más moderna en la impresa, siendo su ortografía otra, y que demostrado como está que la grabada corresponde a la época de la primera edición, la segunda quedaría sin ella, hay que adjudicarla forzosamente a la edición impresa en el mismo papel, con el mismo tipo y

con idéntica ortografía en 1632. Debe advertirse, empero, que varios ejemplares llevan trocadas las portadas; pero esta es mera cuestión de encuadernación.

En cuanto al capítulo adicional, sucede que algunos ejemplares de la primera edición lo llevan, y otros no, faltando en la de la segunda, como lo comprueban los tres ejemplares que tengo a la vista: el uno, perteneciente a la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Segunda edición sin el capítulo); el otro, a la de D. Andrés Lamas (1ª con el capítulo) y otro a la mía (primera sin el capítulo). Este capítulo que poco o nada tiene que ver con la conquista de México, está impreso en pliego aparte con los mismos tipos y el mismo papel negruzco con rayas de agua verticales y sin marca de la primera edición, continuando la foliatura hasta completar la foja 256. (Por equivocación, lleva el capítulo el número CCXXII en vez del CCXII que le corresponde).

Estudiando con atención las licencias, aprobaciones, dedicatorias, preliminares, etc., que son idénticos en ambas ediciones y en todos los ejemplares, se adquiere la evidencia de que el capítulo adicional es un apéndice agregado por la misma imprenta, probablemente en el mismo año. Todo esto, consta de lo siguiente:

1º Las licencias para imprimir el libro, fueron dadas al P. Remón en 1630, examinando en el mismo año el manuscrito los cronistas de las Indias Gil González Dávila y Tribaldos de Toledo; 2º El privilegio para imprimir fué concedido por el término de diez años en junio de 1631; 3º La edición se terminó en 16 de octubre de 1632, en cuya fecha se formó la fe de erratas; 4º, La suma de la taza se verificó en 4 de noviembre de 1632; 5º Antes de terminarse la impresión, murió el P. Remón, insertándose su necrología entre los preliminares, con cuyo motivo se encargó de ella el obispo Adarzo y Santander, que fué quien la publicó, como dice Nicolás Antonio; 6º La primera edición se publicó el 8 de noviembre de 1632, según consta de la dedicatoria al Rey por el Maestro general de la orden a que pertenecía el P. Remón.

Como, sin embargo, la edición se hizo con arreglo al manuscrito del P. Remón, al final del capítulo CCXI—que es el último—se inserta una "Conclusión y Epítome", firmada por él, en que dice: "La verdad escrita de mano de quien le costó trabajo pelear para merecer la alabanza, no tiene precio; y fué la principal razón que a mí me movió para recopiar estos originales olvidados, y ponerlos en público y en limpio". A continuación, siguiendo la misma foliatura, pero en pliego aparte, se inserta el capítulo adicional como por vía de apéndice, ya sea después del fallecimiento del P. Remón, ya cuando el libro estaba impreso, y así se dice en su encabezamiento: "Este capítulo, que es último del original, por parecer escusado, se dexó de imprimir, y a petición de un curioso se añade."



DON FHELIPE, etc.—Por cuanto por parte de vos, DIEGO DIEZ DEL CASTILLO, natural de la Ciudad de Santiago, de la provincia de Guatimala, y vecino de la Ciudad de México, en las nuestras Indias del mar Océano, me habéis hecho relación que vos sois hijo de BERNAL DIEZ DEL CASTILLO, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Ciudad de México y Nueva España, donde más principalmente nos sirvió, y después en la conquista y pacificación de la provincia Guaçaqualco, y en la de Honduras y en otras partes de las nuestras Indias, ayudándolas a conquistar y á poblar con gran trabajo y riesgo de su persona, poniendo su vida muchas veces á peligro de perdella, por más se señalar en nuestro servicio, trayendo de ordinario sus armas y caballos a su costa y misión, como bueno y leal vasallo y servidor nuestro, como constaba y parescía por informaciones que dello presentastes ante Nos en el nuestro Consejo de las Indias, y vos y vuestros hermanos así mismo nos habíades servido en lo que se había ofrescido y tenéis deseo de lo continuar. Y me suplicastes que para que de los servicios del dicho vuestro padre y de vuestros hermanos quedáse perpétua memoria, y vos y vuestros hijos y descendientes y de los dichos vuestros hermanos fuésedes más honrrados, vos mandásemos dar por armas un escudo que tenga el campo de color de cielo, en el cual haya un castillo de oro labrado, y encima dél, en la almena más alta, esté un hombre armado de armas blancas, con una espada en la mano derecha y un escudo embrazado en la otra izquierda, y a los lados del dicho castillo, dos leones de su color en salto, que le tienen con las manos y vueltas las cabezas hacia atrás, y encima del dicho castillo, un sol y una luna con cuatro estrellas de oro y dos águilas, de piés sobre unas columnas a los lados del dicho castillo, y encima de las dos torres, dos flores de lises de oro, y por la orla ocho veneras de Santiago azules, repartidas por toda ella en campo de sangre, y por timble un yelmo cerrado con su rollo torcido, y por devisa unas plumages blancas, coloradas y amarillas, y sus trascoles y dependencias a follages de colorado y oro, o como la nuestra merced fuése, etc.

Dada en Valladolid á 6 de Mayo de 1,565—YO EL REY.

Páginas 69 y 70, ESCUDO Nº 3, LAMINA XXVI de la obra "NOBILIARIO DE CONQUISTADORES DE INDIAS" que publicó la Sociedad de Bibliófilos Españoles en Madrid, 1,892, en la Imprenta y Fundición de M. Tello, Impresor de Cámara de S. M., Don Evaristo, 8.

Lo dicho prueba igualmente que la especie de las dos ediciones simultáneas no tiene consistencia, pues en el espacio de mes y medio no pudo ejecutarse por la misma imprenta y en el mismo año, un volumen en cuya confección se había empleado cerca de un año y medio.

Para convencerse de que los ejemplares de la portada grabada y los de portada impresa son dos ediciones completamente distintas, basta cotejarlas. Aun cuando ambas tengan el mismo formato, el mismo número de fojas y muchas páginas estén reproducidas a plana y renglón, difieren completamente por los tipos, el papel con marca de agua, las viñetas, la ortografía y la ordenación de la mayor parte de las páginas que, como dice Vedia, es "más ceñida y ajustada".

La obra de Bernal Díaz del Castillo merece algo más que un simple comentario bibliográfico; merece leerse con amor en todas sus ediciones. Ella es única en su género, y como lo observa Robertson, "una de las más singulares que se hayan escrito en lengua humana". Prescott la caracteriza con propiedad cuando dice que su autor, "simple hijo de la naturaleza", daguerrotipa, por decirlo así, las escenas de la vida real, y es entre los cronistas lo que el autor del "Robinson Crusoe" entre los novelistas. No puede juzgarse según las reglas del arte un libro evidentemente escrito en la completa ignorancia de ellas, y que a pesar de todo será leído por el sabio y por el estudiante, mientras que composiciones de historiadores más clásicos, dormirán tranquilamente en los estantes de las bibliotecas".

El objeto del autor al emprender su obra, fué refutar al historiador Gomara; y al terminarla había hecho su propia apología a la par de sus compañeros de trabajos, inmortalizándose con ellos, pues como él lo dice, si él mismo no se alaba, "habránlo de parlar los pájaros que iban volando en el tiempo que estabamos en las batallas? ó las nubes que pasaban por alto, sino solamente los capitanes y los soldados que en ellos nos hallamos? No me alabo tanto cuanto yo puedo y debo, y á esta causa lo escribo para que quede memoria de mí."

El libro de Bernal Díaz del Castillo ha sido traducido a todas las lenguas; pero por un descuido inexplicable, era desconocido en la lengua francesa, y su nombre apenas figura en los más recientes diccionarios históricos. Mr. Jourdanet, autor del conocido libro "La influencia de la presión del aire en la vida del hombre", se ha encargado de reparar ese olvido publicando una cuidadosa traducción ilustrada que lo ha rejuvenecido, haciéndolo popular en Europa.

Un periódico francés, hablando de la traducción de Jourdanet, ha emitido este juicio: "Encontramos a cada paso en Bernal Díaz, páginas verdaderas que sorprenden la atención, llenas de un efecto grandioso, que tienen como un soplo épico, que en nada ceden a lo que se conoce de más famoso en su género. La descripción del sitio de México, vale seguramente la del sitio de Alesia por César; la na-

rración de la retirada de los españoles después de su expulsión de México, nada pierde en ser cotejada con narraciones análogas en los célebres desastres del ejército francés en Rusia".

Como se ha dicho con tal motivo, Bernal Díaz del Castillo, es un veterano que se queja de no encontrar en el arco del triunfo sino el nombre del conquistador, y que quiere inscribir el suyo, al lado, juntamente con el de sus camaradas olvidados por los historiadores. Su libro es su arco de triunfo, y su nombre ha sido grabado en él por la mano viril que esgrimió la espada, con el cincel de la inmortalidad.

BARTOLOME MITRE.

(Del «Viaje al Río de la Plata por Ulrich Schmidel». Buenos Aires—1903—Págs. 5 y siguientes).

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

I

Original y copias.

1

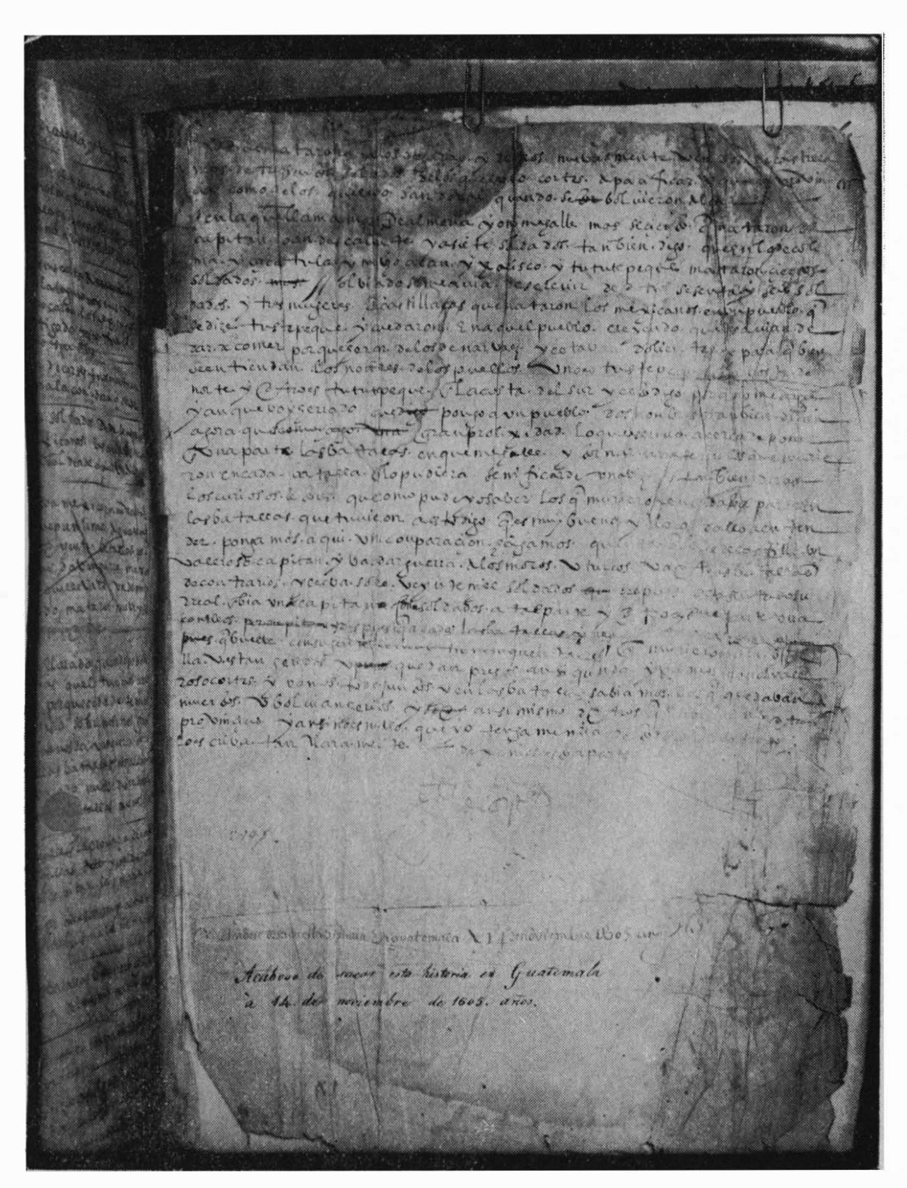
El manuscrito original de la obra de Bernal Díaz del Castillo, se conserva en el archivo de la Municipalidad de Guatemala, y forma un volumen de 299 folios, es decir 598 páginas, escritas de letra del autor, clara y bien dibujada, de tamaño regular, en pliegos de papel español extendidos a lo largo. Está encuadernado en piel roja obscura y mide 44 cm. en su mayor extensión, 30 cm. de ancho y 5 cm. de grueso.

En el lomo, adornado con líneas pares doradas, que forman cuatro divisiones, pequeñas la de arriba y la de abajo, se lee en la grande superior, en un trozo de la misma piel, lo siguiente:

BERNAL DIAS
HISTORIA ORIGINAL
DE LA CONQUISTA
DE MEXICO
Y GUATEMALA

El autor hizo numerosas correcciones, testando palabras y aun párrafos, interlineando y corrigiendo la numeración de los capítulos. Por la letra de muchas intercalaciones parecida a la de los últimos memoriales que Bernal Díaz presentó al juez privativo de tierras en el año 1580, expediente que se halla en el Archivo Colonial, se ve que, ya anciano, corregía aún su notabilísima Relación.

Después de una página protectriz moderna, comienza el códice en un folio muy deteriorado, habiendo desaparecido el cuarto inferior derecho, por lo que se halla agregada una hoja de papel español suelta, escrita en una de sus caras, en que se transcribió parte de lo que el folio maltratado contenía.



Acabose de sacar esta historia en Guatemala
a 14. de noviembre de 1605. años.

Ultima página del capítulo CCXII del MS. original que se conserva en el Archivo Municipal de Guatemala

Parece que lo escrito en la mitad superior del frente en que aparece la noticia preliminar la anuló el autor, trazando líneas inclinadas de arriba hacia abajo.

A mitad de ese folio

"Comienza la rrelación de la ystoria...."

En el folio 47 vuelto agregó el autor siete renglones en una tira de papel de la época.

En el folio 65 también agregó casi media página con 17 líneas, substituyendo a lo que ésta cubre, que aparece anulado con rayas inclinadas y cruzadas.

El folio 72 vuelto sólo contiene escritas diez líneas.

Los bordes de los folios 95 a 101 están muy destruídos y reparados con papel antiguo. El folio 117 solo presenta escritas diez líneas en el frente.

Los folios 295 y siguientes aparecen bastante destruidos en la parte inferior. En el último de los folios del volumen se halla muy dañada la firma del autor, quien agregó después otros capítulos por lo que este folio fué mal colocado al encuadernar el volumen.

El manuscrito permaneció durante mucho tiempo en poder de la familia del capitán-historiador. D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán en su "Recordación Florida", decía en 1699: "Habiéndose aplicado mi juvenil edad a leer, no solo con curiosidad, sino con afición, veneración y cariño el original borrador de el heróico y valeroso capitán Bernal Diaz del Castillo, mi revisabuelo, cuya ancianidad manuscrita conservamos sus descendientes con aprecio de memoria estimable", etc.

En una nota escrita al lápiz, al pie de la página 128 del tomo 2º de la "Historia de la Conquista de México", por Prescott impresa en 1844, ejemplar que perteneció a D. Manuel Pineda de Mont, se lee: "Yo he visto el manuscrito de Bernal Diaz el mes de sepbre. de 1835 en casa de Dn. Santiago Machado".

2ª

Del original se sacó en vida de Bernal Díaz del Castillo una copia que fué enviada a España, como aparece en el expediente de *"Provanza de méritos y servicios de Bartolomé Becerra"*, en la cual el testigo Joan Rodríguez Cabrillo de Medrano, vecino de Santiago de Guatemala declara, entre otras cosas "quel dicho Bernal Diaz del Castillo fué uno de los primeros conquistadores y descubridores que vinieron a la Nueva España..... que esto es tan público y notorio, que otra cosa no hay en contrario en esta ciudad y provincia, como mas largamente este testigo dijo constaba por informaciones quel dicho Bernal Diaz del Castillo ha hecho, de que han resultado dos cédulas de su Magestad que este testigo ha visto, y por una corónica quel dicho Bernal Díaz del Castillo ha escrito y compuesto de la conquista de toda la Nueva España, que se envió a su Magestad el rey D. Felipe nuestro señor, la cual este testigo ha visto y leído, etc." (1)

---

(1) "Historia de Guatemala o Recordación Florida", por Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. Madrid 1882, Tomo I, página 398.

3ª

Al pie del folio 289 del manuscrito de la Municipalidad se lee: "Acabóse de sacar esta historia en Guatemala a 14 de Noviembre de 1605 años". Esa frase ambigua puede dar a entender que no es este el original. Pero si se compara la letra del autor con la de los memoriales que presentó al Juez de tierras en 1580, principalmente las entrerrenglonaduras que se leen en el Códice del Ayuntamiento, se comprueba que éste es de puño y letra del autor el cual escribió su notable y verdadera Relación en la Ciudad de Guatemala, entre los años 1553, en que aparece radicado en ella y 1568, en que rubrica el capítulo CCXII, agregando, como hemos dicho, dos capítulos más, y aún pensando continuar su relación, pues al finalizar el CCXIV escribió "bien es que diga en otro capítulo de los arzobispos y obispos que a abido".

Lo probable es que los familiares del autor hayan hecho sacar del manuscrito una copia terminada en 14 de noviembre de 1605 que enviarían a España, ya que en Guatemala no hay más rastro de ella que la citada nota.

4ª

¿Cuál de las dos copias fué a parar a manos del Consejero de Indias don Lorenzo Ramírez de Prado, en Madrid, en donde la conoció el Padre mercedario Fr. Alonso Remón, que fué el primero en editar la obra de Bernal Díaz del Castillo en 1632? No sabremos decirlo, pero consta que obtuvo una copia de la que conservaba el señor Ramírez de Prado que le sirvió para darla a la imprenta. El historiador argentino Bartolomé Mitre apunta: "León Pinelo que fué el primero que en su "Epitome" dió noticia de la existencia del manuscrito de la obra, dice haber visto el original en la biblioteca del Consejero de Indias don Lorenzo Ramírez de Prado, y que de allí la copió el Padre Remón para imprimirla Esta noticia está confirmada por el último en la dedicatoria a su mecenas que es el mismo Ramírez de Prado, a quien dirige estas palabras: "vuelvo impreso lo que nos comunicó manuscrito".

5ª

El Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública, don Delfino Sánchez, mandó sacar una copia del original, trabajo que se llevó a feliz término en 1882, en las oficinas del propio Ministerio, formando un volumen en papel español de 1095 fojas escritas en ambos lados de letra grande y clara, que fué empastado en piel, en la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad de Guatemala, protegiéndole esquineras de metal, y grabándose en el lomo la relación siguiente: "BERNAL DIAZ DEL CASTILLO: APUNTES HISTORICOS".

En la primera y en la última de las páginas se lee respectivamente: "Copia auténtica de los apuntes escritos por Bernal Díaz del Castillo, sobre la Conquista de México y del Reino de Guatemala, y sacada por órden del Ministerio de Instrucción Pública del manuscrito que original se conserva en el Archivo de su Secretaría".

"El Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública: Certifica: que es auténtica la copia que precede de los apuntes históricos escritos por Bernal Diaz del Castillo y está enteramente conforme con el manuscrito original que se conserva en el Archivo de esta Secretaría.—Guatemala, julio tres de mil ochocientos ochenta y dos.—(f) Delfino Sánchez.—Hay una rúbrica, y está el sello oficial que dice: "Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública de la República de Guatemala, América Central".

Dicho volumen se conserva ahora en el Archivo del Ministerio de Gobernación y Justicia.

6ª

En la Biblioteca Nacional se encuentra un manuscrito de la obra de Bernal Díaz del Castillo encuadernado en tres volúmenes, con el siguiente titulo: *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España y del Reyno de Guatemala,* escrito por el Alférez Bernal Diaz del Castillo—Cuaderno 1º Se comenzó este trabajo de una nueva edición el 15 de junio de 1890. Contiene una "introducción del editor firmada por don Martín Mérida, y abarca el prólogo del autor y los capítulos 1º al 88º Cuaderno 2º (Se concluyó esta parte el 11 de agosto de 1891. Corregida el 16 de febrero de 1892). Contiene los capítulos 89º a 126º Cuaderno 3º. Contiene los capítulos 127º a 156º (Septiembre 4 de 1892).

En la introducción dice el señor Mérida: "Entre la colección de valiosos manuscritos patrios que posee la Biblioteca Nacional se encuentra una copia autenticada por el Ministro de Instrucción Pública, ciudadano Delfino Sánchez, del manuscrito que contiene la "Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España" escrita por el Alférez de la misma expedición conquistadora Bernal Diaz del Castillo, cuya copia fué sacada del original que existe en el Archivo del Ayuntamiento de la capital de la República. ......

"Después de haber repasado a Bernal Díaz del Castillo he creído que para sentir todas las bellezas de este viejo soldado y que por si solas forman un poema digno de la epopeya, convenía modificar algún tanto la dicción del español antiguo, en lo que tiene de áspero, incorrecto y disonante, y a este fin se ha dirigido mi imperfecto trabajo, formando los períodos de que el original carece y construyendo de nuevo las oraciones, en donde el pensamiento histórico se divaga por falta de claridad y corrección. Pero en esta modificación he sido tan escrupuloso, o más bien tan respetuoso al texto, que lo he seguido punto por punto, y conservando hasta los arcaísmos y modismos que le son tan propios, y que le imprimen la fisonomía particular de la época. Además dejo establecida una ortografía fija pues tanto el manuscrito como las ediciones citadas carecen completamente de ella".

7ª

En la última página protectriz del manuscrito original de la Municipalidad se lee: *"Copiado en facsimil fotográfico en Guatemala, por los artistas Uribe y Girón, octubre 1º de 1892.—(f) Uribe y Girón".*

El entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. don Ramón A. Salazar, en su "Historia del Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala", dice: "Hoy constituye (la obra de Bernal Díaz del Castillo) la más preciada joya del Archivo de la Municipalidad de Guatemala". "Hay una copia de ella en la Biblioteca Nacional, aunque con algunas palabras y aún frases en hueco por no haberlas entendido en el original la persona que la paleografió". (Es la descrita en el número 5 de estas notas).

"En la Academia de la Historia de Madrid debe existir otra copia al fotograbado con que el gobierno de Guatemala la obsequió en las fiestas del centenario de Colón, siendo el que esto escribe, Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala".

Don Genaro García en la magnífica introducción que puso al frente de la edición mexicana en 1904, dice: "En 20 de octubre de 1895, don Emilio de León, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Guatemala cerca de México, obsequió en nombre de su gobierno al nuestro "en prueba de amistad y especial deferencia" una reproducción fotográfica del códice autógrafo".

8ª

El mismo distinguido historiógrafo y literato mexicano agrega en el aludido prólogo:

"Cinco años más tarde, cuando escribía yo mi obra titulada "Carácter de la conquista española en América y en México", me persuadí de que para perfeccionar nuestra historia antigua era indispensable una edición exacta de la *Historia Verdadera,* y quise llevar a cabo esta edición. Poco después, en agosto de 1901, escribí al actual señor Presidente de Guatemala, don Manuel Estrada Cabrera, manifestándole mis deseos de imprimir el precioso Códice. El distinguido funcionario se sirvió contestarme el 1º del siguiente mes, que el propio día había acordado se sacase "una copia exacta y completa del autógrafo" y se me remitiera para los efectos que yo le había expresado. El señor don Juan J. Argueta, Secretario de Gobernación y Justicia en aquella República, principió luego a remitirme con toda puntualidad la copia acordada a medida que se iba sacando, la cual corregía yo aquí y completaba cuidadosa y fielmente, en vista de la referida reproducción fotográfica, conservada en nuestra Biblioteca Nacional".

9ª

El Gobierno de la República española solicitó del nuestro, por medio de su Legación en Guatemala, en diciembre de 1932, la aquiescencia del Ayuntamiento de esta capital para obtener una copia fotográfica completa del interesante manuscrito y el Concejo se sirvió acordar de conformidad,

como consta en el acta de la sesión fechada el 15 de febrero de 1933, que dice al respecto: "La Municipalidad accede gustosa a proporcionar el libro de Bernal Díaz del Castillo, siempre que dicho trabajo no grave al tesoro de propios, no se haga fuera del edificio municipal y no arruine o destruya en lo más mínimo el documento histórico; rogando al señor Encargado de Negocios de España, al mismo tiempo, que del resultado de dicho trabajo se entregue una copia fotográfica completa a la municipalidad".

En tal virtud procedió la casa Biener y Co., a instalar sus aparatos en uno de los salones del edificio municipal, en el mes de junio del presente año, e hizo la copia fotostática aludida con escrupulosidad encomiable.

10ª

El 20 de junio de 1933 se reunieron en la Sociedad de Geografía e Historia los señores Alberto Velázquez, Pío M. Riépele, Eduardo Mayora, J. Antonio Villacorta C. y J. Joaquín Pardo.

"El Lic. Villacorta expuso el objeto de la junta, manifestando que, como jefe de la Sección de publicaciones de la mencionada Sociedad, estaba preparando los volúmenes X y XI de la "Biblioteca Goathemala", que contendrán la *"Notable y Verdadera Relación de la Conquista de Nueva España y Guatemala"*, escrita en la Antigua Guatemala, a mediados del siglo XVI, por el soldado-historiador Bernal Díaz del Castillo, y cuyo original manuscrito es una de las joyas bibliográficas que guarda en su archivo la Municipalidad de la capital. Que se proponía hacer tal edición lo más perfecta posible, corrigiendo algunas omisiones que ha notado en las ediciones extranjeras, aún en la mexicana de don Genaro García, que es la más fiel a dicho manuscrito; pero que antes de entregar a la imprenta su trabajo quería oír algunas opiniones al respecto; y, concretando, consultó si hacía la edición con apego estricto al manuscrito o si la modernizaba, sin alterar por supuesto ni una palabra del texto".

"El señor Mayora, fué el primero en hacer uso de la palabra, dando las gracias en nombre de los señores Riépele y Velázquez y en el suyo propio al señor Villacorta, que al solicitar opiniones ajenas daba una prueba de amplitud espiritual y de su loable deseo de hacer bien las cosas. Se pronunció en favor de que la edición se hiciera modernizándola, para que responda al propósito de divulgación, que indudablemente se tuvo en mira, al acometer la empresa de editar nuestros historiadores coloniales".

"Los señores Riépele, Velázquez y Pardo también tomaron parte en la discusión, ilustrando la materia desde diversos puntos de vista, todos conformes con la necesidad de modernizar la obra, sin alterar en lo más mínimo el texto; esto es, puntuarla, poner y quitar mayúsculas donde co-

rresponde, suprimir abreviaturas, aún cambiar algunas palabras francamente en desuso, sin quitar otras que aunque arcaicas, son comprensibles y le prestan al libro el encanto del castellano antiguo". (*)

Así se ha hecho la presente edición, confrontándola con su original personalmente el que esto escribe, ayudado por el bibliotecario de la Sociedad de Geografía e Historia don José Luis Reyes M., pudiendo asegurar que es la más correcta de cuantas ediciones se han publicado hasta ahora.

II

Ediciones impresas [1]

1

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Sacada á lvz por el P. M. Fr. Alonso Remon, Predicador y Coronista General del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redempción de Cautivos. A la Catholica Magestad del Mayor Monarca Don Felipe Quarto, Rey de las Españas, y Nuevo Mundo, N. Señor. Con privilegio. En Madrid en la Imprenta del Reyno. Año de 1632. (1 Vol. en 4º de 6 folios preliminares, inclusive la portada, 254 de texto y 6 de tabla).

2

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Escrita por el Capitan Bernal Díaz del Castillo, vno de sus conquistadores. Sacada a lvz por el P. M. Fr. Alonso Remon, Predicador y Coronista General del Orden de N. S. de la Merced Redención de Cautiuos. A la Catholica Magestad del Mayor Monarca D. Felipe IV. Rey de las Españas y Nuevo Mundo N. S. Con priuilegio. En Madrid en la Emprenta del Reyno. (1 Vol. en 4º de 5 folios preliminares, 256 de texto y 6 para la tabla).

3

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Escrita por el Capitan Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. En Madrid. En la Imprenta de Don Benito Cano. Año 1795.—(4 Vol. en 8º).

4

The True History of The Conquest of Mexico, written in the year 1568. Translated from the original Spanish by Maurice Keatinge, J. Dean. London, 1800. (1 Vol. en 8º).

5

La misma traducción, reimpresa en Salem, en 1803. (2 Vols. en 12º).

6

Edición de R. Kerr, Edimburgo—1811. [2]

(*) Acta de la Sesión celebrada el 6 de julio de 1933, por la Junta Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia.

(1) Nos sirvió de base la «Bibliografía» que publicó D. Genaro García en el Prólogo de la Edición de esta obra en México. 1904.

(2) Dato de Rafael Heliodoro Valle. México 1933.

7

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Nueva Edición corregida. París. Librería de Rosa, 1837. Imprenta de A. Everat y Co., Calle del Cuadrante 16. (4 Vols. en 12º).

8

Denkwürdigkeiten des Hauptmanns Beroal Diaz del Castillo, oder warhhafte Geschichte der Entdedkung und Eroberung von Neu-Spanien, von einem der Entdecker und Eroberer selbst geschrieben, aus dem Spanischen ins Deutsche übersetzt, und mit dem Leben des Vesfassers, mit Anmerkungen und andern Zugaben versehen von Ph. J. von Rehfues. Bonn bei Adolph Marcus. 1838. (4 Vols. en 12º).

9

La misma traducción al alemán, reimpresa en Bonn en los años 1843-44. (4 Vols. en 12º).

10

The Memoirs of the Conquistador Bernal Díaz del Castillo written by himself containing a true and full account of the Discovery and Conquest of Mexico and New Spain. Translated from the original spanish by John Ingram Lockart, F. R. A. S. Author of "Attica and Athens". In two volumes. London. J. Hatchard and Son—137. Piccardilly. M.DCCCXLIV. (2 Vols. en 8º).

11

Die Entdeckung und Eroberung von Mexiko. Mit Vorwort von Karl Ritter Hamburg. 1849. (2 Vols. en 8º, es fragmentaria).

12

En Vol. II—de "Biblioteca de Autores Españoles", desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Historiadores Primitivos de Indias. Colección dirigida e ilustrada por don Enrique de Vedía. Madrid. Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra, Salón del Prado. 8—1852. —(2 Vols. en 4º—(XXII y XXVI de la Colección).

13

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus Conquistadores. México, Tipografía de R. Rafael, Calle de Cadena, núm. 13—1854. (4 Vols. en 8º).

14

Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo. Madrid.—Tejado—1862. (3 Vols. en 8º).

15

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitan Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. México. Imprenta de I. Escalante y Comp. Bajos de San Agustín, núm. 1—1870. (3 Vols. en 8º—IV, V y VI de la Biblioteca Histórica de la Iberia).

16

Histoire Véridique de la Conquête de la Nouvelle Espagne écrite par le Capitaine Bernal Díaz del Castillo, l'un de ses conquistateurs. Traduction par D. Jourdanet. París. Lahure. 1876. (2 Vols. en 8º).

17

Reimpresión de la anterior.—París. 1877. por G. Masson. (1 Vol. en 4º).

18

Véridique Histoire de la Conquête de la Nouvelle Espagne par le Capitaine Bernal Díaz del Castillo. L'un des conquérants. Traduite de l' espagnol avec une introduction et des notes por José María de Heredia. París—Alphonse Lemerre 1877-78. (4 Vols. en 12º).

19

Reimpresión de la Nº 11.—Madrid, 1877.

20

Ifjusagi iratok tára. Az orsz. Kozepisk. tanáregyesulet kiadványa. Kilián Fr. biz. Franklin társulat nyomasa. Castillo i Díaz Bernal. Mexico felfedezese es meghoditása Atdolgozta dr. Brozik Károly. 1 terképpel. 1878—(1 Vol. en 12º—IV de la Colección).

21

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. México. Tipografía de Angel Bassols y Hermanos. Segunda Calle de Mesones, núm. 22.—1891-92. (3 Vols. en 8º).

22

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Noticias sobre el autor por don Joaquín García Icazbalceta México—Imprenta de I. Escalante y Cía.—Bajos de San Agustín.—1—1891—92. (3 Vols. en 4º mayor).

23

Történelmi Könyvtár. Franklin társulat. Cortes Hernando, México meghóditoja. Díaz Bernal után elmeséli Gaal Mózes. Budapest. 1899.—(1 Vol. en 12º núm. 86 de la Colección).

24

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Unica edición hecha según el Códice Autógrafo. La publica Genaro García. México—Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Callejón de Betlemitas, núm. 8, 1904.—(2 Vol. en 4º).

25

Bernal Díaz del Castillo. Conquista de la Nueva España.—Sociedad de Ediciones Louis—Michaud.—París—Imp. P. Landais, 16, Passage des Pettites—Ecuries.—Biblioteca Económica de Clásicos Castellanos. (4 Vols. en 8º).

26

Reimpresión de la Nº 11. Madrid—1906.

27

B. Díaz del Castillo. True history of the conquest of Mexico. Mc. Bride. 1927.

28

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Prólogo de Carlos Pereyra. Espasa—Calpe S. A. Madrid, 1928.—(2 Volm. en 8º—formando los nos. 29 y 30 de "Viajes Clásicos". Editados y Anotados bajo la dirección de J. Dantin Cereceda).

29

The True History of the Conquest of New Spain. By Bernal Díaz del Castillo, one of its conquerors. From the only exact copy made of the Original Manuscript, edited and published in Mexico, by Genaro Garcia. Translated into English, with Introduction and Notes, by Alfred Percival Maudslay. With Maps and Plates. Hakluyt Society, 1908—1912.—(4 Vols. 8º) (3)

30

Bernal Díaz del Castillo, The Discovery and Conquest of Mexico —1517- 1521.—Edited from the only exact copy of the original MS. (and published in Mexico) by Genaro García. Translated with an Introduction and notes by A. P. Maudslay, Honorary Professor of Archæology, National Museum. Mexico. With 15 plates and mps.—The Broadway Travellers.—Edited by Sir E. Denison Ross. and Eileen Power. London—1928.

31

Reimpresión de la Nº 28, en la misma casa editora.—1933.

32

Bernal Díaz del Castillo.—Descubrimiento y Conquista de Mejico. Narración integra de esta Epopeya formada con los más brillantes capítulos del príncipe de los Cronistas.—Sin fecha. Virtud—Lima, 625.—Bs. Aires. (Un Vol. en 8º que forma parte de la "Biblioteca Histórica Ibero-Americana" dirigida por D. Carlos Pereyra).

33

Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento y Conquista de la Nueva España y Guatemala, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo en el Siglo XVI, Edición conforme al Manuscrito Original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala.—Guatemala, 1933 34.—(2 Vols. en 4º—X y XI de la "Biblioteca Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia dirigida por el Licenciado J. Antonio Villacorta C.).

---

(3) Esta edición la anuncia Maggs Bros de Londres en su Catálogo Nº 562 así DIAZ DEL CASTILLO (BERNAL). The True History of the Conquest of New Spain. 4 Vols. 8º cloth--Hakluyt Society. 1908—12.

III

Además de los estudios que en prólogos y notas contienen las ediciones de la obra de Bernal Díaz del Castillo, lo citan o juzgan los siguientes autores:

Lic. Antonio de León Pinelo.—"Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica".—Madrid 1629.

Juan Díaz de la Calle.—"Memorial y noticias Sacras y Reales del Imperio de las Indias Occidentales". 1646.

Gil González Dávila.—"Theatro Eclasiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales".—Madrid. 1649-55.—Tomo I.

Antonio de Solís.—"Historia de la Conquista de México".—Madrid. 1684.—Tomo I.—Libro I. Cap. II.

Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán.—"Recordación Florida del Reyno deGoathemala". (ms. 1696). Edición de la Sociedad de Geografía e Historia.— Guatemala. 1932-33

Fr. Francisco Vásquez.—"Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala".—Guatemala. 1714.—Tomo I.

Fr. Juan de Torquemada.—"Los Veinte y un Libros Rituales y Monarquía Indiana". —Madrid. 1723.—Tomo I.

Antonio de Herrera.—"Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Oceano".—Madrid. 1725.—Decada 2a.

Real Academia Española de la Lengua.—"Diccionario de la Lengua Castellana".—Madrid. 1726-39.

Andrés González Barcia.—"Epítome de la Bibliotheca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica. Añadido y enmendado nuevamente"—Madrid. 1737-38.—Tomo II.

Juan José de Eguiara y Eguren.—"Bibliotheca Mexicana".—México. 1755.—Tomo I y único.

Br. Domingo Juarros.—"Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala".—Guatemala. 1808.—2ª Edición 1857.—Tomo I.

José Mariano Beristáin y Souza.—"Bibliotheca Hispano-Americana Septentrional, etc." —México. 1816-21.—Extracto en "Anales de la Sociedad de Geografía e Historia".—Tomo IV.

Joaquín García Icazbalceta.—"Diccionario Universal de Historia y Geografía".—México. —1853-56. Tomo II, pág. 60-61—"México en 1554".—México. 1875.

William H. Prescott.—"Historia de la Conquista de México, con una ojeada preliminar sobre la antigua civilización de los mexicanos", traducción de Joaquín Navarro.—México. 1844.—Tomo II.

Dr. Francisco de Paula García Peláez.—"Memorias para la Historia del antiguo Reyno de Guatemala".—Guatemala. 1851-52.

W. Robertson.—"Oeuvres Complètes. Précédées d'une notice par J. A. C. Buchon". —París. 1853.—Tomo II.

Arthur Helps.—"The Spanish Conquest in America".—London. 1855-61.—Tomo II.

José Fernando Ramírez.—"Bautismo de Moteuhzoma". En Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—México. 1861—1903. Primera serie.—Tomo X

Henry Harrisse.—"Bibliotheca Americana Vetustissima".-New York. París. 1866-72.

Charles Etienne Brasseur de Bourbourg.—"Bibliothéque México-Guatemalienne, précédée d'un coup d'œil sur les études américaines dans leurs rapports avec les études clasiques et suivie du tableau par ordre alphabétique des oubrages de lingüistique americaine contenus dans le meme volume. Redigée et mure en ordre d'aprés les documents de sa collection americain".—París. Maisonneuve & Cie. 1871.

Ph. Valentini.—"The American Historical Record". Philadelphia. 1872.—Tomo I. —Núm. 12. En su artículo "Bernal Díaz del Castillo" presenta un retrato de este historiador asegurando que se lo obsequió el Dr. Padilla, de Guatemala.

José Milla.—"Historia de la América Central".—Guatemala. 1877.—Tomo I.

D. Jourdanet.—"Etudes syphilithiques de la campagne de Fernand Cortes".—París. 1677. C. Massom Edit.

Bandelier.—Notes on the bibliography of Yucatan and Central America".—Worcester. 1881.

Justo Zaragoza.—En el Discurso Preliminar de la edición de la "Historia de Guatemala o Recordación Florida".—Madrid. 1882.

Hubert Howe Bancroft.—"The Works of"—San Francisco California. 1883-90.—Tomo IX.

Engéne Melchior de Vogüe.—"Un compagnon de Cortez. La Chronique de Bernal Díaz". En "Revue des Deux Mondes, LIV[e] année. Troisiéme Période". París. 1884.—Tomo XIII.

Agustín Mencos F.—"Literatura Guatemalteca" en "La Revista" órgano de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Academia Española.—Tomo II, págs. 123 y 537.—Guatemala. 1889-1890.

Autor anónimo.—"Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias y especial de la Provincia de San Vicente Ferrer de Chiapa y Goathemala". —Ms. del siglo XVIII.—Madrid. 1892.

Juan Mir y Noguera.—"Frases de los autores clásicos españoles".—Madrid. 1899.

Sociedad de Bibliófilos Españoles.—"Nobiliario de Conquistadores de Indias".—Madrid. 1892.

Luis González Obregón.—"El Capitán Bernal Díaz del Castillo".—México. 1894. "Noticias de Bernal Díaz del Castillo"—En Boletín del Museo Nacional.—México. 1904.

Bernard Quaritch.—"Bibliotheca Hispana"—A catalogue of books in castilian, catalan, portuguese or otherwise of spanish Interest". Num. 148.—London. 1895.

Alfredo Chavero.—"México a través de los Siglos".—Tomo I. Barcelona. 1895.—págs. XLIX de la Introducción.

Ramón A. Salazar.—"Historia del Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala".—Guatemala. 1897.—Tomo I y único.

Joaquín García Icazbalceta.—(Otras de) México. 1897.

Niceto Zamacois.—"Historia de México".—Barcelona. 1876-1882.

Baltazar Dorantes de Carranza.—"Sumaria Relación de las Cosas de la Nueva España".—(1604)—México. 1902.

Antonio Batres Jaúregui.— "Guatemala Literaria"— Guatemala, 1903.—"La América Central ante la Historia".—Guatemala. 1920.—Tomo II.

Bartolomé Mitre.—"Viaje al Río de la Plata, por Ulrich Schmídel".—Buenos Aires 1903.

Dr. Antonio Peñafiel.—En "Ciudades Coloniales y Capitales de la República Mexicana".—México. 1909.

R. B. Graham Cunningham.—"Bernal Díaz del Castillo being some account of him, taken from his true history of the conquest of New Spain".—Dood Maad and Company New York.

José Rodríguez de la Peña.—"Españoles de antaño. (El Capitán Contreras, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Bernal Díaz del Castillo y otros capitanes)"—Madrid. 1916.

Luis Cardoza y Aragón.—"Notas sobre Bernal Díaz del Castillo" en "El Libro y el Pueblo".—Tomo X. México, D. F. 1932. Anales de la Sociedad de Geografía e Historia.—Tomo IX. 1933.—"Repertorio Americano", San José de Costa Rica. 1933.

Ignacio Villar Villamil.—Observaciones acerca de la "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo".—Anales del Museo Nacional de Arqueología.—México. 1931.

Antonio Villacorta C.

Guatemala, septiembre de 1933.

VERDADERA Y NOTABLE RELACION DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA Y GUATEMALA

CAPITULO CXLV

De la gran sed que tuvimos en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimilco con muchas batallas y reencuentros que con los mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver a Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimilco, ques una gran ciudad, y toda la más della están fundadas las casas en la laguna de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas e media, pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no había agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas a cuestas y era ya tarde y hacía gran sol, aquejábanos mucho la sed y no sabíamos si había agua adelante, y habíamos andado dos o tres leguas, ni tampoco teníamos certinidad qué tanto estaba de allí un pozo que nos decían que había en el camino. Y como Cortés ansí vido todo nuestro ejército cansado, y los amigos tascaltecas se desmayaron, y se murió uno de ellos de sed, y un soldado de los nuestros, que era viejo y estaba doliente, me paresce que también se murió de sed, acordó Cortés de parar a la sobra de unos pinares, y mandó a seis de a caballo que fuesen adelante camino de Suchimilco e que viesen qué tanto de allí había poblazón o estancias, o el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca, para ir a dormir a él. Y cuando fueron los de caballo, que eran Cristóbal de Olí e un Valdenebro y Pero González de Trujillo e otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés ni los de caballo con tres naborias míos tascaltecas, bien esforzados e sueltos, y fuí en pos dellos hasta que me vieron ir tras ellos y me aguardaron para me hacer volver, no hobiese algún rrebato de guerreros mexicanos donde no me pudiese valer. Yo todavía porfié a ir con ellos, y el Cristóbal de Olí, como era yo su amigo, dijo que fuese e que aparejase los puños a pelear y los pies a ponerme en salvo si había peligro de guerreros. Y era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por me hartar de agua. Y pasando obra de media legua adelante había muchas estancias y caserías de los de Suchimilco en unas laderas de unas serrezuelas. Entonces los de a caballo se apartan para buscar agua en los pozos, y la hallaron, y se hartaron della; y uno de mis tascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro, que así los hay grandes en aquella tierra,

de agua muy fría, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban apellidar e nos daban gritas e silbos; y truje el cántaro lleno de agua con los tascaltecas, y hallé a Cortés que comenzaba a caminar con su ejército. Y desque le dije que había agua en unas estancias muy cerca de allí e que había bebido y que traía agua en el cántaro, la cual traían los tascaltecas muy escondida por que no me la tomasen, porque a la sed no hay ley, de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa a caminar, y llegamos a las estancias antes de poner el sol, y por las casas hallaron agua y aun no mucha, y con la sed e hambre que traían, algunos soldados comían unos como cardos que algunos soldados se les dañaron las lenguas y la boca. Y en este instante volvieron los de caballo y dijeron que el pozo questaba lejos e que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, e que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías y corredores del campo, e yo fui uno de ellos que pusieron por vela. Y parésceme que llovió aquella noche un poco o que hizo mucho viento, y otro día muy de mañana comenzamos a caminar, e obra de las ocho llegamos a Suchimilco. Saber agora yo decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra e otros en un paso de una puente que tenían quebrada, e los muchos mamparos e albarradas que tenían hecho en ellas, y las lanzas que traían hechas como dalles de las espadas que hobieron cuando la gran matanza de los nuestros en lo de las puentes de México, y otros muchos indios capitanes, que todos traían espadas de las nuestras puestas todas en otras largas lanzas muy relucientes; pues flecheros y varas de a dos gajos y piedras con hondas, y espadas de a dos manos como montantes hechas de navajas. Digo questaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros obra de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas ni escopetas, ni grandes arremetidas que hacíamos, y lo peor de todo era que ya venían otros muchos escuadrones dellos por las espaldas dándonos guerra. Y desque aquello vimos rompimos por el agua e puente medio nadando, y otros a vuelapié, y allí hobo algunos de nuestros soldados que no quisieran beber por fuerza tanta agua que había dentro aquel puente, que bebieron tanta que se hincharon las barrigas della.

Y volvamos a nuestra batalla: que al pasar de la puente hirieron a muchos de los nuestros, y luego les llevábamos a buenas cuchilladas por unas calles a donde había tierra firme adelante y los de a caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes a tierra firme, adonde toparon sobre más de diez mill indios, todos mexicanos, que venían de refresco para ayudar a los de aquel pueblo, y pelean de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de a caballo, e hirieron a cuatro dellos. E Cortés, que se halló en aquella gran priesa, y el caballo en que iba, que era muy bueno, castaño obscuro que le llamaban *el Romo,* o de muy gordo o de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo y los contrarios mexicanos, como eran muchos, echaron mano a Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza lo derrocaron; sea por lo uno o por lo otro, y en aquel

instante llegaron muchos más guerreros mexicanos para si pudieran apañarle vivo, y como aquello vieron unos tascaltecas e un soldado muy esforzado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron y a buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy mal herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos allí todos los más soldados que más cercanos nos hallamos; porque en aquella sazón, como en aquella ciudad había en cada calle muchos escuadrones de guerreros, y por fuerza habíamos de seguir las banderas, no podíamos estar todos juntos, sino pelear unos a unas partes y otros a otras, como nos fué mandado por Cortés, mas bien entendíamos que adonde andaba Cortés y los de a caballo que había mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos e silbos que oímos; y en fin de más razones, puesto que había adonde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habían juntado hasta quince de a caballo, y estaban peleando con los enemigos junto a unas acequias adonde se mamparaban e hacían albarradas, y como llegamos les pusimos en huída, y aunque no del todo volvían las espaldas, y porque el soldado Olea, que ayudó a nuestro Cortés, esta muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y en las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos a Cortés que se volviese a unos mamparos y se curase el Cortés y el Olea y el caballo; y ansí volvimos, e no muy sin zozobras de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes, donde tenían mamparos y albarradas, e creyendo los mexicanos que volvíamos retrayéndonos nos seguían con gran furia. Y en este instante viene el Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí y todos los más de a caballo que fueron con ellos a otras partes, el Olí corriendo sangre de la cara y el caballo, y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto mexicano en el campo llano, que no se podían valer, y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo paresce ser Cortés los repartió, que la mitad de caballo fuesen por una parte y otra mitad por otra, e ansí fueron siguiendo tras unos escuadrones y la otra mitad tras los otros. Pues ya questábamos curando los heridos con quemalles con aceite, suenan tantas voces y trompetillas e caracoles y atabales por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mexicanos a un patio donde estábamos curando, e tírannos tanta vara e piedra, e hiriendo de repente a muchos de nuestros soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos y a buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos dellos tendidos; pues los de a caballo no tardaron en salilles al encuentro, que mataron muchos; puesto que entonces hirieron dos caballos, de aquella vez los echamos de aquel sitio e patio. Y desque Cortés vió que no había más contrarios nos fuimos a reposar a otro gran patio adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el cu más alto, adonde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de México y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo, y vieron venir sobre dos mill canoas que venían de México, y en ellas llenos de guerreros, y venían derechos adonde estábamos, porque, según otro día supimos, quel señor de México, que se decía Guatemuz, las

enviaba para que aquella noche o de día diesen en nosotros, y juntamente envió por tierra sobre otros diez mill guerreros para que unos por una parte y otros por otra tener manera para que no saliésemos de aquella ciudad con la vida ninguno de nosotros; también había apercibido otros diez mill hombres para les enviar de refresco cuando nos entuviesen dando guerra, y esto se supo otro día de cinco capitanes mexicanos que en las batallas prendimos; y mejor lo ordenó Nuestro Señor, porque ansí como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venían contra nosotros, e acordamos que hobiese muy buena vela en todo nuestro real repartido a los puertos e acequias por donde habían de venir a desembarcar, y los de caballo muy a punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, e a mí e a otros dos soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras e ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí en unas acequias que era desembarcadero, allegasen canoas, que los resistiésemos e hiciésemos volver; e a otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el remar de muchas canoas que venían a remo callado a desembarcar aquel puesto donde estábamos, y a buenas pedradas y con las lanzas los resistimos, que no osaron desembarcar; y uno de nuestros compañeros enviamos que fuese a dar aviso a Cortés. Y estando en esto volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros y nos comenzaron a tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos a resistir; y entonces descalabraron dos de nuestros soldados, y como era de noche y muy escuro, se fueron a juntar las canoas con sus capitanías de la flota de canoas, y todas juntas fueron a desembarcar a otro portezuelo o acequias hondas, y como no son acostumbrados a pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya más de quince mill indios. También quiero decir, y esto no por me jactanciar de ello, que como nuestro compañero fué a dar aviso a Cortés cómo habían llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, según dicho tengo, luego vino a hablar con nosotros el mismo Cortés acompañado de diez de a caballo y desque llegó cerca sin nos hablar dimos voces yo y un Gonzalo Sánchez, que era de Algarbe, portugués, y dijimos "¿Quién viene ahí? ¿No podéis hablar? ¿Quién manda o viene ahí?"; y le tiramos tres o cuatro pedradas. Y desque me conoció Cortés en la voz a mí y a mi compañero, dijo Cortés al tesorero Julián de Alderete y a fray Pedro Melgarejo y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que le acompañaban a rondar: "No ha menester poner aquí más recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan que son de los que pasaron conmigo de los primeros, y bien podemos fiar dellos esta vela y aunque sea otra cosa de mayor afrenta." Y desque nos hablaron que mirásemos en el peligro en que estábamos, y ansí se fueron a requerir otros puestos; y cuando no me cato, sin más nos hablar oímos cómo traían a dos soldados azotando por la vela, y eran de los de Narváez. Pues otra cosa quiero traer a la memoria, y es que ya nuestros escopeteros no tenían pólvora, ni los ballesteros saetas, que el día antes se dieron tal priesa que lo habían gastado, y

aquella mesma noche mandó Cortés a todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traímos en las entradas muchas cargas de almacen de saetas y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para donde quería que llegásemos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros, y Pedro Barba, que era su capitán, no se quitaba de encima la obra, y Cortés, que de cuando en cuando acudía. Dejemos esto, y digamos ya que fué de día claro cuál nos vinieron a cercar todos los escuadrones mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos hallaban descuidados, los de a caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tascaltecas que nos ayudaban, rompimos por ellos, y se mataron e hirieron unos tres de sus capitanes, que luego otro día se murieron, y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos lo que Guatemuz había ordenado, que fué lo por mí memorado. En aquella batalla quedaron de nuestros soldados muchos heridos. Pues no se acabó en esta refriega, que yendo los de a caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mill guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda e socorro de refresco de los que de antes había enviado, y los capitanes mexicanos que con ellos venían traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar. Y cuando los nuestros de a caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, como vieron muchos escuadrones temieron; por esta causa se ponen en parte para no se encontrar con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda, y como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de a caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros y con nuestros amigos los tascaltecas, y arremetimos de manera que rompimos y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pie con pie, y a buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura y nos dejaron de aquella vez el campo. Dejemos desto y tornaremos a decir que allí se prendieron otros principales, y se supo dellos que tenía Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos más guerreros por tierra, y dijo a sus guerreros que cuando estuviésemos cansados y muchos heridos y muertos de los reencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaría más escuadrones contra nosotros, e que con los muchos que entonces enviaría nos podía desbaratar. Y desque aquello se supo, si muy apercibidos estábamos de antes, mucho más lo estábamos entonces, y fué acordado que para otro día saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos más batallas; y aquel día se nos fué en curar heridos y en adobar armas y en hacer saetas. Y estando de aquella manera paresció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de indios de algodón, y había en ellas oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzáronlo a saber los tascaltecas y ciertos soldados en qué parte o paraje estaban las casas, y se las fueron a mostrar unos prisioneros de Suchimilco, y estaban en la laguna dulce, y podían pasar a ellas por una calzada, puesto que había dos o tres puentes chicas en la calzada

que pasaban a ella de unas acequias hondas a otras. Y como nuestros soldados fueron a las casas y las hallaron llenas de ropa y no había guarda en ellas, cárganse ellos y muchos tascaltecas de ropa y otras cosas de oro y se vienen con ello al real; y como lo vieron otros soldados, van a las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes que tenían de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos e hieren muchos soldados, y apañan cuatro soldados y vivos los llevaron a México, y los demás se escaparon; y llamábanse los que llevaron Juan de Lara y el otro Alonso Hernández y los demás no me acuerdo sus nombres. Pues como le llevaron a Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó a saber cómo éramos muy pocos los que veníamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y todo lo que quiso saber de todo nuestro viaje tanto supo; y desque fué bien informado manda cortar pies y brazos y las cabezas a los tristes nuestros compañeros, y las enviaron por muchos pueblos de nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envía a decir que antes que volvamos a Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros a vida, y con los corazones y sangre ofresció a sus ídolos. Dejemos esto y digamos cómo luego tornó a enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitanías por tierra, y les mandó que procurasen no saliésemos de Suchimilco con las vidas; y porque ya estoy harto de escrebir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos con mexicanos, e no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, y diré que desque amanesció vinieron desta vez tantos culúas, que son mexicanos, por los esteros y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad a una gran plaza questaba algo apartada del pueblo, donde solían hacer sus mercados, e allí puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés nos comenzó a hacer un parlamento cerca del peligro en questábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos e pasos malos estaban aguardando todo el poder de México, y otros muchos guerreros puestos en esteros e acequias; y nos dijo que sería bien, e ansí nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados e que dejásemos el fardaje e hato porque nos no estorbase para el tiempo del pelear. Y desque aquello le oímos, todos a una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas e la suya e que sería gran poquedad si tal hiciésemos. Y desque vió nuestra voluntad y respuesta dijo que a la mano de Dios lo encomendaba; y luego, viendo la fuerza y pujanza del enemigo, se puso en concierto cómo habíamos de ir el fardaje y los heridos enmedio, y los de caballos repartidos la mitad dellos adelante y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros también con todos nuestros amigos; allí poníamos más recaudo, porque siempre los mexicanos tenían por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechamos, porque no tenían pólvora ninguna, y desta manera comenzamos a caminar. Y desque los escuadrones mexicanos que había enviado Guatemuz aquel día vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimilco, creyeron que de miedo o no les osábamos esperar, como ello fué verdad, salen muy de repente tantos dellos y se vienen derechos a nosotros, que hirieron ocho soldados, y dos murieron de allí a ocho

días, y quisieran romper y desbaratar por el fardaje; más como íbamos con el concierto que he dicho no tuvieron lugar; mas en todo el camino hasta que llegamos a un gran pueblo que se dice Cuyuacán, questá obra de dos leguas de Suchimilco, nunca nos faltó rebatos de guerreros que nos saliesen en partes que no nos podíamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros de mucha vara y piedra y flecha, y como tenían cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo; pues llegados a Cuyuacán a obra de las diez del día, hallámosla despoblada. Quiero agora decir questán muchas ciudades las unas de las otras, cerca de la gran ciudad de México, obra de dos leguas, porque Suchimilco y Cuyuacán e Huichilubusco e Iztapalapa y Cuedlavaca y Mezquique y otros tres o cuatro pueblos questán poblados los más dellos en el agua questán a legua y media o dos leguas los unos de los otros, y de todos ellos se habían juntado allí en Suchimilco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos a decir que como llegamos aquel gran pueblo y estaba despoblado y está en tierra llana, acordamos de reposar aquel día e otro por que se curasen los heridos y hacer saetas, porque bien entendido teníamos que habíamos de haber más batallas antes de volver a nuestro real, que era en Tezcuco. E otro dia muy de mañana comenzamos a caminar, con el mismo concierto que solíamos llevar, camino de Tacuba, questá de donde salimos obra de dos leguas; y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres las resistimos; y los de a caballo los seguían por tierra llana hasta que se acogían a los esteros e acequias. E yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartose Cortés con diez de a caballo a echar una celada a los mexicanos que salían de aquellos esteros y salían a dar guerra á los nuestros y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mexicanos hacían que iban huyendo, y Cortés con los de a caballo y criados siguiéndoles; y cuando miró por sí, estaba una gran capitanía de contrarios puestos en celada y dan en Cortes y en los de a caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos o presos; por manera que apañaron los mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos les llevaron a Guatemuz e los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desmán e digamos como ya habíamos llegado a Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los demás de acaballo habían llegado, y también Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí, y Cortés no venían con los diez de a caballo que llevó en su compañía, tuvimos mala sospecha no le hubiese acaescido algún desmán; y luego fuimos Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí en su busca con otros de a caballo hacia los esteros adonde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habían ido con Cortés, que se escaparon, que se decían el uno Monroy y el otro Tomás de Rijoles, y dijeron todo lo por mi memorado, e que ellos por ser ligeros se escaparon; e que Cortés y los demás que se venían poco a poco, porque traen los caballos heridos. Y estando en esto viene Cortés, con lo cual nos alegramos, puesto quél venía bien triste y como lloroso. Llamábanse los mozos despuelas que llevaron a México a sacrificar, el uno Francisco Martín "Vendaval", y este nombre de "Vendaval" se le puso por ser algo loco, y el otro se decía Pedro Gallego. Pues como allí llegó a Tacuba llovía mucho, y

reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios, y Cortés con otros capitanes y el tesorero Alderete, que venía malo, y el fraile Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el alto cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, questá muy cerca, y toda la laguna y las más ciudades por mí memoradas, questán pobladas en el agua. Y desque el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados; pues desque vieron la gran ciudad de México y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras andaban a pescar, y otras vacías, mucho más se espantaron y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España que no era cosa de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios es que nos tenía y amparaba, e que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios a su rey como son los nuestros, e que agora lo dicen muy mejor, y que dello harían relación a Su Majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el fraile a Cortés por la pérdida de sus mozos despuelas, questaba muy triste por ellos, y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu de su Huichilobos y el Tatelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad y las puentes y calzadas por donde salimos huyendo; y en este instante sospiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que antes traía, por los hombres que le mataron antes que en el alto cu subiese, y desde entonces dijeron un cantar o romance:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,
una mano en la mejilla
y la otra en el costado, etc.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva España fué fiscal y vecino en México: "Señor capitán: no esté vuesa merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaescer, y no se dirá por vuesa merced:

Mira Nerón de Tarpeya
a Roma cómo se ardía:"

Y Cortés le dijo que ya vía cuántas veces había enviado a México a rogalles con la paz; y que la tristeza no la tenía por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornalla a señorear, y que con el ayuda de Dios que presto lo poníamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parescer entre nuestros capitanes y soldados si daríamos una vista a la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos, y como no había pólvora ni muchas saetas y todos los más soldados de

nuestro ejército heridos, acordándonos que otra vez, había poco más de un mes, que pasando Cortés, les probó entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba, estuvo en gran peligro, porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino por temor no tuviésemos en el día o en la noche alguna refriega con los mexicanos, porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de México y con la llevada que entonces llevaron vivos los soldados, no enviase Guatemuz sus grandes poderes. E comenzamos a caminar y pasamos por Escapuzcalco, y hallámosle despoblado. Y luego fuimos a Tenayuca, que era gran pueblo, que solíamos llamar el Pueblo de las Sierpes; ya he dicho otra vez en el capítulo que dello habla que tenía tres sierpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenían por sus ídolos, y también estaba despoblado. Y desde allí fuimos a Cualtitán, y en todo este día no dejó de llover muy grandes aguaceros; y como íbamos con nuestras armas a cuestas, que jamás las quitábamos de día ni de noche, y de la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecía aquel gran pueblo, y también estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y había grandes lodos, y los naturales dél y otros escuadrones mexicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podíamos hacer mal, y como hacía muy escuro y llovía, ni se podían poner velas ni rondas, y no hobo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos. Y esto digo porque a mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió a mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y ansí se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido, y tornemos a decir que otro día fuimos camino de otra gran poblazón, que no me acuerdo el nombre, y había grandes lodos en él, y hallámosla despoblada. Y otro día pasamos por otros pueblos y también estaban despoblados. E otro día llegamos a un pueblo que se dice Aculmán, subjeto de Tezcuco; e como supieron en Tezcuco cómo íbamos salieron a rescebir a Cortés, y hallamos muchos españoles que habían venido entonces de Castilla, y también vino a rescebirnos el capitán Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decía don Fernando, e se hizo a Cortés buen rescibimiento, ansí de los nuestros como de los recién venidos de Castilla, y mucho más de los naturales de los pueblos comarcanos, pues trujeron de comer; y luego esa noche se volvió Sandoval a Tezcuco con todos sus soldados a poner en cobro su real. Y otro día por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco, y como íbamos cansados y heridos y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros e sacrificados en poder de los mexicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenían ordenada una conjuración ciertas personas de calidad de la parcialidad de Narváez de matar a Cortés y a Gonzalo de Sandoval e a Pedro de Alvarado e Andrés de Tapia. Y lo que más pasó diré adelante.

CAPITULO CXLVI

Cómo desque llegamos con Cortés a Tezcuco con todo nuestro ejército y soldados de la entrada de rodear los pueblos de la laguna tenían concertado entre ciertas personas de los que habían pasado con Narváez de matar a Cortés y todos los que fuésemos en su defensa, e quien fué primero autor de aquella chirrinola fué uno que había sido de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, el cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia, y cómo se herraron los esclavos y se apercibió todo el real y los pueblos de nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que más pasaron.

Ya he dicho [que] como veníamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí memorada, paresció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decía Antonio de Villafaña, natural de Zamora o de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narváez, que aquí no nombro sus nombres por su honor, que ansí como viniese Cortés de aquella entrada, que le matasen a puñaladas, y había de ser desta manera: Que como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado a la mesa comiendo con sus capitanes, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, e que dijesen que era de su padre, Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, ansí al Cortés como a todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho e consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado quiso Nuestro Señor que dieran parte del negocio a dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habían ido en la entrada con nosotros, y aun a uno dellos en el concierto que tenían le habían nombrado por capitán general, después que hobiesen muerto a Cortés, y a otros soldados de los de Narváez hacían alguacil mayor, y alférez, y alcaldes, y regidores, y contador, y tesorero, y vedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entrellos nuestros bienes y caballos. Y este concierto estuvo encubierto dos días después que llegamos a Tezcuco; y Nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva España y todos nosotros, porque luego se levantarían bandos y chirinolas. Paresció ser que un soldado lo descubrió a Cortés que luego pusiese remedio en ello antes que más fuego sobre aquel caso se encendiese, porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello. Y como Cortés lo supo, después de haber hecho grandes ofrescimientos y dádivas que dió a quien se lo descubrió, muy presto, secretamente, lo hace saber a todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, e Francisco de Lugo, e Cristóbal de Olí, e Andrés de Tapia, y a Gonzalo de Sandoval, e a mí y a dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decían Luis Marín y Pedro de Ircío, y a todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y ansí como lo supimos nos apercebimos y sin más tardar fuimos con Cortés a la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles

que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con él estaban comenzaron a huir, y Cortés les mandó detener y prender. Y desque tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto, y desque lo hobo leído y vió que eran muchas personas en ello y de calidad, y por no infamarlos, echó fama que comió el memorial Villafaña y que no lo había visto ni leído. Y luego hizo proceso contra él, y tomada la confesión dijo la verdad, y con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olí, y después que se confesó con el Padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos a muchos por poner temores y hacer señal que quería hacer justicia de otros, y como el tiempo no daba lugar a ello, se desimuló. Y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con seis soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de día y de noche, y a nosotros de los que sentía que éramos de su bando nos rogaba que mirásemos por su persona, y dende en adelante, aunque mostrara gran voluntad a las personas que eran en la conjuración, siempre se rescelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios e indias que habíamos habido en aquellas entradas se llevasen a herrar dentro de dos días a una casa questaba señalada para ello, y por no gastar más palabras en esta relación sobre la manera que se vendían en la almoneda más de las que otras veces tengo dichas, en las dos veces que se herraron, si mal lo habían hecho de antes, muy peor se hizo esta vez; que después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta trancalinas para capitanes, y si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no parescían hasta de ahí a buenos días, y por esta causa se dejaban muchas piezas que después teníamos por naborias. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro real se ordenó.

CAPITULO CXLVII

Cómo Cortés mandó a todos los pueblos nuestros amigos questaban cercanos de Tezcuco que hiciesen almacén de saetas e casquillos de cobre para ellos, y lo que en nuestro real más se ordenó.

Como se hobo hecho justicia del Antonio de Villafaña y estaban ya pacíficos los que juntamente con él eran conjurados de matar a Cortés y a Pedro de Alvarado y a Sandoval y a los que fuésemos en su defensa, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado, e viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias y velas, y remos

muy buenos, y más remos de los que habían menester para cada bergantín, y la zanja por donde habían de salir a la laguna muy ancha y hondable, envió a decir a todos los pueblos nuestros amigos questaban cerca de Tezcuco que en cada pueblo hiciesen ocho mill casquillos de cobre, que fuesen buenos, según otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y ansimismo les mandó que en cada pueblo le labrasen y desbastasen otras ocho mill saetas de una madera muy buena, que también les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho días para que las trajesen, ansí las saetas como los casquillos, a nuestro real, lo cual trujeron para el tiempo que se los mandó, que fueron más de cincuenta mill casquillos y otras tantas mill saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla. Y luego mandó Cortés a Pedro Barba, que en aquella sazón era capitán de ballesteros, que los repartiese, ansí saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, e que les mandase que siempre desbastasen almacén y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces que se dice zacotle, y ansimismo mandó al Pedro Barba que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda o saltase la nuez, que luego se pusiese otra, e que siempre tirasen al terrero e viesen a qué pasos llegaba la fuga de su ballesta, y para ello se les dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas; porque en el navío que he dicho que vino pocos días había de Castilla, que era de Joan de Burgos, trujo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas, y otras muchas armas y herraje y escopetas. Y también mandó Cortés a los de caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas a punto, e que cada día cabalgasen y corriesen y les mostrasen muy bien a revolver y escaramuzar. Y hecho esto envió mensajeros y cartas a nuestro amigo Xicotenga "el Viejo", que, como ya he dicho otras veces, ya era vuelto cristiano y se llamaba don Lorenzo de Vargas, y a su hijo Xicotenga "el Mozo", y a sus hermanos, y a Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el día de Corpus Christi habíamos de partir de aquella ciudad para ir sobre México a ponelle cerco, y que le enviasen veinte mill guerreros de los suyos de Tascala y los de Guaxocingo e Cholula; pues todos eran amigos y hermanos en armas, ya sabían el plazo e concierto, que se los hizo sabidor de sus mismos indios como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que hacíamos. También apercibió a los de Chalco y Tamanalco y sus subjetos que se apercibiesen para cuando los envíasemos a llamar, y se les hizo saber cómo era para poner cerco a México, y en qué tiempo habíamos de ir; y también se les dijo a don Fernando, señor de Tezcuco, y a sus principales y a todos sus subjetos, y a todos los demás pueblos nuestros amigos, y todos a una respondieron que lo harían muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba a mandar e que vernían; y los de Tascala vinieron pasando la Pascua de Espíritu Santo. Esto hecho, se acordó de hacer alarde un día de Pascua, lo cual diré adelante el concierto que se dió.

CAPITULO CXLVIII

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de a caballo y ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron.

Después que se dió la orden, ansí como atrás he dicho, y se enviaron mensajeros e cartas a nuestros amigos los de Tascala y a los de Chalco, y se dió aviso a los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo día de Pascua del Espíritu Santo, que fué del año de mill y quinientos y veinte y un años, se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de a caballo y seiscientos y cincuenta soldados despada y rodela, y muchos de lanzas, y ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros, y déstos se sacaron para los trece bergantines los que agora diré.

Para cada bergantín, doce ballesteros y escopeteros, éstos no habían de remar, y demás desto también se sacaron otros doce remeros para cada bergantín, o [por] banda seis, que son los doce que he dicho, y más desto un capitán para cada bergantín; por manera que sale cada bergantín a veinte y cinco soldados con el capitán; e trece bergantines que eran, a veinte e cinco soldados, son docientos y ochenta y ocho, e con los artilleros que les dieron demás de los veinte e cinco soldados, fueron en todos los bergantines trescientos soldados, por la cuenta que he dicho; y también les repartió todos los tiros de fustera e halconetes que teníamos, y la pólvora que le parescía que habían menester. Esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habíamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osado de blasfemar de Nuestro Señor Jesucristo, ni de Nuestra Señora, su bendita madre, ni de los santos Apóstoles, ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningún soldado tratase mal a nuestros amigos, pues iban para nos ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habían adquirido en la guerra, y aunque fuese india ni indio, ni oro, ni plata, ni chalchihuis.

Lo otro, que ningún soldado fuese osado de salir de día ni de noche de nuestro real para ir a ningún pueblo de nuestros amigos ni a otra parte a traer de comer ni otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo otro, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas y gorjal y papahígo y antiparras e rodela; que como sabíamos que era tanta la multitud de vara y piedra y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decía el pregón.

Lo otro, que ninguna persona jugase caballo ni armas por vía ninguna, con gran pena.

Lo otro, que ningún soldado, ni hombre de caballo, ni ballestero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con los alpargates calzados, ecepto si no fuese con gran necesidad de heridas o de estar doliente, porquestuviésemos muy aparejados para cualquiera tiempo que los mexicanos viniesen a nos dar guerra.

Y demás desto se pregonó las leyes que se mandan guardar en lo militar, ques que al que se duerme en la vela o se va del puesto, que le ponen pena de muerte, y se pregonaron que ningún soldado vaya de un real a otro sin licencia de su capitán, so pena de muerte.

Lo otro, quel soldado que deja a su capitán en la guerra o batalla e huye, pena de muerte.

Esto pregonado, diré en lo que más se entendió.

CAPITULO CXLIX

Cómo Cortés buscó los marineros que habían menester para remar los bergantines y les señaló capitanes que habían de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron.

Después de hecho el alarde por mí ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaba tantos hombres de la mar que supiesen remar, puesto que bien se conocían los que habían traído en nuestros navíos que dimos al travéz cuando venimos con Cortés, e ansimismo se conocían los marineros de los navíos de Narváez y de los de Jamaica y todos estaban puestos por memoria y los habían apercibido porque habían de remar, y aun con todos ellos no había recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decían que no habían de remar. Y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros o habían visto que iban a pescar, e si eran de Palos, o Moguer, o de Triana, o del Puerto, o de otro cualquier puerto o parte a donde hay marineros, los mandaba so graves penas que entrasen en los bergantines, y aunque más hidalgos dijesen que eran, los hizo ir a remar; y desta manera juntó ciento cincuenta hombres para remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los questábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré. Y desque Cortés les hobo mandado que anduviesen en los bergantines y les repartió los ballesteros y escopeteros, y pólvora y tiros y saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantín las banderas reales y otras banderas de nombre que se decía ser en cada bergantín, y otras cosas que convenían, nombró por capitanes para cada uno dellos a los que agora aquí diré: Garcí Holguín, Pedro Barba, Joan de Limpias, Carvajal "el Sordo", Joan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Caravajal su compañero, que agora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco, a un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado que tenía a una mujer hermosa; a un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivía agora en Guaxaca; a un Colmenero, que era marinero, buen soldado; a un Lema, e a Ginés

Nortes; a Briones, natural de Salamanca; el otro capitán no me acuerdo su nombre, y a Miguel Díaz de Auz, Y desque los hobo nombrado y mandado a todos los ballesteros y escopeteros y los demás soldados que habían de remar que les obedesciesen a sus capitanes que les ponía y no saliesen de su mandado so graves penas, y les dió las instrucciones lo que cada capitán había de hacer, e en qué puesto había de ir de las calzadas, e con qué capitanes de los de tierra, acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle a decir a Cortés que venían los capitanes de Tascala con gran copia de guerreros, y venía en ellos por capitán general Xicotenga "el Mozo", el que fué capitán cuando las guerras de Tascala, y éste fué el que nos trataba la traición en Tascala cuando salimos huyendo de México, según otras muchas veces lo he memorado, e que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Vargas, e asímesmo traía gran copia de tascaltecas, e que venía Chichimecatecle por capitán, y de Guaxocingo, y otra capitanía de cholultecas, y aunque eran pocos, porque, a lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo ya otra vez por mí ya dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mexicanos, ni aun con nosotros, sino que se estaban a la mira, que aun cuando nos echaron de México, no se hallaron ser en nuestro contrario. Dejemos esto, y volvamos a nuestra relación. Que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos e otros capitanes e vinieron un día primero del plazo que les enviaron a decir que viniesen, salió a les rescebir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco con Pedro de Alvarado y otros nuestros capitanes, y desque se encontraron con el Xicotenga y sus hermanos les hizo Cortés mucho acato y les abrazó y a todos los más capitanes. Y venían en gran ordenanza, y todos muy lucidos con grandes devisas cada capitanía por sí, y sus banderas tendidas; y el ave blanco que tienen por armas que paresce águila con sus alas tendidas; traían sus alférez revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de a dos manos y varas con tiraderas, y otros macanas y lanzas grandes e otras chicas y sus penachos, puestos en concierto y dando voces e gritos e silbos, diciendo: "¡Viva el emperador nuestro señor!" y "¡Castilla, Castilla!" "¡Tascala, Tascala!"; y tardaron en entrar en Tezcuco más de tres horas. Y Cortés les mandó aposentar en unos buenos aposentos y les mandó proveer de todo lo que en el real había; e después de muchos abrazos y ofrecimiento que les haría ricos, se despidió dellos, y les dijo que otro día les daría la orden de lo que habían de hacer, e que agora venían cansados y que reposasen. En aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tascala que dicho tengo entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, questará de México obra de noventa leguas, y lo que en ella se contenía era que habían muerto los mexicanos, en el tiempo que nos echaron de México, a tres compañeros suyos cuando estaban en la estancia y minas donde los dejó el capitán Pizarro, que ansí se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quel Barrientos que se acogió aquel pueblo de Chinanta donde estaba, y que son enemigos de mexicanos. Este pueblo fué donde trujeron

las picas cuando fuimos sobre Narváez, y porque no hace el caso a nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejarán de decir. Y Cortés sobrella le escribió en respuesta dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco a México, e que a todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase no se viniese de aquella tierra hasta saber por carta suya lo que debía hacer, por que en el camino no le matasen los mexicanos. Dejemos esto y digamos como Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir a poner cerco a México, y quién fueron los capitanes.

CAPITULO CL

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados de caballo y ballesteros y escopeteros por tierra a poner cerco a la gran ciudad de México, y los capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados y de a caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de sentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por capitán de ciento y cincuenta soldados despadas y rodella, y muchos llevaban lanzas y dalles, y de treinta de a caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él a Jorge de Alvarado, su hermano, y a Gutierre de Badajoz y Andrés de Monjarraz, y éstos mandó que fuesen capitanes de cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto una capitanía como otra, y que el Pedro de Alvarado fuese capitán de los de a caballo y general de las tres capitanías, y le dió ocho mil tascaltecas con sus capitanes, y a mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuésemos a poner sitio en la ciudad de Tacuba, y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahígos y gorjales y antiparras, porque era mucha la vara y piedra como granizo y flecha y lanzas y macanas y otras armas despadas de dos manos con que los mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensas con ir bien armados; y aun con todo esto cada día que batallábamos había muertos y heridos, según adelante diré. Pasemos a otra capitanía.

Y dió a Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, otros treinta de a caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según y de la manera que los soldados que dió de Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia, y Francisco Verdugo, y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen todos los soldados y ballesteros y escopeteros, y quel Cristóbal de Olí fuese el capitan general de los tres capitanes y de los de caballo, y le dió otros ocho mil tascaltecas, y le mandó que fuese a sentar su real en la ciudad de Cuyuacán, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinte y cuatro de caballo y catorce escopeteros y ballesteros, y ciento y cincuenta soldados despada y rodela y lanza, y más de ocho mill indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes a Luis Marín y a Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval, y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que Sandoval tuviese a su cargo los de a caballo y que fuese general e que se asentase su real junto a Iztapalapa, y que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa por Cortés le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de las capitanías y de los bergantines, estaba muy a punto para salir con los trece bergantines por la laguna, en los cuales llevaba trecientos soldados con ballesteros y escopeteros, porque ansí estaba ya ordenado; por manera que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra: digamos agora que los unos a manderecha y los otros desviados por otro camino, y esto es ansí, porque los que no saben aquellas ciudades y laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que a juntar. Dejemos de hablar más en ello y digamos que a cada capitán se le dió las instrucciones de lo que les era mandado. Y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana y por que no tuviésemos más embarazos en el camino, envíamos adelante todas las capitanías de Tascala hasta llegar a tierra de mexicanos; e yendo que iban los tascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle e otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga "el Mozo", que era el capitán general dellos, y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho, a dónde había quedado, alcanzaron a saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tascala, y que iba a tomar por fuerza el cacicazgo y vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle, y las causas que para ello decían los tascaltecas eran que como el Xicotenga "el Mozo" vió ir los capitanes de Tascala a la guerra, especialmente al Chichimecatecle, que no ternía contradictores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga "el Ciego" que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Maeseescasi ya era muerto, e a quien temía era al Chichimecatecle; y también dijeron que siempre conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir a la guerra de México, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habíamos de morir en ella. Pues desque aquello oyó y entendió el cacique Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba a tomar, vuelve del camino más que de paso e viene a Tezcuco a hacérselo saber a Cortés; e como Cortés lo supo mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tascala, amigos del Xicotenga, hacelle volver del camino, y le dijesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mexicanos, y que mire que sí su padre don Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego como estaba, viniera sobre México, y que pues toda Tascala fueron e son muy leales servidores de Su Majestad, que no quiera él infamallos con lo que agora hace, y le envió a hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daría oro y mantas por que volviese. Y la repuesta que envió a decir,

que si el viejo de su padre y Maesescasi lo hobieran creído, que no se hobiera señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere, y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento a un alguacil, y con cuatro de a caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta y doquiera que lo alcanzasen lo ahorcasen, y dijo: "Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos", y que no era tiempo para más le sufrir disimulo de lo pasado. Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés le dió buena respuesta, y secretamente mandó al alguacil y los de caballo que no le quedasen con la vida; y ansí se hizo, que en un pueblo subjeto a Tezcuco le ahorcaron, y en esto hobo de parar su traición. Algunos tascaltecas hobo que dijeron que don Lorenzo de Vargas, padre del Xicotenga, envió a decir a Cortés que aquel su hijo era malo, y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática ansí, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día, que fueron trece de Mayo de mill e quinientos y veinte y un años, salimos entrambas capitanías juntas, porque ansí el Cristóbal de Olí como el Pedro de Alvarado habíamos de llevar un camino, y fuimos a dormir a un pueblo subjeto a Tezcuco, otras veces por mí memorado, que se dice Acuylma, y paresció ser el Cristóbal de Olí envió adelante aquel pueblo a tomar posada, y tenía puesto en cada cada casa por señal ramos verdes encima de las azoteas, y cuando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos dónde posar, y sobrello ya habíamos echado mano a las armas los de nuestra capitanía contra la de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltaron caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros y se pacificó algo el ruido, y no tanto que todavía estábamos todos resabiados. Y desde allí lo hicieron saber a Cortés, y luego envió en posta a fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marín y escribió a los capitanes y a todos nosotros reprendiéndonos por la cuestión, y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes que fueron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí. Y otro día fuimos nuestro camino entrambas capitanías juntas, y fuimos a dormir a un gran pueblo questaba despoblado, porque ya era tierra de mexicanos; y otro día también fuimos a dormir a otro gran pueblo que se dice Gualtitán, que otras veces ya le he nombrado, y también estaba sin gente; otro día pasamos por otros dos pueblos que se dicen Tenayuca y Escapuzalco, y también estaban despoblados; y llegamos hora de vísperas a Tacuba, y luego nos aposentamos en unas grandes casas y aposentos, porque también estaba despoblado; y ansimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trujeron de comer, y con buenas velas y escuchas y corredores del campo dormimos aquella noche, porque ya he dicho otras veces que México está junto a Tacuba. E ya que anochecía aímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir a pelear con ellos; y tenían tantas de las canoas llenas de gente de guerra y las calzadas ansimismo llenas de guerreros, que aquellas palabras que nos decían

era con pensamiento de nos indinar para que saliésemos aquella noche a guerrear, y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes, muchas veces por mí memoradas, no quisimos salir hasta otro día, que fué domingo, después de haber oído misa, que nos dijo el padre Joan Díaz, y después de nos encomendar a Dios acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos a quebralles el agua de Chapultepeque, de que se proveía la cibdad, questaba desde allí de Tacuba a una media legua. E yéndoles a quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenían que aquello había de ser lo primero en que les podríamos dañar, y ansí como nos encontraron, cerca de unos pasos malos, comenzaron a nos flechar y tirar vara y piedra con ondas, e hirieron a tres de nuestros soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tascala los siguieron de manera que mataron veinte y prendieron siete o ocho dellos; y desque aquellos escuadrones estuvieron puestos en huída, les quebramos los caños por donde iba el agua a su cibdad, y desde entonces nunca fué a México entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hobimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos a dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacer lo que pudiésemos por les ganar una puente; y llegados que fuimos a la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas calzadas, que nos admiramos dello; y tiran tanta de vara y flecha y piedra con ondas, que a la primera refriega hirieron sobre treinta soldados; y todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente; y a lo que yo entendí, ellos nos daban lugar a ello por meternos de la otra parte de la puente, y desque allí nos tuvieron digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no nos podíamos tener contra ellos, porque por la calzada, que era ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer a tan gran poderío questaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como al terrero?; porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino armar y tirar a las canoas, no les hacíamos daño sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabordones de madera; pues cuando arremetíamos a los escuadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua, y habían tantos dellos, que no nos podíamos valer; pues los de a caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de una parte y de la otra desde el agua, e ya que arremetían tras los escuadrones, echábanse al agua, y tenían hechos mamparos donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habían hecho como dalles de las armas que nos tomaron cuando nos echaron de México, que salimos huyendo, y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora; y tanta priesa nos daban, que no nos podíamos sustentar contra ellos; y aun vimos que venían por otras partes una gran flota de canoas atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas. Y conosciendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, e porque vimos que nuestros amigos los tascaltecas que llevávamos nos embarazaban mucho la calzada, que saliendo fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear, acordamos que con buen concierto retraernos y no pasar más adelante. Pues cuando los mexicanos nos

vieron retraer e salir fuera los tascaltecas, qué grita y alaridos y silbos nos daban y cómo se venían a juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escrebir; porque toda la calzada hinchieron de vara y flecha y piedra de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas más serían; y desque nos vimos en tierra firme dimos gracias a Dios de nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron de aquella vez muertos y más de cincuenta heridos; aun con todo esto nos daban grita y decían vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los tascaltecas les decían que saliesen a tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearían con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos: quitalles el agua y dar vista a la laguna, aunque no ganamos honra con ellos. Y aquella noche nos estuvimos en nuestro real, y se curaron los heridos y aún se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas. Y otro día de mañana dijo el capitán Cristóbal de Olí que se quería ir a su puesto, que era a Cuyuacán, questaba legua y media; e por más que le rogó Pedro de Alvarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitanías, sino que estuviesen juntas, jamás quiso; porque como el Cristóbal era muy esforzado, y en la vista que el día antes dimos a la laguna no nos subcedió bien, decía el Cristóbal de Olí que por culpa de Pedro de Alvarado habíamos entrado desconsideradamente; por manera que jamás quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, a Cuyuacán, y nosotros nos quedamos en nuestro real; y no fué bien apartarse una capitanía de otra en aquella sazón, porque si los mexicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro o cinco días que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Cristóbal de Olí, corriéramos harto trabajo e hicieran gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba y el Cristóbal de Olí en su real sin osar dar más vista ni entrar por las calzadas, y cada día teníamos en tierra rebates de muchos escuadrones mexicanos que salían a tierra firme a pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en partes donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningún daño. Y dejallos aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro días después de la fiesta del Corpus Christi y se vino a Iztapalapa. Casi todo el camino era de amigos subjetos de Tezcuco, y desque llegó a la población de Iztapalapa, luego les comenzó a dar guerra y a quemar muchas casas de las questaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas que luego vinieron en socorro de aquella cibdad grandes escuadrones de mexicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros, cuando peleaban en tierra, y después de acogidos a las canoas le tiraban mucha vara y flecha y piedra, y le herían a sus soldados; y estando desta manera peleando vieron que en una serrezuela questaba allí junto a Iztapalapa en tierra firme hacían grandes ahumadas, y que les respondían con otras ahumadas de otros pueblos questaban poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México y de todos los pueblos del rededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya había salido de Tezcuco

con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí más Cortés; y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fué combatir un peñol questá en una isleta junto a México, donde estaban recogidos muchos mexicanos, ansí de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habían ido a hacer fuertes, y salió a la laguna contra Cortés todo el número de canoas que había en todo México y en todos los pueblos que había poblados en el agua e cerca della, que son Suchimilco y Cuyuacán, Iztapalapa, e Huchilibusco y Mexicalcingo, y otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y a esta causa aflojó algo los que daban guerra en Iztapalapa a Sandoval; y como todas las más de las casas de aquella ciudad en aquel tiempo estaban pobladas en el agua, no les podía hacer mal ninguno, puesto que a los principios mató muchos de los contrarios, y como llevaba gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblazones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podía venir con su gente a Cuyuacán sino era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera no hubiera bien entrado cuando le desbarataban los contrarios, por causa que de entrambas a dos partes del agua le habían de guerrear, y él no había de ser señor de poderse defender, y a esta causa se estuvo quedo; dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran más de mill canoas; y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna para que, si se viere en aprieto, poder salir con sus bergantines a lo largo y correr a la parte que quisiese; y mandó a sus capitanes que en ellos venían que no curasen de embestir ni apretar contra las canoas hasta que refrescase más el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba a ventar. Y desque las canoas vieron que los bergantines reparaban, creían que de temor dellos lo hacían, y entonces les daban mucha priesa los capitanes mexicanos y mandaban a todas sus gentes que luego fuesen a embestir con los nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y tan bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, manda Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas, y se mataron y prendieron muchos indios, y las demás canoas se fueron a recoger entre las casas questaban en la laguna, en parte que no podían llegar a ellas nuestros bergantines; por manera que este fué el primer combate que se hobo por la laguna, y Cortés tuvo victoria, y gracias a Dios por todo. Amén. Y desque aquello fué hecho, vino con los bergantines hacia Cuyuacán, adonde estaba asentado el real de Cristóbal de Olí, y peleó con muchos escuadrones mexicanos que le esperaban en partes peligrosas, creyendo de tomar los bergantines; y como le daban mucha

guerra desde las canoas questaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra y mataba y hería a muchos indios, y tanta priesa tenían los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos. Y luego despachó Cortés un bergantín muy ligero a Iztapalapa, al real de Sandoval, para que trujesen toda la pólvora que tenían, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos a Cortés, que siembre tenía rebatos con los mexicanos hasta que se juntó en el real de Cristóbal de Olí, y en dos días que allí estuvo siempre les combatían muchos contrarios; y porque yo estaba en aquella sazón en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hicimos en nuestro real, y es: que como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante y con gran concierto y no como la primera vez, y les llegamos a la primera puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto tirando unos y armando otros, y los de caballos les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros, sino que se quedasen en tierra firme haciendo espaldas por temor de los pueblos por mí memorados, por donde veníamos, no nos diesen entre las calzadas; y desta manera estuvimos unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen en tierra de la calzada, porque cada día teníamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados; y también entendíamos en adobar los malos pasos. Dejemos desto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, questaba en Iztapalapa, viendo que no les podía hacer mal a los de Iztapalapa porquestaban en el agua, y ellos a él le herían sus soldados, acordó de se venir a unas casas e poblazón questaba en la laguna, que podían entrar en ellas, y le comenzó a combatir; y estándoles dando guerra envió Guatemuz, gran señor de México, a muchos guerreros a les ayudar e a deshacer y abrir la calzada por donde había entrado el Sandoval, para tornalles dentro, y no tuviesen por donde salir, y envió por otra parte muchas gentes de guerra. Y como Cortés estaba con Cristóbal de Olí e vieron salir gran copia de canoas hacia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines e con toda la capitanía del Cristóbal de Olí a Iztapalapa en busca del Sandoval; e yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Olí por la calzada, vieron questaban abriendo la calzada muchos mexicanos, y tuvieron por cierto questaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines y le hallaron peleando con el escuadrón de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea. Y luego mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa y fue por tierra a poner cerco a otra calzada que va desde México a un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde agora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos santos y milagros. Digamos cómo Cortés repartió los bergantines y lo que más se hizo.

CAPITULO CLI

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del más pequeño bergantín, que se decía "Busca Ruido", y lo que más pasó.

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendíamos que sin los bergantines no podríamos entrar por las calzadas para combatir a México, envió cuatro dellos a Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olí, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, le envió dos bergantines, y mandó quel bergantín más pequeño que no anduviese más en la laguna porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustén, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en los otros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desque nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado que los dos dellos anduviesen por una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte; comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua los bergantines las desbarataban, y ansí teníamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas. Y cuando con ellos estábamos peleando era tanta la piedra con ondas y vara, y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados todos los más soldados nos descalabraban, y quedabamos heridos, y hasta que la noche nos despartía no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus devisas y ensinias de las armas que de los mexicanos se remudaban de rato en rato; pues a los bergantines cuál los paraban de las azoteas, que les cargaban de vara e flecha y piedra, porque era más que granizo, y no lo sé aquí decir, ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venían tanta multitud dellas más que granizo, que de presto cobrían la calzada. Pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente o albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habían de tomar y tornar a hondar, y ponían muy mejores defensas, y aun hacían hoyos encubiertos en el agua para que otro día cuando peleásemos y al tiempo del retraer nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen con sus canoas desbaratarnos, porque ansimismo tenían aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos estuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros en agua dar en nosotros, y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir ayudar tenían hechas muchas estacadas en el agua encubiertas en partes, para que en ellas zalabordasen, y desta manera peleábamos cada día. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetían o daban algún alcance a los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban al agua y a unos mamparos que tenían hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras o dalles que habían hecho, muy más largas, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en

México, y con aquellas lanzas, y de grandes rociadas de flecha y vara que tiraban de la laguna, herían y mataban los caballos antes que se les hiciese daño a los contrarios; y demás de esto, los caballeros cúyos eran no los querían aventurar, porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban a más de mill, y no los había, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando en la noche nos despartía curábamos nuestras heridas con quemárnoslas con aceite, e un soldado, que se decía Juan Catalán, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que Nuestro Señor Jesucristo era servido darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacía, y de presto sanaban, y heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el réal sin salir a los combates, no hobiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir; pues nuestros amigos los de Tascala, desque veían que aquel hombre dicho tengo nos santiguaba todos los heridos y descalabrados, iban a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y alférez y compañeros de bandera, cuales llenos de heridos y las banderas rotas, y digo que cada día habíamos menester un alférez, porque salíamos tales que no podían tornar a entrar a pelear y llevar las banderas; pues con todo esto quizá teníamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teníamos, sino algún refrigerio para los heridos, maldito aquél; lo que nos daba la vida eran unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra, mientras que duraron, y después tunas, que en aquella sazón vino el tiempo dellas; y otro tanto como hacíamos en nuestro real lo hacían en el real donde estaba Cortés y en el de Sandoval, que jamás día ninguno faltaban grandes capitanías de mexicanos, y siempre que les iban a dar guerra, ya he dicho otras veces que desde que amanescía hasta la noche, porque para ello tenía Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que en cada calzada habían de acudir; y el Tatelulco y los pueblos de la laguna, ya otras veces por mí nombrados, tenían señalados para que en viendo una señal en el cu mayor de Tatelulco acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenían los capitanes mexicanos señalados, y con gran concierto, cómo y cuándo e a qué partes habían de acudir. Dejemos desto, y digamos cómo nosotros mudamos otra orden y manera de pelear, y es esta que diré: Que como víamos que cuantas obras de agua ganábamos de día, y sobre se lo ganar mataban de nuestros soldados y todos los más estábamos heridos, e lo tornaban a cegar los mexicanos, acordamos que todos nos fuésemos a meter en la calzada en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que les habíamos ya ganado, y había espacio para hacer nuestros ranchos, y aunque eran muy astrosos, que en lloviendo todos nos mojábamos e no eran para más de cubrirnos del sereno, y dejamos en Tacuba las indias que nos hacían pan, y quedaron en su guarda todos los de caballo y nuestros amigos los tascaltecas para que mirasen y guardasen los pasos, no viniesen de los pueblos comarcanos a darnos en la rezaga en las calzadas mientras questábamos peleando. Y desque hobimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante

procuramos que las casas o barrios o aberturas de agua que les ganásemos que luego lo cegásemos y con las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponelles fuego tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas a otras no se podían encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa está en el agua, y sin pasar por puentes o en canoas no pueden ir de una parte a otra; porque si queríamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenían nos hacían mucho mal, y derrocándoselas estábamos más seguros; y cuando les ganábamos alguna albarrada o puente o paso malo donde ponían mucha resistencia procurábamos de la guardar de día y de noche, y es desta manera; que todas nuestras capitanías velamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dió, que tomaba la vela desde que anochescía hasta medianoche la primera capitanía, y eran sobre cuarenta soldados, y desde medianoche hasta dos horas antes que amanesciese tomaba la vela otra capitanía de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormíamos, y este cuarto es el de la modorra; y luego venían otros cuarenta soldados y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que había hasta el día, y tampoco se habían de ir los que velaban la modorra, que allí habían de estar, por manera que cuando amanescía nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados, todos juntos, y aun algunas noches, cuando sentíamos mucho peligro, que desde que anochescía hasta que amanescía todos estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mexicanos, con temor no nos rompiesen, porque teníamos aviso de unos capitanes mexicanos que en las batallas prendimos quel Guatemuz tenía pensamiento y puesto en plática con sus capitanes que procurasen en una noche o de de día romper por nosotros en nuestra calzada, e que venciéndonos por aquella nuestra parte que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas donde estaba Cortés y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval; y también tenía concertado que los nueve pueblos de la laguna y el mismo Tacuba y Escapuzalco y Tenayuca que se juntasen, e que para el día que ellos quisiesen romper y dar en nosotros que se diesen en las espaldas en la calzada, e que a las indias que nos hacían pan, que teníamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos a saber, apercebimos a los de a caballo que estaban en Tacuba que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y también nuestros amigos los tascaltecas. E ansí como Guatemuz lo tenía concertado lo puso por obra, que vinieron grandes escuadrones, unas noches nos venían a romper y dar guerra a medianoche, e otras a la modorra, y otras al cuarto del alba, e venían algunas veces sin hacer remor, e otras con grandes alaridos y silbos, y cuando llegaban adonde estábamos velando la noche, la vara y piedra y flecha que tiraban, e otros muchos con lanzas, y puesto que herían alguno de nosotros, como les resistimos volvían muchos heridos, y otros muchos guerreros [que] vinieron a dar en nuestro fardaje, los de a caballo y tascaltecas los desbarataron, porque como era de noche no aguardaban mucho, y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni fríos, y aun questábamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habíamos destar, y aun esta miseria de tortillas y yerbas que habíamos

de comer o tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, había de ser. Pues con todos estos recaudos que poníamos nos tornaban abrir la puente o calzada que les habíamos ganado, que no se les podía defender de noche que no lo hiciesen; e otro día se la tornábamos a ganar y cegar, y ellos a la tornar abrir y hacer más fuerte con mamparos, hasta que los mexicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su cuyuntura. Y dejemos de hablar en tantas batallas como cada día teníamos, y otro tanto en el real de Cortés, y en el de Sandoval, y digamos que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chapultepeque ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento, ni agua, ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales no sirviendo más de cuando peleábamos hacernos espaldas de los guerreros de las canoas y de los que peleaban de las azoteas, porque los mexicanos metían mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos questaban poblados en el agua, porque en canoas les proveían de noche, y de otros pueblos sus amigos, de maíz e gallinas y todo lo que querían. Y para evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna, a dar caza a las canoas que venían cargadas con bastimentos y todas las canoas que se les pudiesen quebrar o traer a nuestros reales que se les tomase; y hecho este concierto, fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacían falta de noche los dichos bergantines, mas hicieron mucho provecho en quitar que no entrasen bastimentos e agua, y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas dello; y como los mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimento, no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas. Dejemos desto, y digamos el ardid que los mexicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines y matar los que en ellos andaban; es desta manera: Que como, he dicho, cada noche y en las mañanas les iban a buscar por la laguna sus canoas y las trastornaban con los bergantines y prendían muchas dellas, acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas; echaban de ante noche dos o tres canoas como que llevaban bastimentos o metían agua, y con buenos remeros; y en parte que les parecía a los mexicanos que los bergantines habían de correr cuando con ellos peleasen habían hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que en ellos zalabordasen; pues como iban las canoas por la laguna mostrando señal de temerosos, arrimadas a los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo a tierra a la parte questaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolos, e ya que llegaban a la celada, salen todas las piraguas juntas y dan tras los bergantines, que de presto hirieron a todos los soldados y remeros, y capitanes, y no podían ir a una parte ni a otra, por las estacadas que les tenían puestos, por manera que mataron al un capitán, que se decía Fulano de Portilla, gentil soldado que había sido en Italia, e hirieron a Pedro Barba, que fué otro

muy buen capitán, y desde a tres días murió de las heridas, e tomaron el bergantín. Estos dos bergantines eran de los del real de Cortés, de lo cual rescibió gran pesar; mas desde a pocos días se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron, lo cual diré en su tiempo. Y dejemos agora de hablar dellos, y digamos cómo en el real de Cortés y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenían muy grandes combates, e muy mayores en el de Cortés, porque mandaba derrocar y quemar casas y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada día lo cegaba, y envía a mandar a Pedro de Alvarado que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero lo tuviese cegado, e que no quedase casa que no se derrocase y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos cegábamos los pasos y aberturas de las puentes, y nuestros amigos de Tascala que nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos desto, y digamos que como los mexicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, e que las puentes y aberturas las cegábamos, acordaron de pelear de otra manera, y fué que abrieron una puente y zanja muy ancha y honda que nos daba el agua, cuando la pasábamos, a partes no le hallábamos pie, e tenían en ellos hechos muchos hoyos, que no los podíamos ver, dentro en el agua, a unos mamparos e albarradas, ansi de la una parte como de la otra de aquella abertura, y tenían hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zalabordasen si nos viniesen a socorrer cuando estuviesen peleando sobre tomalles aquella fuerza, porque bien entendían que la primera cosa que habíamos de hacer era deshacelles el albarrada, y pasar aquella abertura de agua para entralles en la ciudad; y ansimismo tenían aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros e buenos remeros. E un domingo de mañana comenzaron de venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera que tuvimos bien que sustentarnos no nos desbaratasen. Ya en aquella sazón había mandado Pedro de Alvarado que la mitad de los de a caballo que solían estar en Tacuba durmiesen en la calzada, porque no tenían tanto riesgo como al principio, como ya no había azoteas y todas las más casas derrocadas, y podían correr por algunas partes de las calzadas sin que de las canoas y azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos a nuestro propósito: y es que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que habíamos derrocado, y el otro escuadrón nos había tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados, y los de a caballo con nuestros amigos los de Tascala rompieron por los escuadrones que nos habían tomado las espaldas, y todos nosotros nos estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacían que huían, y les ganamos la primera albarrada, y a la otra albarrada donde se hicieron fuertes; también la desmampararon, y nosotros, creyendo que llevábamos vitoria, pasamos aquella agua a vuela pie, y por donde la pasamos no había ningunos hoyos, e vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas y torres de adoratorios, y los contrarios hacían que todavía se retraían, y no de-

jaban de tirar vara y piedra con ondas y muchas flechas; y cuando no nos catamos tenían encubiertos en parte que no los podíamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos desde las azoteas e de las casas, y los que primero hacían que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos a una y nos dan tal mano, que no les podíamos sustentar: y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; e tenían aparejados en el agua y abertura que les habíamos ganado tanta flota de canoas en la parte por donde habíamos primero pasado, donde no había hoyos, por que no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir a pasar por otra parte adonde he dicho questaba muy más honda el agua, y tenían hechos muchos hoyos; y como venían contra nosotros tanta multitud de guerreros y nos veníamos retrayendo, pasábamos el agua a nado e a vuela pie, e caíamos todos los más soldados en los hoyos; entonces acudieron las canoas sobre nosotros, e allí apañaron los mexicanos cinco de nuestros compañeros, y vivos los llegaron a Guatemuz, e hirieron a todos los más; pues los bergantines que aguardábamos no podían venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenían puestas, y con las canoas y azoteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros, e hirieron a muchos de los nuestros. Y volvamos a los hoyos e abertura. Digo que fué maravilla cómo no nos mataron a todos en ellos; de mí digo que ya me habían echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo, que me dió esfuerzo para que a buenas estocadas que les di me salvé, y bien herido en un brazo; y desque me vi fuera de aquella agua en parte seguro me quedé sin sentido sin me poder sostener en mis pies e sin huelgo ninguno, y esto le causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla e de la mucha sangre que me salió e digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba a Nuestro Señor Dios e a Nuestra Señora, su bendita madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé. Gracias a Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir: Que Pedro de Alvarado y los de a caballo, como tuvieran harto en romper los escuadrones que nos venían por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua ni albarradas, si no fué un solo de a caballo que había venido poco había de Castilla, y allí le mataron a él y al caballo; y como vieron que nos veníamos retrayendo, nos iban ya a socorrer con otros de a caballo, y si allá pasaran, por fuerza habíamos de volver sobre los indios, y si volvieran, no quedara ninguno dellos ni de los caballos ni de nosotros a vida, porque la cosa estaba de arte que cayeran en los hoyos y había tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenían, y desde las muchas azoteas que había, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella vitoria que tenían los mexicanos, todo aquel día, que era domingo, como dicho tengo, tornaron a venir a nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos podíamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche. Dejemos desto, y digamos, como Cortés lo supo, el

gran enojo que tenía; escribió luego en un bergantín a Pedro de Alvarado que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de a caballo durmiesen en las calzadas, y toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar un paso más delante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura, y que tuviese buen recaudo en el real. Pues desque vimos que por nosotros había acaescido aquel desmán, desde allí adelante procuramos de tapar e cegar aquella abertura, y aunque fué con harto trabajo y heridas que sobrello nos daban los contrarios, e muerte de seis soldados, y en cuatro días la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas tres capitanías, según la orden que dicho tengo. Y quiero decir que entonces, como los mexicanos estaban junto a nosotros cuando velávamos que también ellos tenían sus velas, y por cuartos se mudaban, y era desta manera: que hacían grande lumbre, que ardía toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad de la leña que siempre ardía no podíamos ver los indios que velaban, más bien sentíamos cuándo se remudaban y cuándo venían atizar su leña, y muchas noches había que como llovía en aquella sazón mucho, les apagaba la lumbre y la tornaban a encender, y sin hacer rumor ni hablar entrellos palabras se entendían con unos silbidos que daban. También quiero decir que nuestros escopeteros y ballesteros muchas veces, cuando sentíamos que se venían a trocar, les tiraban al bulto piedra y saetas perdidas, y no les hacíamos mal, porque estaban en parque que aunque de noche quisiéramos ir a ellos no podíamos, con otra gran abertura de zanja bien honda que habían abierto a mano, e albarradas y mamparos que tenían; y también ellos nos tiraban a bulto mucha piedra, e vara, e flecha. Dejemos de hablar destas velas, y digamos cómo cada día íbamos por nuestra calzada adelante peleando con muy buen concierto, y les ganamos la abertura que he dicho, adonde velaban; y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada día venían, y la vara y flecha y piedra que tiraban, que nos herían a todos, y aunque íbamos con gran concierto e bien armados; pues ya que se había pasado todo el día batallando y se venía tarde, y no era coyuntura para pasar más adelante, sino volvernos retrayendo. En aquel tiempo tenían ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen, al tiempo del retraer nos pudiesen desbaratar, porque venían tan bravos como tigres, y pie con pie se juntaban con nosotros; y como aquello conoscíamos dellos, la manera que teníamos para nos retraer era ésta: que la primera cosa que hacíamos [era] echar de la calzada a nuestros amigos los tascaltecas, porque, como eran muchos, con nuestro favor querían llegar a pelear con los mexicanos, y como eran mañosos, no deseaban otra cosa sino vernos embarazados con los amigos, con grandes arremetidas que hacían por dos o tres partes para nos poder tomar enmedio o atajar algunos de nosotros, y con los muchos tascaltecas que embarazaban no podíamos pelear a todas partes, y a esta causa les echábamos fuera de la calzada en parte que los poníamos en salvo; y desque nos víamos que no teníamos embarazo dellos, nos retraíamos al real, no vueltas las espaldas, sino siempre haciéndoles rostro, unos ballesteros y

escopeteros soltando y otros armando, y nuestros cuatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas, por la laguna, defendiéndonos por las flotas de canoas y de las muchas piedras de las azoteas y casas questaban por derrocar; y aun con todo este concierto teníamos harto riesgo cada uno con su persona e hasta volver a los ranchos; y luego nos curábamos con aceite nuestras heridas, y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, e yerbas y tunas quien lo tenía, y luego íbamos a velar a la abertura del agua, como dicho tengo y luego otro día por la mañana a pelear, porque no podíamos hacer otra cosa, porque por muy de mañana que fuese ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios contra nosotros, y aun llegaban a nuestro real y nos decían vituperios; y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por ahora de contar de nuestro real, que es el de Pedro de Alvarado, y volvamos al de Cortés, que siempre de noche y de día le daban combates y le mataban y herían muchos soldados, y es de la manera que a nosotros los del real de Tacuba, y siempre traía dos bergantines a dar caza de noche a las canoas que entraban en México con bastimentos y agua. Parece ser quel un bergantín prendió a dos principales que venían en una de las muchas canoas que metían bastimento, y dellos supo Cortés que tenían en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas y otras canoas para tomar alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y a aquellos dos principales que se prendieron Cortés les halagó y les dió mantas, y con muchos prometimientos que en ganando a México les daría tierras, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar les preguntó que a qué parte estaban las piraguas, porque no se pusieron adonde la otra vez; y ellos señalaron en el puesto y paraje questaban, y aun avisaron que habían hincado muchas estacadas de maderos gruesos en partes para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas zalabordasen, y allí los apañasen y matasen a los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen a meter en unos carrizales apartados, obra de un cuarto de legua donde estaban las piraguas en celada, y que se cubriesen con mucha rama; y fueron a remo callado; y estuvieron toda la noche aguardando; y otro día muy de mañana mandó Cortés que fuese un bergantín como que iba a dar caza a las canoas que entraban con bastimento, y mandó que fuesen los dos indios principales que se prendieron dentro en el bergantín para que mostrasen en qué parte estaban las piraguas, por quel bergantín fuese hacia allá; y ansimismo los mexicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas, como la otra vez, a donde estaba su celada, como que traían bastimento para que cebase el bergantín en ir tras ellas, por manera que ellos tenían un pensamiento y los nuestros otro como el suyo de la misma manera. Y como el bergantín que echó Cortés disimulado vió a las canoas que echaron los indios para cebar el bergantín, iba tras ellas, y las dos canoas hacían que se iban huyendo a tierra a donde estaba su celada y sus piraguas; y luego nuestro bergantín hizo semblante que no osaba llegar a tierra y que se volvía retrayendo; y desque las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvía, salen tras él con gran furia y reman todo lo que podían y le iban siguiendo,

y el bergantín se iban como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole; y en aquel instante soltaron una escopeta, que era la señal cuándo habían de salir nuestros bergantines; y desque oyeron la señal, salen con gran ímpetuo y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron y prendieron muchos guerreros; y también el bergantín que echásemos en celada, que iba ya algo a lo largo, vuelve ayudar a sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas; y desde allí adelante no osaban los mexicanos echar más celadas, ni se atrevían a meter bastimentos ni agua tan a ojos vistas como solían. Y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora como vieron los pueblos questaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces que cada día teníamos vitoria, ansí por el agua como por tierra, y vieron venían a nuestra amistad ansí los de Chalco y Tezcuco y Tascala y otras poblazones, y en todos los hacíamos mucha guerra y mal daño en sus pueblos, y les cautivábamos muchos indios e indias, parece ser se juntaron todos e acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdón si en algo nos habían enojado, y dijeron que eran mandados y que no podían hacer otra cosa; y Cortés holgó mucho de los ver venir de aquella manera, y aun desque lo supimos en nuestro real de Pedro de Alvarado y en el de Sandoval nos alegramos todos los soldados. Y volviendo a nuestra plática, Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó y les dijo que eran dinos de gran castigo por haber ayudado a los mexicanos. Y los pueblos que vinieron fueron: Iztapalapa, Vichilobusco, e Culuacán, y Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce; y les dijo Cortés que no habíamos de alzar real hasta que los mexicanos viniesen de paz o por guerra los acabase, y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir a México, é que viniesen hacer sus ranchos de Cortés y trujesen comida; lo cual dijeron que ansí lo harían, e hicieron los ranchos de Cortés, y no traían comida, sino muy poca y de mala gana. Nuestros ranchos donde estaba Pedro de Alvarado nunca se hicieron, que así nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos a nuestra calzada y a los combates que cada día dábamos a los mexicanos, y cómo les íbamos ganando muchas torres de ídolos y casas, y otras aberturas y zanjas y puentes que de casa a casa tenían hechos y todo lo cegábamos con adobes, y la madera de las casas que deshacíamos y derrocábamos y aun sobrellas velábamos, y aun con toda esta diligencia que poníamos, lo tornaban a hondar y ensanchar y ponían más albarradas; y porque entre todas tres nuestras capitanías teníamos por deshonra que unos batallásemos e hiciésemos rostro a los escuadrones mexicanos y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes, y por excusar diferencias sobre los que habíamos de batallar o cegar aberturas, mandó Pedro de Alvarado que una capitanía tuviese cargo de cegar y entender en la obra un día y las dos capitanías batallasen e hiciesen rostro contra los enemigos, y esto había de ser por rueda, un día unos y luego otro día otra capitanía, hasta

que por todas tres capitanías volviese la andana y rueda; y con esta orden no quedaba cosa que les ganábamos que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tascaltecas que nos ayudaban, y ansí les íbamos entrando en su ciudad; mas al tiempo de retraer todas tres capitanías habíamos de pelear juntos, porque entonces era donde corríamos mucho peligro, y como otra vez he dicho, primero hacíamos salir de las calzadas todos los tascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro real y volvamos al de Cortés y al de Sandoval, que a la contina, ansí de día como de noche, tenían sobre si muchos contrarios por tierra y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podían apartar de sí; pues en lo de Cortés, por les ganar una puente y abra muy honda, y era mala de ganar, y en ella tenían los mexicanos muchos mamparos y albarradas que no se podían pasar sino a nado, y ya que se pusiesen a pasalla, estábanle aguardando muchos guerreros con flechas y piedra con hondas, y varas y macanas y espadas de a dos manos, y lanzas hechas como dalles y engastadas de las espadas que nos tomaron, y la laguna llena de canoas de guerra, y había junto a las albarradas muchas azoteas, y dellas les daban muchas pedradas, y los bergantines no les podían ayudar por las estacadas que tenían puestas, y sobre ganalles esta fuerza y puente y abertura pasaron los de Cortés mucho trabajo, e le mataron cuatro soldados en el combate, porque le hirieron sobre treinta soldados, y como era ya tarde cuando lo acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de la cegar, y se volvieron retrayendo con gran trabajo y peligro y con más de treinta soldados heridos y muchos más tascaltecas descalabrados. Dejemos esto, y digamos otra manera que Guatemuz mandó pelear a sus capitanías, y mandó apercebir todos sus poderes; y es que como para otro día era la fiesta del señor San Juan de junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en México, cuando el socorro de Pedro de Alvarado e nos desbarataron, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, parece ser tenían cuenta en ello, el Guatemuz mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra con la mayor fuerza que pudiesen, con todos sus poderes, ansí por tierra como con las canoas por el agua, y manda que fuese de noche al cuarto de la modorra; y por que los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas las más partes del agua de la laguna tenían hechas estacadas para que en ellas zalabordasen; y vinieron con tanta furia e ímpetuo, que si no fuera por los que velábamos juntos que éramos sobre ciento y veinte soldados, y acostumbrados a pelear, nos entraran en el real, y corríamos harto riesgo; y con gran concierto les resistimos; y allí hirieron a quince de los nuestros, y dos murieron de ahí a ocho días de las heridas. Pues en el real de Cortés también les pusieron en gran aprieto y trabajo, y hobo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente. Y desta manera vinieron dos noches arreo, y también en aquellos reencuentros quedaron muchos mexicanos muertos y muchos más heridos. Y como Guatemuz y sus capitanes y papas vieron que no aprovecha nada la guerra que dieron aquellas dos noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del alba y diesen en nuestro real que se dice el de Tacuba; y vinieron tan bravosos, que nos

cercaron por dos partes, y aun nos tenían medio desbaratados y atajados, y quiso Nuestro Señor Jesucristo darnos esfuerzo que nos tornamos a hacer un cuerpo y nos mamparamos algo con los bergantines, y a buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pie con pie, les apartamos algo de nosotros, y los de caballo no estaban de balde, pues los ballesteros y escopeteros hacían lo que podían, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones, que ya nos tenían tomadas las espaldas. Y en aquella batalla mataron a ocho y hirieron muchos de nuestros soldados, y aun al Pedro de Alvarado le descalabraron, y si nuestros amigos los tascaltecas durmieron aquella noche en la calzada, corríamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran mucho; mas la ispiriencia de lo pasado nos hacía que luego los echásemos fuera de la calzada, y se fuesen a Tacuba, quedábamos sin cuidado. Tornemos a nuestra batalla, que matamos muchos mexicanos y se prendieron cuatro personas principales. Bien tengo entendido que los curiosos letores se hartarán de ver cada día tantos combates, y no se puede menos hacer, porque noventa y tres días questuvimos sobre esta tan fuerte y gran ciudad, cada día y de noche teníamos guerra y combates; por esta causa los hemos de recitar muchas veces cómo y cuándo y de qué manera pasaban, y no los pongo por capítulos de lo que cada día hacíamos porque me paresció que era gran prolijidad, y era cosa para nunca acabar, y parescería a los libros de Amadís o Caballerías; y porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas y reencuentros que cada día pasábamos, lo diré lo más breve que pueda. Y porque nos paresció que llevamos vitoria e tuvimos grandes desmanes, vuelven sobre nosotros, que estuvimos en gran peligro de nos perder en todos tres reales, como adelante verán.

CAPITULO CLII

De las batallas y reencuentros que pasamos, y del desbarate que Cortés tuvo en su real, y de otras muchas cosas que pasaron en el nuestro de Tacuba, e le llevaron sesenta e seis soldados, que sacrificaron.

Como Cortés vió que no se podían cegar todas las aberturas y puentes y zanjas de agua que ganábamos cada día, y de noche las tornaban abrir los mexicanos, y hacían más fuertes albarradas que de antes tenían hechas, y que era gran trabajo pelear y cegar puentes y velar todos juntos, en demás como estábamos todos los más heridos y se habían muerto veinte acordó Cortés de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenía en su real, que eran Cristóbal de Olí, y Francisco Verdugo, y Andrés de Tapia, y el alférez Corral, y Francisco de Lugo, y también nos escribió al real de Pedro de Alvarado y al de Sandoval para tomar parecer de todos nuestros capitanes y soldados, y el caso que propuso era que si nos parescía que fuésemos entrando en la ciudad muy de golpe, hasta llegar al Tatelulco, ques la plaza mayor de México, ques muy más ancha y grande que no la

de Salamanca, y que llegados que llegásemos a ella, que sería bien asentar en él todos tres reales, y que desde allí podríamos batallar por las calles de México sin tener tantos trabajos al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes; y como [en] las tales pláticas y consejos suele acaescer, hobo muchos pareceres, porque unos decíamos que no era buen acuerdo ni consideración meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos, como nos estábamos, batallando y derrocando y abrasando casas, y las causas más evidentes que dimos los que éramos en este pares cer fué que si nos metíamos en el Tatelulco, y dejábamos la calzadas y puentes sin guarda y desmampradas, que como los mexicanos son muchos y guerreros y con las muchas canoas que tienen, nos tornarían abrir las puentes y calzadas y no seríamos señores dellas, y que con sus grandes poderes nos darían guerra de noche y de día, y como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrían ayudar, y de aquella manera que Cortés decía seríamos nosotros los cercados y ellos ternían por sí la tierra y campo y laguna; y le escribimos sobre el caso para que no nos aconteciese como la pasada, que dice el refrán, de mazagatos, cuando salimos huyendo de México. Y desque Cortés hobo visto el parescer de todos y vió las buenas razones que sobrello dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué que para otro día saliésemos de todos tres reales con toda la mayor pujanza, ansí los de caballo como ballesteros y escopeteros y soldados, y que les fuésemos ganando hasta la plaza mayor, ques el Tatelulco, muchas veces por mí nombrado. Y apercebidos en todos tres reales y a nuestros amigos los tascaltecas, y los de Tezcuco, y a los de los pueblos de la laguna, que nuevamente habían dado la obidiencia a Su Majestad, para que con sus canoas viniesen ayudar los bergantines, un domingo en la mañana, después de haber oído misa, salimos de nuestro real con Pedro de Alvarado, y también salió Cortés del suyo, y Sandoval con sus capitanías, y con gran pujanza iba cada capitanía ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros, y Cortés por su parte llevaba mucha vitoria, y ansimismo Gonzalo de Sandoval por la suya; pues por nuestro puesto ya les habíamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque había grandes poderes del Guatemuz que las estaban guardando, y salimos della muchos de nuestros soldados heridos, y uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los tascaltecas salieron más de mill dellos malamente descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos a decir de Cortés e de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua algo honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los mexicanos con maña e ardid la habían hecho de aquella manera, porque tenían pensado entre sí lo que agora a Cortés le acontesció, y es que como llevaba vitoria él y sus capitanes y soldados y la calzada llena de amigos, e iban siguiendo a los contrarios, y aunque hacían que huían no dejaban de tirar vara y flecha y piedra, y hacían unas paradillas como que resistían a Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese atrás y desque vieron que de hecho iba siguiendo la vitoria, hacían que iban huyendo dél, por manera que la adversa fortuna vuelve la rueda y a mayores prosperidades acuden muchas tristezas; y como

Cortés iba vitorioso y en el alcance de los contrarios, o por su gran descuido, y Nuestro Señor Jesucristo que lo permitió, él, y sus capitanes y soldados dejaron de cegar la abertura de agua que habían ganado, y como la calzadilla por donde iban con maña la habían hecho muy angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y había mucho lodo y cieno, y como los mexicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenían apercebidos muchos escuadrones de guerreros con muy esforzados capitanes y muchas canoas en la laguna en parte que nuestros bergantines no les podían hacer daño ninguno con las grandes estacadas que le tenían puestas en que zabordasen, vuelven sobre Cortés y contra todos sus soldados tan gran furia de escuadrones mexicanos y con tales alaridos y gritos y silbos, que los nuestros no les pudieron defender su gran impetuo y fortaleza con que vinieron a pelear contra Cortés, y acordaron todos los soldados con sus capitanes y banderas de volver retrayendo con gran concierto; mas como venían contra ellos tan rabiosos contrarios hasta que los metieron en aquel mal paso con los amigos que traían, que eran muchos, se desconcertaron, de arte que vuelven huyendo sin hacer resistencia, vueltos las espaldas; y Cortés desque así los vió que volvía y vió desbaratados, les esforsaba, y decía: "¡Tene, tene, señores; tene recio! ¿Qués esto que así habéis de volver las espaldas?"; no los pudo detener. Y en aquel paso que dejaron de cegar y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron e hirieron en una pierna, y le llevaron vivos sobre sesenta y seis soldados, y le mataron ocho caballos, y a Cortés ya le tenían engarrafado seis o siete capitanes mexicanos; quiso Nuestro Señor Dios ayudalle y poner esfuerzo para se defender, puesto questaba herido de una pierna, porque en aquel instante luego llegó a él un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; y desque así le vido asido de tanto indio, peleó tan bravosamente el soldado Olea, que mató luego destocadas cuatro de los capitanes que tenían engarrafado a Cortés, y también le ayudó otro muy valiente soldado que se decía Lerma; e hicieron tanto por sus personas, que lo dejan y por le defender, allí perdió la vida el Olea y aun Lerma estuvo a punto de muerte; luego acudieron muchos soldados, y aunque bien heridos echan mano a Cortés y le ayudan a salir de aquel peligro e lodo en que estaba. Y entonces también vino con mucha presteza el maestre de campo Cristóbal de Olí, y le tomaron por los brazos y le ayudaron a salir del agua y lodo, y le trujeron un caballo en que se escapó de la muerte; y en aquel instante también venía un su mayordomo que se decía Cristóbal de Guzmán, y le traía otro caballo. Y desde las azoteas los mexicanos guerreros, que andaban muy bravosos y vitoriosos y muy malamente, de manera que prendieron al Cristóbal de Guzmán y vivo le llevaron a Guatemuz; y todavía los mexicanos iban siguiendo a Cortés y a todos sus soldados hasta que llegaron a su real. Pues ya aquel desastre acaescido y se hallaron en su real los escuadrones mexicanos no dejaban de seguilles dándoles caza y grita, y diciéndoles muchos vituperios, y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate y volvamos a nuestro ejército, ques el de Pedro de Alvarado, en la ciudad de Tacuba. Como íbamos muy vitoriosos, y cuando no nos catamos, vimos

venir contra nosotros tantos escuadrones mexicanos, y con grandes gritas y muy hermosas divisas y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces habían cortado de los que habían tomado a Cortés, y venían corriendo sangre, y decían: "Así os mataremos como hemos muerto a Malinche y Sandoval y a todos los que consigo traían, y estas son sus cabezas, por eso conoceldas bien". Y diciéndonos estas palabras se venían a cerrar con nosotros hasta nos echar mano, que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas ni ballestas ni escopetas, y no hacían sino dar en nosotros como a terrero; y con todo esto no perdíamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos a nuestros amigos los tascaltecas que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas de nuestros compañeros corriendo sangre, que decían que ya habían muerto a Malinche y Sandoval y a todos los teules que consigo traían, que así habían de hacer con nosotros y a los tascaltecas, temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad, y por esta causa digo que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos a decir como nos íbamos retrayendo oímos tañer del cu mayor, ques donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél a toda la gran ciudad, y también un atambor, el más triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oyera dos leguas, y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles y bocinas y silbos; entonces, según después supimos, estaban ofresciendo diez corazones y mucha sangre a los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, volvamos a nuestro retraer y la gran guerra que nos daban ansí por la calzada como de las azoteas y de la laguna con las canoas. Y en aquel instante vienen contra nosotros muchos escuadrones que de nuevo enviaba el Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella tocasen habían de combatir sus capitanes y guerreros de manera que habían de hacer presa o morir sobrello, y retumbaba el sonido que las metían en los oídos, y desque lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanías, saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a nos echar mano es cosa despanto, porque yo no lo sé aquí escribir que agora que me paro a pensar en ello es como si agora lo viese y si estuviese en aquella guerra e batalla; mas torno afirmar que si Nuestro Señor Jesucristo no nos diera esfuerzo, según estabamos todos heridos. El nos salvó, que no podíamos llegar de otra manera a nuestros ranchos, y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapé aquella vez y otras muchas de poder de los mexicanos. Volviendo a nuestra plática, allí los de a caballo hacían arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto a nuestro ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteníamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venían hasta las casas, como cosa vencida, a echarnos vara y piedra, y, como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos; y quien ayudó mucho aquel día fué un hidalgo que se dice Pedro Moreno Medrano, que vive agora en la Puebla, por quel fué el artillero, porque nuestros artilleros que solíamos tener les habían dellos muerto y otros estaban heridos, y el Pedro Moreno, demás

de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel día nos fué grande ayuda. Y estando questábamos de aquella manera, bien angustiados y heridos, no sabíamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus ejércitos, si les habían muerto o desbaratado, como los mexicanos nos decían cuando nos arrojaron las cinco cabezas que traían asidas por los cabellos y de las barbas, y decían que ya habían muerto a Malinche y a todos los teúles, e que ansí nos habían de matar a nosotros aquel mismo día, y no podíamos saber dellos porque batallábamos los unos de los otros obra de media legua, y a donde desbarataron a Cortés era más lejos, y a esta causa estábamos muy penosos, y todos juntos, ansí heridos como sanos, hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el empetuo de la furia de los mexicanos que sobre nosotros estaban, que creyeron que en aquel día no quedar roso ni velloso de nosotros, según la guerra que nos daban, pues a nuestros bergantines ya habían tomado a el uno y muerto tres soldados y herido el capitán y todos los más soldados que en él venían, y fué socorrido de otro bergantín donde andaba por capitán Juan Jaramillo, y también tenían zalabordado otro bergantín en parte que no podía salir, de que era capitán Juan de Limpias Caravajal, que en aquella sazón ensordeció, que agora vive en la Puebla, y peleó por su persona tan valerosamente y esforzó a los soldados que en el bergantín remaban, que rompieron las estacadas y salieron todos bien heridos, y salvaron su bergantín. Este Limpias fué el primero que rompió las estacadas, y que fué bien para todos. Volvamos a Cortés, que como estaba él y toda su gente los más muertos y heridos, les iban los escuadrones mexicanos hasta su real a darle guerra y aun le echaron delante sus soldados que resistían a los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de los soldados que habían llevado al mismo Cortés, y les decían que eran del Tonatio, ques Pedro de Alvarado, y Sandoval y la de Bernal Díaz y de otros teúles, que ya nos habían muerto a todos los de Tacuba. Entonces diz que desmayó mucho más Cortés de lo que antes estaba y se le saltaron las lagrimas por los ojos y todos los que consigo tenía, mas no de manera que sintiesen en el desmayo flaqueza, y luego mandó a Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, y a sus capitanes que mirasen no les rompiesen el real los muchos mexicanos questaban sobrellos y que todos juntos hiciesen cuerpo, ansí heridos como sanos, y mandó Andrés de Tapia que con tres de a caballo muy en posta viniesen por tierra y aventurasen la vida a Tacuba, ques nuestro real, y que supiese si éramos vivos, y que si no éramos desbaratados que mirásemos que en el real hobiese buen recaudo y que todos juntos hiciésemos cuerpo así de día como en la noche en la vela; y esto que enviaba a mandar ya lo teníamos por costumbre; y el capitán Andrés de Tapia y los tres de a caballo que con él venían se dieron buena priesa [1], y aún venía herido el Tapia y dos de los que traía en su compañía que se decían Guillén de la Loa y el otro Valdenebro, y un Juan de Cuéllar, hombres esforzados, y desque llegaron a nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma y nos conta-

(1) Testado en el original: "y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un mal paso los mexicanos, que ya había puesto el Guatemuz en los caminos guarniciones de guerreros, por que no supiésemos los desmanes pasados del un real al otro".

ron lo acaescido del desbarate de Cortés y lo que nos enviaba a decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran muertos, y nos decían que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar en esto y volvamos a Sandoval y a sus capitanes y soldados, que andaban muy vitoriosos en la parte y calles de su conquista. Y desque los mexicanos hobieron desbaratado a Cortés cargan sobre el Sandoval y su ejército y capitanes de arte que no se pudo valer, y le mataron seis soldados y le hirieron a todos los que traía, y a él le dieron tres heridas: la una en el muslo y la otra en la cabeza y otra en el brazo izquierdo, y estando batallando con los contrarios le ponen delante seis cabezas de los que mataron de Cortés, y dicen que aquellas cabezas eran del Malinche y del Tonatio y de otros capitanes; y que ansí habían de hacer al Sandoval y a los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates. Y el Sandoval desque aquello vió mandó a sus capitanes y soldados que todos mostrasen mucho ánimo y no desmayasen, y que mirasen al retraer no hobiese algún desconcierto en la calzada, ques angosta, y lo primero que hace mandó salir a fuera de la misma calzada a sus amigos, que tenía muchos, por que no les estorbasen, y con sus dos bergantines y con sus escopeteros y ballesteros, con mucho trabajo se retrujo a su estancia, y toda su gente bien herida y aun desmayada y seis muertos; y como se vió fuera de la calzada, puesto questaban cercados de mexicanos, esforzó sus gentes y capitanes y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo así de día como de noche, y que guardasen el real no les desbaratasen, y como conoscía del capitán Luis Marín que lo harían muy bien, ansí herido y entrapajado como estaba tomó consigo otros dos de a caballo, y por tierra fué muy en posta al real de Cortés, y desque el Sandoval vió a Cortés le dijo: "Oh, señor capitán, ¿y qués esto, aquestos son los consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?" Y Cortés le respondió saltándosele las lágrimas de los ojos: "¡Oh, hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, y no soy tan culpante en ello como me ponen todos nuestros capitanes y soldados, sino es el tesorero Julián de Alderete, a quien encomendé que cegase aquel paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado a guerras, ni aun ser mandado de capitanes!". Y entonces respondió el mesmo tesorero, que se halló junto a Cortés, que vino a ver y hablar a Sandoval y a saber de su ejército si era muerto o desbaratado, y dijo que el mismo Cortés tenía la culpa, y no él, y la causa que dió fué que como Cortés iba con victoria, por seguilla muy mejor decía: "Adelante, caballeros", y que no les mandó cegar puente ni paso malo, y que si se lo mandara, que con su capitanía y los amigos lo hiciera, y también culpaba a Cortés en no mandar salir con tiempo de las calzadas los muchos amigos que llevaba; y porque hobo otras muchas pláticas y respuestas de Cortés al tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de decir, y diré cómo en aquel instante llegaron dos bergantines de los que Cortés tenía en su compañía y calzada, que no habían venido ni sabían dellos después del desbarate y, según paresció, habían estado detenidos y zabordados en unas estacadas, y, según dijeron los capitanes, habían estado detenidos y cercados de canoas que les daban guerra, y venían todos heridos; y dijeron que Dios

primeramente que les ayudó, y con un viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar, rompieron las estacadas, se salvaron de lo cual hobo mucho placer Cortés, porque hasta entonces, y aunque no lo publicaba por no desmayar los soldados, como no sabía dellos, los tenía por perdidos. Dejemos esto y volvamos a Cortés, que luego encomendó mucho a Sandoval que luego fuese en posta a nuestro real de Pedro de Alvarado, que se dice el de Tacuba, y mirase si éramos desbaratados o de qué manera estábamos, y que si éramos vivos, que nos ayudase a poner resistencia en el real no nos rompiesen, y dijo a Francisco de Lugo que fuese en su compañía, porque bien entendido tenía que había escuadrones mexicanos en el camino, y le dijo que ya había enviado a saber de nosotros a Andrés Tapia con tres de a caballo, y temía no le hobiesen muerto en el camino, y cuando se lo dijo y se despidió, fué abrazar al Sandoval y le dijo: "Mira, hijo; pues yo no puedo ir a todas partes, ya veis questoy herido, a vos encomiendo estos trabajos para que pongáis cobro en todos tres reales; bien sé que Pedro de Alvarado y todos sus capitanes y hermanos y soldados que le dí, esforzados habrán batallado y hecho como caballeros; mas temo el gran poder destos perros no le hayan desbaratado, pues de mí y ejército veis de la manera questoy." Y en posta vino Sandoval y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó era a hora poco más de vísperas, y porque, según paresció y vimos, el desbarate de Cortés fué antes de misa mayor, y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mexicanos, que nos querían entrar en el real por unas casas que habíamos derrocado, y otros por la calzada, y muchas canoas por la laguna, y tenían ya un bergantín zalabordado en tierra, y los soldados que en ellos iban, los dos habían muerto y todos los más heridos, y como Sandoval nos vió a mí y a otros seis soldados en el agua metidos a más de la cinta ayudando al bergantín a echalle en lo hondo, y estaban sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras que tomaron en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas y dándonos cuchilladas, y a mí me dieron un flechazo e una cuchillada en la pierna, por que no ayudásemos al bergantín, que ya le querían llevar con sus canoas, según las fuerzas que ponían, y le tenian atado muchas sogas para llevársele y metelle dentro a la ciudad, y como Sandoval nos vió de aquella manera, nos dijo: "¡Oh, hermanos, pone fuerzas en que no lleven el bergantín!", y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en salvo, puesto que, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos. En aquella sazón vinieron a la calzada muchas capitanías de mexicanos, y nos herían ansí a los de a caballo y a todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara, y entonces Pedro de Alvarado lo socorrió con otros de a caballo, y como venían tantos escuadrones e yo y otros veinte soldados les hacíamos cara, Sandoval nos mandó que poco a poco nos retrujésemos, porque no les matasen los caballos, y porque no nos retraíamos de presto como quisiera, nos dijo con furia: "¿Queréis que por amor de vosotros me maten a mí y a todos estos caballeros? Por amor de mí, hermanos queridos, que os retraigáis"; y entonces le tornaron a herir a él y a su caballo, en aquella sazón echamos los amigos fuera de la calzada, y poco a poco, haciendo cara y no vueltas las es-

paldas, como quien hace represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos a la par, y los caballos que hacían algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano, ya por mi memorado, con sus tiros en armar y tirar, y por más mexicanos que llevaban las pelotas, no los podían apartar, sino que siempre nos iban siguiendo con pensamiento que aquella noche nos habían de llevar a sacrificar. Pues ya questábamos retraídos cerca de nuestros aposentos, pasado ya una grande abra donde había mucha agua y no nos podían alcanzar las flechas y vara y piedra, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado contando a cada uno lo que le había acaescido y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor muy doloroso del Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable, y mirábamos al alto cu en donde los tañían, vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y desque ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumaje en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichílobos, y desque habían bailado, luego les ponían despaldas encima de unas piedras, algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrescían a sus ídolos que allí presentes tenían, y los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban, y las adobaron después como cuero de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole, y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrescían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas y pies, echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que atrás, dello he platicado. Pues desque aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes, miren los curiosos letores questo leyeren qué lástima teníamos dellos, y decíamos entre nosotros: "¡Oh, gracias a Dios que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!", y también tengan atención que no estábamos lejos de ello y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que nos guardase de tan crudelísima muerte. Pues en aquel instante que hacían aquellos sacrificios, vinieron de repente sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien qué hacer, que ni nos podíamos valer de una manera ni de otra contra ellos, y nos decían: "Mira que desta manera habéis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces." Pues las palabras de amenazas que decían a nuestros amigos los tascaltecas eran tan lastimosas y tan malas, que les hicieron desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y otros brazos de nuestros soldados, y les decían: "Comed de las carnes de esos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y eso que nos sobra

podéis hartaros dello, y mira que las casas que habéis derrocado que os hemos de traer para que las tornéis a hacer muy mejores y con piedra blanca y calicanto labradas; por eso ayuda muy bien a esos teules, que todos los veréis sacrificados." Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz: que como aquella vitoria tuvo, envió por todos los pueblos nuestros confederados y amigos y a sus parientes pies y manos de nuestros soldados, y caras desolladas con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron, y les enviaron a decir que ya éramos muertos más de la mitad de nosotros, y que presto nos acabarían, y dejasen nuestra amistad y se viniesen a México, que si luego no la dejaban, que les iría a destruir, y les envió a decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro real y nos dejasen, pues habíamos de ser presto muertos por sus manos. Y a la continua dándonos guerra ansí de día como de noche; y como velábamos todos los del real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado y los demás capitanes haciéndonos compañía en la vela, y aunque venían de noche grandes capitanías de guerreros, los resistíamos; pues los de a caballo todo el día y la noche estaban mitad dellos en lo de Tacuba y la otra mitad en las calzadas; pues otro mayor mal nos hicieron; que cuanto habíamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron abrir, e hicieron albarradas muy más fuertes que de antes; pues a los amigos de las ciudades de la laguna que nuevamente habían tomado nuestra amistad y nos vinieron ayudar con las canoas, creyeron llevar lana y volvieron tresquilados, porque perdieron muchos las vidas y más de la mitad de las canoas que traían, y otros muchos volvieron heridos, y aun con todo esto, desde allí adelante no ayudaron a los mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse a la mira. Dejemos de hablar más en contar lástimas y volvamos a decir el recaudo y manera que dende en adelante teníamos, y cómo el Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia, e Juan de Cuéllar, y Valdenebro, y los demás soldados que habían venido a nuestro real les paresció que era bien volverse a sus puestos y dar relación a Cortés cómo y de qué manera estábamos; y se fueron en posta y dijeron a Cortés cómo Pedro de Alvarado y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, ansí en el batallar como en el velar, y aun el Sandoval, como me tenía por amigo, dijo a Cortés que me halló a mí y a otros soldados batallando el agua más de la cinta, defendiendo un bergantían questaba zabordado en tierra, que si por nuestras personas no fuera que mataran los soldados y capitán que dentro venía, y porque dijo de mi persona otras loas de cuando me mandaba a retraer, que yo aquí no lo he de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real de Cortés y el nuestro, no quiero aquí recitallo. Y desque Cortés lo hobo bien entendido del buen recaudo que teníamos en nuestro real, con ello descansó su corazón, y desde allí adelante mandó a todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mexicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ningún puente ni albarrada, salvo de defender nuestros reales, no nos los rompiesen, que de batallar con ellos, aun no había bien esclarecido el día cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas y vara y flecha, y diciéndonos vituperios feos; y como teníamos junto a nuestro real una abertura de agua muy ancha y honda, estuvimos con ellos cuatro días

arreo, que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en su real y Sandoval en el suyo; y esto de no salir a batallar e procurar de ganar las albarradas que habían tornado abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, ansí de velas como de las armas y sin comer cosa de sustancia. Y como faltaban del día antes sobre sesenta e tantos soldados de todos tres reales y ocho caballos, por que recibiésemos algún alivio, y para tomar maduro consejo de lo que habíamos de hacer desde allí adelante, mandó Cortés questuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejallo he aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo más que en nuestro real pasó.

CAPITULO CLIII

De la manera que peleamos, y de muchas batallas que los mexicanos nos daban, y las pláticas que con ellos tuvimos, y de cómo nuestros amigos se nos fueron a sus pueblos, y de otras muchas cosas que pasaron.

La manera que teníamos en todos tres reales de pelear es ésta: que velábamos cada noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines a los lados, y los de a caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacían pan e teníamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para batallar con los contrarios, que nos venían a entrar en nuestro real y procuraban de nos desbaratar, y otro tanto hacían en el real de Cortés y en el de Sandoval, y esto no fué sino cinco días, porque luego tomamos otra orden, la cual diré adelante. Y digamos agora cómo los mexicanos cada noche hacían grandes sacrificios y fiestas en el cu mayor del Tatelulco, y tañían su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían toda la noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros a su maldito Huichilobos y Tezcatepuca y hablaban con ellos, y según ellos decían, que en la mañana de aquella misma noche parece ser, como los ídolos son malos, por engañarlos que no viniesen de paz, les hacían en creyente que a todos nosotros nos habían de matar, y a los tascaltecas y a todos los más que fuesen en nuestra ayuda; y como nuestros amigos lo oían teníanlo por muy cierto, y porque nos vieron desbaratados e no batallábamos como solía. Dejemos destas pláticas, que eran de sus malditos ídolos, y digamos como en la mañana venían muchas capitanías juntas a nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas devisas e penachos e señales, y venían otros de otras libreas, y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decían muchas palabras, llamándonos de apocados y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venilles a robar su ciudad, como gente mala que habíamos venido huyendo de

nuestra tierra y de nuestro rey y señor, y esto decían por lo que Narváez les había enviado a decir, que veníamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y nos decían que de ahí a ocho días no habían de quedar ninguno de nosotros, porque ansí se lo prometió la noche pasada sus dioses, y nos decían otras muchas palabras malas, y a la postre decían: "Mira cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor". Y parece ser como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso Nuestro Señor que les amargase las carnes. Pues a nuestros amigos los tascaltecas, si muchos vituperio nos decían a nosotros, más les decían a ellos; e que los ternían por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar a edificar las casas que les habíamos derrocado, y que las habían de hacer de cal y canto labradas, e que su Huichilobos se lo había prometido. Y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venían por unas casas derrocadas, y por las muchas canoas que tenían nos tomaban las espaldas, y aun nos tenían algunas veces ya atajados en la calzada, y Nuestro Señor Dios nos sustentaba cada día, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les hacíamos volver muchos dellos heridos, y otros quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban y digamos cómo nuestros amigos los de Tascala y de Cholula y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco y Chalco e Tamanalco, acordaron de se ir a sus tierras, e sin lo saber Cortés ni Pedro de Alvarado ni Sandoval se fueron todos los más, que no quedó en el real de Cortés salvo este Suchel, que después que se bautizó se llamó don Carlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre, y quedaron en él otros sus parientes y amigos hasta cuarenta, y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo con obra de cincuenta hombres, y en nuestro real quedaron dos hijos de don Lorenzo de Vargas y el esforzado de Chichimecatecle con obra de ochenta tascaltecas, sus parientes y vasallos. Y desque nos hallamos solos con tan pocos amigos, rescebimos pena, y Cortés y Sandoval, cada uno en su real, preguntaban a los amigos que les quedaban que por qué se habían ido de aquella manera los demás; y decían que como veían que los mexicanos hablaban de noche con sus ídolos y les prometían que nos habían de matar a nosotros y a ellos, que creían que era verdad, e de miedo se iban, y lo que les dabamos crédito era que nos vían a todos heridos y nos habían muerto muchos de los nuestros, y que dellos mismos faltaban más de mill y docientos, y que temieron no nos matasen todos, y también porque Xicotenga "el Mozo", el que mandó ahorcar Cortés en los términos de Tezcuco, siempre les decía que sabía por sus adivinanzas que a todos nos habían de matar y que no quedaría ninguno todos otros dellos a vida, y por estas causas se fueron. Y puesto que Cortés en lo secreto mostró pesar dello, mas con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, e que aquello que los mexicanos les decían que era mentira y por desmayarlos, y tantas cosas de prometimientos les dijo, con palabras amorosas, que les esforzó a estar con él, y otro tanto dijimos a Chichimecatecle y a los dos mancebos Xicotengas; y en aquellas pláticas que Cortés decía a este Su-

chel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo a Cortés: "Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada día con los mexicanos; sana de tu pierna, toma mi consejo, y es que te estés algunos días en tu real, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que ansí le llamaban, que se esté en el suyo, y a Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada noche, e de día, a quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porquestán dentro en esta gran ciudad tantos mill xiquipiles de guerreros, que por fuerza comerán el bastimento que tienen, y el agua que agora beben es media salobre, de unas fuentes que tienen hechas, y como llueve cada día, y algunas noches recogen el agua, y dello se sustentan; más qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es más que guerra la que ternán con la hambre e sed". Y como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, y con prometimiento que le daría pueblos, y aqueste consejo que lo habíamos puesto en pláticas muchos soldados; mas somos de tal calidad, que no queríamos aguardar tanto tiempo, sino entralles en la ciudad. Y desque Cortés lo hobo muy bien considerado lo que el cacique dijo, puesto que ya se lo habíamos enviado a decir por nuestra parte, y sus capitanes y soldados se lo decían por otra, mandó a dos bergantines que fuesen a nuestro real y al de Sandoval a nos decir que nos manda questuviésemos otros tres días sin les ir entrando en la ciudad. Y como en aquella sazón los mexicanos estaban vituriosos, no osábamos enviar un bergantín solo, y por esta causa envió dos. Y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban todos nuestros bergantines romper las estacadas que los mexicanos les habían hecho en la laguna para que zabordasen, y es desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mejor furia trujere el remar, tomaban desde algo atrás y hacían viento con las velas y remos muy mejor, e ansí eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas questaban apartadas de la ciudad; y los mexicanos que aquello vieron, se les quebró algo su braveza. Dejemos esto y volvamos a nuestras batallas, y es que, pues que no teníamos amigos, comenzamos a cegar y tapar la gran abertura que he dicho otras veces questaba junto a nuestro real, con la primera capitanía, que venía la rueda de acarrear adobes y madera, y cegar lo poníamos muy por la obra y con grandes trabajos, y las otras dos capitanías batallábamos; ya he dicho otra vez que ansí lo teníamos concertado y había de andar por rueda; y en cuatro días que todos trabajamos en ella la teníamos cegada y allanada, y otro tanto hacía Cortés en su real, que tenía el mismo concierto, y aun él mismo en persona estaba trabajando y llevando adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas por tenello seguro al retraer, y Sandoval ni más ni menos en el suyo, y nuestros bergantines, junto a nosotros, sin temer estacadas, y desta manera les fuimos entrando poco a poco. Volvamos a los grandes escuadrones que a la contina nos daban guerra, y muy bravosos e vituriosos se venían a juntar pie con pie con nosotros, y de cuando en cuando cómo se mudaban unos escuadrones y venían otros; pues digamos la grita y alaridos que traían, y en aquel instante el resonido de la cornetilla del Guatemuz, y entonces apechugaban

de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venían a echar mano, y como después de Dios nuestro buen pelear nos había de valer, teníamos muy reciamente contra ellos hasta que con las escopetas y ballestas y arremetidas de los de a caballo, que estaban a la contina con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines, que no temían ya las estacadas, les hacíamos estar a raya, y poco a poco les fuimos entrando, y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraíamos, ya he dicho otras muchas veces que había de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos, y si de antes lo habían procurado, en estos días, con la vitoria pasada, lo ponían muy más por la obra, y digo que por tres partes nos tenían tomados en medio un día, más quiso Nuestro Señor Dios que, puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos a juntar y matamos y prendimos muchos contrarios, y como no teníamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de a caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, volvimos a nuestra real bien heridos, donde nos curamos con aceite y apretar las heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají e hierbas y tunas y luego puestos todos en la vela. Digamos agora lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañían el maldito atambor, que digo otra vez que era el más maldito sonido y más triste que se podía inventar, y sonaba lejos tierras, y tañían otros peores instrumentos y cosas diabólicas y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos e silbos; y en aquel instante estaban sacrificando nuestros compañeros de los que habían tomado a Cortés, que supimos que diez días arreo acabaron de sacrificar a todos nuestros soldados, y al postrero dejaron a Cristóbal de Guzmán que vivo lo tuvieron doce o trece días, según dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos, y cuando los sacrificaban, entonces hablaba su Huichilobos con ellos y les prometía vitoria, y que habíamos de ser muertos a sus manos antes de ocho días, e que nos diesen buenas guerras, y aunque en ellas muriesen muchos, y desta manera los traía engañados. Dejemos de sus sacrificios y volvamos a decir que desque otro día amanescia ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podía juntar, y como teníamos cegada la abertura y calzada y puente y la podían pasar en seco, mi fe, ellos tenían atrevimiento a nos venir a nuestros ranchos e tirar vara e piedra e flechas, que si no fueran por los tiros, que siempre con ellos les hacíamos apartar, porque Pedro Moreno Médrano, que tenía cargo dellos, les hacía mucho daño, y quiero decir que nos tiraban saetas de las nuestras, con ballestas, cuando tenían vivos cinco ballesteros, e al Cristóbal de Guzmán con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas y les amostrasen cómo habían de tirar, y ellos o los mexicanos tiraban aquellos tiros como cosa pensada, e no hacían mal con ellos; y de la misma manera que nosotros, y aun más reciamente, batallaban con Cortés y el Sandoval, y les tiraban saetas, puesto que no nos hacían mal, y esto sabíamoslo por saberlo los bergantines que de nuestro real iban al de Cortés y del de Cortés al nuestro y al de Sandoval, y siempre nos escribía de la manera

que habíamos de batallar y todo lo que habíamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de a caballo en Tacuba guardando el fardaje y las indias que nos hacían pan, y parásemos mientes que no rompiesen por nosotros una noche, porque unos prisioneros que en el real de Cortés se prendieron dijeron que Guatemuz decía muchas veces que diesen en nuestro real de noche, pues no había tascaltecas que nos ayudasen, porque bien sabían que se nos habían ido ya todos los amigos, e ya he dicho muchas veces que poníamos gran diligencia en velar. Dejemos desto, y digamos que cada día teníamos muy recios combates y no dejábamos de les ir ganando albarradas y puentes y aberturas de agua, y como nuestros bergantines osaban ir por doquiera de la laguna y no temían a las estacadas, ayudábannos muy bien, y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenía Cortés en su real a dar caza a las canoas que metían agua y bastimentos, y cogían en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenía un sabor de queso, y traían en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés y de Gonzalo de Sandoval, que cada día iban conquistando y ganando albarradas y calzadas y puentes, y en aquestos trances y batalla, después del desbarate de Cortés, se habían ya pasado doce o trese días. Y desque este Suchel hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, vió que volvíamos muy de hecho sobre nosotros y no era verdad lo que los mexicanos decían que dentro de diez días nos habían de matar, porque ansí se lo habían prometido sus Huichilobos y Tezcatepuca, envió a decir a su hermano don Fernando que luego enviase a Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos días que se lo envió a decir más de dos mill hombres de guerra. Acuérdome que vino con ellos un Pero Sánchez Farfán y Antonio de Villarroel, marido que fué de Isabel de Ojeda, porque aquestos dos soldados había dejado Cortés en aquella ciudad; el Pero Sánchez Farfán era capitán, y el Villarroel era ayo de don Hernando. Y cuando Cortés vió tan buen socorro se holgó mucho y les dijo palabras halagüeñas; y asimismo en aquella sazón volvieron muchos tascaltecas con sus capitanes, y venía por general dellos un cacique de Topeyanco que se decía Tepaneca, y también vinieron otros muchos indios de Guaxocingo y muy pocos de Cholula. Y como Cortés supo que habían vuelto, mandó que todos ansí como venían fuesen a su real para les hablar, y primero que fuesen les mandó poner guardas de guerra de nuestros soldados en el camino para defendellos porque si saliesen mexicanos a les dar guerra; y desque fueron delante de Cortés les hizo un parlamento con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que bien habrán creído y tenido por cierto la buena voluntad que Cortés siempre les ha tenido y tiene, ansí por haber servido a Su Majestad como por las buenas obras que dellos hemos rescebido, y que si les mandó desde que venimos aquella ciudad venir con nosotros a destruir a los mexicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos a sus tierras y se vengasen de sus enemigos, y no para que por su sola mano hobiésemos de ganar aquella gran

ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada día les demandábamos salir de las calzadas por que nosotros estuviésemos más desembarazados sin ellos para pelear, y que ya les había dicho y amonestado y otras veces que el que nos da vitoria y en todo somos ayudados es Nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dinos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desmamparallos, y que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas que les perdonan, e que por que mejor lo entiendan, que mirasen questando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albarradas, y que desde allí adelante les manda que no maten ningunos mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hobo dicho este razonamiento, abrazó a Chichimecatecle y a los dos mancebos Xicotengas y a este Suchel, hermano de don Hernando, y les prometió que les daría tierras y vasallos más de los que tenían, teniéndoles en mucho a los que quedaron en nuestro real, y ansimismo habló muy bien a Tecapaneca, señor de Topeyanco, y a los caciques de Guaxocingo y Cholula, que solían estar en el real de Sandoval; y desque les hobo platicado lo que dicho tengo, cada uno mandó que se fuese, a se fué a su real. Y volvamos a nuestras grandes guerras y combates que siempre teníamos y nos daban, y porque cada día y de noche no hacíamos sino batallar, y en las tardes, al retraer, siempre herían a muchos de nuestros solados, y dejaré de contar muy por extenso todo lo que pasaba y quiero decir cómo en aquellos días llovía en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos algún descanso, y porque yo estoy harto de escrebir batallas, y más cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y a los letores les parecerá prolijidad recitalles tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallamos a la contína; mas desde aquí adelante si nos pudiese excusar, no lo traeré tanto a la memoria en esta relación. Volvamos a nuestro cuento. Y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por su parte y Sandoval por la suya y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos adonde tenían la fuente, que ya he dicho otra vez que bebían el agua salobre, la cual quebramos y deshecimos por que no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban a los caballos, porque ya por todas partes de las calles que habíamos ganado andábamos, porquestaba llano y sin agua e aberturas y podían correr muy gentilmente. Dejémos de hablar en esto, y digamos cómo Cortés envió a Guatemuz mensajeros rogándole por la paz, y fué de la manerra que diré adelante.

CAPITULO CLIV

Cómo Cortés envió tres principales mexicanos que se habían prendido en las batallas pasadas a rogar a Guatemuz que tuviésemos paces, y lo que el Guatemuz respondió, y lo que más pasó.

Después que Cortés vió que íbamos ganando en la ciudad muchas puentes y calzadas y albarradas, y derrocando casas, como tenía presos tres principales personas, que eran capitanes de México, les mandó que fuesen a hablar a Guatemuz para que tuviese paces con nosotros, y los principales dijeron que no osarían ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaría matar; en fin de más palabras, tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo y mantas que les dió fueron, y lo que mandó que dijesen al Guatemuz fué que porque le quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad, porque no se acabe de destruir, y por excusar la gran matanza que cada día se hacía en sus vecinos y forasteros, que le ruega que vengan de paz, y que en nombre de Su Majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho y les hará muchas mercedes, y que tengan consideración a que ya se lo ha enviado a decir cuatro veces, y quél, como mancebo, e por sus consejeros, y la más principal causa por sus malditos ídolos y papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra, y pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les ha venido, y tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y que cada día nuevamente vienen más contra ellos, que se conduela de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad; y también les envió a decir que sabíamos que se les habían acabado los mantenimientos, y que agua no la tenían, y otras muchas palabras bien dichas. Y los tres principales lo entendieron muy bien por nuestras lenguas y demandaron a Cortés una carta, y ésta no porque la entendían, sino que ya sabían claramente que cuando enviábamos alguna mensajería o cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y desque los tres mensajeros parescieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó, y el Guatemuz desque lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, según supimos, que al principio rescibió pasión de que tuviesen atrevimiento de venilles con aquellas pláticas; mas como el Guatemuz era mancebo e muy gentil hombre para ser indio y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios, que era de obra de veinte y cinco o veinte y seis años, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío, y, según después alcanzamos a saber, tenía voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus principales y capitanes y papas de los ídolos, y les dijo quél tenía voluntad de no tener guerra con Malinche y todos nosotros, y la plática que sobrello les puso fué que ya había probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de

pelear, y que somos de tal manera que cuando pensaban que nos tenían vencidos, que entonces volvíamos muy más reciamente sobrellos, y que al presente sabía los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habían rompido sus estacadas, y los caballos corrían a rienda suelta por todas las calles de su ciudad, y les puso por delante otras muchas desventuras que tenían sobre los mantenimientos y agua; que les rogaba o mandaba que cada uno dellos diesen su parescer, y los papas también dijesen el suyo e lo que sus dioses Huichilobos y Tezcatepuca les han oído hablar e prometido, e que ninguno tuviese temor de decir la verdad de lo que sentían; y, según paresció, le dijeron: "Señor y nuestro gran señor: ya te tenemos por nuestro rey, y es muy bien empleado en ti el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varón y te viene de derecho el reino; las paces que dices buenas son; mas mira y piensa en ello: desque estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad cuál nos ha ido de mal en peor; mira los servicios y dádivas que les dió nuestro señor, vuestro tío el gran Montezuma en qué paró; pues vuestro primo Cacamatcín, rey de Tezcuco, por el consiguiente; pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa e Cuyuacán, e de Tacuba y de Talatcingo qué se hicieron; pues los hijos de nuestro gran Montezuma, todos murieron; pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido; pues ya ves que a todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca e Chalco, y aun de Tezcuco, y todas vuestras ciudades y pueblos les han hecho esclavos e señalado las caras; mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobrello y no te fíes de Malinche y de sus palabras alagüeñas que todo es mentiras e maldades, que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando que no vernos en poder de quien nos haría esclavos, y nos atormentarán por oro." Y los papas también en aquel instante le dijeron que sus ídolos les habían prometido vitoria tres noches arreo cuando sacrificaban. Y entonces el Guatemuz, medio enojado, dijo: "Pues que ansi queréis que sea, guarda mucho el maíz y bastimento que tenemos y muramos todos peleando, y desde aquí adelante ninguno sea osado a me demandarme paces; si no, yo le mandaré matar." E allí todos prometieron de pelear noches y días o morir en defensa de su ciudad. Pues ya esto acordado, tuvieron trato con los de Suchimilco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas, de noche, e abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto; y digamos de Cortés y todos nosotros, questuvimos dos días sin entralles en su ciudad esperando la respuesta, que cuando no nos catamos vienen tantos escuadrones de indios guerreros en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravos se venían a entrar con nosotros, que creyeron de llevarnos de vencida; esto que digo es por nuestra parte de Pedro de Alvarado, que en la de Cortés y en la de Sandoval también dijeron que les llegaron a sus reales, que no los podían defender, aunque más les mataban y herían, y cuando peleaban tocaban la corneta del Guatemuz, y entonces habíamos de tener orden en que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces se metían por las puntas de las espadas y lanzas por nos echar mano, y como ya estábamos acostumbrados a los reencuen-

tros, puesto que cada día herían y mataban de nosotros, teníamos con ellos pie con pie, y desta manera pelearon seis o siete días arreo, y nosotros les matábamos y heríamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir peleando. Acuérdome que nos decían: "¡En qué se anda Malinche cada día que tengamos paces con vosotros! Ya nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos mucho bastimento y agua, y ninguno de vosotros hemos de dejar a vida; por eso no tornen a hablar sobre paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres!"; y diciendo esto viénense a nosotros como perros dañados, todo era uno, y hasta que la noche nos despartía estábamos peleando; y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venían siguiendo grandes capitanías dellos y echábamos los amigos fuera de la calzada porque ya habían venido muchos más que de antes, y nos volvíamos a nuestras chozas, y luego ir a velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra probeza de sustento que son yerbas como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada pelear, porque no nos daban más espacio; y desta manera estuvimos muchos días. Y estando desta manera tuvimos otro muy malo contraste, y es que se juntaban de tres provincias, que se decían los de Mataltzingo e Malinalco y otros pueblos, que se dicen Tulapa, no se me acuerdan los nombres dellos, questaban obra de ocho o diez leguas de México, para venir sobre nosotros y mientras estuviésemos batallando con los mexicanos darnos en las espaldas y nuestros reales, y que entonces saldrían los poderes mexicanos, y los unos por una parte y los otros por otra tenían pensamiento de nos desbaratar, y porque hobo otras pláticas, y lo que sobrello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV

Cómo Guatemuz tenía concertado con las provincias de Mataltzingo e Tulapa y Malinalco y otros pueblos que le viniesen ayudar y diesen en nuestro real, ques el de Tacuba, y en el de Cortés, y que saldría todo el poder de México, entretanto que peleasen con nosotros, y nos darían por las espaldas, y lo que sobrello se hizo.

Y para questo se entienda bien ha menester volver atrás a decir desde que a Cortés desbarataron y le llevaron a sacrificar los setenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir setenta y ocho, porque tantos fueron después que bien se contaron, y también he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habían desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habían sacrificado, a muchos pueblos y a Mataltzingo y Matlilalco e Tulapa, y les envió a decir que ya habían muerto más de la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar que viniesen a le ayudar, y que darían en nuestros reales de día o de noche, y que por fuerza habíamos de pelear e nos defender; que cuando estuviésemos peleando saldrían de México y nos darían gue-

rra por otra parte, de manera que nos vencerían y ternían qué sacrificar muchos de nosotros a sus ídolos, y harían hartazgas con los cuerpos; de tal manera se lo envió a decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto, y demás desto en Mataltzingo e en Tulapa tenía el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas de nuestros soldados, que he dicho, y lo que les envió a decir, luego lo pusieron por la obra de se juntar con todos los poderes que tenían e venir en socorro de México y de su pariente Guatemuz, y venían ya de hecho contra nosotros, y por el camino donde pasaran estaban tres pueblos nuestros amigos, y les comenzaron a dar guerra y robar las estancias y maizales, e mataron niños para sacrificar, los cuales pueblos enviaron en posta a hacérselo saber a Cortés para que les enviase ayuda y socorro, y de presto mandó a Andrés de Tapia, que con veinte de caballo e cient soldados e muchos amigos tascaltecas los socorriese muy bien; y ansí los hizo retirar a sus pueblos y se volvió al real, de que Cortés hobo mucho placer, y ansimismo en aquel instante vinieron otros mensajeros de los pueblos de Cornavaca a demandar socorro, que los mesmos de Mataltzingo y de Malinalco e Tulapa e otras provincias venían sobrellos, y que enviase socorro, y para ello envió a Gonzalo de Sandoval con veinte de a caballo y ochenta soldados, los más sanos que habían en todos tres reales e yo fuí con él y muchos amigos, y sabe Dios cuáles quedaban, con gran riesgo de sus personas, todos tres reales, porque todos los más estaban heridos y no tenían refrigerio ninguno; y porque hay mucho que decir en lo que Cortés en compañía del Sandoval y que desbaratamos los contrarios, se dejará de decir, más de que dimos vuelta muy de presto por socorrer a su real del Sandoval, e trujimos dos principales de Mataltzingo con nosotros y los dejó más de paz, y fué provechosa aquella entrada que hicimos: lo uno, por evitar que nuestros amigos no recibiesen más daño del recibido: lo otro, porque no viniesen a nuestros reales a nos dar guerra como venían de hecho, y por que viese Guatemuz y sus capitanes que no tenían ya ayuda ni favor de aquellas provincias, y también cuando con los mexicanos estábamos peleando nos decían que nos habían de matar con ayuda de Mataltzingo y de otras provincias, y que sus ídolos se lo habían prometido. Dejemos ya decir de la ida y socorro que hizo Sandoval y volvamos a decir cómo Cortés envió a Guatemuz a rogalle que viniese de paz, y que le perdonaría todo lo pasado, y le envió a decir quel rey nuestro señor le envió a mandar agora nuevamente que no le destruyese más aquella ciudad, y que por esta causa los cinco días pasados no les había dado guerra ni entrado batallando, e que mire que ya no tiene bastimento ni agua, y más de las dos partes de su ciudad por el suelo, y que los socorros quesperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces le envió cómo les ha ido en su venida, y le envió a decir otras cosas de muchos ofrescimientos; e fueron con estos dos mensajeros los dos indios de Mataltzingo y seis principales mexicanos que se habían preso en las batallas pasadas. Y desque Guatemuz vió los prisioneros de Mataltzingo y le dijeron lo que había pasado, no les quiso responder cosa ninguna, mas de decilles que se vuelvan a su pueblo, y luego les mandó salir de México. Dejemos los mensajeros, que luego salieron los mexicanos por

tres partes con la mayor furia que hasta allí habíamos visto, y se vienen a nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra, y puesto que les heríamos y matábamos muchos dellos, paréceme que deseaban morir peleando, y entonces cuando más recio andaban con nosotros pie con pie peleando, e nos mataron diez soldados, a los que les cortaron las cabezas a tres de los mártires que habían hecho. Y nos decían "Que tlenquitoa, rey Castilla, tlenquitoa", quiere decir en su lengua: "¿Qués lo que dice agora el rey de Castilla?"; y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubrió el suelo y calzada. Dejemos desto; que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentíamos que puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solían, ni abrían zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenían más cierta: que al tiempo que nos retraíamos nos venían siguiendo hasta nos echar mano, y también quiero decir que ya se nos había acabado la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante había venido un navío a la Villa Rica, que era de una armada de un licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se perdió o desbarataron en la isla de la Florida, y el navío aportó aquel puerto, y venían en él ciertos soldados y pólvora y ballestas, y el teniente questaba en la Villa Rica, que se decía Rodrigo Rangel, que tenía en guarda a Narváez, envió luego a Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos a nuestra conquista, por abreviar: que acordó Cortés, con todos los demás capitanes y soldados, que les entrásemos cuanto más pudiésemos hasta llegalles al Tatelulco, ques la plaza mayor, donde estaban sus altos cues y adoratorios, y Cortés por su parte, Sandoval por la suya y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios y unas torrecillas; en una de aquellas casas estaban unas vigas puestas en lo alto, y en ellas muchas cabezas de nuestros españoles que habían muerto y sacrificado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas muy crecidas, mucho mayor que cuando eran vivos, y no lo habría yo creído si no lo viera; yo conoscí a tres soldados, mis compañeros, y desque las vimos de aquella manera se nos entristecieron los corazones, y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban, mas desde a doce días se quitaron y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenían ofrescidas a ídolos y las enterramos en una iglesia que hicimos, que se dice agora los Mártires, junto de la puente que dicen el Salto de Alvarado. Dejemos de contar desto, y digamos cómo fuimos batallando las diez capitanías de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatelulco, y había tanto mexicano en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenían tantas albarradas, questuvimos bien dos horas que no se lo podíamos tomar ni entralles, y como podían correr ya caballos, puesto que a todos los más nos herían, nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mexicanos, y como había tanto contrario en tres partes, fuimos las dos capitanías a batallar con ellos, y la capitanía de un capitán que se decía Gutierre de Badajoz mandó Pedro de Alvarado que les subiese en lo alto del cu del Huichilobos, que son CXIV° gradas, y peleó muy bien con los contrarios y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios al Gutierre Badajoz y a su capitanía, que le hacían venir diez o doce

gradas abajo rodando, y luego le fuemos a socorrer y dejamos el combate en questábamos con muchos contrarios, e yendo que íbamos nos siguieron los escuadrones con que peleábamos, e corrimos harto peligro de nuestras vidas, y todavía les subimos sus gradas arriba, que son CXIV°, como otras veces he dicho. Aquí había bien que decir en qué peligro nos hobimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras muchas veces que era muy alta, y en aquellas batallas nos tornaron a herir a todos muy malamente; todavía les pusimos fuego, y se quemaron los ídolos, y levantamos nuestras banderas y estuvimos batallando en lo llano, después de puesto fuego, hasta la noche, que no nos podíamos valer con tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron otro día, desde donde andaban batallando por sus partes, en otros barrios y calles lejos del alto cu, y las llamaradas que el cu mayor se ardía, que no se habían apagado, y nuestras banderas que vieron encima, se holgó mucho e se quisiera hallar ya también en él, y aun dijeron que tuvo invidia; mas no podía, porque había un cuarto de legua de un cabo a otro y tenía muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra y no podía entrar tan presto como quisiera en el cuerpo de la ciudad como hecimos los de Alvarado; mas desde a cuatro días se juntó con nosotros así Cortés como el Sandoval, y podíamos ir desde un real a otro por las calles y casas derrocadas y puentes e albarradas y aberturas de agua, todo ciego; y en este instante ya se iban retrayendo el Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro en la laguna, porque las casas y palacios en que vivía ya estaban por el suelo, y con todo esto no dejaban cada día de salir a nos dar guerra, y al tiempo del retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes. E viendo esto Cortés, e que se pasaban muchos días e no venían de paz ni tal pensamiento tenían, acordó con todos nuestros capitanes que les hechásemos celadas, y fué desta manera: que de todos tres reales nos juntamos hasta treinta de a caballo y cien soldados, los más sueltos y guerreros que conoscía; Cortés envió a llamar de todos tres reales mill tascaltecas y nos metimos en unas casas grandes que habían sido de un señor de México y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de a caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas peleando como solía y haciendo que cegaba una abertura y puente de agua; e entonces estaban peleando con él los escuadrones mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos más que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y desque Cortés vió que había gran número de contrarios, hizo como que se retraía y mandaba echar los amigos fuera de la calzada por que creyesen que se iban retrayendo; y vanle siguiendo, al principio poco a poco, y desque vieron que de hecho hacía que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra, y desque Cortés vió que habían pasado algo adelante de las casas donde estaba la celada, mandó tirar dos tiros juntos, que era la señal cuándo habíamos de salir de la celada, y salen los de a caballo primero y salimos todos los soldados y dimos en ellos a placer; pues luego volvió Cortés con los suyos, y nuestros amigos los tascaltecas hicieron gran daño

en los contrarios, por manera que se mataron e hirieron muchos, y desde allí adelante no nos seguían al tiempo de retraer. Y también en el real de Pedro de Alvarado les echó otra celada, más no fué nada, y en aquel día no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Alvarado por causa que Cortés me envió a mandar que para la celada fuese a su real. Dejemos desto y digamos cómo ya estábamos todos en el Tatelulco, y Cortés mandó que se pasasen todas las capitanías a estar en él y allí velásemos, por causa que veníamos más de media legua desde el real a batallar, y estuvimos allí tres días sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó Cortés que no les entrásemos más en la ciudad ni les derrocásemos más casas, porque les quería tornar a demandar paces. Y en aquellos días que allí estuvimos en el Tatelulco envió Cortés a Guatemuz rogándole que se diese y no hobiese miedo, y con grandes ofrescimientos que le prometió que su persona sería muy acatada y honrada dél, y que mandaría a México y todas sus tierras y ciudades como solía, y le envió bastimentos y regalos, que eran tortillas e gallinas, e cerezas, e tunas, e cacao, que no tenía otra cosa; y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron que dijese que quería paz y que aguardarían tres días en dar la respuesta, y que al cabo de los tres días se verían el Guatemuz e Cortés y se darían el concierto en las paces, y en aquellos tres días ternían tiempo de saber más por entero la voluntad y respuesta de su Huihuilobos, y de aderezar puentes y abrir calzadas, y adobar vara y piedra y flecha, y hacer albarradas; y envió Guatemuz cuatro mexicanos principales con aquella respuesta, e creíamos que eran verdaderas las paces; y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber a los mensajeros, y les tornó a enviar a Guatemuz, y con ellos les envió más refresco, ansí como de antes; y el Guatemuz tornó a enviar otros mensajeros, e con ellos dos mantas ricas, e dijeron que Guatemuz vernía para cuando estaba acordado; y por no gastar más razones sobre el caso, nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese a Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Montezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble mexicano, y dijese questaba malo, y que saliesen todos de guerra, y que placería a sus dioses que les daría vitoria, pues tantas veces se la habían prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no vernía, vimos la malicia, y en aquel instaute salen tantos batallones de mexicanos con sus devisas y dan a Cortés tanta guerra, que no se podía valer, y otro tanto fué por la parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo era, de tal manera que parescían que entonces comenzaban de nuevo a batallar; y como estábamos algo descuidados creyendo questaban ya de paz, hirieron a muchos de nuestros soldados, y tres hirieron muy malamente de las heridas, y dos caballos; mas no se fueron mucho alabando, que bien lo pagaron. Y desquesto vió Cortés, mandó que les tornásemos a dar guerra y les entrásemos en su ciudad en la parte adonde se habían recogido; y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz dos principales a decir a Cortés, que quería hablar con él desde una abertura de agua, y había de ser que Cortés de la una parte y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro día de

mañana, y fué Cortés para hablar con él, y no quiso venir el Guatemuz al puesto, sino envió principales y dijeron que su señor no osaba venir por temor que cuando estuviesen hablando le tirasen escopetas y ballestas y le matarían, y entonces Cortés les prometió con juramento que no le enojaría en cosa ninguna; y no aprovechó, que no le creyeron, e dijeron no le pasara lo que a Montezuma. En aquella sazón dos principales que hablaban con Cortés sacan unas tortillas de un fardalejo que traían e una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy despacio a comer, y porque Cortés lo viese y creyese que no tenían hambre; y desque aquello vió les envió a decir que pues que no querían venir de paz, que presto les entraría en todas sus casas, y verían si tenían maíz, cuanto más gallinas; y desta manera sestuvieron otros cuatro o cinco días que no les dábamos guerra, y en este instante se salían cada noche muchos pobres indios que no tenían qué comer y se venían a nuestro real como aborridos de la hambre, y desque aquello vió Cortés, mandó que no les diésemos guerra, quizá se les mudaría la voluntad para venir de paz, y no venían. y aunque les enviaron a requerir con la paz. Y en el real de Cortés estaba un soldado que decía el mismo que había estado en Italia en compañía del Gran Capitán y se halló en la chirinola de Garellano e en otras grandes batallas, e decía muchas cosas de ingenios de la guerra, e que haría un trabuco en Tatelulco con que en dos días que con él tirasen a las casas y parte de la ciudad adonde Guatemuz se había retraído, que les haría que luego se diesen de paz, y tantas cosas dijo a Cortés sobrello, porque era muy allegado aquel soldado, que luego puso en obra de hacer el trabuco, y trujeron cal y piedra de la manera que la demandó el soldado, y carpinteros y clavazón y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, e hicieron dos hondas de recias sogas y cordeles, y le trujeron grandes piedras, mayores que botijas de arroba; e ya questaba hecho y armado el trabuco según y de la manera quel soldado dió la orden, y dijo questaba bueno para tirar, y pusieron en la honda questaba hecha una piedra echiza, y lo que con ella se hizo es que fué por alto y no pasó adelante del trabuco, porque allí luego cayó adonde estaba armado, y desque aquello vió Cortés, hobo enojo con el soldado que le dió la orden para que le hiciese, y tenía pesar en sí mismo porque le creyó, e dijo conoscido tenía dél que en la guerra no era para cosa de afrenta más de hablar, e que no era para cosa ninguna sino para hablar, y que se había hallado de la manera que he dicho. Y llámase el soldado, según él decía, Fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Y dejemos desto y digamos que como vió quel trabuco fué cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitán general, y entrase en la parte de la ciudad a donde estaba Guatemuz retraído, el cual estaba en parte que no podíamos llegar por tierra a sus casas y palacios, sino por el agua; y luego el Sandoval apercibió todos los capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante.

CAPITULO CLVI

Cómo Gonzalo de Sandoval entró con los doce bergantines a la parte questaba Guatemuz y le prendió, y lo que sobrello pasó.

Pues como dicho tengo, Cortés vió quel trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hobo enojo con el soldado que le aconsejó que le hiciese; y, viendo que no quería paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó a Gonzalo de Sandoval que entrase con bergantines en el sitio de la ciudad adonde estaba retraído Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en México había, y le mandó que no matase ni hiriese a ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, e, aunque se la diesen, que solamente se defendiese y no les hiciese, otro mal; y que le derrocase las casas y muchas barbacoas que habían hecho en la laguna. Y Cortés se subió en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo Sandoval entraba con los bergantines, que le estaban acompañando allí mismo a Cortés Pedro de Alvarado y Francisco Verdugo y Luis Marín y otros soldados. Y como el Sandoval entró con gran furia con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas de Guatemuz, y desque se vió cercado el Guatemuz tuvo temor no le prendiesen o matasen, y tenía aparejadas cincuenta grandes piraguas con buenos remeros para que, en viéndose en aprieto, salvarse e irse a meter en unos carrizales, y desde allí a tierra, y esconderse en otros pueblos, y ansimismo tenía mandado a sus capitanes y a la gente de más cuenta que consigo tenían en aquel baluarte de la ciudad que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban entre las casas, se embarca en las cincuenta canoas, e ya tenían metido su hacienda y oro y joyas y toda su familia e mujeres, y se mete en ellas y tira por la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes; y como en aquel instante iban otras muchas canoas, llena la laguna dellas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz iba huyendo, mandó a todos los bergantines que dejasen de derrocar casas y barbacoas y siguiesen el alcance de las canoas e mirasen que tuviesen tino a qué parte iba el Guatemuz, e que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente le procurasen de prender. Y como un Garci Holguín, que era capitán de un bergantín, amigo del Sandoval y era muy suelto e gran velero su bergantín, y traía buenos remeros, le mandó Sandoval que siguiese a la parte que le decían que iba con sus grandes piraguas el Guatemuz huyendo; y le mandó que si le alcanzase que no le hiciese enojo ninguno, más de prendello; y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban. E quiso nuestro señor Dios quel García Holguín alcanzó a las canoas y piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte e riqueza dél y sus toldos y asiento en que iba le conosció que era Guatemuz, el gran señor de México, y hizo por señas que aguardasen, y no querían aguardar, e hizo como que le querían tirar con las escopetas y ballestas, y el Guatemuz desque lo vió hobo miedo y dijo "No me tire, que yo soy el rey desta ciudad e me llaman Guatemuz; lo que te ruego es que no llegues a cosas mías de cuantas trayo, ni a mi mujer ni parientes, sino

llévame luego a Malinche." Y como el Holguín lo oyó, se gozó en gran manera y con mucho acato le abrazó y le metió en el bergantín a él y a su mujer y a treinta principales, y les hizo asentar en la popa en unos petates e mantas, y les dió de lo que traían para comer, e a las canoas donde llevaba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente los llevó con su bergantín. En aquella sazón Gonzalo de Sandoval había mandado que todos los bergantines se recogiesen, y supo que Holguín había preso al Guatemuz y que lo llevaba a Cortés; y desque aquello oyó da mucha priesa en que remasen los que traía en el bergantín en que él iba, alcanzó a Holguín y le demandó al prisionero; y el Holguín no se lo quiso dar, porque dijo quél lo había preso y no el Sandoval; y el Sandoval le respondió que ansí es verdad, mas que él es el capitán general de los bergantines y el García Holguín iba debajo de su mano y bandera, y que por ser su amigo le mandó que siguiese tras el Guatemuz, porque era más ligero su bergantín, y le prendiese, e que a él, como general, le había de dar el prisionero; y el Holguín todavía porfiaba que no quería; y en aquel instante fué otro bergantín a gran priesa a Cortés a demandalle albricias, que estaba muy cerca en el Tatelulco, mirando desdo lo alto del cu cómo entraba el Sandoval; y entonces le dijeron la diferencia que traía con el Holguín sobre tomalle el prisionero. Y desque Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Marín e a Francisco Verdugo que llamasen al Sandoval e al Holguín, ansí como venían en sus bergantines, sin más debatir, y trajesen al Guatemuz y su mujer e familia con mucho acato, porquél determinaría cúyo era el prisionero e a quién se había de dar la honra dello; y entretanto que le llamaron mandó aparejar un estrado lo mejor que en aquella sazón se pudo haber con petates y mantas y asentaderos, y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí; y luego vino el Sandoval y Holguín con el Guatemuz, y le llevaron entrambos dos capitanes ante Cortés; y desque se vió delante del le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor a él y a sus capitanes; y entonces el Guatemuz dijo a Cortés: "Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad, y vasallos y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él" (1); y esto cuando se lo decía, lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía. Y Cortés le respondió con doña Marina e Aguilar, nuestras lenguas, muy amorosamente, y le dijo que por haber sido tan valiente y volver por su ciudad, le tenía en mucho más su persona, e que no era dino de culpa ninguna, e que antes se le ha de tener a bien que a mal, y que lo quél quisiera era que, cuando iban de vencida, antes que más destruyéramos aquella ciudad, ni hobiera tantas muertes de sus mexicanos, que viniera de paz y de su voluntad, y pues ya es pasado lo uno y lo otro, que no hay remedio ni enmienda en ello, y que descanse su corazón y de todos sus capitanes, e quél mandará a México y a sus provincias como de antes. Y Guatemuz y sus capitanes dijeron que lo tenían en merced. Y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes que le habían dicho que venían con el Guatemuz,

(1) Testado en el original: "y el mismo Guatemuz le iba a echar mano dél".

y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado a Gonzalo de Sandoval y a García Holguín que las dejase estar en las canoas donde venían hasta ver lo quel Malinche les mandaba. Y luego Cortés envió por ellas y a todos les mandó dar de comer lo mejor que en aquella sazón había en el real, y porque era tarde e comenzaba a llover, mandó Cortés que luego se fuesen a Cuyuacán, y llevó consigo a Guatemuz y a toda su casa y familia y a muchos principales, y ansimismo mandó a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval y a los demás capitanes que cada uno fuese a su estancia y real, y nosotros nos fuésemos a Tacuba, y Sandoval a Tepeaquilla, y Cortés a Cuyuacán. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en trece de agosto, a hora de vísperas, en día de señor San Hipólito, año de mil e quinientos y veinte y un años. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, su bendita madre. Amén. Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta media noche mucho más agua que otras veces. Y desque se hobo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre llamando encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer, y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas, otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes, y otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes y en hacer albarradas; otros en aderezar vara y flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. Y desta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos desto y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposición, ansí de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba que era con gravedad que halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de [1] veinte y un años, y la color tiraba su matiz algo más blanco que a la color de indios morenos, y decían que era sobrino de Montezuma, hijo de una su hermana, y era casado con una hija del mesmo Montezuma, su tío, muy hermoza mujer y moza. Y antes que más pasemos adelante digamos en qué paró el pleito de Sandoval y de Garci Holguín sobre la prisión de Guatemuz, y es que Cortés les dijo e contó un cuento: que los romanos tuvieron otra contienda ni más ni menos questa entre Mario y Cornelio Sila, y fué cuando Sila trujo preso a Yugurta, questaba con su suegro el rey Bocos, y cuando entraban en Roma triunfando de los hechos y hazañas que hacían, pareció ser Sila, metía en su triunfo a Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter sino él, e ya que le metiese que había de declarar quel Mario le dió aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le trujese

(1) Testado en el original: "veinte y tres o veinte y cuatro años".

preso, y se lo dijo el rey Bocos en nombre de Mario, pues quel Mario era capitán general y que debajo de su mano y bandera militaba, y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor, y Mario, como era de una villa cercana a Roma que se decía Arpino y venedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que Sila, e sobrello hobo las guerras ceviles entre el Mario y Sila, y nunca se determinó a quién habían de dar la honra de la prisión de Yugurta. Volvamos a nuestro hilo e propósito, y es que Cortés dijo quél haría relación dello a Su Majestad, y a quién fuese servido hacer merced de se lo dar por armas, que de Castilla traerían sobrello la determinación, y desde a dos años vino mandado por Su Majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros siete reyes, que fueron: Montezuma, gran señor de México; Cacamatzin, señor de Tezcuco, y los señores de Ixtapalapa y de Cuyuacán y Tacuba, y otro gran señor que era sobrino del Montezuma, a quien decían que le venía el cacicazgo y señorío de México, que era señor de Mataltzingo y de otras provincias, y a este Guatemuz, sobre que fué el pleito. Dejemos esto y digamos de los cuerpos muertos y cabezas questaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz; digo, que juro, amén, que todas las casas y barbacoas de la laguna estaba llena de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalen; mas si fué más mortandad questa, no lo sé cierto, porque faltaron en esta ciudad tantas gentes, guerreros que de todas las provincias y pueblos subjetos a México que allí se habían acogido, todos los más murieron, y como ya he dicho, así el suelo y laguna y barbacoas todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto que no había hombre que lo pudiese sufrir, y a esta causa luego como se prendió Guatemuz cada uno de los capitanes nos fuemos a nuestros reales, como ya dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró en las narices e dolor de cabeza en aquellos días questuvo en el Tatelulco. Dejemos desto y pasemos adelante y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejores librados, y hobieron buen despojo, a causa que podían ir a las casas questaban en ciertos barrios de la laguna, que sentían habría ropa o oro o otras riquezas, y también los iban a buscar en los carrizales adonde lo llevaban a esconder los mexicanos cuando les ganábamos algún barrio y casas, y también porque so color que iban a dar caza a las canoas que metían bastimento y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo en tierra firme para se ir entre los pueblos otomíes, questaban comarcanos, les despojaban lo que llevaban; quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y heridas de vara y piedra, a causa que cuando íbamos ganando algunas casas ya los moradores dellas habían sacado toda cuanta hacienda tenían, y no podíamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes, y a esta causa he dicho, en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habían de andar en los bergantines que fueron los mejores librados que no los que batalla-

mos por tierra, y ansí paresció claro, porque los capitanes mexicanos y aun el Guatemuz dijeron a Cortés, cuando les demandaba el tesoro de Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte dello. Dejemos de hablar más en esto hasta más adelante, y digamos que como había tanta hedentina en aquella ciudad, Guatemuz rogó a Cortés que diese licencia para que todo el poder de México questaban en la ciudad se saliesen fuera por los pueblos comarcanos, y luego les mandó que ansí lo hiciesen; digo que en tres días con sus noches en todas tres calzadas, llenas de hombres y mujeres e criaturas, no dejaron de salir, y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima de los ver, y como la hobieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y víamos las casas llenas de muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como hechan los puercos muy flacos que no comen sino hierba; y hallóse toda la ciudad como arada y sacada las raíces de las hierbas que habían comido, y cocidas hasta las cortezas de algunos árboles; de manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían las carnes de sus mexicanos, si no eran de las nuestras y tascaltecas que apañaban, y no se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese la hambre y sed y continas guerras como éstas. Pasemos adelante que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos a nuestras pláticas. Que después que se ganó esta grande e populosa ciudad y tan nombrada en el Universo, después de haber dado muchas gracias a Dios Nuestro Señor y a su bendita madre Nuestra Señora e haber ofrescido ciertas mandas a Dios Nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyuacán por alegrías de la haber ganado, y para ello tenía ya mucho vino de un navío que había venido de Castilla al puerto de la Villa Rica, e tenía puercos que le trujeron de Cuba, y para hacer la fiesta mandó convidar a todos los capitanes y soldados que les paresció tener cuenta con ellos de todos tres reales, y cuando fuimos al banquete no había asientos ni mesas puestas para la tercia parte de los soldados y capitanes que fuimos, e hobo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaescieron [1], y se dieron gracias a Dios por los muchos bienes y mer-

(1) Testado en el original: "ansí de quitar todo esta cena e los bailes e danzas e lo de los sortilegios e otras cosas que no convienen, y también porquesta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos, y hombres hobo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros también hobo que decían que todas las saetas y gujaderas que tuviesen en su aljaba que las habían de hacer de oro de las partes que les habían de dar, y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habían alzado las mesas salieron a danzar las damas que había con los galanes cargados con sus armas de algodón, que me parece cosa de reír, y fueron las damas que aquí nombraré, que no hubo otras en todo el real ni en la Nueva España; primeramente la vieja María de Estrada, que después casó con Pero Sánchez Farfán, y Francisca de Ordaz, que casó con un hidalgo que se decía Juan Gonzalo de León; "la Bermuda", que casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora, mujer del capitán Portillo que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda no la sacaron a la fiesta, e una Hulana Gómez, mujer que fué de Benito de Vegel, y otra señora hermosa que se decía "la Bermuda", no se me acuerda el nombre de pila, que se casó con un Hernán Martín que se vino a vivir a Guaxaca, y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en aquella sazón era de un Hulano de Guadalupe, y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fué de Juan de Cáceres "el Rico", de otras ya no me acuerdo que las hobiesen en la Nueva España. Dejemos del banquete y bailes y danzas, que para otro día que habían alzado las mesas, hobo sortija, e ansi mesmo valiera mas que no la hobiera, sino que en todo se empleara en cosas santas e buenas..."

cedes que siempre nos hacía e la continua ha hecho. Dejemos de más hablar en esto, e quiero decir otras cosas que pasaron, que se me olvidaban, y aunque no vengan agora dichas, sino algo atrás, y es que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solía llamar Xicotenga "el Viejo y Ciego", guerrearon muy valientemente contra el gran poder de México y nos ayudaron muy bien, e ansimismo un hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, muchas veces por mí nombrado, que se decía este Suchel, que después se llamó don Carlos: éste hizo cosas de muy valiente y esforzado varón, e otro indio capitán, que no se me acuerda el nombre, natural de un pueblo de la laguna, hacía maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos de los que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente, y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habían ayudado e con muchos prometimientos que les hizo haría señores y les daría el tiempo adelante tierras y vasallos, los despidió, y como estaban todos ricos y cargados de oro que hobieron e despojos, se fueron a sus tierras, y aun llevaron harta carne cecinada de los mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos como cosas de sus enemigos; la comieron por fiestas.

Agora questoy fuera de los combates y recias batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa que me acontescía después que vi sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones a los ídolos, y esto que agora diré parescerá algunas personas ques por falta de no tener muy gran ánima para guerrear, y por otra parte, si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa era que había de hacer lo que los más osados soldados eran obligados, y como cada día vía llevar a sacrificar mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, e de antes habían muerto diez de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándoseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va la fuente, etcétera, y a este efeto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y ayunaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor; y también quiero decir qué cosa tan nueva os parecerá agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchas batallas y reencuentros muy peligrosos de guerra y había destar cortido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona, agora a la postre más arraigado que nunca, porque si bien

lo sé contar y traer a la memoria, desque vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdova e con Grijalva, y volví con Cortés, me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que en otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, según más largamente tengo escrito, cuando vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdova. Dejemos desto, volvamos a hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, e agora con Cortés en lo de Tabasco, y en la de Cingapacinga, y en todas las batallas y reencuentros de Tascala, y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos a Narváez me señalaron, e me hallé, que les fuésemos a tomar el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían cebados con sus piedras e pelotas, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro, y me hallé en el desbarate primero, cuando los mexicanos nos echaron de México, cuando mataron en obra de ocho días sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados, y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula e sus rededores, y en otros encuentros que tuvimos con los mexicanos, cuando estábamos en Tezcuco, sobre coger las milpas de maíz, e me hallé en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles que agora les llaman las fuerzas o fortalezas, que ganó Cortés, y en lo de Suchimilco, cuatro batallas, otros muchos reencuentros, y entré con Pedro de Alvarado con los primeros a poner cerco a México, y les quebramos el agua de Chapultepeque, y en la primera entrada que entramos en las calzadas con el mismo Alvarado, y después cuando nos desbarataron por la misma nuestra parte y nos llevaron ocho soldados e a mí me llevaban asido a sacrificar, y en todas las más batallas por mí ya memoradas que cada día teníamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos a nuestros compañeros. Ya he dicho que agora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo había de temer tanto como lo temía agora a la postre; digan aquí los caballeros que desto del militar se les entiende, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo, porque, como he dicho, sentía en mi pensamiento que había de poner mi persona batallando en parte tan peligrosa que por fuerza había de temer entonces la muerte más que otras veces, y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la muerte, y todas estas batallas que aquí he dicho, donde me he hallado, verán en mi relación en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera; otras muchas entradas y reencuentros tuve desde allí adelante, que aquí no declaro hasta su tiempo e lugar, lo cual verán adelante en esta relación; e también digo que siempre no estaba muy sano, porque muchas veces estaba mal herido, y a este efeto no podía ir a todas las entradas; pues aún no son nada los trabajos ni riesgos de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta grande y fuerte ciudad de México pasé otros reencuentros con capitanes con quien saben de militar, como adelante verán, cuando venga a coyuntura. Y dejémoslo ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas

guerras mexicanas, cuando nos mataron a nuestros compañeros, "lleváronlos" y no digo "matáronlos", y la causa es ésta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas por que no se defendiesen, y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aun primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su ídolo de la guerra, y esta es la causa por qué he dicho "lleváronlos". Y dejemos desta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado México.

CAPITULO CLVII

Cómo después de ganada la muy gran ciudad de México y preso Guatemuz y sus capitanes, lo que Cortés mandó que se hiciese, y ciertas cosas que ordenó.

La primera cosa mandó Cortés a Guatemuz que adobasen los caños de agua de Chapultepeque, según y de la manera que solían estar, y que luego fuese el agua por sus caños a entrar en la ciudad de México, y que limpiasen todas las calles de los cuerpos y cabezas de muertos, que los enterrasen, para que quedasen limpias y sin hedor ninguno la ciudad, y que todas las puentes y calzadas que las tuviesen muy bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen a vivir en ellas, y les señaló en qué parte habían de poblar y la parte que habían de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejemos destos mandos y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y sus capitanes dijeron a Cortés que muchos soldados y capitanes que andaban en los bergantines y de los que andábamos en las calzadas batallando les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de principales; que le pedían por merced que se las hiciesen volver, y Cortés les respondió que serían malas de haber de poder de quien las tenían, y que las buscasen y trujesen antél, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos, y que luego se las mandaría dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, y dió un mandamiento para quel soldado que las tuviese luego se las diesen, si las indias se querían volver de buena voluntad. Y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas, y desta manera no llevaron sino tres, que Cortés expresamente mandó que las diesen. Dejemos desto y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en questuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ella y parésceme que fué a Pedro de Alvarado, hasta que vino de Castilla un Salazar de la Pedrada, nombrado por Su Majestad; digamos, de otra materia, que a todos aplacía cómo se reco-

gió todo el oro y plata y joyas que se hobo en México, y fué muy poco, según paresció, porque todo lo demás hobo fama que lo había echado Guatemuz en la laguna cuatro días antes que le prendiésemos y que demás desto. que lo habían robado los tascaltecas y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula y todos los demás nuestros amigos questaban en la guerra, y que los teules que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales de la hacienda del rey nuestro señor decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido y que Cortés holgaba dello porque no lo diese y habello todo para sí, y por estas causas acordaron los oficiales de la Real Hacienda de dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado, y ciertamente mucho le pesó a Cortés y aún algunos de nosotros que a un señor como Guatemuz le atormentasen por cobdicia del oro, porque ya habían hecho muchas pesquisas sobrello, y todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había más de lo que los oficiales del rey tenían en su poder, que eran hasta trescientos y ochenta mill pesos de oro, que ya lo habían fundido y hecho barras, y de allí se sacó el real quinto y otro quinto de Cortés, y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vieron tan poco oro, y al tesorero Julián de Alderete, que ansí se decía, que tenían sospecha que por quedarse con el oro Cortés no quería que prendiesen al Guatemuz, ni le prendiesen sus capitanes, ni diesen tormentos, y porque no le achacasen algo a Cortés sobrello, y no lo pudo excusar, le atormentaron, en que le quemaron los pies con aceite, y al señor de Tacuba, y lo que confesaron que cuatro días antes que les prendiesen lo echaron en la laguna, ansí el oro como los tiros y escopetas que nos habían tomado cuando nos echaron de México y cuando desbarataron agora a la postre a Cortés, y fueron adonde señaló Guatemuz que lo habían echado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna, y lo que yo vi que fuimos con el Guatemuz a las casas en que solía vivir, y estaba una como alberca grande de agua, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos dió Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor que eran del mismo Guatemuz, y el señor de Tacuba dijo que él tenía en unas casas suyas, questaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, y que le llevasen allá y diría adónde estaba enterrado y lo daría; y fué Pedro de Alvarado y seis soldados, e yo fuí en su compañía, y cuando allá llegamos dijo el cacique que por morirse en el camino había dicho aquello, que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas, y ansí nos volvimos sin ello. Y en este estado se quedó, que no hobimos más oro que fundir; verdad es que a la recámara del Montezuma, que después que murió poseyó e hobo Guatemuz, no se había allegado a muchas joyas y preseas de oro, que todo se tomó señaladamente para que con ello sirviésemos a Su Majestad, y porque había muchas joyas de diversas maneras y hechuras, y tan primas que si parase a escrebir cada cosa y hechura dello por sí es gran prolijidad lo dejaré de decir en esta relación; mas digo que valía dos veces más que lo que se sacó del quinto para Su Majestad e para Cortés, todo lo cual enviamos al emperador nuestro señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la isla de Santo Domingo, y en su compañía fué a Castilla Antonio de Quiñones, lo cual diré adelante cómo y de qué manera y cuándo. Y dejemos de hablar dello,

y volvamos a decir que en la laguna adonde nos decían que había echado el oro Guatemuz entré yo y otros soldados a zabullidas; siempre sacábamos piecezuelas de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julián de Alderete por oro de su Majestad, y ellos mismos fueron con nosotros adonde lo habíamos sacado y llevaron buenos nadadores, y tornaron a sacar obra de ochenta o noventa pesos en sartalejos, e ánades, y perrilos, e pinjantes, y collarejos y otras cosas de nonada, que así se puede decir según la fama que había en la laguna que habían echado de antes. Dejemos de hablar en ello, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos desque vimos el poco oro y las partes tan pobres y malas, y el fraile de la Merced y Pedro de Alvarado e Cristóbal de Oli y otros capitanes dijeron a Cortés que pues había poco oro, que lo que cabía de parte a todos que se lo diesen y repartiesen a los que quedaran mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos, y otros que se habían tullido y estaban con dolor destómago, y otros que se habían quemado con la pólvora, y a todos los questaban dolientes de dolor de costado, que aquéllos les diesen todo el oro, y que para estos tales sería bien dárselo, y que todos los demás questábamos algo sanos lo habríamos por bien; y esto que le dijeron a Cortés fué sobre cosa pensada, creyendo que nos diera más que las partes, porque había muchas sospechas que lo tenía escondido. Y lo que Cortés respondió fué que vería a cómo salíamos y que en todo pornía remedio. Y como todos los capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabía de parte, dábamos priesa para que se echase la quinta y se declarase a qué tantos pesos salíamos. Y después que lo hobieron tanteado dijeron que cabían a los de a caballo a ochenta pesos, y a los ballesteros y escopeteros y rodeleros a sesenta o a cincuenta pesos, que no se me acuerda bien. Y desque aquellas partes nos señalaron, ningún soldado las quiso tomar. Entonces murmuramos de Cortés, y decían que lo había tomado e escondido el tesorero; y el Alderete, por descargarse de lo que le decíamos, respondía que no podía más porque Cortés sacaba del montón otro quinto como el de su Majestad para él, y se pagaban muchas costas de los caballos que se habían muerto, y que también se dejaban de meter al montón muchas piezas de oro que habíamos de enviar a Su Majestad, y que riñiésemos con Cortés y no con él. Y como en todos tres reales y bergantines había soldados que habían sido amigos y paniaguados del Diego Velásquez, gobernador de Cuba, de los que habían pasado con Narváez, que no tenían buena voluntad a Cortés y le querían muy mal, como vieron que en el partir del oro no les daba las partes que quisieran, no lo quisieron rescebir lo que les daba, e decían que como paresciese todo el oro en poder de quien estaba, y se desvergonzaron mucho en decir que Cortés lo tenía escondido. Y como Cortés estaba en Cuyuacán y posaba en unos palacios que tenían blanqueadas y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir en ellas con carbones y con otras tintas, amanescía cada mañana escritos muchos motes, algunos en prosa y otros en metros algo maliciosos, a manera como mase pasquines; y en unos decían quel sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, e que si alguna vez sale más de la inclinación para que fueron criados más de sus

medidas, que vuelven a su ser, y que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar, e que había de volver a su principio; y otros decían que más conquistados nos traía que la conquista que dimos a México, y que no nos nombrásemos conquistadores de la Nueva España, sino conquistados de Hernando Cortés; otros decían que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino parte como rey, sin otros aprovechamientos; otros decían "¡Oh qué triste está la ánima mea hasta que le vuelva todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido!" Y otros decían que Diego Velásquez gastó su hacienda y descubrió toda la costa del Norte hasta Pánuco, y la vino Cortés a gozar, e se alzó con la tierra e oro; y decían otras cosas desta manera, y aun decían palabras que no son para poner en esta relación. Y cuando salia Cortés de su aposento por las mañanas y lo leía, y como estaban en metros y en prosas y por muy gentil estilo y consonantes cada mote y copla lo que inclinaba y a la fin que tiraba su dicho, y no tan simplemente como yo aquí lo digo, y como Cortés era algo poeta e se preciaba de dar respuestas inclinadas para loar sus grandes e notables hechos y deshaciendo los del Diego Velásquez y Grijalva y Francisco Hernández de Córdova, e como prendió al Narváez, respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo quescribía, y de cada día iban más desvergonzados los metros e motes que ponían, hasta que Cortés escribió: "Pared blanca, papel de necios", y amanesció escrito más adelante: y "Aun de sabios y verdades, e Su Majestad lo sabrá de presto"; y bien supo Cortés quién lo escribía, que fué Fulano Tirado, amigo de Diego Velásquez, yerno que fué de Ramírez "el Viejo", que vivía en la Puebla, y un Villalobos, que fué a Castilla, y otro que se decía Mansilla, y otros que ayudaban de buena para que Cortés sintiese a los puntos que le tiraban. Y Cortés se enojó y dijó públicamente que no pusiesen malicias, que castigaría a los ruines desvergonzados. Dejemos desto; que como había muchas deudas entre nosotros, que debíamos de ballestas a cincuenta y a sesenta pesos, y de una escopeta ciento y de un caballo ochocientos pesos, y otros de una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras todas las cosas que habíamos comprado, pues un zurujano, que se llamaba maestre Juan, que curaba algunas malas heridas y se igualaba por la cura a excesivos precios, y también un medio matasanos, que se decía Murcia, que era boticario y barbero, que también curaba, y otras treinta trampas y tarrabusterías que debíamos, demandaban que las pagásemos de las partes que nos daban, y el remedio que Cortés dió fué que puso dos personas de buena conciencia, que sabían de mercaderías, que qué podía valer cada cosa de lo que habíamos tomado fiado lo apreciasen; llamábanse los apreciadores Santa Clara, persona muy noble, y el otro se decía Fulano de Llerena, también noble persona, y se mandó que todo lo que aquéllos dijesen que valían las cosas que nos habían vendido y las curas que habían hecho los zurujanos, que pasasen por ello, y que si no teníamos dineros, que aguardasen por ellos tiempo de dos años. Otra cosa también se hizo: que todo el oro que se fundió echaren tres quilates más de lo que tenía de ley, porque ayudasen a las pagas, y también porque en aquel tiempo habían venido mercaderes y navíos a la Villa Rica, y creyendo que en echar los tres quilates más ayu-

daban a la tierra y a los conquistadores, y no nos ayudó en cosa ninguna; antes fué en nuestro perjuicio, porque los mercaderes, viendo que para los tres quilates saliese a la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías y cosas, que vendían cinco quilates más, y desta manera anduvo el oro de tres quilates más cinco o seis años, y a este respecto se nombraba el oro de quilates tepuzque, que quiere decir en lengua de indios cobre; y ahora tenemos aquel modo de hablar, que cuando nombramos algunas personas que son preminentes y de merecimiento decimos el señor don Fulano de tal nombre, o Juan Martín o Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos su nombre, y por haber diferencia de los unos a los otros decimos Fulano de tal nombre Tepuzque. Volvamos a nuestra plática; que viendo que no era justo que anduviese el oro de aquella manera, se envió a hacer saber a Su Majestad para que se quitasen los tres quilates de más y no anduviese en la Nueva España, y Su Majestad fué servido mandar que no anduviese más, y que todo lo que se le hubiese de pagar en almojarifazgo y penas de cámara, que se le pagase en aquel mal oro hasta que se acabase y no hobiese memoria dello, y desta manera se llevó todo a Castilla, y allá le fundieron e pusieron a su ley perfecta. Y quiero decir que en aquella sazón questo pasó ahorcaron a dos plateros que falsearon las marcas reales de los quilates y lo echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas y salir fuera de mi relación; volvamos a ella: que como Cortés vió que muchos soldados se desvergonzaban en demandalle más partes y, le decían que se lo tomaba todo para sí e lo robaba, y le pedían prestados dineros, acordó de quitar sobre sí aquel dominio y de enviar a poblar a todas las provincias que le paresció que convenían que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese a poblar a Tustepeque y que castigase a unas guarniciones mexicanas que mataron, cuando nos echaron de México, setenta e ocho personas y seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narváez, y que poblase a una villa que se puso por nombre Medellín; que pasase a Guazacualco y que poblase aquel puerto; y también mandó a un tal Pineda y Vicente López que fuesen a conquistar la provincia de Pánuco, y mandó a Ramiro Rangel questuviese en la Villa Rica, como dicho tengo, y en su compañía llevó a Pedro de Ircio, y mandó a Juan Alvarez Chico que fuese a Colima, y a un Villafuerte a Zacatula, y a Cristóbal de Olí que fuese a Mechuacán. Ya en este tiempo se había casado el Cristóbal de Olí con una portuguesa que se decía doña Felipa de Arauz o Zarauz, que había entonces llegado de España, y envió a Francisco de Orozco a poblar a Guaxaca, porque en aquellos días que habíamos ganado México, como lo supieron en todas estas provincias que he nombrado que México estaba destruída, no lo podían creer los caciques y señores dellas; como estaban lejanas y enviaban principales a dar a Cortés el parabién de las vitorias y a darse por vasallos de Su Majestad, y a ver cosa tan temida, como dellos fué México, si era verdad questaba por el suelo, y todos traían grandes presentes de oro que daban a Cortés, y aun traían consigo a sus hijos pequeños y les mostraban a México, y, como solemos decir aquí fué Troya, se lo declaraban. Dejemos esto, y digamos una plática ques bien que se declare porque me dicen muchos curiosos letores que qués la causa que pues los

verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva España y la fuerte y gran ciudad de México por qué no nos quedamos en ella a poblar y nos venimos a otras provincias; digo que tienen mucha razón de lo preguntar e fuera justo; quiero decir la causa por qué, y es ésta que dire: En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de dónde le traían los tributos del oro y dónde había minas y cacao y ropa de mantas, y de aquellas partes que víamos en los libros y las cuentas que en ellos tenía Montezuma que se lo traían, queríamos ir, en especialmente viendo que salía de México un capitán tan principal e amigo de Cortés como fué Sandoval, y también como víamos que en los pueblos de la redonda de México no tenían oro, ni minas, ni algodón, sino mucho maíz y magueyales, de donde sacaban el vino; a esta causa la teníamos por tierra pobre, y nos fuimos a otras provincias a poblar, y todos fuimos muy engañados. Acuérdome que fuí hablar a Cortés que me diese licencia para ir con Sandoval, y me dijo: "En mi conciencia, señor Bernal Díaz del Castillo, que vivís engañado, que yo quisiera que quedárades aquí conmigo; mas es voluntad de ir con vuestro amigo Sandoval, id en buena hora; yo siempre terné cuidado de lo que se os ofreciere; mas bien sé que os arrepentiréis por me dejar." Volvamos a decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del rey por los esclavos que se habían sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria qué tantos de a caballo, ni escopeteros ni ballesteros, ni soldados, ni en cuántos días de tal mes despachó Cortés a los capitanes por mí memorados que fuesen a poblar las provincias por mí arriba dichas, porque sería larga relación, basta que diga que pocos días después de ganado México y preso Guatemuz, y desde ahí a otros dos meses envió Cortés a otros capitanes a otras provincias. Dejémoslo agora de hablar de Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa Rica con dos navíos Cristóbal de Tapia, el cual era veedor de las fundiciones que se hacían en la isla de Santo Domingo; otros dijeron que era alcaide de la fortaleza de aquella isla; y traía provisiones y cartas mensivas de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que enviaba en nombre de Su Majestad para quel Cristóbal de Tapia fuese gobernador de la Nueva España. Y lo que sobrello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII

Cómo vinieron cartas a Cortés cómo en el puerto de la Veracruz había llegado un Cristóbal de Tapia con dos navíos, y traía provisiones de Su Majestad para que gobernase la Nueva España, y lo que sobrello se acordó e hizo.

Puesto que Cortés hobo despachado los capitanes y soldados por mí ya dichos a pacificar e poblar provincias, en aquella sazón vino un Cristóbal de Tapia, veedor de la isla de Santo Domingo, con provisiones guiadas y encaminadas por don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, porque así se nombraba, para que le admitie-

sen a la Gobernación de la Nueva España, y demas de las provisiones traía muchas cartas del mismo obispo para Cortés y para otros muchos conquistadores y capitanes de los que habían venido con Narváez para que favoresciesen al Cristóbal de Tapia, y demás de las cartas que venían cerradas y selladas por el obispo traía otras muchas en blanco para quel Tapia escribiese en ellas todo lo que quisiese y nombrase a los soldados y capitanes que le paresciese que convenían, y en todas ellas traía muchos prometimientos del obispo que nos haría grandes mercedes si dábamos la gobernación al Tapia, y si no se la entregamos, muchas amenazas, y decía que Su Majestad nos enviaría a castigar. Dejemos desto, quel Tapia presentó sus provisiones en la Villa Rica delante de Gonzalo de Alvarado, hermano de don Pedro de Alvarado, questaba en aquella sazón por teniente de Cortés, porque Rodrigo Rangel, que solía estar por alcalde mayor, no sé qué desatinos e sinjusticias había hecho cuando allí estaba por teniente e alcalde mayor, y le quitó Cortés el cargo; y presentadas las provisiones delante del Jerónimo de Alvarado, y el Gonzalo de Alvarado las puso sobre su cabeza como provisiones y mandado de nuestro rey y señor, y que en cuanto al cumplimiento, dijo que se juntarían los alcaldes e regidores de aquella villa y que platicarían y verían cómo y de qué manera eran habidas aquellas provisiones, y que todos juntos las obedescerían, porque sólo era una sola persona, y también verían si Su Majestad era sabido que tales provisiones enviasen; y esta respuesta no le cuadró bien al Tapia, y aconsejáronle personas que no estaban bien con Cortés que se fuese luego a México, donde estaba Cortés con todos los más capitanes y soldados, y que allá las obedescerían. Y demás de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió el Tapia a Cortés de la manera que venía por gobernador; y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia y vió las ofertas y ofrescimientos del obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas, si muchas buenas palabras venían en ellas, muy mejores respuestas y más halagüeñas y llenas de cumplimientos le envió el Cortés; y luego rogó y mandó el Cortés a ciertos de nuestros capitanes que se fuesen a ver con el Tapia, los cuales fueron, que fué Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y Diego de Soto, el de Toro, y un Valdenebro, y Andrés de Tapia, a los cuales envió Cortés luego a llamar en posta que dejasen de poblar entonces las provincias en questaban y que fuesen a la Villa Rica, donde estaba el Tapia, y aun con ellos mandó que fuese un fraile que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, que tenía buena expresión. Ya quel Tapia iba camino de México a verse con Cortés, encontró con los capitanes y con el fraile ya por mí nombrados, y con palabras y ofrescimientos que le hicieron volvió del camino para un pueblo que se dice Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez sus provisiones, y verían cómo y de qué manera lo mandaba Su Majestad, y si venía en ellas su real firma o era sabidor dello, y que los pechos por tierra las obedescerían todos ellos en nombre de Hernando Cortés y de toda la Nueva España, porque traía poder para ello. Y el Tapia les tornó a mostrar las provisiones, y todos aquellos capitanes a una las besaron y pusieron sobre sus cabezas como provisiones de su rey y señor, y que en cuanto al cumplimiento, que supli-

caban dellas para ante el emperador nuestro señor, y dijeron que no era sabidor dellas ni de cosas ningunas, y quel Tapia no era suficiente para gobernador y quel obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que servimos a Su Majestad y andaba ordenando aquellas cosas sin dar verdadera relación a Su Majestad y por favorescer al Diego Velásquez y al Tapia, por casalle con una Fulana de Fonseca, sobrina o hija del mesmo obispo. Y desque el Tapia vió que no aprovechaban palabras ni cartas ni ofertas ni otros cumplimientos, adolesció de enojo, y aquellos nuestros capitanes que nombrados tengo le escribían a Cortés todo lo que pasaba y le avisaron que enviase tejuelos y barras de oro por quel Tapia era codicioso, y con ello le amansarían las furias, lo cual luego envió en posta, y le compraron unos negros y tres caballos y el un navío, y se volvió a embarcar y se fué a la isla de Santo Domingo, donde había salido; y cuando allá llegó, la Real Audiencia, que allá residía, y los frailes Jerónimos, que eran gobernadores, notaron bien su vuelta, y como iba rico de aquella manera tan desconsiderada, se enojaron con él por causa que de antes que de Santo Domingo saliese para venir a la Nueva España le habían mandado expresamente que en aquella sazón no curase de venir, porque sería causa de venir daño y quebrar el hilo y conquistas de México, y no quiso obedescer, sino con favor del obispo de Fonseca, que no osaban hacer otra cosa los oidores y frailes sino lo quel obispo mandaba, porque era presidente de Indias, que Su Majestad estaba en aquella sazón en Flandes, que no había venido a Castilla. Dejemos deste negocio de Tapia, y digamos cómo Cortés envió luego a Pedro de Alvarado, a poblar a Tututepeque, que era tierra rica de oro, y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tustepeque, adonde fué Sandoval, y otro es Tututepeque, adonde en esta sazón va Pedro de Alvarado; y esto declaro por que no me acusen que digo que fueron dos capitanes a poblar una provincia de un nombre. Y también había enviado a poblar el río de Pánuco, porque Cortés tuvo noticia que don Francisco de Garay hacía gran armada para la venir a poblar, porque, según parescióse, había dado Su Majestad por gobernación al Garay, según más largamente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados, cuando hablan de los navíos que envió adelante, que desbarataron los indios de la misma provincia de Pánuco, e hízolo Cortés porque si viniese el Garay la hallase poblada por el Cortés. Dejemos desto, y digamos cómo el Cortés envió otra vez a Rodrigo Rangel por teniente a la Villa Rica y quitó a Gonzalo de Alvarado, y le mandó que luego le enviase a Cuyuacán, donde a la postre estaba Cortés al capitán Pánfilo de Narváez, que tenía preso; que en aquel tiempo estaba Cortés en Cuyuacán, que aún no había entrado a poblar a México, hasta que se edificasen las casas y palacios donde había de vivir, y envió por el Narváez, porque, según le dijeron a Cortés, que cuando el veedor Cristóbal de Tapia llegó a la Villa Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narváez habló con el Tapia, y en pocas palabras le dijo: "Señor Cristóbal de Tapia, parésceme que tan buen recaudo debéis de traer y llevaréis como yo; mira en lo que yo he parado trayendo tan buena armada; mirad por vuestra persona y no curéis de más perder tiempo, que la ventura de Cortés no es acabada. En-

tende para que os den algún oro, e idos a Castilla ante Su Majestad, que allá no os faltará favor y quien os ayude, y diréis lo que acá pasa, en especial teniendo, como tenéis, al señor obispo de Burgos, y esto es lo mejor." Dejemos esta plática, y diré que como Narváez fué luego camino para México y vió aquellas grandes poblazones y ciudades, y llegó a Tezcuco, se admiró, y desque vió a Cuyuacán, mucho más desque vió la laguna y ciudades que en ella había pobladas, y después la gran ciudad de México. Y como Cortés supo que venía, le mandó hacer mucha honra y salir a recebir, y llegado antél, se hincó de rodillas el Narváez y le fué a besar las manos, y Cortés no lo consintió, y le hizo levantar, y le abrazó y le mostró mucho amor y le mandó sentar cabe si. Entonces dijo el Narváez: "Señor capitán: agora le digo de verdad; que la cosa que menos hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva España fué desbaratarme e prenderme a mí, aunque trujera mayor poder del que truje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y subjetado a servicio de Dios y de nuestro señor emperador, y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo, y lo dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el Universo se puede anteponer a los muy afamados e ilustres varones que habido, y otra tan fuerte y mayor ciudad como esta de México no la hay, y es dino que vuestra merced y sus soldados Su Majestad les haga muy crecidas mercedes". Y le dijo otras muchas alabanzas que son de decir. Y Cortés le respondió que nosotros no éramos bastantes para hacer lo questaba hecho, sino la gran misericordia de Dios, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro césar. Dejemos esta plática y de las ofertas que hizo Narváez a Cortés, y diré cómo en aquella sazón se pasó Cortés a poblar la gran ciudad de México, y repartió solares para las iglesias y monesterios y casas reales y plazas; y a todos los vecinos les dió solares, y por no gastar más tiempo en escrebir según y de la manera que agora está poblada, que según dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la cristiandad, otra más populosa y mayor ciudad, de mejores casas y poblada de caballeros, según su calidad y tiempo que se pobló, no se habido en el mundo, entiéndese con los pobres conquistadores. Pues estando dando la orden que dicho tengo, al mejor tiempo questaba Cortés algo descansado, viniéronle cartas de Pánuco que toda la provincia estaba levantada y que eran muy belicosos guerreros, porque habían muerto muchos soldados de los que había enviado a poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese. Y luego acordó el mismo Cortés de ir en persona, porque aunque quisiera enviar otros capitanes de los nuestros, como no los había en México, porque todos habíamos ido a otras provincias, como dicho tengo. Y llevó todos los más soldados que pudo, y de caballo y ballesteros y escopeteros, porque ya habían llegado a México muchas personas de las quel veedor Tapia traía consigo y otros que allí estaban de los de Lucas Vásquez de Ayllón, que habían ido con él a la Florida, y otros que habían venido de las islas en aquel tiempo; y dejando en México buen recaudo, y por capitán dél a Diego de Soto, natural de Toro, salió de México. Y en aquella sazón no había herraje, sino muy poco, para los muchos caballos que entonces llevaba, porque pasaban

de ciento y treinta personas de a caballo y docientos y cincuenta soldados con todo, entre ellos escopeteros y ballesteros, y con los de a caballo, y también llevó diez mill mexicanos. Y en aquella sazón ya había vuelto de lo de Mechuacán Cristóbal de Olí, porque la dejó de paz, y trujo consigo muchos caciques y al hijo del Cazonzi, que ansí se llamaba, y era el mayor señor de todas aquellas provincias, y trujo mucho oro bajo, que lo tenía revuelto con cobre y plata [1]. Y gastó Cortés en aquella ida que fué a Pánuco mucha cantidad de pesos de oro, que después demandaba a Su Majestad que le pagase aquella costa, y los oficiales de la hacienda de Su Majestad no se los quisieron rescebir en cuenta ni pagar cosa dello, porque dijeron que si hacia aquella entrada y gasto, que era por causa de se apoderar de aquella provincia, por que don Francisco de Garay, que la venía a conquistar, no la hobiese, porque ya tenían noticia que venían desde la isla de Jamaica con grande armada. Volvamos a nuestra relación, y diré como Cortés llegó con todo su ejército a la provincia de Pánuco, y los halló de guerra, y los envió a llamar de paz muchas veces, y no quisieron venir; tuvo con ellos muchos reencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardaron le mataron tres soldados y le hirieron más de treinta y mataron cuatro caballos, y hobo otros muchos heridos, y murieron de los mexicanos sobre docientos, sin más de otros trecientos heridos, porque fueron los guastecas, que ansí se llaman los indios de aquellas provincias, sobre cincuenta mill hombres cuando aguardaron a Cortés. Mas quiso Dios que fueron desbaratados, y todo el campo donde se hobo estas batallas quedaron llenos de muertos y otros muchos heridos de los naturales de aquella provincia, por manera que no se tornaron más a juntar por entonces para dar guerra; y Cortés estuvo ocho días en un pueblo adonde fueron aquéllas reñidas, que se llamaba [1], por causa que se curasen los heridos y se enterrasen los muertos, y había muchos bastimentos. Y para tornar a enviallos a llamar de paz envió dos caciques, personas principales, de los que se habían preso en aquellas batallas, y con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que siempre Cortés llevaba consigo, les hizo un parlamento y les dijo que cómo se podían defender todos los de aquellas provincias de no se dar por vasallos de Su Magestad, pues que han visto y tenido nueva quel poder de México, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo, y que vengan luego de paz, e que no hayan miedo, y que lo pasado de las muertes que se lo perdona. Y tales palabras les dijo con amor y otras amenazas, y como estaban hostigados y habían muerto muchos dellos en la batalla pasada, y vían abrasados sus pueblos, vinieron de paz, y todos trujeron joyas de oro, y aunque no de precio, que presentaron a Cortés, y con amor y halagos los rescibió de paz. Y desde allí se fué Cortés con la mitad de su ejército a un río que se dice Chila, questá de la mar obra de cinco leguas, y volvió a enviar mensajeros a todos los pueblos de la otra parte del río a llamalles de paz, y no quisieron venir, porque como estaban encarnizados en los muchos soldados que habían

---

(1) Testado en el original: "y acordó Cortés que de la plata baja se hiciesen herraduras y clavos".

(1) Dejó el autor aquí un espacio en blanco.

muerto, obra de dos años había, a los capitanes que Garay había enviado a poblar aquel río, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así creyeron que hicieran a nuestro ejército; y como estaban en tres grandes lagunas y ríos y ciénegas, ques muy gran fortaleza para ellos, la respuesta que dieron fué matar a dos mensajeros de los que Cortés les envió para hablar sobre las paces, y a otros echaron presos, y estuvo aguardando Cortés ciertos días a ver si mudarían su mal propósito, y como no vinieron, mandó buscar todas las canoas que en el río pudo haber, y con ellas y con unas barcas que se hicieron de madera de navíos viejos que fueron del capitán que envió Garay, que mataron, hizo pasar de noche de la otra parte del río ciento y cincuenta soldados, y los más dellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de caballo, en canoas atadas de dos en dos, de manera que pasaron muy bien. Y como los naturales de aquellas provincias velaban sus pasos y ríos, desque los vieron dejáronlos pasar con intención que los matarían, y estábanlos aguardando de la otra parte, y si muchos indios guastecas, que ansí se decían, se habían juntado en las primeras batallas que dieron a Cortés, muchos más estaban desta vez juntos, y vienen como leones rabiosos a se encontrar con los nuestros, y a los primeros encuentros mataron dos soldados e hirieron sobre treinta; también mataron tres caballos e hirieron otros quince, e muchos mexicanos; mas tal priesa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, e luego se fueron huyendo, y quedaron dellos muertos y heridos gran cantidad. Y después que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron a dormir a un pueblo questaba poblado que se habían huído los moradores dél, y con buenas velas y escuchas y rondas y corredores del campo, se estuvieron, y de cenar no les faltó; y desque amanesció, andando por el pueblo vieron estar en un cu e adoratorio de ídolos colgados muchos vestidos y caras desolladas e adobadas como cuero de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto a los capitanes que había enviado Garay a poblar el río de Pánuco, y muchas dellas fueron conoscidas de otros soldados, que decían que eran sus amigos, y a todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y las quitaron de donde estaban y las llevaron para enterrar; y desde aquel pueblo se pasaron a otro lugar, y como conocían que la gente de aquella provincia era muy belicosa siempre iban muy recatados y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen desapercebidos. Y los descubridores del campo dieron con unos grandes escuadrones de indios questaban en celada para que desque estuviesen los nuestros en las casas apeados, dar en los caballos y en ellos, y como fueron sentidos no tuvieron lugar de hacer lo que querían; mas todavía salieron muy denodadamente y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron más de media hora que los de a caballo y escopeteros y ballesteros y los indios mexicanos no les podían hacer retraer ni apartar de sí, y mataron dos caballos e hirieron otros siete, y también hirieron quince soldados, y tres murieron de las heridas. Una cosa tenían estos indios: que ya que les llevaban de vencida, se tornaban a rehacer y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaescer entre estas gentes; y viendo que los nuestros les herían y mataban, se acogieron a un río caudaloso e corriente, y los de a caballo y peones

sueltos fueron en pos dellos e hirieron muchos, e otros acordaron de correrles el campo e ir a otros pueblos questaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de la tierra puestas en unos soterraños a manera de bodegas, y estuvieron en estas poblazones cinco días corriendo las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados, se volvieron al río de Achile. Y Cortés tornó a enviar a llamar de paz a todos los mismos pueblos questaban de guerra de aquella parte del río, y como les habían muerto mucha gente, temieron los indios que volvieran otra vez sobre ellos, y a esta causa enviaron a decir que vernían de allí a cuatro días, que buscaban joyas de oro para le presentar; y Cortés aguardó los cuatro días que habían dicho que venían, y no vinieron por entonces. Y luego mandó que a un pueblo muy grande, questaba cabe una laguna, que era muy fuerte, ansí por sus ciénegas e ríos, que de noche escuro y medio llovisnaba, que en muchas canoas que luego mandó buscar, y atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en balsas bien hechas, pasasen aquella laguna a una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos ni sentidos de los de aquella poblazón, y pasaron muchos amigos mexicanos y sin ser vistos dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, e hobo gran despojo y estrago en él; y allí cargaron los amigos de todas las haciendas que los naturales dél tenían; y desque aquéllo vieron todos los más pueblos comarcanos, desde a cinco días todos los pueblos vinieron de paz, eceto otras poblazones questaban muy tras mano, que los nuestros no pudieron ir a ellas en aquella sazón, y por no me detener en gastar más palabras en esta relación de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir, sino que entonces pobló Cortés una villa con ciento y veinte vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de a caballo y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y veinte; llámase esta villa Santistéban del Puerto y está obra de una legua de Chila, y a los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habían venido de paz, y dejó por capitán dellos y por su teniente a un Pedro Vallejo. Y estando en aquella villa de partida para México, supo por cosa muy cierta que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelión de aquella provincia y fueron en la muerte de muchos españoles andaban de nuevo, después de haber dado la obidiencia a Su Majestad y haber venido de paz, convocando y atrayendo a los demás pueblos sus comarcanos, y decían que después que Cortés se fuese a México con los de a caballo y soldados, que a los que quedaban poblados que diesen un día o noche en ellos, y que ternían buenas hartazgas con ellos. Y sabido por Cortés la verdad muy de raíz les mandó quemar las casas; mas luego se tornaron a poblar. Y digamos cómo Cortés había mandado, antes que partiese de México para ir aquella entrada, que desde la Veracruz le enviasen un barco cargado con vino y vituallas y conservas y biscocho y herraje, porque en aquella sazón no había trigo en México para hacer pan, e yendo que iban el barco su viaje a la derrota de Pánuco, cargado de lo que le fué mandado, pareció ser hobo recios nortes, y dió con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas,

que aportaron en unas tablas a una isleta donde había unos grandes arenales, sería tres o cuatro leguas de tierra, donde había muchos lobos marinos que salían de noche a dormir a los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbre que sacaron con unos palillos, como lo sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isleta e hicieron unos como pozos, y sacaron agua algo salobre, y también había una fruta que parescian higos, y con la carne de los lobos marinos y la fruta y agua salobre se mantuvieron más de dos meses. Y como aguardaban en la villa de Santistéban el refresco y bastimento y herraduras, escribió Cortés a México a sus mayordomos que cómo no enviaban el refresco; y desque vieron este aviso, por la carta de Cortés tuvieron por cierto que se había perdido el barco, y enviaron luego los mayordomos de Cortés un navío chico de poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que toparon en la isleta donde estaban los tres españoles de los que se perdieron, con ahumadas que hacían de noche e de día, e desque vieron el barco se alegraron y embarcados vinieron a la villa; llamábase el uno dellos Fulano Ceciliano, vecino que fué de México. Dejemos desto, y digamos cómo en aquella sazón [que] Cortés se venía ya para México tuvo noticia que en muchos pueblos questaban en unas sierras muy agras se habían rebelado y hacían guerra a otros pueblos questaban de paz, acordó de ir allá antes que entrase en México; e yendo por su camino, los de aquella provincia lo supieron, aguardáronle en un paso malo y dieron en la rezaga del fardaje, y le mataron ciertos tamemes y robaron lo que llevaban. Y como era el camino malo, por defender el fardaje los de a caballo [que] los iban a socorrer reventaron dos caballos, y llegados a las poblazones muy bien se lo pagaron, que como iban muchos mexicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, mataron y cautivaron muchos indios, y aun al cacique y a su capitán, quéstos murieron ahorcados después que hobieron vuelto lo que habían robado. Y esto hecho, Cortés mandó a los mexicanos que no hiciesen más daño, y luego envió a llamar de paz a todos los más principales y papas de aquella poblazón, los cuales vinieron y dieron la obidiencia a Su Majestad, y el cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del cacique que habían ahorcado, y los dejó en sus casas pacíficos y bien castigados; y entonces se volvió a México. Y antes que más pase adelante quiero decir que en todas las provincias de la Nueva España otra gente más sucia y mala y de peores costumbres no la hobo como ésta de la provincia de Pánuco, porque todos eran sométicos y se embudaban por las partes traseras, torpedad nunca en el mundo oída, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos y sucios y malos, y tenían otras treinta torpedades, y si miramos en ello, fueron castigados a fuego y a sangre dos o tres veces, y otros mayores males les vino en tener por gobernador a Nuño de Guzmán, que desque le dieron la gobernación les hizo casi a todos esclavos y los envió a vender a las islas, según más largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación, y diré que después que Cortés volvió a México, en lo que entendió e hizo.

CAPITULO CLIX

Cómo Cortés y los oficiales del rey acordaron de enviar a Su Majestad todo el oro que le había cabido de su real quinto de los despojos de México, y cómo se envió por sí la recámara del oro y joyas que fué de Montezuma y Guatemuz, y lo que sobrello acaesció.

Como Cortés volvió a México de la entrada de Pánuco e anduvo entendiendo en la población y edificación de aquella ciudad, y viendo que Alonso de Avila, ya otras veces por mí nombrado en los capítulos pasados, había vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trujo recaudo de lo que le habían enviado a negociar con la Audiencia Real y frailes jerónimos questaban por gobernadores de todas las islas, y los recaudos que entonces trujo fué que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva España, y herrar los esclavos según y de la manera que llevaron en una relación, y repartir y encomendar los indios como en las islas Española e Cuba e Jamaica se tenían por costumbre, y esta licencia que dieron fué hasta en tanto que Su Majestad fuese sabidor dello o fuese servido mandar otra cosa, de la cual luego le hicieron relación los mismos frailes jerónimos, y enviaron un navío en posta a Castilla, y entonces Su Majestad estaba en Flandes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los frailes jerónimos le enviaban, porquel obispo de Burgos, puesto questaba por presidente de Indias, como conoscían dél que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello, ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejemos desto del obispo, y volvamos a decir que como Cortés tenía al Alonso de Avila por hombre atrevido, y no estaba muy bien con él, siempre le quería tener lejos de sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones, y el Alonso de Avíla se hallara en México, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como era el Alonso de Avila servidor del obispo de Burgos e había sido su criado y le traían cartas para él, fuera gran contradítor de Cortés y de sus cosas, y a esta causa siempre procuraba Cortés de tenelle apartado de su persona, y desque vino deste viaje, por le contentar y agradar le encomendó en aquella sazón el pueblo de Gualtitán y le dió ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos y con el depósito del pueblo por mí nombrado, ques muy bueno y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor, que le envió a Castilla, y juntamente con él a su capitán de la guarda, que se decía Antonio de Quiñones, los cuales fueron por procuradores de la Nueva España, y de Cortés, y llevaron dos navíos y en ellos cincuenta y ocho mill castellanos en barras de oro, y llevaron la recámara que llamábamos del gran Montezuma, que tenía en su poder Guatemuz, y fué un gran presente, en fin, para nuestro gran César, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuis, que son piedras finas como esmeraldas, y aun una dellas era tan ancha como la palma de la mano, y otras muchas joyas que, por ser tantas y no me detener en escribirlas, lo dejaré de de-

cir y traer a la memoria, y también enviamos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu e adoratorio en Cuyuacán, según y de la manera que eran otros grandes zancarrones que nos dieron en Tascala, los cuales habíamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía, e llevaron tres tigres y otras cosas que ya no me acuerdo; y con estos procuradores escribió el cabildo de México a Su Majestad, y ansimismo todos los más conquistadores escrebimos juntamente con Cortés y fray Pedro Melgarejo y el tesorero Julián de Alderete, y todos a una decíamos de los muchos y buenos y leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho y a la contina hacíamos, y de lo por nosotros subcedido desque entramos a ganar la ciudad de México, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenía por cierto que era cosa muy rica, y suplicamos a Su Majestad que nos enviase obispos religiosos de todas órdenes que fuesen de buena vida y dotrina para que nos ayudasen a plantar más por entero en estas partes nuestra santa fe católica, y le suplicamos todos a una que la gobernación desta Nueva España que le hiciese merced della a Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y a todos nosotros los conquistadores nos hiciese mercedes para nosotros y para nuestros hijos, que todos los oficios reales, ansí de tesorero, contador y fator y escribanías públicas y fieles ejecutores e alcaidías de fortalezas que no hiciese merced dellas a otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pornían en revuelta con sus libros, y habría pleitos y disensiones; y se le hizo saber lo del Cristóbal de Tapia cómo venía guiado por don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdería esta Nueva España si él quedara por gobernador, y que tuviese por bien de saber claramente que se han hecho las cartas y relaciones que le habíamos escrito dando cuenta de todo lo acaescido en esta Nueva España, porque teníamos por muy cierto que el mesmo obispo no se las enviaba y antes le escribía al contrario de lo que pasaba en favor de Diego Velázquez, su amigo, y del Cristóbal de Tapia, por casallo con una su parienta suya que se decía doña Petronilla de Fonseca, y cómo presentó ciertas provisiones que venían firmadas e guiadas por el mismo obispo de Burgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedescer como se obedescieron; mas viendo quel Tapia no era hombre para guerra, ni tenía aquel ser ni cordura para gobernador, que suplicaron de las provisiones hasta informar a su real persona todo lo acaescido, como agora le informábamos y le hacíamos sabidor, como leales vasallos que somos obligados a nuestro rey y señor, y que agora, que de lo que más fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su real mando; y también le suplicamos que fuese servido enviar a mandar al obispo de Burgos que no se entrometiese en cosas ningunas de Cortés ni de nosotros, porque será quebrar el hilo de muchas cosas de conquistas que en esta Nueva España entendíamos y en pacificar provincias, porque había mandado el mismo obispo a los oficiales questán en la casa de la contratación de Sevilla, que se decían Pedro de Isasaga y Juan López de Recalde, que no dejasen pasar ningún recaudo de armas ni soldados ni favor

para Cortés ni para los soldados que con él estábamos; y también se le hizo relación cómo Cortés había ido a pacificar la provincia de Pánuco y la dejó de paz, y las muy bravas batallas que con los naturales della tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, e cómo habían muerto los de aquella provincia a los capitanes que había enviado Francisco de Garay y a todos sus soldados por no se saber dar maña en las guerras, y que había gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mill pesos, y que lo demandaba a los oficiales de su Real Hacienda, y no se los quisieron pagar. También se le hizo sabidor cómo agora hacía el Garay una armada en la isla de Jamaica, y que venía a poblar el río de Pánuco, y porque no le acaesciese como a sus capitanes, que se los mataron, que suplicábamos a Su Majestad le envíe a mandar que no salga de la isla hasta questé muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistaremos y se la entregaremos; porque si en aquella sazón viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos capitanes que manden, ternán diversiones y levantamientos, especial los mexicanos; y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés, por su parte, no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relación en su carta de todo lo acaescido, que fueron veinte y una plana, y porque yo las leí todas e lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo; y además desto enviaba a suplicar Cortés a Su Majestad que le diese licencia para ir a la isla de Cuba a prender al gobernador della, que se decía Diego Velázquez, para enviársele a Castilla para que allá Su Majestad le mandase castigar, por que no le desbaratase más ni revolviese la Nueva España, porque enviaba desde la isla de Cuba a mandar que matasen a Cortés. Dejemos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fué en veinte días del mes de diciembre de mill e quinientos e veinte y dos años, y con buen viaje desembarcaron en canal de Bahama, y en el camino se le soltaron dos tigres de los tres que llevaban, e hirieron a unos marineros, y acordaron de matar al que quedaba porque era muy bravo y no se podían valer con él, y fueron su viaje hasta la isla de la Tercera; y como el Antonio de Quiñones era capitán y se preciaba de muy valiente y enamorado, paresce ser revolvióse en aquella isla con una mujer, e hobo sobrella cierta quistión, y diéronle una cuchillada, de que murió, y quedó sólo Alonso de Avila por capitán; e ya que iba con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla topa con ellos Juan Florín, francés corsario, y toma el oro y navíos, y prende al Alonso de Avila y llevóle preso a Francia; y también en aquella sazón robó el Juan Florín otro navío que venía de la isla de Santo Domingo y le tomó sobre veinte mill pesos de oro y gran cantidad de perlas, y azúcar, y cueros de vaca, y con todo se volvió a Francia muy rico e hizo grandes presentes a su rey e al almirante de Francia de las cosas y piezas de oro que llevaba de la Nueva España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos a nuestro gran emperador, y aun el mismo rey de Francia le tomaba cobdicia, más que otras veces, de tener parte en las islas y en esta Nueva España. Y entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba a nuestro César destas tierras le podía dar guerra a su Francia, y aun en aquella sazón no

era ganado ni había nueva del Perú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva España y las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Jamaica; y entonces diz que dijo el rey de Francia, o se lo enbió a decir a nuestro Emperador, que cómo habían partido entrél y el rey de Portugal el mundo sin dalle parte a él; que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán si les dejó solamente a ellos por herederos y señores de aquellas tierras que habían tomado entrellos dos sin dalle a él ninguna dellas, e que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar. Y luego tornó a mandar al Juan Florín que volviese con otra armada a buscar la vida por la mar, y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canarias, dió con tres o cuatro navíos recios y de armada, vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra envisten con el Juan Florín y lo rompen y desbaratan, y prenden a él y a otros muchos franceses, y les tomaron sus navíos y ropa, y al Juan Florín y a otros capitanes llevaron presos a Sevilla a la Casa de la Contratación, y los enviaron presos a la corte a Su Majestad; y desque lo supo mandó que en el camino hiciesen justicia dellos, y en el puerto del Pico les ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que los llevaron, y el Juan Florín que lo robó. Pues volvamos a nuestra relación; y es que llevaron a Francia preso al Alonso de Avila y le metieron en una fortaleza creyendo haber dél gran rescate, porque como llevaba tanto oro a su cargo guardábanle bien, y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y conciertos con el caballero francés que le tenía a cargo o le tenía por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera questaba preso y le viniesen a rescatar dijo que fuesen en posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva España, y que se diesen en la Corte de Su Majestad al licenciado Núñez, primo de Cortés, que era relator del real colegio, o a Martín Cortés, padre del mismo Cortés, que vivía en Medellín, o a Diego de Ordaz, questaba en la corte; y fueron a tan buen recaudo, que las hobieron a su poder y luego las despacharon para Flandes a Su Majestad, porque al obispo de Burgos no le dieron cuenta ni relación dello; y todavía lo alcanzó a saber el obispo, y dijo que se holgó que se hobiese perdido y robado todo el oro, y dijeron que había dicho: "En esto habían de parar las cosas deste traidor de Cortés"; y dijo otras palabras muy feas Dejemos al obispo, y vamos a Su Majestad, que desque lo supo dijeron que lo vió todo, y que hobo algún sentimiento de la pérdida del oro, y por otra parte se alegró viendo que tanta riqueza le enviaban e que sintiese el rey de Francia que con aquellos presentes que le enviábamos que le podría dar guerra; y luego envió a mandar al obispo de Burgos que en lo que tocaba a Cortés e a la Nueva España que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vernía a Castilla y entendería en ver la justicia de los pleitos y

contiendas de Diego Velázquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos cómo luego supimos en la Nueva España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prisión del Alonso de Avila, y de todo lo más aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento. Y luego Cortés con brevedad procuró de haber y allegar todo el más oro que pudo recoger y de hacer un tiro de oro bajo y de plata, de lo que habían traído de Mechuacán para enviar a Su Majestad, y llamóse el tiro "Fénix". Y también quiero decir que siempre estuvo el pueblo de Gualtitán que dió Cortés al Alonso de Avila por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazón no le tuvo su hermano Gil González de Benavides, hasta más de tres años adelante que el Gil González vino de la isla de Cuba, que ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prisión de Francia y había venido a Yucatán por contador, y entonces dió poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamás se lo quiso traspasar. Dejemos de cuentos viejos, que no hacen a nuestra relación, y digamos todo lo que acaesció a Gonzalo de Sandoval y a los demás capitanes que Cortés había enviado a poblar las provincias por mí ya nombradas, y entre tanto acaba Cortés de mandar forjar el tiro e allegar el oro para enviar a Su Majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que por qué cuando envió Cortés a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval y a los demás capitanes a las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas no concluí con ellos en esta mi relación, lo que habían hecho en ellas y en lo que en las jornadas a cada uno acaesció, y lo vuelvo ahora a rescitar, ques volver muy atrás de nuestra relación, y las causas que agora doy a ello es: que como iban camino de sus provincias a las conquistas y en aquel instante llegó al puerto de la Villa Rica el Cristóbal de Tapia otras veces por mí nombrado, que venía para ser gobernador de la Nueva España y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podría hacer, por tener favor y ayuda dellos, como Pedro Alvarado y Gonzalo de Sandoval eran tan preminentes capitanes y de buenos consejos, envió en posta a los llamar y dejaron sus conquistas y pacificaciones suspensas e, como he dicho, vinieron al negocio de Tapia, que era más importante para el servicio de Su Majestad, porque se tuvo por cierto que si el Tapia quedara para gobernar, que la Nueva España y México se levantara otra vez; y en aquel instante también vino Cristóbal de Olí de Mechuacán, como era cerca de México, y la halló de paz, y le dieron mucho oro y plata, y como era recién casado y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego tras esto de Tapia acontesció el levantamiento de Pánuco, y fué Cortés a lo pacificar como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, y también para escribir a Su Majestad como escrebimos, y enviar el oro y dar poder a nuestros procuradores, por mí ya memorados, y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno de traer agora aquí a la memoria, y es desta manera que diré,

CAPITULO CLX

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército a un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó a Guazacualco, y todo lo más que le avino; entiéndase que uno es Tustepeque e otro es Tutepeque.

Llegado Gonzalo Sandoval a un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, eceto unos mexicanos que fueron en la muerte de sesenta españoles y mujeres de Castilla que se habían quedado malos en aquel pueblo cuando vino Narváez, y era en el tiempo que en México nos desbarataron, entonces los mataron; en el mismo pueblo, e dende obras de dos meses que hobieron muerto los por mí dicho, porque entonces fuí con Sandoval, e posé en una como torrecilla que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y sed y de heridas los acabaron; y digo que posé en aquella torrecilla a causa que había en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de día, e como estaba muy alto y con el aire no había tantos como abajo, y también por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y, volviendo a nuestra plática, procuró el Sandoval de prender a los capitanes mexicanos que les dió guerra y les mató, y prendió el más principal dellos e hizo proceso contra él, y por justicia lo mandó quemar, otros muchos había juntamente con el que merescían pena de muerte, y disimuló con ellos, y aquél pagó por todos; y desque esto fué hecho envió a llamar de paz a unos pueblos zapotecas, ques otra provincia questará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisieron venir; y envió a ellos para los traer de paz a un capitán que se decia Briones, que otras muchas veces ya lo he nombrado, que fué capitán de bergantines y había sido buen soldado en Italia, según él decía, y le dió sobre cient soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros, y más de cient amigos de los pueblos que habían venido de paz; e yendo que iba el Briones con sus soldados y con buen concierto, paresció ser los zapotecas supieron que iba a sus pueblos y échanle una celada en el camino, que le hicieron volver más que de paso rodando unas cuestas y laderas abajo, y le hirieron más de la tercia parte de sus soldados que llevaba, y murió uno de las heridas; porque aquellas sierras donde están poblados estos zapotecas son tan agras y malas que no pueden ir por ellas caballos, y los soldados habían de ir a pie por unas sendas muy angostas por contadero uno a uno, y siempre hay neblina y rocío, y resbalan los caminos, y tienen por armas unas lanzas muy largas, mayores que las nuestras, con una braza de cuchillas de navajas y de perdenal que cortan más que nuestras espadas, e unas pavesinas que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha y vara y piedra, y los naturales muy sueltos y cencenos a maravilla; e con un silbo o voz que dan entre aquellas sierras, resuena y retumba la voz por un buen rato; digamos agora como ecos. Por manera que se volvió el capitán Briones con su gente herida e un soldado muerto, y aun también trujo un flechazo. Llámase aquel pueblo que le desbarató Tiltepeque, y después questuvo de paz se dió el mismo pueblo en encomien-

da a un soldado que se dice Ojeda "el Tuerto", que agora vive en la villa de Santo Alifonso. Pues cuando volvió el Briones a dar cuenta al Sandoval de lo que le había acaescido, y se lo contaba cómo eran grandes guerreros, y el Sandoval, como era de buena condición y el Briones se tenía por muy valiente y solía decir que en Italia había muerto y herido, y hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decía el Sandoval: "Paréceme, señor capitán, que son estas tierras otras que las que a donde anduvo militando"; y el Briones respondió medio enojado, y dijo que juraba a tal que más quisiera batallar contra tiros e grandes ejércitos de contrarios, ansí de turcos como de moros, que no con aquellos zapotecas, y daba razones para ello que parecía que cuadraban; y todavía el Sandoval le dijo que no quisiera haberle enviado, pues así fué desbaratado; que creyó que pusiera otras fuerzas, como él se alababa que tanto había hecho en Italia, y que dirán agora los zapotecas que no somos tan varones como ellos. Dejemos desta entrada, pues no aprovechó, antes dañó, y digamos cómo el mismo Gonzalo de Sandoval envió a llamar de paz a otra provincia que se dice Xaltepeque, que también eran zapotecas y confinan con otros pueblos que se decían los minxes, gentes muy sueltas y guerreras, que tenían diferencias con los de Xaltepeque, que agora, como digo, son los que envía a llamar; y vinieron de paz obra de veinte caciques y principales, y trujeron un presente de oro en joyas de muchas hechuras, y diez canutillos de oro en grano, que entonces habían sacado de las minas, y traían vestido aquellos principales unas ropas de algodón muy largas que les daban hasta los pies, con muchas labores labradas en ellas, y eran, digamos ahora, a la manera de albornoces moriscos; y desque vinieron delante el Sandoval, con mucho acato se lo presentaron, y lo rescibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos; y demandaron al Sandoval que les diese algunos teules, que en su lengua así nos llamaban a los españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los minxes, sus contrarios, que les daban guerra; y el Sandoval, como no tenía soldados para en aquella sazón les dar ayuda, como la demandaban, porque los que le llevó el Briones estaban todos heridos y otros habían adolescido, y cuatro muertos, por ser la tierra muy calurosa e doliente. con buenas palabras les dijo que le enviaría a México a decir a Malinche, que ansí llamaban a Cortés, que le enviase muchos teules, e que se reportasen hasta que viniesen, y que entre tanto que irán con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos y tierra para ir a dar guerra a sus contrarios los minxes; y esto no lo decía el Sandoval sino para que viniesen y viésemos los pueblos e minas donde sacaban el oro que trujeron, y desta manera los despidió, eceto a tres dellos que mandó que quedasen para ir con nosotros; y luego despachó para ir a ver los pueblos y minas, como he dicho, a un soldado que se decía Alonso del Castillo "el de lo Pensado", y me mandó el Sandoval que yo fuese con él y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas y la manera de los pueblos. Quiero decir por qué se llamaba aquel capitán que iba por nosotros por caudillo, Castillo "el de lo Pensado", y es por esta causa que diré: en la capitanía que tenía el Sandoval había tres soldados que tenían por renombre Castillos, el uno dellos era muy galán y preciábase dello en aquella sazón, que era

yo y a esta causa me llamaban Castillo "el Galán"; los otros dos Castillos, el una dellos era de tal calidad que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba mucho más a pensar lo que había de decir, y cuando respondía o habla era una necesidad o cosa que teníamos que reii y por eso le llamábamos "Castillo de los pensamientos", y el otro era Alonso del Castillo que agora va con nosotros, que de repente decía cualquier cosa y respondía muy a propósito de lo que le preguntaban, se decía Castillo "el de lo Pensado". Dejemos de contar donaires y volvamos a decir cómo fuimos aquella provincia a ver las minas, y llevamos muchos indios de aquellos pueblos, y con unas como hechuras de bateas lavaron en tres ríos delante de nosotros, y en todos tres sacaron oro e hinchieron cuatro canutillos dello, y era cada uno del tamaño de un dedo de la mano, el de enmedio, y eran poco más anchos que cañones de patos de Castilla, y con aquella muestra de oro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó creyendo que la tierra era rica, y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincia a los vecinos que habían de quedar allí poblados, y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel tiempo era la mejor cosa que había en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mill pesos de oro, creyendo el Sandoval que tomaba una buena cosa, y la provincia de Xaltepeque donde trujimos el oro depositó en el capitán Luis Marín: pensaba que le daba un condado, y todos salieron muy malos repartimientos, ansí lo que tomó el Sandoval como lo que dió a Luis Marín, y aun a mí me mandaba quedar a poblar en aquella provincia y me daba muy buenos indios y de mucha renta, que plugiera a Dios que los tomara, que se dicen Matlatán y Orizaba, donde está ahora el ingenio del virrey, y otro pueblo que se dice Ozotequipa, y no los quise por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad de mi persona; y el Sandoval verdaderamente conosció mi voluntad, y por hallarme con él en las guerras, si las hobiese adelante, lo hice. Dejemos desto, y digamos que nombró a la villa que pobló Medellín, porque ansí le fué mandado por Cortés, porquel Cortés nació en Medellín, de Extremadura; y era en aquella sazón el puerto un río que se dice Chalchohueca, ques el que hobimos puesto por nombre el río de Banderas, donde rescató diez y seis mill pesos, y por aquel río venían las barcas con mercadería que venía de Castilla hasta que se mudó a la Veracruz. Dejemos desto, e vamos camino de Guazacualco, que será de la villa de la Veracruz, que dejamos poblada, obra de setenta leguas, y entramos en una provincia que se dice Zitla, la más fresca y llena de bastimentos y bien poblada que habíamos visto, y luego vino de paz, y es aquella provincia que he dicho de dcce leguas de largor y otras tantas de ancho, muy poblado todo, y llegamos al gran río de Guazacualco; y enviamos a llamar a los caciques de aquellos pueblos que eran cabeceras de aquellas provincias, y estuvieron tres días que no vinieron ni enviaban respuesta, por lo cual creímos questaban de guerra, y aun así dizque lo tenían consultado que no nos dejasen pasar el río, y después tomaron acuerdo de venir de ahí a cinco días, y trujeron de comer y unas joyas de oro muy fino, y dijeron que cuando quisiésemos pasar que

ellos traerían muchas canoas grandes. Y Sandoval se lo agradesció mucho y tomó consejo con algunos de nosotros si nos atreveríamos a pasar todos juntos de una vez en todas las canoas; y lo que nos paresció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados y que viesen la manera que había en un poblezuelo questaba junto al río, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemos tuviésemos con nosotros el cacique mayor, que se dice Tochel; y ansí fueron los cuatro soldados y dieron todo a lo que les enviabamos, y se volvieron a dar relación al Sandoval cómo todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo cacique Toche, que así se decía, y trujo otro presente de oro, y aunque no de mucha valía. Entonces le halagó el Sandoval y le mandó que trujesen cient canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un día después de Pascua del Espíritu Santo; y, por acortar palabras, poblamos en el pueblo questaba junto al río, y era muy bueno para el trato de la mar, porquesta el puerto de allí cuatro leguas el río abajo, y pusimos nombre la Villa de Espíritu Santo, e pusimos aquel sublimado nombre, lo uno, porque en Pascua santa del Espíritu Santo desbaratamos a Narváez, y lo otro, porque el santo nombre fué nuestro apellido cuando le prendimos y desbaratamos; lo otro, pasar aquel río en este mesmo día, y porque todas aquellas tierras vinieron de paz sin dar guerra; y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habíamos salido de México a poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval y el mismo Luis Marín, y un Diego de Godoy, y el capitán Francisco de Medina, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan López de Aguirre, y Hernando de Montes Doca, y Juan de Salamanca, y Diego Azamar, y un Mansilla, y otro soldado que se decía Mejía "Rapapelo", y Alonso de Grado, y el licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el capitán Briones, e yo e otros muchos caballeros e personas de calidad, que si los hobiese aquí de nombrar a todos es no acabar tan presto; más tengan por cierto que solíamos salir a la plaza a un regocijo e alarde sobre ochenta de caballo, que eran más entonces aquellos ochenta que agora quinientos, y la causa es ésta: que no había caballos en la Nueva España, sino pocos y caros, y no los alcanzaba a comprar sino cual a cual. Dejemos desto, e diré como repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, después de las haber enviado a visitar e hacer la discreción de la tierra y ver las calidades de todas las poblazones, y fueron las provincias que repartió lo que agora diré: primeramente Zitla, Guazaqualco, Guazpaltepeque, e Tepeaca, e Chinanta, e los Zapotecas, y otros pueblos que están de la otra parte del río, la provincia de Copilco, y Zimatán y Tabasco, y las sierras de Cachula, todos los Zoques hasta Chiapa, e Zinacantán, y todos los Quilenes, y Papanaguasta, y estos pueblos que he dicho teníamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento, que valiera más que yo allí no quedara, según después subcedió la tierra pobre, y muchos pleitos que trujimos con tres villas que después se poblaron: la una fué la Villa Rica de la Veracruz, sobre Guaspaltepeque y Chinanta y Tepeca; la otra, con la villa de Tabasco, sobre Zimatán y Copilco; la otra, con Chiapa, sobre los Quilenes y Zoques; la otra con Santo Alifonso, sobre los Zapotecas; por-

que todas estas villas se poblaron después que nosotros poblamos a Guazacualco, y a nos dejar todos los términos que teníamos fuéramos ricos; y la causa que se poblaron estas villas que he dicho es que envió a mandar Su Majestad que todos los pueblos de indios más cercanos e comarca de cada villa le señaló por términos, por manera que de todas partes nos cortaron las aldas y nos quedamos en blanco, y a esta causa el tiempo andando se fué despoblando Guazacualco, y con haber sido la mejor poblazón y de generosos conquistadores que hobo en la Nueva España, es agora una villa de pocos vecinos. Volvamos a nuestra relación, y es questando Sandoval entendiendo en la poblazón de aquella villa y llamando otras provincias de paz, e vinieron cartas cómo había entrado un navío en el río de Ayagualulco, ques puerto, aunque no bueno, questaba de allí quince leguas y en él venían de la isla de Cuba la señora doña Catalina Juárez "la Marcaida", que ansí tenía el sobrenombre, mujer que fué de Cortés, y la traía un su hermano, Juan Juárez, el vecino que fué el tiempo andando de México, y venía otra señora, su hermana, y Villegas el de México, y su mujer "la Zambrana", y sus hijas, y aún la agüela, y otras muchas señoras casadas, y aun me paresce que entonces vino Elvira López "la Larga", mujer que entonces era de un Juan de Palma, el cual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, y después fué mujer de un Argeta, y también vino un Antonio Diosdado, el vecino que fué de Guatimala, y vinieron otros muchos que no se me acuerdan sus nombres. Y como Gonzalo de Sandoval lo alcanzó a saber, él en persona con todos los más capitanes y soldados fuimos por aquellas señoras y por todos los más que traía en su compañía; e acuérdome que en aquella sazón llovió tanto que no podíamos ir por los caminos, ni pasar ríos ni arroyos, porque venían muy crecidos que salieron de madre, y había hecho grandes Nortes, y con mal tiempo y por no dar al través entraron con el navío en aquel puerto de Ayagualulco, y la señora doña Catalina Juárez "la Marcaida" y toda su compañía se holgaron con nosotros; y luego trujimos todas aquellas señoras y su compaña a nuestra villa de Guazacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta a Cortés de su venida, y las llevó luego camino de México, y fueron acompañándolas el mesmo Sandoval, y Briones, y Francisco de Lugo, y otros caballeros. Y desque Cortés lo supo dijeron que le había pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró, y les mandó salir a rescibir, y en todos los pueblos les hacían mucha honra hasta que llegaron a México; y en aquella ciudad hobo regocijos y juego de cañas, y dende a obra de tres meses que había llegado oímos decir que la hallaron muerta de asma una noche, y que habían tenido un banquete el día antes en la noche, y muy gran fiesta, y porque yo no sé más desto que he dicho no tocaremos en esta tecla. Otras personas lo dijeron más claro y abiertamente en un pleito que sobre ello hobo el tiempo andando en la Real Audiencia de México. Dejemos de hablar desto, pues ya pasó, y digamos de lo que le acaesció a Villafuerte, el que fué a poblar a Zacatula, y a Juan Alvarez Chico, que también fué a Colima. Al Villafuerte le dieron mucha guerra y le mataron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada que no les querían obedescer ni dar tributos; y al Juan Alvarez Chico, ni más ni menos; y desque lo supo Cortés le pesó dello, y como Cristó-

bal de Olí había venido de lo de Mechuacán, y venía rico, y la había dejado de paz, y le paresció a Cortés que tenía buena mano para ir asegurar y a pacificar aquellas provincias de Zacatula y Colima, acordó de le enviar por capitán y le dió quince de a caballo y treinta escopeteros y ballesteros; y yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula le aguardaron los naturales de aquella provincia muy gentilmente a un mal paso, y le mataron dos soldados e hirieron quince; e todavía les venció e fué a la villa donde estaba el Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir a los pueblos que tenían en encomienda porque no los capillasen, como ya le habían muerto cuatro vecinos en sus mismos pueblos; porque comúnmente en todas las provincias e villas que se pueblan, a los principios les dan encomenderos, y desque les piden tributos se alzan y matan los españoles que pueden. Pues desque el Cristóbal de Olí vió que ya tenía apaciguada aquella provincia y le habían venido de paz, fué desde Zacatula a Colimar, y hallóla de guerra, y tuvo con los naturales della ciertos reencuentros, y le hirieron muchos soldados; los desbarató y quedaron de paz. El Juan Alvarez Chico, que había ido por capitán, no sé qué se hizo dél, parésceme que murió en aquella villa. Pues como el Cristóbal de Olí hobo pacificado a Colimar y le paresció questaba de paz, como era casado con una portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decía doña Felipa de Araúz o Zaraúz, dió la vuelta para México; y no se hobo bien vuelto, cuando se tornó a levantar los de Colimar y Zacatula; y en aquel instante había llegado a México Gonzalo de Sandoval con la señora doña Catalina Juárez "la Marcaida", y con el Joan Juárez y todas sus compañas, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que dello habla, acordó Cortés de le enviar por capitán para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de a caballo que entonces le dió, obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fué a Colimar y castigó a dos caciques, y tal maña se dió, que toda la tierra dejó muy de paz, y nunca más se levantó, y se volvió por Zacatula e hizo lo mismo y de presto se volvió a México. Y volvamos a Guazacualco y digamos cómo luego que se partió Gonzalo de Sandoval para México con la señora doña Catalina Juárez, se nos rebelaron todas las demás provincias de las questaban encomendadas a los vecinos, e tuvimos muy gran trabajo en los tornar a pacificar, y la primera que se levantó fué Xaltepeque, zapotecas questaban poblados en altas y malas sierras, y tras esto se levantó lo de Zimatán e Copilco, questaban entre grandes ríos y ciénegas, y se levantaron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hobo pueblos que mataron a su encomendero, y lo andábamos pacificando con grandes trabajos; y estando questábamos en una entrada con el capitán Luis Marín e un alcalde ordinario y todos los regidores de nuestra villa viniéronnos cartas que había venido al puerto un navío, e que en el venía un Juan Bono de Quexo, vizcaíno, e que había subido el río arriba con el navío, que era pequeño, hasta la villa, e que decía que traía cartas y provisiones de Su Majestad para nos notificar, e que luego fuésemos a la villa y dejásemos la pacificación de la provincia. Y como aquella nueva supimos y estábamos con el teniente Luis Marín, y ansí alcalde y regidores fuimos a ver qué quería; y después de nos abrazar

y dar el para bien venido los unos a los otros, porquel Juan Bono era muy conocido de cuando vino con Narváez, dijo que nos pedía por merced que nos juntásemos en cabildo, que nos quería notificar ciertas provisiones de Su Majestad e de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, que traía muchas cartas para todos, y según paresció traía el Juan Bono cartas en blanco con la firma del obispo, y entre tanto que nos fueron a llamar en la pacificación donde estábamos se informó el Joan Bono quién éramos los regidores, y las cartas que traía en blanco escribió en ellas palabras de ofrecimientos quel obispo nos enviaba si dábamos la tierra al Cristóbal de Tapia, quel Juan Bono nunca creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo, y el obispo tenía por cierto que no le rescibiríamos, e aquel efeto envió al Joan Bono con aquellos recaudos, y traía para mí, como regidor, una carta del mismo obispo quescribió el Juan Bono. Pues ya que habíamos entrado en cabildo e vimos sus despachos y provisiones que nunca nos había querido decir lo que era hasta entonces, de presto le despachamos en decir que ya el Tapia era vuelto a Castilla; que fuese a México, adonde estaba Cortés, e allá le diría lo que le conviniese. E desque aquello oyó el Joan Bono quel Tapia no estaba en la tierra, se paró muy triste e otro día se embarcó e fué a la Villa Rica, y desde allí a México; y lo que allá pasó yo no lo sé, salvo que oí decir que Cortés le ayudó para la costa y se volvió a Castilla. Y dejemos de contar más cosas, que había bien que decir cómo siempre que en aquella villa estuvimos nunca nos faltaron trabajos y conquistas de las provincias que se habían levantado, y volvamos a decir de Pedro de Alvarado cómo le fué en lo de Tututepeque y en su poblazón.

CAPITULO CLXI

Cómo Pedro de Alvarado fué a Tututepeque a poblar una villa y lo que en la pacificación de aquella provincia y poblar la villa le acaesció.

Es menester que volvamos algo atrás para dar relación desta ida que fué Pedro de Alvarado a poblar a Tututepeque, y es ansí: Que como se ganó la ciudad de México y se supo en todas las comarcas y provincias que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban a dar el parabién a Cortés de la vitoria y a ofrescerse por vasallos de Su Majestad, y entre muchos grandes pueblos que en aquel tiempo vinieron fué uno que se dice Teguantepeque Zapotecas, y trujeron un presente de oro a Cortés y dijéronle questaban otros pueblos algo apartados de su provincia, que se decían Tututepeque, muy enemigos suyos, e que les venían a dar guerra porque habían enviado los de Teguantepeque a dar la obidiencia a Su Majestad, y questaban en la costa del Sur, e que era gente muy rica, ansí de oro que tenían en joyas como de minas, y le demandaron a Cortés con mucha importunación les diese hombres de a caballo y escopeteros y ballesteros para

ir contra sus enemigos. E Cortés les habló muy amorosamente e les dijo que quería enviar con ellos al Tonatio, que ansí llamaban a Pedro de Alvarado, y luego le dió sobre ciento y ochenta soldados, y entrellos treinta y cinco de a caballo, y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por capitán, pues estaba de paz aquella provincia, que le demandase otros veinte soldados y los más dellos ballesteros, y ansí como le fué mandado ordenó su partida y salió de México en el año de veinte y dos. Y mandóle Cortés que, de camino, que fuese e viese ciertos peñoles que decían questaban alzados, que se decían de Ulamo, y entonces todo lo halló de paz y de buena voluntad, e tardó más de cuarenta díaz en llegar a Tututepeque; y el señor del y otros principales, desque supieron que ya llegaban cerca de su pueblo les salieron a rescebir de paz y les llevaron aposentar en lo más poblado del pueblo, adonde el cacique tenía sus adoratorios e sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras, y son de paja, porque en aquella provincia no tenían azoteas, ques tierra muy caliente. Aconsejóse el Alvarado con sus capitanes y soldados que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponían fuego no se podrían valer, y fué acordado que se fuesen en cabo del pueblo; y desque fué aposentado, el cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada día que allí estuvieron le llevó presentes muy ricos de oro; y como el Alvarado vido que tanto oro tenían, les mandó hacer unas estriberas de oro fino de la manera de otras que le dió para que por ellas las hiciesen, y se las trujeron hechas, y dende a pocos días echó preso al cacique porque le dijeron los de Teguantepeque al Pedro de Alvarado que le querían dar guerra toda aquella provincia, e que cuando le aposentaron entre aquellas casas donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar e que allí muriesen todos, y a esta causa le echó preso. Otros españoles de fe y de creer dijeron que por sacalle mucho oro, y sin justicia murió en las prisiones, y esto se tuvo por cierto. Agora sea lo uno o lo otro, aquel cacique dió a Pedro de Alvarado más de treinta mill pesos, y murió de enojo e de la prisión, e quedó a un su hijo el cacicazgo, y le sacó mucho más oro que al padre; y luego envió a visitar los pueblos de a la redonda y los repartió entre los vecinos y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los más vecinos que allí poblaron habían sido de antes vecinos de Segura de la Frontera, que era Tepeaca; y como esto tuvo hecho y tenía allegado buena suma de pesos de oro y se lo llevaba a México para dar a Cortés, y también dijeron quel mismo Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber que lo trujese consigo para enviar a Su Majestad, por causa que habían robado los franceses lo que había enviado con Alonso de Avila e Quiñones, e que no diese parte ninguna a ningún soldado de los que tenía en su compañía; e ya quel Alvarado quería partir para México, tenían hecho ciertos soldados una conjuración, y los más dellos ballesteros y escopeteros, de matar otro día a Pedro de Alvarado y a sus hermanos porque les llevaba el oro sin dar partes, y aun se las pedían muchas veces e no se las quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de indios, y esta conjuración, si no se la descubriera un soldado que se decía Trebejo, que era en la misma trama,

aquella noche que venía habían de dar en ellos; y como el Alvarado lo supo, que se lo dijeron a hora de vísperas y yendo a caballo a caza por unas cabañas e iban en su compañía a caballo de los que entraban en la conjuración, y para disimular con ellos, dijo: "Señores, a mí me ha dado dolor de costado; volvamos a los aposentos e llámenme un barbero que me sangre." Y como volvió envió a llamar a sus hermanos Jorge y Gonzalo y Gómez, todos Alvarados, e a los alcaldes y alguaciles, y prenden a los que eran en la conjuración, y por justicia ahorcaron a dos dellos, que se decía el uno Fulano de Salamanca, natural de Condado, que había sido piloto, e a otro que se decía Bernaldo, levantisco, y con estos dos apaciguó los demás; y luego se fué para México con todo el oro, y dejó poblada la villa. Y desque los vecinos que en ella quedaban vieron que los repartimientos que les daban no eran buenos y la tierra doliente y muy calurosa, e habían adolescido muchos dellos, y las naborías y esclavos que llevaban se les habían muerto, e había muchos morciélagos y mosquitos y aun chinches, y, sobre todo, quel oro no lo repartió el Alvarado entrellos y se lo llevó, acordaron de quitarse de mal ruido y despoblar la villa, y muchos dellos se vinieron a México, y otros a Guaxaca, y se derramaron por otras partes. Y desque Cortés lo supo envió hacer pesquisa sobrello, y hallóse que por los alcaldes y regidores en el cabildo se concertó que se despoblase, y sentenciaron a los que fueron en ello a pena de muerte, y apelaron, y fué en destierro la pena. Y desta manera subcedió en lo de Tututepeque, que jamás nunca se pobló, y aunque era tierra rica, por ser doliente; y como los naturales de aquella tierra vieron esto y que se habían despoblado y lo que Pedro de Alvarado había hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornaron a rebelar, y volvió a ellos el Pedro de Alvarado y los llamó de paz, y sin darles guerra volvieron a estar de paz. Dejemos esto, y digamos que como Cortés tenía ya allegados sobre ochenta mill pesos de oro para enviar a Su Magestad, y el tiro "Fénix" forjado, vino en aquella sazón nueva cómo había venido a Pánuco Francisco de Garay con grande armada; y lo que sobrello se hizo diré adelante.

CAPITUO CLXII

Cómo vino Francisco de Garay de Jamaica con grande armada para Pánuco, y lo que le acontesció, y muchas cosas que pasaron.

Como he dicho en otro capítulo que habla de Francisco de Garay, como era gobernador en la isla de Jamaica e rico, y tuvo nueva que habíamos descubierto muy ricas tierras cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, y habíamos llevado a la isla de Cuba veinte mill pesos de oro, y los hobo Diego Velázquez, gobernador que era de aquella isla, y que venía en aquel instante Hernando Cortés con otra armada, tomóle gran cobdicia de venir el Garay a conquistar algunas tierras, pues tenía mejor aparejo que otros ningunos, y tuvo nueva y plática de

un Antón de Alaminos, que fué el piloto mayor que habíamos traído cuando lo descubrimos, cómo estaban muy ricas tierras y muy pobladas desde el río de Pánuco adelante, e que aquello podía enviar a suplicar a Su Majestad que le hiciese merced; y después de bien informado el mismo Garay del piloto Alaminos en el descubrimiento, y de otros pilotos que se habían hallado juntamente con el Alaminos en el descubrimiento, acordó enviar a un su mayordomo, que se decía Juan Torralva, a la corte con cartas y dineros a suplicar a los caballeros que en aquella sazón estaban por presidente y oidores de Su Majestad que le hiciesen merced de la gobernación del rio de Pánuco con todo lo demás que descubriese y estuviese por poblar; y como Su Majestad en aquella sazón estaba en Flandes, y estaba por presidente de Indias don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el licenciado Zapata, y el licenciado Vargas, y el secretario Lope de Conchillos, y le trujeron provisiones que fuese adelantado y gobernador del Río de San Padro y San Pablo con todo lo que descubriese, y con aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta doscientos y cuarenta soldados, con muchos caballos y escopeteros y ballesteros y bastimentos, y por capitán dellos a un Alonso de Alvarez Pineda o Pinedo, otras veces por mí ya nombrado. Pues como hobo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los indios de Pánuco se la desbarataron y mataron al capitán Pineda y a todos los caballos y soldados que tenía, eceto obra de sesenta soldados que vinieron al puerto de la Villa Rica con un navío, y por capitán dellos a un Camargo, que se acogieron a nosotros; y tras aquellos tres navíos, viendo el Garay que no tenía nueva dellos, envió otros dos navíos con muchos soldados y caballos y bastimentos, y por capitán dellos a un Miguel Díaz de Ausuz e a un Ramírez, muchas veces por mí memorados, los cuales se vinieron también a nuestro puerto desque vieron que no hallaban en río de Pánuco pelo ni hueso de los que había enviado Garay, salvo los navíos quebrados, todo lo cual tengo ya dicho otras veces en mi relación, mas es necesario que se torne a decir desde el principio para que bien se entienda. Pues volviendo a nuestro propósito y relación, viendo el Francisco de Garay que ya había gastado muchos pesos de oro, y oyó decir de la buena ventura de Cortés y de las grandes ciudades que había descubierto, y del mucho oro y joyas que había en la tierra, tuvo más envidia e cobdicia y levantó más la voluntad de venir él en persona y traer la mayor armada que pudiese; y buscó once navíos y dos bergantines, que fueron trece velas; y allegó ciento y treinta y seis caballos y ochocientos y cuarenta soldados, todos los más ballesteros y escopeteros, y basteciólos muy bien de todo lo que hobieron menester, y era pan cazabi y tocinos y tasajos de vacas, que ya había harto ganado vacuno, que como era rico y lo tenía todo de su cosecha, no le dolía el gasto; y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamaica fué demasiada la gente y caballos que allegó, y en el año de mill e quinientos y veinte y tres años salió de Jamaica con toda su armada por San Juan de junio e vino a la isla de Cuba a un puerto que se dice Xagua, y allí alcanzó a saber que Cortés tenía pacificada toda la provincia de Pánuco e poblada una villa, y que había gastado en la pacificar más de se-

senta mil pesos de oro, e que había enviado a Su Majestad a suplicar le hiciese merced de la gobernación della juntamente con la Nueva España; y como le decían de las cosas heroicas que Cortés y sus compañeros habíamos hecho, y como tuvo nueva que con docientos y sesenta y seis soldados habíamos desbaratado a Pánfilo de Narváez, habiendo traído sobre mil y trecientos soldados con ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés. Y en aquella sazón questaba el Garay en aquel puerto de Xagua le vinieron a ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho o diez personas principales de aquella villa, e le vino a ver el licenciado Zuazo, que había venido aquella isla a tomar residencia a Diego Velázquez por mandado de la Real Audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el licenciado sobre la ventura de Cortés, e que temía que había de tener diferencias con él sobre la provincia de Pánuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viaje para ser intercesor entrel y Cortés; y el licenciado Zuazo respondió que no podía ir por entonces sin dar residencia, mas que presto sería allá; y luego el Garay mandó dar velas y va su derrota para Pánuco, y en el camino tuvo un mal tiempo. y los pilotos que llevaba subieron más arriba hacia el río de Palmas, y surgió en el propio río día de señor Santiago; y luego envió a ver la tierra; y a los capitanes y soldados que envió no les paresció buena, o no hobieron gana de quedar allí, sino que se viniese al propio río de Pánuco a la poblazón e villa que Cortés había poblado, por estar más cerca de México; y desque aquella nueva le trujeron acordó el Garay de tomar juramento a todos sus soldados que no le desmampararían sus banderas e que le obedescerían como a tal capitán general; nombró alcaldes e regidores y todo lo pertenesciente a una villa; dijo que se había de nombrar la villa Garayana; mandó desembarcar todos los caballos y soldados, e los navíos desembarazados enviólos costa a costa con un capitán que se decía Grijalva, y él y todo su ejército se vino por tierra costa a costa cerca de la mar, y andubo dos días por malos despoblados que eran ciénegas; pasó un río que venía de unas sierras que vieron desde el camino, questaban de allí obra de cinco leguas, y pasaron aquel gran río en balsas e en unas canoas que hallaron quebradas; luego en pasando el río estaba un pueblo despoblado de aquel día, y hallaron muy bien de comer maíz y aun gallinas, e había muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay prendió ciertos indios que entendían la lengua mexicana y halagóles y dióles camisas, enviólos por mensajeros a otros pueblos que le decían questaban cerca para que le rescibiesen de paz, y rodeó una ciénega e fué a unos pueblos que eran los mismos, y recibiéronle de paz, diéronle muy bien de comer y muchas gallinas de la tierra y otras aves como a manera de ansarones que tomaban en las lagunas; e como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados y paresce ser no les daban de lo que los indios les traían de comer, se amotinaron algunos e se fueron a robar a los indios de aquellos pueblos por donde venían; estuvieron en este pueblo tres días, otro día fueron su camino con guías; llegaron a un gran río; no le podían pasar sino con canoas que les dieron los del pueblo de paz donde habían estado; procuraron de pasar cada caballo

a nado; y remando con cada canoa un caballo y le llevasen del cabestro y como eran muchos caballos y no se daban maña se les ahogaron cinco, salen de aquel río, dan en unas malas ciénegas y con mucho trabajo llegaron a tierra de Pánuco; e ya que en ella se hallaron creyeron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maíz ni bastimentos e muy alterados, y esto fué a causa de las guerras que Cortés con ellos había tenido poco tiempo había, y también si alguna comida tenían habíanla alzado y puesto en cobro, porque como vieron tantos españoles y caballos, tuvieron miedo dellos y despoblaban los pueblos, e adonde pensaba Garay reposar, tenía más trabajo; y demás desto, como estaban despobladas las casas donde posaban había muchos morciélagos e chinches y mosquitos, y todo les daba guerra; y luego les subcebió otra mala ventura: que los navíos que venían costa a costa no habían llegado al puerto, ni sabían dellos, porque en ellos traían muchos bastimentos, lo cual supieron de un español que les vino a ver o hallaron en un pueblo, que era de los vecinos questaban poblados en la villa de Santisteban del Puerto, questaba huído por temor de la justicia por cierto delito que había hecho, el cual les dijo cómo estaban poblados muy cerca de allí, y cómo México era muy buena tierra, e questaban los vecinos que en ella vivían ricos; e como oyeron los soldados que traía Garay al español que con ellos habló que la tierra de México era buena e la de Pánuco no era tan buena, muchos dellos se desmandaron y se fueron por los pueblos a robar, e se iban a México. Y en aquella sazón, viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados y no los podía haber, envió a un su capitán, que se decía Ocampo, a la villa de Santisteban a saber qué voluntad tenía el teniente questaba por Cortés, que se decía Pedro de Vallejo, y aun le escribió haciéndole saber cómo traía provisiones y recaudos de Su Majestad para gobernar e ser adelantado de aquellas provincias, y cómo había aportado con sus navíos al río de Palmas, e del mal camino y trabajos que había pasado. Y el Vallejo hizo mucha honra al Ocampo y a los que con él iban y les dió buena respuesta, y les dijo que Cortés holgara de tener tan buen vecino por gobernador, más que le había costado muy caro la conquista de aquella tierra y Su Majestad le había hecho merced de la gobernación, y que venga cuando quisiere con sus ejércitos, e que se le hará todo servicio, y que le pide por merced que mande a sus soldados que no hagan sinjusticias ni robos a los indios, porque se le han venido a quejar dos pueblos, y tras esto, muy en posta escribió el Vallejo a Cortés, y aun le envió la carta del Garay, e hizo quescribiese otra el mismo Gonzalo de Ocampo, y le envió a decir que qué mandaba que se hiciese, o que presto enviase muchos soldados o viniese Cortés en persona. Y desque Cortés vió la carta, envió a llamar a Pedro de Alvarado e a Gonzalo de Sandoval e a un Diego de Ocampo, hermano del otro Gonzalo de Ocampo que venía con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenía cómo Su Majestad le había mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí hasta que se averiguase la justicia entrél y Diego Velázquez, e que se los notificasen al Garay. Dejemos de hablar desto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respuesta del Vallejo, al Francisco de Garay le paresció buena respuesta y se vino con todo su ejército a subjetar y aun más cerca

de la villa de Santisteban del Puerto; e ya el Pedro de Vallejo tenía concertado con los vecinos de la villa, e con aviso que tuvo de cinco soldados que se habían ido a la villa, que eran del mismo Garay, de los amotinados, cómo estaban muy descuidados, e que no se velaban, e cómo quedaban en un pueblo bueno e grande que se dice Nachapalán; y los del Vallejo, [que] sabían bien la tierra, dan en la gente de Garay y le prenden sobre cuarenta soldados y se los llevaron a su villa de Santisteban del Puerto, y ellos lo tuvieron por bueno su prisión; y la causa que dijo el Vallejo por qué los prendió era porque sin presentar las provisiones y recaudos que traía andaban robando la tierra. Y viendo esto Garay hobo gran pesar y tornó a enviar a decir al mismo Vallejo que le diese sus soldados, amenazándole con la justicia de nuestro rey y señor; y el Vallejo respondió que desque vea las reales provisiones que las obedescerá y porná sobre su cabeza, e que fuera mejor que cuando vino Ocampo las trujera y presentara para las cumplir, e que le pide por merced que mande a sus soldados que no roben ni saqueen los pueblos de Su Majestad. Y en este instante llegaron los capitanes que Cortés enviaba con los recaudos e por capitán, Diego de Ocampo y como el Diego de Ocampo era en aquella sazón alcalde mayor por Cortés en México comenzó de hacer requirimientos al Garay que no entrase en la tierra porque Su Majestad mandó que la tuviese Cortés, y en demandas y en respuestas se pasaron ciertos días, y entre tanto cada día se le iban al Garay muchos soldados que anochescían y no amanescían en el real; y vió el Garay que los capitanes de Cortés traían mucha gente de a caballo y escopeteros y de cada día le venían más, y supo que de sus navíos que había mandado venir costa a costa se le habían perdido dos dellos con tormenta de Nortes ques travesía, y los demás navíos, questaban en la boca del puerto, y quel teniente Vallejo les envió a requerir que luego se entrasen dentro en el río no les viniese algún desmán y tormenta como la pasada; si no, que los ternía por cosarios que andaban a robar; y los capitanes de los navíos, respondieron que no tuviese Vallejo que entender y mandar en ello, que ellos entrarían cuando quisiesen. Y en este instante el Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés, y como andaban en estos trances, el alcalde mayor Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval tuvieron pláticas secretas con los del Garay y con los capitanes questaban en los navíos en el puerto, y se concertaron con ellos que se entrasen en el puerto y se diesen a Cortés, y luego un Martín de San Juan, lejuzcano, y un Castro Mucho, maestres de navío, se entregaron con sus naos al teniente Vallejo por Cortés; e como los tuvo por de Cortés, fué en ellos el mismo Vallejo a requerir al capitán Juan de Grijalva, questaba en la boca del puerto, que se entrase dentro a surgir o se fuese por la mar donde quisiese, y respondióle con tirarle muchos tiros; y luego enviaron en una barca un escribano del rey, que se decía Vicente López, a le requerir que se entrase en el puerto, y aun llevó cartas para el Grijalva del Pedro de Alvarado y de Sandoval y de Diego de Ocampo con ofertas y prometimientos que Cortés le haría mercedes; y como vió las cartas y que todas las naos habían entraron en el río, ansí hizo el Juan Grijalva con su nao capitana, y el teniente Vallejo le dijo que fuese preso en nombre del capitán Hernando Cortés; mas

luego lo soltó a él y a cuantos estaban detenidos. Y desque el Garay vió el mal recaudo que tenía y sus soldados huídos y amotinados, y los navíos dados al través y los demás estaban tomados por Cortés, si muy triste estaba antes que se lo tomasen, más lo estuvo después que se vió desbaratado, y luego demandó, con grandes protestaciones que hizo a los capitanes de Cortés, que le diesen sus naos y todos sus soldados, que se quería volver a poblar el río de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traía, y que por no tener debates ni quistiones con Cortés se quería volver. Y aquellos caballeros respondieron que fuese mucho en buena hora, y que ellos mandarían a todos los soldados questaban en aquella provincia y por los pueblos amotinados que luego se vengan a su capitán y vayan en los navíos, y le mandarán proveer de todo lo que hobiere menester ansí de bastimento como de armas e tiros y pólvora, y que escribirían a Cortés le proveyese muy cumplidamente de todo lo que hobiese menester; y el Garay con esta respuesta y ofrescimientos estaba contento. Y luego se dieron pregones en aquella villa y en todos los pueblos y enviaron alguaciles a prender los soldados amotinados para los traer al Garay, y por más penas que les ponían era pregonar en balde, que no aprovechaba cosa ninguna, y algunos que traían presos decían que habían llegado a la provincia de Pánuco y que no eran obligados a más le seguir ni cumplir el juramento que les hobo tomado, y ponían otras perentorias: que decían que no era capitán el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra. Y desque vió el Garay que no aprovechaban pregones ni la buena diligencia que le parescía que ponían los capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado. Pues viéndose desmamparado de todo, aconsejáronle los caballeros que venían por parte de Cortés que escribiese luego al mismo Cortés, e que ellos serían intercesores con él para que volviese al río de Palmas, y que tenían a Cortés por de tan buena condición, que le ayudaría en todo lo que pudiese, e que Pedro de Alvarado y el Sandoval serían fiadores dello y se lo harían cumplir. Y luego el Garay lescribió a Cortés dándole muy entera relación de su viaje y desdichas y trabajos, y que si su merced mandaba, que le iría a ver y a comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de Su Majestad, encomendándole su honra y estado, y que lo efetuase de manera que no fuese disminuída su honra. Y también escribieron Pedro de Alvarado y el Diego de Ocampo y Gonzalo de Sandoval suplicando a Cortés por las cosas de Francisco de Garay y en todo fuese ayudado, pues en los tiempos pasados habían sido grandes amigos. Y Cortés, viendo aquellas cartas, hobo mancilla del Garay y le respondió con mucha mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga a México, que le promete que en todo lo que le pudiere ayudar lo hará de muy buena voluntad, y que a la obra se remite; y mandó que por doquiera que viniese le hiciesen mucha honra y le diesen todo lo que hobiese menester, y aun le envió al camino refresco, y cuando llegó a Tezcuco le tenía hecho un banquete, y llegado que fué a México, el mismo Cortés y muchos caballeros le salieron a rescebir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y más desque vió la gran ciudad de México. Y luego Cortés le llevó a sus palacios, que entonces nuevamente los hacía, y después que se ho-

bieron comunicado el Garay con Cortés, le contó sus desdichas y trabajos, y encomendándole que por su mano fuese remediado; el mismo Cortés se lo ofresció muy de voluntad, y aun Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval le fueron buenos medianeros. Y de ahí a tres o cuatro días que hobo llegado se trató que se casase una hija de Cortés, que se decía doña Catalina Cortés o Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que apoyaron siempre en el armada e dicho Pedro su capitán y le mandó Cortés en dote con doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese a poblar el río de Palmas, e que Cortés le diese todo lo que hobiese menester para la poblazón y pacificación de aquella provincia, y aun le prometió que le daría capitanes y soldados de los suyos para que con ellos se descuidase en las guerras que hobiese, y con estos prometimientos y con la buena voluntad que el Garay halló en Cortés estaba muy alegre. Yo tengo por cierto que ansí como lo había capitulado y ordenado Cortés lo cumpliría. Dejemos todo lo del casamiento y de las promesas, y diré cómo en aquella sazón fué el Garay a posar en la casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés estaba haciendo sus casas y palacios, y eran tamaños y tan grandes y de tantos patios como suelen decir el laberinto de Creta, y porquel Alonso de Villanueva, según paresció, había estado en Jamaica cuando Cortés le envió a comprar caballos, que esto no lo afirmo si era entonces o después, era muy grande amigo del Garay, y por el conocimiento pasado suplicó a Cortés el mismo Garay para pasarse a las casas del Villanueva; y se le hacía toda la honra que podía, y todos los vecinos de México le acompañaban. Quiero decir cómo en aquella sazón estaba en México Pánfilo de Narváez, que es el que hobimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y le vino a ver y hablar el Francisco de Garay, y abrazáronse el uno al otro y se pusieron a platicar cada uno de sus trabajos y desdichas, y como el Narváez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática, medio riendo, le dijo el Narváez: "Señor adelantado don Francisco de Garay: hánme dicho ciertos soldados de los que se le han venido huyendo y amotinados que solía decir vuestra merced a los caballeros que traía en su armada: "Mirad que hagamos como varones y peleemos muy bien con estos "soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron a Narváez"; pues, señor don Francisco de Garay, a mi peleando me quebraron este ojo y me robaron y quemaron cuanto tenía, y hasta que me mataron el alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes nunca me habían vencido tan descuidado como a vuestra merced le han dicho; hágole saber que otro más venturoso hombre en el mundo no habido que Cortés, y tiene tales capitanes y soldados que se podían nombrar tan en ventura cada uno, en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer, como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas, más que Aníbal." Y el Garay respondía que no había nescesidad que se lo dijesen, que por las obras se veía lo que decía; que ¿qué hombre hobo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese a dar con los navíos al través y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades a les dar guerra? Y respondía Narváez recitando otros grandes hechos y loas de Cortés, y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas desta Nueva España como a manera de coloquio. Y de-

jemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré como Garay suplicó a Cortés por el Narváez para que le diese licencia para volver a la isla de Cuba a su mujer, que se decía María de Valenzuela, questaba rica de las minas y de los buenos indios que tenía el Narváez, y demás de se lo suplicar el Garay a Cortés con muchos ruegos, la misma mujer del Narváez se lo había enviado a suplicar a Cortés por escrito que le dejase ir a su marido, porque, según paresce, se conocían de cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres, y Cortés le dió licencia y le ayudó con dos mill pesos de oro. Y desque Narváez tuvo la licencia se humilló mucho a Cortés con prometimientos que primero le hizo que en todo le sería servidor; y luego se fué a Cuba. Dejemos de más platicar desto, y digamos en qué paró Garay e su armada, y es que yendo una noche de Navidad del año de mill e quinientos y veinte y tres juntamente con Cortés a maitines, después de vueltos de la iglesia almorzaron con mucho regocijo, y desde ahí a una hora, con el aire que le dió al Garay y él questaba de antes mal dispuesto, le dió dolor de costado con grandes calenturas; mandáronle los médicos sangrar y purgáronle, y de que vían que arreciaba el mal le dijeron que se confesase y hiciese testamento, lo cual luego hizo; dejó por albacea a Cortés, y después de haber rescibido los santos Sacramentos, dende a cuatro días que le dió el mal dió el alma a Nuestro Señor Jesucristo que la crió, y esto tiene la calidad de la tierra de México, que en tres o cuatro días mueren de aquel mal de dolor de costado, questo ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien expirimentado de cuando estábamos en Tezcuco y en Cuyuacán, que se murieron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay, ¡perdónele Dios, amén!, le hicieron muchos honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusieron luto, y como algunos maliciosos estaban mal con Cortés, no faltó quien dijo que le había mandado dar rejalgar en el almuerzo, y fué gran maldad de los que tal le levantaron, porque ciertamente de su muerte natural murió, porque ansí lo juró el dotor Ojeda y el licenciado Pedro López, médicos, que lo curaron; y murió el Garay fuera de su tierra en casa ajena y lejos de su mujer e hijos. Dejemos de contar desto y volvamos a decir de la provincia de Pánuco. Que como el Garay se vino a México, sus capitanes y soldados, como no tenían cabecera ni quién les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, quel Garay traía en su compañía, se querían hacer capitanes, los cuales se decían: Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina "el Tuerto", Juan de Avila, Antonio de la Cerda, y un Taborda: este Taborda fué el más bullicioso de todos los del real de Garay, y sobre todos ellos quedó por capitán un hijo del Garay que quería casar Cortés con su hija, y no le acataban ni tenían cuenta dél todos los que he nombrado, ni ninguno de los de su compañía, antes se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban. Y desque aquello vieron los indios de aquella provincia se concertaron todos a una de los matar, y en pocos días sacrificaron y comieron más de quinientos españoles, y todos eran

de los de Garay; y en un pueblo hobo que sacrificaran sobre cient españoles juntos, y por todos los más pueblos no hacían sino a los que andaban desmandados matallos y comer y sacrificar, y como no habría resistencia ni obedescian a los vecinos de la Villa de Santisteban que dejó Cortés poblada, ya que salían a les dar guerra era tanta la multitud de guerreros, que no se podían valer con ellos, y a tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos indios sobre la villa y la combatieron de noche y de día, de arte questuvo en gran riesgo de se perder, y si no fuera por siete o ocho conquistadores viejos de los de Cortés, y por el capitán Vallejo, que ponían velas y andaban rondando y esforzando a los demás, ciertamente les entraran en su villa, y aquellos conquistadores dijeron a los demás soldados de Garay que siempre procurasen destar juntamente con ellos en el campo, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que no se volviesen a la villa, y así se hizo y pelearon con ellos tres veces; y puesto que mataron al capitán Vallejo y hirieron otros muchos, todavía los desbarataron y mataron muchos indios dellos; y estaban tan furiosos todos los indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abrasaron una noche cuarenta españoles y mataron quince caballos, y muchos dellos eran de los de Cortés y todos los demás fueron de Garay. Y como Cortés alcanzó a saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le había quebrado, no pudo venir, y de presto mandó a Gonzalo de Sandoval que viniese con cient soldados y cincuenta de a caballo y dos tiros y quince arcabuceros y escopeteros, y le dió ocho mil tascaltecas y mexicanos, y le mandó que no se viniese sin que les dejase muy bien castigados de manera que no se tornasen alzar. Pues como el Sandoval era muy ardid, y cuando le mandaban cosa de importancia no dormía de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da orden cómo habían de entrar y salir los de a caballo en los contrarios, porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las capitanías de los guerreros de aquellas provincias, y acordó de enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compañía a la otra parte, y mandó a los ballesteros y escopeteros no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y dar en ellos hasta ver si los podía hacer poner en huída; y los contrarios tiraban mucha vara y flecha y piedra, e hirieron a ocho soldados y a muchos de nuestros amigos. Y viendo Sandoval que no les podía entrar estúvose allí en aquel mal paso hasta la noche, y envió a mandar a los demás questaban al otro paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desmampararon su puesto, e otro día por la mañana, viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí como había dicho, mandó enviar a llamar a las demás capitanías que había enviado al otro mal paso, e hizo que levantaba su real y que se volvía camino de México como amedrentado, y como los naturales de aquellas provincias questaban juntos les paresció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino e iban siguiéndoles dándole grita y diciéndole vituperios, y todavía el Sandoval, aunque más indios salían tras él, no volvía sobrellos, y esto fué por descuidalles para que, como habían ya estado aguardando tres días, volver aquella noche y

pasar de presto con todo su ejército los malos pasos, e ansí lo hizo, que a media noche volvió y tomóles algo descuidados, y pasó con los de a caballo, y no fué tan sin peligro que no le mataron tres caballos e hirieron muchos soldados. Y desque se vió en buena tierra y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte y los demás de su compañía por otra dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habían juntado desque supieron que volvió, y eran tantos que Sandoval tuvo recelo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó a sus soldados que se tornasen a juntar con él para que peleasen juntos, porque vió y entendió de aquellos contrarios, que como tigres rabiosos se venían a meter en las puntas de las espadas, y habían tomado seis lanzas a los de a caballo, como no eran hombres acostumbrados a la guerra, de lo que Sandoval estaba tan enojado, que decía que valiera más que trujera pocos soldados de los quel conoscía y no los que trujo, y allí les mandó de la manera que habían de pelear los de a caballo, que eran nuevamente venidos, y es que las lanzas algo terciadas, y no parasen a dar lanzadas. sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huída, y les dijo que vista cosa es que si se parasen a lancear, que la primera cosa que el indio hace desque está herido es echar mano de la lanza y desque les vean volver las espaldas, que entonces a media rienda los han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se la sacar de presto de sus manos poner piernas al caballo y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla de poder del contrario, y si no la quisiere soltar, le traer arrastando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando orden cómo habían de batallar y vió a todos sus soldados y de a caballo juntos, se fué a dormir aquella noche a orilla de un río, y allí puso buenas velas y escuchas y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, y ansimismo ballesteros y escopeteros y soldados muy apercibidos, y mandó a los amigos tascaltecas y mexicanos questuviesen sus capitanías algo apartadas de los nuestros, porque ya tenían experiencia en lo de México, porque si de noche viniesen los contrarios a dar en los reales, que no hobiese estorbo ninguno en los amigos, y esto fué porque Sandoval temió que vernían, porque vió muchas capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus reales, y tuvo por cierto que aquella noche los habían de venir a combatir, e oía muchos gritos y cornetas e atambores muy cerca de allí; según entendían habíanle dicho nuestros amigos a Sandoval que decían los contrarios que para aquel día desque amanesciese que habían de matar a Sandoval y a toda su compañía, y los corredores del campo vinieron dos veces a dar aviso que sentían que se apellidaban de muchas partes y se juntaban. Y desque fué día claro Sandoval mandó salir a todas sus capitanías con gran ordenanza, a los de caballo les tornó a traer a la memoria como otras veces les había dicho. Ibanse por el campo adelante hacia unas caserías adonde oían los atambores y cornetas, y no hobo bien andado medio cuarto de legua cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros y le comenzaron a çercar; y desque aquello vió, manda arreme-

ter la mitad de los de a caballo por una parte y la mitad por otra, y presto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla y tres caballos, todavía les rompió de tal manera que fué desde allí adelante matando e hiriendo en ellos, que no se juntaban como de antes. Pues nuestros amigos los mexicanos y tascaltecas hacían tanto daño en todos aquellos pueblos y prendieron mucha gente y abrasaron a todos los pueblos que por delante hallaban, hasta quél Sandoval tuvo lugar de llegar a la villa de Santisteban del Puerto, y halló a los vecinos tales e debilitados, unos muy heridos, otros dolientes, y lo peor que no tenían maíz que comer ellos y veinte y ocho caballos, y esto a causa de que de noche y de día les daban guerra, y no tenían lugar de traer maíz ni otra cosa ninguna, e hasta aquel mismo día que llegó Sandoval no habían dejado de los combatir, porque entonces se apartaron del combate. Y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa a ver y hablar al capitán Sandoval y darle gracias y loores por les haber venido en tal tiempo a socorrer, le contaron lo del Garay, y si no fuera por siete o ocho conquistadores viejos de los de Cortés, que les ayudaron mucho, que corrieron mucho riesgo de sus vidas, porque aquellos ocho salían cada día al campo y hacían salir los demás soldados, e sostenían que los contrarios no les entrasen en la villa, y también porque como lo capitaneaban y por su acuerdo se hacía todo, e habían mandado que los dolientes y heridos sestuviesen dentro en la villa y que todos los demás aguardasen en el campo, e que de aquella manera se sostenían con los contrarios. Y Sandoval los abrazó a todos y mandó a los mismos conquistadores, que bien los conoscía, y aun eran sus amigos, especial Fulano Navarrete, y Carrascosa, e un Fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entrellos de los de a caballo y ballesteros y escopeteros que Sandoval traía, e que por dos partes fuesen e enviasen maíz y bastimento y a hacer guerra, y prendiesen todas las más gentes que pudiesen, en especial caciques; y esto mandó el Sandoval porquél no podía ir, questaba mal herido en un muslo y en la cara tenía una pedrada, y ansimismo los de su compañía traía otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres días que no salió a dar guerra, porque como había enviado los capitanes ya nombrados y conosció dellos que lo harían bien y vió que de presto enviaron maíz y bastimento, con esto sestuvo los tres días, y también le enviaron muchas indias y gente menuda que habían preso, y cinco principales de los que habían sido capitanes en las guerras, y Sandoval les mandó soltar a todas las gentes menudas, eceto a los principales, y les envió a decir que desde allí adelante que no prendiesen sino a los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente les enviasen a llamar, e ansí lo hicieron. Y ciertos soldados de los que habían venido con Garay, que eran personas principales quel Sandoval halló en aquella Villa, los cuales eran por quien se había revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado a todos los más en el capítulo pasado, vieron que no les encomendaban cosa ninguna para ir por capitanes con soldados como mandó a los siete por mí ya dichos. De los de Cortés comenzaron a murmurar entrellos y aun convocaban a otros soldados a

decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponían en pláticas de se levantar con la tierra so color questaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay como adelantado della. Y como lo alcanzó a saber el Sandoval, les habló muy bien, y les dijo: "Señores, en lugar de me lo tener a bien cómo gracias a Dios os hemos venido a socorrer, me han dicho que decís cosas que para caballeros como sois no son de decir; yo nos quito vuestro ser y honra en enviar a los que aquí hallé por caudillos y capitanes, y si hallara a vuestras mercedes que érades caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querría saber una cosa ¿por qué no lo fuistes cuando estabades cercados? Lo que me dijiste todos a una es que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuvierades más trabajo; y como sabían la tierra mejor que vuestas mercedes, por esta causa los envié; ansí que, señores, en todas nuestras conquistas de México no miramos en estas cosas e puntos, sino en servir bien y lealmente a Su Majestad, y ansí os pido por merced que desde aquí adelante lo hagáis; e yo no estaré en esta provincia muchos días si no me matan en ella, que me iré a México; el que quedare por teniente de Cortés os dará muchos cargos, e a mí me pernodad"; e con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenelle mala voluntad. Y esto pasado, luego otro día sale el Sandoval con los que trujo en su compañía de México y con los siete que había enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte caciques, que todos habían sido en la muerte de más de seiscientos españoles que mataron de los de Garay e de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y todos los más pueblos envió a llamar de paz, y muchos dellos vinieron, e con otros disimulaba, aunque no venían. Y esto hecho escribió muy en posta a Cortés dándole cuenta de todos lo acaescido e que quél manda que hiciese de los presos; e que porque Pedro Vallejo, que dejó Cortés por su teniente, era muerto de un flechazo, a quién mandaba que quedase en su lugar, y también lescribió que lo habían hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados. Y como Cortés vió la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz, y en la sazón que se la dieron la carta a Cortés estábanle acompañándole muchos caballeros conquistadores e otros que habían venido de Castilla, e dijo Cortés delante dellos: "¡Oh, Gonzalo de Sandoval, qué en gran cargo os soy e cómo me quitáis de muchos trabajos!"; y allí todos le loaron mucho diciendo que era un muy estremado capitán e que se podía nombrar entre los muy afamados. Dejemos destas loas. Y luego Cortés lescribió que para que más justificadamente castigase por justicia a los que fueron en la muerte de tanto español y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al alcalde mayor Diego de Ocampo para que se hiciese información contra ellos, e lo que se sentenciase por justicia se ejecutase, y le mandó que en todo lo que pudiese les aplaciese a todos los naturales de aquella provincia, e que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos. Y como el Sandoval vió la carta y que venía el Diego de Ocampo, se holgó dello, y dende dos días que llegó el alcalde mayor Ocampo, y después que le dió el Sandoval relación de lo que había hecho y pasado, hicieron proceso contra los capitanes e caciques que fueron en

la muerte de los españoles, y por sus confisiones, por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron a ciertos dellos, y a otros perdonaron, y los cacicazgos dieron a sus hijos y hermanos a quien de derecho les convenían. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traía instrucciones y mandamientos de Cortés para que inquiriese quién fueron los que entraban a robar la tierra e andaban en bandos y rencillas y convocando a otros soldados que se alzasen, y mandó que los hiciesen embarcar en un navío y los enviasen a la isla de Cuba, y aun envió dos mill pesos para Juan de Grijalva si se quería volver a Cuba, e si se quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir a México; e en fin de más razones, todos de buena voluntad se quisieron volver a la isla de Cuba, donde tenían indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz y gallines y de todas las cosas que había en la tierra, y se volvieron a sus casas e isla de Cuba. Y luego esto hecho nombraron por capitán a un Fulano de Vallecido y dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para México y fueron bien rescibidos de Cortés y de toda la ciudad, y desde en adelante no se tornó más a levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar más en ello, e digamos lo que le acontesció al licenciado Zuazo en el viaje que venía de Cuba a la Nueva España.

CAPITULO CLXIII

Cómo el licenciado Alonso de Zuazo venía en una carabela a la Nueva España y dió en unas isletas que llaman Las Víboras, y lo que más le acontesció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado que habla de cuando el licenciado Zuazo fué a ver a Francisco de Garay al puerto de Jagua, ques la isla de Cuba, cabe la Villa de la Tribinidad, y el Garay le importunó que fuese con él en su armada, para ser medianero entrél y Cortés, porque bien entendido tenía que había de tener diferencias sobre la gobernación de Pánuco, y el Alonso de Zuazo le prometió que ansí lo haría en dando cuenta de la residencia del cargo que tuvo de justicia en aquella isla de Cuba donde al presente vivía, y en hallándose desembarcado luego procuró de dar residencia y hacerse a la vela e ir a la Nueva España adonde había prometido, y se embarcó en un navío chico, e yendo por su viaje y salidos de punta que llaman de Sant Antón, y también se dice la tierra de los Guanatabeis, que son unos indios salvajes que no sirven a españoles, y navegando en su navío, que era de poco porte, o porque el piloto erró la derrota y descayó con las corrientes, fué a dar en unas isletas que son entre unos bajos que llaman Las Víboras, y no muy lejos destos bajos están otros que llaman Los Alacranes, y entre estas islas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dió la vida al Zuazo fué ser su navío de poco porte. Pues volviendo a nuestra relación, y porque pudiesen volver en el navío y llegar a una isleta que vieron questaba cerca, que no bañaba la mar, y echaron

muchos tocinos al agua y otras cosas que traían para matalotaje, para aliviar el navío para poder ir sin tocar en tierra hasta la isleta, y cargan tantos de tiburones a los tocinos, que a unos marineros que se echaron al agua a más de la cinta, los tiburones encarnizados en los tocinos apañaron a un marinero dellos y le despedazaron y tragaron, y si de presto no se volvieran los demás marineros a la carabela, todos perecieran, según andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron; pues lo mejor que pudieron allegan con su carabela a la isleta, e como ya habían echado a la mar el bastimento y cazabi y no tenían qué comer y tampoco tenían agua que beber, ni lumbre, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dejaron de arrojar a la mar, fué ventura que traían en la carabela dos indios de Cuba que saben sacar lumbre con unos palillos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, con ellos sacaron lumbre, y cabaron en un arenal y sacaron agua salobre; y como la isleta era chica y de arenales, venían a ella a desovar muchas tortugas, que son tan anchas y redondas y más que grandes adargas, e ansí como salían las trastornaban los indios de Cuba las conchas arriba, e suele poner cada una dellas sobre docientos huevos tamaños como de patos, e con aquellas tortugas y muchos huevos tuvieron bien con que se sustentar trece personas quescaparon en aquella isleta, y también mataron lobos marinos que salían de noche al arenal, que fueron hartos buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la carabela acertaron a venir dos carpinteros de ribera y tenían sus herramientas, acordaron de hacer una barca para ir con ella a la vela, y con la tablazón e clavos e estopas e jarcias e velas que sacaron del navío que se perdió hacen una buena barca, como batel, en que fueron tres marineros e un soldado con más un indio de Cuba a la Nueva España, y para matalotaje llevaron de las tortugas y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, e con la carta y aguja del marear, después de se encomendar a Dios, fueron su viaje, e unas veces con buen tiempo e otras veces con contrario llegaron al puerto de Chalcocueca, ques el río de Banderas, adonde en aquella sazón se descargaban las mercaderías que venían de Castilla, y desde allí a Medellín, adonde estaba por teniente de Cortés un Simón de Cuenca; y como los marineros que venían en la barca le dijeron al teniente el gran peligro en questaba el licenciado Zuazo, luego sin más dilación el Simón de Cuenca buscó marineros e un navío de poco porte y con mucho refresco le despachó a la isleta adonde estaba el Zuazo, y el Simón de Cuenca escribió al mesmo licenciado cómo Cortés se holgará mucho con su venida, e ansimuismo lo hizo saber a Cortés todo lo acaescido y cómo le envió el navío bastecido, de lo cual se alegró Cortés del buen aviamiento quel teniente hizo, y mandó que aportando allí al puerto que le diesen todo lo que hobiese menester, vestidos y cobalgaduras, e que le enviasen a México. Y volvamos a decir quel navío fué con buen viaje a la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente, y se embarcó en él, y de presto con buen tiempo vino a Medellín, e se le hizo mucha honra, y se fué a México; y Cortés le mandó salir a rescebir y le llevó a sus palacios y se regocijó con él, y le hizo su alcalde mayor; y en esto paró el viaje del licenciado Alonso de Zuazo.

Y dejemos de hablar dello, y digo questa relación que doy es por una carta que nos escribió Cortés a la villa de Guazacualco al cabildo della, donde declaraba lo por mí aquí dicho, e porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros a dar aviso del Zuazo, e allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y de los mismos marineros nos lo contaban según y de la manera que aquí lo escrito. Dejemos esto, y diré como Cortés envió a Pedro de Alvarado a pacificar a las provincias de Guatimala.

CAPITULO CLXIV

Cómo Cortés envió a Pedro de Alvarado a la provincia de Guatimala para que poblase una villa y los atrajese de paz, y lo que sobrello se hizo.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y en la ambición de mandar y señorear quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, y después que se hobo poblado la gran ciudad de México, y Guaxaca, e a Zacatula, e a Colimar, e a la Veracruz, e a Pánuco, e a Guazacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatimala había recios pueblos e de mucha gente, e que había minas, acordó de enviar a la conquistar y poblar a Pedro de Alvarado, e aún el mismo Cortés había enviado a rogar aquella provincia que viniesen de paz, no quisieron venir. Y dióle al Alvarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y más le dió ciento e treinta e cinco de a caballo y cuatro tiros, y mucha pólvora, y un artillero que se decía Fulano de Usagre, y sobre ducientos tascaltecas y cholultecas, y ciento mexicanos que iban sobresalientes; y después de dadas las instrucciones en que le demandaba que con toda vigilancia procurase de los atraer de paz sin dalles guerra, e que con ciertas lenguas e clérigos que llevaba les predicase las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que no les consintiese sacrificios, ni sodomías, ni robarse unos a otros, e que las cárceles e redes que hallase hechas adonde suelen tener presos indios a engordar para comer que las quebrase, y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraiga a que den la obidiencia a Su Majestad, y en todo se les haga buenos tratamientos; pues ya despedido el Pedro de Alvarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en México había, se despidieron los unos de los otros, y partió de aquella ciudad en trece días del mes de Noviembre de mill e quinientos y veinte y tres años; y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados, en la provincia de Teguantepeque, los cuales peñoles trujo de paz: llámase el peñol de Guelamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se decía Guelamo, y desde allí fué a Teguantepeque, pueblo grande y son zapotecas, y le rescebieron muy bien, porque estaban de paz e ya habían ido de aquel pueblo,

como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, a México y dado la obidiencia a Su Majestad e a ver a Cortés, y aun le llevaron un buen presente de oro; y desde Teguantepeque fué a la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de más de quince mill vecinos, y también le rescibieron de paz y le dieron un presente de oro y se dieron por vasallos de Su Majestad; y desde Soconusco llegó cerca de otras poblazones que se dicen Zapotitán, y en el camino, en una puente de un río que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que lestaban esperando para no dejalle pasar, y tuvo una batalla con ellos en que le mataron un caballo e hirieron un soldado en la cara y otros muchos soldados el cuerpo y dos dellos murieron de las heridas; y eran tantos indios los que se había juntado contra Alvarado, no solamente los de Zapotitán, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herían no los podian apartar, y por tres veces tuvieron reencuentros; y quiso Nuestro Señor que los venció e le vinieron de paz, y desde Zapotitán va camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar a él tuvo otros recuentros con los naturales de aquel pueblo y con otros sus vecinos, que se dice Utlatán, que era cabecera de ciertos pueblos questán en su retorno a la redonda del Quetzaltenango, y hirieron ciertos soldados y mataron tres caballos, puesto quel Pedro de Alvarado y su gente mataron e hirieron mucho indios; y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, y con los ballesteros y escopeteros y todos sus soldados puestos en gran concierto lo encomenzó a subir, y en la cumbre del puerto hallaron una india gorda que era hechicera e un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados [1]; y más adelante halló tanta multitud de guerreros que lestaban esperando que le encomenzaron a cercar, y como eran los pasos malos e en sierra, los de caballo no podían correr ni revolver, ni aprovecharse dellos, mas los ballesteros y escopeteros y soldados despada y rodela tuvieron reciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando la cuesta y puerto abajo hasta llegar a unas barrancas, donde tuvo otra muy recia escaramuza con otros escuadrones de guerreros que allí en aquellas barrancas lesperaban, y era con un ardid que entrellos tenían acordado, y fué desta manera: que como fuese el Pedro de Alvarado peleando, hacían que se iban retirando, y como los fuese siguiendo hasta donde le estaban esperando sobre seis mill indios guerreros, y éstos eran de Utlatán y de otros pueblos sus subjetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Alvarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grande ánimo, y los indios le hirieron veinte e seis soldados y dos caballos, mas todavía les puso en huida, y no fueron muy lejos que luego se tornaron a rehacer con otros escuadrones y tornaron a pelear creyendo desbaratar al Pedro de Alvarado, y fué cabe una fuente donde les aguardaron de arte que se venían ya pie con pie, y muchos indíos hobo dellos que aguardaron dos o tres juntos a un caballo, y se les ponían a fuerza para derrocalles, e otros los tomaban de las colas; y aquí se vió el Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podían sustentar a tantas partes de los escuadrones que les daban guerra a

(1) Testado ques señal de guerra o desafío.

él y a todos los suyos desque vieron o que habían de vencer o morir sobrellos, e temían no los desbaratasen porque se vió en gran aprieto desta suerte con ellos, dan una mano con las escopetas y ballestas y a buenas cochilladas, que les hicieron que se apartaran algo; pues los de acaballo no estaban despacio sino alancear y tropellar e pasar adelante hasta que los hobieron desbaratado, que no se juntaron en aquellos tres días; e como vió que ya no tenía contrarios con quien pelear se estuvo en el campo sin ir a poblado dos días ranchando y buscando de comer; y luego se fué con todo su ejército al pueblo de Quetzaltenango, y allí supo que en las batallas pasadas les habían muerto dos capitanes, señores de Utlatán; y estando reposando y curando los heridos tuvo aviso que venía otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habían juntado muchos (1), e que venían con determinación de morir todos o vencer; y como el Pedro de Alvarado lo supo se salió con su ejército en un llano; y como venían tan determinados los contrarios, comenzaron a cercar al ejército y tirar vara y flecha y piedra y con lanzas, y como era llano y podían correr muy bien a todas partes los caballos, da en los escuadrones contrarios, de manera que de presto los hizo volver las espaldas; aquí le hirieron muchos soldados, e también un caballo, y según paresció murieron ciertos indios principales, ansí de aquel pueblo como de toda aquella tierra, por manera que de aquella vitoria ya temían aquellos pueblos mucho a Alvarado, y concertaron toda aquella comarca de le enviar a demandar paces, e le enviaron un presente de oro de poca valía por que aceptase las paces e fue con acuerdo de todos los caciques de los pueblos de aquella provincia, porque otra vez se tornaron a juntar muchos más guerreros que de antes, y les mandaron a sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utlatán, y que si enviaban a demandar paz era porque como el Pedro de Alvarado e su ejército estaba en Quetzaltenango haciendo entradas y corredurías, y siempre traían presa de indios e indias, y por llevalle a otro pueblo muy fuerte y cercado de barrancas que se dice Utlatán, para que desque le tuviesen dentro y en parte que ellos creían aprovecharse de sus soldados, dar en ellos con sus guerreros, que ya estaban aparejados y escondidos para ello. Volvamos a decir que como fueron con el presente delante de Pedro de Alvarado muchos principales, y después de hecha su cortesía a su usanza, le demandan perdón por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de Su Majestad, y le ruegan que, porque su pueblo es grande y está en parte más apacible donde le pueden servir e junto a otras poblazones, que se vaya con ellos a él; y el Pedro de Alvarado los rescibió con mucho amor y no entendió las cautelas que traían; y después de les haber respondido lo mal que habían hecho en salir de guerra, acetó sus paces, e otro día por la mañana se fué con su ejército con ellos a Utlatán, que ansí se dice el pueblo, e desque hobo entrado dentro e vieron una cosa tan fuerte, porque tenía dos puertas y la una dellas tenía veinte e cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala y deshecha por

(1) Tachado en el original: "más de dos xiquipiles, que son diez y seis mill indios, y cada xiquipil son ocho mill guerreros".

dos partes y las casas muy juntas y las calles angostas, y en todo el pueblo no había mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, y de comer no les proveían sino mal y tarde, y los caciques muy demudados en los parlamentos, y avisaron al Pedro de Alvarado unos indios de Quetzaltenango que aquella noche los querían quemar a todos en aquel pueblo si allí se quedaba, e que tenían puestas en las barrancas muchos escuadrones de guerreros para en viendo arder las casas juntarse con los de Utlatán y dar en ellos los unos por una parte y los otros por otra, y con el fuego e humo no se podrían valer, y que entonces los quemarían vivos; y desquel Pedro de Alvarado entendió el gran peligro en questaban, de presto mandó a sus capitanes e a todo su real sin más tardar se saliesen al campo, y les dijo el peligro que tenían, y como lo entendieron, no tardaron de se ir a lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron más lugar de se salir a tierra llana de enmedio de tan recios pasos, e a todo esto el Pedro de Alvarado mostraba buena voluntad a los caciques y principales de aquel pueblo y de otros comarcanos, y les dijo que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciendo en el campo un rato del día, que por esta causa se salió del pueblo, porquestaban muy juntas las casas y calles, y los caciques estaban muy tristes porque ansí lo vieron salir; e ya el Pedro de Alvarado no pudo más disimular la traición que tenían urdida, y sobre los escuadrones que tenian juntos mandó prender al cacique de aquel pueblo y por justicia lo mandó quemar y dió el señorío a su hijo; y luego se salió a tierra llana fuera de las barrancas y tuvo guerra con los escuadrones que tenían aparejados para el efeto que he dicho, y después que hobieron provocado sus fuerzas y mala voluntad fueron desbaratados. Y dejemos de hablar de aquesto, y digamos cómo en aquella sazón, en un gran pueblo que se dice Guatimala, se supo las batallas que Pedro de Alvarado habia habido después que entró en la provincia, y en todas había sido vencedor, e que al presente estaban en tierra de Utlatán, y que desde allí hacía entradas y daba guerra a muchos pueblos; los de Utlatán y sus subjetos eran enemigos de los de Guatimala, acordaron de les enviar mensajeros con presente de oro a Pedro de Alvarado y a darse por vasallos de Su Majestad, y enviaron a decir que si había menester algún servicio de sus personas para aquella guerra, que ellos vernían; y el Pedro de Alvarado los rescibió de buena voluntad y les envió a dar muchas gracias por ello, y para ver si era como se lo decian, y como no sabia la tierra, para que le encaminasen, les envió a demandar dos mill guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos questaban cortados por que no pudiesen pasar, para que si fuesen menester los adobasen y llevar el fardaje, y los de Guatimala se los enviaron con sus capitanes; y Pedro de Alvarado sestuvo en la provincia de Utlatán siete o ocho días haciendo entradas, y eran de los pueblos rebeldes que habían dado la obidiencia a Su Majestad y después de dada se tornaban alzar, y herraron muchos esclavos e indias y pagaron el real quinto, los demás repartieron entre los soldados, y luego se fué a la ciudad de Guatimala, y fué rescibido y hospedado. Y los caciques de aquella ciudad le dijeron que muy cerca de allí había unos pueblos junto a una laguna, e que tenían un peñol muy fuerte, e que eran sus ene-

migos y les daban guerra, y que bien sabían los de aquel pueblo que no estaban lejos, como estaba allí el Pedro de Alvarado, y no venían a dar la obidiencia, como los demás pueblos, y que eran muy malos e de peores condiciones, el cual pueblo se dice Atitán. Y el Pedro de Alvarado les envió a rogar que viniesen de paz y que serían dél muy bien tratados, y otras blandas palabras; y la respuesta que enviaron fué que maltrataron los mensajeros; y viendo que no aprovechaba tornó a enviar otros embajadores para les traer de paz, porque tres veces les envió a demandar paces y todas tres les maltrataron de palabra, fué Pedro de Alvarado en persona a ellos y llevó sobre ciento y cuarenta soldados, y entrellos veinte escopeteros y ballesteros y cuarenta de a caballo y con dos mill guatimaltecas; y cuando llegó junto a el pueblo les tornó a requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas que comenzaron a flechar; y desque aquello vió y que no muy lejos de allí estaba dentro en el agua un peñol muy poblado con gente de guerra, fué allá a orilla de la laguna, y sálenle al encuentro dos buenos escuadrones de indios guerreros con grandes lanzas y buenos arcos y flechas y con otras muchas armas y coseletes y tañendo sus atabales, y con penachos y devisas, peleó con ellos buen rato, y hobo muchos heridos de los soldados, mas no tardaron mucho en el campo los contrarios, que luego fueron huyendo acogerse al peñol y el Pedro de Alvarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el peñol, y hobo muchos muertos y heridos, y más hobiera si no se echaran todos al agua y se pasaran a una isleta; y entonces se saquearon las casas questaban pobladas junto a la laguna y se salieron a un llano adonde había muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro día de gran mañana fueron al pueblo de Atitán, que ya he dicho que ansí se dice, y estaba despoblado; y entonces mandó que corriese la tierra e las huertas de cacahuatales, que tenían muchos, y trajeron presos dos principales de aquel pueblo, y Pedro de Alvarado les envió luego aquellos principales con los questaban presos del día antes a rogar a los demás caciques que vengan de paz y que les dará todos los prisioneros y serán dél muy bien mirados y honrados, e que si no vienen, que les dará guerra como a los de Quetzaltenango e Utlatán y les cortará sus árboles de cacahuatales y hará todo el daño que pudiere. En fin de más razones, con estas palabras y amenazas luego vinieron de paz y trujeron un presente de oro y se dieron por vasallos de Su Majestad, y luego el Pedro de Alvarado y su ejército se volvió a Guatimala; y estando algunos días sin hacer cosa que de contar sea, vinieron de paz todos los pueblos de la comarca y otros de la costa del Sur que se llaman los pipeles, y muchos de aquellos pueblos que vinieron a darse de paz se quejaron que en el camino por donde venían estaba una poblazón que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, que no los dejaban pasar por su tierra y les iban a saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas dellos, e no fueron verdaderas, porque personas dinas de fe de decir dijeron que se le levantaron y que fué a ellos por les robar muy hermosas indias, e que no los llamó de paz. Y el Pedro de Alvarado acordó de ir a ellos con todos los más soldados que tenía, y de a caballo y escopeteros y ballesteros y muchos amigos de Guatimala, y sin

ser sentidos da una mañana en ellos, en que se hizo mucho daño y presa, y valiera más que ansí no lo hiciera sino conforme a justicia, que fué muy mal hecho e no conforme a lo que mandó Su Majestad. Ya que hemos hecho relación de la conquista y pacificación de Guatimala y sus provincias, y más cumplidamente lo dice en una historia que dello tiene hecho un vecino de Guatimala deudo de los Alvarados, que se dice Gonzalo de Alvarado, lo que verán más por extenso, y si yo en algo aquí faltare, y esto digo porque no me hallé en estas conquistas hasta que pasamos por aquestas provincias estando todo de guerra en el año de XXIV, y fué cuando veníamos de las Higueras e Honduras con el capitán Luis Marín, e nos encontramos en el mismo tiempo que nos volvíamos para México, y más digo que tuvimos en aquella sazón con los naturales de Guatimala algunos reencuentros de guerra, y tenían hechos muchos hoyos y cortados en pasos malos pedazos de sierra para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas, y aun entre un pueblo que se dice Juanagazapa y Petapa, en unas quebradas hondas, estuvimos allí detenidos guerreando con los naturales de aquella tierra dos días, que no podíamos pasar un mal paso, y entonces me hirieron de un flechazo, mas fué poca cosa, y pasamos con harto trabajo, porquestaban en el paso muchos guerreros guatimaltecas y de otros pueblos. Y porque hay mucho que decir en esto y por fuerza tengo de traer a la memoria algunas cosas de que venga en su tiempo e lugar, y esto fué en el tiempo que hobo fama que Cortés era muerto y todos los que con él fuimos a las Higueras, lo dejaré agora, y digamos de la armada que Cortés envió a Higueras y Honduras; también digo que en esta provincia de Guatimala no eran guerreros los indios, porque no esperaban sino en las barrancas e con sus flechas no hacían nada.

CAPITULO CLXV

Cómo Cortés envió una armada para que pacificase y conquistase las provincias de Higueras y Honduras, y envió por capitán a Cristóbal de Olí. Y lo que pasó diré adelante.

Como Cortés tuvo nueva que había ricas tierras y buenas minas en lo de Higueras e Honduras, y aun le hicieron en creyente unos pilotos que habían estado en aquel paraje o bien cerca dél, que habían hallado unos indios pescando en la mar y que les tomaron las redes, e que las plomadas que en ellas traían para pescar que eran de oro revuelto con cobre, y le dijeron que creían que había por aquél paraje estrecho, y que pasaban por él de la banda del Norte a la del Sur, y también, según entendimos, Su Majestad le encargó y mandó a Cortés por cartas que en todo lo que descubriese mirase y adquiriese con gran diligencia y solicitud de buscar el estrecho o puerto o pasaje para la Especería; agora sea por lo del oro o por buscar el estrecho, Cortés acordó de enviar por capitán para aquella jornada a un Cristóbal de Olí, que fué maestre de campo en lo de México, lo uno porque

le había hecho de su mano y era casado con una portuguesa que se decía doña Felipa de Araúz, ya la he nombrado otras veces, y tenía el Cristóbal de Olí buenos indios de repartimiento cerca de México, creyendo que le sería fiel y haría lo que le encomendase; y porque para ir por tierra tan largo viaje era gran inconveniente y gran trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no eran tan gran estorbo y costa, y dióle cinco navíos e un bergantín muy bien artillados y con mucha pólvora y bien bastecido, y dióle trecientos y setenta soldados, y en ellos cient ballesteros y escopeteros y veinte y dos caballos, y entre estos soldados fueron cinco conquistadores de los nuestros que pasaron con el mismo Cortés la primera vez, habiendo servido a Su Majestad muy bien en todas las conquistas, y tenían ya sus casas y reposo; y esto digo ansí porque no aprovechaba cosa decir a Cortés: "Señor, déjame descansar, que harto estoy de servir", que les hacía ir a donde mandaba por fuerza o de grado; e llevó consigo a un Briones, natural de Salamanca, y había sido capitán de bergantines y soldado en Italia, y este Briones era muy bullicioso y enemigo de Cortés, y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés porque no les dió buenos repartimientos de indios ni las partes del oro; y en las instrucciones que Cortés le dió fué que desde el puerto de la Villa Rica fuesen su derrota a la Habana, y que allí en la Habana hallaría a un Alonso de Contreras, soldado viejo de Cortés, natural de la Villa de Orgaz, que llevó seis mill pesos de oro para que comprase caballos e cazabi y puercos y tocinos y otras cosas pertenecientes para la armada, el cual soldado envió Cortés adelante del Cristóbal de Olí por causa que si vían ir el armada los vecinos de la Habana encarescerían los caballos y todos los demás bastimentos, y mandó al Cristóbal de Olí que llegado a la Habana tomase todos los caballos questuviesen comprados y desde allí fuese su derrota para Higueras, que era buena navegación y muy cerca; y le mandó que buenamente, sin haber muertes de indios, ni guerras desque hobiese desembarcado procurase poblar una villa en algún buen puerto, e que a los naturales de aquellas provincias los atrajese de paz y buscase oro y plata, y que procurase de saber e inquirir si había estrecho o qué puertos había la banda del Sur si a ella pasase, y le dió dos clérigos que el uno dellos sabía la lengua mexicana, y le encargó que con diligencia les pedricasen las cosas de nuestra santa fe y que no consintiese sodomías ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desarraigasen; y le mandó que todas las casas de madera adonde tenían indias o indios encarcelados a engordar para comer y sacrificar, que se las quebrase y soltase los tristes encarcelados; y le mandó que en todas partes pusiese cruces; y le dió muchas imágenes de Nuestra Señora la Virgen Santa María para que pusiesen en los pueblos, y le dijo estas palabras: "Mira hermano Cristóbal de Olí, de la manera que habéis visto que lo hemos hecho en esta Nueva España, desa manera lo procurad de hacer"; y después de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Cristóbal de Olí de Cortés y de toda su casa y fué a la Villa Rica, donde estaba toda su armada muy a punto, y en ciertos días del mes e año se embarcó con todos sus soldados e con buen tiempo llegó a la Habana e halló los caballos comprados y todo lo demás de bastimentos y cinco

soldados que eran personas de calidad de los que había echado de Pánuco los mandó Diego de Ocampo, porque eran muy bandoleros y bulliciosos, y aquestos soldados ya los he nombrado alguno dellos cómo se llamaban en el capítulo pasado cuando la pacificación de Pánuco, y por esta causa los dejaré agora de nombrar; y estos soldados aconsejaron al Cristóbal de Olí, pues que había fama de la tierra rica donde iba y llevaba buena armada y bien bastecida y muchos caballos y soldados, que se alzase desde luego a Cortés y que no le conociese desde allí por superior ni le acudiese con cosa ninguna, e el Briones otras veces por mí nombrado se lo había dicho muchas veces secretamente; e yendo con él en la nao capitana y hecho este concierto, luego escribió sobrel caso al gobernador de aquella isla, que ya he dicho otras muchas veces que se decía Diego Velázquez, enemigo mortal de Cortés, e el Diego Velázquez vino a dondestaba la armada, y lo que se concertó fué que entrél y Cristóbal de Olí tuviesen aquella tierra de Higueras y Honduras por Su Majestad y en su real nombre Cristóbal de Olí, y quel Diego Velázquez le proveería de lo que hobiese menester e haría sabidor dello en Castilla a Su Majestad para que le trayan la gobernación, y desta manera se concertó la compañía de la armada. E quiero aquí decir la condición y presencia del Cristóbal de Olí, que si fuera tan sabio y prudente como era desforzado y valiente por su persona ansí a pie como a caballo, fuera extremado varón, más no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de hasta de treinta y seis años, y natural de cerca de Baeza o Linares, y su presencia e altor era de buen cuerpo, muy membrudo y grande espalda, bien entallado, e era algo rubio, y tenía muy buena presencia en el rostro, y traía en el bezo de abajo siempre como hendido a manera de grieta; en la plática hablaba algo gorda y espantosa, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones de ser franco [1], y era al principio, cuando estaban en México, gran servidor de Cortés, sino questa ambición de mandar y no ser mandado lo cegó, e con los malos consejeros, y también como fué criado en casa de Diego Velázquez cuando mozo, y fué lengua de la isla de Cuba, reconocióle el pan que en su casa comió; más obligado era a Cortés que no a Diego Velázquez. Pues ya hecho este concierto con el Diego Velázquez, vinieron en compañía con el Cristóbal de Olí muchos vecinos de la isla de Cuba, e especialmente los que he dicho que fueron en aconsejar que se alzase; y de que no tenía más en que entender en aquella isla, en los navíos metido todo su matalotaje, mandó alzar velas a toda su armada, e fué a desembarcar e con buen tiempo obra de quince leguas adelante de Puerto de Caballos, en una como bahía, e llegó a tres de mayo, e a esta causa nombró a una villa que luego trazó Triunfo de la Cruz, e hizo nombramiento de alcaldes y regidores a los que Cortés le había mandado cuando estaba en México que honrase y diese cargos, y tomó la posesión de aquellas tierras por Su Majestad y de Hernando Cortés en su real nombre, e hizo otros autos que convenían; y todo esto que hacía era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado, para si pudiese hacer dellos buenos amigos desque alcanzasen a saber la cosa, y también no sabía si la tierra acudiría tan rica y buena

(1) Testado en el original: "que no tenía cosa suya, sino que todo lo daba".

de minas como le decían, y tiró a dos hitos: el uno era, como dicho tengo, que si había buenas minas y la tierra muy poblada, alzarse con ella, y lo otro, que si no acudiese tan buena, volverse a México a su mujer y repartimientos y desculparse con Cortés con decille que la compañía que hizo con el Diego Velázquez que fué porque le diese bastimentos y soldados y no acudirle en cosa ninguna, e que bien lo podía ver, pues tomó la posesión por Cortés; y esto tenía el pensamiento, según muchos sus amigos dijeron, con quien lo había comunicado. Y dejémosle ya poblado en el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta más de ocho meses, y porque por fuerza tengo de volver otra vez a hablar en él, lo dejaré agora, y diré lo que nos acaesció en Guazacualco, e cómo Cortés me envió con el capitán Luis Marín a pacificar la provincia de Chiapa.

CAPITULO CLXVI

Cómo los que quedamos poblados en Guazacualco siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y cómo Cortés mandó al capitán Luis Marín que fuese a conquistar e a pacificar la provincia de Chiapa, e me mandó que fuese con él, y lo que en la pacificación pasó.

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guazacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teníamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guazacualco e Zitla, y lo de Tabasco e Zimatán y Chontalpa, y en las sierras arriba lo de Cachula e Zoques e Quilenes hasta Zinacantán y Chamula, y la ciudad de Chiapa, de los indios, y Papanaguastla y Pinola, y de otra parte, hacia la banda de México, la provincia de Xaltepeque, e Guaspaltepeque, e Chinanta, e Tepeca y otros muchos pueblos, y como a los principios todas las más provincias que habido en la Nueva España muchas dellas se alzaban cuando les pedían tributos y aun mataban a sus encomenderos, y los españoles que podían tomar a su salvo les acapillaban, ansí nos acontesció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todas no se rebelaron, y a esta causa siempre andábamos de pueblo en pueblo con una capitanía atrayéndolos de paz, y como los de Zimatán no querían venir a la villa ni obedescer mandamientos que les enviaban, acordó el capitán Luis Marín que, por no enviar capitanía de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos a los traer de paz; yo fuí uno dellos, y los demás se decían Rodrigo de Nao, natural de Avila, e un Francisco Martín, medio vizcaíno, y el otro se decía Francisco Jiménez, natural de Inguijuela, de Extremadura, y lo que nos mandó el capitán fué que buenamente y con amor los llamásemos de paz, e que no les dijésemos palabras donde se enojasen. E yendo que íbamos a su provincia, que son las poblazones entre grandes ciénegas y caudalosos ríos, e ya que llegábamos a dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros a decir cómo íbamos, y la respuesta que dieron fué

que salen a nosotros tres escuadrones de flecheros y alanceros, que a la primera refriega de flecha mataron a los dos de nuestros compañeros, e a mí me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la mucha sangre que me salía e en aquel tiempo no podía apretallo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero questaba por herir, que era el Francisco Martín, vizcaíno, puesto que yo y él siempre hacíamos cara e heríamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse en unas canoas questaban cabe un río grande que se decía Mazapa, y como yo quedaba solo y malherido, por que no me acabasen de matar e sin sentido e poco acuerdo, me iba a meter entre unos matorrales altos, y volviendo en mí, con fuerte corazón, dije: "¡Oh, válgame Nuestra Señora, y si es verdad que tengo de morir hoy aquí en poder destos perros!" Y tomé tal esfuerzo, que salgo otra vez de las matas y rompo por los indios, que a buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que salí de entrellos, y aunque me tornaron a herir, y me fuí a las canoas, donde estaba ya dentro de la una dellas mi compañero Francisco Martín, vizcaíno, con cuatro indios amigos nuestros, que eran los que habíamos traído con nosotros, que nos llevaban nuestro hato; questos indios, cuando estábamos peleando con los zimatecas, dejando las cargas se acogen al río en las canoas, y lo que nos dió la vida a mí e al Francisco Martín fué que los contrarios se embarazaron en robar nuestra ropa e petacas. Y dejemos de más hablar en esto y digamos que Nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos de morir allí, y en las canoas pasamos aquel río, que es muy grande e hondo e hay en él muchos lagartos, y por que no nos siguiesen los zimatecas, que ansí se llaman, estuvimos ocho días por los montes, y dende a pocos días se supo en Guazacualco esta nueva, y dijeron los indios que habíamos traído, que llevaron la mesma nueva, que todos los cuatro indios que quedaron en las canoas, como dicho tengo, que éramos muertos, y estos indios que dicho tengo que llevaron nuevas, desque nos vieron heridos se fueron huyendo y nos dejaron en la pelea, y en pocos días llegaron a la villa, y como no parescíamos ni había nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos. Y como es costumbre de indios, y en aquella sazón se usaba, ya había repartido el capitán Luis Marín en otros conquistadores nuestros indios, e echó mensajeros a Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y a cabo de veinte días aportamos a la villa, de lo cual se holgaron algunos de nuestros amigos, mas a quien habían dado los indios les pesó mal a los de Capicomalco enviarlos que no volvieron. Y viendo el capitán Luis Marín que no podíamos pacificar aquellas provincias por mí memoradas, antes mataban muchos de nuestros españoles, acordó de ir a México a demandar a Cortés más soldados e socorros e petrechos de guerra, mandó que entretanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos a los pueblos lejanos, si no fuese a los questaban cuatro o cinco leguas de allí, para solamente traer comida. Pues llegado a México dió cuenta a Cortés de todo lo acaescido, y entonces le mandó que volviese a Guazacualco, y envió con él obra de treinta soldados y entrellos a un Alonso de Grado, por mí muchas veces nombrado, y le mandó que con todos los ve-

cinos questábamos en la villa y los soldados que traía consigo fuésemos a la provincia de Chiapa, questaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa. Y como el capitán hobo venido con aquellos despachos nos apercebimos todos, ansí los questábamos allí poblados como los que traía de nuevo, y comenzamos abrir camino por unos montes y ciénegas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos a salir a un pueblo que se dice Tepuzuntlán, que hasta entonces por el río arriba solíamos ir en canoas, que no había otro camino abierto, y desde aquel pueblo fuimos a otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula, y, para que bien se entienda, este Cachula es en la sierra, provincia de Chiapa, y esto digo porquestá otro pueblo del mismo nombre junto a la Puebla de los Angeles, y desde Cachula fuimos a otros poblezuelos subjetos al mesmo Cachula. Y fuimos abriendo caminos nuevos el río arriba, que venía de la poblazón de Chiapa, porque no había camino ninguno, y todos los rededores questaban poblados habían gran miedo a los chiapanecas, porque ciertamente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva España, aunque entre en ellos tascaltecas y mexicanos, ni zapotecas ni minxes. Y esto digo porque jamás México los pudo señorear, porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales della eran en gran manera belicosos y daban guerra a sus comarcanos, que eran los de Zinacatán, y a todos los pueblos de la lengua quilena, y asimismo a los pueblos que se dicen los zoques, y robaban y cautivaban a la contina otros poblezuelos donde podían hacer presa, y con los que dellos mataban hacían sacrificios y hartazgas. Y demás desto, en los caminos de Teguantepeque tenían en pasos malos puestos muchos guerreros para saltear a los indios mercaderes que trataban de una provincia a otra, y a esta causa de miedo dellos dejaban algunas veces de tratar unas provincias con otras, y aun habían traído por fuerza a otros pueblos y hécholes poblar y estar junto a Chiapa, y los tenían por esclavos y con ellos hacían sus sementeras. Volvamos a nuestro camino, que fuimos río arriba hacia su ciudad, y era por Cuaresma, en el año de mill y quinientos y veinte y tres años; y esto de los años no se me acuerda muy bien, y antes de llegar a la poblazón de Chiapa se hizo alarde de todos los de a caballo, escopeteros y ballesteros y soldados que íbamos en aquella entrada, y no se pudo hacer hasta entonces por causa que algunos vecinos de nuestra villa y otros forasteros no se habían recogido, que andaban en los pueblos de la hacienda de Cachula demandando el tributo que les eran obligados a dar, y con el favor de venir capitán con gente de guerra, como veníamos, se atrevían de ir a ellos, que de antes ni daban tributo ni se daban por nosotros dos castañetas. Volvamos a nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de a caballo que podían pelear, y otros cinco que no eran para ello, y quince ballesteros y ocho escopeteros, y un tiro y mucha pólvora, y un soldado por artillero, que decía el mesmo soldado que había estado en Italia: y esto digo aquí porque no era para cosa ninguna, y era muy cobarde; y llevábamos sesenta soldados despada y rodela y obra de ochenta mexicanos, y el cacique de Cachula con unos principales suyos, y estos de Cachula que he dicho iban temblando de

miedo, y por halagos los llevábamos por que nos ayudasen abrir caminos y a llevar el fardaje. Pues yendo nuestro camino en concierto, e que llegábamos cerca de sus poblazones, siempre íbamos adelante por espías y descubridores del campo cuatro soldados de los más sueltos que había, e yo era uno dellos, e dejaba mi caballo que lo llevasen otros, porque no era tierra por donde podía correr a caballo, e íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los chiapanecas son grandes cazadores andaban entonces a caza de venados, y desque nos sintieron apellídanse todos con grandes ahumadas, y como llegamos a sus poblazones tenían muy anchos caminos y grandes sementeras de maíz y otras legumbres. Y en el primer pueblo que topamos se dice Eztapa, questá de la cabecera obra de cuatro leguas, y en aquel instante le habían despoblado, y tenían mucho maíz y gallinas y otros bastimentos, que tuvimos bien que comer y cenar; y estando reposando en el puesto que teníamos puestas nuestras velas y escuchas y corredores del campo, vienen dos de a caballo questaban por corredores a dar mandado y diciendo: "¡Al arma, al arma, que vienen por todas las sabanas y caminos llenos de guerreros chiapanecos!", y nosotros, que siempre estábamos muy apercebidos, les salimos al encuentro antes que llegasen al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traían muchas varas tostadas con sus tiraderas, y arcos y flechas y lanzas muy mayores que las nuestras, con buenas armas de algodón y penachos, y otros traían unas porras como macanas. Y allí donde estuvimos y fué la batalla había mucha piedra; y con hondas nos hacían mucho daño, y nos comenzaron a cercar, de arte que de la primera rociada mataron a dos de nuestros soldados y cuatro caballos y se hirieron sobre trece soldados y a muchos de nuestros amigos, y al capitán Luis Marín le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella batalla desde la tarde hasta después que anocheció; y como hacía escuro y habían sentido el cortar de nuestras espadas, y escopetas y ballestas y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos, y hallamos quince dellos muertos y otros muchos heridos que no se pudieron ir; y de dos dellos, que nos parescían principales, que allí prendimos se tomó aviso y plática, y dijeron questaba toda la tierra apercebida para dar otro día en nosotros, y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos, y al capitán, questaba malo de las heridas, porque se había desangrado mucho y por causa de no se apartar de la batalla para se las curar o apretar, y se le había metido frío. Pues ya esto hecho pusimos buenas velas y escuchas y corredores del campo, y teníamos los caballos ensillados y enfrenados, y todos nuestros soldados muy a punto, porque tuvimos por cierto que vernían de noche sobre nosotros; y como habíamos visto el tesón que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas, ni lanzas, ni escopetas, ni aun estocadas, no les podíamos retraer ni apartar un paso atrás, tuvímoslos por muy buenos guerreros y osados en el pelear, y esa noche se dió orden cómo para otro día los de a caballo habíamos de arremeter de cinco en cinco y muy hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos a dar lanzadas hasta ponerlos en huída, sino las lanzas altas y por las caras y atropellar y pasar adelante. Y este concierto ya otras veces lo había dicho el Luis Marín, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habíamos dado por

aviso a los nuevamente venidos de Castilla, y algunos dellos no curaron de guardar la orden, sino que pensaban que en dar una lanzada a los contrarios que hacían algo, y salióles a cuatro dellos al revés, porque les tomaron las lanzas y les hirieron a ellos y los caballos con sus mismas lanzas e se los hirieron; quiero decir que se juntaban seis o siete de los contrarios y se abrazaban con los caballos, creyendo de los tomar a mano, y aun derrocaron a un soldado del caballo, y si no le socorriéramos ya le llevaban a sacrificar, y desde ahí a dos días se murió. Volvamos a nuestra relación. Y es que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía llamar ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de cuatro mill vecinos, sin otros muchos pueblos subjetos a él questaban poblados a su rededor; e yendo que íbamos con mucho concierto y el tiro puesto y el artillero bien apercebido de lo que había de hacer, y no habíamos caminado cuatro leguas, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y cuestas venían llenos dellos con grandes penachos y buenas armas y grandes lanzas, pues flecha y vara con tiraderas, pues piedra y hondas, con grandes voces e grita y silbos era cosa despantar cómo se juntaron con nosotros pie con pie e comenzaron a pelear como rabiosos leones, y nuestro negro artillero que llevábamos, que bien negro se podía llamar, cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro, e ya que a poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió a tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna; y desque el capitán vió de la manera que andábamos, rompimos todos los de a caballo puestos en cuadrillas, según lo habíamos concertado, y los escopeteros y ballesteros y despada y rodela, hechos un cuerpo, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vinieron, que si no fuéramos de los que en aquellas batallas nos hallamos cursados a otras afrentas, pusiera a otros gran temor, y aun nosotros nos admiramos dello, y como el capitán Luis Marin nos dijo: "Ea, señores, ¡Santiago y a ellos!, y tornémosles otra vez a romper con ánimos esforzados", dímosles tal mano, que a poco rato iban vueltas las espaldas, y como había allí donde fué esta batalla muy malos pedregales para correr caballos, no les podíamos seguir. E yendo en alcance e no muy lejos donde comenzamos aquella pelea, ya que íbamos algo descuidados creyendo que por aquel día no se tornarían a juntar, estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados, con todas sus armas, y muchos dellos traían sogas para echar lazos a los caballos y asir de las sogas para los derrocar, y tenían tendidas en todas partes muchas redes con que suelen tomar venados, para los caballos y para atar a nosotros; y todos los escuadrones que he dicho se vienen a encontrar con nuestro ejército, y como muy fuertes y recios guerreros nos dan tal mano de flecha y vara y piedra, que tornaron a herir casi que a todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas a los de a caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos, y entonces traían en medio de sus escuadrones una india algo vieja y muy gorda, y, según decían, aquella india la tenían por su diosa y adivina, y les había dicho que ansí como ella llegase adonde estábamos peleando, que luego habíamos de ser vencidos, y traía en un brasero unos sahumerios y

unos ídolos de piedra, y venía pintada todo el cuerpo y pegado algodón a las pinturas, y sin miedo ninguno se metió entre los indios nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus capitanías, y luego fué despedazada la maldita diosa. Volvamos a nuestra batalla; que desque el capitán Luis Marín y todos nosotros vimos tanta multitud de guerreros contra nosotros, y que tan osadamente peleaban, encomendándonos a Dios y arremetiendo a ellos con el concierto pasado, les fuimos rompiendo poco a poco y les pusimos en huída, y se escondían entre unos grandes pedregales, y todos los más se echaron al río, questaba cerca e hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores. Y desque les hobimos desbaratados, dimos muchos gracias a Dios, y hallamos muertos donde hobimos esta batalla muchos dellos, y otros heridos; y acordamos de nos ir a un pueblo questaba junto al río, cerca del pasaje de la ciudad, donde había muy buenas ciruelas, porque como era Cuaresma y en aqueste tiempo las hay maduras y en aquella poblazón son las muy buenas, allí nos estuvimos todo lo más del día enterrando los muertos en partes que no los pudieran haber ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y allí acordamos de dormir con gran recaudo de velas y escuchas; y a poco más de media noche pasaron de dos poblezuelos questaban poblados junto a la cabecera e ciudad de Chiapa, en cinco canoas del mesmo río, ques muy grande y hondo, y venían a remo callado, y los que remaban eran diez indios, personas principales, naturales de los poblezuelos questaban junto al río de los pueblos, y como desembarcaron hacia la parte de nuestro real, en saltando en tierra luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen; y llevados antel capitán, dijeron: "Señor, nosotros no somos chiapanecas, sino de otras provincias que se dicen Xaltepeque, y estos malos de chiapanecas, con grandes guerras que nos dieron, nos mataron mucha gente, y todos los más de nuestros pueblos nos trujeron aquí a poblar con nuestras mujeres e hijos, e nos han tomado cuanta hacienda teníamos, y ha más de doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maizales, y nos hacen ir a pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres, venimos a daros aviso porque nosotros os traeremos esta noche muchas canoas en que paséis este río, y también os mostraremos un vado, aunque no va muy bajo, y lo que, señor capitán, os pedimos de merced, que pues os hacemos esta buena obra, que desque hayáis vencido y desbaratado estos chiapanecas, que nos déis licencia para que salgamos de su poder e irnos a nuestras tierras, y para que mejor creáis lo que os decimos ques verdad, en las canoas que agora pasamos, que dejamos escondidas en el río con otros nuestros compañeros y hermanos, os traemos presentadas tres joyas de oro, que eran unas como diademas, y también traemos gallinas y cirgüelas." Y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que había de ser muy callando, no los sintiese los chiapanecas, questan velando y guardando los pasos del río. Y desque el capitán entendió lo que los indios le dijeron y la gran ayuda que era para pasar aquel recio y corriente río, dió gracias a Dios, y mostró buena voluntad a los mensajeros, y les prometió de hacerlo como lo pedían, y aun de dalles ropa y

despojo de lo que hobiésemos de aquella ciudad, y se informó dellos cómo en las dos batallas pasadas les habíamos muerto y herido más de ciento y veinte chiapanecas; que tenían aparejados para otro día otros muchos guerreros, y que a los de aquestos poblezuelos donde eran estos mensajeros les hacían salir a pelear contra nosotros, y que no temiésemos dellos, que antes nos ayudarían, y que al pasar del río nos habían de guardar porque tenían por imposible que terníamos atrevimiento de pasalle, y que cuando lo estuviésemos pasando que allí nos desbaratarían; y dado este aviso se quedaron dos de aquellos indios con nosotros y los demás fueron a su pueblo a dar orden para que muy de mañana trujesen veinte canoas, lo cual cumplieron muy bien su palabra; y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recaudo y ronda y velas y escuchas, porque oíamos el gran remor de los guerreros que se juntaban ribera del río, y el tañer de sus trompetillas y atambores y cornetas. Y desque amanesció y vimos las canoas, que ya descubiertamente las traían a pesar de los de Chiapa, porque, según paresció, ya habían sentido cómo los naturales de aquellos poblezuelos se les habían levantado y hecho fuertes y eran de nuestra parte, y habían prendido algunos dellos y los demás se habían hecho fuertes en un gran cu, y a esta causa había revueltas y guerra entre los chiapanecas y los poblezuelos que dicho tengo, y luego nos fueron a mostrar el vado; y entonces nos daban mucha priesa aquellos amigos que pasásemos presto el río por temor no sacrificasen a sus compañeros que habían prendido aquella noche. Pues desque llegamos al vado que nos mostraron, venía muy hondo, y puestos todos en gran concierto, ansí los ballesteros como escopeteros, y los de a caballo y los indios de los dos poblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel, para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Nuestro Señor que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar vienen contra nosotros muchos guerreros y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas y flecha y piedra, y otros con grandes lanzas, que nos hirieron casi que a todos los más y algunos a dos y a tres heridas, y mataron dos caballos, y un soldado de a caballo que se decía Fulano Guerrero o Guerra se ahogó al pasar del río, que se metió con el caballo a un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió a tierra sin el amo. Volvamos a nuestra pelea, que nos estuvieron un buen rato dando guerra al pasar el río, que no les podíamos hacer retraer, ni nosotros podíamos llegar a tierra, y en aquel instante los de los poblezuelos que se habían hecho fuertes contra los chiapanecas nos vinieron ayudar y dan en las espaldas a los questaban al río batallando con nosotros, e hirieron y mataron muchos dellos, porque les tenían gran enemistad, como les habían tenido presos muchos años. Y desque aquello vimos, de presto salimos a tierra los de caballo, y luego ballesteros y escopeteros, y los despada y rodela, y los amigos mexicanos, y dámosles una buena mano, que se van huyendo por su pueblo adelante, que no paró indio con indio, y luego sin más tardar, puestos en buen concierto, con nuestras banderas tendidas y muchos indios de los dos poblezuelos con nosotros, entramos en su ciudad, y como llegamos en lo más poblado, donde estaban sus

grandes cues y adoratorios, tenían las casas tan juntas que no osábamos asentar real, sino en el campo y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiesen hacer daño; y luego nuestro capitán envió a llamar de paz a los caciques y capitanes de aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres indios de los poblezuelos nuestros amigos, quel uno dellos se decía Xaltepeque, y ansimismo envió con ellos seis capitanes chiapanecos que habíamos preso en las batallas pasadas, y les envió a decir que vengan luego de paz y que se les perdonará lo pasado, y que si no vienen, que les iremos a buscar y les daremos mayor guerra que la pasada y les quemaremos su ciudad. Y con aquellas bravosas palabras luego a la hora vinieron, y aun trujeron un presente de oro, y se desculparon por haber salido de guerra, y dieron la obidiencia a Su Majestad, y rogaron a Luis Marín que no consintiese a nuestros amigos que quemasen alguna casa, porque ya habían quemado antes de entrar en Chiapa, en un poblezuelo questaba poblado antes de llegar al río, muchas casas; y Luis Marín se lo prometió que ansí lo haría, y mandó a los mexicanos amigos que traíamos y a los de Cachula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar a decir queste Cachula que aquí nombro no es la questá cerca de México, sino un pueblo que se dice como el questá en las sierras camino de Chiapa, por donde pasamos. Y dejemos desto, y digamos cómo en aquella ciudad hallamos tres cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares a los pescuezos, y estos eran de los que prendían por los caminos, e algunos dellos eran de Teguantepeque, y otros zapotecas, e otros quilenes, otros de Soconusco, los cuales prisioneros sacamos de las cárceles e se fué cada uno a su tierra, y quebramos las redes; también hallamos en los cues muy malas figuras de los ídolos que adoraban, e muchos indios y muchachos de dos días sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban. Mandóles el capitán que luego fuesen a llamar a todos los pueblos comarcanos que vengan de paz a dar la obidiencia a Su Majestad; los primeros que vinieron fueron los de una poblazón que se dice Zinacantán, y Copanahuastla, e Pinola, e Gueguistlán, e Chamula, y otros pueblos, que ya no se me acuerdan los nombres dellos, Quelenes, e otros pueblos que eran de la lengua zoque, y todos dieron la obidiencia a Su Majestad, y aun estaban espantados cómo tan pocos como éramos podimos vencer a los chiapanecas, y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Y estuvimos en aquella ciudad cinco días, y en aquel instante un soldado de los que traíamos en nuestro ejército desmandóse del real y váse sin licencia del capitán al un pueblo que había venido de paz, que ya he dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho indios mexicanos de los nuestros, y demandó a los de Chamula que le diesen oro, y decía que lo decía el capitán; e los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban más echó preso al cacique; y desque vieron los del pueblo hacer aquella demasía quisieron matar el atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, que también hicieron alzar a los de otro pueblo que se dice Güeyguiztlán, sus vecinos. Y desque aquello alcanzó a saber el capitán Luis Marín, prende al soldado y luego le mandó en posta le llevasen a México para que Cortés le castigase; y esto hizo

el Luis Marín porque era un hombre el soldado que se tenía por principal, que por su honor no nombro su nombre hasta que venga a coyuntura en parte que hizo otra cosa peor, y como era malo y cruel con los indios, desde a obra de un año murió en lo de Xicalango en poder de indios, como adelante diré. Y después de esto hecho, el capitán envió a llamar al pueblo de Chamula que vengan de paz, e les envió a decir que ya había castigado y enviado a México al español que les iba a demandar oro y les hacía aquellas demasías, la respuesta que dieron fué mala, y la tuvimos por muy peor por causa de los pueblos comarcanos que habían venido de paz no se alzasen, y fué acordado que luego fuésemos sobre ellos y hasta traelles de paz no les dejar. Y después de que se habló muy blandamente a los caciques chiapanecas y se les dijo con buenas lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y que dejasen ídolos y sacrificios y sodomías y robos, y se les puso cruces e una imagen de Nuestra Señora en un altar que les mandamos hacer, y se les dió a entender cómo éramos vasallos de Su Majestad e otras muchas cosas que convenían, y aun les dejamos poblado más de la mitad de su ciudad, y los dos pueblos nuestros amigos, que nos trujeron las canoas para pasar el río y nos ayudaron en la guerra, salieron del poder dellos con todas sus haciendas e mujeres e hijos y se fueron a poblar el río abajo obra de diez leguas de Chiapa, donde agora está poblado lo de Xaltepeque, y el otro poblezuelo, que se dice Istatán, se fué a su tierra, que eran de Teguantepeque. Volvamos a nuestra partida para Chamula, y es que luego enviamos a llamar a los de Zinacantán, que eran gente de razón y muchos dellos mercaderes, y les dijo que nos trujesen docientos indios para llevar nuestro fardaje, e que íbamos a su pueblo porque por allí era el camino de Chamula, e ansimismo demandó a los de Chiapa otros docientos indios guerreros con sus armas para ir en su compañía, y luego los dieron, y salimos de Chiapa una mañana y fuimos a dormir a unas salinas donde nos tenían hecho de antes buenos ranchos, y otro día, a mediodía, llegamos a Zinacantlán, e allí tuvimos la santa Pascua de Resurrección, y tornamos a enviar a llamar de paz a los de Chamula, e no quisieron venir, y hobimos de ir a ellos, que seria entonces donde estaban poblados de Zinacantlán obra de tres leguas, y tenían entonces las casas e pueblo de Chamula en una fortaleza muy mala de ganar, e muy honda cava por la parte que les habíamos de combatir, e por otras partes muy peor e más fuerte: e ansí como llegamos con nuestro ejército nos tiran desde lo alto tanta piedra y vara y flecha que cubría el suelo; pues lanzas muy largas con más de dos brazas de cuchilla de pedernales, que ya he dicho otras veces que cortan más que nuestras espadas, y unas rodelas hechas a maneras de pavesinas, que se cubren todo el cuerpo cuando pelean, y cuando no las han menester las arrollan y doblan de manera que no les hacen estorbo ninguno, y con hondas piedra, y tal priesa se dan a tirar flecha y piedra, que hirieron a cinco de nuestros soldados e a dos caballos, e con muchas voces e gran grita y silbos e alaridos e trompetillas y atabales y caracoles, que era cosa de poner espanto a quien no los conosciera. Y desque aquello vió Luis Marín, y entendió que los caballos allí no se podían aprovechar dellos, que era sierra, mandó que se tornasen a bajar a lo llano, porque adonde estábamos era

gran cuesta y fortaleza, y aquello que les mandó fué porque temíamos que vernían allí a dar en nosotros los guerreros de otros pueblos que se dicen Quiaguiztlán, questaba alzado, y porque hobiese resistencia en los de a caballo; y luego comenzamos a tirar a los de la fortaleza muchas saetas y escopetas, y no les podíamos hacer daño ninguno con los grandes mamparos que tenían, y ellos a nosotros sí, que siempre herían muchos de los nuestros; y estuvimos aquel día desta manera peleando, y no se daban cosa ninguna por nosotros, y si les procurábamos de les entrar, donde tenían hechos unos mamparos y almenas estaban sobre mill lanceros en los puestos para la defensa de los que les probamos entrar, y ya que quisiéramos aventurar las personas en arrojarnos dentro de la fortaleza, habíamos de caer de tan alto que nos habíamos de hacer pedazos, y no era cosa para ponernos en aquella ventura; y después de bien acordado cómo y de qué manera habíamos de pelear, se concertó que trujésemos madera y tablas de un poblezuelo que allí junto estaba despoblado e hiciésemos burros o mantas, que ansí se decían, y en cada uno dellos cabían veinte personas, y con azadones y picos de hierro que traíamos, e con otros azadones de la tierra, de palo, que allí había, les cavábamos y deshacíamos su fortaleza, y deshicimos un portillo para podelles entrar, porque de otra manera era excusado, porque por otras dos partes tenían la mesma defensa, que todo lo miramos; más de una legua de allí alrededor estaba otra muy mala entrada y peor de ganar que adonde estábamos, por causa que era una abajada tan agra y tan mala, que a manera de decir era entrar en los abismos. Volvamos a nuestros mamparos y mantas, que con ellas les estábamos deshaciendo sus fortalezas, y nos echaban de arriba mucha pez y resina ardiendo, y agua y sangre toda revuelta, muy caliente, y otras veces lumbre y rescoldo, y nos hacían mala obra, y luego, tras ello, mucha multitud de piedras muy grandes, que desbarataron nuestros ingenios, que nos hobimos de retirar y tornalles adobar, y luego volvimos sobrello; y desque y cuando vieron que les hacíamos mayores portillos, se ponen cuatro papas y personas principales sobre una de sus almenas, y bien cubiertos con sus pavesinas e otros talabardones de madera y dicen: "Pues que deseáis o queréis oro, entra adentro, que aquí tenemos mucho", y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino y muchas cuentas vaciadizas y otras joyas como caracoles y ánades, todo de oro, y tras ello mucha flecha y vara y piedra. E ya les teníamos hecho dos muy grandes entradas, e como era ya noche e comenzó a llover, en aquel instante dejamos el combate para otro día, y allí dormimos aquella noche con buen recaudo; y mandó el capitán a ciertos de a caballo questaban en tierra llana que no se quitasen de sus puestos y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. Volvamos a los chamultecas, que toda la noche estuvieron tañendo atabales y trompetillas y dando voces y gritos, y decían que otro día nos habían de matar, y que así se lo habían prometido a su ídolo. Y desque amanescío volvimos con nuestros ingenios y mantas a hacer mayores entradas, y los contrarios con grande ánimo defendiendo su fortaleza, y aun hirieron aquel día a cinco de los nuestros, y aun a mí me dieron un buen bote de lanza que me pasaron las armas, y si no fuera por el mucho algodón y bien col-

chadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron y echaron buen pelote de algodón fuera, y me dieron una chica herida, y en aquella sazón era más de mediodía, y vino muy grande agua y luego una muy escura neblina, porque como eran sierras altas siempre hay neblinas y aguaceros; y nuestro capitán, como llovía mucho se apartó del combate, e como yo era acostumbrado a las guerras pasadas de México, bien entendí que en aquella sazón que vino la neblina no daban los contrarios tantas voces ni gritos como de antes, y vía questaban arrimados a los adarbes y fortalezas y barbacanas muchas lanzas, y que no las vía menear sino hasta docientas dellas, sospeché lo que fué, que se querían ir o se iban. Entonces de presto les entramos por un portillo yo y otro mi compañero, y estaban obra de docientos guerreros, los cuales arremetieron a nosotros y nos dan muchos botes de lanzas, y si de presto no fuéramos socorridos de unos indios de Zinacantán, que dieron voces a nuestros soldados, que entraron luego tras de nosotros en su fortaleza allí perdiéramos las vidas; y como estaban aquellos chamultecas con sus lanzas haciendo cara y vieron el socorro, se van huyendo, porque los demás guerreros ya se habían huído con la neblina, y nuestro capitán con todos los soldados y amigos entraron dentro, y estaba ya alzado el hato, y aun la gente menuda y mujeres ya se habían ido por el paso muy malo, que he dicho que era muy hondo y de mala subida y de peor bajada, y fuimos en el alcance y se prendieron muchas mujeres y muchachos y niños y sobre treinta hombres, y no se halló despojo en el pueblo, salvo bastimento. Y esto hecho, nos volvimos con la presa camino de Zinacantlán, y fué acordado que asentásemos nuestro real junto a un río, adonde está agora poblada la Ciudad Real, que por otro nombre llaman Chiapa de los Españoles, y desde allí soltó el capitán Luis Marin seis indios con sus mujeres, de los presos de Chamula, para que fuesen a llamar los de Chamula, y se les dijo que no hobiesen miedo y se les darían todos los prisioneros; y fueron los mensajeros, y otro día vinieron de paz y llevaron toda su gente, que no quedó ninguna, y después de haber dado la obidiencia a Su Majestad, me depositó aquel pueblo el capitán Luis Marín, porque desde México se lo había escrito Cortés que me diese una buena cosa de lo que se conquistase, y también porque era yo mucho su amigo del Luis Marín y porque fuí el primer soldado que les entró dentro, y Cortés me envió cédula de encomienda dellos, y hasta hoy en día tengo la cédula de encomienda guardada, y me tributaron más de ocho años. En aquella sazón no estaba poblada Ciudad Real, que después se pobló e se dió mi pueblo para la población. Dejemos esto y volvamos a nuestra relación. Que como ya Chamula estaba de paz, e Güeguiztlán, questaba alzado, no quiso venir de paz, y aunque le enviamos a llamar, acordó nuestro capitán que fuésemos a los buscar a sus pueblos, y digo aquí pueblos porque entonces eran tres poblezuelos, y todos puestos en fortalezas, y dejamos allí, adonde estaban nuestros ranchos, los heridos y fardaje corriente sin hallar y así los dejamos allí, y fuimos con el capitán los más sueltos y sanos soldados, y los de Zinacantán nos dieron sobre trecientos indios de guerra, que fueron con nosotros, y seria desde allí a los pueblos de Güeyguiztlán obra de cuatro leguas; y como íbamos a sus pueblos, hallamos los caminos

cerrados, llenos de maderos y árboles cortados e muy embarazados, que no podían pasar caballos, y con los amigos que llevábamos los desembarazamos, e quitaron los maderos, y fuimos a un pueblo de los tres, que ya he dicho que era fortaleza, y hallámosle lleno de guerreros, y comenzaron a nos dar gritas y voces y a tirar vara y flecha, y tenían grandes lanzas y pavesinas, y espadas de a dos manos de pedernales que cortan como navajas, según y de la manera de los de Chamula; y nuestro capitán con todos nosotros les íbamos subiendo en la fortaleza, que era muy más recia y mala de tomar que no la de Chamula; acordaron de ir huyendo y dejar el pueblo despoblado y sin cosa ninguna de bastimentos, y los zinacantecas prendieron dos indios dellos, que luego trujeron al capitán, los cuales mandó soltar para que llamasen de paz a todos los más sus vecinos, y aguardamos allí un día que volviesen con la respuesta, y todos vinieron de paz y trujeron un presente de oro de poca valía y plumajes de quetzales, que son unas plumas que se tienen entre ellos en mucho, y nos volvimos a nuestros ranchos.

Y porque pasaron otras cosas que no hacen a nuestra relación, se dejarán de decir, y diremos cómo desque hobimos vuelto a los ranchos pusimos en pláticas que sería bien poblar allí adonde estábamos una villa, según que Cortés nos mandó que poblásemos, y muchos soldados de los que allí estábamos que decíamos que era bien, y otros que tenían buenos indios en lo de Guazacualco eran contrarios, y pusieron por achaque que no teníamos herraje para los caballos, y que éramos pocos y todos los más heridos, y que la tierra muy poblada, y los más pueblos estaban en fortalezas y en grandes sierras, e que no nos podíamos valer ni aprovechar de los caballos, y decían por ahí otras cosas; y lo peor de todo quel capitán Luis Marín e un Diego de Godoy, que era escribano del rey, persona muy entrometida, no habían voluntad de poblar, sino volverse a nuestra villa, e un Alonso de Grado, que ya le he nombrado otras veces en el capítulo pasado, el cual era más bollicioso que hombre de guerra, parece ser traía secretamente una cédula de encomienda firmada por Cortés, en que le daba la mitad del pueblo de Chiapa desque estuviese pacificado, y por virtud de aquella cédula demandó al capitán Luis Marín que le diese el oro que se hobo en Chiapa, que dieron los indios, e otro que se tomó en los templos de los ídolos del mesmo Chiapa, que serían mill quinientos pesos, y Luis Marín decía que aquello era para ayuda a pagar los caballos que habían muerto en la guerra en aquella jornada, y sobrello y sobre otras diferencias estaban muy mal el uno con el otro, y tuvieron tantas palabras, quel Alonso de Grado, como era mal acondicionado, se desconcertó en el hablar, y quien se metía en medio y lo revolvía todo era el escribano Diego de Godoy; por manera que el Luis Marín los echó presos al uno y al otro, y con grillos y cadenas los tuvo seis o siete días, y acordó de enviar al Alonso de Grado a México preso y el Godoy, con ofertas y prometimientos y buenos intercesores, le soltó, y fué peor, que se concertaron luego el Grado y el Godoy descrebir desde allí a Cortés muy en posta diciendo muchos males del Luis Marín, y aun el Alonso de Grado me rogó a mí que de mi parte escribiese a Cortés y en la carta le desculpase al Grado, porque le decía el Godoy al Grado que Cortés en viendo mi carta le daría créditos, e que no dijese bien del Marín,

e yo escrebí lo que me pareció que era verdad, y no culpando al capitán Marín. Y luego le envió preso a México al Alonso de Grado, con juramento que le tomó que se presentaría ante Cortés dentro en ochenta días, porque había desde Zinacantán por la vía y camino que venimos sobre ciento y noventa leguas hasta México. Dejemos de hablar de todas estas revueltas y embarazos. E ya partido el Alonso de Grado acordamos de ir a castigar a los de Zimatán que fueron en matar los dos soldados, ya por mí otra vez nombrados, cuando me escapé yo y Francisco Martín, vizcaíno, de sus manos; e yendo caminando para unos pueblos que se dicen Tapelola, e antes de llegar a ellos, había unas sierras y pasos tan malos, ansí de subir como de bajar, que tuvimos por muy dificultosa cosa pasar por aquel puerto, y Luis Marín envió a rogar a los caciques de aquellos pueblos que lo adobasen de manera que pudiésemos ir por ellos, e ansí lo hicieron, e con mucho trabajo pasaron los caballos; y luego fuimos por otros pueblos que se dicen Silo Suchiapa e Coyumelapa, y desde allí fuimos a este Panguaxoya, y llegados que fuimos a otros pueblos que se dicen Tecomayacate e Ateapán, que en aquella sazón todo era un pueblo y estaban juntas casas con casas, y era una poblazón de las grandes que había en aquella provincia, y estaba en mí encomendada, dada por Cortés, y aun hoy en día tengo las cédulas de encomienda firmadas de Cortés, y como entonces eran muchas poblazones y con otros pueblos que con ellos se juntaron salieron de guerra al pasar de un río muy hondo que pasa por el pueblo, e hirieron a seis soldados y mataron a tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos, y al fin pasamos el río y se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego a las casas y se fueron al monte. Estuvimos cinco días curando los heridos y haciendo entradas, adonde se tomaron muy buenas indias, y se les envió a llamar de paz, y que se les daría la gente que habíamos preso, y que se les perdonaba lo de la guerra pasada, y vinieron todos los más indios y poblaron su pueblo, y demandaban sus mujeres e hijos, como les habían prometido, y el escribano Diego de Godoy aconsejaba al capitán Luis Marín que no las diese, sino que se herrase con el hierro del rey que se echaba a los que una vez habían dado la obidiencia a Su Majestad y se tornaban a levantar sin causa ninguna, y porque aquellos pueblos salieron de guerra y nos flecharon y mataron los tres caballos, que se pagasen los caballos con aquellas piezas de indias questaban presas; yo repliqué que no se herrasen, e que no era justo, porque vinieron de paz, y sobrello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron y nos hicieron amigos, y el capitán Luis Marín, como era muy bueno y no era malicioso e vió que no era justo hacer más de lo que le pedí por merced, mandó que diesen todas las mujeres y toda la más gente questaba presa a los caciques de aquellos pueblos, y los dejamos en sus casas y muy de paz; y desde allí atravesamos al pueblo de Zimatán y a otros pueblos que se dicen Talatupán, y antes de entrar en el pueblo tenían hechas unas saeteras y andamios junto a un monte, y luego estaban unas ciénegas, y ansí como llegamos nos dan de repente una tan buena rociada de flecha con muy gran concierto y gran ánimo, que hirieron sobre veinte soldados y mataron dos caballos, y si de

presto no les desbaratáramos y deshiciéramos sus cercados y saeteras, mataran e hirieran muchos más, y luego se acogieron a las ciénegas, y estos indios destas provincias son grandes flecheros, que pasan con sus flechas y arcos dos dobleces de armas de algodón bien colchadas, ques mucha cosa. Y estuvimos en su pueblo dos días y los enviamos a llamar, y no quisieron venir de paz; y como estábamos cansados y había allí muchas ciénegas, que tiemblan que no pueden entrar en ellas los caballos, ni aun entrar ninguna persona sin que se atolle en ellas, y han de salir arrastrando e a gatas, y aun si salen es maravilla, tanto son de malas, por no decir más palabras sobre este caso, por todos nosotros fué acordado que nos volviésemos a nuestra villa de Guazacualco, y volvimos por unos pueblos de la Chontalpa, que se dicen Guimango, e Acaxuyxuyca, e Teotitán Copilco, y pasamos otros pueblos, y a Ulapa, y al río del Agualulco, y al de Tonala, y luego a la villa de Guazacualco, y del oro que se hobo en Chiapa e en Chamula, sueldo por libra, se pagaron los caballos que mataron en las guerras. Dejemos esto, y digamos que como el Alonso de Grado llegó a México delante de Cortés, y desque supo de la manera que iba, le dijo muy enojado: "¡Cómo, señor Alonso de Grado, que no podéis caber en una parte ni en otra. Pésame dello: lo que os ruego es que mudéis esa mala condición; si no, en verdad que os envíe a la isla de Cuba, aunque sepa daros tres mill pesos con que allá vivais; porque ya no os puedo sufrir." Y el Alonso de Grado se humilló de manera que tornó a estar bien con el Cortés, y el Luis Marín escribió a Cortés todo lo acaescido. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la corte sobre el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano.

CAPITULO CLXVII

De cómo estando en Castilla nuestros procuradores recusaron al obispo de Burgos, y lo que más pasó.

Ya he dicho en los capítulos pasados que don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, e arzobispo de Rosano, que ansí se nombraba, hacía muy mucho por las cosas de Diego Velázquez y era contrario a las de Cortés y a todas las nuestras, y quiso Nuestro Señor Jesucristo que en el año de mill e quinientos y veinte e uno fué elegido en Roma por Sumo Pontífice nuestro muy santo padre el papa Adriano de Lovaina, y en aquella sazón estaba en Castilla por gobernador della y residía en la ciudad de Vitoria, y nuestros procuradores fueron a besar sus santos pies, y un gran señor alemán, que era de la cámara de Su Majestad, que se decía mosior de Lasao, le vino a dar el parabién del pontificado por parte del emperador nuestro señor; ya Su Santidad y el mosior de Lasao tenían noticia de los heroicos hechos y grandes hazañas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho en la conquista desta Nueva España y los grandes y muchos y notables servicios que siempre hacíamos a Su Majestad, y de la conversión de tantos millares de indios que se convertían a nuestra santa fe; y parece

ser que aquel caballero alemán suplicó al santo padre Adriano que fuese servido en entender muy de hecho entre las cosas de Cortés y el obispo de Burgos, y Su Santidad lo tomó también muy a pechos, porque aliende de las quejas que nuestros procuradores propusieron ante nuestro muy santo padre, le habían ido otras muchas personas de calidad a se quejar del propio obispo de muchos agravios e sinjusticias que decían que hacía, porque como Su Majestad estaba en Flandes y el obispo era presidente de Indias, todo se lo mandaba y era mal quisto, y, según entendimos, nuestros procuradores hallaron calor para le osar recusar, por manera que se juntaron en la corte Diego de Ordaz y el licenciado Francisco Núñez, primo de Cortés, e Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y con favor de otros caballeros y grandes señores que les favorescieron, y uno dellos, el que más metió la mano, fué el duque de Béjar, y con estos favores le recusaron con gran osadía e atrevimiento al obispo ya por mi otras veces dicho, y la causa que dieron muy bien probada. Lo primero fué quel Diego Velázquez dió al obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba, y que con los indios del dicho pueblo le sacaban oro de las minas y se lo enviaba a Castilla, y que a Su Majestad no le dió ningún pueblo, siendo más obligado a ello que al obispo; y lo otro, que en el año de mill y quinientos y diez y siete años, que nos juntamos ciento y diez soldados con un capitán que se decía Francisco Hernández de Córdova, e que a nuestra costa compramos navíos y matalotaje y todos lo demás, y salimos a descubrir la Nueva España, y quel obispo de Burgos hizo relación a Su Majestad que Diego Velázquez la descubrió, y no fué ansí; y lo otro, que envió el Diego Velázquez a lo que habíamos descubierto a un sobrino suyo que se decía Juan de Grijalva, e que descubrieron más adelante, e que hobo en aquella jornada sobre veinte mill pesos de oro de rescate, e que todo lo más envió el Diego Velázquez al mismo obispo, e que no dió parte dello a Su Majestad; e que cuando vino Cortés a conquistar la Nueva España, que le envió un presente a Su Majestad, que fué la luna de oro y el sol de plata, e mucho oro en granos sacado de las minas, e gran cantidad de joyas y tejuelos e cosas de oro de diversas maneras, y escribió a Su Majestad el Cortés y todos nosotros sus soldados dándole cuenta y razón de lo que pasaba, y envió con ello a Francisco de Montejo e a otro caballero que se decía Alonso Hernández Puerto Carrero, primo del conde de Medellín, que no los quiso oír y les tomó todo el presente de oro que iba para Su Majestad, y les trató mal de palabra, llamándoles de traidores e que venían a procurar por otro traidor, y que las cartas que venían para Su Majestad las encubrió y escribió otras muy al contrario dellas diciendo que su amigo Diego Velázquez enviaba aquel presente, y que no lo envió todo lo que traían, y quel obispo se quedó con la mitad y mayor parte dello, y porque el Alonso Hernández Puerto Carrero, que era uno de los dos procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al obispo que le diese licencia para ir a Flandes, adonde estaba Su Majestad, le mandó echar preso, e que murió en las cárceles, e que envió a mandar a la casa de la contratación de Sevilla al contador Pedro de Isasaga y a Juan López de Recalte, questaban en ella por oficiales de Su Majestad, que no diesen ayuda ninguna para Cortés, ansí de soldados como de armas ni otra

cosa, y que proveía los oficios y cargos, sin consultallo con Su Majestad, a hombres soeces que no lo merescían, ni tenían habilidad ni saber para mandar, como fue al Cristóbal de Tapia, y que por casar a su sobrina doña Petronilla de Fonseca con el Tapia o con el Diego Velázquez le prometió la gobernación de la Nueva España, que aprobaba por buenas las falsas relaciones e procesos que hacían los procuradores de Diego Velázquez, las cuales eran de indios, y Manuel Rojas y el padre Benito Martín, y aquéllas enviaba a Su Majestad por buenas, y las de Cortés y de todos los questábamos sirviendo a Su Majestad, siendo muy verdaderas, encubría y torcía y las condenaba por malas; y le pusieron otros muchos cargos y todos muy bien probados, que no se pudo encubrir cosa ninguna por más que alegaban por su parte. Y luego questo fué hecho y sacado en limpio, fué llevado a Zaragoza, adonde Su Santidad estaba en aquella sazón, que se recusó; y desque vió los despachos y causas que se dieron en la recusación, y que las partes del Diego Velázquez, por más que alegaban que había gastado navíos y costas, fueron rechazados sus dichos, que pues no acudió a nuestro rey y señor, sino solamente al obispo de Burgos, su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado como leal servidor, mandó Su Santidad, como gobernador que era de Castilla, demás de ser papa, al obispo de Burgos que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés, ni entendiese en cosa ninguna de Indias, y declaró por gobernador desta Nueva España a Hernando Cortés, y que si algo había gastado Diego Velázquez, que se le pagásemos, y aun envió a la Nueva España bulas con muchas indulgencias para los hospitales e iglesias, y escribió una carta encomendando a Cortés y a todos nosotros los conquistadores questábamos en su compañía que siempre tuviésemos mucha diligencia en la santa conversión de los naturales, e que fuese de manera que no hobiése muertes, ni robos, sino con paz, e cuanto mejor se pudiese hacer, e que les vedásemos y quitásemos sacrificios e sodomías y otras torpedades. Y decía en la carta que demás del gran servicio que hacíamos a Dios Nuestro Señor y a Su Majestad, que Su Santidad, como nuestro padre y pastor, ternía cargo de rogar a Dios por nuestras ánimas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido a toda la cristiandad, y aun nos envió otras santas bulas para nuestras absoluciones. Viendo nuestros procuradores lo que mandaba el Santo Padre, ansí como pontífice y gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adonde Su Majestad estaba, que ya había venido de Flandes y estaba en Castilla, y aun llevaron cartas de Su Santidad para nuestro monarca, y después de muy bien informado de lo atrás por mí dicho, confirmó lo quel Sumo Pontífice mandó, y declaró por gobernador de la Nueva España a Cortés, y a lo quel Diego Velázquez gastó de su hacienda en la armada, que se le pagase, y aun le mandaba quitar la gobernación de la isla de Cuba, por cuanto había enviado la armada con Pánfilo de Narváez sin licencia de Su Majestad, no embargante que la Real Audiencia e los frailes jerónimos que residían en la isla de Santo Domingo por gobernadores se lo habían defendido, y aun sobre se la quitar enviaron un oidor de la misma Real Audiencia, que se decía Lucas Vásquez de Ayllón, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar

de lo obedescer le echaron preso y le enviaron con prisiones en un navío. Dejemos de hablar desto, y digamos que como el obispo de Burgos supo todo lo por mí atrás dicho, y lo que Su Santidad e Su Majestad mandaban se lo fueron a notificar, fué muy grande el enojo que tomó, de que cayó muy malo, e se salió de la corte y se fué a Toro, adonde tenía su asiento y casas, y por mucho que metió la mano en le favorescer su hermano don Antonio de Fonseca, señor de Coca e Aleejos, no le pudo volver en el mando que de antes tenía. Y dejemos de hablar desto, e digamos que a gran bonanza que en favor de Cortés hobo le siguió contrariedad, como luego le vino a Cortés otros contrastes de grandes acusaciones que le ponían por Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia y por el piloto Cárdenas, que hobo dicho en el capítulo que dello habla que cayó malo de pensamiento como no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió a Castilla, y también le acusó un Gonzalo de Umbría, piloto, a quien Cortés mandó cortar los pies porque se alzaba con el navío con Cermeño e Pedro de Escudero, que mandó ahorcar.

CAPITULO CLXVIII

Cómo fueron ante Su Majestad Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia y un piloto que se decía Gonzalo de Umbría y otro soldado que se llamaba Cárdenas, y con favor del obispo de Burgos, y aunque no tenía cargo de entender en cosas de indias, que ya le habían quitado el cargo y sestaba en Toro, todos los por mí memorados dieron ante Su Majestad muchas quejas de Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo Su Santidad vió y entendió los servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habíamos hecho a Dios Nuestro Señor e a Su Majestad y a toda la cristiandad, y de cómo se le hizo merced a Cortés de le hacer gobernador de la Nueva España, y las bulas e induligencias que envió para las iglesias y hospitales, y las santas asolviciones para todos nosotros y visto por Su Majestad lo quel Santo Padre mandaba, después de bien informado de toda la verdad, lo confirmó con otros reales mandos, y en aquella sazón se quitó el cargo de presidente de Indias al obispo de Burgos, y se fué a vivir a la ciudad de Toro, y en este instante llegó a Castilla Pánfilo de Narváez, el cual había sido capitán del armada que envió Diego Velázquez contra nosotros, y también en aquel tiempo llegó a Castilla Cristóbal de Tapia, el que había enviado el mismo obispo a tomar la gobernación de la Nueva España, y trujeron en su compañía a un Gonzalo de Umbría e otro soldado que se decía Cárdenas, y todos juntos se fueron a Toro a demandar favor al obispo de Burgos para se ír a quejar de Cortés delante de Su Majestad, porque ya Su Majestad había venido de Flandes, y el obispo no deseaba otra cosa sino que hobiese quejas de Cortés y de nosotros, y tales favores y promesas les dió para ello, que se juntaron los

procuradores del Diego Velázquez, questaban en la corte, que se decían Bernaldino Velázquez, que ya le había enviado desde Cuba para que procurase por él, y Benito Martín, y Manuel de Rojas, y fueron todos juntos delante el emperador nuestro señor y se quejan reciamente de Cortés, y los capítulos que contra él pusieron fué que Diego Velázquez envió a descubrir y poblar la Nueva España tres veces, y que gastó gran suma de pesos de oro en navíos y armas y matalotaje y en cosas que dió a soldados, y que envió en la armada a Hernando Cortés por capitán della y se le alzó con ella que no le acudió con ninguna cosa; también le acusaron que, no embargante todo esto, que tornó a enviar el Velázquez al Pánfilo de Narváez por capitán de más de mill y cuatrocientos soldados con diez y ocho navíos e muchos caballos y escopeteros y ballesteros, y con cartas y provisiones de Su Majestad firmadas de su presidente de Indias, que era el obispo de Burgos, arzobispo de Rosano, para que le diesen la gobernación de la Nueva España, y no lo quiso obedescer, antes le dió guerra y desbarató, e mató su alférez e otros capitanes, y le quebró un ojo, y que le quemó cuanta hacienda tenía, y le prendió al mesmo Narváez y a otros capitanes que tenía en su compañía, y que no embargante este desbarate, que proveyó el mesmo obispo de Burgos para que fuese el Cristóbal de Tapia, como fué, a tomar la gobernación de aquellas tierras en nombre de Su Majestad, y que no lo quiso obedescer, y que por fuerza le hizo volver a embarcar; y acusábanle que había demandado a los indios de todas las ciudades de la Nueva España mucho oro en nombre de Su Majestad, y se lo tomaba y encubría y lo tenía en su poder; acusábanle que a pesar de todos sus soldados llevó quinto como rey de todas las partes que se habían habido; acusábanle que mandó quemar los pies a Guatemuz e a otros caciques por que diesen oro, y también le pusieron por delante la muerte de Catalina Juárez "la Marcaida", su mujer de Cortés; acusáronle que no dió ni acudió con las partes del oro a sus soldados, e que todo lo resumió en sí; acusábanle que hizo palacios y casas muy fuertes y que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacía servir en ella a todas las ciudades de la redonda de México, y que les hacía traer grandes acipreces y piedra desde lejos tierras; acusáronle que dió ponzoña al Francisco de Garay por le tomar su gente y armada, y pusiéronle otras muchas quejas y acusaciones, y tantas, que Su Majestad estaba enojado de oír tantas sinjusticias como dél decían, creyendo que era verdad; y demás desto, como el Narváez hablaba muy entonado, dijo estas palabras que oirán: "Y porque Vuestra Majestad sepa cuál andaba la cosa la noche que me prendieron y desbarataron, que teniendo vuestras reales provisiones en el seno, que las saqué de priesa, y mi ojo quebrado, porque no se me quemasen, que ardía en aquella sazón el aposento en questaba, me las tomó por fuerza del seno un capitán de Cortés que se dice Alonso de Avila, y es el que agora está preso en Francia, y no me las quiso dar, y publicó que no eran provisiones, sino obligaciones que venía a cobrar." Entonces dizque se rió el emperador, y la respuesta que dió fué que en todo mandaría hacer e haría justicia sobrello, y luego mandó juntar ciertos caballeros de sus reales consejos y de su real cámara, personas de quien Su Majestad tuvo confian-

za que harían recta justicia, que se decían Mercurino Catirinario, gran Chanciller italiano, y Mosior de Lasao, y el doctor de la Rocha, flamencos, y Hernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, y el doctor Lorenzo Galíndez de Caravajal y el licenciado Vargas, tesorero general de Castilla; y desque Su Majestad le dijeron questaban juntos les mandó que mirasen muy justificadamente los pleitos y debates que había entre Cortés y Diego Velázquez e aquellos querellosos, y que en todo hiciesen justicia, no teniendo afición a las personas ni favoresciesen a ninguno dellos eceto a la Justicia; y luego visto por aquellos caballeros el real mando, acordaron de se juntar en unas casas y palacios donde posaba el gran chanciller, y mandaron parescer al Narváez, y al Cristóbal de Tapia, y al piloto Umbría, y a Cárdenes, y a Manuel de Rojas, y Benito Martín, y a un Velázquez, que éstos eran procuradores del Diego Velázquez, y asimismo parescieron por la parte de Cortés su padre, Martín Cortés, y el licenciado Francisco Núñez, y Diego de Ordaz; y mandaron a los procuradores del Diego Velázquez que propusiesen todas sus quejas y demandas y capítulos contra Cortés, y dan las mismas quejas que dieron ante Su Majetad; a esto respondieron por Cortés sus procuradores a lo que decía que había enviado el Diego Velázquez a descubrir la Nueva España de los primeros y gastó muchos pesos de oro que no fué ansí como dicen, que los que la descubrieron fué un Francisco Hernández de Córdova, con ciento y diez soldados a su costa, que antes el Diego Velázquez es dino de gran pena porque mandaba al Francisco Hernández y a los compañeros que lo descubrieron que fuese a la isla de los Guanajes a cautivar indios por fuerza para se servir dellos como esclavos, y desto mostraron probanzas, y no hubo contradición en ello; y también dijeron que si el Diego Velázquez volvió a enviar a su pariente Grijalva con otra armada, que no le mandó el Diego Velázquez a poblar, sino a rescatar, e que todo lo más que gastó en la armada pusieron los capitanes que traían cargo en los navíos y no Diego Velázquez; que rescataron veinte mill pesos e que se quedó con todo lo más el Diego Velázquez, y que le envió al obispo de Burgos para que le favoresciese, y que no dió parte dello a Su Majestad sino lo que quiso, y de más de aquello le dió indios al mismo obispo en la isla de Cuba, que le sacaban oro, y que a Su Majestad no le dió ningún pueblo, siendo más obligado a ello que no al obispo, lo cual hobo buena probanza y no hobo contradición en ello; también dijeron que si envió a Hernando Cortés con otra armada, que fué primeramente por gracia de Dios y en ventura del mismo emperador, e que tienen por cierto que si otro capitán enviara que le desbarataran, según la mucha multitud de guerreros que contra él se juntaban, y que cuando le envió el Diego Velázquez no le enviaba a poblar, sino a rescatar, lo cual hobo probanzas dello, y que si se quedó a poblar fué por los requerimientos que los compañeros le hicieron, y que viendo que era servicio de Dios y de Su Majestad pobló, y fué cosa muy acertada, y que dello se hizo relación a Su Majestad y se le envió todo el oro que se pudo haber, y que se le escribió sobrello dos cartas haciéndole saber lo sobre dicho, y que para obedescer sus reales mandos estaba Cortés con todos sus compañeros los pechos por tierra, y se le hizo relación de todas

las cosas que el obispo de Burgos hacía por el Diego Velázquez y que enviamos nuestros procuradores con el oro y cartas, y que el obispo encubría nuestros muchos servicios y que no enviaba a Su Majestad nuestras cartas, sino otras, de la manera quél quería, y que el oro que enviamos que se quedaba con todo lo más dello, y que torcía todas las más cosas que convenía que Su Majestad fuese sabidor, y que en cosa ninguna le decía verdaderamente lo que era obligado a nuestro rey y señor, y que porque nuestros procuradores querían ir a Flandes delante de su real persona echó preso al uno dellos, que se decía Alonso Hernández Puerto Carrero, primo del conde de Medellín, y que murió, y que mandaba el mesmo obispo a los oficiales de la casa de la contratación de Sevilla que no diesen ayuda ninguna a Cortés, ansí de armas como de soldados, sino que en todo le contradijesen, e que a boca llena nos llamaba de traidores, e que todo esto hacía el obispo porque tenía tratado casamiento con el Diego Velázquez o con el Tapia de casar una sobrina o hija, que se decía doña Petronilla de Fonseca, y le había prometido que le haría gobernador de México, y para todo esto que he dicho mostraron traslados de la carta que hobimos escrito a Su Majestad y otras grandes probanzas, y la parte del Diego Velázquez no contradijo en cosa ninguna, porque no había en qué; a lo que decían del Pánfilo de Narváez que envió el Diego Velázquez con diez y ocho navíos y mill y cuatrocientos soldados y cient caballos y ochenta escopeteros y otros tantos ballesteros, e había hecho mucha costa, a esto respondieron que Diego Velázquez es dino de pena de muerte por haber enviado aquella armada sin licencia de Su Majestad, y porque cuando enviaba sus procuradores a Castilla en cosa ninguna ocurría a nuestro rey y señor como era obligado, sino solamente al obispo de Burgos, y que la Real Audiencia de Santo Domingo y frailes jerónimos questaban por gobernadores le enviaron a mandar al Diego Velázquez a la isla de Cuba que so graves penas que no enviase aquella armada hasta que Su Majestad fuese sabidor della, y que con su real licencia la enviase, porque hacer otra cosa era gran deservicio de Dios y de Su Majestad poner cizaña en la Nueva España en el tiempo que Cortés y sus compañeros estábamos en las conquistas y conversión de tantos cuentos de los naturales que se convertían a nuestra santa fe católica, y que para detener la armada le enviaron a un oidor de la misma Audiencia Real, que se decía el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y en lugar de lo obedecer y los reales mandos que llevaba, le echaron preso y sin ningún acato le enviaron en un navío, y que pues que Narváez estaba delante, que fué el que hizo aquel tan desacatado delito, por tocar en crimen *legis magestatis,* es dino de muerte, y que suplicaban aquellos caballeros por mí memorados, questaban por jueces, que le mandasen castigar, y respondieron que harían justicia sobrello. Volvamos a decir en los descargos que daban nuestros procuradores; y es que a lo que dicen que no quiso Cortés obedecer las reales provisiones que llevaba Narváez, y le dió guerra y le desbarató y quebró el un ojo, y le prendió a él y a todos sus capitanes, y le puso fuego a los aposentos, a esto respondieron que así como llegó Narváez a la Nueva España y desembarcó, que la primera cosa que hizo el Narváez fué enviar a decir al gran cacique Montezuma, que Cortés tenía preso, que

le venían a soltar y a matar todos los que estábamos con Cortés, y que alborotó la tierra de manera que lo questaba pacífico se volvió en guerra; e que como Cortés supo que había venido el Narváez al puerto de la Veracruz, le escribió muy cortésmente, y que si traía provisiones de Su Majestad, que las quería ver y las obedescería con aquel acato que se debe a su rey y señor, e que no le quiso responder a sus cartas sino siembre en su real llamándole de traidor, no lo siendo sino muy leal servidor de Su Majestad; e que mandó pregonar el Narváez en su real a fuego y sangre y ropa franca contra Cortés e sus compañeros, y que le rogó muchas veces con la paz, e que mirase no revolviese la Nueva España de manera que diese causa que todos se perdiesen, y que se apartaría a una parte cual él quisiese a conquistar, y el Narváez fuese por otra parte que más le agradase y que a entrambos sirviesen a Dios y a Su Majestad e pacificasen aquellas tierras, y tampoco le quiso responder a ello; y desque Cortés vió que no aprovechaban todos aquellos cumplimientos, ni le mostraba las reales provisiones, y supo el gran desacato que había hecho el Narváez en prender al oidor de Su Majestad, que para lo castigar por aquel delito acordó de le ir a hablar con el para ver las reales provisiones e a saber por qué causa prendió al oidor, y que el Narváez tenía concertado de le prender a Cortés sobre seguro, y para esto presentaron probanzas y testimonios bastantes, y aun por testigo al Andrés de Duero, que se halló por la parte de Narváez cuando aquello pasó, y el mismo Duero fué el que dió aviso a Cortés dello, y a todo esto la parte del Diego Velázquez no había en qué contradecir cosa ninguna sobrello e a lo que le acusaban que vino a Pánuco Francisco de Garay con grande armada y provisiones de Su Majestad en que le hacían gobernador de aquella provincia, y que Cortés tuvo astucias y gran diligencia para que se le amotinasen al Garay sus soldados, y los indios de la misma provincia mataron a muchos dellos, y les tomó ciertos navíos e hizo otras demasías hasta quel Garay se vió perdido y desmamparado y sin capitanías ni soldados, y se fué a meter por las puertas de Cortés, y le aposentó en sus casas, y que dende en ocho días que le dió un almuerzo de que murió de ponzoña que le dieron en él, a esto respondieron que no era ansí, porque no tenía Cortés necesidad de los soldados del Garay para les hacer amotinar, sino que como el Garay no era hombre para la guerra no se daba maña con los soldados, y como no toparon buena tierra cuando desembarcó, sino grandes ríos y malas ciénegas y mosquitos y murciélagos, y los que traía en su compañía tuvieron noticia de la gran prosperidad de México y la riqueza y la buena fama de la liberalidad de Cortés, que por esta causa se le iban a México, y que por los pueblos de aquellas provincias andaban a robar sus soldados a los naturales, y les tomaban sus hijas e mujeres, e que se levantaron contra ellos y le mataron los soldados que dicen, y que los navíos que no los tomó, sino que dieron al través, y si envió sus capitanes el Cortés, fué porque hablasen al Garay ofreciéndoselos por Cortés y para ver las reales provisiones si eran contrarias de las que de antes tenía Cortés, e que viéndose el Garay desbaratado de sus soldados y navíos dados al través, que se vino a socorrer a México, e Cortés le mandó hacer mucha honra por los caminos, y banquetes en Tezcuco, y cuando entró en México y salille

a rescibir, y le aposentó en sus casas, y habían tratado casamiento de los hijos, e que le quería dar favor y ayuda para poblar el río de Palmas, e que si cayó malo, que Dios fué servido de le llevar de este mundo, que qué culpa tiene Cortés en ello, e que se le hizo muchas honras al enterramiento, y se pusieron lutos, y que los médicos que lo curaban juraron que era dolor de costado, e aquesta es la verdad y no hobo otra contradición; a lo que decían que llevaba quinto como rey, respondieron que cuando le hicieron capitán general y justicia mayor hasta que Su Majestad mandase en ello otra cosa, le prometieron los soldados que le darían quinto de las partes después de sacado el real quinto, e que lo tomó por causa que después gastaba cuanto tenía en servicio de Su Majestad, como fué en lo de la provincia de Pánuco, que pagó de su hacienda sobre sesenta mill pesos de oro, y envió en presentes a Su Majestad mucho oro de lo que le había cabido del quinto, y mostraron probanzas de todo lo que decían, y no hobo contradición por los procuradores del Diego Velázquez; y a lo que decían que a los soldados les había tomado Cortés sus partes del oro que les cabía, dijeron que les dieron conforme a la cuenta del oro que se halló en la toma de México, porque se halló muy poco, que todo lo habían robado los indios de Tascala y Tezcuco y los demás guerreros que se hallaron en las batallas y guerras, y no hubo contradición sobrello; y a lo que dicen de la muerte de Catalina Juárez "la Marcaida", mujer del Cortés, negáronlo, sino que como era dolienta de asma amaneció muerta; y a lo que dijeron que Cortés había mandado quemar los pies con aceite a Guatemuz e a otros caciques por que diesen oro, a esto respondieron que los oficiales de Su Majestad se los quemaron, contra la voluntad de Cortés, por que descubriese el tesoro de Montezuma, y para esto dieron informaciones bastante; y a lo que le acusaban que había labrado muy grandes casas e había en ellas una villa, e que hacía traer los árboles y acipreces y piedras de lejos tierras, a esto respondieron que las casas es verdad que son muy suntuosas, e que para servir con ellas y cuanto tiene Cortés a Su Majestad las hizo fabricar en su real nombre y que los árboles y cipreses, questán junto a la ciudad, e que los traía por agua, e que piedra, que había tantos de los adoratorios que deshicieron de los ídolos, que no había menester traella de fuera, e que para las labrar que no hobo menester más de mandar al gran cacique Guatemuz que las labrasen con los indios oficiales, que hay muchos, de hacer casas y carpinteros, y el qual Guatemuz llamó de todos sus pueblos para ello, e que ansí se usaba entre los indios hacer las casas y palacios de los señores; e a los que se quejaba Narváez que le sacó Alonso de Avila las provisiones reales del seno por fuerza y no se las quise dar, y publicó que eran obligaciones que venía a cobrar, e que fué por mandado de Cortés, a esto respondieron que no vieron provisiones, sino solamente tres obligaciones que le debían al Narváez de ciertos caballos y yeguas que había vendido fiadas, e que Cortés nunca tales provisiones vió, ni le mandó tomar; e a lo que se quejaba el piloto Umbría que Cortés le mandó cortar y deszocar los pies sin causa ninguna, a esto respondieron que por justicia y sentencia que sobrello hobo se los cortaron, porque se quería alzar con un navío y dejalle en la guerra a su capitán y venirse a Cuba él y otros dos hombres, que Cortés mandó ahorcar por justicia; e a

lo quel Cárdenas demandaba que no le habían dado parte del primero oro que se envió a Su Majestad, dijeron que él firmó con otros muchos que no quería parte dello, sino que se enviase a Su Majestad, e que allende desto le dió Cortés trecientos pesos para que trajese a su mujer e hijos, y quel Cárdenas no era hombre para la guerra, y que era mentecato e de poca calidad, e que con los trescientos pesos estaba muy bien pagado, y a la postre respondieron que si fué Cortés contra el Narváez y le desbarató y quebró el ojo, y le prendió a él y a sus capitanes, y se le quemó su aposento, quel Narváez fué causa dello por lo que dicho y alegado tienen, y por le castigar el gran desacato que tuvo de prender a un oidor de Su Majestad; e como la justicia era por la parte de Cortés y sus compañeros, que en aquella batalla que hobo con Narváez fué Nuestro Señor Dios servido dar vitoria a Cortés, que con docientos y sesenta y seis soldados, sin caballos y sin arcabuces ni ballestas, desbarató con buena maña e con dádivas de oro al Narváez, y le quebró el ojo y prendió a él y a sus capitanes, siendo contra Cortés mill y trecientos soldados y entre ellos ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros; y que si Narváez quedara por capitán de la Nueva España, se perdiera; y a lo que decían del Cristóbal de Tapia que venía para tomar la gobernación de la Nueva España con provisiones de Su Majestad y que no le quisieron obedescer. a esto responden quel Cristóbal de Tapia, que delante estaba, fué contento de vender unos caballos y negros, e que si él fuera a México adonde Cortés estaba y les mostrara sus recaudos, que las obedesciera, mas que viendo los caballeros y cabildos de todas las ciudades y villas que convenía que Cortés gobernase en aquella sazón, porque vieron quel Tapia no era capaz para ello, que suplicaron de las reales provisiones para ante Su Majestad, según parecerá de los autos que sobre ello pasaron. E desque hobieron acabado de poner por la parte de Diego Velázquez y del Narváez sus demandas, e aquellos caballeros por mí memorados, questaban por jueces, vieron las respuestas y lo que por parte de Cortés fué alegado y todo probado, y sobrello habían estado embarazados cinco días en oír a los unos y a los otros, acordaron de ponello todo en la consulta con Su Majestad, y después de muy acordado por todos en ella, lo que fué sentenciado es esto: Lo primero, dieron por muy bueno y leal servidor de Su Majestad a Cortés e a todos nosotros, los verdaderos conquistadores que con él pasamos, y tuvieron en mucho nuestra gran fidelidad, y loaron y ensalzaron en gran manera las grandes batallas y osadía que contra los indios tuvimos, y no se olvidó de decir cómo siendo nosotros tan pocos desbaratamos al Narváez; y luego mandaron poner silencio al Diego Velázquez del pleito de la gobernación de la Nueva España, y que si algo había gastado en las armadas, que por justicia lo pidiese a Cortés; y luego declararon por sentencia que Cortés fuese gobernador de la Nueva España, según lo mandó el Sumo Pontífice, e que daban en nombre de Su Majestad por buenos los repartimientos que Cortés había hecho, y le dieron poder para repartir la tierra desde allí adelante, y por bueno todo lo que había hecho, porque claramente era servicio de Dios y de Su Majestad; en lo de Garay, ni en otras cosas de las acusaciones que le ponían la muerte de su mujer doña Catali-

na Juárez "la Marcaida", que pues no daban informaciones acerca dello, que lo reservaban para el tiempo andando, y le enviaron a tomar residencia; y en lo quel Narváez pedía que le tomaron sus provisiones del seno e que fué Alonso de Avila, questaba en aquella sazón preso en Francia, que le prendió Juan Florín, francés, gran cosario cuando robó la recámara que llamábamos de Montezuna, dijeron aquellos caballeros que lo fuese a pedir a Francia, o que le citasen y pareciese en la corte de Su Majestad, para ver lo que sobrello respondía; y a los dos pilotos, Umbría y Cárdenas, les mandaron dar cédulas reales para que en la Nueva España les den indios que renten a cada uno mill pesos de oro, y mandaron que todos los conquistadores fuésemos antepuestos y nos diesen buenas encomiendas de indios, y que nos pudiésemos asentar en los más preminentes lugares, ansí en las santas iglesias como en otras partes. Pues ya dada y pronunciada esta sentencia por aquellos caballeros que Su Majestad puso por jueces, lleváronlo a firmar a Valladolid, donde Su Majestad estaba, porque en aquel tiempo, pasó de Flandes, en aquella sazón mandó pasar allí toda su real corte y consejo, y firmóla Su Majestad, y dió otras sus reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva España, por que no hobiese contradición en la conversión de los naturales, y ansimismo mandó que no hobiese letrados por ciertos años, porque doquiera questaban revolvían pleitos y debates y cizañas; y diéronse todos estos recaudos firmados de Su Majestad y señalados de aquellos caballeros que fueron jueces, y de don García de Padilla, en la misma villa de Valladolid, a diez y siete de mayo de mill y quinientos veinte y tantos años, y venían refrendadas del secretario don Francisco de los Cobos, que después fué comendador mayor de León; y entonces escribió Su Majestad a Cortés e a todos los que con él pasamos agradeciéndonos los muchos y buenos y notables servicios que le hacíamos, y también en aquella sazón el rey Don Hernando de Hungría y rey de romanos, padre del emperador que agora es, escribió otra carta en respuesta de lo que Cortés le había escrito y enviado presentando muchas joyas de oro; y lo que decía el rey de Hungría en la carta que escribió, que ya tenía noticia de los muchos y grandes servicios que había hecho a Dios primeramente y a su señor y hermano el emperador y a toda la cristiandad, y que en todo lo que se le ofresciere que se lo haga saber para que sea intercesor en ello con su señor y hermano el emperador, porque de mucho más era merecedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas a sus fuertes soldados que le ayudaron; y decía otras palabras de ofrescimientos, y acuérdaseme que en la firma decía: "Yo el rey e infante de Castilla"; y refrendada de su secretario, que se decía Fulano de Castillejo; y esta carta yo la leí dos o tres veces en México, porque Cortés me la mostró para que viese en cuán gran estima éramos tenidos los verdaderos conquistadores. Pues como estos despachos tuvieron nuestros procuradores, luego envían con ellos en posta a un Rodrigo de Paz, primo de Cortés, deudo del licenciado Francisco Núñez, y también vino con ellos un hidalgo de Extremadura, pariente del mismo Cortés, que se decía Francisco de las Casas, y trujeron un navío buen velero, y vinieron camino de la isla de Cuba; y en Santiago de Cuba, donde Diego Velázquez estaba por gobernador, le notificaron las

provisiones y sentencia para que se dejase del pleito de Cortés y le demandase los gastos que había hecho, la cual notificación se hizo con trompetas; y el Diego Velázquez de pesar cayó malo, y dende a pocos meses murió muy pobre y descontento. Y para no volver yo otra vez a recitar lo que en Castilla negoció el Francisco de Montejo y el Diego de Ordaz, direlo agora: Al Francisco de Montejo Su Majestad le hizo merced de la gobernación y adelantado de Yucatán e Cozumel, y trujo don y señoría; y al Diego de Ordaz Su Majestad confirmó los indios que tenía en la Nueva España y le dió una encomienda de señor Santiago, y el volcán questá cabe Guaxocingo por armas; y con ello se vinieron a la Nueva España; y dende a dos o tres años el mesmo Ordaz volvió a Castilla y demandó la conquista del Marañón, donde se perdió él y toda su hacienda. Dejemos esto y digamos cómo el obispo de Burgos, que en aquella sazón supo los grandes favores que Su Majestad hizo a Cortés e a todos nosotros los conquistadores, y cómo muy claramente aquellos caballeros por mí ya memorados, que fueron jueces, habían alcanzado a saber los tratos que entre él y Diego Velázquez había, y cómo tomaba el oro que enviábamos a Su Majestad, y encubría y torcía nuestros muchos servicios y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velázquez, si muy triste y pensativo estaba de antes, agora desta vez cayó malo dello y de otros enojos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decía don Alonso de Acebedo Fonseca, arzobispo que fué de Santiago, porque pretendía aquel arzobispado el don Juan Rodríguez de Fonseca. Dejemos de hablar desto y digamos cómo el Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz llegaron a la Nueva España y entraron en México con las reales provisiones que de Su Majestad traían para ser gobernador Cortés. ¡Qué alegría y regocijos se hicieron y qué de correros fueron por todas las provincias de la Nueva España a demandar albricias a las villas questaban pobladas, y qué mercedes hizo Cortés al de las Casas y al Rodrigo de Paz y a otros que venían en su compañía, que eran de su tierra de Medellín! Y es que al Francisco de las Casas le hizo capitán y le dió luego un pueblo que se dice Aguitlán, y al Rodrigo de Paz le dió otros muy buenos pueblos y le hizo su mayordomo mayor y su secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cortés, y también a los que vinieron de su tierra de Medellín a todos les dió indios, y al maestre del navío en que trujeron la nueva de cómo era Cortés gobernador le dió oro con que volvió rico a Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegrías y albricias que se dieron por las nuevas por mí memoradas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos letores, y tienen razón de poner plática sobrello; que cómo pude yo alcanzar a saber lo que pasó en España, ansí de lo que mandó Su Santidad como de las quejas que dieron de Cortés y las respuestas que sobrello propusieron nuestros procuradores, y la sentencia que sobre ello se dió, y otras muchas particularidades que aquí digo y declaro, estando yo en aquella sazón conquistando la Nueva España e sus provincias, no lo pudiendo ver ni oír; yo les respondí que no solamente yo lo alcancé a saber, sino todos los conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro o cinco cartas y relaciones por sus capítulos declarado cómo y cuándo y en qué tiempo acaescieron lo por mí dicho, las

cuales cartas y memoriales escribieron de Castilla nuestros procuradores por que conosciésemos que entendían con mucho calor en nuestros negocios; yo dije en aquel tiempo muchas veces que solamente lo que procuraban, según paresció, eran por las cosas de Cortés y las suyas dellos, y que a nosotros los que lo ganamos y conquistamos, y le pusimos en el estado que Cortés estaba, quedamos siempre con un trabajo sobre otro; y porque hay mucho que decir sobre esta materia, se queda en el tintero, salvo rogar a Nuestro Señor Dios lo remedie y ponga en corazón a nuestro gran césar mande que su reta justicia se cumpla, pues que en todo es muy católico. Pasemos adelante y digamos en lo que Cortés entendió desque le vino la gobernación.

CAPITULO CLXIX

En lo que Cortés entendió después que le vino la gobernación de la Nueva España, cómo y de qué manera repartió los pueblos de indios, y otras cosas que pasaron, y una manera de platicar que sobrello se ha declarado entre personas dotas.

Ya que le vino la gobernación de la Nueva España a Cortés, parésceme a mí y a otros conquistadores de los antiguos, de los de más maduro y prudente consejo, que lo que había de mirar Cortés, [era] acordarse desde el día que salió de la isla de Cuba y tener atención en todos los trabajos que se vió cuando en lo de los arenales desembarcamos, qué personas fueron en le favorescer para que fuese capitán general y justicia mayor de la Nueva España, y lo otro, quién fueron los que se hallaron siempre a su lado en todas las guerras, ansí de Tabasco y Zingapacinga, y en tres batallas de Tascala, y en la de Cholula, cuando tenían puestas las ollas con ají para nos comer cocidos, y también quién fueron en favorecer su partido cuando por seis o siete soldados que no estaban bien con él les hacían requirimientos que se volviese a la Villa Rica y no fuese a México, poniéndole por delante la gran pujanza de guerreros y gran fortaleza de la ciudad, y quién fueron los que entraron con él en México y se hallaron en prender al gran Montezuma, y luego que vino Pánfilo de Narváez con su armada, qué soldados fueron los que llevó en su compañía y le ayudaron a prender y desbaratar al Narváez, y luego quien fueron los que volvieron con él a México al socorro de Pedro de Alvarado, y se hallaron en aquellas puentes y grandes batallas que nos dieron hasta que salimos huyendo de México, que de mill y trescientos soldados quedaron muertos sobre ochocientos y cincuenta con los que mataron en Tustepeque e por los caminos, y no escapamos sino cuatro cientos y cuarenta muy heridos, y a Dios misericordia; y también se le había de acordar de aquella muy temerosa batalla de Otumba, quién, después de Dios, se la ayudó a vencer y salir de aquel tan gran peligro, y después quién y cuántos le ayudaron a conquistar lo de Tepeaca y Cachula y sus comarcas, como fué Ozucar y Guacachula, y

otros pueblos y la vuelta que dimos por Tezcuco para México, y de otras muchas entradas que desde Tezcuco hícimos, ansi como las de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, como echaron, creyendo de nos hogar, y ansimismo las batallas que hobimos con los naturales de aquel pueblo y mexicanos que les ayudaron, y luego la entrada del Saltocán y los peñoles que se llaman hoy día del Marqués, y otras muchas entradas, y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos reencuentros y batallas que en aquel viaje tuvimos, ansí de los de Suchimilco como de los de Tacuba, y vueltos a Tezcuco, quien le ayudó contra la conjuración que tenían concertada y ordenado de le matar cuando sobrello ahorcó a un Villafaña, y pasado esto, quién fué los que le ayudaros a conquistar a México, y en noventa y tres días a la contina, de día y de noche, tener batallas e muchas heridas y trabajos hasta que se prendió Guatemuz, que era el que mandaba en aquella sazón a México, y quién fueron en le ayudar y favorescer cuando vino a la Nueva España un Cristóbal de Tapia para que le diese la gobernación, y demás de todo esto, quien fueron los soldados que escribimos tres veces a Su Majestad en loor de los grandes y muchos y buenos e notables servicios que Cortés le había hecho, y que era dino de grandes mercedes y le hiciese gobernador de la Nueva España; no quiero aquí traer a la memoria otros servicios que siempre a Cortés hacíamos. Pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos, y agora que le vino la gobernación, que, después de Dios, con nuestra ayuda se la dieron, bien fuera que tuviera cuenta con Pero y Sancho y Martín y otros que lo merescían, y el soldado y compañero questaba por su ventura en Colima o Zacatula o en Pánuco o Guazacualco, y los que andaban huyendo cuando despoblaron a Tututepeque, y estaban pobres, y no les cupo suerte de buenos indios, pues había bien que dalles y sacalles de mala tierra, pues que Su Magestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus reales cartas misivas, y no daba Cortés nada de su hacienda, y habíales de dar con que se remediasen, y en todo anteponelles, y siempre cuando escribiese a los procuradores questaban en Castilla en nuestro nombre que procurasen por nosotros, y el mismo Cortés había describir a Su Majestad muy afetuosamente para que nos diese para nosotros y nuestros hijos cargos y oficios reales, todos los que en la Nueva España se hubiese; más digo que mal ajeno de pelo cuelga, e que no procuraba sino para él la gobernación que le trujeron antes que fuese marqués y después que fué a Castilla y vino marqués. Dejemos esto y pongamos aquí otra manera que fuera harto buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva España, según dicen muy dotos conquistadores que la ganamos, de prudente y maduro juicio, que lo que había de hacer en esto: hacer cinco partes la Nueva España; y la quinta parte de las mejores cibdades y cabeceras de todo lo poblado dalla a Su Majestad de su real quinto, y otra parte dejalla para repartir para que fuese la renta dellas para iglesias y hospitales y monasterios, y para que si Su Majestad quisiese hacer algunas mercedes a caballeros que le hayan servido de allí pudiera haber para todos, y las tres partes que quedaban repartillas en su persona de Cortés y en todos nosotros los verdaderos conquistadores, según y de la calidad que sentía que era cada uno, y dalles perpetuos, porque

en aquella sazón Su Majestad lo tuviera por bien, porque como no había gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabía ni tenía noticia destas tierras, estando como estaba en aquella sazón en Flandes, y viendo una buena parte de las del Nuevo Mundo que le entregamos como muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas, y con ello quedáramos, y no anduviéramos como andamos ahora de mula coja e abatidos y de mal en peor, debajo de gobernadores que hacen lo que quieren, y muchos de los conquistadores no tenemos con qué nos sustentar, ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés y a quién dió los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, a Rodrigo de Paz, al fator y veedor y contador que en aquella sazón vinieron de Castilla, a un Avalos y Sayavedra, sus deudos, y a un Barrios, con quien casó su cuñada, hermana de su mujer "la Marcaída", porque no le acusasen la muerte de su mujer y Alonso Lucas, a un Juan de la Torre y Luis de la Torre, a un Villegas, y a un Alonso Valiente, a un Rivera "el Tuerto"; y ¿para qué cuento yo estos pocos? que a todos cuantos vinieron de Medellín e otros criados de grandes señores, que le contaban cuentos de cosas que le agradaban, les dió lo mejor de la Nueva España; no digo yo que era mejor dejar de dar a todos, pues que había de qué más que había de anteponer primero los que Su Majestad le mandaba, y a los soldados, quien le ayudó a tener el ser y valor que tenía, y ayudalles, y pues que ya es hecho, no quiero recitar más. Acuérdome que se traía una plática entre nosotros que cuando había alguna cosa de mucha calidad que repartir, que se traía por refrán, cuando había debates sobrella, que solían decir: "No se lo repartir como Cortés", que se tomó todo el oro, lo más y mejor de la Nueva España para sí, y nosotros quedamos pobres en las villas que poblamos con la miseria que nos cayó en parte, y para ir a entradas que le convenían bien se acordaba a dónde estábamos y nos enviaba a llamar para las batallas y guerras, como adelante diré, y dejaré de contar más lástimas, y de cuál avasallados nos traía, pues no se puede ya remediar, y no dejaré de decir lo que Cortés decía después que le quitaron la gobernación, que fué cuando vino Luis Ponce de León, y desque murió el Luis Ponce dejó por su teniente a Marcos de Aguilar, como adelante diré, y es que íbamos a Cortés a decille algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudaron en las conquistas que le diese de los indios de los muchos que en aquel instante Cortés tenía, pues que Su Majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habían de quitar y luego se los quitaron, y la respuesta que daba era que se sufriesen como él se sufría, que si le volvía Su Majestad hacer merced de la gobernación, que en su concencia que ansí juraba que no lo errase como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos a quien Su Majestad le mandó, y que enmendaría el gran yerro pasado que hizo; y con aquellos prometimientos y palabras blandas creía que quedaban contentos, e iban renegando del y aun maldiciéndole a él y a toda su generación y a cuanto poseía, y hobiese mal gozo dello él y sus hijas. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazón o pocos días antes vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda de Su Majestad, que fué Alonso de Estrada, tesorero, y era natural de Ciudad Real, y vino el fator Gonzalo de Salazar, decía él mismo que

fué el primer hijo de cristiano que nació en Granada, y decían que sus abuelos eran de Burgos, y vino Rodrigo de Albornoz por contador porque ya había fallescido Julián de Alderete, y este Albornoz era natural de Paldinas o de Ragama, y vino el veedor Pedro Almírez Chirino, natural de Ubeda o Baeza, y vinieron otras muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir que en este instante rogó un tal Rangel a Cortés, el cual Rangel muchas veces le he nombrado, que pues no se había hallado en la toma de México ni en ningunas batallas que hobo en la Nueva España, que porque hobiese alguna fama dél que le hiciese merced de le dar una capitanía para ir a conquistar a los pueblos de los zapotecas questaban de guerra y llevar en su compañía a Pedro de Ircio para ser su consejero en lo que había de hacer, y como Cortés conoscía al Rodrigo Rangel que no era para dalle ningún cargo, a causa questaba siempre doliente y con grandes dolores de bubas y muy flaco, y las zancas y piernas muy delgadas y todas llenas de llagas, cuerpo y cabeza abierta, denegaba aquella entrada diciendo que los indios zapotecas eran gente malas de domar por las grandes y altas sierras a donde estaban poblados, y que no podían llevar caballos, y que siempre hay neblinas y rocíos, y los caminos eran angostos y resbalosos, y que no pueden andar por ellos sino, a manera de decir, los pies que por ellos caminan adelante juntos a las cabezas de los que vienen atrás; entiéndanlo de la manera que aquí digo, que así es verdad, porque los que van arriba con los que vienen detrás vienen cabezas con pies, y no era cosa de ir a ellos, y que ya que fuesen, que habían de llevar soldados bien sueltos y rebustos y experimentados en las guerras; y como el Rangel era muy porfiado y de la tierra de Cortés, ques Medellín, hóbole de conceder lo que pedía, y, según después supimos, Cortés lo hobo por bien envialle do se muriese, porque era de mala lengua, e decía malas palabras, y escribió a Guazacualco el mismo Cortés a diez o doce que nombró en la carta que nos rogaba que fuésemos con el Rangel a le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró a mí, y fuimos todos los vecinos que Cortés nos escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas, y que los naturales dellos son gente muy ligeros e cenceños, y con unas voces y silbos que dan retumban todos los valles como a manera de ecos, y como habíamos de llevar al Rangel, no podíamos andar ni hacer cosa que buena fuese; e ya que íbamos algún pueblo, hallábamosle despoblado, y como no estaban juntas las casas, sino unas en un cerro y otras en un valle, y en aquel tiempo llovía, y el pobre de Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teníamos de andar en su compañía, y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros e tiran piedras con hondas, que si nos aguardaban e hiciesen cara, como no podíamos ir por los caminos sino uno a uno, temíamos viniese algún desmán, y el Rangel estaba más malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podía llamar, y volverse cada uno a su casa, y el Pedro de Ircío, que traía por consejero, fué el primero que se lo aconsejó y le dejó y se fué a la Villa Rica, donde vivía, y el Rangel dijo que se quería ir a Guazacualco con nosotros, por ser la tierra caliente, para preva-

lecer de su mal, y los que éramos vecinos de Guazacualco que allí estábamos, por peor tuvimos llevar con nosotros aquel mal pelmazo que la venida que venimos con él a la guerra, y llegados a Guazacualco, luego dijo que quería ir a pacificar las provincias de Zimatán y Talatupán, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que dello habla cómo no habían querido venir de paz a causa de los grandes ríos y ciénegas tembladoras entre quien estaban pobladas, y demás de la fortaleza de las ciénegas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros y tenían muy grandes arcos y tiran muy certero. Volvamos a nuestro cuento: que mostró el Rangel provisiones en aquella villa de Hernando Cortés cómo le enviaba por capitán para que conquistase las provincias questuviesen de guerra, y señaladamente la de Zimatán y Talatupán, y apercibió todos los más vecinos de aquella villa que fuésemos con él, y era tan temido Cortés, que aunque nos pesó no osamos hacer otra cosa desque vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cient soldados de los de a caballo y a pie, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros, y fuemos por Tonalá e Ayagualulco e Copilco y Zacualco, y pasamos muchos ríos en canoas y en balsas, y pasamos por Teutitán, Copilco y por todos los pueblos que llamábamos la Chontalpa, questaban de paz, y llegamos obra de cinco leguas de Zimatán, e en unas ciénegas y malos pasos estaban juntos todos los más guerreros de aquella provincia y tenían hechos unos cercados y grandes albarradas y palos y maderos gruesos, y ellos de dentro, y con unos pretiles y saeteras por donde podían flechar, de presto nos dan una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron a siete caballos e hirieron sobre ocho soldados, y al mismo Rangel, que iba a caballo, le dieron un flechazo en el brazo izquierdo, y no le entró sino muy poco, e como los conquistadores viejos habíamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos a pie descubriendo caminos y celadas, y le habíamos dicho ya otras veces cómo aquellos indios solían pelear muy bien y con maña, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo que votaba a tal que si nos creyera que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los capitanes y le mandásemos en aquella guerra, y luego desque fueron curados los soldados y ciertos caballos que también hirieron, demás de los siete que mataron, mandóme a mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrel muy bravo que era del Rangel y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dije que se quedase bien atrás con los de a caballo y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo; e yendo por nuestro camino para el pueblo de Zimatán, que era en aquel tiempo, bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas ni más ni menos que las pasadas, y tírannos a los que íbamos adelante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrel, e si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me empendolaron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron, y todavía salí herido en una pierna, y a mis compañeros a todos hirieron; y entonces yo di voces a unos indios nuestros amigos que venían un poco atrás de socorro para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones y que los de a caballo se quedasen atrás, porque allí no podían correr ni aprovecharse de los caballos y se los flecharían, y luego acudieron ansí

como lo envié a decir, porque de antes cuando yo me adelanté ansí lo tenía concertado que los de a caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal o mandado, y como vinieron los ballesteros y escopeteros, los hicimos desembarazar las albarradas y se acogieron a unas grandes ciénegas que temblaban, y no había hombre que en ellas entrase que pudiese salir sino a gatas o con gran ayuda; en esto llegó Rangel con los de a caballo, e allí cerca estaban muchas casas que entonces despoblaron los moradores dellas, y reposamos aquel día y se curaron los heridos; otro día caminamos para ir al pueblo de Zimatán, y hay grandes sabanas llanas, y en medio de las sabanas muy malísimas ciénegas, y en una dellas nos aguardaron, y fué con un ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las sabanas, y propusieron que los de a caballo, por cobdicia de los alcanzar y alancear, irían corriendo tras ellos y a rienda suelta atollarían en las ciénegas, y ansí fué como lo concertaron y lo hicieron, que por más que habíamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que había muchas ciénegas y que no corriese por aquallas sabanas a rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias y hechas saeterías y fuerzas junto a las ciénegas, no lo quiso creer, y el primero que atolló en ellas fué el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se habían echado en aquellas malas ciénegas muchos indios para le apañar y llevar vivo a sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenía en la cabeza; y como toda aquella provincia era muy poblada, estaba allí junto otro poblezuelo, fuimos a él y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel y tres soldados que habían herido y desde allí fuimos a otras casas que también estaban sin gente, que entonces lo despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos y bien cercada y sus saeteras; y estando reposando, aun no habría un cuarto de hora vienen tantos guerreros zimatecas y nos cercan en el poblezuelo, que mataron a un soldado y a dos caballos, y tuvimos harto en hacellos apartar, y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza e había muchos mosquitos, que no dormía de noche ni de día, y morciégalos muy grandes que le mordían y desangraban, y como siempre llovía y algunos soldados quel Rangel había traído consigo de los que nuevamente habían venido de Castilla vieron que en tres partes nos habían aguardado los indios de aquella provincia y habían muerto once caballos [1] y heridos a otros muchos aconsejaron al Rangel que se volviese desde allí, pues la tierra era mala de ciénegas y estaba muy malo, y el Rangel, que lo tenía en gana, y porque paresciese que no era de su albedrío y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de

(1) Testado y un soldado.

llamar a consejo sobre ello a personas que eran de su parescer para que se volviesen, y en aquel instante habíamos ido veinte soldados a ver si podíamos tomar alguna gente de unas huertas de cacahuatales que allí junto estaban, y trujimos dos indios y tres indias; y entonces el Rangel me llamó a mí aparte e a consejo porque éramos muy amigos del dicho y él de nosotros, y dijo de su mal de cabeza, y que le aconsejaban los demás soldados que se volviese, y me declaró todo lo que había pasado; entonces le reprehendí su vuelta, y como nos conosciamos de más de cuatro años atrás de la isla de Cuba, le dije: "¡Cómo, señor! ¿qué dirán de vuestra merced, estando junto al pueblo de Zimatán y quererse volver? Pues Cortés no lo terná a bien, y maliciosos que os quieren mal os lo darán en cara que en la entrada de los zapotecas ni aquí no habéis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo como traeyes tan buenos conquistadores que son los de nuestra villa de Guazacualco; pues por lo que toca a nuestra honra e a la de vuestra merced, yo y otros soldados somos en parescer que pasemos adelante, e yo iré con mis compañeros descubriendo ciénegas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasaremos hasta la cabecera de Zimatán, y mi caballo dele vuestra merced a otro caballero que sepa bien menear la lanza e tener ánimo para mandalle, que yo no puedo servir en esto en que voy, y se vengan con los de a caballo algo atrás." Y desquel Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en questaba en el consejo e a grandes voces llamó a todos los soldados e dijo: "Ya es echada la suerte, que ya hemos de ir adelante, que voto a tal o descreo de tal (que siempre este era su jurar y su hablar) si Bernal Díaz del Castillo no me ha dicho la verdad y lo que a todos conviene." Y puesto que algunos soldados les pesó, otros lo hobieron por bueno, y luego comenzamos a caminar puestos en gran concierto, los ballesteros y escopeteros junto conmigo y los de a caballo detrás, por amor de los montes y ciénegas, donde no podían correr caballos, hasta que llegamos a otro pueblo, que entonces le despoblaron los naturales dél, y desde allí fuimos a la cabecera de Zimatán, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara y de presto les hicimos ir huyendo, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas de sus casas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos a llamar con ellos a los zimatecas que vinieran de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonará; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente menuda que teníamos presos, y dímosles toda la presa, y dijeron que traerían de paz a todo el pueblo, y jamás volvieron con respuesta, y entonces me dijo a mí el Rangel: "Voto a tal que me habéis engañado, que habéis de ir a entrar con otros compañeros e que me habéis de buscar otros tantos indios e indias, como los que me hiciste soltar por vuestro consejo." Y

luego fuimos cincuenta soldados, e yo por capitán, e dimos en unos ranchos que tenían entre unas ciénegas que temblaban, que no osamos entrar en ellas, y desde allí se fueron huyendo, por unos grandes breñadales y espinos que se llaman entrellos xihuaquetlán, muy malos, que pasan los pies, y en unas huertas de cacahuatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitán y con aquello le apaciguamos, y los tornó luego a soltar para que llamasen de paz a los zimatecas, y en fin de razones no quisieron venir, y acordamos de nos volver a nuestra villa de Guazacualco; y en esto paró la entrada de Zapotecas y la de Zimatán, y esta es la fama que quería que hobiese del Rangel cuando pidió a Cortés aquella conquista. Quiero decir algunas cosas quel Rodrigo Rangel hizo en aquel camino, que son donaires de reír. Cuando estaban en las sierras de los zapotecas, paresce ser que un soldado de los nuevamente venidos de Castilla le hizo un enojo, y el Rangel dijo y juró y votó a tal que le había de atar en un pie de amigo, e dijo: "¿No hay un bellaco que le eche mano y me le ayude atar?" Entonces estaba allí un soldado que vive agora el Guaxaca, que se dice Hernando de Aguilar, y como era hombre sin malicia, dijo: "Quiérome apartar de aquí, no me lo manden a mí que le eche mano." E el Rangel tuvo tal risa de aquello, que luego perdonó al soldado que le había enojado por lo quel Aguilar dijo. Otra vez, soltóse un caballo a un soldado, que se decía Salazar, y no le podía tomar, e dijo el Rangel: "Ayúdenselo a tomar uno de los más bellacos y ruines que ahí vienen"; e vino un caballero, persona de calidad, que no entendió lo quel Rangel dijo y le tomó el caballo; dale al Rangel tal risa, que a todos nos hizo reír de cosas que decía. Entre soldados tenían diferencias sobre un tributo de cacao que le dió un poblezuelo que tenían entrambos en compañía depositados por Cortés, y aunque no quisieron los compañeros les hizo echar suertes quien se lleva el pueblo; y hacía y decía otras cosas que eran más para reír que no describir. Por este Rodrigo Rangel dijo Gonzalo de Ocampo, por los juramentos e sacramentos que juraba e cosas que decía, que tocaban a Castilla y hacia en el Santo Oficio. No quise hacer capítulo por sí sobresta capitanía que dieron a este Rodrigo Rangel, porque no hicimos cosa buena por falta de tiempo, y el toque de todo, el capitán ser tan doliente y no poderse tener en los pies de malo y tullido, y no de la lengua. Y dende a dos años y poco tiempo más volvimos de hecho a los zapotecas y a las demás provincias, y las conquistamos y trujimos de paz, lo cual diré adelante. Y dejemos desto, y digamos cómo Cortés envió a Castilla a Su Majestad sobre ochenta mill pesos de oro, con un Diego de Soto, natural de Toro, y parésceme que con un Ribera "el Tuerto", que fué su secretario, y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el "Ave Fénix", y también envió a su padre, Martín Cortés, muchos millares de pesos de oro; e lo que sobrello pasó diré adelante.

CAPITULO CLXX

Cómo el capitán Hernando Cortés envió a Castilla a Su Majestad ochenta mill pesos en oro y plata, y envió un tiro que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y en toda ella, y en la mayor parte era de oro bajo revuelto con plata de Mechuacán, que por nombre se decía "El Fénix", y también envió a su padre, Martín Cortés, sobre cinco mill pesos de oro. Y lo que sobrello avino diré adelante.

Pues como Cortés había recogido y allegado obra de ochenta mill pesos de oro, y la culebrina que se decía "El Fénix", ya era acaba de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar a un tan alto emperador como era nuestro gran césar, y decía en un letrero que tenía escrito en la misma culebrina. "Aquesta ave nació sin par; yo en serviros, sin segundo, y vos, sin igual en el mundo", todo lo envió a Su Majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decía Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fué en aquella sazón un Juan de Ribera que era tuerto de un ojo, que tenía una nube, que había sido secretario de Cortés; a lo que yo sentí del Ribera, era una mala herbeta, porque cuando jugaba a naipes y a dados no me parescía que jugaba bien, y demás desto tenía muchos males reveces, y esto digo porque llegado a Castilla se alzó con los pesos de oro que le dió Cortés para su padre, Martín Cortés, y porque se lo pidió el Martín Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando a los bienes que Cortés le había hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que como tenía gran retórica e había sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Burgos; y como el Narváez, por mí muchas veces memorado, y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores de Diego Velázquez, y otros que les ayudaban, e había acaescido en aquella sazón la muerte del Francisco de Garay, todos juntos tornaron a dar muchas quejas de Cortés ante Su Majestad, y tantas y de tal manera, e que fueron parciales los jueces que puso Su Majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efeto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorescido, que si no fuera por el duque de Béjar, que le favoresció y quedó por su fiador, que le mandase Su Majestad tomar residencia e que no le hallarían culpado; y esto hizo el duque porque ya tenía tratado casamiento a Cortés con una señora sobrina suya, que se decía doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Carlos de Arellano, y hermano de unos caballeros y privados del emperador; y como en aquella sazón llegaron los [1] ochenta mill pesos de oro y las cartas de Cortés dando en ellas muchas gracias y ofrescimientos a Su Majestad por las grandes mercedes que le había hecho en dalle la gobernación de México y haber sido servido mandalle favorescer con justicia en la sentencia que dió a su favor cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real Consejo y Cámara, ya

(1) Tachado en el original: "cincuenta, sesenta, setenta".

otras veces por mí memorados; y en fin de más razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó a sosegar con que le fuese a tomar residencia, y por entonces no se habló más dello. Y dejemos ya de decir destos nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrero tan sublimado servidor como Cortés se nombró. Que como se supo en la corte y ciertos duques, marqueses y condes y hombres de gran valía se tenían por tan grandes servidores de Su Majestad, y tenían en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos hobiesen servido a la corona real, tuvieron que murmurar del tiro y aún de Cortés, porque tal blasón escribió. También sé que otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla, y el duque de Béjar, y el conde de Aguilar, dijeron a los mismos caballeros que habían puesto en pláticas que era muy bravoso el blasón de la culebrina: "No se marivillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro; veamos agora, en nuestros tiempos, ¿habido capitán que tales hazañas y que tantas tierras haya ganado, sin gasto y sin poner en ello Su Majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido a nuestra santa fe?; y demás desto, no solamente él, sino los soldados y compañeros que tienen que le ayudaron a ganar una tan fuerte ciudad y de tantos vecinos, y de tantas tierras, son dinos de que Su Majestad les haga muchas mercedes; porque si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados que hicieron heroicos hechos y sirvieron a la corona real y a los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras y rentas." Y con estas palabras se olvidó lo del blasón; y porque no pasase de Sevilla la culebrina tuvimos nueva que a don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León, le hizo Su Majestad merced della, y que la deshicieron y afinaron el oro y lo fundieron en Sevilla, e dijeron que valió sobre veinte mil ducados; y en aquel tiempo como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que había enviado la primera vez, que fueron la luna de oro y el sol de plata, y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernández Puerto Carrero, y lo que hobo enviado la segunda vez con Alonso de Avila y Quiñones, questo fué la cosa más rica que hobo en la Nueva España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de México, y lo robó Juas Florín francés e como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, ansí en Castilla y en otras partes de la cristiandad, y en todas partes fué muy loado. Dejemos desto y digamos en qué paró el pleito de Martín Cortés con el Ribera sobre los tantos mill pesos que enviaba Cortés a su padre, y es (1) que andando en el pleito y pasando el Ribera por la villa del Cadahalso, comió o almorzó unos torreznos, e ansí como los comió, murió sópitamente y sin confesión. Perdónele Dios, amén. Dejemos lo acaescido en Castilla y volvamos a decir de la Nueva España cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de México que fuese muy poblado de los naturales mexicanos como de antes estaban, y les dió franquezas y libertades que no pagasen tributo a Su Majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas las calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solía venir el agua de Chapulteque para

(1) Testado en el original: "que el que con mal anda en peor acaba".

entrar en México, y en la poblazón de los españoles tuviese hechas iglesias y hospitales y atarazanas, y otras cosas que convenían; y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general dellos un muy buen religioso, que se decía fray Martín de Valencia, y era natural de una villa de tierra de Campos que se dice Valencia de Don Juan, y este muy reverendo religioso venía nombrado por el Santo Padre para ser vicario. Y lo que en su venida y rescebimiento se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXXI

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venía por su vicario y guardián fray Martín de Valencia, y era tan buen religioso que había fama que hacía milagros; era natural de una villa de tierra de campos que se dice Valencia de don Juan, y sobre lo que en su venida Cortés hizo.

Ya he dicho en los capítulos pasados que sobrello hablan cómo habíamos escrito a Su Majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos, de buena y santa vida para que nos ayudasen a la conversión y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volviesen cristianos y les pedricasen nuestra santa fe, como se la dábamos a entender desque entramos a la Nueva España, y sobrello había escrito Cortés juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva España a don fray Francisco de los Angeles, que era general de los franciscos, que después fué cardenal, para que nos hiciese mercedes que los religiosos que enviase de santa vida para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada y los naturales destas tierras conosciesen lo que les decíamos cuando estábamos batallando con ellos, que les decíamos que Su Majestad enviaría religiosos de mucho mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen a entender los razonamientos y predicaciones que les decíamos que eran verdaderos; y el general don fray Francisco de los Angeles nos hizo mercedes que luego envió los doce religiosos que dicho tengo, y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusiéronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de México, que quiere decir en su lengua el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba a los indios y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les pedricaba, y los indios le querían mucho porque era una santa persona. Volvamos a nuestra relación. Como Cortés supo questaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y donde posasen les hiciesen ranchos, si fuese en el campo; y en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, que les saliesen a rescibir y les repicasen las campanas, que en aquella sazón había en cada pueblo, y que todos comúnmente después de les haber recebido les hiciese mucho acato,

y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas, y con las cruces que hobiese y con más humildad, y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de México, el mesmo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a rescebir; juntamente fueron con nosotros Guatemuz el señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; e ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le fué a besar las manos fué Cortés, y no lo consistió, y le besó los hábitos y a todos los más religiosos, y ansí hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de México. Y desque el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballos, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, ansí arrodillado delante dellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos rescibimientos y acatos según de la manera que dicho tengo, y más digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía gran acato; y ciertamente estos buenos religiosos franciscos hicieron mucho fruto en toda la Nueva España. Dejemos los en buena cosa y digamos de otra materia y es que dende a tres años e medio, o poco tiempo más adelante, vinieron doce frailes dominicos, e venían por provincial o prior dellos un religioso que se decía fray Tomás Ortiz; era vizcaíno, e decían que había estado por prior o provincial en unas tierras que se dicen Las Puntas; e quiso Dios que cuando vinieronles dió dolencia de mal de modorra, de que todos los más murieron, lo cual diré adelante, e cómo e cuándo e con quién vinieron, e la condición que decían tenía el prior, e otras cosas que pasaron; e de cómo han venido otros muchos e buenos religiosos e de santa vida de la misma orden de Santo Domingo, e han sentido su gran ejemplo, y muy santos, e han industriado a los naturales desta provincia de Guatimala en nuestra santa fe muy bien, e han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta santa materia de los religiosos; e diré que como Cortés siempre temía que en Castilla por parte del obispo de Burgos se juntarían otra vez los partidarios de Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, e dirían mal dél delante del emperador nuestro señor, e como tuvo nueva cierta, por cartas que le enviaron su padre Martín Cortés y Diego de Ordaz, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los

más pesos de oro que podía allegar ansí de su gobernación como de lo que le ofrendaban los caciques de toda la tierra, lo uno para que conosciese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heroicos hechos e buenas hazañas, e lo más principal que Su Majestad le favoresciese y hiciese mercedes. E entonces le envió treinta mill pesos, e con ellos escribió a Su Majestad, lo cual diré adelante.

CAPITUO CLXXII

Cómo Cortés escribió a Su Majestad y le envió treinta mill pesos de oro, y cómo estaba entendiendo en la conversión de los naturales e reedificación de México, y de cómo había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí a pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dió relación de otras cosas que habían pasado en México, y en el navío que iban con las cartas de Cortés envió otras cartas muy secretas el contador, que se decía Rodrigo de Albornoz, y en ellas decía mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos, y lo que Su Majestad sobrello mandó proveer.

Teniendo ya Cortés en sí la gobernación de la Nueva España por mandado de Su Majestad, parescióle seria bien hacerle sabidor cómo estaba entendiendo en la santa conversión de los naturales y la reedificación de la gran ciudad de Tenustitlán (México), y también le dió relación cómo había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí a poblar unas provincias que se nombran Honduras, y que le dió cinco navíos bien bastecidos e gran copia de soldados e bastimentos, y muchos caballos e tiros, y escopeteros y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y quel Cristóbal de Olí se alzo con todo ello, y quien le aconsejó que se alzase fué un Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que, si Su Majestad era servido, que tenía determinado de enviar con brevedad otro capitán para que le tome la misma armada y le traiga preso, o ir él en persona, porque si se quedaba sin castigo se atreverían otros capitanes a se levantar con otras armadas que por fuerza había de enviar a conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, e a esta causa suplicaba a Su Majestad le diese licencia para ello; y también se envió a quejar del Diego Velázquez, no tan solamente por lo del capitán Cristóbal de Olí, sino por las conjuraciones y escándales, que por sus cartas que enviaba desde la isla de Cuba para que matasen a Cortés, causa porque en saliendo de aquella ciudad de México para ir a conquistar algunos pueblos recios que se levantaban, hacían conjuraciones los de la parte del Diego Velázquez para le matar y levantar con la gobernación, y que había hecho justicia de uno de los más culpados, y queste favor le daba el obispo de Burgos questá por

presidente de Indias, en ser amigo del Diego Velázquez; y escribió cómo le enviaba e servia con treinta mill pesos de oro, y que si no fuera por los bullicios y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho más oro, y que con el ayuda de Dios y en la buena ventura de Su Real Majestad, que en todos los navíos que de México fuesen enviaría lo que pudiese; y asimismo escribió a su padre, Martín Cortés, e a un su deudo que se decía el licenciado Francisco Núñez, que era relator del Real Consejo de Su Majestad, y también escribió a Diego de Ordaz, en que les hacía saber todo lo por mí atrás dicho; y también dió noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, questaba por contador, que secretamente andaba murmurando en México de Cortés, porque no le dió indios como él quisiera, y también porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, e no se la quiso dar porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad; y les dió aviso que había sabido que fue secretario del estado de Flandes y que era muy servidor de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que era hombre que tenía por costumbre describir cosas nuevas, y aun por cifras, que por ventura escribiría al obispo, como era presidente de Indias, cosas contrarias de la verdad, porque en aquel tiempo no sabíamos que le habían quitado el cargo al obispo; que tuviesen aviso de todo. Y estas cartas envió duplicadas, porque siempre se temió quel obispo de Burgos, como era presidente, había mandado a Pedro de Isasaga y a Juan López de Recalte, oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviasen en posta para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazón Su Majestad había venido de Flandes y estaba en Castilla, para hacer relación el obispo a Su Majestad y ganar por la mano antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés; y aún en aquella sazón no sabíamos en la Nueva España que habían quitado el cargo al obispo de ser presidente. Dejemos de las cartas de Cortés, y diré que en este navío donde iba el pliego de Cortés envió el contador Albornoz, por mí memorado, otras cartas a Su Majestad y al obispo de Burgos y al Real Consejo de Indias; y lo que en ellas decía, por capítulos, hizo saber todas las causas e cosas que de antes había sido acusado Cortés, cuando Su Majestad le mandó poner jueces a los caballeros de su Real Consejo, ya otra vez por mí nombrados en el capítulo que dello habla, cuando por sentencia que sobre ello [hobo] *nos dieron por muy leales servidores de su Majestad;* y demás de aquellos capítulos, agora de nuevo escribió que Cortés demandaba a todos los caciques de la Nueva España muchos tejuelos de oro, y les mandaba sacar oro de las minas, que todo esto decía Cortés que era para enviar a Su Majestad y se quedaba con ello e no lo enviaba a su Majestad; e que hizo unas casas muy fortalescidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores para las casar con españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres, y que no se las da por tenerlas por amigas; y dijo que todos los caciques y principales le tenían en tanta estima como si fuera rey, y que en esta tierra no conocen a otro rey si señor sino a Cortés, e como rey llevaba quinto, y que tiene gran cantidad de barras de oro atesorado, y que no ha sentido bien de su persona si está alzado o será leal, y que había nescesidad que su Majestad, con brevedad, man-

dase venir a estas partes un caballero con gran copia de soldados, muy apercebidos, para quitar el mando y señorío; y escribió otras cosas sobre esta materia. Y quiero dejar de más particularizar lo que iba en las cartas y diré que fueron a manos del obispo de Burgos, que residía en Toro; y como en aquella sazón estaba en la Corte el Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, ya otras veces por mi memorados, y todos los procuradores del Diego Velázquez, les avisó el obispo para que nuevamente se quejasen ante su Majestad de Cortés, de todo lo que antes le hobieron dado relación, y dijesen que los jueces que puso su Majestad que se mostraron por la parte de Cortés por dádivas que les dió, y que su Majestad fuese servido viese agora nuevamente lo que escribe el contador, su oficial, y para testigo dello hicieron presentación de las cartas. Pues viendo su Majestad las cartas y las palabras y quejas quel Narváez decía muy entonado, porque así hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas, y el obispo que les ayudó con otras cartas de favor, dijo su Majestad: "Yo quiero enviar a castigar a Cortés, que tanto mal dicen de él que hace, y aunque más oro envíe, porque más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar." Y mandó proveer que luego despachasen al almirante de Santo Domingo que viniese a costa de Cortés con docientos soldados, y si le hallase culpado le cortase la cabeza y castigase a todos los que fuimos en desbaratar a Narváez, y por que viniese el almirante le habían prometido el almirantazgo de la Nueva España, que en aquella sazón traía pleito en la Corte sobrél. Pues ya dadas las provisiones, paresció ser el almirante se detuvo ciertos días que no se atrevió a venir porque no tenía dineros, y ansimismo porque le aconsejaron que mirase la buena ventura de Cortés, que con haber traído Narváez toda la armada que trujo, le desbarató, y que era aventurar su vida y estado y no saldría con la demanda, especialmente que no hallarían en Cortés ni en sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealdad; y demás desto, según paresció, dijeron a su Majestad que era gran cosa dar el almirantazgo de la Nueva España por poco servicio que le podría hacer en aquella jornada que le enviaba. Y ya que se andaba apercibiendo el almirante para venir, alcanzáronlo a saber los procuradores de Cortés y su padre, Martín Cortés, y un fraile que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, y como tenían las cartas que les envió Cortés duplicadas y entendieron por ellas que había trato doble en el contador Albornoz, todos juntos se fueron luego al duque de Béjar y le dan relación de todo lo arriba por mí memorado, y le mostraron las cartas de Cortés. Y como supo que enviaban al almirante tan de repente y con muchos soldados, hobo gran sentimiento dello el duque, porque ya estaba concertado de casar a Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque, y luego sin más dilación fué delante de su Majestad, acompañado con ciertos condes deudos suyos, y con ellos iba el viejo Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y fray Pedro Melgarejo de Urrea. Y cuando llegaron delante del Emperador nuestro señor, se le humillaron e hicieron todo el acato debido que eran obligados a nuestro Rey y señor, y dijo el mismo duque que suplicaba a su Majestad que no diese oídos a una carta de un hombre como era el Albor-

noz, que era muy contrario a Cortés, hasta que hobiese otras informaciones de fe y de creer, y que no se enviase armada; y más dijo: que cómo siendo tan cristianísimo Su Majestad, y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba a mandar prender a Cortés y a sus soldados, habiéndole hecho tan buenos y leales servicios que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras hayan hecho otros vasallos a los reyes pasados, e que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora por Cortés y sus soldados, que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que ahora la torna a poner de nuevo por fiadora, con todos sus estados, y que siempre nos hallaría leales, lo cual su Majestad vería adelante. Y demás desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba a su padre, que en ellas da relación por qué causas escribía el contador mal contra el Cortés, que fué, como dicho tengo, porque no le dió buenos indios como él los demandaba, y una hija de un cacique; e más le dijo el duque, y que mirase su Majestad cuántas veces le ha enviado y servido con mucha cantidad de oro, e dió otros muchos descargos por Cortés. Y viendo su Majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros teníamos, mandó proveer que le viniese a tomar residencia persona que fuese caballero, y de calidad y ciencia, y temeroso de Dios. En aquella sazón estaba la Corte en Toledo, y por teniente de corregidor del conde de Alcaudete un caballero que se decía el licenciado Luis Ponce de León, primo del mesmo conde don Martín de Córdoba, que ansí se llamaba, que en aquella sazón era corregidor de aquella ciudad; y Su Majestad mandó llamar a este licenciado Luis Ponce, le mandó que fuese luego a la Nueva España y le tomase residencia a Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase. Y el licenciado dijo quél cumpliría el real mando, y se comenzó apercebir para el camino; y no vino con tanta priesa porque tardó en llegar a la Nueva España más de dos años. Y dejallo he aquí, ansí a los del bando del Diego Velázquez, que acusaban a Cortés, como al licenciado Luis Ponce de León, que se aderezaba para el viaje; y, aunque vaya muy fuera de mi relación y pase adelante, es por lo que agora diré. Que a cabo de dos años alcanzamos a saber todo lo por mí aqui dicho de las cartas del Albornoz, y para que sepan los curiosos letores cómo siempre tenía por costumbre el mesmo Albornoz descrebir a Su Majestad lo que no pasó. Bien ternán noticia las personas que han estado en la Nueva España y ciudad de México cómo en el tiempo que era visorrey de México don Antonio de Mendoza, que fué un muy ilustrísimo varón, digno de buena memoria, que haya santa gloria, y gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo de Albornoz escribió a Su Majestad diciendo males de su gobernación, y las mismas cartas que envió a la Corte volvieron a la Nueva España a manos del mismo virrey; y desque las hobo entendido, envió a llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy despacio, que así hablaba el virrey, le muestra las cartas y le dijo: "Pues que tiene por costumbre de escrebir a Su Majestad, escrebid la verdad, y andad con Dios"; y quedó muy avergon-

zado y afrentado el contador [1]. Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo Cortés, sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado que en la Corte se había tratado contra él, envió una armada contra Cristóbal de Olí, a Honduras. Y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXIII

Cómo sabiendo Cortés que Cristóbal de Olí se había alzado con la armada y había hecho compañía con Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envió contra él a un capitán que se decía Francisco de las Casas. Y lo que le sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relación para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla cómo Cortés envió a Cristóbal de Olí con una armada a lo de Honduras, y se alzó. Como Cortés supo quel Cristóbal de Olí se había alzado con el armada con favor de Velázquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya había hecho relación dello a su Majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendía de ir o enviar contra el Cristóbal de Olí a otros capitanes, e en aquella sazón había venido de Castilla a México un caballero que se decía Francisco de las Casas, persona de quien se podía fiar, e su deudo, acordó de le enviar contra el Cristóbal de Olí con cinco navíos bien artillados y bastecidos y cient soldados, y entrellos iban conquistadores de México, de los que Cortés había traído de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano, y un Juan Núñez de Mercado, y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que se murieron en al camino, por excusar prolijidad. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Olí, salió del puerto de la Veracruz con sus navíos bien bastecidos, muy veleros y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó a una bahía que llamaron El Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Olí tenía su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, según ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla. Y desque el Cristóbal de Olí vió aquellos navíos surtos en su puerto, puesto quel Francisco de las Casas ansí como llegó mandó poner banderas de paz, no lo tuvo

(1) Testado en el original: "como un Gonzalo de Campo, ya otras muchas veces por mi nombrado, que fué el que hizo los libelos infamatorios que otras veces he dicho, como conosció la condición del Albornoz, dijo en su libelo *Fray Sarsapelete.*

Fray Rodrigo de Albornoz,
guardaos del, mas no de feroz,
que jamás tuvo secreto.
Un buen predicador
me hobo bien avisado
que era mal frecuentador
y raposo muy doblado.

por cierto el Cristóbal de Olí, antes mandó apercebir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados y le defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra. Y desque aquello vió el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar e echar a la mar sus bateles con muchos hombres bien apercebidos, y con unos tiros, alconetes y escopetas y ballestas. Y él con ellos, con pensamiento que de una manera o de otra tomar tierra, y el Cristóbal de Olí por defendella, tuvieron en la mar buena pelea; y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario a fondo y mató cuatro soldados e hirieron otros. Y desque el Cristóbal de Olí vió que no tenía allí todos sus soldados, porque los había enviado pocos días había en dos capitanías a entrar en un río que llaman de Pechín a prender otro capitán questaba conquistando en aquella provincia, que se decía Gil González de Avila, porque el río de Pechin caía en la gobernación del Golfo Dulce, y los estaba aguardando por horas a sus gentes, acordó el Cristóbal de Olí de demandar partido de paz al Francisco de las Casas, porque bien creído tenía el Cristóbal de Olí que si tomaba tierra que había de venir a las manos; y por [no] tener sus soldados juntos, demandó las paces; y el de las Casas acordó destarse aquella noche con sus navíos en la mar, apartado de tierra, al reparo o pairando, con intención de se ir a otra bahía a desembarcar, y también porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serían en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Olí; y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Olí. Pues estando con este acuerdo, fué la ventura tal de Cristóbal de Olí, y desdicha del de las Casas, que hobo aquella noche un viento Norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dió con los navíos del Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traía y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos; y estuvieron sin comer dos días, y muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovía mucho, y tuvieron trabajo y frío. Y el Cristóbal de Oií, muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas y los demás soldados que prendió, les hizo luego jurar que siempre serían en su ayuda y serían contra Cortés si viniese aquella tierra en perosna. Y desque hobieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas. Y dende a pocos días vinieron sus capitanes, que habían enviado a prender al Gil González de Avila, que, según paresció, el Gil González había venido por gobernador y capitán del Golfo Dulce y había poblado una villa que le nombraron San Gil de Buena Vista, que estaba obra de una legua del puerto que agora llaman Golfo Dulce, porque el río de Pechin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil González no tenía consigo sino muy pocos soldados, porque habían adolescido todos los de más, e dejaba poblado con otros soldados la mesma villa de Buena Vista. Y como el Cristóbal de Olí tuvo noticia dello, les envió a prender; y sobre no dejarse prender le mataron ocho españoles de los de Gil González de Avila, y a un sobrino, que se decía Gil de Avila. Y como el Cristóbal de Olí se vió con dos prisioneros que eran capitanes, estaba

muy alegre y contento, y como tenía fama desforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió a la isla de Cuba a su amigo Diego Velázquez, y luego se fué desde el Triunfo de la Cruz, la tierra adentro, a un buen pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y había otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que agora está destruído él y todos los demás. Y esto digo porque yo lo vi y me hallé en ello, y en San Gil de Buena Vista, y en el río de Pechín, y en río de Bahama, y lo he andado en el tiempo que fuí con Cortés, según más largamente lo diré desque venga a su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación. Que ya quel Cristóbal de Olí estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y gran copia de soldados, desde allí enviaba hacer entradas a otras partes, y envió por capitán a un Briones, otras veces por mí memorado, el cual Briones fué uno de los primeros consejeros para que se alzase el Cristóbal de Olí, y de suyo era bollicioso, y aun tenía cortadas las asillas bajas de las orejas. Y decía el mismo Briones que estando en una fortaleza, siendo soldado, se las habían cortado porque no se quería dar él ni otros capitanes; el cual Briones ahorcaron después en Guatimala por revolvedor y amotinador de ejércitos. Volvamos a nuestra relación. Pues yendo por capitán aquel Briones, con gran copia de soldados, túvose fama en el real de Cristóbal de Olí que se había alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía y se iba a la Nueva España, y salió verdad. Y viendo esto el Francisco de las Casas y el Gil González de Avila, questaban presos, y hallaron tiempo oportuno para matar al Cristóbal de Olí, e como andaban sueltos, sin prisiones, por no tenelles en nada, porque se tenía por muy valiente el Cristóbal de Olí, muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: "¡Aquí del Rey, y Cortés, en su real nombre, contra este tirano!", le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, burlando y riendo, le decía al Cristóbal de Olí: "Señor capitán: soltame; iré a la Nueva España a hablar a Cortés y dalle razón de mi desbarate, e yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernación, y por su capitán; y mire ques su hechura, y pues mi prisión no hace a su caso, antes le estorbo en las conquistas". Y el Cristóbal de Olí respondió que él estaba bien ansí, y que se holgaba tener a un tan varón en su compañía. Y desque aquello vió el Francisco de las Casas, le dijo: "Pues mire bien por su persona, que un día o otro tengo de procurar de le matar"; y esto se lo decía medio burlando y riendo. Y el Cristóbal de Olí no se le dió nada por lo que decía, y teníalo como cosa de burla. Y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando a una mesa, y habiendo alzado los manteles, y se habían ido a cenar los maestresalas y pajes, y estaban delante Juan Núñez

de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés, que sabían el concierto, y el Francisco de las Casas y el Gil González de Avila cada uno tenían escondido un cuchillo de escribanía, muy agudo, como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Olí de las conquistas de México y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Olí de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dió por la garganta con el cuchillo, que le traía hecho como una navaja para el efecto. Y juntamente con el Gil González de Avila y los soldados de Cortés, de presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer. Y como era muy recio y membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló, dando voces: "¡Aquí los míos!"; mas como todos estaban cenando, o su ventura fué tal que no acudieron tan presto, se fué huyendo a esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarían. Y puesto que venieron de presto muchos dellos a le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces, y apellidando: "¡Aquí del Rey e de Cortés, contra este tirano, que ya no es tiempo de más sufrir sus tiranías!" Pues como oyeron el nombre de Su Majestad e de Cortés, todos los que venían a favorecer la parte de Cristóbal de Olí no osaron defendelle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de echo esto se pregonó que cualquiera persona que supiese del Cristóbal de Olí y no descubriese, muriese por ello. Y luego se supo dónde estaba, y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos dos capitanes dieron le degollaron en la plaza de Naco. Y ansí murió por se haber alzado por malos consejeros, y con ser hombre muy esforzado y sin mirar que Cortés le había hecho su maestre de campo y dado muy buenos indios. Y era casado con una portuguesa que se decía Felipa de Arauz, y tenía una hija. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura del Cristóbal de Olí y faciones, y de qué tierra era, y qué condición tenía, en esto no diré más sino que desque el Francisco de las Casas y Gil González de Avila se vieron libres y su enemigo muerto, juntaron sus soldados y entrambos dos fueron capitanes muy conformes; y el de las Casas pobló a Trujillo, y púsole aquel nombre porque era natural de Trujillo de Extremadura; y el Gil González envió mensajeros a San Gil de Buena Vista, que dejaba poblada, a hacer saber lo que había pasado y a mandar a un su teniente, que se decía Armenta, que se estubiesen poblados como los había dejado y no hiciese alguna novedad, porque iba a la Nueva España a demandar socorro y ayuda de soldados a Cortés, y que presto volvería. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos capitanes de se venir a México a hacer saber a Cortés todo lo acaescido. Y dejallo he aquí hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado que se hizo en Naco, que arriba está referido.

CAPITULO CLXXIV

Cómo Hernando Cortés salió de México para ir camino de las Higueras en busca de Cristóbal de Olí y de Francisco de las Casas y de los demás capitanes y soldados que envió; y de los caballeros y qué capitanes sacó de México para ir en su compañía, y del aparato y servicio que llevó hasta llegar a la villa de Guazaqualco, y de otras cosas que pasaron.

Como el capitán Hernando Cortés había pocos meses que había enviado al Francisco de las Casas contra el Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo pasado, parecióle que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica de minas de oro; y a esta causa estaba muy codicioso, ansí por las minas como pensativo en los contrastes que podían acaescer en la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear. Y como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona; y no porque no conoscía muy bien quel que envió era varón para cualquier cosa de afrenta. Y estando en estos pensamientos, acordó de ir, y dejó en México buen recaudo de artillería, ansí en la fortaleza como en las atarazanas, y dejó por gobernadores en su lugar tenientes al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz. Y si supiera de las cartas que Albornoz hobo escrito a Castilla a Su Majestad diciendo mal dél, no le dejara tal poder, y aún no sé yo cómo le aviniera por ello. Y dejó por su alcalde mayor al licenciado Zuazo, ya otra vez por mí nombrado, y por teniente del alguacil mayor y su mayordomo de todas sus haciendas a un Rodrigo de Paz, su deudo; y dejó el mayor recaudo que pudo en México; y encomendó a todos aquellos oficiales de la hacienda del Rey, a quien dejaba el cargo de la gobernación, que tuviesen gran cuidado de la conversión de los naturales, y ansimismo lo encomendó a un fray Toribio Motolinea, de la orden del señor San Francisco, y a otros buenos religiosos; y que mirasen no se alzase México ni otras provincias. Y por que quedase más pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, trujo consigo al mayor señor de México, que se decía Guatemuz, otras muchas veces por mí nombrado, que fué el que nos dió guerra cuando ganamos a México, y también al señor de Tacuba, y a un Juan Velázquez, capitán del mismo Guatemuz, y a otros muchos principales, y entrellos a Tapiezuela, que era muy principal; y aun de la provincia de Mechuacán trujo otros caciques, y a doña Marina, la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya era fallescido; y trujo en su compañía muchos caballeros y capitanes, vecinos de México, que fué Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y Luis Marín, y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodríguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos y Sayavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo "el Romo", y Jerónimo Ruiz de la Mota, Alonso de Grado, Santa Cruz, burgalés; Pedro Solís Casquete, Juan Jaramillo, Alonso Valiente y un Navarrete, y un Serna, y Diego de Mazariegos, primo del tesore-

ro, y Gil González de Benavides, y Hernán López de Avila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trujo un clérigo y dos frailes franciscos, flamencos, grandes teólogos, que predicaban en el camino; y trujo por mayordomo a un Carranza, y por maestresalas a Juan de Jaso, y a un Rodrigo Mañueco, y por botiller a Serván Bejarano, y por repostero a un Fulano de San Miguel, que vivía en Guaxaca, por despensero a un Guinea, que ansimismo fué vecino de Guaxaca; y trujo grandes bajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata, un Tello de Medina; y por camarero, un Salazar, natural de Madrid; y por médico a un licenciado Pedro López, vecino que fué de México; y zurujano, a maese Diego de Pedraza; y muchos pajes, y uno dellos era don Francisco de Montejo, el que fué capitán en Yucatán el tiempo andando; no digo al adelantado su padre; y dos pajes de lanza, quel uno se decía Puebla; y ocho mozos despuelas; y dos cazadores halconeros, que se decían Perales y Garcí Caro, y Alvaro Montáñez; y llevó cinco chirimías y sacabuches y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos y hacía títeres; y caballerizo, Gonzalo Rodríguez de Ocampo; y acémilas, con tres acemileros españoles; y una gran manada de puercos, que venía comiendo por el camino; y venía con los caciques que dicho tengo sobre tres mill indios mexicanos, con sus armas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos caciques. Ya questaban de partida para venir su viaje, viendo el factor Salazar y el veedor Chirinos, que quedaban en México, que no les dejaba Cortés cargo ninguno ni se hacía tanta cuenta dellos, como quisieran, acordaron de se hacer muy amigos del licenciado Zuazo y de Rodrigo de Paz y de todos los conquistadores viejos amigos de Cortés que quedaban en México, y todos juntos le hicieron un requirimiento a Cortés que no salga de México, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzará toda la Nueva España; y sobrello pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés a los que le hacía el requirimiento. Y desque no le pudieron convencer a que se quedase, dijo el fator y veedor que le querían venir a servir y acompañarle hasta Guazacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de México de la manera que he dicho, saber yo decir los grandes rescibimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaba se le hacían fué cosa maravillosa, y más se le juntaron en el camino otros cincuenta soldados y gente extravagante, nuevamente venidos de Castilla, y Cortés les mandó ir con dos caminos hasta Guazacualco, porque para todos juntos no habría tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas, el fator Gonzalo de Salazar y el veedor íbanle haciendo mill servicios a Cortés, en especial el fator, que cuando con el Cortés hablaba, la gorra quitaba hasta el suelo y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de gran amistad, con retórica muy subida le iba diciendo que se volviese a México y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes; y aun algunas veces, por le complacer, iba cantando por el camino junto a Cortés, y decía en los cantos: "¡Ay tío, y volvámonos! ¡Ay tío, volvámosnos, questa mañana he visto una señal muy mala ! ¡Ay tío, volvámonos!" Y respondíale Cortés, cantando: "¡Adelante, mi sobrino! ¡Adelante, mi sobrino, y no creais en agüeros, que será lo

que Dios quisiere! Adelante, mi sobrino!" E dejemos de hablar en el fator y de sus blandas y delicadas palabras, y diré cómo en el camino, en un poblezuelo de un Ojeda "el Tuerto", ques cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con doña Marina, la lengua, delante de testigos. Pasemos adelante, y diré cómo van camino de Guazacualco y llegan a un pueblo grande que se dice Guaspaltepeque, que era de la encomienda de Sandoval. Y como lo supimos en Guazacualco que venía Cortés con tanto caballero, ansí alcalde mayor como capitanes y todo el cabildo y regidores fuimos treinta y tres leguas a lo rescibir a Cortés y a dalle el para bien venido, como quien va a ganar beneficio. Y esto digo aquí por que vean los curiosos letores e otras personas qué tan tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacía más de lo que él quería, agora fuese bueno o malo. Y desde Guaspaltepeque fué caminando a nuestra villa; y en un río grande que había en el camino comenzó a tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron dos canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo sacar cosa ninguna a causa questaba el río lleno de lagartos muy grandes. Y desde allí fuimos a un pueblo que se dice Uluta, y hasta llegar a Guazacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado. Pues quiero decir el gran recaudo de canoas que teníamos ya mandado questuviesen aparejadas y atadas de dos en dos en el gran río, junto a la villa, que pasaban de trecientas. Pues el gran rescibimiento que le hecimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos e moros, y otros grandes regocijos e invenciones de juegos; y le aposentamos lo mejor que pudimos, así a Cortés como a todos los que traía en su compañía, y estuvo allí seis días. Y siempre el fator le iba diciendo que se volviese del camino que traía; que mirase a quién dejaba en su poder; que tenía al contador por muy revoltoso e doblado e amigo de novedades, y que el tesorero se jactanciaba que era hijo del rey católico, y que no sentía bien de algunas cosas e pláticas; que en ellos vió que hablaban en secreto después que les dió el poder, y aun de antes; y, demás desto, ya en el camino tenía Cortés cartas que enviaban desde México diciendo mal de su gobernación de aquellos que dejaba. Y dello avisaban al fator sus amigos, y sobrello decía el fator a Cortés que también sabría él gobernar, y el veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en México, y se le ofrescieron por muy servidores. Y decía tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras, que le convenció para que le diesen poder a el fator e a Chirinos, veedor, para que fuesen gobernadores, y fué con esta condición: que si viesen quel Estrada y el Albornoz no hacían lo que debían al servicio de Nuestro Señor y de Su Majestad, gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hobo en México, como adelante diré después que haya pasado cuatro capítulos y hayamos hecho un muy trabajoso camino; y hasta lo haber acabado y estar en una villa que se llamaba Trujillo no contaré en esta relación cosa de lo acaescido en México. Y quiero decir que a esta causa dijo el Gonzalo de Ocampo en sus libelos infamatorios:

¡Oh fray Gordo de Salazar,
fator de las diferencias!
Con tus falsas reverencias
engañaste al provincial.
Un fraile de santa vida
me dijo que me guardase
de hombre que así hablase
retórica tan polida.

Dejemos de hablar de libelos, y diré que cuando se despidieron el fator y el veedor de Cortés para se volver a México, con cuántos cumplimientos y abrazos. Y tenía el fator una manera como de sollozos, que parescía que quería llorar al despedirse, y con sus provisiones en el seno, de manera quél las quiso notar. Y el secretario, que se decía Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo. Vuelven para México, y con ellos Hernán López de Avila, questaba malo de dolores e tullidos de bubas. Y dejémoslos ir su camino, que no tocaré en esta relación en cosa ninguna de los grandes alborotos y cizañas que en México hobo hasta su tiempo y lugar, desque hobiéremos allegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados con otros muchos que salimos de Guazacualco hasta que hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, questuvimos en puntos de nos perder, a según adelante diré, y porque en una sazón acaescen dos cosas y por no quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir nuestro trabajosísimo camino.

CAPITULO CLXXV

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el fator y veedor a México, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de las grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años e tres meses que tardamos en el viaje.

Después de despedidos el fator y veedor a México, lo primero que mandó Cortés fué escrebir a la Villa Rica a un su mayordomo que se se decía Simón de Cuenca, que cargasen dos navíos que fuesen de poco porte de biscocho de maíz, que en aquella sazón no se cogía pan de trigo en México, y seis pipas de vino, y aceite, y vinagre, y tocinos, y herraje, y otras cosas de bastimento. Y mandó que se fuese costa a costa del Norte, y quél le escribiría y le haría saber dónde había de aportar; y quel mismo Simón de Cuenca viniese por capitán. Y luego mandó que todos los vecinos de Guazacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces questaba poblada aquella villa de los conquistadores más antiguos de México, y todos los más hijosdalgo, que se habían hallado en las conquistas pasadas de México, y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos manda ir jornada de más de quinientas leguas, y todas las más

tierras por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje más de dos años e tres meses. Pues volviendo a nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, porque no le osábamos decir de no, e ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacía ir; y éramos por todos, ansí los de Guazacualco como los de México, sobre docientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de a caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla. Y luego me mandó a mí que fuese por capitán de treinta españoles con tres mill indios mexicanos a unos pueblos questaban de guerra, que se decían Zimatán, e que en aquellos mantuviese los tres mill indios mexicanos, y sí los naturales de aquella provincia estuviesen de paz o se viniesen a someter al servicio de Su Majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase a llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, e por ante un escribano que iba conmigo y testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra. Y para ello me dió poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy día firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente. Y ansí hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende a pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guazacualco y íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron alzar; y luego salí con mis soldados españoles e indios mexicanos al pueblo donde Cortés me mandó que saliese, que se decía Iquinuapa. Volvamos a Cortés y a su viaje que salió de Guazacualco y fué a Tonala, que hay ocho leguas; y luego pasó un río en canoas, y fué a otro pueblo que se dice El Ayagualulco, y pasó otro río en canoas, y desde El Ayagualulco, siete leguas de allí, pasó un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que había de largo cerca de medio cuarto de legua, cosa espantosa como lo hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guazacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina, hombre diligente que sabía muy bien mandar a los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos poblezuelos hasta llegar a otro gran río que se dice Mazapa, ques el que viene de Chiapa, que los marineros llaman Río de Dos Bocas. Allí tenía muchas canoas atadas de dos en dos. Y pasado aquel gran río, fué por otros pueblos adonde yo salía con mi compañía de soldados, que se dice Iquinuapa, como dicho tengo. Y desde allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos; y luego un estero, y llegó a otro gran pueblo que se dice Copilco, y desde allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz. Y desde Copilco pasamos por Nacajuyyça y llegamos a Zaguatán, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió a Cortés cierto herraje. Y este pueblo, cuando a él llegamos, estaba de paz; y luego de noche se fueron huyendo los moradores dél y se pasaron de la otra parte de un gran río, entre unas ciénegas; y mandó Cortés que les fuésemos a buscar por los montes, que fué cosa bien desconsiderada e sin provecho aquello que mandó. Y los soldados que los fuimos a buscar pasamos aquel gran río con harto trabajo, y truji-

mos siete principales con gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron a huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento. También vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda, que en aquella sazón yo tenía, y trujeron cargadas ciertas canoas de bastimentos, los cuales pueblos se dicen Teapa y Tecomajayaca. Y luego fuemos camino de otros pueblos que se dicen Tepetitán e Iztapa, y en el camino había un río muy caudaloso que se dice Chipilapa, y estuvimos cuatro días en hacer balsas. Yo dije a Cortés quel río arriba sabía por la relación había un pueblo que se dice Chi[pi]lapa, ques el nombre del mesmo río, y que sería bien enviar cinco indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase a decir trujesen canoas, y con los cinco indios fue un soldado, y como lo dije ansí lo mandó. Iban el río arriba, toparon dos caciques que traían seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y balsas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje. Y desde allí fuimos a Tepetitán, y hallámosle despoblado y quemadas las casas, y, según supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva; y quemado el pueblo de pocos días pasados; y en todos los caminos que en tres días anduvimos después de pasado el río de Chi[pi]lapa era muy cienegoso y atollaban los caballos hasta las cinchas, y había muy grandes sapos. Y desde all fuimos a otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios y se pasaron de la otra parte de otro río muy caudaloso. Y fuímoslos a buscar, y trujimos los caciques y muchos indios con sus mujeres e hijos; y Cortés les habló con halagos y les mandó que les volviésemos cuatro indias y tres indios que les habíamos tomado en los montes. Y en pago dello, y de buena voluntad, trujeron presentado a Cortés ciertas piezas de oro de poca valía. Y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa, porque tenía nuevas que en los alrededores había buenas poblazones para servicio de la tal villa. Y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mesmo pueblo el camino que habíamos de llevar, y aun les mostró un paño de henequén que traía de Guazacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Gueyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se dice Acala la chica; y allí dijeron que todo lo demás de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos destar en el camino tres jornadas. Y desque aquello entendió Cortés desque supo de los ríos, le rogó que fuesen todos los caciques hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron. Y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían. Y por echarnos de sus casas dijeron que no había más jornada, y había siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hobimos de hacer una puente de muy gordos maderos por donde pasaran los caballos. Y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrealla, y los mexicanos ayudaban lo que

podían. Y estuvimos en hacella tres días, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quequexque montesinas, con las cuales se nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel estero, no hallábamos camino ninguno, y hobimos de abrirle con las espadas a manos, y anduvimos dos días por el camino que abríamos, creyendo que iba derecho al pueblo, y una mañana tornamos al mismo camino que abríamos. Y desque Cortés lo vió, quería reventar de enojo; y desque oyó murmurar del mal que decían dél, y aun de su viaje, con la gran hambre que había, y que no miraba mas de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo. Pues ya que quisiesen subir en algunos de los árboles para talayar la tierra, no vían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas, y las guías que traíamos, las dos se huyeron, y otra que quedaba estaba malo que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa. Y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que traía de Guazacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos camino hacia el Este, que era la señal del paño donde estaba el pueblo. Y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en poblado, que no sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los demás, deseábamos volvernos a la Nueva España. Y todavía seguimos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica. E yo y el Pedro López, piloto, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos a decir a Cortés que se alegrase, que había estancias, con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento. Y antes de llegar a las estancias estaba un río y ciénega; mas con harto trabajo le pasamos de presto y dimos en el pueblo, que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer, maíz y frisoles y otras legumbres. Y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena hartazga, y aun los caballos se reformaron; y por todo dimos muchas gracias a Dios. Ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado. y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Mechuacán y mexicanos morían, otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo y no teníamos lengua ni quién nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanías por los montes y estancias a los buscar. Y en unas canoas que en un gran río que junto al pueblo estaba fueron otros soldados y dieron con muchos vecinos de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los más caciques y papas. Y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trujeron mucho maíz y gallinas y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Ziguatepecad, el cual estaba tres jornadas, que serían hasta diez y seis leguas;

y antes de llegar a él estaba otro poblezuelo sujeto deste Tamastepeque donde salimos. Antes que más pase adelante quiero decir que con la gran hambre que traíamos, ansí españoles como mexicanos, paresció ser que ciertos caciques de México apañaron dos o tres indios de los pueblos que dejábamos atrás y traíanlos escondidos con sus cargas a manera y traje como ellos, y, con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra, y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en México, y se los comieron; y ansimismo habían apañado las dos guías que traíamos, que se fueron huyendo, y se los comieron. Y alcanzaronlo a saber y dijéronselo a Cortés, el cual mandó llamar los caciques mexicanos y riñó malamente con ellos: que si otra tal hacían, que los castigaría; y pedricó un fraile francisco de los que traíamos, ya por mí otra vez memorado, cosas muy santas y buenas. Y desque hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar a un indio mexicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, por que pareciese que hacía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos y cómo las chirimías y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dello, como en Castilla eran acostumbrados a regalos e no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolescido, y no le daban música, ecepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parescía zorros y adives que ahullaban, que valiera más tener maíz que comer que música. Volvamos a nuestra relación, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo por qué no comíamos la manada de los puercos que traían para Cortés, pues a la necesidad de hambre no hay ley, aunque fueran para el rey y viendo la hambre que Cortés lo mandara repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya había echado fama uno que venía por despensero y mayordomo de Cortés, que se decía Guinea, y era hombre doblado, y hacía en creyente que en los ríos, al pasar dellos, los habían comido los tiburones y lagartos, y por que no los viésemos venían siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y más desto, para tantos soldados como éramos, para un día no había con todos ellos; y a esta causa no comieron dellos, y demás desto por no enojar a Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos dejábamos puestas cruces donde había buenos árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son más fijas hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan más perfectas; y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decía en ellas "Por aquí pasó Cortés en tal tiempo"; y esto se hacía porque, si viniesen otras personas en nuestra busca, supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos a nuestro camino, para ir a Ziguatepecad: que fueron con nosotros sobre veinte indios de aquel pueblo de Maztepeque, y nos ayudaron a pasar los ríos en balsas y en canoas, y aun fueron por mensajeros a decir a los caciques del pueblo donde íbamos que no hobiesen miedo, que no les haríamos ningún enojo; y ansí aguardaron en sus casas muchos dellos. Y lo que allí pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXVI

Cómo hobimos llegado al pueblo de Ziguatepecad, y cómo envió por capitán a Francisco de Medina para que topando a Simón de Cuenca, viniese con los dos navíos, ya otra vez por mí memorados, al Triunfo de la Cruz o al Golfo Dulce, y lo que más pasó.

Pues como hobimos llegado a este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho a los caciques y principales y les dió buenos chalchivís de México, y se informó a qué parte salía un río muy caudaloso y recio que junto aquel pueblo pasaba; y le dijeron que iba a dar en unos esteros donde había una poblazón que se dice Gueyatasta, y que junto a él estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango. Parecióle a Cortés que sería bien enviar luego dos españoles en canoas para que saliesen a la costa del Norte y supiesen del capitán Simón de Cuenca y sus dos navíos que hobo mandado cargar de vituallas para el camino, que dicho tengo en el capítulo que dello habla y escribióle, haciéndole saber de nuestros trabajos y que saliese por la costa adelante. Y después de bien informado cómo podría ir por aquel río hasta las poblazones por mí dichas, envió dos españoles, y al más principal dellos, que ya le he nombrado otras veces, se decía Francisco de Medina, y dióle poder para ser capitán, juntamente con el Simón de Cuenca, a causa queste Medina era muy diligente y tenía lengua de toda la tierra, y éste fué el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula cuando fuimos con el capitán Luis Marín a la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y valiera más que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaesció, y es que fué por el río abajo hasta que llegó a donde el Simón de Cuenca estaba con sus dos navíos, en lo de Xicalango, esperando nuevas de Cortés, y después de dadas las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser capitán, y sobre el mandar tuvieron palabras entrambos capitanes, de manera que vinieron a las armas y de la parte del uno y del otro murieron todos los españoles que iban en el navío, que no quedaron sino seis o siete. Y desque vieron los indios de Xicalango y Gueyatasta aquella revuelta, dan en ellos y acabáronlos de matar a todos e queman los navíos, que nunca supimos cosa ninguna dellos hasta de ahí a dos años e medio. Dejemos más de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ziguatepecad, y diré cómo los indios principales dijeron a Cortés que había desde allí a Gueyacala tres jornadas, y que en el camino había dos ríos que pasar, y el uno dellos era muy hondo y ancho, y luego había unos malos tremadales y grandes ciénegas, y que si no tenía canoas que no podría pasar caballos ni aun ninguno de su ejército. Y luego Cortés envió a dos soldados con tres indios principales de aquel pueblo para que se lo mostrase y tanteasen el río y ciénegas y viesen de qué manera podríamos pasar, y que trujesen buena relación dello. Y llamábanse los soldados que envió, Martín García, y era valenciano, e alguacil de nuestro ejército, y el otro se decía Pedro de Ribera. Y el Martín García, que era

a quien más se lo encomendó Cortés, vió los ríos y con unas canoas chicas que tenían en el mesmo río lo vió e miró que con hacer puentes podrían pasar, y no curó de ver las malas ciénegas questaban una legua adelante; y volvió a Cortés y le dijo que con hacer puentes podrían pasar, creyendo que las ciénegas no eran trabajosas, como después las hallamos. Y luego Cortés me mandó a mí y a un Gonzalo Mejía, que por sobrenombre le llamábamos "Rapapelo" (1), y mandó que fuésemos con ciertos principales de Ziguatepecad a los pueblos de Acala y que halagásemos los caciques y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen, porque aquella poblazón de Acala eran sobre veinte poblezuelos, dellos en tierra firme y otros en unas como isletas, y todo se andaba en canoas por ríos y esteros. Y llevábamos con nosotros los tres indios de los de Ziguatepecad por guías, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros, porque, según después supimos, eran sus enemigos y tenían guerra los unos con los otros, y sin guías hobimos de ir, y con trabajo pasamos las ciénegas. Y llegados al primer pueblo de Acala, puesto questaban alborotados y parescían estar de guerra, con palabras amorosas y con dalles unas cuentas les halagamos y les rogamos que fuesen a Ziguatepecad a ver a Malinche y le llevasen de comer, paresció ser quel día que llegamos aquel pueblo no sabían nuevas ningunas de cómo era venido Cortés y traía mucha gente, así de caballo como mexicanos. E otro día tuvieron nuevas de indios mercaderes del gran poder que traía, y los caciques mostraron más voluntad de enviar comida que cuando allegamos, y dijeron que desque hobiese llegado aquellos pueblos le servirían y harían lo que pudiesen en dalle de comer, y en cuanto de ir a donde estaban, que no querían ir porque eran sus enemigos. Pues estando questábamos en estas pláticas con los caciques, vinieron dos españoles con cartas de Cortés, en que mandaba que con todo el bastimento que pudiese haber saliese desde allí a tres días al camino con ello, por causa que ya habían despoblado e huído toda la gente de aquel pueblo donde le había dejado, y me hizo saber que venía ya camino de Acala y que no había traído maíz ninguno, ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los caciques no se ausentasen. Y también los españoles que me trujeron las cartas me dijeron cómo Cortés había enviado el río arriba de Ziguatepecad cuatro españoles, y los tres dellos de los nuevamente venidos de Castilla, a demandar bastimento a otros pueblos que decían questaban allí cerca, y que no habían vuelto, y que creían que los habían muerto, y salió ansí verdad. Volvamos a Cortés, que comenzó de caminar y en dos días llegó al gran río que ya otra vez he dicho, y luego puso diligencia en hacer una puente; y fué con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes, que, después de hecha, se admiraron los indios de Acala de la ver de tal manera puestos los maderos; y estuvo en hacella cuatro días. Y como salió Cortés del pueblo, ya por mí otras muchas veces nombrado, con todos sus soldados, no traían maíz ni bastimento, y con cuatro días questuvimos en aquel pueblo y Cortés en hacer la puente, morían de hambre, y aunque algunos

(1) Tachado en el original: "porque era nieto de un capitán que andaba a robar, juntamente con un Centeno, en el tiempo del rey Don Juan".

soldados de los viejos se remediaban con cortar unos árboles muy altos, que parescen palmas, que tienen por fruta unas al parescer nueces muy encarceladas y aquellas asaban y quebraban y comían. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la mesma noche que acabaron de hacer la puente llegué yo con mis tres compañeros e con ciento y treinta cargas de maíz y ochenta gallinas, y miel, frísoles, y sal, y huevos, y otras frutas Y como llegué de noche, ya quescurecía, estaban todos los más soldados aguardando el bastimento, porque ya sabían que yo había ido a lo traer, y Cortés decía a los capitanes y soldados que tenía esperanza en Dios que presto ternían todos de comer, pues que yo había ido Acala para traello, si no me habían muerto los indios como los otros cuatro españoles que envió. Y ansí como llegué con el maíz y bastimentos a la puente, y como era de noche, cargan todos los soldados dello y lo tomaron todo, que no dejaron a Cortés ni a ningún capitán cosa ninguna, con dar voces: "Dejallo, ques para el capitán Cortés". Y ansimismo su mayordomo Carranza, que ansí se llamaba, y el despensero Guinea daban voces y se abrazaban con el maíz, y decían que les dejasen siquiera una carga. Y como era de noche, decíanle los soldados: "Buenos puercos habéis comido vos y Cortés", y no curaban de cosa que les decían, sino que todo se lo apañaban. Pues desque Cortés supo cómo se lo habían tomado y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de impaciencia y pateaba; y estaba tan enojado, que decía que quería hacer pesquisa quién se lo tomó y dijeron lo de los puercos, y desque vió y consideró que el enojo era por demás y dar voces en desierto, me mandó llamar a mí y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunquél en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley. Y desque vió que no había remedio ninguno e que tenía mucha nescesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: "!Oh señor y hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mi que si dejastes algo escondido en el camino, que partáis conmigo, que bien creído tengo de vuestra buena diligencia que traeríades para vos y para vuestro amigo Sandoval!" Y desque vi sus palabras, y de la manera que lo dijo, hobe mancilla dél. Y también Sandoval me dijo: "Pues, ¡yo juro a tal!, que tampoco yo tengo un puño de maíz de qué hacer cazalote". Entonces concerté y dije que conviene questa noche, al cuarto de la modorra, después que esté reposado el real, vamos por doce cargas de maíz y veinte gallinas, y tres jarros de miel, y frísoles, y sal, y dos indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos; y hemos de venir de noche, que nos lo arrebatarán en el camino, y esto hemos de partir entre vuestra merced y Sandoval e yo e mi gente. Y él se holgó en el alma y me abrazó; y Sandoval dijo que quería ir en aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trujimos, con que pasaron aquella hambre; y también le dí una de las dos indias al Sandoval. He traído aquí esto a la memoria para que vean en cuánto trabajo se ponen los capitanes en tierras nuevas, que a Cortés, que era muy temido, no le dejaron maíz que comer, y quel capitán Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le había de caber, quél mismo fué conmigo

por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer de la puente y de la hambre pasada, y diré cómo obra de una legua adelante dimos en las ciénegas, muy malas, por mí memoradas. Y eran de tal manera, que no se aprovechaban poner maderos, ni ramas, ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos, que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénegas, que creímos no escapar ninguno dellos, sino que todos quedaran allí muertos. Y todavía porfiamos a ir adelante, porquestaba obra de medio tiro de ballesta tierra firme y buen camino, que como iban los caballos, y se hizo un callejón por la ciénega de lodo y agua, que pasaron sin tanto trabajo, puesto que iban a veces medio a nado entre aquella ciénega y el agua. Ya llegados en tierra firme, dimos gracias a Dios por ello; y luego Cortés me mandó que con brevedad volviese a Acala y que pusiese gran recaudo en los caciques questuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento, y ansí lo hice, quel mismo día que llegué Acala, de noche, envié tres españoles que iban conmigo con más de cien indios cargados de maíz y otras cosas. Y cuando Cortés me envió por ello, le dije que mirase su merced que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez. Y ansí lo hizo, que se adelantó, juntamente con Sandoval y Luis Marín, y lo hobieron todo en su poder, y lo repartieron; y otro día, a obra de medio día, llegaron Acala, y los caciques le fueron a dar el bien venido y le llevaron bastimento. Y dejallo he aquí, y diré lo que más pasó.

CAPITULO CLXXVII

En lo que Cortés entendió después de llegado a Acala, y cómo en otro pueblo más adelante, sujeto al mismo Acala, mandó ahorcar a Guatemuz, gran cacique de México, y a otro cacique, señor de Tacuba, y la causa por qué, y otras cosas que pasaron.

Desque Cortés hobo llegado a Gueyacala, que ansí se llamaba, y los caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con doña Marina, la lengua, de tal manera que, al parescer, se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trujeron maíz y bastimento, y luego mandó llamar todos los caciques y se informó dellos del camino que habíamos de llevar, y les preguntó que si sabían de otros hombres como nosotros, con barbas y caballos, y si habían visto navíos ir por la mar, y dijeron que ocho jornadas de allí había muchos hombres con barbas, y mujeres de Castilla, y caballos, y tres acales, que en su lengua acales llaman a los navíos, de la cual nueva se holgó Cortés de saber, y preguntando por los pueblos y camino por dónde habíamos de pasar, todo se lo trujeron figurado en unas mantas, y aun los ríos y ciénegas y atolladeros; y les rogó que en los ríos pusiesen puentes y llevasen canoas, pues tenían mucha gente y eran grandes poblazones. Y los caciques dijeron que, puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les querían obedecer todos los más dellos, en especial unos

questaban entre unos ríos, y que era necesario que luego enviase de sus teules, que ansí nos llamaban a los soldados, a les hacer traer maíz y otras cosas; y que les mandase que los obedeciese, pues que eran sujetos. Y desque aquello entendió Cortés, luego mandó a un Diego de Mazariegos, primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por gobernador en México, que por que viese y conosciese que Cortés tenía mucha cuenta de su persona, y le hacía honra de envialle por capitán aquellos pueblos y a otros comarcanos. Y cuando le envió, secretamente le dijo que porque no entendía bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla y no tenía tanta expiriencia por ser en cosa de indios, que me llevase a mí en su compañía, y lo que le aconsejase, no saliese dello; y ansí lo hizo. Y no quisiere escrebir esto en esta relación porque no paresciese que me jactanciaba dello, y no lo escribiera sino porque fué público en todo el real, y aun después lo ví escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escribió a Su Majestad haciéndole saber de todo lo que pasaba, y del viaje de Indias, por esta causa lo escribo. Volvamos a nuestra materia. Y fuimos con el Mazariegos hasta ochenta soldados, en canoas que nos dieron los caciques. Y desque hobimos llegado a las poblazones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenían, y trujimos sobre cien canoas de maíz, y bastimento, e gallinas, y miel, y sal, y diez indias que tenían por esclavas, y vinieron los caciques a ver a Cortés; de manera que todo el real tuvo muy bien de comer. Y dende a cuatro días, se huyeron todos los más caciques, que no quedaron sino tres guías, con los cuales fuimos nuestro camino, y pasamos dos ríos: el uno en puentes, que luego se quebraron al pasar, y el otro en balsas. Y fuimos a otro pueblo sujeto al mismo Acala, y estaba ya despoblado; y allí buscamos comida y maíz que tenían escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de México, y otros principales mexicanos que iban con nosotros habían puesto en pláticas, o lo ordenaban, de nos matar a todos y volverse a México, y que llegados a su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra a los que en México quedaban, y tornarse a levantar. Y quien lo descubrió a Cortés fueron dos grandes caciques mexicanos que se decían Tapia e Juan Velázquez. Este Juan Velázquez fué capitán general del Guatemuz cuando nos dieron guerra en México. Y cómo Cortés lo alcanzó a saber, hizo informaciones sobrello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello. Y lo que confesaron era que como nos vían ir por los caminos descuidados y descontentos, y que muchos soldados habían adolescido, y que siempre faltaba la comida, y que se habían muerto de hambre cuatro chirimías y el volteador, y otros once o doce soldados, y también se habían vuelto otros tres soldados camino de México, y se iban a su aventura por los caminos de guerra por donde habían venido, y que más querían morir que ir adelante, que sería bien que cuando pasasemos algún río o ciénega, dar en nosotros, porque eran los mexicanos sobre tres mill y traían sus armas y lanzas y algunos con espadas. El Guatemuz confesó que ansí era como lo habían dicho los demás; empero, que no salió dél aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello, o se efectuara, y que nunca tovo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que

sobrello hubo. Y el cacique de Tacuba dijo que entrél y Guatemuz habían dicho que valía más morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus mazeguales y parientes. Y sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo. Y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos les fueron esforzando y encomendando a Dios con la lengua doña Marina. Y cuando le ahorcaban, dijo el Guatemuz: "¡Oh Malinche: días había que yo tenía entendido questa muerte me habías de dar e había conoscido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! Dios te la demande, pues yo no me la dí cuando te me entregaste en mi ciudad de México." El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fueron confesando los frailes franciscos con la lengua doña Marina; e verdaderamente yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conoscido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrescían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mí caballo. E fué esta muerte que les dieron muy injustamente, e pareció mal a todos los que íbamos. Volvamos a ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los mexicanos, viendo ahorcar a sus señores, no se alzasen; mas traían tan mala aventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba dello. Y después que los hobieron ahorcado, según dicho tengo, luego fuimos camino de otro poblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un río bien hondable, en balsas, y hallamos el pueblo sin gente, que aquel día se habían ido; y buscamos de comer por las estancias, y hallamos ocho indios que eran sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron a su pueblo con nosotros. E Cortés les habló, con doña Marina, para que llamasen sus vecinos, e que no hobiesen miedo, e que trajesen de comer. Y ellos dijeron a Cortés que le rogaban que mandase que no les llegasen a unos ídolos que estaban junto a la casa a donde Cortés posaba, e que traían comida y harían lo que pudiesen. Y Cortés dijo quél haría lo que decían e que no les llegarían a cosa ninguna; mas que para qué querían aquellas cosas de ídolos, que son de barro y maderos viejos, y que eran cosas malas que les engañaban. Y tales cosas les predicó con los frailes y con doña Marina, que respondieron muy bien a lo que les decían, que los dejarían; y trajeron veinte cargas de maíz e unas gallinas. E Cortés se informó de ellos que si sabían qué tantos soles de allí estaban los hombres con barbas como nosotros. Y dijeron que siete soles, y que se decía el pueblo donde estaban los de caballo Nito, y que ellos irían por guías hasta otro pueblo, y que habíamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar a él. Y Cortés les mandó hacer una cruz en un árbol muy grande que se dice ceiba, questaba junto a las casas a donde tenían los ídolos. También quiero decir que como Cortés andaba mal dispuesto y aun muy pensativo e descontento del trabajoso camino que llevábamos, e como había mandado ahorcar a Guatemuz e a su primo el señor de Tacuba, e había cada día hambre, e que adolescían españoles y morían muchos mexicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala a donde había ídolos, que era aposento

principal de aquel poblezuelo, a donde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó mas de dos estados abajo, y se descalabró en la cabeza; y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura. y todo se lo pasaba y sufría. E otro día muy de mañana comenzamos a caminar con nuestras guías, y sin acontecer cosa que de contar sea, y fuimos a dormir cabe un estero y cerca de unos montes muy altos. E otro día fuimos por nuestro camino, e a hora de misas mayores allegamos a un pueblo nuevo, y en aquel día se había despoblado y metido en unas ciénegas, y eran nuevamente hechas las casas y de pocos días, y tenían en el pueblo hechas muchas albarradas de maderos gruesos, y todo cercado de otros maderos muy recios, y hechas cavas hondas antes de la entrada en él; y dentro dos cercas: la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenían a otra parte por cerca unas peñas muy altas llenas de piedras hechizas a mano, con grandes mamparos; y por otra parte, una gran ciénega que era fortaleza. Pues desque hobimos entrado en las casas, hallamos tantos gallos de papada y gallinas cocidas, como los indios las comen con sus ajíes y maíz de pan que se dice entrellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva, y por otra nos alegramos con la mucha comida; y también hallamos una gran casa llena de lanzas chicas y arcos y flechas; y buscamos por los alrededores de aquel pueblo si había maizales y gente, y no había ninguna, ni aun grano de maíz. Estando desta manera vinieron hasta quince indios que salieron de las ciénegas que tenían mamparos que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo y besar la tierra, dicen a Cortés, medio llorando, que le piden por merced que aquel pueblo ni cosa ninguna no se la quemen, porque son nuevamente venidos allí a se hacer fuertes por causa de sus enemigos, que me paresce que dijeron que se decían lacandones, porque les han quemado y destruido los dos pueblos en estos llanos de donde venían y les han robado y muerto mucha gente, los cuales pueblos veríamos abrasados adelante por el camino donde habíamos de ir, que están en tierra muy llana; y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por qué eran sus enemistades. Cortés les preguntó que cómo tenían tanto gallo y gallina a cocer; y dijeron que por horas aguardaban a sus enemigos que les habían de venir a dar guerra, e que si los vencían que les habían de tomar sus haciendas y gallos, y llevalles cautivos; que por que no lo hobiesen ni gozasen, se lo querían antes comer, y que si ellos los desbarataban a los enemigos, que irían a sus pueblos y les tomarían sus haciendas. Y Cortés dijo que le pesaba dello y de su guerra, y por ir de camino no lo podía remediar. Llamábase aquel pueblo e otras grandes poblazones por donde otro día pasamos los Mazatecas, que quiere decir en su lengua los pueblos o tierras de venados; y tuvieron razón de ponelles aquel nombre, por lo que adelante diré. Y desde allí fueron con nosotros dos indios de ellos, y nos fueron mostrando sus poblazones quemadas, y dieron relación a Cortés como estaban los españoles adelante. Y dejallo he aquí, y diré cómo otro día salimos de aquel pueblo y lo que más avino en el camino.

CAPITULO CLXXVIII

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en él nos avino.

Como salimos del Puebo Cercado, que ansí le llamábamos desde allí adelante, entramos en un bueno y llano camino y todo sabanas y sin árboles; y hacían un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resestero no habíamos tenido en todo el camino. E yendo por aquellos campos rasos, había tantos de venados y corrían tan poco, que luego los alcanzábamos a caballo, por poco que corríamos con los caballos tras ellos, y se mataron sobre veinte. Y preguntando a los guías que llevábamos cómo corrían tan poco aquellos venados y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decían los Mazatecas, que los tienen por sus dioses, porque les ha parescido en su figura, y que les ha mandado su ídolo que no les maten ni espanten, y que ansí lo han hecho, y que a esta causa no huyen. Y en aquella caza, a un pariente de Cortés, que se decía Palacios Rubios, se le murió un caballo porque se le derritió la manteca en el cuerpo de haber corrido mucho. Dejemos la caza, y digamos que luego llegamos a las poblazones por mí ya nombradas, y era mancilla vello todo destruído y quemado. E yendo por nuestras jornadas, como Cortés siempre enviaba adelante corredores del campo a caballo y sueltos peones, alcanzaron dos indios naturales de otro pueblo questaba adelante, por donde habíamos de ir, que venían de caza y cargados un gran león y muchas iguanas, que son hechura de sierpes chicas, que en estas partes ansí las llaman iguanas, que son muy buenas de comer; y les preguntaron que si estaba cerca su pueblo, y dijeron que sí, y que ellos guiarían hasta el pueblo; y estaba en una isleta cercada de agua dulce, que no podían pasar por la parte que íbamos sino en canoas, y rodeamos poco más de media legua, y tenían paso que daba el agua hasta la cinta; y hallámosle poblado con más de la mitad de los vecinos, porque los demás habíanse dado buena priesa a se esconder con sus haciendas entre unos carrizales que tenían cerca de sus sementeras, donde durmieron muchos de nuestros soldados, que se quedaron en los maizales y tuvieron bien de cenar, y se bastecieron para otros días. Y llevamos guías hasta otro pueblo, questuvimos en llegar a él dos días, y hallamos en él un gran lago de agua dulce, y tan lleno de pescados grandes que parescían como sábalos, muy desabridos, que tienen muchas espinas; y con unas mantas viejas y con redes rotas que hallamos en aquel pueblo, porque ya estaba despoblado, se pescaron todos los peces que había en el agua, que eran más de mill. Y allí buscamos guías, las cuales se tomaron en unas labranzas. Y desque Cortés les hubo hablado con doña Marina que nos encaminasen a los pueblos a donde había hombres con barbas y caballos, y se alegraron desque no les hacíamos mal ninguno, y dijeron que ellos nos mostrarían el camino de buena voluntad, que de antes creían que los queríamos matar. Y fueron cinco dellos con nosotros por un camino bien ancho, y mientras más adelante íbamos se iba enangostando a causa de un gran río y estero

que allí cerca estaba, que paresce ser en él se embarcaban y desembarcaban en canoas e iban por aquel pueblo a donde habíamos de ir, que se dice Tayasal, el cual está en una isleta cercado del agua, e si no es en canoas, no pueden entrar en él por tierra; y blanqueaban las casas y adoratorios de más de dos leguas que se esparcían y era cabecera de otros pueblos chicos que allí cerca están. Volvamos a nuestra relación. Que como vimos quel camino ancho que antes traíamos se había vuelto en vereda muy angosta, bien entendimos que por el estero se mandaban, e ansí nos lo dijeron las guías que traíamos. Acordamos de dormir cerca de unos altos montes, y aquella noche fueron cuatro capitanías de soldados por las veredas que salían al estero a tomar guías. Y quiso Dios que se tomaron dos canoas con diez indios y dos mujeres, y traían las canoas cargadas con maíz y sal, y luego los llevaron a Cortés, y les halagó y les habló muy amorosamente con la lengua doña Marina. Y dijeron que eran naturales del pueblo questaba en la isleta, y questaría de allí, a lo que señalaban, obra de cuatro leguas. Y luego Cortés mandó que se quedasen con nosotros la mayor canoa y cuatro indios y las dos mujeres, y la otra canoa envió al pueblo con seis indios y dos españoles a rogar al cacique que traiga canoas al pasar del río, y que no se le haría ningún enojo, y le envió unas cuentas de Castilla. Y luego fuimos nuestro camino por tierra hasta el gran río, e la una canoa fué por el estero hasta llegar al río, e ya estaba el cacique con otros muchos principales aguardando al pasaje con cinco canoas; y trujeron cuatro gallinas y maíz. Y Cortés les mostró gran voluntad. Y después de muchos razonamientos que hobo de los caciques a Cortés, acordó de ir con ellos a su pueblo en aquellas canoas, y llevó consigo treinta ballesteros. Y llegado a las casas, le dieron de comer, y aun trujo oro bajo y de poca valía y unas mantas; y le dijeron que había españoles ansí como nosotros en dos pueblos, que el uno ya he dicho que se decía Nito, ques en San Gil de Buena Vista, junto al Golfo Dulce, y agora le dan nuevas que hay otros muchos españoles en Naco, y que habrá de un pueblo al otro diez días de andadura, y quel Nito está en la costa del Norte, y el Naco, en la tierra adentro. Y Cortés nos dijo que por ventura Cristóbal de Olí habría repartido su gente en dos villas, que entonces no sabíamos de los de Gil González de Avila, que pobló a San Gil de Buena Vista. Volvamos a nuestro viaje. Que todos pasamos aquel gran río en canoas y dormimos obra de dos leguas de allí, y no anduvimos más porque aguardamos a Cortés que viniese del pueblo de Tayasal. Y desque vino, mandó que dejásemos en aquel pueblo un caballo morcillo questaba malo de la caza de los venados y se le había derretido el unto en el cuerpo y no se podía tener. Y en este pueblo se huyó un negro y dos indios naborias, y se quedaron tres españoles, que no se echaron de menos hasta de ahí a tres días, que más querían quedar entre enemigos que venir con tanto trabajo con nosotros. Este día estuve yo muy malo de calenturas y del gran sol que se me había entrado en la cabeza y en todo el cuerpo. Ya he dicho otra vez que entonces hacía gran recio sol, y bien se paresció, porque luego comenzó a llover tan recias aguas, que en tres días con sus noches no dejó de llover; y no nos paramos en el camino porque, aunque quisiéramos aguardar que hiciera buen tiempo, no tenía-

mos bastimentos de maíz, y por temor no faltase íbamos caminando. Volvamos a nuestra relación. Que desde a dos días dimos en una sierra, de unas piedras que cortaban como navajas. Y puesto que fueron nuestros soldados a buscar otros caminos para desechar aquella sierra de los pedernales más de una legua a una parte y a otra, y no hallaron otro camino sino pasar por el que íbamos; e hicieron tanto daño aquellas piedras a los caballos, y como llovía resbalaban y caían y cortábanse piernas y brazos, y aun en los cuerpos, y mientras más abajábamos íbamos peores, pedernales había, porque ya era la bajada de la serrezuela; allí se nos quedaron dos caballos muertos, y los más quescaparon, jarreteados; y se le quebró una pierna a un soldado que se decía Palacios Rubio, deudo de Cortés. Y desque nos vimos fuera de aquella Sierra de los Pedernales, que ansí la llamamos desde allí adelante, dimos muchas gracias y loores a Dios. Pues ya que llegábamos cerca de un pueblo que se dice Taica, íbamos gozosos creyendo hallar bastimentos, y antes de llegar a él había un río que venía de una sierra entre grandes peñascos y derrumbaderos, y como había llovido tres noches, venía tan furioso y con tanto ruido, que bien se oía a dos leguas, por caer en tan grandes peñas; y, demás desto, venía muy hondo, y pasalle era por demás. Y acordamos de hacer una puente desde unas peñas a otras, y tanta priesa nos dimos en tenella hecha con árboles muy gruesos, que en tres días comenzamos a pasar para ir al pueblo. Y como estuvimos allí en el río en hacer la puente los tres días, los indios naturales dél tuvieron lugar desconder el maíz y todo el bastimento y ponerse en cobro, que no los podíamos hallar en todos los alrededores, y con la hambre que ya nos aquejaba, estábamos todos como atónitos, pensando en la comida e trabajos. Yo digo que verdaderamente nunca había sentido tanto dolor en mi corazón cómo todos padecían entonces viendo que no tenían qué comer ni qué dar a mi gente, y estar con calenturas, puesto que con diligencia lo buscábamos más de dos leguas del pueblo en todos los alrededores. Y esto era víspera de Pascua de la Santa Resurrección de Nuestro Salvador Jesucristo. Miren los letores qué Pascua podíamos tener sin comer, que con maíz fuéramos muy contentos. Pues desque aquesto vió Cortés, luego envió de sus criados y mozos despuelas con las guías a buscar por los montes y labranzas maíz el primer día de Pascua, y trujeron obra de una hanega. Y desque vió la gran nescesidad, mandó llamar a ciertos soldados, todos los más vecinos de Guazacualco, y entre ellos me nombró a mí, y nos dijo que nos rogaba mucho que trastornásemos toda la tierra y buscásemos de comer, que víamos en qué estado estaba todo el real. Y en aquella sazón estaba delante de Cortés, cuando nos lo mandaba, un Pedro de Ircio, que hablaba mucho, y dijo que le suplicaba que le enviase por nuestro capitán; y le dijo Cortés: "Id en buen hora". Y desque aquello yo entendí, que sabía que Pedro de Ircio no podía andar a pie y nos había de estorbar antes que ayudar, secretamente dije a Cortés y al capitán Sandoval que no fuese Pedro de Ircio, que no podía andar por los lodos y ciénegas con nosotros, porque era paticorto y no era para ello, sino para mucho hablar, y que no era para ir a entradas, que se pararía o sentaría en el camino de rato en rato. Y luego mandó Cortés que se

quedase, y fuimos cinco soldados con dos guías por unos ríos bien hondos, y después de pasados los ríos dimos en unas ciénegas, y luego en unas estancias, donde estaba recogida toda la mayor parte de la gente de aquel pueblo, y hallamos cuatro casas llenas de maíz y muchos frísoles, y sobre treinta gallinas y melones de la tierra, que se dicen en todas tierras ayotes, y apañamos cuatro indios y tres mujeres; y tuvimos buena Pascua. Y esa noche llegaron aquellas estancias sobre mill mexicanos que mandó Cortés que fuesen tras nosotros y nos siguiesen, por que tuviesen de comer; y todos muy alegres cargamos a los mexicanos todo el maíz que pudieron llevar, y que Cortés lo repartiese; y también le enviamos veinte gallinas para Cortés y Sandoval, y los indios y las indias, y quedamos guardando dos casas de maíz no las quemasen e llevasen de noche los naturales del pueblo. Y luego otro día pasamos más adelante con otras guías, y topamos otras estancias, y había maíz, e gallinas, y otras cosas de legumbres. Y luego [1] escribí a Cortés que enviase muchos indios, porque había hallado otras estancias con maíz. Y como le envié las indias y los indios por mí dicho, y lo supieron en todo el real, otro día vinieron sobre treinta soldados y más de quinientos indios, y todos llevaron recaudo. Y desta manera, gracias a Dios, se proveyó el real; y estuvimos en aquel pueblo cinco días; ya he dicho que se dice Taica. Dejemos desto, y quiero decir que como hicimos esta puente y en todos los caminos habíamos hecho las grandes puentes ya por mí memoradas, después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellos caminos pasaban, y hasta hoy día, y hallaban algunas delas puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poníamos, se admiraban dello, y suelen decir agora que aquí son las puentes de Cortés, como si dijeran las columnas de Hércules. Dejemos destas memorias, pues no hacen a nuestro caso, y digamos cómo fuimos por nuestro camino hasta otro pueblo que se dice Tania. Y estuvimos en llegar a él dos días y hallámosle despoblado, y buscamos de comer, y hallamos maíz y otras legumbres; mas no muy abastado. Y fuimos por los rededores dél a buscar caminos, y no le hallamos, sino todos ríos y arroyos, y las guías que habíamos traído del pueblo que dejamos atrás se huyeron una noche a ciertos soldados que las guardaban, que eran de los recién venidos de Castilla, que paresció ser se durmieron. Y desque Cortés lo supo, quiso castigar a los soldados por ello; y por ruegos lo dejó. Y entonces envió a buscar guías y camino, y era por demás hallarlos por tierra enjuta, porque todo el pueblo estaba cercado de ríos y arroyos, y no se podían tomar ningunos indios ni indias, y, demás desto, llovía a la contina y no nos podíamos valer de tanta agua; y Cortés y todos nosotros estábamos espantados y penosos de no saber ni hallar camino por donde ir. Y entonces, muy enojado, dijo Cortés a Pedro de Ircio y a otros capitanes, que eran de los de México: "Agora querría yo que hobiese quien dijese que quería ir a buscar guías o camino, y no dejallo todo a los vecinos de Guazacualco." Y Pedro de Ircio, como oyó aquellas palabras, se apercibió con seis soldados, sus conoscidos y amigos, y fué por una parte; y Francisco Marmolejo, que era persona de calidad, con otros seis soldados, por otra par-

(1) Testado en el original: "hice tinta e en cuero de atambor".

te; y un Santa Cruz, burgalés, regidor que fué de México, fué por otra con otros soldados. Y anduvieron todos tres días, y no hallaron camino, ni guías, sino todo arroyos y ríos cabdalosos. Y desque hobieron venido sin recaudo ninguno, quería reventar Cortés de enojo, y dijo al Sandoval que me dijese a mí el gran trabajo en questábamos y me rogase de su parte que fuese a buscar guías y camino. Y esto lo dijo con palabras amorosas y a manera de ruegos, por causa que supo cierto questaba malo [1], y aun me habían apercebido antes que Sandoval me hablase para ir con Francisco Marmolejo, que era mi amigo, y dije que no podía ir por estar muy malo y cansado, y que siempre me daban a mí el trabajo, y que enviasen a otro. Y luego vino Sandoval otra vez a mi rancho y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese; porque decía Cortés que, después de Dios, en mí tenía confianza que traería recaudo. Y puesto que yo estaba malo, no le puede perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar y un Hinojosa, hombres que sabían que eran de sufrir trabajos, y todos tres salimos y fuimos por unos arroyos abajo. Y fuera de los arroyos, en el monte, había unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro más de media legua; y luego salimos del arroyo y dimos en unos ranchos pequeños, despoblados de aquel día, y seguimos el rastro, y desde lejos, en una cuesta, vimos unos maizales y una casa, y sentimos gente en ellas; y como era ya puesta del sol, estuvimos en el monte hasta buen rato de la noche, que nos paresció que debrían de dormir los moradores de aquellas millpas; y muy callando dimos muy de presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indias, y una vieja; y tenían dos gallinas y un poco de maíz. Y trujimos el maíz y gallinas con los indios e indias, y muy alegres volvimos al real. Y desque Sandoval lo supo, que fué el primero questaba aguardándo en el camino sobre tarde, de gozo no podía caber y fuimos delante Cortés, que lo tuvo en más que si le dieran otra buena cosa, entonces dijo Sandoval a Pedro de Ircio, que vino con el Sandoval, delante muchos caballeros: "¿Paresceos, señor Pedro de Ircio, si tuvo Bernal Díaz del Castillo razón el otro día, cuando fué a buscar maíz, en decir que no quería ir sino con hombres sueltos y no quien vaya todo el camino muy despacio, contando lo que les acaesció al conde de Durueña y don Pedro Girón su hijo (porque estos cuentos decía el Pedro de Ircio muchas veces). No tenéis razón de quejaros en decir que él os revolvía con el señor capitán e conmigo." Y todos se rieron dello. Y esto dijo Sandoval porquel Pedro de Ircio estaba mal conmigo. Y luego Cortés me dió las gracias por ello, y dijo: "Siempre tuve que había de traer recaudo, e yo os empeño éstas (e fueron sus barbas) que yo tenga cuenta con vuestra señoría." Quiero dejar estas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno, que otros las dijeron en México cuando contaban deste trabajoso viaje. Volvamos a decir que Cortés se informó de las guías y de las dos mujeres, y todos confirmaron que por un río abajo habíamos de ir a un pueblo questaba de allí dos días de andadura. El nombre del pueblo se decía Oculizte, que era de más de doscientas casas, y

(1) Tachado en el original: "como dicho tengo que aun tenía calenturas y estaba mal dispuesto".

estaba despoblado de pocos días pasados. E yendo por nuestro camino río abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de indios mercaderes, donde hacían jornada, e allí dormimos. Y otro día entramos en el mismo río y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino; y aquel día allegamos al pueblo de Ocolizte, y había mucho maíz y legumbres. Y en una casa de adoratorios de ídolos se halló un bonete viejo colorado y un alpargate ofrescido a los ídolos, y ciertos soldados que fueron por las labranzas trujeron a Cortés dos indios viejos y cuatro indias, que se tomaron en los maizales de aquel pueblo. Y Cortés les preguntó con nuestra lengua doña Marina por el camino e qué tanto estaban de allí los españoles; y dijeron que dos días, y que no había poblado ninguno hasta allá, y que tenían las casas junto a la costa de la mar. Y luego incontinenti mandó Cortés al Sandoval que fuese a pie con otros seis soldados y que saliese la mar, y que de una manera o de otra procurase saber e inquirir si eran muchos españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olí, porque en aquella sazón no creíamos que hobiese otro capitán en aquella tierra. Y esto quería saber Cortés para que diésemos sobre el Cristóbal de Olí de noche, si allí estuviese, e prenderle a él e sus soldados. Y el Gonzalo de Sandoval fué con los seis soldados y tres indios por guías que para ello llevaba de aquel pueblo de Ocolizte. E yendo por la costa del Norte, vió que venía por la mar una canoa a remo y a vela, y se estuvo escondido de día en un monte, porque vieron venir por la mar la canoa, la cual era de indios mercaderes, y venía costa a costa, y traían mercaderías de sal y maíz, e iban a entrar en el río grande del Golfo Dulce. Y de noche la tomaron en un ancón que era puerto de canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros y con los indios remeros que traía la mesma canoa, y con las tres guías, y se fué costa a costa; y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el Río Grande. Y llegados que hobieron cerca del Río Grande, quiso la ventura que habían venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa que estaba poblada y un indio de Cuba de los del Gil González de Avila, en una canoa; y pasaron de la parte del río a buscar una fruta que se llaman zapotes, para comer asados, porque en la villa donde salieron pasaban mucha hambre, a causa questaban todos los más dolientes y no osaban salir a buscar bastimentos a los pueblos, porque les habían dado guerra los indios cercanos y muerto diez soldados después que los dejó allí Gil González de Avila. Pues estando los del Gil González de Avila derrocando los zapotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, y desque vieron venir la canoa por la mar, en que venía el Gonzalo de Sandoval y sus compañeros, de lo cual se espantaron, e admiraron de cosa tan nueva, y no sabían si huir o esperar. Y como llegó Sandoval a ellos, les dijo que no hobiesen miedo, que era gente de paz; y ansí estuvieron quedos y muy espantados. Y después de muy bien informados el Sandoval y sus compañeros de los dos españoles cómo y de qué manera estaban allí poblados los del Gil González de Avila, y del mal suceso de la armada del de las Casas, que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olí les tuvo presos al de las Casas y al Gil González de Avila, y cómo le degollaron en Naco al Cristóbal de Olí por sentencia

que dieron contra él, y como eran ya partidos para México, y supieron quien y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y cómo había pocos días que habían ahorcado en aquella villa al teniente y capitán que les dejó allí el Gil González de Avila, que se decía Armenta, y por qué causa le ahorcaron, que fué porque no les dejaba ir a Cuba, acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres a Cortés y no hacer novedad ni ir a la villa sin él, para que de sus personas fuese informado. Y entonces un soldado que se decía Alonso Ortiz, vecino que después fué de una villa que se dice San Pedro, suplicó al Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora para llevarle las nuevas a Cortés y a todos nosotros que con él estábamos, por que le diésemos albricias. Y ansí lo hizo, de las cuales nuevas se holgó Cortés y todo nuestro real, creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos; y se nos doblaron muchos más, según adelante diré. E al Alonso Ortiz que llevó estas nuevas, Cortés le dió luego un caballo muy bueno, rosillo, que llamaban *Cabeza de Moro,* y todos le dimos de lo que entonces teníamos. Y luego llegó el capitán Sandoval con los soldados y el indio de Cuba, y dieron relación a Cortés de todo lo por mí dicho y de otras muchas cosas que les preguntaba; y cómo tenían en aquella villa un navío questaba calafateando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenían en él para se embarcar todos e irse a Cuba; y que porque no les había dejado embarcar el teniente Armenta, le ahorcaron, y también porque mandaba dar garrote a un clérigo que revolvía su villa; y alzaron por teniente a un Antonio Nieto, en lugar del Armenta que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos españoles, y digamos los lloros que en su villa se hizo viendo que no volvían aquella noche los dos vecinos y el indio de Cuba que habían ido a buscar la fruta de zapotes, que ansí se llamaban, que creyeron que indios los habían muerto, o tigres o leones; y el uno dellos era casado, y su mujer lloraba mucho por él; y todos los vecinos, e también el clérigo, que se decía el bachiller Fulano Velázquez, se juntaron en la iglesia y rogaban a Dios que les ayudase y que no viniese más malas sobrellos; y no hacía la mujer sino rogar a Dios por el ánima de su marido. Volvamos a nuestra relación. Que luego Cortés nos mandó a todo nuestro ejército ir camino de la mar, que sería seis leguas, y aun en el camino había un estero muy crecido e hondo que crescía y menguaba; y estuvimos aguardando que menguase medio día, y le pasamos a vuelapié e a nado. Y llegados al gran río del Golfo Dulce, el primero que quiso ir a la Villa, questaba de allí dos leguas, fué el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos despuelas. Y fué en las dos canoas atadas, que la una era en que habían venido los soldados de Gil González a buscar zapotes, y la otra que Sandoval había tomado en la costa a los indios, que para aquel menester de pasar se las habían varado en tierra y escondido en el monte, y las tornaron a echar en el agua, y se ataron una con otra de manera questaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés y sus criados. Y luego e las mismas canoas mandó que le pasasen dos caballos, y es desta manera; en las canoas, remando, y los caballos, de cabresto, nadando junto a las canoas, y con maña y no dar mucho largor al caballo por que no trastorne la canoa. Y mandó que hasta que no viésemos

su carta o mandado que no pasásemos ningunos en la mismas canoas, por el gran riesgo que había en el pasaje que, Cortés se hobo arrepentido de haber ido en ellas, porque venía el río con gran furia. Y dejallo he aquí, y diré lo que más nos avino.

CAPITULO CLXXIX

Cómo Cortés entró en la villa a donde estaban poblados los del Gil González de Avila, y de la gran alegría que todos los vecinos robieron, y lo que Cortés ordenó.

Desque hobo pasado Cortés el gran río del Golfo Dulce de la manera que dicho tengo, fué a la villa a donde estaban poblados los españoles de Gil González de Avila, que sería de allí dos leguas, questaban junto a la mar, y no adonde solían estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buena Vista. Y desque vieron entre sus casas a un hombre a caballo y otros seis a pie, se espantaron en gran manera. Y desque que supieron que era Cortés, que tan mentado era en todas partes de las Indias y de Castilla, no sabían qué se hacer de placer, y después de le venir todos los caciques a le besar las manos y dalle el para bien venido, Cortés les habló muy amorosamente y mandó al teniente que se decía Nieto, fuese donde daban carena al navío y trujesen dos bateles que tenían, y que sí había canoas, que ansímismo las trujesen atadas de dos en dos. Y mandó que se buscase todo el pan cazabi que allí tenían y lo llevasen al capitán Sandoval, que otro pan de maíz no había, para que comiese y repartiese entre todos nosotros los de su ejército. Y el teniente lo buscó luego, y no se halló cincuenta libras dello, porque no comían sino zapotes asados y legumbres y algún marisco que pescaban; y aun aquel cazabi que dieron guardaban para el matalotaje y para irse a Cuba cuando estuviese calafateado el navío. Y con dos bateles y ocho marineros que luego vinieron escribió Cortés luego a Sandoval que él mismo en persona y el capitán Luis Marín fuesen los postreros que pasasen aquel gran río, y que mirasen que no se embarcasen más de los quél mandase, y los bateles pasasen sin mucha carga, por causa de la gran corriente del río, que venía muy crecido y recio; y con cada batel, dos caballos; y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderían y trastornarían, según la gran furia de la corriente. Y sobre el pasar adelante, uno que se decía Sayavedra, hermano de otro Avalos, parientes de Cortés, querían pasar primero, puesto que Sandoval decía que en la primera barcada pasarían, porque pasaban en aquella sazón los religiosos franciscos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos. Y como el Sayavedra era pariente de Cortés y esta envidia de mandar vino desde Lucifer, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara, y respondióle no tan bien mirado como convenía. Y Sandoval, que no se las sufría, tuvieron palabras, de manera quel Sayavedra echó mano a un puñal, y puesto quel

Sandoval, como estaba dentro en el río, a más de la rodilla el agua, deteniendo que en los bateles no se cargase demasiado, ansí como estaba arremetió al Sayavedra y le tenía tomada la mano donde tenía el puñal y le derrocó en el agua. Y si de presto no nos metiéramos entre ellos y los despartimos, ciertamente el Sayavedra librara mal, por que todos los más soldados mostramos de la parte del Sandoval. Dejemos esta quistión, y diré como cuatro días estuvimos en pasar aquel río; y de comer, ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos y las partíamos, y los meollos dellos comíamos. Y en aquel río se ahogó un soldado con su caballo, el cual soldado se decía Tarifa, que pasaba en una canoa, y no paresció más él ni el caballo. También se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decía Solís Casquete, que hacía bramuras por él y maldecía a Cortés y a su viaje. Quiero decir de la gran hambre que allí en el pasar del río hobo, y aun del murmurar de Cortés y de su venida, y aun de todos nosotros que le seguíamos. Pues desque hobimos llegado al pueblo, no había bocado de cazabí que comer, ni aun los vecinos lo tenían, ni sabían caminos, si no era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habían ya despoblado. Y luego Cortés mandó al capitán Luis Marín que con los vecinos de Guazacualco fuésemos a buscar maíz, lo cual adelante diré.

CAPITULO CLXXX

Cómo otro día, después de haber llegado aquella villa, que yo no le sé otro nombre sino San Gil de Buena Vista, fuimos con el capitán Luis Marín hasta ochenta soldados, todos a pie, a buscar maíz y descubrir la tierra. Y lo que pasó diré adelante.

Ya he dicho que como llegamos aquella villa que Gil González de Avila tenía poblada no tenía qué comer, y eran hasta cuarenta hombres y cuatro mujeres de Castilla y dos mulatas; y todos dolientes y las colores muy amarillas. Y como no teníamos qué comer nosotros ni ellos, no víamos la hora que illo a buscar. Y Cortés mandó que saliese el capitán Luis Marín y buscásemos maíz. Y fuimos con él sobre ochenta soldados, a pie, hasta ver si había caminos para caballos. Y llevábamos con nosotros un indio de Cuba que nos fuese guiando a unas estancias y pueblos questaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz e infinitos cacahuatales, y frísoles, y otras legumbres, donde tuvimos bien que comer, y aun enviamos a decir a Cortés que enviase todos los indios mexicanos, y llevarían maíz. Y le socorrimos entonces con otros indios con diez hanegas dello, y enviamos por nuestros caballos. Y desque Cortés supo questábamos en buena tierra y se informó de indios mercaderes, que entonces habían prendido en el río del Golfo Dulce, que para ir a Naco, a donde degollaron a Cristóbal

de Olí, era camino derecho donde estábamos, envió a Gonzalo de Sandoval, con toda la mayor parte de su ejército, que nos siguiese y que nos estuviésemos en aquella estancia hasta ver su mandado. Y como llegó el Sandoval a donde estábamos y vió que había abastadamente de comer, se holgó mucho, y luego envió a Cortés sobre treinta hanegas de maíz con indios mexicanos, lo cual repartió a los vecinos que en aquella villa quedaban. Y como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino a comer zapotes asados y cazabi, y como se hartaron de tortillas con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, y como estaban dolientes, y se murieron siete dellos. Y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navió que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos salados, y pan cazabi. Y venían hasta quince pasajeros y ocho marineros, y cuya era toda la más cargazón de aquel navío se decía Antón de Carmona "el Borcejero". Y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento en él venía, y repartió dello a los vecinos. Y como estaban de antes en tanta nescesidad y debilitados, se hartaron de la carne salada y dió a muchos dellos cámaras, de que murieron catorce. Pues como vino aquel navío con la gente y marineros, parecióle a Cortés que era bien ir a ver y calar y bojar aquel tan poderoso río, si había poblazones arriba y qué tierra era. Y luego mandó calafetear un buen bergantín questaba al través, que era de los de Gil González de Avila, y adobar un batel y hacelle como barco del descargo. Y con cuatro canoas, atadas unas con otras, y con treinta soldados, y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su capitán, y con veinte indios mexicanos, se fué el río arriba. E obra de diez leguas que hobo ido el río arriba, halló una laguna muy ancha que tenía de bojo el agua y anchor seis leguas, y no había poblazón ninguna alrededor della, porque todo era anegadizo. Y siguiendo el río arriba venía ya muy corriente, más que de antes, y había unos saltaderos que no podían ir con el bergantín y bateles y canoas. Y acordó de las dejar allí, en un río manso, con seis españoles en guarda dellos. Y fué por tierra, por un camino angosto, y llegó a unos pueblezuelos despoblados. Y luego dió en unos maizales, y de allí tomó tres indios por guías y le llevaron a unos pueblos chicos, donde tenían mucho maíz y gallinas, y aun tenían faisanes, que en estas tierras llaman sacachules, y perdices de la tierra, y palomas. Y esto de tener perdices desta manera yo lo helo visto y hallado en pueblos questán en comarca destos del Golfo Dulce, cuando fuí en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos a nuestra relación. Que allí tomó Cortés guías y pasó adelante, y fué a otros poblezuelos que se dicen Zinacantencintle, donde tenían grandes cacahuatales y maizales y algodón. Y antes que a ellos llegase oyeron tañer atabalejos y trompetillas haciendo fiestas y borracheras. Y por no ser sentido, Cortés estuvo escondido con sus soldados en un monte, y desque vió que era tiempo de ir a ellos, arremeten todos a una y prendieron hasta diez indios y quince mujeres. Y todos los más indios de aquel pueblo de presto se fueron a tomar sus armas, y vuelven con arcos y flechas y lanzas, y comenzaron a flechar a los nuestros. Y Cortés con los suyos fué contra ellos y

acuchillaron a ocho indios que eran principales. Y desque vían el pleito mal parado y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos y los dos eran sacerdotes de ídolos, y vinieron muy mansos a rogar a Cortés que les diese los presos, y trujeron ciertas joyezuelas de oro y de poca valía Y Cortés les habló con doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés, sin ella, no podía entender los indios; y les dijo que le llavesen el maíz y gallinas y sal y todo el bastimento que allí les señaló, y dió a entender adónde habían ido en canoas y bergantines, las que envió presto y luego les daría los presos. Y ellos dijeron que sí harian, y que cerca de allí está uno como estero que salía al río. Y luego hicieron balsas y medio nadando lo llevaron hasta que dieron en fondo que pudieron nadar muy bien. Pues como Cortés había quedado de les dar todos los presos, paresció ser mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos para hacer pan y servirse de los indios, y no se las dieron, y sobrello se apellidan todos los indios de aquel pueblo y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara y piedra y flecha a Cortés y a sus soldados, de manera que hirieron al mismo Cortés en la cara y a otros doce de sus soldados. Allí se le desbarató la una balsa, y aun se perdió la mitad de lo que traía, y se ahogó un mexicano. Y en aquel río hay tanto de los mosquitos, que no se podía valer. Y Cortés todo lo sufría, y da vuelta para su villa, que no sé cómo se la nombró, y bastécela mucho más de lo questaba. Ya he dicho quel pueblo donde llegó Cortés se decía Sinacatenzintle y me han dicho agora questa de Guatimala hasta setenta leguas, y tardó Cortés en este viaje y volver a la villa veinte y seis días. Y desque vió que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de indios, y como tenía mucho bastimento, ansí de lo que antes estaba como de lo que al presente traía, acordó de escrebir a Gonzalo de Sandoval que luego se fuese a Naco, y le hizo saber todo lo por mí dicho de su viaje del Golfo Dulce, según lo tengo aquí relatado, y cómo iba a poblar a Puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guazacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.

CAPITULO CLXXXI

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados, cuantos soldados había traído en su compañía y los que habían quedado en San Gil de Buena Vista, y fué a poblar a donde ahora llaman Puerto de Caballos, y le puso nombre la Natividad, y lo que ende hizo.

Pues como Cortés vió que en aquel asiento que halló poblados a los de Gil González de Avila no era bueno, acordó de se embarcar en los dos navíos y bergantín con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho días de navegación fué a desembarcar a donde agora llaman Puerto de Caballos. Y como vio aquella bahía buena para puerto y supo de indios que había cerca poblazones, acordó de poblar una villa, que

la nombró Natividad, y puso por su teniente a un Diego de Godoy. Y desde allí hizo dos entradas en la tierra adentro, a unos pueblos cercanos que agora están despoblados, y tomó lengua dellos cómo había cerca otros pueblos, y abasteció la villa de maíz, y supo questaba el pueblo de Naco, donde degollaron a Cristóbal de Olí, cerca de aquel pueblo, y escrebió a Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya había llegado y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guazacualco, y decía en la carta que sin ellos no se hallaba en hacer entradas; y le escribió cómo quería irse desde allí al puerto de Honduras, a donde estaba poblada la villa de Trujillo, e quel Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras y poblasen una villa; la cual carta vino a poder de Sandoval estando questábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habíamos llegado a Naco. Y dejemos de decir de Cortés, y de sus entradas que hacía desde Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ellas les picaban, ansí de día como de noche, que, a lo que después le oía decir, tenía con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vió las cartas luego se fué desde aquellas estancias que dicho tengo a unos pueblezuelos que se dicen Cuyuacán, questaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego a Naco, como Cortés le había mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habían apartado a otras estancias, por tener qué comer ellos y sus caballos, y por causa que al pasar del un río muy hondo de dos que había que no se podía vadear, y era camino de las estancias, e por dejar recaudo de una canoa con que pasaban los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mexicanos que venían dolientes. Y esto fué también por temor que de unos pueblos cercanos de las estancias, que confinaban en el río y Golfo Dulce, venían cada día de allí de guerra muchos indios de los pueblos, porque no hobiese algún mal recaudo y muertes de españoles y de indios mexicanos, mandó Sandoval que quedásemos a aquel paso ocho soldados, y a mí me dejó por caudillo dellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta si daban voces pasajeros de los questaban en las estancias, para luego les pasar. Y una noche vinieron muchos indios guerreros de los pueblos cercanos y de las estancias, creyendo que no nos velábamos, e por tomarnos la canoa dan de repente en los ranchos en que estábamos y les pusieron fuego. Y no vinieron tan secreto que ya les habíamos sentido, y nos recogimos todos ocho soldados y cuatro mexicanos de los questaban sanos, y arremetimos a los guerreros y a cuchilladas los hicimos volver por donde habían venido, puesto que flecharon a dos soldados y a un indio; mas no fueron mucho las heridas. Y desque aquello vimos, fuimos tres compañeros a las estancias a donde sentíamos que habían quedado indios y españoles dolientes, que sería una legua de allí, y trujimos a un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y a otros españoles questaban en su compañía, y a indios mexicanos questaban dolientes, y luego los pasamos el río, y fuimos adonde Sandoval estaba. E yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habíamos recogido en las estancias iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio isleño, hijo de ginovés, y como iba malo y sin tener qué le dar de comer, sino tortillas e

pinol, e ya que llegábamos a obra de media legua donde estaba Sandoval, se murió en el camino, y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el real. Y llegado a donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto; y hobo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trujimos a cuestas o en un caballo. Y le dije que traíamos dos dolientes en cada caballo, e nos veníamos a pie, y que por esta causa no se pudo traer. Y un soldado que se decía Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio que harto teníamos que traer nuestras personas sin traer muertos a cuestas, y que renegaba de tanto trabajo e pérdida como Cortés nos había causado. Y luego mandó el Sandoval a mí y al Villanueva que sin más parar le fuésemos a enterrar. Y llevamos dos indios y un azadón, e hicimos su sepoltura, y lo enterramos, y le pusimos una cruz, y hallamos en la cabecera del muerto una taleguilla con muchos dados y un papel escrito, una memoria dónde era natural y cúyo hijo era, e qué bienes tenía en Tenerife. Pues, el tiempo andando, se envió aquella memoria a Tenerife. E perdónele Dios, amén. Dejemos de contar cuentos, y quiero decir que luego Sandoval acordó que fuésemos a otros pueblos que agora están cerca de unas minas que se descubrieron desde a tres años; y desde allí fuimos a otro pueblo que se dice Quimistán; y otro día, a hora de misa, fuimos a Naco; y en aquella sazón era buen pueblo, y hallámosle despoblado de aquel mismo día; y después de nos aposentar en unos patios grandes, donde habían degollado a Cristóbal de Olí, questaba el pueblo bien bastecido de maíz y de frísoles, y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que más deseábamos, y allí asentamos con nuestro fardaje, como si hobiéramos destar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en la Nueva España, y un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parescía que la sombra del árbol refrescaba el corazón, y caía dél uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas. Y este pueblo en aquella sazón fué muy poblado y en buen asiento, y había fruta de zapotes colorados y de los chicos, y estaban en comarca de otros pueblos. Y dejallo he aquí, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO CLXXXII

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval comenzó a pacificar aquella provincia de Naco, y lo que más hizo.

Desque hobimos allegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frísoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, los cuales Sandoval halagó y dió cuentas de Castilla y les rogó que fuesen a llamar a los demás caciques que no se les haría enojo ninguno, y fueron ansí como se lo mandó y vinieron dos caciques; mas no pudo con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida, ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros a ellos. Y ansí estuvimos los

primeros días. Y Cortés había escrito al Sandoval, como dicho tengo, que luego le enviase a Puerto de Caballos diez soldados de los de Guazacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entrellos era yo uno, y en aquella sazón estaba algo malo, dije a Sandoval que me excusase, pues estaba mal dispuesto, y él que lo había a gana, ansí quedé. Y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenían mucha razón. Y porque no sabían si la tierra por donde habían de ir estaba de paz, acordó Sandoval de demandar a los caciques de Naco cinco principales indios que fuesen con ellos hasta Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo rescibían algunos de los soldados, que les quemaría el pueblo y que les iría a buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer. Y fueron su viaje hasta Puerto de Caballos, a donde hallaron a Cortés que se quería embarcar para ir a Trujillo, y se holgó con ello, y supo cómo quedábamos buenos, y les llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó y dejó en aquella villa del Puerto de Caballos a un Diego de Godoy por su capitán, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los más de los que solían ser de Gil González de Avila y de los nuevamente venidos de las islas. Y desque Cortés se hobo embarcado y su teniente Godoy se quedó en la villa, con los soldados que más sanos tenían hacían entradas en los pueblos comarcanos. Trujo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los más dellos dolientes y se morían cada día, no hacían cuenta dellos, y a esta causa no le acudían con comida, ni ellos eran para illo a buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y aun en pocos días se murieron la mitad dellos y se despoblaron otros tres soldados, que se vinieron huyendo a donde estábamos con Sandoval. Y dejallo he aquí en este estado y volveré a Naco. Que como Sandoval había visto que no querían venir a poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, y aunque los enviaba a llamar muchas veces, y que los demás pueblos comarcanos no venían ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona hacer de manera que viniesen. Y fuimos luego a unos pueblos que se decían Girimonga y Azula, y a otros tres pueblos questaban cerca de Naco, y todos vinieron a dar la obidiencia a Su Majestad. Y luego fuimos a Quimistán y a otros pueblos de la sierra, y ansimismo vinieron. Por manera que todos los indios de aquella comarca venían, y como no se les demandaba cosa ninguna más de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir; y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que agora se dice Puerto de Caballos. Y dejemos desta materia, porque por fuerza tengo de volver a decir de Cortés, que fué a desembarcar al puerto de Trujillo, y porque en una sazón acaescen dos y aun tres cosas, como otras veces he dicho en los capitulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, dónde y de qué manera conquistábamos y poblamos, y aunque se deje por ahora de decir de Sandoval y lo que en Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

CAPITULO CLXXXIII

Cómo Cortés desembarcó en el Puerto de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa lo salieron a rescibir y se holgaron mucho con él, y lo que allí hizo.

Como Cortés hubo embarcado en el Puerto de Caballos y llevó en su compañía muchos soldados de los que trujo de México y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo, en seis días llegó al puerto de Trujillo. Y desque los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas supieron que era Cortés, todos fueron a la mar, questaba cerca, a le rescebir y le besar las manos, porque muchos de aquellos vecinos eran bandoleros de los que echaron de Pánuco y fueron en dar consejo a Cristóbal de Olí para que se alzase, y los habían desterrado de Pánuco, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, y como se hallaban culpantes suplicaron a Cortés que les perdonase. Y Cortés con muchas quiricias y ofrescimientos les abrazó a todos y les perdonó, y luego se fué a la iglesia, y después de hecha oración le aposentaron lo mejor que pudieron y le dieron cuenta de todo lo acaescido del Francisco de las Casas y del Gil González de Avila, y por qué causa degollaron al Cristóbal de Olí, y cómo se habían ido camino de México, y cómo habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia Y desque Cortés bien lo hobo entendido a todos les honró de palabra y con dejalles los cargos según y de la manera que los tenían, eceto que hizo capitán general de aquellas provincias a su primo Sayavedra, que ansí se llamaba, de lo cual lo tuvieron por bien, y luego envió a llamar a todos los pueblos comarcanos. Y como tuvieron nueva que era el capitán Malinche, que ansí le llamaban, y sabían que había conquistado a México, luego vinieron a su llamado y le trujeron presentes de bastimento. Y desque se hobieron juntado los caciques de cuatro pueblos más principales, Cortés les habló, con doña Marina, y les dijo las cosas tocantes a nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Carlos de Austria, y que tiene muchos grandes señores por vasallos, y que nos envió a estas partes para quitar sodomías y robos e idolatrías, y para que no consienta comer carne humana ni hobiese sacrificio, ni se robasen ni se diesen guerras unos a otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen; y también venía para que diesen la obidiencia a tan alto rey y señor como les ha dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabía bien decir, y los que no quisiesen venir a se someter al dominio de Su Majestad, que les castigaría, y aun los dos religiosos franciscos que Cortés traía les predicó cosas muy santas y buenas, lo cual se lo declaraban dos indios mexicanos que sabían la lengua española con otros intérpretes de aquella lengua; y más les dijo, que en todo les guardaría justicia porque ansí lo mandaba nuestro rey y señor. Y porque hobo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de Su Majestad, y que harían lo que Cortés les mandaba; y luego les dijo que tru-

jesen bastimento aquella villa, y también les mandó que viniesen muchos indios y trujesen hachas y que talasen un monte questaba dentro en la villa para que desde ella se pudiese ver la mar y puerto. Y también les mandó que fuesen en canoas a llamar tres o cuatro pueblos questán en unas isletas, que se llaman los Guanajes, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trujesen pescado, pues tenían mucho. Y ansí lo hicieron, que dentro de cinco días vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado y gallinas. Y Cortés les mandó dar unas puercas y un berraco que halló en Trujillo y de los que traía de México, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltalles en la isleta sin ponerles guarda. Y ansí fué como dijo, que dentro en dos años hobo muchos puercos, y los iban a montear. Dejemos esto, pues no hace a nuestra relación y no me lo tengan por prolijidad en contar cosa viejas, y diré que vinieron tantos indios a talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos días se vió claramente muy bien la mar, e hicieron quince casas, y una para Cortés, muy buena. Y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querían venir de paz, y unos caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que agora está con muy poca gente o casi que ninguna, le dió a Cortés una memoria de muchos pueblos que no querían venir de paz, questaban en grandes sierras y tenían fuerzas hechas. Y luego Cortés envió al capitán Sayavedra con los soldados que les paresció que convenían ir con él, y con los ocho de Guazacualco fué por su camino hasta que llegó a las poblazones que solían estar de guerra; y les salieron de paz los más dellos, eceto tres pueblos que no quisieron venir. Y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acatado, y llamábanle en todas aquellas provincias el capitán Hue Hue de Marina, e lo que quiere decir es: el capitán viejo que trae a doña Marina. Dejemos a Sayavedra, questaba con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los acaltecas, y volvamos a Cortés, questaba en Trujillo y ya le habían adolescido los frailes franciscos y un su primo que se decía Avalos, y el licenciado Pedro López, y Carranza el mayordomo y Guinea el despensero, y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, ansí de los que Cortés traía como de los que halló en Trujillo, y aun el Antón de Carmona, que trujo el navío con el bastimento, y acordó de los enviar a la isla de Cuba, a la Habana o a Santo Domingo, si viesen quel tiempo sería bueno en la mar, y para ello les dió el un navío bien aderezado y calafeteado, con el mejor matalotaje que se pudo haber, y escribió a la Audiencia Real de Santo Domingo y a los frailes jerónimos y a la Habana dando cuenta cómo había salido de México en busca de Cristóbal de Olí, y cómo dejó sus poderes a los oficiales de Su Majestad, y del trabajoso camino que había traído; y cómo el Cristóbal de Olí hobo preso a un capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para le tomar el armada al mismo Cristóbal de Olí, y que también había preso a un Gil González de Avila, siendo gobernador del Golfo Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes le dieron de cuchilladas, y por setencia, después

que tuvieron preso al Cristóbal de Olí, le degollaron, y que al presente estaba poblando la tierra y pueblos sujetos aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviasen soldados que en aquélla isla de Santo Domingo no tenía con qué se sustentar, y para dar crédito, que había oro envió muchas joyas y piezas de las que traía en su recámara e vajilla, de lo que trujo de México, y aun de la vajilla de su aparador. Y envió por capitán de aquel navío a un su primo que se decía Avalos, y le mandó que de camino tomase veinticinco soldados que había dejado un capitán, que tuvo nueva que andaba a saltear indios en las isletas en lo de Cozumel y partido del puerto de Honduras, que ansí se llama. Ya unas veces con buen tiempo, otras con contrario, pasaron adelante de la punta de San Antón, questán junto a las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta o setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitán Avalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron en la Habana, y desde allí fué la fama volando en toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos; y en pocos días fué la nueva a Santo Domingo, porque el licenciado Pedro López, médico, que iba allí, que escapó en una tabla, y escribió a la Real Audiencia de Santo Domingo, en nombre de Cortés, y todo lo acaescido, y cómo estaba poblado en Trujillo, y que había menester bastimento y vino y caballos, y que para lo comprar traía mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y desque aquella nueva se supo todos se alegraron, porque ya había gran fama e lo tenían por cierto que Cortés y todos nosotros sus compañeros éramos muertos, las cuales nuevas supieron en la Española de un navío que fué de la Nueva España. Y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando las provincias que dicho tèngo, luego los oidores y mercaderes comenzaron de cargar dos navíos viejos con caballos, y potros, y camisas, y bonetes, y cosas de bujerías, y no trujeron cosa de comer sino una pipa de vino, ni fruta, salvo los caballos y lo demás de tarrabusterías. Entretanto que se arman los navíos para venir, que aun no han llegado al puerto, quiero decir que como Cortés estaba en Trujillo se le vienen a quejar ciertos indios de las islas de los Guanajes, que serían de allí ocho leguas, y dijeron questaba ancleado un navío junto a su pueblo, y con el batel del navío lleno despañoles con escopetas y ballestas, y que les querían tomar por fuerza sus maceguales, que se dice entrellos vasallos, y que a lo que han entendido son robadores, y que ansí les tomaron los años pasados muchos indios y los llevaron presos en otro navío como aquel navío questaba surto, y que envíase a poner cobro en ello. Y desque Cortés lo supo luego mandó armar un bergantín con la mejor artillería que había y con veinte soldados y con buen capitán, y les mando que en todo caso tomasen el navío que los indios decían y se le trujesen preso con todos los españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de Su Majestad; y mandó a los indios que armasen sus canoas y con varas y flechas fuesen junto al bergantín, y que ayudasen a prender aquellos hombres, y para ello dió poder al capitán. Pues yendo con su bergantín armado y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas, y desque los del navío

questaba surto los vieron ir a la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantín. Y después se alcanzó a saber que era un bachiller Moreno, que había enviado el Audiencia Real de Santo Domingo a cierto negocio a Nombre de Dios, y paresce ser descayeron del viaje o vino de hecho sobre cosa pensada a robar los indios de los Guanajes [1]. Y volvamos a Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré a decir lo que a Sandoval le acaesció en Naco.

CAPITULO CLXXXIV

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval, questaba en Naco, prendió a cuarenta soldados españoles y a su capitán, que venían de la provincia de Nicaragua y hacían mucho daño y robos a los indios de los pueblos por donde pasaban.

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los más pueblos de aquella comarca, vinieron antél cuatro caciques de dos pueblos que se dicen Quequespán y Talchinalchapa, y dijeron questaban en aquellos sus pueblos muchos españoles, de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas e hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro; de lo cual hobo gran enojo el Sandoval; y preguntado que qué tanto sería de allí donde estaban, dijeron que un día temprano llegaríamos. Y luego nos mandó apercebir a los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres. Y llegados a los pueblos donde estaban, [los] hallamos muy de reposo, sin pensamiento que les habíamos de prender, y desque nos vieron ir de aquella manera se alborotaron y echaron mano a las armas, y de presto prendimos al capitán y a otros muchos dellos sin que hobiese sangre de una parte ni de otra. Y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas si les parecía bien andar robando a los vasallos de Su Majestad, y que si era buena conquista y pacificación aquella. Y unos indios e indias traían en cadenas con colleras, se las hizo sacar dellas y se las dió al cacique de aquel pueblo, y los demás mandó que se fuesen a su tierra, que era cerca de allí. Pues como aquello fué hecho, mandó al capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, quél y sus soldados fuesen presos y se fuesen luego con nosotros al pueblo de Naco; lo cual caminamos con ellos; y traían muchas indias de Nicaragua, y algunas dellas hermosas, e indios naborias, que tenían para su servicio, y todos los más dellos traían caballos. Y como nosotros estábamos tan trillados y deshechos de los caminos pasados y no teníamos indias que nos hiciesen pan, sino muy pocas, eran ellos unos condes en el servirse para según nuestra pobreza. Pues como llegamos con ellos a Naco, Sandoval les dió posadas en parte convenible,

(1) Testado en el original: "y porque yo no lo sé muy bien lo dejaré de decir".

porque venían entrellos ciertos hidalgos y personas de calidad, pues desque hobieron reposado un día, su capitán Garro vió que éramos de los de Cortés, que tan mentado era, hízose muy amigo de Sandoval y de todos nosotros, y se holgaban con nuestra compañía. Y quiero decir cómo y de qué manera e por qué causa venía aquel capitán con aquellos soldados, y es desta manera que diré. Pareció ser que Pedrarias de Avila, gobernador que fué en aquella sazón de Tierra Firme, envió un capitán que se decía Francisco Hernández. persona muy principal entrellos, a conquistar y pacificar las tierras de Nicaragua y que descubriese otras, y dióle copia de soldados ansí de a caballo como de ballesteros; y llegó a las provincias de Nicaragua y León, que ansí las llamaban, las cuales pacificó y pobló; y como se vió con muchos soldados y próspero y apartado del Pedrarias de Avila, y por consejeros que tuvo para ello, y también, según entendí, un bachiller Moreno, por mí ya memorado, que la Audiencia Real de Santo Domingo y los frailes jerónimos que gobernaban en las islas le habían enviado a Tierra Firme a cierto pleito, que tengo en mi pensamiento que era sobre la muerte de Balboa, yerno de Pedro Arias, el cual degolló desque le hobo casado con su hija doña Isabel Arias de Peñalosa, que ansí se llamaba, y el bachiller Moreno dijo al capitán Francisco Hernández que como conquistase cualquiera tierra y acudiese a nuestro rey y señor para que le hiciese gobernador della, que no hacían traición, y quel Balboa que degolló el Pedrarias siendo su yerno, que fué contra justicia, pues quel Balboa primero envió su procurador a Su Majestad para ser adelantado; y so color destas palabras que tomó el bachiller Moreno envió el Francisco Hernández a su capitán Pedro de Garro para que por la banda del Norte le buscase puerto para hacer sabidor a Su Majestad de las provincias que había pacificado y poblado, para que le hiciese merced fuese él gobernador dellas, pues estaban tan apartadas de la gobernación del Pedrarias; e veniendo que venía el Pedro de Garro para quel efeto le prendimos, como dicho tengo. Y desque el Sandoval entendió el intento a lo que venían, platicó con Garro muy secretamente y dióse orden que lo hiciésemos saber a Cortés, questaba en Trujillo, y quel Sandoval tenía por cierto que Cortés le ayudaría que quedase el Francisco Hernández por gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envían Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros y otros cinco soldados de los de Garro, para que costa a costa fuesen a Trujillo con las cartas, porque allí residía Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y llevaron sobre veinte indios de Nicaragua de los que trujo Garro para ayudarse a pasar los ríos. E yendo por sus jornadas no pudieron pasar el río de Pichin ni otro que se dice de Balahama, porque venían muy crecidos, y al cabo de quince días vuelven los soldados a Naco sin hacer cosa ninguna de lo que les fué mandado; de lo cual hobo tanto enojo el Sandoval, que de palabras trató mal al que iba por caudillo, y luego sin más tardar ordena que vaya por la tierra adentro el capitán Luis Marín con diez soldados, y los cinco del Garro y los demás de los nuestros, e yo fui uno dellos. Y fuimos todos a pie, y atravesamos muchos pueblos questaban de guerra. Y si hobiese descrebir por extenso los grandes trabajos y reencuentros que con indios de guerra tuvimos, e los ríos y ancones que pasamos

en balsas y a nado, y la hambre que en algunos días tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que había día que pasábamos tres ríos caudales en balsas y a nado. Y desque llegamos a la costa hobo muchos esteros donde había lagartos, y en un río que se dice Jagua, questá del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos días en le pasar en balsas, según venía de recio; y allí hallamos calaveras y huesos de siete caballos que se habían muerto de mala yerba que habían pacido, y fueron de los de Cristóbal de Olí. Y desde allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través. Y desde allí fuimos en cuatro días a un pueblo que se dice Quemara, y salieron muchos indios de guerra contra nosotros, y traían unas lanzas grandes y gordas y con sus rodelas, y las mandaban con la mano derecha y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venían a juntar pie con pie; y con las ballestas que llevábamos y a cuchilladas nos dieron lugar que pasásemos adelante, y allí hirieron a dos de nuestros soldados; y estos indios que he dicho que salieron de guerra no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros capitanes que les van a robar sus indios. Dejemos de contar trabajos pasados, y digo que en otros dos días de camino llegamos a Trujillo; y antes de entrar en él, que sería hora de vísperas, vimos a unos cinco de a caballo, y era Cortés y otros caballeros a caballo que se habían ido a pasear por la costa; y cuando nos vieron desde lejos no sabían qué cosa nueva podía ser; y desque nos conosció Cortés se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino abrazar, y nosotros a él, y nos dijo: "¡Oh hermanos y compañeros míos, qué deseo tenía de veros y saber qué tales estábades!' Y estaba flaco que hobimos mancilla de le ver, porque según supimos había estado a punto de muerte de calenturas y tristeza que en si tenía, y aun en aquella sazón no sabía cosa buena ni mala de México, y dijeron otras personas questaba ya tan a punto de muerte, que le tenían ya hechos unos hábitos de señor San Francisco para le enterrar con ellos. Y luego a pie se fué con todos nosotros a la villa y nos aposentó y cenamos con él; y tenia tanta pobreza, que aun de cazabi no nos hartamos Y desque le hobimos dado relación a lo que veníamos e leído las cartas sobre lo de Francisco Hernández para que le ayudase, dijo que haría cuanto pudiese por él. Y en aquella sazón que allegamos a Trujillo había tres días que habían venido los dos navíos chicos con las mercaderías que otras veces he dicho y memorado que enviaban de Santo Domingo, que era caballos y potros y mulas y armas viejas y unas camisas y bonetes colorados y cosas de poca valía, y no trujeron sino una pipa de vino, ni fruta ni cosa de provecho, que valiera más que aquellos navíos no vinieran, según todos nos adeudamos en comprar de aquellas bujerías y potros. Pues estando que estábamos con Cortés dando cuenta de nuestro camino trabajoso, vieron venir en alta mar un navío a la vela, y llegado a puerto venía de la Habana, que le enviaba el licenciado Zuazo, el cual licenciado había dejado Cortés en México por alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés con una carta, la cual es esta que se sigue, y si no diré las palabras formales que en ella venía, al de menos diré la sustancia della.

CAPITULO CLXXXV

Cómo el licenciado Zuazo envió una carta desde La Habana a Cortés, y lo que en ella se contenía es lo que agora diré.

Pues como hobo tomado puerto el navío que dicho tengo, y un hidalgo que venía por capitán dél desque saltó en tierra fué a besar las manos a Cortés y le dió una carta del licenciado Zuazo, que hobo dejado en México por alcalde mayor. Y desque Cortés la hobo leído tomó tanta tristeza que luego se metió en su aposento y comenzó a sollozar, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era sábado, y mandó que se dijesen misas de Nuestra Señora muy de mañana. Y desque hobieron dicho misa nos rogó que le escuchásemos y sabríamos nuevas de la Nueva España, cómo echaron fama que todos éramos muertos, y cómo nos habían tomado nuestras haciendas y las habían vendido en almoneda y quitado nuestros indios y repartidos en otros españoles sin tener méritos, y comenzó a leer la carta, y decía así lo primero que leyó en ella: las nuevas que vinieron de Castilla de su padre, Martín Cortés, e Ordaz, cómo el contador Albornoz le había sido contrario en las cartas quescribió a Su Majestad y al obispo de Burgos, y lo que Su Majestad sobrello había mandado proveer de enviar al almirante con doscientos hombres, según ya lo tengo dicho en el capítulo que dello habla; y cómo el duque de Béjar quedó por fiador y puso su estado y cabeza por Cortés y por nosotros que éramos muy leales servidores de Su Majestad, y otras cosas que ya las he memorado en el capítulo que dello habla; y cómo al capitán Narváez le dieron una conquista del río de Palmas, y que a un Nuño de Guzmán le dieron la gobernación de Pánuco, y que el obispo de Burgos era fallescido; y las cosas de la Nueva España dijo que como Cortés hobo dado en Guazacualco los poderes y provisiones al fator Gonzalo de Salazar y a Pedro Almirez Chirinos para ser gobernadores de México si viesen quel tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz no gobernaban bien ansi como llegaron a México el fator y veedor con sus poderes fueron a hacerse muy amigos del mismo licenciado Zuazo, que era alcalde mayor, y de Rodrigo de Paz, que era alguacil mayor, y de Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado y de todos los más conquistadores de México; y desque se vió el fator con tantos amigos de su banda, dijo que el fator y veedor habían de gobernar y no el tesorero ni el contador, y sobrello hobo muchos ruidos y muertes de hombres, los unos por favorecer al fator y veedor, y otros por ser amigos del tesorero y contador; de manera que quedaron con el cargo de gobernadores el fator y veedor y echaron presos a los contrarios tesorero y contador y a otros muchos que eran de su favor, y cada día había cochilladas y revueltas; y que los indios que vacaban que los daban a sus amigos, y aunque no tenían méritos; y que al mismo licenciado Zuazo que no le dejaban hacer justicia; y que al Rodrigo de Paz que le habían echado preso porque les iba a la mano, y que el mismo licenciado Zuazo los volvió a concertar y hacer amigos así al fator y al tesorero y contador y a Rodrigo de Paz, y questuvieron ocho días en concordia; y que en esta sazón se levantaron ciertas provincias que se decían los zapotecas y minjes y un

pueblo y fortaleza donde había un gran peñol, que se dice Coatlán; y que enviaron a él muchos soldados de los que habían venido nuevamente de Castilla y de otros que no eran conquistadores, y envió por capitán dellos al veedor Chirinos; y que gastaban muchos pesos de oro de las haciendas de su Majestad y de lo questaba en su real caja; y que llevaban tantos bastimentos al real donde estaban; que todo era behetrías y juegos de naipes; y que los indios no se le daban por ellos cosa ninguna y que derrepente de noche se salían los indios del peñol y daban en el real del veedor, y le mataron ciertos soldados y le hirieron otros muchos; y a esta causa envió el fator con el mesmo cargo a un capitán que fué de los de Cortés, que se decía Andrés de Monjaraz, para que estuviese en compañía del veedor, porqueste Monjaraz se había hecho muy amigo del fator, y en aquella sazón estaba tullido de bubas el Monjaraz que no era para hacer cosa que buena fuese, y los indios estaban muy vituriosos; y que México estaba cada día para se alzar; y que el fator procuró por todas vías enviar oro a Castilla a Su Majestad y al comendador mayor de León, don Francisco de los Cobos, porque en aquella sazón echó fama que Cortés y todos nosotros éramos muertos en poder de indios en un pueblo que se dice Xicalango; y en aquel tiempo había venido de Castilla un Diego de Ordaz, muchas veces por mí nombrado, ques el que Cortés hobo enviado por procurador de la Nueva España, y lo que procuró fué para él una encomienda de señor Santiago, y trujo por cédula de Su Majestad, fue indios y unas armas del volcán que está cabe Guajocingo; y que como llegó a México Diego Ordaz quería ir a buscar a Cortés, y esto fué porque vió las revueltas y cizañas; y que se hizo muy amigo del fator, y fué por la mar, para saber si era vivo o muerto Cortés, con un navío grande y un bergantín, y costa a costa hasta que llegó a un pueblo que se dice Xicalango, a donde habían muerto al Simón de Cuenca y al capitán Francisco de Medina y a los españoles que consigo estaban, según que más largo lo tengo escrito en el capítulo que dello habla; y desque aquellas nuevas supo el Ordaz se volvió a la Nueva España, y sin se desembarcar en tierra escribió al fator con unos pasajeros que tiene por cierto que Cortés es muerto; y desque echó esta nueva el Ordaz, en el mismo navío que fué en busca de Cortés luego atravesó la isla de Cuba a comprar becerras e yeguas, y desque el fator vió la carta del Ordaz la anduvo mostrando en México a unos, y otro día se puso luto e hizo hacer un túmulo e monumento en la iglesia mayor de México en que hizo las honras por Cortés; y luego se hizo pregonar con trompetas y atabales por gobernador y capitán general de la Nueva España, y mandó que todas las mujeres que se habían muerto sus maridos en compañía de Cortés, que hiciesen bien por sus ánimas y se casasen, y aun lo envió a decir a Guazacualco e a otras villas; y porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decía Juana de Mansilla, no se quiso casar y dijo que su marido y Cortés y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los conquistadores viejos de tan poco ánimo como los questaban en el peñol de Coatlán con el veedor Cherinos, y que los indios les daban guerra y no ellos a los indios, y que tenía esperanza en Dios que presto vería a su marido Alonso Valiente y a Cortés y a todos los demás conquistadores de vuelta para México, y que no se quería casar,

porque dijo estas palabras la mandó azotar el fator por las calles públicas de México por hechicera; y como también hay en este mundo traidores y aduladores, y era uno dellos uno que le tenía por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro, dijo al fator delante de otras muchas personas questaba malo despanto porque yendo una noche pasada cerca del Tatelulco, que es a donde solía estar el ídolo mayor que se decía Huichilobos, do está agora la iglesia de Señor Santiago, que vió en el patio que se ardían en vivas llamas el ánima de Cortés y doña Marina, y la del capitán Sandoval, e que despanto dello estaba muy malo; también vino otro hombre que no nombro, que también le tenían en buena reputación, y dijo al fator que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas, e que decían los indios que era el ánima de doña Marina y la de Cortés, y todas eran mentiras y traiciones, sino por se congraciar con el fator dijeron aquello, o el fator se lo mandó decir; y en aquel tiempo había llegado a México Francisco de las Casas y Gil González de Avila, que son los capitanes, por mí muchas veces memorados, que degollaron a Cristóbal de Olí; y desque el de las Casas vió aquellas revueltas y que el fator se había hecho pregonar por gobernador, dijo públicamente que era mal hecho y que no se había de consentir tal cosa, porque Cortés era vivo, y que él así lo creía, e que ya que eso fuese, lo cual Dios no permitiese, que para gobernador que más persona y caballero e más méritos tenía Pedro de Alvarado que no el fator, y que enviasen a llamar al Pedro de Alvarado; y que secretamente su hermano Jorge de Alvarado, y aun el tesorero y otros vecinos mexicanos, le escribieron para que se viniese en todo caso a México con todos los soldados que tenía, y que procurarían de le dar la gobernación hasta saber si Cortés era vivo, y enviar a hacer saber a Su Majestad si fuese servido mandar otra cosa; e que ya quel Pedro de Alvarado con aquellas cartas se venía para México, tuvo temor del fator, según las amenazas [que] le envió a decir al camino que le mataría, e como supo que habían ahorcado a Rodrigo de Paz y preso al licenciado Zuazo; se volvió a su conquista y en aquel tiempo que había recogido el fator cuanto oro pudo haber en México y enviar a España para hacer con ello mensajero a Su Majestad y enviar con ello a un su amigo que se decia Peña con sus cartas secretas; y el Francisco de las Casas y el licenciado Zuazo y Rodrigo de Paz se lo contradijeron y aun también el tesorero y contador hasta saber nuevas ciertas si Cortés era vivo que no hiciese relación que era muerto, pues no lo tenían por cierto; y que si oro quería enviar a Su Majestad de sus reales quintos, que era muy bien, mas que fuese juntamente con parescer y acuerdo del tesorero y contador, y no sólo en su nombre; y porque lo tenía ya en los navíos y para hacerse a la vela con ello, fué el de las Casas con mandamientos del alcalde mayor Zuazo, y con favor de Rodrigo de Paz y de los demás oficiales de la hacienda de Su Majestad y conquistadores, que detuviesen el navío hasta que otros ecribiesen a nuestro rey y señor de la manera questaba la Nueva España, porque, según paresció, el fator no consentía que otras personas escribiesen, sino solamente sus cartas; y después que el fator vió que en el de las Casas ni en el licenciado Zuazo no tenía buenos amigos y le iban a la mano, luego les mandó prender e hizo proceso contra el Fran-

cisco de las Casas y contra Gil González de Avila sobre la muerte de Cristóbal de Olí, y los sentenció a degollar, y de hecho quería la sentencia ejecutar por más que apelaban para ante Su Majestad, y con gran importunidad les otorgó la apelación y los envió a Castilla presos con los procesos que contra ellos hizo; y esto hecho, luego da tras el mismo Zuazo, y que en justo y en creyente le arrebataron y le llevaron en una acémila al puerto de la Veracruz y le embarcaron para la isla de Cuba, diciendo que porque fuese a dar residencia del tiempo que fué en ella juez, y que al Rodrigo de Paz que le echó preso y le demandó el oro y plata que era de Cortés, porque como su mayordomo sabía dello, diciendo que lo tenía escondido porque lo quería enviar a Su Majestad, pues era de los bienes que tenía Cortés usurpados a Su Majestad, y porque no lo dió, pues era claro que no lo tenía, sobrello le dió tormentos, y con aceite y fuego le quemó los pies y aun parte de las piernas, y estaba tan flaco y malo de las prisiones para morir; y no contento con los tormentos, viendo el fator que si le dejaba a vida que se iría a quejar dél a Su Majestad, le mandó ahorcar por revoltoso y bandolero; e que a todos los más soldados e vecinos de México que eran de la banda de Cortés los mandaba prender, y se retrajeron en el monasterio del señor San Francisco Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia y todos los más que eran por Cortés, puesto que otros muchos conquistadores se allegaron al fator porque les daba buenos indios, y andaban a viva quien vence; y que en la casa de munición de las armas todas las sacó el fator y las mandó poner en sus palacios, y que la artillería questaba en la fortaleza y atarazanas, las mandó asestar delante de sus casas e hizo capitán della a un don Luis Guzmán, deudo del duque de Medina Sedonia; y que puso por capitán de su guarda a un Archiaga o Artiaga, que ya no se me acuerda el nombre, y que eran para guardar de su persona Ginés Nortes y un Pero González Sabiote y otros soldados; y más decía en la carta que le escribió Zuazo, que mirase Cortés que fuese luego a poner recaudo en México, porque demás de todos estos males y escándalos había otros mayores: que había escrito el fator a Su Majestad que le habían hallado en su recámara de Cortés un cuño falso con que marcaba el oro que los indios le traían ascondidas, e que no pagaba quinto dello; y también dijo que por que viese cuál andaba la cosa en México, que porque un vecino de Guazacualco que vino aquella ciudad a demandar unos indios que en aquel tiempo vacaron por muerte de otro vecino de los questaban poblados en aquella villa, y por muy secretamente que dijo el vecino de Guazacualco a una mujer donde posaba que por qué se había casado, que ciertamente era vivo su marido y todos los que fueron con Cortés, e dió causas y razones para ello. y como lo supo el fator, que luego le fueron con la parlería, envió por el que lo había dicho a cuatro alguaciles y le llevaron engarrafado a la cárcel, y que le quería mandar ahorcar por revolvedor, hasta quel pobre vecino, que se decía Gonzalo Hernández, tornó a decir que como vido llorar a la mujer por su marido, que por la consolar le había dicho que era vivo, mas que ciertamente todos éramos muertos, y luego le dió los indios que demandaba y le mandó que no estuviese más en México, y que no dijese otra cosa, porque le mandaría ahorcar; y más decía en cabo de su carta:

"Esto que aquí escribo a vuestra merced pasa así, y dejelos allá, y enviaronme preso a Cuba cubierto con grillos aquí donde estoy." Y pues desque Cortés la hobo leído, tristes y enojados ansí del Cortés que nos trujo con tantos trabajos, como del fator, y echábamos dos mill maldiciones, ansí al uno como al otro; y se nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fué luego a encerrar a su aposento, y no quiso que le viésmos hasta más de medio día. Y todos nosotros a una le dijimos y rogamos que luego se embarcase en tres navíos que allí estaban y que nos fuésemos a la Nueva España. Y él nos respondió muy amorosa y mansamente y nos dijo: "Oh, hijos, y compañeros míos, que veo por una parte aquel mal hombre del fator questá muy poderoso, y temo desque sepa questamos en el puerto nos haga otras desvergüenzas y atrevimientos más de los que ha hecho, o me mate, o me ahogue o eche preso, a mí como a vuestras personas. Yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios, y ha de ser solamente con cuatro o cinco de vuestras mercedes, y tengo de ir muy secretamente a desembarcar a puerto que no sepan en México de nosotros hasta que desconocidos entremos en la ciudad. Y demás desto, Sandoval está en Naco con pocos soldados y a de ir por tierra de guerra, en especial por Guatimala, que no está de paz. Conviene que vos, señor Luis Marín, con todos los compañeros que aquí venistes en mi busca, os volváis y os juntéis con Sandoval y se vayan camino de México." Dejemos desto, y quiero volver a decir que luego Cortés escribió al capitán Francisco Hernández, questaba en Nicaragua, que fué el que enviaba a buscar puerto con el Pedro de Garro, ya por mi memorado, y se le ofresció Cortés que haría por él todo lo que pudiese, y le envió dos acémilas cargadas de herraje, porque sabía que tenía falta dello, y también le envió herramientas de minas y ropas ricas para su vestir, y cuatro tazas y jarros de plata de su vajilla, y otras joyas de oro, lo cual entregó todo a un hidalgo que se decía Fulano de Cabrera, que fué uno de los cinco soldados que fueron con nosotros en busca de Cortés; y este Cabrera fué después capitán de Benalcázar, fué muy esforzado capitán y estremado hombre por su persona, natural de Castilla la Vieja, el cual fué maestre de campo de Vasco Núñez de Vela e murió en la misma batalla que murió el virrey. Quiero dejar cuentos viejos y quiero decir que como yo vi que Cortés se había de ir a la Nueva España por la mar, le fuí a pedir por merced que en todo caso me llevase en su compañía, e que mirase que en todos sus trabajos y guerras me había hallado siempre a su lado e le había ayudado, y que agora era tiempo que yo conosciese dél si tenía respeto a los servicios que le he hecho y amistad y ruegos de agora. Entonces me abrazó, y dijo: "Pues si os llevo conmigo ¿quién irá con Sandoval? Ruégoos, hijo, que vayáis con vuestro amigo Sandoval, que yo os empeño estas barbas que os haga muchas mercedes, que bien os lo debo antes de ahora." En fin, no aprovechó cosa ninguna, que no me dejó ir consigo. También quiero decir cómo estando questábamos en aquella villa de Trujillo, un hildalgo que se decía Rodrígo Mañueco, maestresala de Cortés, hombre del Palacio, por dar contento y alegrar a Cortés, questaba muy triste e tenía razón, apostó con otros caballeros que se subiría armado de todas armas a unas casas que nuevamente habían

hecho los indios de aquella provincia para Cortés, según lo he declarado en el capítulo que dello habla, las cuales casas estaban en un cerro algo alto, y subiendo armado reventó al subir de la cuesta y murió dello; y ansimismo como vieron ciertos hidalgos de los que halló Cortés en aquella villa que no les dejaba cargos como ellos quisieran, estaban revolviendo bandos, e Cortés los apaciguó con decir que los llevaría en su compañía a México, e que allá les daría cargos honrosos. Y dejémoslo aquí, y diré lo que Cortés más hizo. Y es que mandó que un Diego de Godoy, que había puesto por capitán en el Puerto de Caballos con ciertos vecinos que estaban malos y no se podían valer de pulgas e mosquitos, y no tenían con qué se mantener, que todas estas materias de miseria tenían, que se pasasen a Naco, pues era buena tierra, e que nosotros nos fuésemos con el capitán Luis Marin camino de México, e si hobiese lugar, que fuésemos a ver la provincia de Nicaragua para demandalla a Su Majestad en gobernación; y aun de aquello tenía codicia Cortés para tomalla por gobernación el tiempo andando si aportase a México. Y después que Cortés nos abrazó y nosotros a él, y le dejamos embarcado e se fué a la vela para México, nos partimos para Naco y muy alegres en saber que habíamos de caminar la vía de México, y con muy gran trabajo de falta de comida llegamos a Naco, y Sandoval se holgó con nosotros, y cuando llegamos, ya el Pedro de Garro con todos sus soldados se había despedido del Sandoval y se fué muy gozoso a Nicaragua a dar cuenta a su capitán Francisco Hernández de lo que había concertado con Sandoval. Y luego otro día que llegamos a Naco nos partimos e fuimos camino de México, y los soldados de la compañía de Garro que habían ido con nosotros a Trujillo sé que fueron camino de Nicaragua con el presente y cartas que Cortés enviaba al Francisco Hernández. Dejaré de decir de nuestro camino y diré lo que sobre aquel presente subcedió al Francisco Hernández con el gobernador Pedrarias de Avila.

CAPITULO CYXXXVI

Cómo fueron en posta desde Nicaragua ciertos amigos del Pedrarias de Avila a hacelle saber cómo Francisco Hernández, que envió por capitán a Nicaragua, se carteaba con Cortés y se le había alzado con las provincias, y lo que sobrello Pedrarias hizo.

Como un soldado que se decía Fulano Garabito, y un Campañón, y otro que se decía Zamorano eran íntimos amigos de Pedrarias de Avila, gobernador de Tierra Firme, vieron que Cortés había enviado presentes al Francisco Hernández y habían entendido que Pedro de Garro y otros soldados hablaban secretamente con el Francisco Hernández, tuvieron sospecha que quería dar aquellas provincias e tierras a Cortés, y demás desto el Garabito era enemigo de Cortés, porque siendo mancebos en la isla de Santo Domingo el Cortés le había acuchillado sobre amores de una mujer.

Y como el Pedrarias de Avila lo alcanzó a saber por cartas y mensajeros, viene más que de paso con gran copia de soldados a pie y a caballo y prende al Francisco Hernández, y el Pedro de Garro como alcanzó a saber quel Pedrarias venía muy enojado contra él, de presto se huyó y se vino con nosotros, y si el Francisco Hernández quisiera venir, tiempo tuvo para hacer lo mismo, y no quiso, creyendo quel Pedrarias lo hiciera de otra manera con él, porque habían sido muy grandes amigos. Y después quel Pedrarias hubo hecho proceso contra el Francisco Hernández y halló que se le alzaba, e por sentencia le degolló en la misma villa donde estaba poblado. Y en esto paró la venida del Garro y los presentes de Cortés. Y dejallo he aquí, y diré como Cortés volvió al puerto de Trujillo con tormenta.

CAPITULO CLXXXVII

Cómo yendo Cortés por la mar la derrota de México tuvo tormenta y dos veces tornó arribar al Puerto de Trujillo, y lo que allí le avino.

Pues, como dicho tengo en el capítulo pasado, que Cortés se embarcó en Trujillo para ir a México, paresció ser tuvo tormenta en la mar, unas veces con tiempo contrario, otras veces se le quebró el mástel del triquete y mandó arribar a Trujillo. Y como estaba flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar y muy temeroso de ir a la Nueva España por temor no le prendiese el fator, parecióle que no era bien ir en aquella sazón a México y desembarcado en Trujillo; mandó decir misas al Espíritu Santo y procesión y rogativas a Nuestro Señor Dios y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, que le encaminase lo que más fuese para su santo servicio. Y paresció ser el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje, sino que conquistase y poblase aquellas tierras. Y luego sin más dilación envía en posta a matacaballo tres mensajeros tras nosotros, que íbamos camino con sus cartas, rogándonos que no pasásemos más adelante, y que conquistásemos y poblásemos la tierra, porquel buen ángel de la guarda se lo ha metido e alumbrado en el pensamiento, y quél ansí lo piensa hacer. Y desque vimos la carta y que tan de hecho lo mandaba, no lo pudimos sufrir y le echábamos mill maldiciones, y que no hobiese ventura en todo cuanto pusiese mano, y se le perdiese como nos había echado a perder. Y demás desto, dijimos todos a una al capitán Sandoval que si Cortés quería poblar, que se quedase con los que quisiese, que hartos conquistados y perdidos nos traía, y que jurábamos de no le aguardar más, sino irnos a las tierra de México que ganamos, y ansimismo el Sandoval era de nuestro parescer, y lo que con nosotros pudo acabar fué que le escribiésemos en posta con los mismos que nos trujeron las cartas dándole a entender nuestra voluntad, y en pocos días rescibió nuestras cartas con firmas de todos; y la respuesta que a ella nos dió fué ofrecerse en gran manera a los que quisiésemos quedar a poblar aquella tierra, y en cabo de la carta traía

una cortapisa, que si no le querían obedescer como lo mandaba, que en Castilla y en todas partes había soldados. Y desque aquella respuesta vimos, todos nos queríamos ir camino de México e perdelle la vergüenza. Y desque aquello vió el Sandoval, muy afectuosamente y con grandes ruegos nos importunó que aguardásemos algunos días, que él en persona iría a hacer embarcar a Cortés. Y le escribimos en respuesta de la carta, que ya había de tener compasión y otro miramiento quel que tiene, habernos traído de aquella manera, y por su causa nos han robado y vendido nuestras haciendas y tomados los indios, y los que allí con nosotros estaban que eran casados dijeron que ni saben de sus mujeres e hijos, y le suplicamos que luego se volviese a embarcar y se fuese camino de México; porque así como dice que hay soldados en Castilla y en todas partes, que también sabe que hay gobernadores y capitanes puestos en México, y que doquiera que lleguemos nos darán indios. Y luego Sandoval fué, y llevó en su compañía a un Pedro de Saucedo "el Romo", y a un herrador que se decía Francisco Donaire, y llevó consigo su buen caballo, que se decía Motilla, y juró que había de hacer embarcar a Cortés e que se fuese a México. Y porque he traído aquí a la memoria del caballo *Motilla,* fué de mejor carrera y revuelto, y en todo de buen parescer, y castaño algo escuro, que hobo en la Nueva España, y tanto fué de bueno, que Su Majestad tuvo noticia dél, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado. Dejemos de hablar del caballo *Motilla* y volvamos a decir que Sandoval se lo quiso enviar a Su Majestad, y me demandó a mí mi caballo, que era muy bueno, ansí de juego como de carrera y de camino, y este caballo hobe en seiscientos pesos, que solía ser de un Avalos, hermano de Sayavedra, porque otro que truje me le mataron en una entrada de un pueblo que se dice Zulaco, que me había costado en aquella sazón sobre otros seiscientos pesos, y el Sandoval me dió otro de los suyos a trueco del que le di, que no me duró el que me dió dos meses, que también me lo mataron en otra guerra, que no me quedó sino un potro muy ruin que había comprado de los mercaderes que vinieron a Trujillo, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla. Volvamos a nuestra relación y dejemos de contar de las averías de caballos y de mí trabajo. Y que antes de Sandoval de nosotros partiese nos habló a todos con mucho amor, y dejó a Luis Marín por capitán, y nos fuimos luego a unos pueblos que se dice Maniani, y desde allí a otro pueblo, que en aquella sazón era de muchas casas, que se decía Acalteca, y que allí esperábamos la respuesta de Cortés. Y en pocos días llegó Sandoval a Trujillo, y se holgó mucho el Cortés de ver al Sandoval, y desque vió lo que le escribimos, no sabía qué consejo tomar, porque ya había mandado a su primo Sayavedra, que era capitán, que fuese con todos los soldados a pacificar los pueblos questaban de guerra; y por más palabras e importunaciones que Sandoval dijo a Cortés, y Pedro Saucedo "el Romo", para que se fuese a la Nueva España, nunca se quiso embarcar. Y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXXVIII

Cómo Cortés envió un navío a la Nueva España y por Capitán de él a un criado suyo que se decía Martín Dorantes, y con cartas y poderes para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado, si allí estuviesen, y si no el Alonso de Estrada y el Albornoz.

Pues como Gonzalo de Sandoval no pudo acabar que Cortés se embarcase, sino que todavía quería conquistar y poblar aquella tierra, que en aquella sazón era bien poblada y había fama de minas de oro, fué acordado que luego sin más dilación eviase con un navío a México a un criado suyo, que se decía Martín Dorantes, hombre diligente, que se podía fiar dél cualquier negocio de importancia, y fué por capitán del navío, y llevó poderes para Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas, si hobiese vuelto a México, para que fuesen gobernadores de la Nueva España hasta que Cortés fuese, y si no estaban en México, que gobernase el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz, según y de la manera que les había de antes, dado el poder, y revocó los poderes del fator y veedor, y escribió muy amorosamente ansí al tesorero como al Albornoz, puesto que supo de las cartas contrarias que hobo escrito a Su Majestad contra de Cortés, y también escribió a todos sus amigos los conquistadores a los monasterios de San Francisco e frailes; y mandó al Martín Dorantes que fuese a desembarcar a una bahía entre Pánuco y la Veracruz, y ansí se lo encomendó al piloto y marineros, y aun se lo pagó muy bien, y que no echasen en tierra a otra persona salvo a Martín Dorantes, y que luego en echando en tierra alzasen anclas y diesen velas y se fuesen a Pánuco. Pues ya dado uno de los mejores navíos de los tres que allí estaban y metido matalotaje, y después de haber oído misa, dan vela, y quiere Nuestro Señor dalles tan buen tiempo, que en pocos días llegaron a la Nueva España; y vánse derechamente a la bahía cerca de Pánuco, la cual sabía muy bien el Martín Dorantes. Y como saltó en tierra, dando muchas gracias a Dios por ello, luego se disfrazó el Martín Dorantes porque no le conosciesen, y quitó sus vestidos y tomó otros como de labrador, porque ansí le fué mandado por Cortés, y aun llevó hechos los vestidos de Trujillo. Y con todas sus cartas y poderes bien amparados e liados en el cuerpo de manera que no hiciesen bulto, iba a más andar por su camino a pie, que era suelto peón; y cuando llegaba a los pueblos de indios que había españoles metíase entre los indios por no tener pláticas ni le confesasen, e ya que no podía menos, de tratar con españoles, no le podían conoscer, porque ya había dos años e tres meses que salimos de México y le habían crecido las barbas; y cuando le preguntaban algunos cómo se llamaba o dónde iba o venía, que acaso no podía menos de respondelles, decía que se decía Joan de Flechilla. Por manera que en cuatro días que salió del navío entró a México de noche, y se fué al monasterio de señor San Francisco, donde halló a muchos retraídos, y entrellos a Jorge de Alvarado, y Andrés de Tapia, y a Juan Núñez

de Mercado, e a Pedro Moreno Medrano, y otros muchos conquistadores y amigos de Cortés. Y desque vieron al Dorantes y supieron que Cortés era vivo y vieron sus cartas no podían estar de placer los unos y los otros, e saltaban e bailaban. Pues los frailes franciscos, y entre ellos fray Toribio Motolinea y un fray Diego de Altamirano, daban todos saltos de placer y muchas gracias a Dios por ello. Y luego sin más dilación cierran todas sus puertas del monasterio porque ninguno de los traidores, que había muchos, fuesen a dar mandado ni hobiesen pláticas sobrello, y a media noche lo hacen saber al tesorero y al contador y a otros amigos de Cortés, y ansí como lo supieron, sin hacer ruido vinieron a San Francisco y vieron los poderes que Cortés les enviaba, y acordaron sobre todas cosas de ir a prender al fator; y toda la noche se les fué en apercibir amigos y armas para otro día por la mañana le prender, porque el veedor en aquel tiempo estaban sobrel peñol de Coatlán. Y desque amanesció fué el tesorero con todos los del bando de Cortés, y el Martín Dorantes con ellos, por que le conosciesen iba con ellos, y fueron a las casas del fator diciendo por los calles: "¡Viva el rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre, ques vivo e viene agora a esta ciudad, e yo soy su criado Dorantes!" Y desque oían aquel ruido los vecinos y tan de mañana y oían decir "¡viva el rey!" todos acudieron, como eran obligados, a tomar armas, creyendo que había alguna otra cosa para favorecer las cosas de Su Majestad. Y desque oyeron decir que Cortés era vivo e vieron al Dorantes, se holgaban. Y luego se juntaron con el tesorero para ayudalle muchos vecinos de México, porque según paresció el contador no ponía en ello mucha calor, que andaba doblado, hasta quel Alonso de Estrada se lo reprehendió, y aun sobrello tuvieron palabras muy sentidas, y porque no le contentaron al contador. E yendo que iban a las casas del fator, ya estaba muy apercebído, porque luego lo supo, que le avisó dello el mismo contador cómo le iban a prender. Y mandó asestar su artillería delante de sus casas, y era capitán della don Luis de Guzmán, primo del duque de Medina Sedonia, y tenía sus capitanes apercebidos con muchos soldados; decíanse los capitanes Archilaga, y Ginés Nortes, y Pedro González Sabiote. Y así como llegó el tesorero y Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con todos los demás conquistadores y el contador, y aunque flojamente e de mala gana, con todas sus gentes apellidando "¡Aquí del rey, y Hernando Cortés en su real nombre!", les comenzaron a entrar unos por las azoteas y otros por las puertas de los aposentos y por otras dos partes, todos los que eran de la parte del fator desmayaron, porque el capitán de la artillería, que fué don Luis de Guzmán, tiró por su parte, los artilleros por la suya, y desmamparan los tiros; pues el capitán Archilaga dió priesa en se esconder, y el Ginés Nortes se descolgó e echó por unos corredores abajo, que no quedó con el fator sino Pedro González Sabiote y otros cuatro criados del fator. Y desque se vió desmamparado, el mismo fator tomó un tizón para poner fuego a los tiros; mas diéronle tanta priesa que no pudo más, y allí le prendieron y le pusieron guardas hasta que hicieron una red de maderos gruesos y le metieron dentro, y allí le daban de comer; y en esto paró la cosa de su gobernación. Y luego hicieron mensajeros a todas las villas de

la Nueva España dando relación de todo lo acaescido. Y estando desta manera, a unas personas les placía y a los quel fator había dado indios y cargos les pesaba. Y fué la nueva al peñol de Coatlán y a Guaxaca, donde estaba el veedor, y como el veedor y sus amigos lo supieron fué tan grande la tristeza e pesar que tomó, que luego cayó malo y dejó el cargo de capitán a Andrés de Monjaraz, questaba malo de bubas, ya otras veces por mi nombrado, y se vino en posta a la ciudad de Tezcuco y se metió en el monasterio de señor San Francisco. Y como el tesorero y el contador, que eran gobernadores, lo supieron, le enviaron a prender al monasterio, porque de antes habían enviado alguaciles con mandamientos y soldados a le prender doquiera que le hallasen, y aun a quitalle el cargo de capitán; y como supieron questaba en Tezcuco, le sacaron del monasterio y le trajeron a México y le echaron en otra jaula con el fator, y luego en posta envían mensajeros a Guatimala a Pedro de Alvarado y le hacen saber de la prisión del fator y veedor, y cómo Cortés estaba en Trujillo, que no es muy lejos de su conquista, que fuese luego en su busca y le hiciese venir a México; y le dieron cartas y relaciones de todo lo por mí arriba dicho y memorado, según y de la manera que pasó. Y demás desto, la primera cosa quel tesorero hizo [fué] mandar honrar a Juana de Mancilla, que había mandado azotar el fator por hechicera, mujer de Alonso Valiente, y fué desta manera: Que mandó cabalgar a caballo a todos los caballeros de México, y el mismo tesorero la llevó a las ancas de su caballo por las calles de México; e decían que como matrona romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta quel fator le había hecho, y con mucho regocijo le llamaron desde allí adelante la señora doña Juana de Mancilla; y dijeron que era dina de mucho loor, pues no la pudo hacer el fator que se casase, ni dijese menos que lo primero había dicho que su marido y Cortés y todos éramos vivos; y por aquella honra y don que le pusieron, dijo Gonzaco de Ocampo, el de los libelos infamatorios, que sacó don de las espaldas como narices de brazo. Dejallos he aquí, e diré lo que más paso.

CAPITULO CLXXXIX

Cómo el Tesorero con otros muchos caballeros rogaron a los frailes franciscos que enviasen a un fray Diego Altamirano, que era deudo de Cortés, que fuese en un navío a Trujillo y lo hiciese venir, y lo que en ello subcedió.

Como el tesorero y otros caballeros de la parte de Cortés vieron que convenía que luego viniese Cortés a la Nueva España, porque ya se encomenzaban bandos y chirinolas, y el contador no estaba de buena voluntad para quel fator ni el veedor estuviesen presos, y sobre todo temía el contador a Cortés en gran manera desque supiese lo que había escrito dél a Su Majestad, según lo tengo ya dicho en dos partes en los capítulos pasados que dello habla, acordaron de ir a rogar a los frailes franciscos que diesen

licencia a fray Diego Altamirano que en un navío que le tenían presto y bien bastecido y con buena compañía fuese a Trujillo y que hiciese venir a Cortés, porque aqueste religioso era su pariente y hombre que antes que se metiese a fraile había sido soldado, hombre de guerra, e sabía de negocios, y los frailes lo hobieron por bien, y el fray Diego Altamirano, que lo tenía en voluntad. Dejemos de hablar en el viaje del fraile, que se estaba apercibiendo y diré como el fator y veedor estaban presos, y pareció ser, como dicho tengo otras veces, el contador andaba muy doblado y de la mala voluntad que tenía, y viendo que las cosas de Cortés se hacían prósperamente, y como el fator solía tener por amigos a muchos hombres bandoleros que siempre quisieran quistiones y revueltas, y porque tenía buena voluntad al fator y al Chirinos, porque les daban pesos de oro e indios, acordaron de se juntar muchos dellos y aun algunas personas de calidad y de todos jaeces, y tenían concerfado de soltar al fator y veedor y de matar al tesorero y a los carceleros, y dicen que lo sabía el contador y se holgaba mucho dello; y para ponello en efeto hablaron muy secretamente a un cerrajero que hacia ballestas, que se decía Guzmán, hombre soez que decía gracias y chocacherías, y le dijeron muy secreto que les hiciese unas llaves para abrir las puertas de la cárcel y de las redes donde estaba el fator, y que se lo pagarían muy bien, y le dieron un pedazo de oro en señal de la hechura de las llaves, y le previnieron y encargaron que lo tuviese muy secreto. Y el cerrajero dijo con palabras muy halagüeñas e alegres que le placía y que tuviesen ellos más secreto de lo que mostraban, pues aquel caso en que tanto iba se lo descubrieron a él, sabiendo quién era; que no lo descubriesen a otros, y se holgaba quel fator y veedor saliesen de la prisión; y preguntóles que quién y cuántos eran en el negocio e adónde se habían de allegar cuando fuesen hacer aquella buena obra, e qué día e a qué hora, y todo se lo decían claramente, según lo tenían acordado. Y comenzó a forjar unas llaves según la forma de los moldes que le traían para hacer las llaves, y no para que las hiciese perfectas ni podrían abrir con ellas, y esto hacía adrede, y por travesura hacía las llaves de aquella manera que no podrían abrir, por que fuesen y viniesen a su tienda a la obra de las llaves para que las hiciese buenas, y entretanto saber más de raíz el concierto questaba hecho. Y mientras más se dilató la hechura de las llaves más por entero lo alcanzó a saber. Y venido el día que habían de ir con sus llaves que había hecho buenas, y todos puestos a punto con sus armas fué el cerrajero de presto en casa del tesorero Alonso de Estrada y le da relación dello, y sin más dilación desque lo supo el tesorero envía secretamente apercebir todos los del bando de Cortés, sin hacello saber al contador, y van a la casa adonde estaban recogidos los que habían de soltar al fator, y de presto prenden hasta veinte hombres dellos questaban armados, y otros se huyeron que no se pudieron haber, y hecha la pesquisa a qué se habían juntado hallóse que para soltar a los por mí nombrados y matar al tesorero. Allí también supo quel contador lo había por bien, y como había entre ellos tres o cuatro hombres muy revoltosos y bandoleros, y en todas las revueltas y cizañas que en México en aquella sazón habían pasado se habían hallado, y aun el uno dellos había hecho fuerza a una mujer de Castilla, después que se hizo proce-

so contra ellos, el cual hizo un bachillar que se decía Ortega, questaba por alcalde mayor y era de su tierra de Cortés, sentenció los tres dellos a horcar, y a otros azotar; y decíanse los que horcaron el uno Pastrana y el otro Valverde y el otro Escobar, y los que azotaron no me acuerdo sus nombres, etcétera. Y el cerrajero se escondió por muchos días, que hobo miedo no le matasen la parcialidad del fator por haber descubierto aquello que con tanto secreto se lo dijeron. Dejemos de hablar desto, pues que ya son muertos, y aunque vaya tan gran salto como diré fuera de nuestra relación, también lo que agora diré viene a coyuntura, y es que como el fator hobo enviado la nao con todo el oro que pudo haber para Su Majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados, y escribió a Su Majestad que Cortés era muerto, y cómo se le hicieron las honras, e hizo saber otras cosas que le convenían, y enviaba a suplicar a Su Majestad que le hiciese merced de la gobernación, paresció ser que en la misma nao que le envió sus despachos iban otras cartas muy encubiertas, que el fator no pudo saber dellas, las cuales cartas eran para Su Majestad, y supiese de todo lo que pasaba en la Nueva España y de las injusticias e atrocidades que el fator y veedor habían hecho; y demás desto, ya tenía Su Majestad relación dello por parte de la audiencia real de Santo Domingo y de los frailes jerónimos questaban por gobernadores de las Indias cómo Cortés era vivo y questaba sirviendo a su real corona en conquistar y poblar la provincia de Honduras. Y desque el Real Consejo de Indias y el comendador mayor de León supieron, lo hicieron saber a Su Majestad, y entonces dicen que dijo el emperador nuestro señor: "Mal hecho ha sido todo lo que han hecho en la Nueva España en se haber levantado contra Cortés, y mucho me han deservido; pues es vivo; téngole por tal, que serán castigados por justicia los males hechos en llegando que llegue a México." Volvamos a nuestra relación. Y es quel fraile Altamirano se embarcó en el puerto de la Veracruz, según estaba acordado, y con buen tiempo en pocos días llegó al puerto de Trujillo, donde estaba Cortés. Y desque los de la villa y Cortés vieron un navío poderoso venir a la vela hacia su puerto, luego pensaron lo que fué: que venía de la Nueva España para le llevar a México. Y desque hobo tomado puerto y salió el fraile a tierra muy acompañado de los que traía en su compañía, y Cortés conosció algunos dellos que había visto en México, e todos le fueron a besar las manos, y el fraile le abrazó, y con palabras muy santas y buenas se fueron a la iglesia hacer oración, y dende allí a los aposentos, adonde el fray Diego Altamirano le dijo que era su primo y le contó lo acaescido en México, según más largamente lo tengo escrito, y lo que Francisco de las Casas había hecho por Cortés y cómo era ido a Castilla. Todo lo cual que le dijo el fraile lo sabía Cortés por la carta del licenciado Zuazo, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y mostró gran sentimiento

dello y dijo que Nuestro Señor fué servido que aquello pasase ansí; que le daba muchas gracias por ello y por estar México ya en paz, y quél se quería ir luego por tierra, porque por mar no se atrevía, porque como se supo luego por la carta de Zuazo, que se había embarcado la otra vez dos veces, no pudo navegar porque las aguas vienen muy corrientes y contrarias, y habían de ir siempre con trabajo, y también como estaba flaco. Y luego le dijeron los pilotos que en aquel tiempo era en el mes de abril, y que no hay corrientes y la mar bonanza; por manera que se acordó de embarcar; y no se pudo hacer luego a la vela hasta que viniese el capitán Gonzalo de Sandoval, que le había enviado a unos pueblos que se dicen Olancho, questaban de allí hasta cincuenta y cinco leguas, porque había ido pocos días hacia a echar de aquella tierra un capitán de Pedrarias que se decía Rojas, el qual había enviado Pedrarias a descubrir tierras y buscar minas desde Nicaragua, desque hobo degollado a Francisco Hernández, como dicho tengo; porque, según paresció, los indios de aquella provincia de Olancho se vinieron a quejar a Cortés cómo ciertos soldados de los de Nicaragua les tomaban sus hijas y mujeres y les robaban sus gallinas y todo lo que tenían. Y el Sandoval fué con brevedad y llevó sesenta hombres, y quiso prender al Rojas, y por ciertos caballeros que se metieron en medio de la una parte y de la otra los hicieron amigos, y aun le dió el Rojas al Sandoval un indio paje para que le sirviese. Y luego en aquella sazón llegó la carta de Cortés para que luego sin más dilación se viniese con todos sus soldados, y le dió relación, cómo vino el fraile y todo lo acaescido en México. Y desque lo entendió hobo mucho placer y no vía la hora de dar vuelta, y vino en posta después de haber echado de allí al Rojas. Y luego Cortés desque vido a Sandoval hobo mucho placel y da sus instrucciones al capitán Sayavedra, que quedaba por su teniente en aquella provincia, y lo que tenía de hacer; y escribió al capitán Luis Marín y a todos nosotros que luego nos fuésemos camino de Guatimala, y nos hizo saber de todo lo acaescido en México según y de la manera que aquí se hace minción, y de la venida del fraile y de la prisión del fator y veedor; y también mandó quel capitán Godoy, que quedaba en Puerto de Caballos poblado, que se pasase a Naco con toda su gente, las cuales cartas dió al Sayavedra para que con gran diligencia nos las enviase; y el no quiso y se descuidó; e supimos que de hecho no quiso dallas, que nunca supimos dellas. Y volviendo a nuestra relación, Cortés se embarcó con todos sus amigos y con buen tiempo llegó en la derrota para ir a la Habana, porque le hizo mejor tiempo que para la Nueva España, y fué al puerto y desembarcado, con él se holgaron todos los vecinos de la Habana sus conoscidos, y tomaron refresco, y supo nuevas de un navío que allí a la Habana había pocos días que había aportado, venido de Nueva España, questaba sosegado México, y quel peñol de Coatlán, desque supieron los indios que en él estaban hechos fuertes y daban guerra a los españoles que Cortés y los conquistadores éramos vivos, vinieron de paz al tesorero debajo de ciertas condiciones. Y pasaré adelante.

CAPITULO CXC

Cómo Cortés se embarcó en La Habana para ir a la Nueva España, y con buen tiempo llegó a la Veracruz, y de las alegrías que todos hicieron con su venida.

Como Cortés hobo descansado en la Habana cinco días, no vía la hora questaría en México, y luego manda embarcar toda su gente y se hace a la vela, y en dos días con buen tiempo llegó cerca del puerto de Medellín, enfrente de la isla de Sacrificios, y allí mandó anclear los navíos porque para pasar adelante no hacía buen viento; y por no dormir en la mar aquella noche, Cortés con veinte soldados sus amigos saltaron en tierra y vanse a pie obra de media legua, e quiso su ventura que toparon una arria de caballos que venía aquel puerto con ciertos pasajeros para se embarcar a Castilla. y vase a la Veracruz en los caballos e mulas de la arria, que serían cinco leguas de andadura, e mandó que no fuesen avisar cómo venía por tierra, y antes que amanesciese como dos horas llegó a la villa y fuese derecho a la iglesia, questaba abierta la puerta, y se mete dentro en ella con toda su compañía; y como era muy de mañana vino el sacristán, que era nuevamente venido de Castilla, y desque vió la iglesia toda llena de gente y no conoscía a Cortés ni a los que con él estaban, salió dando voces a la calle llamando a la justicia questaban en la iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir della; y a las voces que dió el sacristán vino el alcalde mayor e otros alcaldes ordinarios con tres alguaciles e otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente y comenzaron a decir con palabras airadas que se saliesen de la iglesia y como Cortés estaba flaco del camino, no le conoscieron hasta que le oyeron hablar. Y desque vieron que era Cortés, vanle todos a besar las manos y dalle la buena venida; pues a los conquistadores que vivían en aquella villa Cortés los abrazaba y los nombraba por sus nombres qué tales estaban, y les decía palabras amorosas, y luego se dijo misa y lo llevaron aposentar en las mejores casas que había de Pedro Moreno Medrano, y él estuvo allí ocho días, y le hicieron muchas fiestas y regocijos, y luego por posta enviaron mensajeros a México a decir cómo había llegado. Y Cortés escribió al tesorero y al contador, puesto que no era su amigo, y a todos sus amigos, y al monasterio de San Francisco, de las cuales nuevas todos se alegraron. Y desque lo supieron todos los indios de la redonda tráenle presentes de oro y mantas y cacao y gallinas y frutas. Y luego se partió de Medellín, e yendo por sus jornadas en el camino le tenían limpio y hechos aposentos con grandes ramadas [1] con mucho bastimento para Cortés e todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mexicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa y gallinas y todos género de frutas de la tierra que en aquella sazón había; y le enviaron a decir que les perdone, por ser de repente su

(1) Testado en el original: "y flores y rosas y sahumerios".

llegada, que no le envían más que de que vaya a su ciudad harán lo que son obligados, y le servirán como a su capitán que los conquistó e que les tiene en justicia. Y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a rescibir con danzas y bailes y regocijos y mucho bastimento. Y desque llegó obra de tres leguas de la ciudad de Tezcuco, ques casi aquella ciudad tamaña poblazón con sus sujetos como México, de allí salió el contador Albornoz, que aquel efeto había venido para rescibir a Cortés, por estar bien con él, y que le temía en gran manera, y junto muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los questaban en su compañía y los caciques de aquella ciudad con grandes invinciones de juegos y danzas fueron a rescibir a Cortés más de dos leguas, con lo cual se holgó [2]. Y desque llegó a Tezcuco le hicieron otro gran rescibimiento, y durmió allí aquella noche, y otro día de mañana fué camino de México. Y escribióle el cabildo y el tesorero y todos los caballeros y conquistadores y amigos de Cortés que se detuviese en unos pueblos dos leguas de Tenuztitán México, que bien pudiera entrar aquel día, y que lo dejase hasta otro día por la mañana por que gozasen todos del gran rescibimiento que le hicieron. Y salido el tesorero con todos los caballeros y conquistadores y cabildo de aquella ciudad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los más ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos, y con los caciques mexicanos por su parte con muchas maneras de invenciones y devisas y libreas que pudieron haber, y la laguna llena de canoas e indios guerreros en ellas, según y de la manera que solían pelear con nosotros en el tiempo de Guatemuz, y los que salieron por las calzadas fueron tantos juegos y regocijos que se quedarán por decir, pues en todo el día por las calles de México todo era bailes y danzas; y después que anocheció muchas lumbres a las puertas; pues aun lo mejor quedaba por decir: que los frailes franciscos, otro dia después que Cortés hobo llegado, hicieron procesiones dando muchos loores a Dios por las mercedes que les había hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo a su entrada en México, se fué luego al monasteria de señor Sant Francisco, a donde hizo decir misas y daba loores a Dios que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trujo aquella ciudad; y luego se pasó a sus casas, que están muy bien labradas con ricos palacios, y allí era servido y tenido de todos como un príncipe, y los indios de todas las provincias le venían a ver y le traían presentes de oro, y aun los caciques del peñol de Coatlán, que se habían alzado, le vinieron a dar el bien venido y le trujeron presentes. Y fué su entrada de Cortés en México por el mes de Junio año de mill quinientos y veinte e cuatro o veinte y cinco. Y desque Cortés hobo descansado, luego mandó prender a los bandoleros y comenzó a hacer pesquisas sobre los tratos del fator y veedor, y también prendió a Gonzalo de Campo o Domingo de Campo, que no sé bien el nombre de pila, que fué el que hallaron los pa-

(2) Testado en el original: "y mostrando mucho amor al Albornoz, puesto que sabía que tenía en él un amigo".

peles de los libelos infamatorios [1]; y también se prendió a un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que le llamaban cuerpo y alma del fator, y presos, tenía pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello había, de hacer proceso contra el fator y veedor y por sentencia despachallos, y si de presto lo hiciera no hobiera en Castilla quien dijera "mal hizo", y Su Majestad lo tuviera por bien hecho. Y esto lo oí decir a los del Real Consejo de Indias, estando presente el obispo fray Bartolomé de las Casas, en el año de mill e quinientos y cuarenta, cuando allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, e se lo tuvieron a flojedad e descuido.

CAPITULO CXCI

Cómo en este instante llegó al Puerto de San Juan de Ulúa, con tres navíos, el licenciado Luis Ponce de León, que vino a tomar residencia a Cortés, y lo que sobre ello pasó.

Hay necesidad de volver algo atrás para que bien se entienda lo que agora diré. Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante Su Majestad estando la corte en Toledo, y los que dieron las quejas fueron los de la parte de Diego Velázquez con todos los por mí otras muchas veces memorados, y también ayudaron a ellas las cartas del Albornoz; y como Su Majestad creyó que era verdad, había mandado al almirante de Santo Domingo que viniese con gran copia de soldados a prender a Cortés y a todos los que con él fuimos a desbaratar al Narváez; y también he dicho que como supo el duque de Béjar, don Alvaro de Zuñiga, que fué a suplicar a Su Majestad que hasta saber la verdad que no se creyese de cartas de hombre questaba muy mal con Cortés, y cómo no vino el almirante e las causas por qué Su Majestad proveyó que viniese un hidalgo que en aquella sazón estaba en Toledo, que se decía el licenciado Luis Ponce de León, primo del conde de Alcaudete, y le mandó que le viniese a tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera que en todas partes fuese sonado la justicia que sobrello hiciese, y para que tuviese noticia de todas las acusaciones que le acusaban a Cortés trujo consigo las memorias de las cosas que decían que habían dicho e instruciones por donde había de tomar residencia; y luego se puso en la jornada y viaje con tres navíos, questo no se me acuerda bien si eran tres o cuatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y luego se desembarcó y se vino a la villa de Medellín; y como supieron quién era y a que venía por juez a tomar residencia a Cortés, luego un mayordomo de Cortés que allí residía, que se decía Gregorio de Villalobos, en posta se lo hizo saber a Cortés, y en cuatro días lo supo en México, de que se admiró Cortés porque de tan de repente le

(1) Testado en el original: "hechos, que fué que hacía un monasterio con ciertos frailes y a cada uno poniéndoles tantas cosas sin ser verdad".

tomaba su venida, porque quisiera sabello más temprano para irle hacer la mayor honra y rescibimiento que pudiera, y en el tiempo que le vinieron las cartas estaba en el monasterio de San Francisco, que quería rescebir el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y con mucha humildad rogaba a Dios que en todo le ayudase; y desque tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quién eran los que venían y si traían cartas de Su Majestad; y después que vino la primera nueva, dende a dos días llegaron tres mensajeros que enviaba el licenciado Luis Ponce con cartas para Cortés, y una era de Su Majestad por las cuales supo que Su Majestad le mandaba que le tomasen residencia; y vistas las reales cartas, con mucho acato y humildad las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que rescebía gran merced que Su Majestad enviase quien le oyese de justicia, y luego despachó mensajeros con respuesta para el mesmo Luis Ponce con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichas que yo las sabré escribir, e que le diese aviso por cuál de los dos caminos quería venir, porque para México había un camino por una parte e otro por un atajo, para que tuviese aparejado lo que convenía a criado de tan alto rey y señor; y desque el licenciado vió tal respuesta, respondió que venía muy cansado de la mar y que quería reposar algunos días, y dándole muchas gracias y mercedes por la gran voluntad que mostraba. Pues como algunos vecinos de aquella villa que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trujo Cortés consigo de lo de Honduras, que no estaban bien con él, que fueron de los que hobo desterrado de Pánuco, y por cartas que al Luis Ponce escribieron de México e otros contrarios de Cortés, le dijeron que Cortés quería hacer justicia del fator y veedor antes que fuese a México el licenciado; y más le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrescimientos y para saber por cuál de los dos caminos quería venir, que era para despachalle, y que no se fiase de sus palabras e ofertas; y le dijeron otras muchas cosas de males que decían había hecho Cortés ansí a Narváez como a Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mill mexicanos que murieron en el camino, y un capitán que se decía Diego de Godoy, que dejó allá poblado con treinta soldados todos dolientes, que cree que serán muertos, e salió verdad y ansí como se lo dijeron lo de Godoy; y que le suplicaban que luego en posta que fuese a México y que no curase de hacer otra cosa, e que tomase ejemplo en lo del capitán Narváez y en lo del adelantado Garay y en lo de Cristóbal de Tapia, que no le quiso obedecer y le hizo embarcar, o se volvió por donde vino; y le dijeron otros muchos daños y desatinos que había hecho Cortés por ponelle mal con él, y aun le hicieron en creyente que no le obedecería. Y desque aquello vió el licenciado Luis Ponce, e traía en su compañía otros hidalgos, que fueron el alguacil mayor Proaño, natural de Córdoba, y a un su hermano, y a Salazar de la Pedrada, que venía por alcaide de la fortaleza, que murió luego de dolor de costado, e un licenciado o bachiller que se decía Marcos de Aguilar, y a un Bocanegra, de Córdoba, y ciertos frailes dominicos, y por provincial dellos un fray Tomás Ortíz, que decían que había estado ciertos años por prior en una tierra que no se me acuerda el nombre; y deste religioso que venía por prior decían todos los que venían en su compañía que era más des-

envuelto para entender en negocios que no para el santo cargo que traía. Pues volviendo a nuestra relación, el Luis Ponce tomó consejo con estos caballeros si iría luego a México o no, y todos le aconsejaron que no parase de día ni de noche, creyendo que era verdad lo que decían de los males de Cortés; por manera que cuando los mensajeros de Cortés llegaron con otras cartas en respuesta de las que escribió el licenciado, y mucho refresco que le traían, ya estaba el licenciado cerca de Iztapalapa, donde se le hizo un gran rescibimiento, con mucha alegría y gran contento que Cortés tenía con su venida, y le mandó hacer un banquete muy cumplido, y después de bien servido en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que ansí se decía, que sirvió en aquella fiesta de maestresala, que por ser cosa de apetito y nueva para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva que si quería su merced que le sirviesen de natas y requesones, y todos los caballeros que allí comían con el licenciado se holgaron que los trujesen, e comieron dellos, y estaban muy buenos las natas e requesones, y comieron algunos tanto dellos, que se les revolvió la voluntad a rebesó uno, e esto digo por verdad que cuando los como se me revuelve la voluntad, porque son fríos e pesados y otros no tuvieron sentimiento de les haber hecho ningún daño en el estómago; y entonces dijo aquel religioso que venía por prior provincial, que se decía fray Tomás Ortiz, que las natas e requesones venían revueltas con rejalgar, y quel no las quiso comer por aquel temor, y otros que allí comieron dijeron que le vieron comer al fraile hasta hartarse dellas, y había dicho questaban muy buenas y por haber servido de maestresala el Andrés de Tapia sospecharon lo que nunca por el pensamiento le pasó. Y volvamos a nuestra relación. Que en este rescibimiento de Iztapalapa no se halló Cortés, que en México se quedó [1]. Pues como Iztapalapa está dos leguas de México, y tenían puestos hombres para que les avisase a qué hora venían a México para salille a rescibir, fué Cortés con toda la caballería que en México había, en que iba el mesmo Cortés, y Gonzalo de Sandoval, y el tesorero Alonso de Estrada, y el contador, y todo el cabildo e los conquistadores, y Jorge de Alvarado y Gómez de Alvarado; porque Pedro de Alvarado en aquella sazón no estaba en México, sino en Guatimala, que había ido en busca de Cortés; y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habían venido de Castilla; y cuando se encontraron en la calzada se hicieron grandes acatos entre él e Cortés, y el licenciado en todo paresció [1] muy bien mirado [2] que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dió la manderecha y él no la quería tomar, estuvieron en cortesías hasta que la tomó; y como entraron en la ciudad el licenciado iba admirado de la gran fortaleza que en ella había y de las muchas ciudades y poblazones que había visto en la laguna, y decía que tenía por cierto no haber habido capitán en el Universo que con tan pocos soldados haber ganado tantas tierras, ni haber tomado tan fuerte ciudad; e yendo hablando en esto se fueron derechos al monasterio de señor San Francisco, adon-

(1) Testado en el original: "más fama hobo que por su parte muy secretamente enviaba a Luis Ponce un buen presente de tejuelos y barras de oro, y dijeron que no lo quiso rescebir".

(1) Tachado en el original: "buen caballero".

(2) Testado: "muy cortés y reto juez".

de luego les dijeron misa, y después de acabada de decir, Cortés dijo al licenciado Luis Ponce que presentase las reales provisiones y entendiese en hacer lo que Su Majéstad le mandaba porquel tenía que pedir justicia contra el fator y veedor; y respondió que se quedase para otro día; y desde allí le llevó Cortés, acompañado de toda la caballería que le había salido a rescibir a aposentar a sus palacios, donde le tenían todo entapizado y una muy solene comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y por tal concierto, quel mismo Luis Ponce dijo secretamente al alguacil mayor, Proaño, y a un Bocanegra, que ciertamente que parescía que Cortés en todos los cumplimientos y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor. Y dejaré de hablar destas loas, y diré que otro día fueron a la iglesia mayor, y después de dicha misa mandó quel cabildo de aquella ciudad estuviesen presentes, y los oficiales de la Real Hacienda, y los capitanes y conquistadores de México; y desque todos los vió juntos delante de los escribanos, y el uno era de los del cabildo y el otro que Luis Ponce consigo traía, presentó sus reales provisiones, y Cortés con mucho acato las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que las obedescía como mandamiento y cartas de su rey y señor, y las cumpliría los pechos por tierra, y ansí hicieron todos los caballeros y conquistadores y cabildo y oficiales de Su Majestad. Y después questo fué hecho tomó el licenciado las varas de la Justicia al alcalde mayor y alcaldes ordinarios y de la hermandad y alguaciles, y desque las tuvo en su poder se las volvió a dar a todos, y dijo a Cortés: "Señor capitán: Esta gobernación de vuestra merced me manda Su Majestad que tome para mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos; mas hemos de hacer lo que nuestro rey y señor nos manda." Y Cortés con mucho acato le dió gracias por ello; dijo quel está presto para lo que en servicio de Su Majestad le fuere mandado, lo cual vería su merced muy presto y conoscería cuán lealmente ha servido a nuestro rey e señor por las informaciones y residencia que del tomaría, y conoscería las malicias de algunas personas que ya le habían ido al oído con consejas y cartas llenas de malicia; y el licenciado respondió que a donde hay hombres buenos también hay otros que no son tales, que así es el mundo, que a los que ha hecho buenas obras dirán bien dél y a los que malas al contrario; y en esto se pasó aquel día; y otro día, después de haber oído misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el licenciado, con mucho acato envió con un caballero a que llamasen a Cortés, estando delante el fray Tomás Ortiz, que venía por prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el licenciado Luis Ponce de León: "Señor capitán: Sabrá vuestra merced que Su Majestad me mandó y encargó que a todos los conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba que se hallaron en ganar estas tierras y ciudades, y a todos los más conquistadores que después vinieron, que les dé buenos indios en encomienda, y anteponga y favorezca algo más a los primeros; y esto digo porque soy informado que muchos de los conquistadores que con vuestra merced pasaron están con pobres repartimientos, y los ha dado a personas que agora nuevamente han venido de Castilla que no tienen méritos. Si ansí es, no le dió Su Majestad la gobernación para este efeto, sino para cumplir sus reales

mandados." Y Cortés dijo que a todos había dado indios, y que la ventura de cada uno era que a unos cupieron buenos indios y a otros no tales, y que lo podrá enmendar, pues para ello es venido, y los conquistadores son merecedores dello. Y también le preguntó que qué eran de todos los conquistadores que había llevado a Honduras en su compañía, que cómo los dejaba por allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta o cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habrán muerto indios, porque todos estaban muy malos; y ansí como se lo dijeron salió verdad, como adelante diré; y que fuera bueno que pues habían ganado aquella gran ciudad y la Nueva España, que quedaran a gozar el provecho y a descansar, y a los que habían nuevamente venido, que aquellos llevara a trabajar y poblar por allá; y preguntó por el capitán Luis Marín y por muchos soldados e por mí. Y respondió que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera ir a tierras largas si no llevara soldados conoscidos, y que presto vernían aquella ciudad, porque ya deben de venir de camino, y que en todo su merced les ayudase y les diese buenas encomiendas de indios. Y también le dijo el licenciado Luis Ponce, algo con palabras alegres, que cómo había ido contra el Cristóbal de Olí tan lejos y largos caminos sin tener licencia de Su Majestad, y dejar a México en condiciones de se perder. A esto respondió que como gobernador y capitán general de Su Majestad, que le paresció que convenía aquello a su real servicio por que otros capitanes no se alzasen, y que dello hizo relación primero a Su Majestad. Y demás desto le preguntó sobre la prisión y desbarate de Narváez, y de cómo se perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió, y de cómo hizo embarcar a Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato, y aun delante de fray Tomás Ortiz a todo lo que respondimos. Y Cortés a todo le respondió dándole razones muy buenas, que Luis Ponce en algo paresció que quedaba contento. Y todo esto que le preguntaba traía por memoria desde Castilla, y de otras muchas cosas que ya le había dicho en el camino y en México le habían informado. Y como aquestas preguntas que he dicho estaba presente el fray Tomás Ortiz, desque las hobieron acabado de decir e se fué Cortés a su posada, el fraile secretamente apartó a tres conquistadores amigos de Cortés y dijo que Luis Ponce quería cortar la cabeza a Cortés, porque así lo traía mandado por Su Majestad, y aquel efeto le había preguntado lo por mí memorado, y aun el mesmo fraile otro día muy de mañana, muy secreto, se lo dijo a Cortés por estas palabras: "Señor capitán, por lo mucho que os quiero y de mi oficio y religión es avisar en tales casos, hágolo, señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de Su Majestad para os degollar." Y cuando Cortés esto oyó y habían pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo, y por otra parte le habían dicho que aquel fraile era de mala condición y bullicioso y que no le creyese muchas cosas de lo que le decía. Y según paresció dijo aquellas palabras a Cortés a efeto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandato, y por que le diese por ello algunas barras de oro; otras personas dijeron quel Luis Ponce lo dijo por metelle temor a Cortés y le echase rogadores que no le degollase. Y como aquello sintió Cortés,

respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrescimientos que le daría con que se volviese a Castilla, y le dijo Cortés que tenía creído que Su Majestad, como cristianísimo rey, que le enviaría hacer mercedes por sus muchos y buenos servicios que siempre le ha hecho, y no se hallaría deservicio ninguno que haya hecho, y que con esta confianza estaba, y que le tenía al señor Luis Ponce por persona que no saldría de lo que Su Majestad le mandaba e que se fuese para Castilla; y desque aquello oyó el fraile y no le rogó que fuese su intercesor para con el Luis Ponce, quedó confuso. Y diré lo que más pasó, porque Cortés jamás le dió ningunos dineros de lo que le había prometido.

CAPITULO CXCII

Cómo el licenciado Luis Ponce, después que hobo presentado las reales provisiones y fué obedescido, mandó pregonar residencia contra Cortés y los que habían tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra y dello fallesció, y lo que más avino.

Después que hobo presentado las reales provisiones y con mucho acato Cortés y el cabildo y los demás conquistadores obedescido, mandó pregonar residencia general contra Cortés y contra los que habían tenido cargo de justicia y habían sido capitanes. Y desque muchas personas que no estaban bien con Cortés, y otros que tenían justicia sobre lo que pedían, ¡qué priesa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos!, que en toda la ciudad andaban pleitos, y las demandas que le ponían. Unos decían que no les dió partes de oro como era obligado; otros le demandaban que no les dió indios conforme lo que Su Majestad mandaba, y que los dió a criados de su padre, Martín Cortés, y a otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla; otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habían habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se los satisfizo por quedarse con el oro; otros demandaban afrentas de sus personas que por miedo de Cortés les habían hecho, y un Juan Juárez, cuñado suyo, le puso una mala demanda de su mujer de Cortes, doña Catalina Juárez "la Marcaida" hermana del Juárez, que la había traído e quel mesmo dió. Y en aquella sazón había venido de Castilla un Fulano de Barrios, con quien casó Cortés una hermana de Juárez y cuñada suya, se apaciguó por entonces aquella demanda que le había puesto el Juan Juárez. Este Barrios es con quien tuvo pleitos un Miguel Díaz sobre la mitad del pueblo de Mestitán, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Volvamos a nuestra residencia. Que luego que se comenzó a tomar la residencia quiso Nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha que cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce, y fué desta manera: que viniendo del monasterio del señor San Francisco de oír misa, le dió una muy recia calentura y echóse en la cama, y estuvo cuatro días amodorrido sin tener el

sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir; y desque aquello vieron los médicos que le curaban, que se decían el licenciado Pero López y el doctor Ojeda y otro médico que él traía de Castilla, todos a una les paresció que era bien que se confesase y rescibiese los Santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad [1]; y después de rescibidos con humildad y con gran contrición, hizo testamento y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Marcos de Aguilar, que había traído consigo desde la isla Española. A este Marcos de Aguilar otros dijeron que era bachiller e no licenciado, e que no tenía autoridad para mandar. y dejóle el poder desta manera: Que todas las cosas de pleitos, y debates, y residencias, y la provisión del fator y veedor se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que Su Majestad fuese sabidor de lo que pasaba, y que luego hiciesen mensajeros en un navío a Su Majestad; e ya hecho su testamento y ordenado su ánima, el noveno día desque que cayó malo dió el ánima a Nuestro Señor Jesucristo. Y desque hobo fallescido fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores a una sintieron; como si fuera padre de todos ansí lo lloraban, porque ciertamente él venía para remediar a los que hallase que derechamente habían servido a Su Majestad, y antes que muriese ansí lo publicaba y lo hallaron en los capítulos e instrucciones que de Su Majestad traía, que les diese de los mejores repartimientos de indios a los conquistadores, de manera que conosciesen en todo mejoría; y Cortés con todos los más caballeros de aquella ciudad se pusieron luto y le llevaron a enterrar con gran pompa a señor San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber; fué su enterramiento muy solene para en aquel tiempo. Oí decir a ciertos caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que como el Luis Ponce era músico y de inclinación de suyo regocijado, que por alegralle que le iban a tañer con una vigüela y a dar música, y que mandó que le tañesen una baja, y con los pies estando en la cama hacía sentido con los dedos e pies y los meneaba hasta acabar la baja, y acabada y perdida la habla, que fué todo uno. Pues como fué muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, oí el murmurar que en México había de las personas questaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió; que ansí había hecho al Francisco de Garay, y quien más lo afirmaba era el fray Tomás Ortiz, ya otras veces por mí memorado, que venía por pior de ciertos frailes que traía en su compañía, que también murió de modorra de ahí a dos meses, e otros frailes. Y también quiero decir que parece ser que en los navíos en que vino el Luis Ponce que dió pestilencia en ellos, porque demás de cient personas que en ellas venían, les dió modorra y dolencia, de que muerieron en la mar, y después que desembarcaron en la villa de Medellín e murieron muchos dellos, y aun de los frailes quedaron muy pocos, y con ellos murió su provincial o prior de ahí a pocos meses, y fué fama que aquella modorra se cundió en México.

(1) Testado en el original: "porque era muy buen cristiano y de virtudes muy cumplido".

CAPITULO CXCIII

Cómo desque murió el licenciado Luis Ponce de León comenzó a gobernar el licenciado Marcos de Aguilar, y las contiendas que sobrello hobo, y cómo el capitán Luis Marín, con todos los que venimos en su compañía, topamos con Pedro de Alvarado que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros porque estaba la tierra de guerra y no poder pasar sin tanto peligro como había.

Pues como Marcos de Aguilar tomó la gobernación de la Nueva España, según que lo había dejado en el testamento Luis Ponce, muchas personas de las que estaban mal con Cortés y con todos sus amigos y los más conquistadores quisieran que la residencia fuera adelante como la había comenzado a tomar el licenciado Luis Ponce de León, y Cortés dijo que no se podía entender en ella, conforme al testamento de Luis Ponce mas que si quería tomársela el Marcos de Aguilar, que fuese mucho en buena hora; y había otra contradición por parte del cabildo de México, en que decían que no podía mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo lo uno, porque era muy viejo y caducaba, y estaba tullido de bubas, y era de poca autoridad, y ansí lo mostraba en su persona, y no sabía las cosas de la tierra, ni tenía noticia dellas, ni de las personas que tenían méritos, y que demás desto, que no le ternían respeto, ni le acatarían, y que sería bien que para que todos temiesen y la justicia de Su Majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernación a Cortés hasta que Su Majestad mandase otra cosa. Y el Marcos de Aguilar dijo que no saldría poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que solo había de gobernar, y que si querían poner otro gobernador por fuerza, que no hacían lo que Su Majestad mandaba; y demás desto que dijo Marcos de Aguilar, Cortés temió, si otra cosa se hiciese, por más palabras que le decían los procuradores de las ciudades y villas de la Nueva España que procurase de gobernar y que ellos atraerían con buenas palabras al Marcos de Aguilar para ello, pues questaba claro questaba muy doliente y era servicio de Dios y de Su Majestad; y por más que le decían a Cortés, nunca quiso tocar más en aquella tecla, sino quel viejo Aguilar sólo gobernase, y aunque estaba tan doliente y ético que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenía unas cabras que también bebía la leche dellas, y en aquella sazón se le murió un hijo que traía consigo de modorra, según y de la manera que murió Luis Ponce. Dejaré esto hasta su tiempo. Quiero volver muy atrás de lo de mi relación, e diré lo quel capitán Luis Marín hizo, que quedaba con toda su gente en Naco esperando respuesta de Sandoval para saber si Cortés era embarcado o no, y nunca habíamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para ir hacer embarcar a Cortés que fuese a la Nueva España, e que nos escribiría de lo que sucediese para que nos fuésemos con Luis Marín camino de Mexico. Y puesto quescribió el Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta,

porque el Sayavedra nunca nos quiso escribir, y fué acordado por Luis Marín y por todos los que con él veníamos que con brevedad fuésemos diez soldados a caballo hasta Trujillo a saber de Cortés y fué Francisco Marmolejo por nuestro capitán, e yo fuí uno de los diez. Fuimos por la tierra adentro de guerra hasta llegar a Olancho, que agora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nuevas de dos españoles questaban dolientes y de un negro cómo Cortés era embarcado pocos días había con todos los caballeros y conquistadores que consigo tenía, y que le envió a llamar la ciudad de México, que todos los vecinos mexicanos estaban con voluntad de le servir, e que vino un fraile francisco por él, e que su primo de Cortés, Sayavedra, quedaba por capitán cerca de allí en unos pueblos de guerra, de las cuales nueva nos alegramos, y luego escrebimos al capitán Sayavedra con indios de aquel pueblo de Olancho questaba de paz, y en cuatro días vino respuesta y nos hizo relación de algunas cosas de lo que aquí va memorado, y dimos muchos gracias a Dios por ello, y a buenas jornadas volvimos adonde Luis Marín estaba. Y acuérdome que tiramos piedras a la tierra que dejamos atrás, y decíamos: "Allí quedarás, tierra mala, e con el ayuda de Dios iremos a México." E yendo por nuestras jornadas hallamos a Luis Marín en un pueblo que se dice Acalteca; y ansí como llegamos con aquellas nuevas tomó mucha alegría; y luego tiramos camino de un pueblo que se dice de Maniani, y hallamos en él a seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Alvarado, que andaban en nuestra busca, y uno dellos fué un Diego López de Villanueva, vecino que agora es de Guatimala, y desque nos conocimos nos abrazamos los unos a los otros; y preguntando por su capitán Pedro de Alvarado, dijeron que allí cerca venía con muchos caballeros que venían en busca de Cortés, e demás conquistadores y nos contaron todo lo acaescido en México, por mi ya atrás dicho, y cómo habían enviado a llamar a Pedro de Alvarado para que fuese gobernador, y la causa por qué no fué, según memorado tengo en el capítulo que dello habla. E yendo por nuestro camino, luego de ahí a dos días nos encontramos con el Pedro de Alvarado y sus soldados, que fué junto a un pueblo que se dice Choluteca Malalaca. Pues saber decir cómo se holgó desque supo que Cortés era ido a México, porque excusaba el trabajoso camino que había de llevar en su busca, fué harto descanso para todos. Y estando allí en el pueblo de la Chuluteca habían llegado en aquella sazón ciertos capitanes de Pedrarias de Avila, que se decían Garavito y Campañón, y de otros que no se me acuerdan los nombres, que según ellos decían venían a descubrir tierra y a partir términos con el Pedro de Alvarado, y desque llegamos aquel pueblo con el Capitán Luis Marín, todos estuvimos juntos tres días, los de Pedrarias de Avila y Pedro de Alvarado y nosotros, y desde allí envió el Pedro de Alvarado a un Gaspar Arias de Avila, vecino que fué de Guatimala, a tratar ciertos negocios con el gobernador Pedro Arias de Avila, e oí decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor del Pedro de Alvarado. Y volviendo a nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedrarias y nosotros fuimos camino de Guatimala, y antes de llegar a la provincia de Cuzcatán en aquella sazón llovía mucho y venía un río muy crecido, que se decía Lempa, y no le podíamos pasar en ningu-

na manera, y acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba, y era de tal gordor que se hizo una canoa que otra mayor en estas partes no había visto, y con gran trabajo estuvimos cinco días en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz. Y pasado el río dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los Chaparrastiques, que era así su nombre, adonde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decía Nicuesa e hirieron otros tres de los nuestros que habían ido a buscar de comer, y les fuemos a socorrer e venían ya desbaratados, y por no nos detener se quedaron sin castigo, y esto es en la provincia donde agora está poblada la villa de San Miguel. Y desde allí entramos en la provincia de Cuzcacatán, questaba de guerra, y hallamos bien de comer. (1) Y desde allí veníamos a unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenían los guatimaltecas unas sierras cortadas e unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar y pasar tres días; allí me hirieron de un flechazo, mas no fué nada la herida. Y luego venimos a Petapa, y otro día dimos en este valle que llamaban del Tuerto, donde agora está poblada esta ciudad de Guatimala, que entonces todo estaba de guerra, y hallamos muchas albarradas y hoyos, e teníamos guerra con los naturales sobre pasallos. Acuérdome que viniendo que veníamos por un repecho abajo comenzó a temblar la tierra de manera que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor. Y luego vamos camino del asiento de la ciudad de Guatimala, la vieja, donde solían estar los caciques que se decían Zinacán y Sacachul, y antes de entrar en la ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos los escuadrones de guatimaltecas para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos a dormir en la ciudad; y estaban los aposentos y casas tan buenas y de tan ricos edificios, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas. Desde allí nos salimos a lo llano e hicimos ranchos y chozas y estuvimos en ellos diez días, porque el Pedro de Alvarado envió dos veces a llamar de paz a los de Guatimala y a otros pueblos questaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los días que he dicho; y de que no quisieron venir ningunos dellos, fuimos por nuestras jornadas largas sin parar hasta donde Pedro de Alvarado había dejado poblado su ejército, porque estaba la tierra de guerra, y estaba en él por capitán un su hermano que se decía Gonzalo de Alvarado; llamábase aquella poblazón donde los hallamos Olintipeque, y estuvimos descansando ciertos días, y luego fuimos a Soconusco, y desde allí a Teguantepeque; y entonces fallecieron en el camino dos vecinos españoles de los de México que venían de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un cacique mexicano que se decía Juan Velázquez, capitán que fué de Guatemuz, ya por mí memorado. Y en posta fuimos a Guaxaca, porque entonces alcanzamos a saber la muerte de Luis Ponce y otras cosas por mí ya dichas, y decían mucho bien de su persona y que venía para cumplir lo que Su Majestad le mandaba, y no víamos la hora de haber llegado a México. Pues como veníamos sobre ochenta soldados y entrellos Pedro de Alvarado, y llegamos a un pueblo que se dice Chalco, desde

(1) En el margen hay notas del cronista guatemalteco Fuentes y Guzmán.—(J. A. V. C.)

allí envíamos mensajeros a hacer saber a Cortés cómo habíamos de entrar en México otro día, que nos tuviese aparejadas posadas, por que veníamos muy destrozados, porque había más de dos años y tres meses que salimos de aquella ciudad. Y desque se supo en México que llegábamos a Iztapalapa a las calzadas, salió Cortés con muchos caballeros y el cabildo a nos rescibir; y antes de ir a parte ninguna, ansí como veníamos, fuimos a la iglesia mayor a dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo que nos volvió aquella ciudad; y desde la iglesia Cortés nos llevó a sus palacios, donde nos tenían aparejada una solene comida, y muy bien servida, y ya tenían aderezada la posada de Pedro de Alvarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazón estaba nombrado por alcaide della y de las atarazanas, y al capitán Luis Marín llevó Sandoval a posar a sus casas, e a mí e a otro amigo que se decía el capitán Miguel Sánchez nos llevó Andrés de Tapia a las suyas, y nos hizo mucha honra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar, e oro e cacao para gastar, y ansí hizo Cortés y otros vecinos de aquella ciudad a soldados y amigos conocidos de los que allí veníamos. Y otro día, después de nos encomendar a Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el capitán Luis Sánchez, y llevamos por intercesores al capitán Sandoval y Andrés de Tapia, y fuimos a ver y hablar al licenciado Marcos de Aguilar, que, como he dicho estaba por gobernador por el poder que para ello le dejó Luis Ponce, y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el capitán Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relación a Marcos de Aguilar de nuestras personas y servicios para suplicalle que nos diese indios en México, porque los de Guazacualco no eran de provecho. Y después de muchas palabras y ofertas que sobrello nos dió el Marcos de Aguilar, con prometimiento, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios ningunos, porque ansí lo dejó en el testamento Luis Ponce de León al tiempo que falleció, que todas las cosas y pleitos y vacaciones de indios de la Nueva España se estuviesen en el estado en questaban hasta que Su Majestad envíe a mandar otra cosa; que si le envían poder para indios, que nos daría de lo mejor que hobiese en la tierra, y luego nos despedimos dél. En este tiempo vino de la isla de Cuba un Diego de Ordaz, muchas veces por mí memorado [1] y como fué el que hobo escrito las cartas al fator diciendo que todos éramos muertos cuando habíamos salido de México con Cortés, Sandoval y otros caballeros, con palabras muy desabridas, le dijeron que por qué había escrito lo que no sabía, no teniendo noticia dello, y que fueron aquellas cartas que envío al fator tan malas, que se hobiera de perder la Nueva España por ellas. Y el Diego de Ordaz respondió con grandes juramentos que nunca tal escribió, sino solamente que tuvo nueva de un pueblo que se dice Xicalango que habían reñido los pilotos y capitanes y marineros de dos navíos, y se habían muerto los de un bando con el otro, y que los indios acabaron de matar a ciertos marineros que quedaban en los navíos; y que pareciesen las mismas cartas, y verían que si era ansí; que si el fator las glosó e hizo otras, que no tenía culpa, pues para saber Cortés la verdad el fator y veedor estaban presos en

(1) Testado en el original: "que había ido a comprar yeguas y becerras, según lo tengo ya dicho".

las jaulas, no se atrevía a hacer justicia dellos, según lo dejó mandado el Luis Ponce de León. Y como Cortés tenía otros muchos debates, acordó de callar en lo del fator hasta que viniese mandado de Su Majestad, y temió no le viniesen más males sobrello. Y porque entonces puso demanda que volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron y tomaron para decir misas y honras por su ánima, y puesto que fueron hechas aquellas honras e misas con malicia y por dar crédito a toda la ciudad, que era muy mejor, que pues hacían bienes y honras por Cortés y por nosotros para que creyesen que era verdad que todos éramos muertos; y andando en estos pleitos, un vecino de México, que se decía Juan de Cáceres "el Rico", compró los bienes y misas que habían hecho por el ánima de Cortés fuese por la del Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas y diré cómo el Diego de Ordaz, como era hombre de buenos consejos, y viendo que a Cortés ya no le tenían acato ni se daban nada por él después que vino Luis Ponce de León, y le habían quitado la gobernación, y que muchas personas se le desvergonzaban e no le tenían en nada, le aconsejó que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino que don Hernando Cortés. También le dijo el Ordaz que mirase quel fator fué criado del comendador mayor don Francisco de los Cobos, y que es el que mandaba a toda Castilla, y que algún día le habría menester al don Francisco de los Cobos, y quel mesmo Cortés no estaba bien acreditado con Su Majestad ni con los de su Real Consejo de Indias, y que no curase de matar al fator hasta que por justicia fuese sentenciado, porque había grandes sospechas en México que le querían despachar y matar en la misma jaula. Y pues viene agora a coyuntura, quiero decir antes que más pase adelante en esta mi relación, por qué tan secamente en todo lo que escribo, cuando viene a pláticas decir de Cortés, no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués, ni capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa dello es porquel mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés, e en aquel tiempo no era marqués, porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla [1] como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Aníbal, o de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré cómo el tesorero Alonso de Estrada en aquella sazón casó dos hijas, la una con Jorge de Alvarado, hermano de don Pedro de Alvarado, y la otra con un caballero que se decía don Luis de Guzmán, hijo de don Juan de Sayavedra, conde de Castellar; y entonces se concertó que Pedro de Alvarado fuese a Castilla a suplicar a Su Majestad le hiciese merced de la gobernación de Guatimala, y entretanto que iba envió a Jorge de Alvarado por su capitán a las pacificaciones de Guatimala, y cuando el Jorge de Alvarado vino trujo de camino consigo sobre docientos indios de Tascala, y de Cholula, y mexicanos, y de Guacachula, y de otras provincias, y le ayudaron en las guerras; y también en aquella sazón envió el Marcos de Aguilar a poblar la provincia de Chiapa, y fué un caballero que se decía don Juan de Enríquez de Guzmán, deudo

(1) Tachado en el original: "y en muchas partes de la cristiandad".

muy cercano del duque de Medina Sedonia, y también envió a poblar a la provincia de Tabasco, que es el río que llaman de Grijalva, y fué por capitán un hidalgo que se decía Baltasar Osorio, natural de Sevilla; y ansimismo envió a pacificar los pueblos de los zapotecas questán en muy altas sierras, y fué por capitán un Alonso de Herrera, natural de Jerez, y este capitán fué de los soldados de Cortés. Y por no contar al presente lo que cada uno destos capitanes hizo en sus conquistas, lo dejaré de decir hasta que venga a tiempo y sazón, y quiero hacer relación cómo en este tiempo fallesció el Marcos de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo para que gobernase el tesorero.

CAPITULO CXCIV

Cómo Marcos de Aguilar fallesció y dejó en el testamento que gobernase el Tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del fator ni veedor ni dar ni quitar indios hasta que Su Majestad mandase lo que más en ello fuese él servido, según de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de León.

Teniendo en sí la gobernación Marcos de Aguilar, como dicho tengo, y estaba muy ético y doliente de bubas, los médicos mandaron que mamase a una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquellas dolencias y calenturas que le dió fallesció, y en el testamento que hizo mandó que sólo gobernase el tesorero Alonso de Estrada, ni más ni menos que tuvo el poder de Luis Ponce de León. Y viendo el cabildo de México y otros procuradores de ciertas ciudades que en aquella sazón se hallaron en México quel Alonso de Estrada no podía gobernar tan bien como convenía, por causa que Nuño de Guzmán, que había dos años que vino de Castilla por gobernador de la provincia de Pánuco, y se metía en los términos de México, y decían que eran subjetos de su provincia, y como venía furioso y no mirando a lo que Su Majestad le mandaba en las provisiones que dello traía, porque un vecino de México, que se decía Pero González de Trujillo, persona muy noble, dijo que no quería estar debajo de su gobernación, sino de la de México, pues los indios de su encomienda no eran de los de Pánuco, y por otras palabras que pasaron, sin ser más oído, le mandó ahorcar, y demás desto hizo otros desatinos, que ahorcó a otro español, e por hacerse temer, y no tenía acato ni se le daba nada de Alonso de Estrada, el tesorero, aunque era gobernador, ni la tenía en tanta estima como era obligado, y viendo aquellos desatinos de Nuño de Guzmán, el cabildo de México y otros caballeros vecinos, y por que temiese el Nuño de Guzmán e hiciese lo que Su Majestad mandaba suplicaron al tesorero que juntamente con él gobernase Cortés, pues convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y el tesorero no quiso, e otras personas dijeron que Cortés no lo quiso acetar, porque no dijesen maliciosos que por

fuerza quería señorear, y también porque hobo murmuraciones que tenían sospecha que la muerte de Marcos de Aguilar que Cortés fuese causa della, e le dió con qué murió. Y lo que se concertó fué que juntamente con el tesorero gobernase Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor y persona que se hacía mucha cuenta dél, y hóbolo por bien el tesorero; mas otras personas dijeron que si lo acetó que fué por casar una hija con el Sandoval, y si se casara con ella fuera muy más estimado el Sandoval y por ventura hobiera la gobernación, porque en aquella sazón no se tenía en tanta estima esta Nueva España como agora. Pues estando gobernando el tesorero y el Gonzalo de Sandoval pareció ser, como en este mundo hay hombres muy desatinados, que un Fulano Proaño, que dicen que se fué en aquella sazón a lo de Jalisco huyendo de México, y después fué hombre muy rico, púsose a palabras con el gobernador Alonso de Estrada, y tuvo tal desacato que por ser de tal calidad aquí no lo digo, y el Sandoval como gobernador que era, que había de hacer justicia sobrello y prender al Proaño, no lo hizo, antes, según fama, le favoresció para hacer aquel atroz delito e ir huyendo a do no pudo ser habido por mucha diligencia que sobrello puso el tesorero para le prender, y demás desto, de ahí a pocos días después deste desacato que pasó hobo otro malísimo delito, que pusieron en las puertas de las casas del tesorero unos libelos infamatorios muy malos, y puesto que claramente se supo quién los puso, viendo que no podía alcanzar justicia, lo disimuló, y desde allí adelante estuvo muy mal el tesorero con Cortés y con el Sandoval y renegaba dellos como de cosas muy malas. Dejemos esto, y quiero decir que en aquellos días que anduvieron los conciertos, ya por mi memorados, para que Cortés gobernase con el tesorero. y pusieron al Sandoval por compañero, según dicho tengo, aconsejaron al Alonso de Estrada que luego en posta fuese en un navío a Castilla e hiciese relación dello a Su Majestad, y aun le indujeron que dijese que por fuerza le pusieron al Sandoval por compañero, según ya dicho tengo, desque no quiso ni consintió que Cortés gobernase juntamente con él; y demás desto, ciertas personas que no estaban bien con Cortés escribieron otras cartas por sí, y en ellas decían que Cortés había mandado dar ponzoña al Luis Ponce de León y a Marcos de Aguilar, y que ansimismo al adelantado Garay [1], que en unos requesones que les dieron en un pueblo que se dice Estapalapa creían que estaban en ellos rejalgar, y que por aquella causa no quiso comer un fraile de la Orden de Santo Domingo dellos [2] y todo lo que escrebían eran maldades y traicio-

(1) Tachado en el original: "y aun hicieron escribir al religioso que venía por provincial de Santo Domingo, que había venido de Castilla con el Luis de Ponce de León, que se decía fray Tomás Ortiz".

(2) Testado en el original: "y demás desto enviaron con las cartas unos renglones de libelos infamatorios que hallaron a un Gonzalo de Campo contra Cortés, en que decía en ellos:

¡Oh, Fray Hernando, provincial;
más quejas van de tu persona
delante Su Majestad,
que fueron del duque de Arjona
delante su general!

e dejo yo describir otros cinco renglores que le pusieron, porque no son de poner de un capitán valeroso como fué Cortés".

nes que le levantaron; y también escribieron que Cortés quería matar al fator y veedor; y en aquella sazón también fué a Castilla el contador Albornoz, que jamás estuvo bien con Cortés. Y como Su Majestad y los de su Real Consejo de Indias vieron las cartas que he dicho que enviaron diciendo mal de Cortés, y se informaron del contador Albornoz e de lo de Luis Ponce, e lo de Marcos de Aguilar, e ayudó de mala contra Cortés, e habían oído lo del desbarate del Narváez y del Garay, y lo del Tapia, y lo de Catalina Juárez "la Marcaída", su primera mujer, y estaban mal informados de otras cosas, y creyeron ser verdad lo que agora escrebían, luego mandó Su Majestad proveer que sólo Alonso de Estrada gobernase, y dió por bueno cuanto había hecho y en los indios que encomendó, y también mandó que se sacasen de las prisiones y jaulas al fator y veedor y les volviesen sus bienes, y en posta vino un navío con las provisiones; y para castigar a Cortés de lo que le acusaban mandó que luego viniese un caballero que se decía don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, y que a costa de Cortés trujese trecientos soldados, y que si le hallase culpado le cortase la cabeza y a los que juntamente con él habían hecho algún deservicio de Su Majestad, e que a los verdaderos conquistadores que nos diesen de los pueblos que le quitasen al Cortés, y ansimismo mandó proveer que viniese Audiencia Real, creyendo con ella habría reta justicia. E ya que se estaba apercibiendo el comendador don Pedro de la Cueva para venir a la Nueva España, por ciertas pláticas que después hobo en la corte, o porque no le dieron tantos mill ducados como pedía para el viaje, y porque con el Audiencia Real creyeron que lo pusieran en justicia, se estorbó su jornada, e porquel duque de Béjar quedó por nuestro fiador como otras veces. Y quiero volver al tesorero. Que como se vió tan favorescido de Su Majestad, y haber sido tantas veces gobernador, y agora de nuevo le manda Su Majestad gobernar solo, y aun le hicieron creer al tesorero que habían informado al emperador nuestro señor que era hijo del rey católico, y estaba muy ufano e tenía razón, y lo primero que hizo fué enviar a Chiapa por capitán a un su primo que se decía Diego de Mazariegos, y mandó tomar residencia a don Juan Enríquez de Guzmán, el que había enviado por capitán Marcos de Aguilar, y más robos y quejas se halló que había hecho en aquella provincia que bienes; y también envió a conquistar y pacificar los pueblos de los zapotecas e minges, y que fuesen por dos partes para que mejor los pudiesen atraer de paz, que fué por la parte de la banda del Norte envió a un Fulano de Barrios, que decían que había sido capitán en Italia y que era muy esforzado, que nuevamente había venido de Castilla a México, no digo por Barrios el de Sevilla, el cuñado que fué de Cortés, y le dió sobre cient soldados, y entre ellos muchos escopeteros y ballesteros; y llegado este capitán con sus soldados a los pueblos de los zapotecas, que se decían los tiltepeques, una noche salen los indios naturales de aquellos pueblos y dan sobre el capitán y sus soldados, y tan de repente dieron en ellos, que matan al capitán Barrios y a otros siete soldados, y a todos los más hirieron, y si de presto no tomaran calzas de villadiego y se vinieran acoger a unos pueblos de paz, todos murieran aquí. Verán cuánto va de los conquistadores viejos a los nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa

es guerra de indios ni sus astucias. En esto paró aquella conquista. Digamos agora del otro capitán que fué por la parte de Guaxaca, que se decía Figueroa, natural de Cáceres, que también dijeron que había sido muy esforzado capitán en Castilla, y era muy amigo del tesorero Alonso de Estrada, y llevó otros cient soldados de los nuevamente venidos de Castilla a México, y muchos escopeteros y ballesteros, y aun diez de a caballo; y cómo allegaron a las provincias de los zapotecas y envió a llamar a un Alonso de Herrera questaba en aquellos pueblos por capitán de treinta soldados por mandado de Marcos de Aguilar, en el tiempo que gobernaba, según lo tengo dicho en el capítulo que dello hace minción, y venido el Alonso de Herrera a su llamado, porque según paresció traía poder el Figueroa para questuviese debajo de su mano, sobre ciertas pláticas que tuvieron o porque no quiso quedar en su compañía, vinieron a echar mano a las espadas, y el Herrera acuchilló al Figueroa y a otros tres de los soldados que traía que le ayudaban; pues viendo el Figueroa questaba herido y manco de un brazo, y no se atrevía a entrar en las sierras de los minges, que eran muy altas y malas de conquistar, y los soldados que traía no sabían conquistar aquellas tierras, acordó de andarse a desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquellas provincias, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro con que antiguamente tenían por costumbre de enterrar los principales de aquellos pueblos, y dióse tal maña, que sacó sobre cinco mill pesos de oro, y con otras joyas que hobo de dos pueblos acordó de dejar la conquista e pueblos en questaba, y dejóles muy más de guerra algunos dellos que los halló, e fué a México, y desde allí se iba a Castilla, y los soldados cada uno se fué por su parte; e ya que se iba a Castilla el Figueroa con su oro y embarcado en la Veracruz, fué su ventura tal que el navío en que iba dió con recio temporal al través junto a la Veracruz, de manera que se perdió él y su oro, y se ahogaron quince pasajeros, y todo se perdió Y en aquello paró las capitanías que envió el tesorero a conquistar, y nunca aquellos pueblos vinieron de paz hasta que los vecinos de Guazacualco los conquistamos, y como tienen tan altas sierras y no pueden ir caballos, me quebranté el cuerpo de tres veces que me hallé en aquellas conquistas, porque puesto que en los veranos los atraíamos de paz, en entrando las aguas se tornaban a levantar y mataban a los españoles que podían haber desmandados; e como siempre les seguíamos, vinieron de paz y está poblada una villa que se dice Sant Alifonso. Pasemos adelante y dejar de traer más a la memoria desastres de capitanes que no han sabido conquistar; y digo que como el tesorero supo que habían acuchillado a su amigo el capitán Figueroa, envió luego a prender al Alonso de Hererra, e no se pudo haber, porque se fué huyendo a unas sierras, y los alguaciles que envió trujeron preso a un soldado de los que solía tener el Herrera consigo, y ansí como llegó a México, sin más ser oido, le mandó el tesorero cortar la mano derecha; llamábase el soldado Cortejo, y era hijodalgo. Y demás desto, en aquel tiempo un mozo despuela de Gonzalo de Sandoval tuvo otra quistión con otro criado del mesmo tesorero, y le acuchilló, de que hobo muy gran enojo el tesorero y le mandó cortar la mano, y esto fué en tiempo que Cortés ni el Sandoval no estaban en México, que se habían ido a un gran pue-

blo que se dice Cornavaca, y se fueron por quitarse de México de bullicios y parlerías, y también por apaciguar ciertos debates que había entre los caciques de aquel pueblo. Pues desque supieron Cortés e Sandoval, por cartas, que el Cortejo y el mozo despuelas estaban presos e que les querían cortar las manos, de presto vinieron a México, y desque hablaron y no había remedio en ello, sintieron mucho aquella afrenta quel tesorero hizo a Cortés y contra el Sandoval, y dicen que le dijo Cortés tales palabras al tesorero en su presencia, que nos las quisiera oir, y aun tuvo temor que le quería mandar matar, y con este temor allegó el tesorero soldados y amigos para tener en su guarda, y sacó de las jaulas al fator y vedor para que, como oficiales de Su Majestad, se favoresciesen los unos a los otros contra Cortés. Y desque los hobo sacado, de ahí a ocho días, por consejo del fator y otras personas que no estaban bien con Cortés, le dijeron al tesorero que en todo caso que luego desterrase a Cortés de México, porque entretanto que estuviese en aquella ciudad jamás podría gobernar bien, ni habría paz, y siempre habría cherinolas y bandos. Pues ya este destierro firmado del tesorero, se lo fueron a notificar a Cortés, y dijo que le cumpliría muy bien y que daba gracias a Dios, que dello era servido, que de las tierras y ciudades que él con sus compañeros había descubierto y ganado, derramando de día y de noche mucha sangre y muerte de tantos soldados, que le viniesen a desterrar personas que no eran dinos de bien ninguno, ni de tener los oficios que tienen de Su Majestad, y quél iría a Castilla a dar relación dello a Su Majestad y demandar justicia contra ellos y que fué gran ingratitud la del tesorero, desconocido del bien que le había hecho Cortés. Y luego se salió de México e se fué a una villa suya que se dice Cuyuacán, y desde allí a Tezcuco, y desde ahí a pocos días a Tascala. Y en aquel instante la mujer del tesorero, que se decía doña Marina Gutiérrez de la Caballería, cierto dina de buena memoria por sus muchas virtudes, como supo lo que su marido había hecho en sacar de las jaulas al fator y veedor y haber desterrado a Cortés, con gran pesar que tenía le dijo al tesorero, su marido: "Plega a Dios questas cosas que habéis hecho, no nos venga mal dello", y le trujo a la memoria los bienes y mercedes que Cortés con ellos había hecho y los pueblos de indios que les dió, y que procurase de tornar hacer amistades con él para que vuelva a la ciudad de México, o que se guardase muy bien no le matasen, y tantas cosas le dijo, que, según muchas personas platicaban, se había arrepentido el tesorero de lo haber desterrado y aun de haber sacado de las jaulas a los por mí memorados, porque en todo le iban a la mano y eran muy contrarios a Cortés. Y en aquella sazón vino de Castilla don fray Julián Garcés, primer obispo que fué de Tascala, y era natural de Aragón, y por honra del cristianísimo emperador nuestro señor se llamó Carolense, y fué gran predicador, y se vino por su obispado de Tascala; y desque supo lo quel tesorero había hecho en el destierro de Cortés, le pareció muy mal, y por poner concordia entrellos se vino a una ciudad, ya otras veces por mí nombrada, que se dice Tezcuco, y como está junto a la laguna se embarcó en dos canoas grandes y con dos clérigos y un fraile y su fardaje se vino a la ciudad de México, y antes de entrar en ella supieron su venida en México y le salieron a rescibir con toda la pompa y cruces, y clerecía y religiosos, y cabildo e conquistadores, y

caballeros y soldados que en México se hallaron. E desque hobo el obispo descansado dos días, el tesorero le echó por intercesor para que fuese adonde Cortés en aquella sazón estaba y los hiciese amigos, y le alzaba el destierro, y que volviese a México. Y fué el obispo y trató las amistades, y nunca pudo acabar cosa ninguna con Cortés, antes, como dicho tengo, se fué a Tezcuco e Tascala muy acompañado de caballeros e de otras personas, y en lo que entendía Cortés era en allegar todo el oro y plata que podía para ir a Castilla; y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos empeñaba otras rentas, y de amigos e indios que le prestaban, y ansimismo se aparejaba el capitán Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y allegaban y recogían todo el oro y plata que podían de sus pueblos, porquestos dos capitanes fueron en compañía de Cortés a Castilla. Pues como estaba Cortés en Tascala, íbanle a ver muchos vecinos de México y de otras villas, y soldados que no tenían encomiendas de indios, y los caciques de México, y le iban a servir, y aun como hay hombres bulliciosos y amigos de escándalos e novedades, le iban con consejas para que si se quería alzar por rey en la Nueva España, que en aquel tiempo tenía lugar, y que ellos serían en le ayudar. Y Cortés echó presos a dos hombres de los que le vinieron con aquellas pláticas y les trató mal, llamándoles de traidores, y estuvo para los ahorcar. Y también le trujeron una carta de otros bandoleros que le enviaron de México que le decían lo mismo, y esto era, según dijeron para tentar a Cortés y tomarle en algunas palabras que de su boca dijese sobre aquel mal caso. Y como Cortés en todo era servidor de Su Majestad, con amenazas que dijo a los que le venían con aquellos tratos que no le viniesen más delante dél con aquellas parlerías de traiciones, que les mandaría ahorcar, y luego lo escribió al obispo para que le dijese al tesorero que, como gobernador, mandase castigar a los traidores que le venían con aquellas consejas; si no, quél los mandaría ahorcar. Dejemos a Cortés en Tascala aderezando para se ir a Castilla, y volvamos al tesorero y fator y veedor. Que ansí como venían a Cortés hombres bandoleros que deseaban ruidos y andar en bullicios, también iban y decían al tesorero y al fator que ciertamente que Cortés estaba allegando gente para les venir a matar, aunque echaba fama que para ir a Castilla, y aquel efeto estaban todos los más caciques mexicanos y de Tezcuco y de todos los más pueblos de alrededor de la laguna en su compañía para ver cuándo les mandaba dar guerra. Entonces temió mucho el fator y veedor, creyendo que les quería matar, y para saber e inquirir si era verdad volvieron a importunar al mismo obispo que fuese a ver qué cosa era, y escribieron con grandes ofertas a Cortés y demandando perdón; y el obispo lo hobo por bueno el ir hacer amistades por visitar a Tascala, y desque llegó adonde Cortés estaba, después de le salir a recebir toda aquella provincia y vió la gran lealtad y lo que había hecho Cortés en prender los bandoleros y las palabras que sobre aquel caso le escribió, luego hizo mensajero al tesorero y dijo que Cortés era muy leal caballero y gran servidor de Su Majestad, y que en nuestros tiempos se podía poner en la cuenta de los muy afamados servidores de la corona real, y que en lo questaba entendiendo era para aviarse e ir ante Su Majestad, y que podían estar sin sopecha de lo que pensaba, y también le escribió que tuvo mala con-

sideración en le haber desterrado y que no lo acertó; entonces dizque le dijo en la carta que le escribió: "¡Oh, señor tesorero Alonso de Estrada, y cómo ha dañado y estragado este negocio!" Dejemos esto de la carta, que no me acuerdo bien si volvió Cortés a México para dejar recaudo a las personas a quien había de dar los poderes para entender en su estado y casa y demandar los tributos de los pueblos de su encomienda, salvo que dejó el poder mayor al licenciado Juan Altamirano, que era persona de mucha calidad, y a Diego de Campo, y Alonso Valiente, y a Santa Cruz, burgalés, y sobre todos al Altamirano; e ya tenía allegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que era cosa muy de ver, y dos tigres, y muchos barriles de liquidámbar, y bálsamo cuajado, y otro como aceite, y cuatro indios maestros de jugar el palo con los pies, que en Castilla y en todas partes es cosa de ver, y otros indios grandes bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio que al parecer como que vuelan por alto bailando, y llevó tres indios corcovados de tal manera que era cosa mostruosa, porquestaban quebrados por el cuerpo, y eran muy enanos, y también llevó indios e indias muy blancos, que con el gran blancor no vían bien; y entonces los caciques de Tascala le rogaron que llevase en su compañía tres hijos de los más principales de aquella provincia, y entrellos fué un hijo de Xicotenga "el Ciego Viejo", que después se llamó don Lorenzo de Vargas, y llevó otros caciques mexicanos. Y estando aderezando su partida le llegaron nuevas de la Veracruz que habían venido dos navíos muy buenos y veleros y en ellos le trujeron cartas de Castilla; lo que se contenía en ellas diré adelante.

CAPITULO CXCV

Cómo vinieron cartas a Cortés de España del cardenal de Sigüenza, don García de Loaisa, que era Presidente de Indias, que luego fué arzobispo de Sevilla, y de otros caballeros, para que en todo caso se fuese luego a Castilla, y le trujeron nuevas que era muerto su padre, Martín Cortés, y lo que sobrello hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado lo acaescido entre Cortés y el tesorero y el fator y veedor, e por qué causa lo desterró de México, y cómo vino dos veces el obispo de Tascala a entender en amistades, y Cortés nunca quiso responder a cartas ni a cosa ninguna, y se apercibió para ir a Castilla. Y en aquel instante le vinieron cartas del presidente de Indias, don García de Loaisa, y del duque de Béjar, y de otros caballeros, en que le decían que, como estaba ausente, daban quejas dél ante Su Majestad, y decían en las quejas muchos males y muertes que había hecho dar a los que Su Majestad enviaba, y que fuese en todo caso a volver por su honra, y le trujeron nuevas que su padre, Martín Cortés, era fallescido. Y desque vió las cartas, le pesó mucho, ansí de la muerte de su padre como de las cosas que dél decían que había hecho, no siendo así, y se puso luto, puesto que lo traía

en aquel tiempo por la muerte de su mujer doña Catalina Juárez "la Marcaida"; e hizo gran sentimiento por su padre e las honras lo mejor que pudo; y si mucho deseo tenía de antes de ir a Castilla, desde allí adelante se dió mayor priesa, porque luego mandó a un su mayordomo, que se decía Pedro Ruiz de Esquivel, natural de Sevilla, que fuese a la Veracruz y de dos navíos que habían llegado, que tenían fama que eran nuevos y veleros, que los comprase, y estaba apercibiendo bizcocho y cecina y tocinos y lo perteneciente para el matalotaje muy cumplidamente, como para un gran señor e rico que Cortés era, y cuantas cosas se pudieron haber en la Nueva España que eran buenas para la mar, y conservas que de Castilla vinieron, y fueron tantas y de tanto género, que para dos años se pudieran mantener otros dos navíos, y aunque tuvieran mucha más gente, con lo que en Castilla les sobró. Pues yendo el mayordomo por la laguna de México en una canoa grande para ir hasta un pueblo que se dice Ayozingo, ques donde desembarcan las canoas, que por ir más de presto hacer lo que Cortés mandaba fué por allí, y llevó seis indios mexicanos remeros e un negro e ciertas barras de oro, y quien quiera que fué le aguardó en la misma laguna y le mató, que nunca se supo quién, ni paresció canoa ni indios que la remaban, ni aun el negro salvó, que desde ahí a cuatro días hallaron al esquivel en una isleta de la laguna el medio cuerpo comido de aves carniceras. Sobre la muerte deste mayordomo hobo grandes sospechas, porque unos decían que era hombre que se alababa de cosas que decía él mismo que pasaba con damas y con otras señoras, e como era e decían otras cosas malas que dizque hacía, e a esta causa estaba malquisto, y ponían sospechas de otras muchas cosas que aquí no declaro, por manera que no se supo de su muerte, ni aun se pesquisó ni extrañó muy de raíz quién le mató, perdónele Dios. Y luego Cortés volvió a enviar de presto a otros mayordomos para que le tuviesen aparejados los navíos y metido todo el bastimento y pipas de vino; y mandó dar pregones que cualesquier personas que quisieren ir a Castilla les dará pasaje y comida debalde, yendo con licencia del gobernador. Y luego Cortés, acompañado de Gonzalo de Sandoval y de Andrés de Tapia y otros caballeros, se fué a la Veracruz, y desque se hobo confesado y comulgado se embarcó; y quiso Nuestro Señor Dios dalle tal viaje, que en cuarenta y dos días llegó a Castilla, sin parar en la Habana ni en isla ninguna, y fué a desembarcar cerca de la villa de Palos, junto a Nuesta Señora de la Rábida. Y desque se vieron en salvamento en aquella tierra hincan las rodillas en el suelo y alzan las manos al cielo dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre le hacía; y llegaron a Castilla en el mes de diciembre de mill e quinientos y veinte y siete años. Pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y a grandes alegrías hobo tristezas, que fué Dios servido que dende ahí a pocos días de le llevar desta vida, en la villa de Palos, y en la posada questaba era de un cordonero de hacer jarcias y cables y maromas, y antes que falleciese le hurtó trece barras de oro, lo cual vió el Sandoval por sus ojos que se las sacaron de una caja, porque aguardó el cordonero que no estuviese allí persona ninguna en compañía del Sandoval, o tuvo tales astucias el cordonero que envió a sus criados del Sandoval que fuesen por la posta a la Rábida a llamar a Cortés, y el Sandoval, puesto que lo vió, no

osó dar voces, porque como estaba muy debilitado e flaco y malo, temió aquel cordonero, que le pareció mal hombre, no le echase el colchón o almohada sobre la boca y le ahogase; y luego se fué el huésped a Portugal huyendo con las barras de oro, y no se pudo cobrar cosa ninguna. Volvamos a Cortés, que desque supo questaba muy malo el Sandoval vino luego en posta adonde estaba, y el Sandoval le dijo la maldad quel huésped le había hecho, y cómo le hurtó las barras de oro y se fué huyendo; de lo cual, puesto que pusieron gran diligencia para que se cobrasen, como se acogió a Portugal se quedó con ello, y el Sandoval cada día iba empeorando de su mal, y los médicos que le curaban le dijeron que luego se confesase y rescibiese los santos sacramentos e hiciese testamento; y él lo hizo con gran devoción, y mandó muchas mandas, ansí a pobres como a monasterios, y nombró por su albacea a Cortés, y heredera a una su hermana o hermanas, la cual se casó, la María el tiempo andando con un hijo bastardo del conde de Medellín. Y desque hobo ordenado su ánima y hecho testamento, dió el ánima a Nuestro Señor Dios que la crió; y por su muerte se hizo gran sentimiento, y con toda la pompa que pudieron le enterraron en el monasterio de Nuestra Señora de la Rábida, y Cortés con todos los caballeros que iban en su compañía se pusieron luto. Perdónele Dios. Amén. Y luego Cortés envió correo a Su Majestad, y al cardenal de Sigüenza, y al duque de Béjar, y al conde de Aguilar, y a otros caballeros, e hizo saber había llegado aquel puerto y de cómo Gonzalo de Sandoval había fallescido, e hizo relación de la calidad de su persona y de los grandes servicios que había hecho a Su Majestad, y que fué capitán de mucha estima, ansí para mandar ejércitos como para pelear por su persona. Y desque aquellas cartas llegaron ante Su Majestad, rescibió alegría de la venida de Cortés, puesto que le pesó de la muerte del Sandoval, porque ya tenía gran noticia de su generosa persona, y ansimismo el cardenal don García de Loaisa y el Real Consejo de Indias; pues el duque de Béjar y el conde de Aguilar y otros caballeros se holgaron en gran manera, puesto que a todos les pesó de la muerte del Sandoval; y luego fué el duque de Béjar, juntamente con el conde de Aguilar, a dar más relación a Su Majestad, puesto que ya tenía la carta de Cortés, y dijo que bien sabía la gran lealtad de quien había fiado, y que caballero que tan grandes servicios le había hecho, que en todo lo demás lo había de mostrar en lealtad y como era obligado a su rey y señor, lo cual se ha parescido agora muy bien por la obra. Y esto dijo el duque porque en el tiempo que ponían las acusaciones y decían muchos males contra Cortés delante de Su Majestad, puso tres veces su cabeza y el estado por fiador de Cortés y de todos los soldados questábamos en su compañía, que éramos muy leales y grandes servidores de Su Majestad y dinos de grandes mercedes, porque en aquel tiempo no estaba descubierto el Perú, ni había la fama dél que después hobo. Y luego Su Majestad envió a mandar por todas las ciudades y villas por donde Cortés pasase le hiciesen muchas honras, y el duque de Medina Sedonia le hizo gran rescibimiento en Sevilla y le presentó caballos muy buenos; y después que reposó allí dos días fué a jornadas largas a Nuestra Señora de Guadalupe para tener novenas, y fué su ventura tal que en aquella sazón había allí llegado la señora doña Ma-

ría de Mendoza, mujer del comendador mayor de León, don Francisco de los Cobos, y había traído en su compañía muchas señoras de grande estado y entrellas una señora doncella, hermana suya, y desque Cortés lo supo, hobo gran placer, y luego como llegó, después de haber hecho oración delante de Nuestra Señora y dar limosna a pobres y mandar decir misas, puesto que llevaba luto por su padre y su mujer y por Gonzalo de Sandoval, fué muy acompañado de los caballeros que llevó de la Nueva España y con otros que se le habían allegado para su servicio, y fué hacer gran acato a la señora doña María de Mendoza y a la señora doncella su hermana, que era muy hermosa, y de todas las más señores que con ellas venían. Y como Cortés en todo era muy cumplido y regocijado y la fama de sus grandes hechos volaba por toda Castilla, pues plática y agraciada expresiva no le faltaba, y sobre todo mostrarse muy franco, y tener riquezas de qué dar, comenzó hacer grandes presentes de muchas joyas de oro, de diversidad de hechuras, a todas aquellas señoras, y después de las joyas, dió penachos de plumas verdes llenos de argentería y de oro y de perlas y en todo lo que dió fué muy aventajado a la señora doña María de Mendoza y a la señora su hermana; y después que hobo hecho aquellos ricos presentes, dió por sí sola a la señora doncella ciertos tejuelos de oro muy fino para que hiciese joyas; y tras esto mandó dar mucho liquidámbar y bálsamo para que se sahumasen, y mandó a los indios maestros de jugar el palo con los pies que delante de aquellas señoras les hiciesen fiesta y trujesen el palo de un pie a otro, que fué cosa de que se contentaron y aun se admiraron de lo ver; y demás de todo esto supo Cortés que de la litera en que había venido la señora doncella se le mancó una acémila, y secretamente mandó comprar dos muy buenas y que las entregasen a los mayordomos que traían cargo de su servicio, y aguardó en aquella villa de Guadalupe hasta que partiesen para la corte, que en aquella sazón estaba en Toledo, y fuéles acompañando y sirviendo e haciendo banquetes y fiestas, y tan gran servidor se mostró, que lo sabía muy bien hacer y representar, que la señora doña María de Mendoza le movió casamiento con la señora su hermana; y si Cortés no fuera desposado con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, ciertamente tuviera grandísimos favores del comendador mayor de León y de la señora doña María de Mendoza, su mujer, y Su Majestad le diera la gobernación de la Nueva España. Dejemos de hablar en este casamiento, pues todas las cosas son guiadas y encaminadas por la mano de Dios, y diré cómo escribió luego en posta la señora doña María de Mendoza al comendador mayor de León, su marido, sublimando en gran manera las cosas de Cortés y que no era nada la fama que tiene de sus heroicos hechos para lo que ha visto y conocido de su persona y conversación y franqueza, y le representó otras gracias que en él había conocido y los servicios que le había hecho, y que le tenga por su muy gran servidor, y que a Su Majestad le haga sabidor de todo y le suplique que le haga mercedes. Y desque el comendador vió la carta de su mujer, se holgó con ella y como era el más privado que hobo ni habido en nuestros tiempos del emperador nuestro señor, llevóle la misma carta a Su Majestad, de gloriosa memoria, y de su parte le suplicó que en todo le favoreciese, y ansí Su Majestad lo hizo,

como adelante diré. Dijo el duque de Béjar y el almirante al mismo Cortés, como por pasatiempo, desque hobo llegado a la corte, que habían oído decir a Su Majestad, desque supo que era venido a Castilla, que tenía deseo de ver y conocer su persona de que tantos buenos servicios le ha hecho y de quien tantos males le han informado que hacía con mañas e astucias. Pues llegado Cortés a la corte, Su Majestad le mandó señalar posada. Pues por parte del duque de Béjar y del conde de Aguilar e otros grandes señores sus deudos le salieron a rescibir e se le hizo mucha honra, y otro día, con licencia de Su Majestad, fué a le besar sus reales pies, llevando en su compañía por intercesores, por más le honrar, al almirante de Castilla y al duque de Béjar y al comendador mayor de León; y Cortés, después de demandar licencia para hablar, se arrodilló en el suelo, y Su Majestad le mandó levantar, y luego representó sus muchos servicios y todo lo acaescido en las conquistas e ida de Honduras, y las tramas que hobo en México del fator y veedor; y recontó todo lo que llevaba en la memoria, y porque era muy larga relación y por no embarazar más a Su Majestad en otras pláticas, dijo: "Ya Vuestra Majestad estará cansado de me oír, y para un tan gran emperador y monarca de todo el mundo como Vuestra Majestad es, no es justo que un vasallo como yo tenga tanto atrevimiento, y mi lengua, no está acostumbrada hablar con Vuestra Majestad, podría ser que mi sentido no diga con aquel tan debido acato que debo todas las cosas acaescidas; aquí tengo este memorial, por donde Vuestra Majestad podrá ver, si fuere servido, todas las cosas muy por extenso como pasaron." Y entonces se hincó de rodillas para besarle los pies por las mercedes que fué servido hacelle en le haber oído. Y el emperador nuestro señor le mandó levantar, y el almirante y el duque de Béjar dijeron a Su Majestad que era dino de grandes mercedes; y luego le hizo marqués del Valle y le mandó dar ciertos pueblos, y aun le mandaba dar el hábito de Santiago; y como no se lo señalaron con renta, se calló por entonces, questo yo no lo sé bien de qué manera fué, y le hizo capitán general de la Nueva España y mar del Sur. Y Cortés se tornó a humillar para besalle sus reales pies, y Su Majestad le tornó mandar levantar. Y después de hechas estas grandes mercedes, desde ahí a pocos días que había llegado a Toledo adolesció Cortés, que llegó a estar tan al cabo que creyeron que se muriera, y el duque de Béjar y el comendador mayor, don Francisco de los Cobos, suplicaron a Su Majestad, que pues que Cortés tan grandes servicios le ha hecho, que le fuese a visitar antes de su muerte a su posada; y Su Majestad fué acompañado de duques, marqueses y condes y del don Francisco de los Cobos, y le visitó, que fué muy gran favor, y por tal se tuvo en la corte. Y después questuvo Cortés bueno, como se tenía por tan privado de Su Majestad, y el conde de Nasao le favorescía, y el duque de Béjar y el almirante, un domingo yendo a misa, ya Su Majestad estaba en la iglesia mayor, acompañado de duques, marqueses y condes, y estaban asentados en sus asientos, conforme al estilo y calidad que entre ellos se tenía por costumbre de se asentar, vino Cortés algo tarde a misa, sobre cosa pensada, y pasó delante de algunos de aquellos ilustrísimos señores, con su falda de luto alzada, y se fué asentar cerca del conde de Nasao, questaba su asiento más cercano a el emperador; y desque ansí lo vieron pasar de-

lante de aquellos grandes señores de salva, murmuraron de su gran presunción y osadía, y tuviéronle por desacato y que no se le había de atribuir a la pulicía de lo que dél decían; y entre aquellos duques y marqueses estaba el duque de Béjar y el almirante de Castilla y el conde de Aguilar, y respondieron que aquello no se le había de tener a Cortés a mal miramiento, porque Su Majestad, por le honrar, le había mandado que se fuese asentar cerca del conde Nasao, porque, demás de aquello que Su Majestad, mandó, que mirasen y tuviesen noticia que Cortés, con sus compañeros, había ganado tantas tierras que toda la cristiandad le era en cargo, y que ellos los estados que tenían que los habían heredado de sus antepasados, por servicios que habían hecho, y que por estar desposado Cortés con su sobrina, Su Majestad le mandaba honrar. Volvamos a Cortés, y diré que viéndose tan sublimado en privanza con el emperador nuestro señor y con el duque de Béjar y conde Nasao, y aun del almirante, e ya con título de marqués, comenzó a tenerse en tanta estima, que no tenía cuenta como era razón con quien le había favorescido y ayudado para que Su Majestad le diese el marquesado, que ni al cardenal fray García de Loaisa, ni a Cobos, ni a la señora doña María de Mendoza, ni a los del Real Consejo de Indias, que todos se le pasaba por alto, y todos sus cumplimientos eran con el duque de Béjar y conde Nasao y el almirante, creyendo que tenía muy entablado su juego con tener privanza con tan grandes señores, y comenzó a suplicar con mucha instancia a Su Majestad que le hiciese merced de la gobernación de la Nueva España, y para ello representó otra vez sus servicios, y que siendo gobernador entendía en descubrir por la mar del Sur islas y tierras muy ricas, y se ofresció con otros muchos cumplimientos, y aun les echó otra vez por intercesores al conde Nasao y al duque de Béjar y al almirante; y Su Majestad le respondió que se contentase, que le había dado el marquesado de más renta, y que también había de dar a los que le ayudaron a ganar la tierra, que eran merecedores dello, que pues que lo conquistaron que lo gocen. Y dende allí adelante comenzó a decaer de la gran privanza que tenía, porque, según dijeron muchas personas, el cardenal, que era presidente del Real Consejo de Indias, y los más señores dél habían entrado en consulta con Su Majestad sobre las cosas e mercedes de Cortés, y les paresció que no fuese gobernador. Otros dijeron quel comendador mayor y la señora doña María de Mendoza le fueron algo contrarios, pues que no hacía cuenta dellos. Ora sea por lo uno o lo otro, el emperador nuestro señor no le quiso más oír, por más que le importunaban sobre la gobernación. Y en este instante se fué Su Majestad a embarcar en Barcelona para pasar a Flandes, e fueron acompañándole muchos duques y marqueses y condes y grandes señores, y ansimismo fué Cortés hasta Barcelona, ya con título de marqués, y siempre echaba por intercesores aquellos duques y marqueses para suplicar a Su Majestad que le diese la gobernación; y Su Majestad respondió al conde Nasao que no le hablasen más en aquel caso, porque ya le había dado un marquesado que tenía más renta del que el del conde Nasao tenía con todo su estado. Dejemos a Su Majestad embarcado con buen viaje y vamos a Cortés y algunas de las grandes fiestas que se hicieron a sus velaciones, y de las ricas joyas que dió a la señora doña Juana de Zúñiga, su

mujer, y tales que, según dijeron quien las vió y las riquezas dellas, que en Castilla no se habían dado más estimadas, y de algunas dellas la serenísima emperatriz doña Isabel nuestra señora tuvo voluntad de las haber, según lo que dellas le contaban los lapidarios, y aun dijeron que ciertas piedras que Cortés le hobo presentado, que se descuidó o no quiso dalle de las más ricas, como las que dió a la señora doña Juana de Zuñiga, su mujer. Quiero dejar de traer a la memoria otras cosas que a Cortés acaescieron en Castilla en el tiempo questuvo en la corte, y fué que triunfaba con mucha alegria, y según dijeron personas que vinieron de allá, questaban en su compañía, que hobo fama que la serenísima emperatriz doña Isabel nuestra señora no estaba tan bien en los negocios de Cortés como al principio que llegó a la corte, que alcanzó a saber que había sido ingrato al cardenal y Real Consejo de Indias, y aun con el comendador mayor de León, y con la señora doña María de Mendoza, y alcanzó a saber que tenía otras muy ricas piedras mejores que las que le hobo dado, y con todo esto que le informaron mandó a los del Real Consejo de Indias que en todo fuese ayudado, y entonces capituló Cortés que enviaría por ciertos años, que no se que tiempo por la mar del Sur dos navíos de armada bien bastecidos y con sesenta soldados y capitanes con todo género de armas a su costa, a descubrir islas y otras tierras, y que de lo que descubriese le haría ciertas mercedes, a las cuales capitulaciones me remito, porque ya no se me acuerdan; e también en aquel instante estaba en la corte don Pedro de la Cueva, comendador mayor en Alcántara, hermano del duque de Alburquerque, porqueste caballero fué el que Su Majestad había mandado que fuese a la Nueva España con gran copia de soldados a cortar la cabeza a Cortés si le hallase culpado y a otras cualesquier personas que hobiesen hecho alguna cosa en deservicio de Su Majestad; y desque vió a Cortés y supo que Su Majestad le había hecho marqués y sería casado con la señora doña Juana de Zúñiga, se holgó mucho dello, y se comunicaban cada día el don Pedro de la Cueva con el marqués don Fernando Cortés, y dijo al Cortés que si por ventura fuera a la Nueva España y llevara los soldados que Su Majestad le mandaba, que por más leal y justificado que le hallase, que por fuerza había de pagar la costa de los soldados, y aun su ida, que serían más de trescientos mill pesos, y que lo hizo mejor de venir ante Su Majestad; y porque tuvieron otras muchas pláticas que aquí no relato, las cuales de Castilla nos escribieron personas que se hallaron presentes a ellas y de todo lo más por mí memorado en el capítulo que dello habla, demás desto, nuestros procuradores lo escribieron por capítulos, y aun el mesmo marqués escribió de los grandes favores que de Su Majestad alcanzó, y no declaró la causa por qué no le dieron la gobernación. Dejemos desto y digo que dende ahí a pocos días después que fué marqués envió a Roma a besar los santos pies de nuestro Santo Padre el papa Clemente, porque Adriano, que hacía por nosotros, ya había fallescido tres o cuatro años había, y envió por su embajador a un hidalgo que se decía Juan de Herrada, y con él envió un rico presente de piedras ricas y joyas de oro y dos indios maestros de jugar el palo con los pies, y le hizo relación de su llegada a Castilla, y de las tierras que había ganado, y de los servicios que

hizo a Dios primeramente y a nuestro gran emperador, y le dió toda relación por un memorial de las tierras cómo son muy grandes y la manera que en ellas hay, y todos los indios eran idólatras y que se han vuelto cristianos, y otras muchas cosas que se convenían decir a nuestro Santo Padre; y porque yo no lo alcancé a saber tan por extenso como en la carta iba, lo dejaré aquí descrebir, y aun esto que aquí digo después lo alcanzamos a saber del mismo Juan de Herrada, desque vino de Roma a la Nueva España, e supimos que enviaba a suplicar a nuestro muy Santo Padre que se quitasen parte de los diezmos. Y para que bien entiendan los curiosos letores, este Juan de Herrada fué un buen soldado que hobo ido en nuestra compañía a lo de Honduras cuando fué Cortés, y después que vino de Roma fué al Perú y le dejó don Diego de Almagro por ayo de su hijo don Diego "el Mozo", y éste fué tan privado de don Diego de Almagro, el capitán de los que mataron a don Francisco Pizarro "el Viejo", y después maestre de campo de Almagro "el Mozo", y se halló en dar la batalla a Vaca de Castro, cuando desbarataron al don Diego de Almagro "el Mozo". Volvamos a decir lo que le aconteció en Roma al Juan de Herrada. Que después que fué a besar los santos pies de Su Santidad y presentó los dones que Cortés le envió y los indios que traían el palo con los pies, Su Santidad lo tuvo en mucho y dijo que daba gracias a Dios que en su tiempo tan grandes tierras se hobiesen descubierto y tantos números de gentes se hobiesen vuelto a nuestra santa fe, y mandó hacer procesiones y que todos diesen loores e gracias por ello a Dios, y dijo que Cortés y todos sus soldados habíamos hecho grandes servicios a Dios primeramente y al emperador don Carlos nuestro señor y a toda la cristiandad, y que éramos dinos de grandes mercedes, y entonces nos envió bula para nos salvar a culpa y a pena de todos nuestros pecados, y otras indulgencias para los hospitales e iglesias, con grandes perdones, e dió por muy bueno todo lo que Cortés había hecho en la Nueva España, según y conforme a lo que había hecho su antecesor el papa Adriano, y escribió a Cortés en respuesta de su carta, y lo que en ella se contenía yo no lo sé, porque, como dicho tengo, deste Juan de Herrada y de un soldado que se decía Campo, que volvieron desde Roma, alcancé a saber lo que aquí escribo, porque, según dijeron, después que hobo estado en Roma diez días y habían los indios maestros de jugar con el palo con los pies delante de Su Santidad y los sacros cardenales, de que se holgaron mucho de lo ver, Su Santidad le hizo merced a Juan de Herrada de le hacer conde palatino, y le mandó dar cierta cantidad de ducados para que se volviese y una carta de favor para el emperador nuestro señor que le hiciese su capitán y le diese buenos indios de encomienda. Y como Cortés ya no tenía mando en la Nueva España y no le dió cosa ninguna de lo quel Santo Padre mandaba, se pasó al Perú, donde fué capitán.

CAPITULO CXCVI

Cómo entretanto que Cortés estaba en Castilla con título de marqués vino la Real Audiencia a México y en lo que entendió.

Pues estando Cortés en Castilla con título de marqués, en aquel instante llegó la Real Audiencia a México, según Su Majestad lo había mandado, como dicho tengo en el capítulo que dello atrás habla, y vino por presidente Nuño de Guzmán, que solía estar por gobernador en Pánuco, y cuatro licenciados por oidores; los nombres dellos se decían: Matienzo, decían que era natural de Vizcaya o cerca de Navarra; y Delgadillo, de Granada, y un Maldonado, de Salamanca: no es éste el licenciado Alonso Maldonado "el Bueno", que fué gobernador de Guatimala, y vino el licenciado Parada, que solía estar en la isla de Cuba; y ansí como llegaron estos cuatro oidores a México, después que les hicieron gran recibimiento en la entrada de la ciudad, en obra de quince o veinte días que habían llegado se mostraron muy justificados en hacer justicia, y traían los mayores poderes que nunca a la Nueva España después trujeron visorreyes ni presidentes, y era para hacer el repartimiento perpetuo y anteponer a los conquistadores y hacelles muchas mercedes, porque ansí se lo mandó Su Majestad; y luego hacen saber de su venida a todas las ciudades y villas que en aquella sazón estaban pobladas en la Nueva España para que envíen procuradores con las memorias y copias de los pueblos de indios que hay en cada provincia para hacer el repartimiento perpetuo, y en pocos días se juntaron en México los procuradores de todas las ciudades y villas, y aun de Guatimala, y otros muchos conquistadores, y en aquella sazón estaba yo en la ciudad de México por procurador y síndico de la villa de Guazacualco, donde en aquel tiempo era vecino, y como vi lo que el presidente y oidores mandaron, fuí en posta a nuestra villa para eligir, quien habían de venir por procuradores para hacer el repartimiento perpetuo, y desque llegué hobo muchas contrariedades en eligir los que habían de venir, porque unos vecinos querían que viniesen sus amigos y otros no lo consentían, y por votos hobimos de salir elegidos el capitán Luis Marín e yo. Pues llegados a México demandamos todos los procuradores de las más villas y ciudades que se habían juntado el repartimiento perpetuo, según Su Majestad mandaba, ya en aquella sazón estaba trastrocado el Nuño de Guzmán, y el Matienzo, y Delgadillo, porque los otros dos oidores, que fueron Maldonado y Parada, luego que aquella ciudad llegaron fallecieron de dolor de costado, y si allí estuviera Cortés, según hay maliciosos, también le infamaran y dijeran quél los había muerto. Y volviendo a nuestra relación, quien fué causa de los mudar el propósito que no hiciesen el repartimiento según Su Majestad mandaba, dijeron muchas personas, que lo entendieron muy bien, fué el fator Salazar, porque se hizo tan íntimo amigo del Nuño de Guzmán y de Delgadillo, que no se hacía otra cosa sino lo que mandaba, y tal como el consejo dijeron, en qué paró todo, y lo que aconsejaron fué que no hiciese el repartimiento per-

petuo por vía ninguna, porque si lo hacía que no serían tan señores ni los ternían en tanto acato los conquistadores e pobladores, con decir que no les podía dar ni quitar más indios de los que entonces les diese, y de otra manera que los ternía siempre debajo de su mano y podía dar y quitar a quien quisiera, y serían muy ricos y poderosos; también trataron entrel fator y Nuño de Guzmán y Delgadillo que fuese el mesmo fator a Castilla por la gobernación de la Nueva España para Nuño de Guzmán, porque ya sabían que Cortés no tenía tanto favor con Su Majestad como al principio que fué a Castilla, e no se la habían dado por más intercesores que echó ante Su Majestad para que se la diesen. Pues ya embarcado el fator en una nao que llamaban *La Sornosa,* dió al través con gran tormenta en la costa de Guazacualco y se salvó en un batel, y volvió a México, y no hobo efeto su ida a Castilla. Dejemos desto y diré en lo que entendieron luego que a México llegaron, ansí el Nuño de Guzmán, y Matienzo, y Delgadillo, fué en tomar residencia al tesorero Alonso de Estrada, la cual dió muy buena, y si se mostrara tan varón como creímos que lo fuera, él se quedara por gobernador, porque Su Majestad no le mandaba quitar la gobernación; antes, como dicho tengo en el capítulo pasado, había venido mandado, pocos meses había, de Su Majestad que gobernase solo el tesorero, y no juntamente con el Gonzalo de Sandoval, ya otras veces por mí memorado, y dió por muy buenas las encomiendas que había de antes dado, y al Nuño de Guzmán no le nombraban en las provisiones más de por presidente y repartidor juntamente con los oidores. Y demás desto, si se pusiera de hecho en tener la gobernación en sí, todos los vecinos de México y los conquistadores que en aquella sazón estábamos en la ciudad le favoresciéramos, pues víamos que Su Majestad no le quitaba del cargo que tenía; y demás desto, vimos en el tiempo que gobernó hacía justicia y tenía mucha voluntad y buen celo de cumplir lo que Su Majestad mandaba; y dende a pocos días falleció de enojo dello. Dejemos de hablar en esto, y diré en lo que luego entendió la Audiencia Real, e fué en ser muy contrarios a las cosas del marqués, y enviaron a Guatimala a tomar residencia al Jorge de Alvarado, y vino un Orduña "el Viejo", natural de Tordesillas, y lo que pasó en la residencia yo no lo sé. Y luego ponen en México muchas demandas a Cortés por vía de fiscal, y el fator Salazar, en sí mismo, le puso otras demandas, y en los escritos que daban en los estrados eran con muy gran desacato y palabras muy mal dichas; lo que en los escritos decían era que Cortés era tirano y traidor, y que había hecho muchos deservicios a Su Majestad, y otras muchas cosas feas y tan malas, que el licenciado Juan Altamirano, ya por mí otra vez nombrado, que era la persona que Cortés hobo dejado su poder cuando fué a Castilla, se levantó en pie, con su gorra quitada, en los mismos estrados, y dijo al presidente y oidores con mucho acato que suplicaba a Su Alteza que mandasen al fator Salazar que en los escritos que diese que sea bien mirado, y que no le consientan que diga del marqués, pues es buen caballero y tan gran servidor de Vuestra Alteza, tan malas y feas palabras, e que demande su justicia como debe. Y no aprovechó cosa ninguna en lo quel licenciado Altamirano allí en los estrados les suplicó, en ello, después para nombrarle el Nuño de Guzmán e Delgadillo lo debían obligar a ello, porque para otro día tuvo el

fator otros más feos escritos, y fué la cosa de tal manera, quel licenciado Altamirano y el fator allí delante del presidente y oidores, sobre los escritos, vinieron a palabras muy feas e sentidas que entrellos dijeron, y el Altamirano echó mano a un puñal para el fator, y le iba a dar si no se abrazaran con él Nuño de Guzmán y Matienzo y Delgadillo; y luego toda la ciudad revuelta, y luego llevaron preso a las atarazanas al licenciado Altamirano, y al fator a su posada, y los conquistadores fuimos al presidente a suplicar por el Altamirano, y dende a tres días le sacaron de la prisión y les hicimos amigos con el fator. Dejemos este ruido, que ya estaba pacificado y hechos amigos, y pasemos adelante. Que hobo luego otra tormenta mayor, y fué que en aquella sazón había aportado allí a México un deudo del capitán Pánfilo de Narváez, el cual se decía Zaballos, que le enviaba desde Cuba su mujer del Narváez, la cual se decía María de Valenzuela, en busca de su marido, Narváez, que había ido por gobernador al río de Palmas, porque ya tenía fama que era perdido o muerto, y trujo su poder para haber sus bienes do quiera que los hallase, y también creyendo que había aportado a la Nueva España; y como llegó a México este Zaballos secretamente, según el Zaballos dijo, y ansí fué fama, el Nuño de Guzmán y el Matienzo y Delgadillo le hablaron para que ponga demanda y dé queja de todos los conquistadores que fuimos juntamente con Cortés en desbaratar al Narváez, y se le quebró el ojo y se quemó su hacienda, y también demandó la muerte de los que allí murieron; y el Zaballos dada su queja como se lo mandaron y grandes informaciones dello, prendieron a todos los más conquistadores que en aquella ciudad nos hallamos, que en las probanzas vieron que fueron en ello, que pasaron más de trecientos y cincuenta, y a mí también me prendieron, y nos sentenciaron en ciertos pesos de oro de tipuzque, y nos desterraron cinco leguas de México, y luego nos alzaron el destierro, y aun muchos de nosotros no nos demandaron dinero de la sentencia porque era poca cosa. Y tras esta tormenta ponen a Cortés otra demanda las personas que mal le querían, y fué que se había alzado con mucho oro y joyas y plata de gran valía que se hobo en la toma de México, y aun la recámara de Guatemuz, y que no dió parte dello a los conquistadores sino a ochenta pesos, y que en su nombre lo envió a Castilla diciendo que servía a Su Majestad con ello, y que se quedó con la mayor parte dello, que no lo envió todo, y eso que envió que lo robó en la mar un Juan Florín, francés, cosario, que fué el que ahorcaron en el Puerto el Pico, como dicho tengo en los capítulos pasados, y que era obligado el Cortés a pagar todo aquello quel Juan Florín robó, y más lo que escondió, y le pusieron otras demandas; y en todas le condenaban que lo pagase de sus bienes, e se los vendían, y también tuvieron manera y concertaron para que un Juan Juárez, cuñado de Cortés, ya por mí otras veces memorado, demandase públicamente en los estrados la muerte de su hermana doña Catalina Juárez "la Marcaida", la cual demandó en los estrados como se lo mandaron, y presentó testigos cómo y de qué manera dicen que fué su muerte. Y luego tras esto hobo otro embarazo, y fué que como le pusieron a Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatemuz y del oro y plata que se hobo en México, muchos de los que éramos amigos de Cortés nos juntamos, con licencia de un alcalde ordinario, en casa de un

García Holguín, y firmamos que no queríamos parte de aquellas demandas del oro ni de la recámara ni por nuestra parte fuese compelido Cortés a que pagase ninguna cosa dello, e decíamos que sabíamos cierto y claramente que lo enviaba a Su Majestad, y lo hobimos por bueno hacer aquel servicio a nuestro rey y señor. Y desque el presidente y los oidores vieron que dimos peticiones sobrello, nos mandan prender a todos diciendo que sin su licencia no nos habíamos de juntar ni firmar cosa ninguna, y desque vieron la licencia del alcalde, puesto que nos destarron de México cinco leguas, luego nos le alzaron, y todavía lo rescebíamos por grandes molestias y agravios. Y luego tras esto se pregonó que todos los que venían de linaje de judíos o de moros que hobiesen quemado o ensanbenitado por la Santa Inquisición, en el cuarto grado, a sus padres o abuelos, que dentro de seis meses saliesen de la Nueva España, so pena de perdimiento de la mitad de sus bienes, y en aquel tiempo vieran el acusar que acusaban unos a otros, y el infamar que hacían, y no salió de la Nueva España sino solos dos, el uno era mercader de la Veracruz y el otro era un escribano de México. Y desde a un año trujo licencia el escribano para estar en la Nueva España, e casó una hija que trujo de Castilla, y con todas estas cosas que hacían muy con fundamento porque alegó que había servido a Su Majestar, presidente y oidores, no eran tan ejecutivos que lo llevaban con rigor, ni sentenciaban sino en muy pocos pesos de un oro bajo que se dice tepuzque, y aun lo dejaban de cobrar, que no lo pagaban, y para los conquistadores eran tan buenos y cumplían lo que Su Majestad mandaba en cuanto al dar indios a los verdaderos conquistadores; que a ninguno dejaban de dar indios e de lo que vacaba, y les hacían muchas mercedes; lo que les echó a perder fué la demasiada licencia que daban para herrar esclavos [1], porque daban licencias a los muertos y las vendían los criados del Nuño de Guzmán y del Delgadillo y Matienzo; pues en lo de Pánuco herráronse tantos que aina despoblaran aquella provincia. Y demás desto, como no residían en sus oficios ni se sentaban en los estrados todos los días que eran obligados y se andaban en banquetes y tratando en amores y en mandar echar suertes, y que para ello se embarazaban algunos dellos [1]; y el Nuño de Guzmán, que era franco y de noble condición, envió en aguinaldo una cédula de un pueblo que se dice Guazpaltepeque al contador Albornoz, que había pocos días volvió de Castilla, e vino casado con una señora que se decía doña Catalina de Loaisa, y aun trujo el Rodrigo de Albornoz licencia de Su Majestad para hacer un ingenio de azúcar en un pueblo que se dice Cenpoal, el cual pueblo en pocos años destruyó. Volvamos a nuestro cuento. Que como el Nuño de Guzmán hacía aquellas franquezas y herraba tantos indios por esclavos, e hizo muchas molestias a Cortés, y del licenciado Delgadillo decían que hacía dar indios a personas que le acudían con cierta renta, y hacía compañías, y también porque puso por alcalde mayor en la villa de Guaxaca a un su hermano, que se decía Berrio, y le hallaron que el hermano llevaba cohechos y hacía muchos agravios a los vecinos, y también se

(1) Testado en el original: "porque si mucho duraran en el cargo, la Nueva España se destruyera".

(1) Tachado en el original: "muchos días en ello".

halló que en la villa de los Zapotecas puso otro teniente que se decía Delgadillo como él, que también se halló llevaba cohechos y hacía sinjusticia, y el licenciado Matienzo era viejo, pusiéronle que era vicioso de beber mucho vino, y que iba muchas veces a las huertas hacer banquetes y llevaba consigo tres o cuatro hombres alegres que bebían bien, y desque todos estaban como convenía e asidos, que tomaba uno dellos una bota con vino y que desde lejos hacía con la misma bota huichucho, como cuando llaman al señuelo a los gavilanes, y el viejo iba como desalado a la bota e la empinaba e bebía della; y también se le pusieron por cargos que toda la semana y algunos días de fiestas se les iba en mandar echar suertes, y que el mismo Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo eran jueces dello, y que más querían estar en las suertes que en los estrados, y aun sospecharon que salían muchas suertes a quien ellos querían ser aficionados, y fueron tantas quejas que dellos decían con probanzas, y aun cartas de los perlados e religiosos, que viendo Su Majestad y los señores de su Real Consejo de Indias las informaciones y cartas que contra ellos fueron, mandó que luego sin más vacilaciones se quitase redondamente toda la Audiencia Real y los castigasen, y pusiesen otro presidente y oidores que fuesen de ciencia y buena concencia y rectos en hacer justicia, y mandó que luego fuesen a la provincia de Pánuco a saber qué tantos mill esclavos habían herrado, y fué el mismo Matienzo, por mandado de Su Majestad, que a este viejo oidor le hallaron con menos cargos y mejor juez que a los demás; y demás desto, luego se dieron por ningunas las cédulas que habían dado para herrar esclavos, y se mandó quebrar todos los hierros con que herraban, y que desde allí adelante no hiciesen más esclavos, y aun se mandó hacer memoria de los que había en toda la Nueva España para que no se vendiesen ni se sacasen de una provincia a otra. Y demás desto mandó que todos los repartimientos y encomiendas de indios que habían dado el Nuño de Guzmán y los demás oidores a deudos y paniaguados, o a sus amigos o a otras personas, que no tenían méritos, que luego, sin haber más oídos, se los quitasen y los diesen a las personas que Su Majestad había mandado que los hobiesen. Quiero traer aquí a la memoria qué de pleitos y debates hobo sobre este tornar a quitar los indios de encomienda que les habían dado el Nuño de Guzmán juntamente con los oidores: unos alegaban ser conquistadores, no lo siendo; otros pobladores de tantos años, y que si entraban o salían en casa del presidente y oidores, que era para le servir y honrar y acompañar y hacer lo que por ellos les fuese mandado en cosas que fuesen cumplideras al servicio de Su Majestad, y que no entraban en sus casas por criados ni paniaguados, y cada uno defendía y alegaba lo que más a su provecho convenía y podía, y fué de tal manera la cosa, que a pocos de los que les habían dado los indios se los tornaron a quitar, si no fué a los que aquí diré: el pueblo de Guazpalteque, al contador Rodrigo de Albornoz, que lo hobo enviado como aguinaldo el Nuño de Guzmán, y también los quitaron a un Villarroel, marido que fué de Isabel de Ojeda, otro pueblo de Cornavaca, y también los quitaron a un mayordomo del Nuño de Guzmán, que se decía Villegas, y a otros deudos y criados de los mesmos oidores, y otros se quedaron con ellos. Pues como se supo esta nueva en México, que vino de Cas-

tilla, que les quitaban redondamente toda la Audiencia Real, en lo que entendieron el Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo fué luego enviar procuradores a Castilla para abonar sus cosas con probanzas de testigos que ellos quisieron tomar como quisieron, para que dijesen que eran muy buenos jueces y que hacían lo que Su Majestad les mandaba, y otros abonos que les convenía decir para que en Castilla los diesen por buenos jueces. Pues para elegir a las personas que habían de ir con los poderes, ansí para que procurasen por ellos como para cosas que convenían aquella ciudad y Nueva España y a la gobernación della, mandaron que los juntásemos en la iglesia mayor todos los procuradores que teníamos poder de las ciudades y villas que en aquella sazón nos hallamos en México, y con nosotros juntamente algunos conquistadores, personas de cuenta, y por nuestros votos creyeron que eligíramos para que fuese por procurador a Castilla al fator Salazar, porque, como ya he dicho otra vez, puesto quel Nuño de Guzmán y el Matienzo y Delgadillo hacían algunos desatinos, ya tras por mí memorados, por otra parte eran tan buenos para todos los conquistadores y pobladores, que nos daban de los indios que vacaban, y con esta confianza creyeron que votáramos por el fator, que era la persona que ellos querían enviar en su nombre. Pues como nos hobimos juntado en la iglesia mayor de aquella ciudad, como nos fué mandado, eran tantas las voces y tabara y behetría que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efeto, que se entraron por fuerza en la iglesia, que aunque les mandábamos salir fuera della no querían ni aun callar; en fin, como cosa de comunidad, dan voces. Y desque aquello vimos nos salimos de la iglesia los que estábamos allí que lo habíamos de votar, y fuimos a decir al presidente y oidores que para otro día lo dejabamos y que en casa del mesmo presidente, donde hacían la Real Audiencia, eligiríamos a quien viésemos que convenía, y después nos pareció que solamente querían nombrar personas amigos del Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo, acordamos que se eligiese una persona por parte de los mismos oidores e otra por la parte de Cortés, y fueron nombrados a Bernaldino Vázquez de Tapia por la parte de Cortés, y por la parte de los oidores a un Antonio Caravajal, que fué capitán de bergantines; mas a lo que entonces a mí me pareció, así el Bernaldino Vázquez de Tapia como el Caravajal eran aficionados a las cosas del Nuño de Guzmán mucho más que a las de Cortés, y tenían razón, por que ciertamente nos hacían más bien y cumplían algo de lo que Su Majestad mandaba en dar indios, que no Cortés, puesto que los pudiera dar muy mejor que todos en el tiempo que tuvo el mando; mas como somos tan leales los españoles que por haber sido Cortés nuestro capitán le teníamos afición más que él tuvo voluntad de nos hacer bien, habiéndoselo mandado Su Majestad, pudiendo cuando era gobernador. Pues ya eligidos los por mí memorados, sobre los capítulos que habían de llevar hobo otras contiendas, porque decían al presidente que era cumplidero al servicio de Dios y de Su Majestad, y con parecer de todos los procuradores, que no volviese Cortés a la Nueva España, porquestando en ella siempre habría bandos y revueltas, y que no habría buena gobernación, y por ventura se alzaría con ella, y todos los más procuradores lo contradecíamos, y que era muy leal y gran servidor de Su

Majestad. Y en aquella sazón llegó don Pedro de Alvarado a México, que había venido de Castilla, y traía la gobernación de Guatimala, e adelantado y comendador de Santiago, e casado con una señora que se decía doña Francisca de la Cueva, y fallesció aquella señora ansí como llegó a la Veracruz. Pues, como dicho tengo, llegado a México con mucho luto él y todos sus criados, y desque entendió los capítulos que enviaban por parte del presidente y oidores, túvose orden quel mismo adelantado, con los demás procuradores y algunos conquistadores, escribiésemos a Su Majestad todo lo que la Audiencia Real intentaba. Y como fueron los procuradores por mí ya nombrados a Castilla con los recaudos y capítulos que habían de pedir, y los del Real Consejo de Indias conocieron que todo iba guiado contra Cortés por pasión, no quisieron hacer cosa que conviniese al Nuño de Guzmán ni a los de más oidores, porque estaba ya mandado por Su Majestad que de hecho le quitasen el cargo, y también en este instante Cortés estaba en Castilla, que en todo les fué muy contrario, e volvía por su honra y estado, y luego se apercibió Cortés para venir a la Nueva España con la señora marquesa su mujer, y casa. Y entretanto que viene diré cómo Nuño de Guzmán fué a poblar una provincia que se dice Jalisco, y acertó en ello muy mejor que Cortés en lo que envió a descubrir, como adelante verán.

CAPITULO CXCVII

Cómo Nuño de Guzmán supo, por cartas que le vinieron de Castilla, que había mandado Su Majestad que le quitasen de presidente a él y a los oidores, y viniesen otros en su lugar, acordó de ir a pacificar y conquistar la provincia de Jalisco, que agora se dice la Nueva Galicia.

Pues como Nuño de Guzmán supo por cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser presidente a él y a los oidores, e venían otros oidores, y como en aquella sazón todavía era presidente el Nuño de Guzmán, allegó todos los más soldados que pudo, así de a caballo como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él a la provincia que le dicen de Jalisco, y los que no querían ir de grado apremiábalos que fuesen de grado o por fuerza, o habían de dar dineros a otros soldados que fuesen en su lugar, y si tenían caballos se los tomaban, y, cuando mucho, no les pagaban sino la mitad menos de lo que valían, y los vecinos ricos de México ayudaron con lo que podían [1]; y llevó muchos indios mexicanos cargados y otros de guerra para que le ayudasen, y por los pueblos que pasaba con su fardaje haciales grandes molestias, y fué a la provincia de Mechuacán, que por allí era su camino, y tenían los naturales de aquella provincia, de los tiempos pasados, mucho oro, que aunque era bajo, porquestaba revuelto con plata, le dieron cantidad dello, y porquel Cazoncín, que era el mayor cacique de aquella provincia, que

(1) Testado en el original: "por fuerza o de grado".

ansí se llamaba, no le dió tanto oro como le demandaba, el Nuño de Guzmán le atormentó y quemó los pies, y porque le demandaba indios e indias para su servicio, y por otras trancanillas que le levantaron al pobre cacique, le ahorcó, que fué una de las malas y feas cosas que presidente ni otras personas podían hacer, y todos los que iban en su compañía se lo tuvieron a mal e a crueldad, y llevó de aquella provincia muchos indios cargados hasta donde pobló la ciudad que agora llaman Santiago de Compostela, con harta costa de la hacienda de Su Majestad y de los vecinos de México que llevó por fuerza. Y porque yo no me hallé en aquesta jornada [1] se quedará aquí; mas sé cierto que Cortés ni Nuño de Guzmán jamás se hobieron bien, y también sé que siempre se estuvo en aquella provincia el Nuño de Guzmán hasta que su Majestad mandó que enviasen por él a Jalisco a su costa y le trujesen a México preso, a dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la Real Audiencia; que nuevamente en aquella sazón vino, le pusiesen a pedimento de Matienzo y Delgadillo, Quiérolo dejar en este estado, y diré cómo llegó la Real Audiencia a México y lo que hizo.

CAPITULO CXCVIII

Cómo llegó la Real Audiencia a México y lo que se hizo muy justificadamente.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo Su Majestad mandó quitar toda la Real Audiencia de México y dió por ningunas las encomiendas de indios que habían dado el presidente y oidores que en ellas residían; porque los daban a sus deudos y paniaguados y otras personas que no tenían méritos, mandó Su Majestad que se los quitasen y los diesen a los conquistadores questaban con pobres repartimientos, y porque tuvieron noticia que no hacían justicia ni cumplieron sus reales mandos, se mandó venir otros oidores que fuesen personas de cencia y de concencia, y les encargó que en todo hiciesen justicia, y por presidente vino don Sebastián Ramírez de Villaescusa, que en aquella sazón era obispo de Santo Domingo, y cuatro licenciados por oidores. que se decían: el licenciado Alonso Maldonado, de Salamanca, y el licenciado Zainos, de Toro o de Zamora, y el licenciado Vasco de Quiroga, de Madrigal, que después fué obispo de Mechuacán, y el licenciado Salmerón, de Madrid. Y primero llegaron a México los oidores que viniese el obispo de Santo Domingo, y se les hizo dos grandes rescibimientos, ansí a los oidores, que vinieron primero, como al presidente, que vino de ahí a pocos días; y luego mandan pregonar residencia general, y de todas las ciudades y villas vinieron muchos vecinos y procuradores, y aun caciques y principales, y dan tantas quejas del presidente y oidores pasados, de agravios y cohechos y sinjusticias, que les habían hecho, questaban espantados el presidente y oidores que les tomaban residencia. Pues los procuradores de Cor-

(1) Tachado en el original: "ni sé lo que más pasó".

tés pónenles tantas demandas de los bienes y hacienda que le hicieron vender en las almonedas, como dicho tengo antes de agora, que si todo en lo que les condenaba hobieran de pasar, montaba sobre docientos mill pesos de oro. Y como el Nuño de Guzmán estaba en Jalisco y no quería venir a la Nueva España a dar su residencia, respondía el Delgadillo y Matienzo, en la residencia que les tomaba, que todas aquellas demandas que les ponían eran a cargo del Nuño de Guzmán, que como presidente lo mandaba de hecho, y no era a su cargo, y que mandasen enviar por él que venga a México a descargarse de los cargos que le ponen. Y puesto que ya había enviado a Jalisco la Real Audiencia provisiones para que pareciese personalmente en México, no quiso venir; y el presidente y oidores, por no alborotar la Nueva España disimularon la cosa y hacen sabidor dello a Su Majestad, y luego enviaron sobrello el Real Consejo de Indias a un licenciado que se decía Fulano de la Torre, natural de Badajoz, para que le tomase residencia en la provincia de Jalisco y para que le traiga preso a México, y que le eche preso en la cárcel pública; y trujo comisión para que nos pagase el Nuño de Guzmán todo en lo que nos sentenció a los conquistadores sobre lo de Narváez, y lo de las firmas cuando nos echaron presos, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla. Y dejaré apercibiendo a este licenciado de la Torre para venir a la Nueva España, y diré en qué paró la residencia. Y es que al Delgadillo y a Matienzo les vendieron sus bienes para pagar las sentencias que contra ellos dieron y los echaron presos en la cárcel pública por lo que más debían que no alcanzó a pagar con sus bienes; y a un hermano de Delgadillo, que se decía Berrio, questaba por alcalde mayor en Guaxaca, hallaron contra él tantos agravios y cohechos que había llevado, que le vendieron sus bienes para pagar a quien los había tomado, y le echaron preso por lo que no alcanzaba, y murió en la cárcel; y otro tanto hallaron contra otro pariente del Delgadillo questaba por alcalde mayor en los Zapotecas, que también se llamaba Delgadillo como el pariente, y murió en la cárcel. Y ciertamente eran tan buenos jueces y rectos en hacer justicia los nuevamente venidos, que no entendian sino solamente en hacer lo que Dios y Su Majestad manda, y en que los indios conociesen que les favorescían y que fuesen bien dotrinados en la santa dotrina, y demás desto luego quitaron que no se herrasen esclavos e hicieron otras buenas cosas. Y como el licencio Salmerón y el licenciado Zainos eran viejos, acordaron de enviar a demandar licencia a Su Majestad para se ir a Castilla, porque ya habían estado cuatro años en México y estaban ricos y habían serbido bien en los cargos que trujeron. Su Majestad les envió la licencia después de haber dado residencia, que dieron muy buena. Pues el Presidente, don Sebastián Ramirez, obispo que en aquella sazón era de Santo Domingo, también fué a Castilla, porque Su Majestad le envió a llamar para se informar de las cosas de la Nueva España y para ponelle por presidente de la Real Chancillería de Granada, e desde a cierto tiempo le pasaron a Valladolid; y ansí como llegó le dieron el obispado de Túy, y dende a pocos días vacó el de León y se le dieron, y era presidente, como dicho tengo, en la chancillería de Valladolid, y en aquel instante vacó el obispado de Cuenca y se le dieron; por manera que se alcanzaban unas bulas a otras, y por ser buen juez vino a subir en el estado

que he dicho, y en esta sazón vino la muerte a llamarle, y paréceme a mí según nuestra santa fee, questá en la gloria con los bienaventurados, porque a los que conocí y comuniqué con él cuando era en México presidente, en todo era muy reto y bueno, y como tal persona había sido, antes que fuese obispo de Santo Domingo, inquisidor en Sevilla. Volvamos a nuestra relación, y diré del licenciado Alonso Maldonado, que Su Majestad le mandó que viniese a las provincias de Guatimala e Honduras y Nicaragua por presidente y gobernador, y en todo fué muy bueno y reto juez y gran servidor de Su Majestad, y aun tuvo título de adelantado de Yucatán por capitulación que tuvo hecha con su suegro, don Francisco de Montejo. Pues el licenciado Quiroga fué tan bueno, que le dieron el obispado de Mechuocán. Dejemos de contar destos prosperados por sus virtudes, y volvamos a decir del Delgadillo y Matienzo, que fueron a Castilla y a sus tierras muy pobres y no con buenas famas, y dende a dos o tres años dijeron que murieron. E ya en esta sazón había Su Majestad mandado que viniese a la Nueva España, por visorrey, el ilustrísimo y buen caballero y dino de loable memoria don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, y vinieron por oidores el dotor Quesada, natural de Ledesma, y el licenciado Tejada, de Logroño, y aun en aquel tiempo estaba por oidor el licenciado Maldonado, que aún no había ido a ser presidente de Guatimala, y también vino por oidor un licenciado anciano que se decía el licenciado Loaisa, natural de Ciudad Real, y como era hombre viejo estuvo tres o cuatro años en México, y allegó pesos de oro para irse a Castilla, y se volvió a su casa; y de ahí a poco tiempo vino un licenciado de Sevilla, que se decía el licenciado Santillana, que después fué dotor, y todos fueron muy buenos jueces, y después que se les hizo grandes rescibimientos en la entrada de aquella gran ciudad, se pregonó residencia general contra el presidente y oidores pasados, y todos los hallaron muy retos y buenos, y hacían conforme a justicia. Y volviendo a nuestra relación cerca del Nuño de Guzmán, que se estaba en Jalisco, y como el virrey don Antonio de Mendoza alcanzó a saber que Su Majestad mandó venir al licenciado de la Torre a tomarle residencia en Jalisco y a echalle preso en la cárcel pública, y hacer que pagase al marqués del Valle lo que se hallase deberle, y a los conquistadores también nos pagase en lo que nos sentenció sobre lo de Narváez, y por hacelle bien y porque no fuese molestado e afrentado, le envió a llamar que viniese luego a México sobre su palabra, y le señaló por posada sus palacios, y el Nuño de Guzmás ansí lo hizo, que se vino luego; y el virrey le hacía mucha honra y le favorescía y comía con él. Y en este instante llegó a México el licenciado de la Torre, que ya he nombrado, y como traía mandado de Su Majestad que luego echase preso a Nuño de Guzmán y que en todo hiciese justicia, puesto que primero lo comunicó con el virrey, y parece ser no halló tanta vo-

luntad para ello como quisiera, acordó de le sacar de la posada del virrey, adonde estaba, y decía a voces: "Esto manda Su Majestad; ansí se ha de hacer, y no otra cosa", y le llevó a la cárcel pública de aquella ciudad y estuvo preso ciertos días, hasta que rogó por él el mismo visorrey, que le sacaron de la cárcel, y como conoscieron en el de la Torre que traía recios aceros para no dejar de ejecutar la justicia y tomar residencia muy a las derechas al Nuño de Guzmán, y como la malicia humana muchas veces no deja cosa en que pueda infamar que no infame, parece ser que como el licenciado de la Torre era algo aficionado al juego especial de naipes, puesto que no jugaba sino al triunfo e a la primera por pasatiempo, quien quiera que fué por parte del Nuño de Guzmán, y como en aquel tiempo que usaban traer unos tabardos con mangas largas, en especial traían los juristas, metieron en una de las mangas del tabardo del licenciado de la Torre una baraja de naipes de los chicos, y ataron la manga de arte que no se pudiesen salir. Y en aquella sazón, yendo el licenciado por la plaza de México acompañado de personas de calidad, e quien quiera que fué en metelle los naipes en la manga tuvo manera que se le desató, y sálensele los naipes pocos a pocos, y dejó rastro dellos en el suelo en la plaza por donde iba; y las personas que le iban acompañando, desque le vieron salir de aquella manera los naipes (1), se lo dijeron que mirase lo que traía en la manga del tabardo; y desque el licenciado vió tan gran burla, dijo con gran enojo: "Bien parece que no quieren que yo haga justicia a las derechas; mas si no me muero, yo la haré de manera que Su Majestad sepa deste desacato que conmigo se ha hecho." Y dende a pocos días cayó malo, y de pensamiento dello o de otras cosas que ocurrieron, de calenturas murió. Y luego proveyó el Audiencia Real, juntamente con el virrey, del poder que traía el de la Torre a un hidalgo que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, y era muy íntimo amigo del visorrey, y todo se hizo de la manera quel Nuño de Guzmán quiso en la residencia que le tomaron. Este Francisco Vázquez Coronado fué dende a cierto tiempo por capitan a la conquista de Zibola, que en aquel tiempo llamaban las Siete Ciudades, y dejó en su lugar en la gobernación de Jalisco a un Cristóbal de Oñate, persona de calidad, y el Francisco Vázquez era recién casado con una señora hija del tesorero Alonso de Estrada, y demás de ser llena de virtudes era muy hermosa, y como fué aquellas ciudades de la Zibola, tuvo gana de volver a la Nueva España e a su mujer, y dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía que quiso remedar a Ulises, capitán greciano, que se hizo loco cuando estaba sobre Troya por venir a gozar de su mujer Penélope; ansí hizo Francisco Vázquez Coronado, que dejó la conquista que llevaba y le dió ramo de locura y se volvió a México a su mujer, y como se lo daban en cara de se haber vuelto de aquella manera, falleció dende a pocos días

(1) Testado en el original: "se iban riendo dello".

CAPITULO CXCIX

Cómo vino don Hernando Cortés, Marqués del Valle, de España, casado con la señora doña Juana de Zúñiga y con título de Marqués del Valle y capitán general de la Nueva España y de la mar del sur, y del rescibimiento que se le hizo.

Como había mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla e ya casado, como dicho tengo, y con título de marqués y capitán general de la Nueva España y de la Mar del Sur, tuvo gran deseo de se volver a la Nueva España, a su casa y estado e marquesado, y tomar posesión en su marquesado. Y como supo questaban en el estado que he dicho las cosas en México, se dió priesa e se embarcó con toda su casa en ciertos navíos, y, con buen tiempo que le hizo en la mar, llegó al puerto de la Veracruz, y se le hizo gran rescebimiento, y luego se fué por villas de su marquesado. Y llegado a México, se le hizo otro rescebimiento; mas no tanto como solía. Y en lo que entendió fué presentar sus provisiones de marqués y hacerse pregonar por capitán general de la Nueva España y de la mar del Sur, y demandar al virrey y Audiencia Real que le contasen sus vasallos. Y esto me parece a mí que vino mandado de Su Majestad para que se los contase, porque, a lo que yo entendí cuando le dieron el marquesado demandó a Su Majestad que le hiciese merced de ciertas villas y pueblos con tantos mill vecinos tributarios. Y porquesto yo no lo sé bien, remítome a los caballeros e a otras personas que saben mejor los pleitos que sobre ello se ha traído, porque tenía el marqués en el pensamiento, cuando demandó a Su Majestad aquella merced de los vasallos, que se habían de contar cada casa de vecino o cacique o principal de aquellas villas por un tributario, como si dijásemos agora que no se habían de contar los hijos varones que eran ya casados, ni yernos, ni otros muchos indios questaban en cada casa en servicio del dueño della, sino solamente que cada vecino un tributario, ora tuviese muchos hijos, o yernos, y otros allegados o criados; y la Audiencia Real de México proveyó que lo fuese a contar un oidor de la mesma Real Audiencia que se decía doctor Quesada. Y comenzó a contar desta manera: que el dueño de cada casa, por un tributario; y si tenía hijos de edad, cada hijo un tributario; y si tenía yernos, cada yerno un tributario; y los indios que tenía en su servicio, y aunque fuesen esclavos, cada uno contaban por un tributario; por manera que en muchas de las casas contaban diez y doce y quince y más tributarios; y Cortés tenía por sí, y así lo proponía y demandó a la Real Audiencia, que cada casa era un vecino y se había de contar sólo un tributario; y si cuando el marqués suplicó a Su Majestad le hiciese merced del marquesado le declarara, y le diera tal villa, y tal villa con los vecinos y moradores que tenía, Su Majestad le hiciera merced dellas; y el marqués creyó y tenía por cierto que demandando los vasallos, que acertaba en ello, y salióle al contrario. Por manera que nunca le faltaron pleitos, y a esta causa estuvo muy mal con las cosas del dotor Quesada, que se los fué a contar, y aun con el visorrey e Audiencia Real no le faltaron cosquillas. Y se hizo relación

dello a Su Majestad por parte de la Real Audiencia, para saber de la manera que se habían de contar, y estuvo suspenso el contar de los vasallos ciertos años, que siempre el marqués llevó sus tributos dellos sin haber cuenta. Volvamos a nuestra materia. Y desque esto pasó, de ahí a pocos días se fué desde México a una villa de su marquesado que se dice Cornavaca, y llevó a la marquesa, e hizo allí su asiento, que nunca más lo trujo a la ciudad de México; y demás desto, como dejó capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria, y con los del Real Consejo de Indias que había de enviar armadas por la mar del Sur a descubrir tierras nuevas adelante, y todo a su costa, comenzó hacer navíos en un puerto de una su villa que era en aquel tiempo del marquesado, que se dice Teguantepeque, y en otros puertos de Zacatula y Acapulco. Y las armadas que envió diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se le tornaba espinas; que muy mejor acertó Nuño de Guzmán, como adelante diré.

CAPITULO CC

De los gastos quel marqués don Hernando Cortés hizo en las armadas que envió a descubrir y cómo en todo lo demás no tuvo ventura.

E ha menester volver mucho atrás de mi relación para que bien se entienda lo que agora dijere. En el tiempo que gobernaba la Nueva España Marcos de Aguilar, por virtud del poder que para ello le dejó el licenciado Luis Ponce de León al tiempo que fallesció, según ya lo he declarado muchas veces, antes que Cortés fuese a Castilla envió el mismo marqués del Valle cuatro navíos que había labrado en una provincia que se dice Zacatula, bien bastecidos de bastimento y artillería, con buenos marineros y con docientos y cincuenta soldados, y mucho rescate de cosas de mercaderías y tarrabusterías de Castilla, y todo lo que era menester y vituallas, y pan biscocho para más de un año. Y envió en ellos por capitán general a un hidalgo que se decía Alvaro de Sayavedra Zerón, y su viaje y derrota fué para las islas de los Malucos y Especería, o la China, y esto fué por mandado de Su Majestad, que se lo hobo escrito a Cortés, desde la ciudad de Granada, en veinte y dos de junio de mill e quinientos y veinte y seis años. Y porque Cortés me mostró la mesma carta a mí e a otros conquistadores que le estábamos teniendo compañía, lo digo y declaro aquí. Y aun le mandó Su Majestad a Cortés que a los capitanes que enviase que fuesen a buscar una armada que había salido de Castilla para la China, e iba en ella por capitán un don fray García de Loayza, comendador de San Juan de Rodas. Y en esta sazón que se apercibían el Sayavedra para el viaje aportó a la costa de Teguantepeque un pataje que era de los que habían salido de Castilla con la armada del mismo comendador que dicho tengo, y venía en el mismo pataje por capitán un Ortuño de Lango, natural de Portugalete, del cual capitán e pilotos que en el pataje venían se informó Alvaro de Sayavedra Zerón de todo lo que quiso

saber, y aun llevó en su compañía a un piloto y a dos marineros, y se lo pagó muy bien por que volviesen otra vez con él, y tomó plática de todo el viaje que habían traído y de las derrotas que habían de llevar. Y después de haber dado las instrucciones y avisos que los capitanes y pilotos que van a descubrir suelen dar en sus armadas, y de haber oído misa e encomendarse a Dios se hicieron a la vela en el puerto de Ziguatanejo, ques en la provincia de Colimar o Zacatula, que no lo sé bien, y fué en el mes de diciembre, en el año de mill e quinientos y veinte y siete o veinte y ocho [1]. Y quiso Nuestro Señor Jesucristo encaminalles que fueren a los Malucos e a otras islas, y los trabajos y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi dende a tres años en México a un marinero de los que habían ido con el Sayavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron que yo mestaba admirado. Y éstas son las islas que agora van desde México con armada a descubrir e a tratar; y aun oí decir que los portugueses questaban por capitanes en ellas que prendieron al Sayavedra, o a gente suya, y que los llevaron a Castilla, o que tuvo dello noticia Su Majestad. Y como ha tantos años que pasó e yo no me hallé en ello más de, como dicho tengo, haber visto la carta que Su Majestad escribió a Cortés en esto, no diré más. Quiero decir agora cómo en el mes de mayo de mill e quinientos e treinta e dos años, después que Cortés vino de Castilla envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos, bien bastecidos con todo género de bastimentos, y marineros, los que eran menester, y artillería y rescate, y con ochenta soldados escopeteros y ballesteros, y envió por capitán general a un Diego Hurtado de Mendoza, y estos dos navíos envió a descubrir por la costa del Sur, a buscar islas y tierras nuevas, y la causa dello es porque, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así lo tenía capitulado con los del Real Consejo de Indias cuando Su Majestad se fué a Flandes. Y volviendo a decir del viaje de los dos navíos, fué que yendo el capitán Hurtado, sin ir a buscar islas, ni se meter mucho en la mar, ni hacer cosa que de contar sea, se apartaron de su compañía, amotinados, más de la mitad de los soldados que llevaba de un navío, y dicen ellos mismos que por concierto que entre el capitán y los amotinados se hizo, fué dalles el navío en que iban para se volver a la Nueva España; mas nunca tal es de creer que el capitán les diera licencia, sino que ellos se la tomaron. Y ya que daban vuelta, les hizo el tiempo contrario y les echó en tierra, y fueron a tomar agua, y con mucho trabajo vinieron a Jalisco y dieron nuevas dello en Jalisco, y desde allí voló la nueva a México, de lo cual le pesó mucho a Cortés. Y el Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más dél, ni del navío, ni jamás pareció, Quiero dejar de decir desta armada, pues se perdió, y diré cómo Cortés luego despachó otros dos navíos questaban ya hechos en el puerto de Teguantepeque, los cuales abasteció muy cumplidamente, ansí de pan como de carne y todo lo necesario que en aquel tiempo se podía haber, y con mucha artillería y buenos marineros y setenta soldados, y cierto rescate, y por capitán general dellos a un hidalgo que se decía Diego Becerra de Mendoza, de los Becerras de Badajoz o Mérida; y fué en el otro

(1) Tachado en el original: "que no se me acuerda bien qué año fué".

navío por capitán un Hernando de Grijalva, y este Gríjalva iba debajo de la mano del Becerra; y fué por piloto mayor un vizcaino que se decía Ortuño Jiménez, gran cosmógrafo. Y Cortés mandó al Becerra que fuese por la mar en busca del Diego Hurtardo y que si no le hallase, se metiese todo lo que pudiese en mar alta, y buscasen islas y tierras nuevas, porque había fama de ricas islas y perlas. Y el piloto Ortuño Jiménez, cuando estaba platicando con otros pilotos en las cosas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, decía y prometía de les llevar a tierras bien afortunadas, de riquezas, que ansí las llamaban, y decía tantas cosas cómo serían todos ricos, que algunas personas lo creían. Y después que salieron del puerto de Teguantepeque, la primera noche se levantó un viento contrario que apartó los dos navíos el uno del otro, que nunca más se vieron, y bien se pudieran tornar a juntar, porque luego hizo buen tiempo, salvo quel Hernando de Grijalva, por no ir debajo de la mano del Becerra, se hizo luego a la mar y se apartó con su navío, porquel Becerra era muy soberbio y mal acondicionado, y en tal paró, según adelante diré: y también se apartó el Hernando de Grijalva porque quiso ganar honra por sí mismo, si descubría alguna buena isla; y metióse dentro en la mar más de docientas leguas, y descubrió una isla que le puso por nombre Sant Tomé, y estaba despoblada. Dejemos al Grijalva y a su derrota, y volveré a decir lo que le acaesció al Diego Becerra con el piloto Ortuño Jiménez. Es que riñieron en el viaje, y como el Becerra iba malquisto con todos los más soldados que iban en la nao, concertóse el Ortuño con otros vizcaínos marineros y con los soldados con quien había tenido palabras el Becerra de dar en él una noche y matarle, y ansí lo hicieron: questando durmiendo le despacharon al Becerra y a otros soldados, y si no fuera por dos frailes franciscos que iban en aquella armada, que se metieron en despartíllos, más males hobiera. Y el piloto Jiménez con sus compañeros se alzaron con el navío y, por ruego de los frailes, les fueron a echar en tierra de Jalisco, ansí a los religiosos como a otros heridos; y el Ortuño Jiménez dió vela y fué a una isla que la puso por nombre Santa Cruz, donde dijeron que había perlas, y estaba poblada de indios como salvajes. Y como saltó en tierra y los naturales de aquella bahía o isla estaban de guerra, los mataron, que no quedaron, salvo los marineros que quedaban en el navío. Y desque vieron que todos eran muertos, se volvieron al puerto de Jalisco con el navío, y dieron nuevas de lo acaescido, y certificaron que la tierra era buena y bien poblada, y rica de perlas (1); y luego fué esta nueva a México. Y como Cortés lo supo, hobo gran pesar de lo acaescido (1), y como era hombre de corazón, que no reposaba con tales sucesos, acordó de no enviar más capitanes, sino ir él en persona. Y en aquel tiempo tenía ya sacados de astillero tres navíos de buen porte en el puerto de Teguantepeque, y como le dieron las nuevas que había perlas a donde mataron al Ortuño Jiménez, y

(1) Testado en el original: "de lo cual tomó codicia el Nuño de Guzmán, y para saber si era ansí que había perlas, en el mismo navío que vinieron a dalle aquella nueva lo armó muy bien ansí de soldados y capitán y bastimento y envió a la misma tierra a saber qué cosa era. El capitán y soldados que envió tuvieron voluntad de se volver, porque no hallaron las perlas ni cosa ninguna de lo que los marineros dijeron, y se tornaron a Jalisco por se estar en los pueblos de su encomienda, que nuevas ninguna le habían dado al Nuño de Guzmán, y porque en aquella sazón se descubrieron buenas minas de oro en aquella tierra, agora sea por lo uno o por lo otro, no hicieron cosa que de provecho fuese".

(1) Tachado en el original: "como de que Nuño de Guzmán le tomase el navío".

porque siempre tuvo en pensamiento de descubrir por la mar del Sur grandes poblazones, tuvo voluntad de ir a poblar, porque ansí lo tenía capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, de gloriosa memoria, como ya dicho tengo, y los del Real Consejo de Indias, cuando Su Majestad pasó a Flandes. Y como en la Nueva España se supo quel marqués iba en persona, creyeron que era a cosa cierta y rica, y vinieronle a servir tantos soldados, ansí de a caballo y otros arcabuceros y ballesteros y entrellos treinta y cuatro casados, que se le juntaron, por todos dieron sobre trecientas y veinte personas, con las mujeres casadas. Y después de bien abastecidos los tres navíos de mucho biscocho, y carne, y aceite, y aun vino y vinagre, y otras cosas pertenescientes para bastimentos, llevó mucho rescate, y tres herreros con sus fraguas, y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, y otras muchas cosas que aquí no relato por no me detener, y con buenos y expertos pilotos y marineros, mandó que los que se quisiesen ir a embarcar al puerto de Teguantepeque, donde estaban los tres navíos, que se fuesen, y esto por no llevar tanto embarazo por tierra, y él se fué desde México con el capitán Andrés de Tapia y otros capitanes y soldados, y llevó clérigos y religiosos que le decían misa, y llevó médicos y cirujanos, y botica. Y llegados al puerto donde se habían de hacer a la vela, ya estaban allí los tres navíos, que vinieron de Teguantepeque. Y desque todos los soldados se vieron juntos con sus caballeros y a pique, Cortés se embarcó con los que le paresció que podrían ir de la primera barcada hasta la isla o bahía que nombraron Santa Cruz, a donde decían que había las perlas. Y como Cortés llegó con buen viaje a la isla, y fué en el mes de mayo de mill y quinientos y treinta y seis o treinta y siete años, y luego despachó los navíos para que volviesen por los demás soldados y mujeres casadas, y caballos, que quedaban aguardando con el capitán Andrés de Tapia, y luego se embarcaron y, alzadas velas, yendo por su derrota, dióles un temporal que les echó cabe un gran río que le pusieron nombre San Pedro y San Pablo. Y, asegurado el tiempo, volvieron a seguir su viaje; y dióles otra tormenta que les despartió a todos tres navíos: y el uno dellos fué al Puerto de Santa Cruz, adonde Cortés estaba, y el otro fué a encallar y dar al través en tierra de Jalisco, y los soldados que en él iban, estaban muy descontentos del viaje y de muchos trabajos, se volvieron a la Nueva España, y otros se quedaron en Jalisco; y el otro navío aportó a una bahía que llamaron el Guayabal, y pusiéronle este nombre porque había allí mucha fruta que llaman guayabas. Y como habían dado al través, tardaban tanto y no acudían adonde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habían acabado los bastimentos, y en el navío que dió al través en tierra de Jalisco iba la carne y biscocho y todo el más bastimento, a esta causa estaban muy congojados, ansí Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer, y en aquella tierra no cogen los naturales della maíz, y son gente salvaje y sin pulicía, y lo que comen son frutas de las que hay entrellos, y pesquerías y mariscos. Y de los soldados questaban con Cortés, de hambre y de dolencias se murieron veinte y tres, y muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y bahía y descubrimiento. Y desque aquello vió, acordó de ir en persona con el navío que allí aportó, y con cincuenta

soldados, y dos herreros, y carpinteros, y tres calafates, en busca de los otros dos navíos, porque, por los tiempos y vientos que habían corrido, entendió que habían dado al través. E yendo en busca dellos, halló al uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Jalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arrecifes. Y con grande trabajo, y con tornallos a aderezar y calafatear, volvió a la isla de Santa Cruz con sus tres navíos y bastimento, y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que, como estaban debilitados de no comer cosa de substancia de muchos días atrás, les dió cámaras y tanta dolencia que se murieron la mitad de los que quedaban. Y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué a descubrir otras tierras, y entonces toparon con la California, ques una bahía. Y como Cortés estaba tan trabajado y flaco deseábase volver a la Nueva España, sino que de empacho, porque no dijesen dél que había gastado gran cantidad de pesos de oro y no había topado tierras de provecho ni tenía ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados [1]; y à este efecto no se fué. Y en aquel instante, como la marquesa doña Juana de **Zúñiga**, su mujer, no sabía ningunas nuevas dél más que había dado al través un navío en la costa de Jalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hobiese muerto o perdido, y luego envió en su busca dos navíos, de los cuales el uno dellos fué el en que había vuelto a la Nueva España el Grijalva que había ido con el Becerra, y el otro navío era nuevo y le acabaron de labrar en Teguantepeque; los cuales dos navíos cargaron de bastimento lo que en aquella sazón pudieron haber. Y envió por capitán dellos a un Fulano de Ulloa; y escribió muy afectuosamente al marqués, su marido, con palabras y ruegos que luego se volviese a México a su estado e marquesado, y que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la Fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona. Y ansimismo le escribió el ilustrísimo virrey don Antonio de Mendoza, muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese a la Nueva España. Los cuales dos navíos con buen viaje llegaron adonde Cortés estaba; y desque vió las cartas del virrey y los ruegos de su mujer, la marquesa, e hijos, dejó por capitán con la gente que allí tenía al Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos que para él traía, y luego se embarcó y vino al puerto de Acapulco, y, tomando tierra, a buenas jornadas vino a Cornavaca, donde estaba la marquesa, con lo cual hobo mucho placer, y todos los vecinos de México se holgaron de su venida, y aun el virrey y Audiencia Real, porque había fama que se decía en México que se querían alzar todos los caciques de la Nueva España viendo que no estaba en la tierra Cortés. Y demás desto, luego se vinieron todos los saldados y capitanes que había dejado en aquellas islas, o bahía que llaman la California. Y esto de su venida no sé de qué manera fué, o porque ellos de hecho se vinieron, o el virrey y la Audiencia Real les dió licencia para ello. Y desde a pocos meses, como Cortés estaba algo más reposado, envió otros dos navíos bien bastecidos, ansí de pan y carne como de buenos marineros, y sesenta soldados, y buenos pilotos, y fué en ellos por

(1) Tachado en el original: "e conquistadores de la nueva España".

capitán el Francisco de Ulloa otras veces por mí nombrado, y questos navíos que envió fué que la Audiencia Real de México se lo mandaba expresamente que los enviase para cumplir lo que había capitulado con Su Majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados que dello habla. Volvamos a nuestra relación. Y es que salieron del puerto de la Natividad por el mes de junio de mill e quinientos y treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo, y le mandó Cortés al capitán que corriese la costa adelante y acabasen de bojar la Californa, e procurasen de buscar al capitán Diego Hurtado, que nunca más apareció. Y tardó en el viaje, en ir y venir siete meses, y de que no hizo cosa que de contar sea, o se volvió al puerto de Jalisco. Y dende a pocos dias, ya quel Ulloa estaba en tierra descansando, un soldado de los que había llevado en su capitanía le aguardó en parte que le dió destocadas, donde le mató. Y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos quel marqués hizo, y aun le oí decir muchas veces que había gastado en las armadas sobre trecientos mill pesos de oro. Y para que Su Majestad le pagase alguna cosa dello, y sobre el contar de los vasallos, determinó ir a Castilla, e para demandar a Nuño de Guzmán cierta cantidad de pesos oro de los que la Real Audiencia le hobo sentenciado [1] que pagase de cuando le mandó vender sus bienes, porque en aquel tiempo el Nuño de Guzmán fué preso a Castilla; e si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganamos la Nueva España.

CAPITULO CCI

Cómo en México se hicieron grandes fiestas y banquete y alegría de las paces del cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, con el rey don Francisco de Francia, cuando las vistas de sobre Aguas Muertas.

En el año de treinta y ocho vino nueva a México quel cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, fué a Francia, y el rey de Francia, don Francisco, le hizo gran rescibimiento en un puerto que se dice Aguas Muertas, donde se hicieron paces y se abrazaron los reyes con grande amor, estando presente madama Leonor, reina de Francia, mujer del mismo rey don Francisco y hermana del emperador de gloriosa memoria, nuestro señor, donde se hizo gran solenidad y fiestas en aquellas paces. E por honra e alegrías dellas, el virrey don Antonio de Mendoza, e el marqués del valle, y la Real Audiencia, y ciertos caballeros conquistadores hicieron grandes fiestas. En esta sazón habían hecho amistades el marqués del Valle y el visorrey don Antonio de Mendoza, questaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquesado y sobre quel virrey favoresció mucho a Nuño de Guzmán para que no pagase la cantidad de pesos de oro que debía a Cortés desde el tiempo que fué el Nuño de Guzmán

(1) Testado en el original: "a Cortés".

presidente en México. Y acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos; y fueron tales, que otras como ellas, a lo que a mí me parece, no las he visto hacer en Castilla, ansí de justas y juegos de cañas, y correr toros, y encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que había en todo. Esto que he dicho no es nada para las muchas invenciones de otros juegos, como solían hacer en Roma cuando entraban triunfantes los cónsoles y capitanes que habían vencido batallas, y los petafios y carteles que sobre cada cosa había. Y el inventor de hacer aquellas cosas fué un caballero romano que se decía Luis de León, persona que decían que era de linaje de los patricios, natural de Roma. Y volviendo a nuestra fiesta, amanesció hecho un bosque en la plaza mayor de México, con tanta diversidad de árboles, tan al natural como si allí hobieran nacido. Había en medio unos árboles como questaban caídos de viejos y podridos, y otros llenos de moho, con unas yerbecitas que paresce que nascían dellos; y de otros árboles colgaban uno como vello; y otros de otra manera, tan perfectamente puesto, que era cosa de notar. Y dentro en el bosque había muchos venados, y conejos, y liebres, y zorros, y adives, y muchos géneros de alimañas chicas de las que hay en esta tierra, y dos leoncillos, y cuatro tigres pequeños, y teníanlos en corrales que hicieron en el mesmo bosque, que no podían salir hasta que fuese menester echarlos fuera para la caza, porque los indios naturales mexicanos son tan ingeniosos de hacer estas cosas, que en el universo, según han dicho muchas personas que han andado por el mundo, no han visto otros como ellos; porque encima de los árboles había tanta diversidad de aves pequeñas, de cuantas se crían en la Nueva España, que son tantas y de tantas raleas, que sería larga relación si las hobiese de contar. E había otras arboledas muy espesas algo apartadas del bosque, y en cada una dellas un escuadrón de salvajes con sus garrotes añudados y retuertos, y otros salvajes con arcos y flechas, y vanse a la caza, porque en aquel instante las soltaron de los corrales, y corren tras dellas por el bosque, y salen a la plaza mayor, y, sobre matallos, los unos salvajes con los otros revuelven una quistión soberbia entrellos, que fué harto de ver cómo batallaban a pié; y desque hobieron peleado un rato se volvieron a su arboleda. Dejemos esto, que no fué nada para la invención que hobo de jinetes y de negros y negras con su rey y reina, y todos a caballo, que eran más de [1] cincuenta, y de las grandes riquezas que traían sobre sí de oro y piedras ricas y aljófar y argentería; y luego van contra los salvajes, y tienen otra quistión sobre la caza, que cosa era de ver la diversidad de rostros que llevaban las máscaras que traían, y cómo las negras daban de mamar a sus negritos, y cómo hacían fiestas a la reina. Después de esto, amaneció otro día en mitad de la misma plaza mayor hecha la ciudad de Rodas con sus torres e almenas y troneras y cubos, y cabas y alrededor cercada, y tan al natural como es Rodas, y con cient comendadores con sus ricas encomiendas todas de oro y perlas, muchos dellos a caballo a la jineta, con sus lanzas y adargas, y otros a la estradiota, para romper lanzas y otros a pie con sus arcabuces, y por gran capitán general dellos y gran maestro de Rodas era el

(1) Testado en el original: "ciento y cincuenta".

marqués Cortés, y traían cuatro navíos con sus masteles y trinquetes y mesanas y velas, y tan al natural, que se enlevaban dello algunas personas de los ver ir a la vela por mitad de la plaza, y dar tres vueltas, y soltar tanta de la artillería que de los navíos tiraban; y venían allí unos indios al bordo vestidos al parecer como frailes dominicos, que es como cuando vienen de Castilla, pelando unas gallinas, y otros frailes venían pescando. Dejemos los navíos y su artillería y trompetería, y quiero decir cómo estaban en una emboscada metidas dos capitanías de turcos muy al natural a la turquesa, con riquísimos vestidos de seda e de carmesí y grana con mucho oro y ricas caperuzas, como ellos los traen en su tierra, y todos a caballo, y estaban en celada para hacer un salto y llevar ciertos pastores con sus ganados que pacían cabe una fuente, y el un pastor de los que los guardaban se huyó y dió aviso al gran maestro de Rodas. Ya que llevaban los turcos los ganados y pastores, sálen los comendadores [1] y tienen una batalla entre los unos y los otros, que les quitaron la presa del ganado; y vienen otros escuadrones de turcos por otra parte sobre Rodas, y tienen otras batallas con los comendadores, y prendieron muchos de los turcos; y sobre esto, luego sueltan toros bravos para los despartir. Pues quiero decir las muchas señoras, mujereres de conquistadores y otros vecinos de México, questaban a las ventanas de la gran plaza, y de las riquezas que sobre sí tenían de carmesí y sedas y damascos y oro y plata y pedrería, que era cosa riquísima; a otros corredores estaban otras damas muy ricamente ataviadas, que las servían galanes. Pues las grandes colaciones que se daban a todas aquellas señoras, ansí a las de las ventanas como a las questaban en los corredores, y les sirvieron de mazapanes, alcorzas de acitrón, almendras y confites, y otras de mazapanes con las armas del marqués, y otras con las armas del virrey, y todas doradas y plateadas, y entre algunas iban con mucho oro, sin otra manera de conservas; pues frutas de la tierra no las escribo aquí porque es cosa espaciosa para la acabar de relatar; y de más desto, vinos los mejores que se pudieron haber; pues aloja y elarca y cacao con su espuma, y suplicaciones, y todo servido con ricas vajillas de oro y plata, y duró este servicio desde una hora después de vísperas e después otras dos horas de la noche los despartió que cada uno se fué a su casa. Dejemos de contar estas colaciones y las invenciones y fiestas pasadas y diré de dos solenísimos banquetes que se hicieron. El uno hizo el marqués en sus palacios, y otro hizo el virrey en los suyos y casas reales, y estos fueron cenas. Y la primera hizo el marqués, y cenó en ella el virrey con todos los caballeros y conquistadores de quien se tenía cuenta con ellos, y con todas las señoras, mujeres de los caballeros y conquistadores, y de otras damas, y se hizo muy solenísimamente. Y no quiero poner aquí por memoria de todos los servicios que se dieron, porque será gran relación; basta que diga que se hizo muy copiosamente. Y la otra cena que hizo el virrey [1], la cual fiesta hizo en los corredores de las casas reales, hechos unos como vergeles y jardines entretejidos por arriba de muchos árboles con sus frutas, al parecer, que nacían dellos; encima de los árboles muchos pajaritos de cuantos se pudieron haber en la tierra.

(1) Tachado en el original: "y por capitán dellos el marqués del Valle, rey dellos".

(1) Testado en el original: "fueron diferenciados los muchos manjares".

y tenían hecha la fuente de Chapultepeque, y tan al natural como ella es, con unos manaderos chicos de agua que reventaban por algunas partes de la misma fuente, y allí cabe ella estaba un gran tigre atado con unas cadenas, y a otra parte de la fuente estaba un bulto de hombre de gran cuerpo vestido como arriero con dos cueros de vino, cabe el que se adurmió de cansado, y otros bultos de cuatro indios que le desataban el un cuero y se emborrachaban, y parescía questaban bebiendo y haciendo gestos, y estaba hecho todo tan al natural, que venían muchas personas de todas jaeces con sus mujeres a lo ver. Pues ya puestas las mesas, había dos cabeceras muy largas, y en cada una su cabecera: en la una estaba el marqués y en la otra el virrey, y para cada cabecera sus maestresalas y pajes y grandes servicios con mucho concierto. Quiero decir lo que se sirvió. Aunque no vaya aquí escrito por entero, diré lo que se me acordare, porque yo fuí uno de los que cenaron en aquellas grandes fiestas. Al principio fueron unas ensaladas hechas de dos o tres maneras, y luego cabritos y perniles de tocino asado a la ginovisca; tras esto pasteles de codornices y palomas, y luego gallos de papada y gallinas rellenas; luego manjar blanco; tras esto pepitoria; luego torta real; luego pollos y perdices de la tierra y codornices en escabeche, y luego alzan aquellos manteles dos veces y quedan otros limpios con sus panizuelos; luego traen empanadas de todo género de aves y de caza; éstas no se comieron, ni aun de muchas cosas del servicio pasado; luego sirven de otras empanadas de pescado, tampoco se comió cosa dello; luego traen carnero cocido, y vaca y puerco, y nabos y coles, y garbanzos; tampoco se comió cosa ninguna; y entre medio destos manjares ponen en las mesas frutas diferenciadas para tomar gusto, y luego traen gallinas de la tierra cocidas enteras, con picos y pies plateados; tras esto anadones y ansarones enteros con los picos dorados, y luego cabezas de puertos y de venados y de terneras enteras, por grandeza, y con ello grandes músicas de cantares a cada cabecera, y la trompetería y géneros de instrumentos, harpas, viguelas, flautas, dulzainas, chirimías; en especial cuando los maestresalas servían las tazas que traían a las señoras que allí estaban y cenaron, que fueron muchas más que no fueron a la cena del marqués, y muchas copas doradas. unas con aloja, otras con vino e otras con agua, otras con cacao y con clarete; y tras esto sirvieron a otras señoras más insines de unas empanadas muy grandes, y en algunas dellas venían dos conejos vivos, y en otras conejos vivos chicos, y otras llenas de codornices y palomas y otros pajaritos vivos; y cuando se las pusieron fué en una sazón y a un tiempo; y desque les quitaron los cobertores, los conejos se fueron huyendo sobre las mesas y las codornices y pájaros volaron. Aun no he dicho del servicio de aceitunas y rábanos y queso y cardos [1] y fruta de la tierra; no hay que decir sino que toda la mesa estaba llena de servicio dello. Entre estas cosas había truhanes y decidores que decían en loor del Cortés y del virrey cosas muy de reír [2]. Y aun no he dicho las fuentes del vino blanco, hecho de indios y tinto

(1) Testado en el original: "y luego mazapanes y almendras y confites y de acitrón y otros géneros de cosas de azúcar".

(2) Tachado en el original: "y aun algunos dellos borrachos, que decían lo suyo y lo ajeno, hasta que los tomaron por fuerza y los llevaron de allí por que callasen".

que ponian [3]. Pues había en los patios otros servicios para gentes y mozos despuelas y criados de todos los caballeros que cenaban arriba en aquel banquete, que pasaron de trecientos y más de docientas señoras. Pues aun se me olvidaba los novillos asados enteros llenos de dentro de pollos y gallinas y codornices y palomas y tocino. Esto fué en el patio abajo entre los mozos despuelas y mulatos y indios. Y digo que duró este banquete desde que anocheció hasta dos horas después de media noche, que las señoras daban voces que no podían estar más a las mesas, y otras se congojaban, y por fuerza alzaron los manteles, que otras cosas había que servir. Y todo esto se sirvió con oro y plata y grandes vajillas muy ricas. Una cosa vi: que con estar cada sala llena despañoles que no eran convidados, y eran tantos que no cabían en los corredores, que vinieron a ver la cena y banquete, y no faltó en toda aquella cena del virrey plata ninguna, y en la del marqués faltaron más de cien marcos de plata; y la causa que no faltó en la del virrey fué porquel mayordomo mayor, que se decía Agustín Guerrero, mandó a los caciques mexicanos que para cada pieza pusiesen un indio de guarda, y aunque se enviaban a todas las casas de México muchos platos y escudillas con manjar blanco y pasteles y empanadas y otras cosas de este arte, iba con cada pieza de plata un indio y lo traía; lo que faltó fué saleros de plata, muchos manteles y panizuelos y cuchillos, y esto el mismo Agustín Guerrero me lo dijo otro día; y también contaba el marqués por grandeza que le faltaba sobre cien marcos de plata. Dejemos las cenas y banquetes, y diré que para otro día hobo toros y juegos de cañas, e dieron al marqués un cañazo en un empeine del pie, de questuvo malo y cojeaba; y para otro día corrienron caballos dende una plaza que llaman el Tatelulco hasta la plaza mayor, y dieron ciertas varas de terciopelo y raso para el caballo que más corriese y primero llegase a la plaza; y ansimismo corrieron unas mujeres desde debajo de los portales del tesorero Alonso de Estrada hasta las casas reales y se les dió ciertas joyas de oro a la que más presto llegó al puesto; e hicieron muchas farsas, y fueron tantas, que ya no se me acuerda, y de noche hicieron disfraces, y porque destas grandes fiestas hobo dos coronistas que lo escribieron según y de la manera que pasó, y quiénes fueron los capitanes y gran maestre de Rodas, y aun lo enviaron a Castilla para que en el Real Consejo de Indias se viese, porque Su Majestad en aquella sazón estaba en Flandes, y quiero poner una cosa de donaire, y es que un vecino de México que se dice el maestre de Roa, ya hombre viejo tiene un gran lobanillo en el pescuezo e era su cuerpo cuatro palmos como tiene nombre de maestre de Roa le nombraron adrede maese de Rodas, porqueste comisario fué al que el marqués hobo enviado a llamar a Castilla para que le curase el brazo derecho, que tenía quebrado de una caída de un caballo después que vino de Honduras, y porque viniese a curalle el brazo se lo pago muy bien y le dió unos pueblos de indios; y cuando se acabaron de hacer las fiestas que dicho tengo, como tuvo nombre de maestre de Rodas fué uno de los coronistas y tenía buena plática fué a Castilla en aquella sazón y tuvo tal conocimiento con la señora doña María de Mendoza, mujer del comenda-

(3) Testado en el original: "salvo, como había muchos borrachos, dieron en ellas en el suelo y las descompusieron, que no pudo mas salirse vino dellas".

dor mayor, de un don Francisco de los Cobos, que la convocó y la prometió de le dar cosas con que pariese, y de tal manera se lo decía, que le creyó, y la señora doña María le dijo que si paría que le daría dos mill ducados y le favorescería en el Real Consejo de Indias para haber otros pueblos de indios, y ansimismo le prometió el mismo maestre de Rodas al cardenal de Sigüenza, que era presidente de Indias, que le sanaría de la gota, y el presidente se lo creyó, y luego le proveyeron, por mandado del cardenal y por favor de la señora doña María de Mendoza de muy buenos indios, mejores que los que tenía, y lo que hizo en las curas fué que ni sanó al marqués de su brazo, antes se le quedó más manco, puesto que se lo pagó muy bien y le dió los indios por mí memorados, ni la señora doña María de Mendoza, nunca parió por más letuarios calientes de zarzaparrilla que la mandó comer, ni el cardenal sanó de su gota, y quedóse con las barras de oro que le dió Cortés y con los indios que le hobo dado el Real Consejo de Indias y volviose a la Nueva España pero con burlas y dejó en Castilla entre los negociantes que habían ido a pleitos [1] unos chistes quel maestre de Roa, que por sólo el nombre que le pusieron maestre de Rodas y ser plático les fué a engañar así al presidente como a la señora doña María de Mendoza; y otros conquistadores, con cuanto sirvieron a Su Majestad, no recabdaron nada, y que valía más un poco de zarzaparrilla que llevó que cuantos servicios hecimos los verdaderos conquistadores a Su Majestad. Dejemos de contar vidas ajenas, que bien sé que ternán razón de decir que para qué me meto en estas cosas, que por contar una antigüedad y cosa de memoria acaescida dejo mi relación; volvamos a ella. Y es que desque se acabaron de hacer las fiestas mandó el marqués a percibir navíos y matalotaje para ir a Castilla para suplicar a Su Majestad que le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que había gastado en las armadas que envió a descubrir y porque tenía pleitos con Nuño de Guzmán, y en aquella sazón le envió al Nuño de Guzmán la Audiencia Real preso a España, y también tenía pleitos sobre el contar de los vasallos; y entonces me rogó a mí que fuese con él y que en la Corte demandaría mejor mis pueblos ante los señores del Real Consejo de Indias que no en la Audiencia Real de México; y luego me embarqué y fuí a Castilla; y el marqués no fué de ahí a dos meses, porque dijo que no tenía allegado tanto oro como quisiera llevar y porquestaba malo del empeine del pie, del cañazo que le dieron, y esto fué en el año de quinientos y cuarenta, y porque el año pasado de quinientos y treinta y nueve se había muerto la serenisima emperatriz, nuestra señora, doña Isabel, de gloriosa memoria, la cual fallesció en Toledo en primero día de mayo, y fué llevada a sepultar su cuerpo a la ciudad de Granada, y por su muerte se hizo gran sentimiento

(1) Tachado en el original: "de indios".

en la Nueva España y se pusieron todos los más conquistadores grandes lutos, e yo, como regidor de la villa de Guazacualco e conquistador más antiguo, me puse grandes lutos, y con ellos fui a Castilla, y llegado a la Corte me los torné a poner como era obligado por la muerte de nuestra reina y señora; y en aquel tiempo también llegó a la corte Hernando Pizarro, que vino del Perú, y fué cargado de luto con más de cuarenta hombres que llevaba consigo que le acompañaban; y también en esta sazón llegó Cortés a la Corte con luto él y sus criados. Y los señores del Real Consejo de Indias, desque supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir a rescebir y le señalaron por posada las casas del comendador don Juan de Castilla, y cuando algunas veces iba al Real Consejo de Indias salia un oidor hasta una puerta donde hacían el acuerdo del Real Consejo y le llevaba bajo a los estrados donde estaba el presidente, don fray García de Loaisa, cardenal de Sigüenza, y después fué arzobispo de Sevilla, y oidores licenciado Gutiérrez Velázquez, y el obispo de Lugo, y el dotor Juan Bernal Díaz de Luco, y el dotor Beltrán, y un poco junto de las sillas de aquellos caballeros le ponían a Cortés otra silla; y desde entonces nunca más volvió a la Nueva España, porque entonces le tomaron residencia y Su Majestad no le quiso dar licencia para que se volviese a la Nueva España, puesto que echó por intercesores al almirante de Castilla y al duque de Béjar y al comendador mayor de León, y aun también echó por intercesora a la señora doña María de Mendoza, y nunca le quiso dar licencia Su Majestad, antes mandó que le detuviesen hasta acabar de dar la residencia, y nunca la quisieron concluir, y la respuesta que le daban en el Real Consejo de Indias, que hasta que su Majestad viniese de Flandes de hacer el castigo de Gante que no podían dalle licencia. Y también en aquella sazón al Nuño de Guzmán le mandaron desterrar de su tierra, y que siempre anduviese en la corte, y le sentenciaron en cierta cantidad de pesos de oro, mas no le quitaron los indios de su encomienda de Jalisco; y también andaba él y sus criados cargados de luto. Y como en la corte nos vían ansí al marqués Cortés, como al Pizarro, y al Nuño de Guzmán y todos los más que venimos de la Nueva España a negocios, y otras personas del Perú, tenían por chiste de llamarnos los indianos peruleros enlutados. Volvamos a nuestra relación. Que también en aquel tiempo a Hernando Pizarro le mandaron echar preso en la Mota de Medina; y entonces me vine yo a la Nueva España y supe que había pocos meses que se había alzado en las provincias de Jalisco unos peñoles que se llaman Nochistlán, y quel virrey don Antonio de Mendoza los envió a pacificar a ciertos capitanes y a un Oñate, y los indios alzados daban grandes combates a los españoles y soldados que de México enviaron; y viéndose cercados de los indios enviaron a demandar socorro al adelantado don Pedro de Alvarado, que en aquella sazón estaba en unos navíos de una gran armada

que hizo para la China en el puerto de la Purificación, y fué a favorecer a los españoles questaban sobre los peñoles por mí ya nombrados, y llevó gran copia de soldados; y dende allí a pocos días murió de un caballo que le tomó debajo y le machucó el cuerpo, como adelante diré. Y quiero dejar esta plática y traer a la memoria de dos armadas que salieron de la Nueva España; la una era la que hizo el virrey don Antonio de Mendoza, y la otra fué la que hizo don Pedro de Alvarado, según dicho tengo.

CAPITULO CCII

Cómo el virrey don Antonio de Mendoza envió tres navíos a descobrir por la banda del sur en busca de Francisco Vázquez Coronado, y le envió bastimentos y soldados creyendo que estaba en la conquista de la Zibola.

Ya he dicho en el capítulo pasado que dello habla quel virrey don Antonio de Mendoza y la Real Audiencia de México enviaron a descubrir las Siete Ciudades, que por otro nombre se llama Zibola, y fué por capitán general un hidalgo que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, que en aquella sazón se había casado con una señora que, demás de ser muy virtuosa, era hermosa, hija del tesorero Alonso de Estrada, y en aquel tiempo estaba el Francisco Vásquez por gobernador de Jalisco, porque a Nuño de Guzmán, que solía estar por gobernador, ya lo habían quitado. Pues partido por tierra con muchos soldados de caballo y escopeteros y ballesteros, y había dejado por su teniente en lo de Jalisco a un hidalgo que se decía Fulano de Oñate, y después desde ciertos meses que hobo llegado a las Siete Ciudades paresció ser que un fraile francisco que se dice fray Marcos de Niza había ido de antes a descubrir aquellas tierras, o fué en aquel viaje con el mesmo Francisco Vásquez Coronado, que esto no lo sé bien, y desque llegaron a las tierras de la Zibola y vieron los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subían por escaleras, paresciole al fraile que sería bien volver a la Nueva España, como luego vino, para dar relación al virrey don Antonio de Mendoza que enviase navíos por la costa del Sur con herraje y tiros y pólvora y ballestas y armas de todas maneras, y vino y aceite y biscocho, porque le hizo relación que las tierras de Zibola, que está en la comarca de la costa del Sur, y que con los bastimentos y herraje serían ayudados el Francisco Vázquez y sus compañeros, y que ya quedaban en aquella tierra, y a esta causa envió los tres navíos que dicho tengo, y fué por capitán general un Hernando de Alarcón, maestresala que fué del mismo virrey, y asimismo fué por capitán de otro navío un hidalgo que se dice [1] Marcos Ruiz de Rojas, natural de Madrid. Otras personas dijeron que ha-

(1) Tachado en el original: "Al°. Gasca de Herrera, vecino que agora es de Guatimala".

bía ido por capitán del otro navío un Fulano Maldonado; y porque yo no fuí en aquella armada, mas de por oídas lo digo desta manera. Pues dadas todas las instrucciones a los pilotos y capitanes de lo que habían de hacer, y cómo se habían de regir y navegar, se hicieron a la vela para su viaje [1].

CAPITULO CCIII

De una armada que hizo el adelantado don Pedro de Alvarado desde un puerto que se llama Acajutla en la provincia e Guatimala.

Razón es que se traiga a la memoria y no quede por olvido otra armada que hizo el adelantado don Pedro de Alvarado en el año de mill e quinientos y treinta y siete en la provincia de Guatimala, donde era gobernador, en un puerto que se dice Acajutla, en la banda de la mar del Sur, y fué para cumplir ciertas capitulaciones que con Su Majestad hizo la segunda vez que volvió a Castilla y vino casado con una señora que se decía doña Beatriz de la Cueva, hermana que fué de una doña Francisca de la Cueva, hermosa en extremo, primera mujer que fué del don Pedro de Alvarado, que fallesció en la Veracruz, de la Nueva España, y fué el concierto que se capituló con Su Majestad que el don Pedro de Alvarado pusiese ciertos navíos y pilotos y marineros y soldados y bastimentos y todo lo que se hobiese menes-

---

(1) Presenta aquí el original un gran espacio en blanco, y luego esta nota: "No se ha de leer esto que va borrado, de esotra parte, hasta el capítulos duzientos y cincuenta y tres (sic). Lo testado en una y otra parte es el siguiente borrador, al cual falta un folio, que acaso fué destruído por el mismo autor:

"*CAPITULO CCLII. De una muy grande armada que hizo el adelantado don Pedro de Alvarado en año de quinientos y treinta y siete.*

Razón es que se traiga a la memoria y no quede por olvido una buena armada quel adelantado don Pedro de Alvarado hizo en el año de mill e quinientos y treinta y siete en la provincia de Guatimala, donde era gobernador, y en un puerto que se dice Acaxutla, en la banda del Sur, y fué para cumplir cierta capitulación que ante Su Majestad hizo la segunda vez que volvió a Castilla y vino casado con una señora que se decía doña Beatriz de la Cueva; y fué el concierto que se capituló con Su Majestad quel adelantado pusiese ciertos navíos y pilotos y marineros y soldados y bastimentos y todo lo que hubiese menester a su costa para enviar a descubrir por la vía del Poniente a la China o Malucos y otras cualesquier islas de la Especería; y para lo que descubrirse. Su Majestad le prometió en las mesmas tierras que le haría ciertas mercedes y daría renta en ellas; y porque yo no he visto lo capitulado, me remito a ello, y por esta causa lo dejo de poner en esta relación. Y volviendo a nuestra materia, y es que como siempre el adelantado fué muy servidor de Su Majestad, lo cual se pareció en las conquistas de la Nueva..... muy noble y muy leal ciudad de Guatimala dos sepulcros junto al altar de la santa iglesia mayor para traer los huesos del adelantado don Pedro de Alvarado questán enterrados en el pueblo de Chiribitio y enterrallos en el un sepulcro, y en el otro sepulcro es para que desque Dios Nuestro Señor sea servido llevar desta presente vida a don Francisco de la Cueva y a doña Leonor de Alvarado, su mujer, e hija del mismo adelantado, enterrarse en ellos, porque a su costa trae los huesos de su padre; y mandaron hacer el sepulcro en la santa iglesia, como dicho tengo. Dejemos esta materia y volveré a decir lo que sucedió en la armada del adelantado, y es que después que murió, como dicho tengo, dende a un año, poco más o menos tiempo, el virrey don Antonio de Mendoza mandó que tomasen ciertos navíos, los mejores y más nuevos de los trece que enviaba el adelantado a descubrir la China por la banda del Poniente, e envió por capitán de los navíos a un su deudo que se decía Hulado de Villalobos, y que se fuese la mesma derrota que tenia concertado de enviar a descubrir. Y en lo que paró este viaje yo no lo sé bien, y a esta causa no doy más relación dello; y también he oído decir que nunca los herederos del adelantado cobraron cosa ninguna, así de navíos como de bastimentos, sino que todo se perdió. Dejemos esta materia, pues no me hallé en ello, no lo sé bien; otros caballeros lo dirán más por extenso".

ter para aquella armada a su costa, y se profirió que había de enviar a descubrir por la banda del Poniente a la China y Malucos o otras cualesquier islas del a Especería; y para lo que descubriese Su Majestad le prometió que en las mesmas tierras le haría ciertas mercedes; y porque yo no he visto lo capitulado, me remito a ello, y por esta causa no lo declaro en esta relación. Y volviendo a esta mi relación, puso en la mar del Sur doce navíos de buen porte, bien bastecidos de pan y carne y pipas de agua y todas las cosas que en aquel tiempo pudieron haber, y bien artillados y con buenos pilotos y marineros, pues para ser tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son más de ciento y cincuenta leguas hasta donde se labraron los navíos, porque en aquella sazón de la Veracruz se trujo el hierro para la clavazón, y anclas y pipas y lo demás necesario para aquella flota, porque en aquel tiempo aun no se trataba Puerto de Caballos, gastó en ellos muchos millares de pesos de oro, que en Sevilla se pudieran labrar más de ochenta navíos, que no le bastó la riqueza que trujo del Perú, ni el oro que le sacaban de las minas en la provincia de Guatimala, ni los tributos de sus pueblos, ni lo que le prestaron sus deudos y amigos y lo que tomó fiado de mercaderes; pues lo que gastó en caballos y capitanes y soldados y arcabuces y ballestas y todo género de armas fué gran suma de pesos de oro. Pues ya puesto a punto sus naos para navegar y en cada una sus estandartes reales, y señalados pilotos y capitanes y las instrucciones de lo que habían de hacer ansí de noche como de día, y derrotas que habían de llevar, y las señas de los faroles para si de noche hobiese alguna tormenta, y después de oído misa del Espíritu Santo y bendecidas sus banderas de un obispo de aquella provincia, y el mismo adelantado por capitán general de la armada, dan velas en el año de mill y quinientos y treinta y siete o treinta y ocho años, que esto no se me acuerda bien, y fué navegando por su derrota hasta el puerto que llaman de la Purificación, ques en la provincia de Jalisco, y en aquel puerto había de tomar agua y bastimentos y más soldados, puesto que llevaba ya en los navíos sobre quinientos y cincuenta soldados. Pues como lo supo el virrey don Antonio de Mendoza desta tan pujante armada, que para en estas partes se puede decir muy grande, y de los muchos soldados y caballos que llevaba y artillería, túvolo por muy gran cosa, como es razón de tener, de cómo pudo juntar y armar trece navíos en la costa del Sur, y que se le pudiesen allegar tantos soldados estando tan apartado el puerto de la Veracruz y de México, porque, como memorado tengo, no venían navíos de Castilla con mercadurías a Puerto de Caballos, como agora vienen, y es cosa de pensar en ello a las personas que tienen noticia destas tierras y saben los gastos que se hacen. Pues como el virrey don Antonio de Mendoza supo y se informó que era para descubrir la China, y alcanzó a saber de pilotos y cosmógrafos que se podía descubrir muy bien por el Poniente, y se lo certificó un deudo suyo que se decía Villalobos, que sabía mucho de alturas y del arte de navegación, y también porque alcanzó a saber que había enviado tres navíos a descubrir las mesmas islas el valeroso don Hernando Cortés antes que fuese a Castilla ni fuese marqués, acordó de escribir de México al don Pedro de Alvarado con ofertas y buenos prometimientos para que se diese orden en que en el armada hiciese compañía con él,

y para lo efetuar fueron a hacer el concierto don Luis de Castilla y un mayordomo del virrey que se decía Agustín Guerrero; y desquel adelantado vió los recaudos que llevaban para ello, y bien platicado sobre el negocio, se concertó que se viesen el virrey y el adelantado en un pueblo que se dice Chiribitio, que es en la provincia de Mechoacán, que era de la encomienda de un Juan de Alvarado, deudo del mismo don Pedro de Alvarado, y en el mismo pueblo se concluyó que fuesen entrambos a dos a ver el armada, y desque la hobieron visto, sobre enviar quién iría por capitán general della tuvieron diferencias, porquel don Pedro quería que fuese un su sobrino que se decía Joan de Alvarado. no lo digo por el de Chiribitio, sino por otro que tenía el mismo nombre, y el virrey don Antonio de Mendoza quería que fuese su deudo, que era gran cosmógrafo, que se decía Villalobos, y todavía se concertó que fuesen el Alvarado y Villalobos por capitanes. Y luego el don Pedro de Alvarado fué al puerto de la Navidad, que ansí se nombra, donde en aquella sazón estaban todos sus navíos y soldados, para que por su mano fuesen despachados. E ya questaban para se hacer a la vela le vino una carta que le envió un Cristóbal de Oñate, questaba por capitán de ciertos soldados en unos peñoles que llaman de Cochistlán, y lo que le envió a decir, que, pues es servicio de Su Majestad, que vaya a socorrer con su persona y soldados, porque está cercado en partes que si no son socorridos no se podrá defender de muchos escuadrones de indios guerreros y demasiadamente esforzados questán en muy grandes fuerzas y peñoles, y que le han muerto muchos españoles de los que estaban en su compañía, y se temía en gran manera no le acabasen de desbaratar, y le sinificó en la carta otras muchas lástimas, y que a salir los indios de aquellos peñoles vitoriosos, la Nueva España estaba en gran peligro. Y como el don Pedro de Alvarado vió la carta y las palabras por mí memoradas, y otros españoles le dijeron el peligro que estaban, luego sin más dilación mandó apercebir ciertos soldados que llevó en su compañía, ansí de caballo como arcabuceros y ballesteros, y fué en posta a hacer aquel socorro; y cuando llegó al real estaban tan afligidos los cercados, que si no fuera por su ida estuvieran mucho más, y con su llegada aflojaron algo los indios guerreros de dar combate, mas no para que dejasen de dar muy bravosa guerra como de antes andaban. Y estando una capitanía de soldados sobre unos peñoles para que no les entrasen por allí los guerreros, defendiendo aquel paso, parece ser que a uno de los soldados se le derriscó el caballo y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia e saltos por donde don Pedro de Alvarado estaba, que no se pudo ni tuvo tiempo de se apartar a cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte que le trató mal y le maguelló el cuerpo porque le tomó debajo; y luego se sintió muy malo, y para guarecelle y curalle, creyendo no fuera tanto su mal, le llevaron en andas a curar a una villa, la más cercana del real, que se dice La Purificación; y en el camino se pasmó, y llegado a la villa luego se confesó y rescibió los Santos Sacramentos, mas no hizo testamento, y fallesció, y allí le enterraron con la mayor pompa que pudieron. Dejemos de hablar de su muerte; perdónele Dios, amén. Volvamos a decir que se vió en muy grande aprieto el Cristóbal de Oñate en aquellos peñoles, que estuvo en punto de ser desbaratado si de presto no enviara

el virrey a el licenciado Maldonado, oidor de la Real Audiencia de México, con muchos soldados. Dejemos de hablar desto, y digamos qué se hizo y en qué paró el armada. Y es que como vieron los del armada que su capitán era fallescido, cada uno tiró por su cabo, y desde a un año, el virrey don Antonio de Mendoza mandó que tomasen tres navíos de los mejores y más nuevos de los trece que enviaba el adelantado a descobrir, y envió por capitán dellos a un su deudo, ya por mí memorado, que se decía Fulano de Villalobos, y que llevase la mesma derrota que tenían concertado de enviar a descubrir. Y lo que pasó en este viaje yo no lo sé bien, mas de oír decir, y se tiene por cierto, que fué a ciertas islas adonde había capitanes del rey de Portugal que trataban en ellas, y que le prendieron y fué a Castilla, y ansimismo fué cuando el valeroso don Hernando Cortés envió por capitán de otros tres navíos a un capitán que se decía Alvaro de Sayavedra Serón, por manera que todo lo más que gastó el adelantado se perdió, que nunca cobraron nada sus herederos.

CAPITULO CCIV

De lo quel marqués hizo desque estuvo en Castilla.

Como Su Majestad volvió a Castilla de hacer el castigo de Gante, e hizo la grande armada para ir sobre Argel, lo fué a servir en ella el marqués del Valle, y llevó en su compañía a su hijo el mayorazgo, el que heredó el estado; llevó también a don Martín Cortés, el que hobo con doña Marina. y llevó muchos escuderos y criados y caballos y gran compañía y servicio, y se embarcó en una buena galera en compañía de don Enrique Enríquez; y como Dios fué servido hobiese tan recia tormenta que se perdió mucha parte de la real armada, también dió al través la galera en que iba Cortés y sus hijos, los cuales escaparon, y todos los más caballeros que en ella iban, con gran riesgo de sus personas; y en aquel instante como no hay tanto acuerdo como debría haber, especialmente viendo la muerte al ojo, dijeron los criados de Cortés que le vieron que se ató en unos paños revueltos al brazo ciertas joyas de piedras muy riquísimas que llevó (1) como gran señor, y con la revuelta de salir en salvo de la galera y con la mucha multitud de gentes que había, se le perdieron todas las joyas y piedras que llevaba, que, a lo que decían, valían muchos (2) pesos de oro. Y volveré a decir de la gran tormenta y pérdida de caballeros y soldados que se perdieron. Aconsejaron a Su Majestad los maestres de campo y los capitanes que eran del real consejo de guerra que luego sin más dilatar alzase el real de sobre Argel y se fuese por tierra por Bujía, pues que vían que Nuestro Señor Dios fué servido dalles aquel tiempo contrario, y no se podía hacer más de lo hecho, en el cual acuerdo y consejo no llamaron a Cortés para que diese su parecer: y de que lo

(1) Testado en el original: "como se suele decir para no menester".
(2) Tachado en el original: "millares de".

supo, dijo que, si Su Majestad fuese servido, que él entendería, con el ayuda de Dios y con la buena ventura de nuestro césar, que con los soldados que estaban en el campo de tomar Argel, y también dijo a vueltas destas palabras muchos loores de sus capitanes y compañeros que nos hallamos con él en la toma y conquista de México, diciendo que fueron para sufrir hambres y trabajos e tormentos, y que dondequiera que llegábamos y que llamase hacía con ellos heroicos hechos, y que heridos, sangrantes y entrapajados no dejaban de pelear y tomar cualquier ciudad y fortaleza, y aunque sobrello aventurasen a perder las vidas. Y como muchos caballeros le oyeron aquellas bravosas palabras, dijeron a Su Majestad que fuera bien haberle llamado a consejo de la guerra, y que se tuvo a un gran descuido no haberle llamado, y otros caballeros dijeron que si no fué llamado fué porque sentían en el marqués que sería de contrario parecer, y que en aquel tiempo de tanta tormenta no daba lugar a muchos consejeros, salvo que Su Majestad y los demás de la real armada se pusiesen en salvo, porque estaban en muy gran peligro, y quel tiempo andando, con la ayuda de Dios, volverían a poner cerco a Argel, y ansí se fueron por Bujía. Dejemos desta materia, y diré cómo volvieron a Castilla de aquella trabajosa jornada; y cómo el marqués estaba ya muy cansado, ansí destar en Castilla en la corte y haber venido por Bujía, deshecho e quebrantado del viaje, ya por mi dicho, deseaba en gran manera volverse a la Nueva España si le dieran licencia, y como había enviado a México por su hija la mayor, que se decía doña María Cortés, que tenía concertado de la casar con don Alvaro Pérez Osorio, hijo del marqués de Astorga y heredero del marquesado, y le había prometido sobre cient mill ducados de oro en casamiento y otras muchas cosas de vestidos y joyas, vino a recibilla a Sevilla, y este casamiento se desconcertó, según dijeron muchos caballeros, por culpa del don Alvaro Pérez Osorio, de lo cual el marqués recibió tan grande enojo, que de calenturas y cámaras que tuvo recias estuvo muy al cabo, y andando con su dolencia, que siempre iba empeorando, acordó de salirse de Sevilla por quitarse de muchas personas que le visitaban y le importunaban en negocios, y se fué a Castilleja de la Cuesta, para allí entender en su ánima y ordenar su testamento; y después que lo hobo ordenado como convenía y haber rescibido los Santos Sacramentos, fué Nuestro Señor Jesucristo servido llevalle desta trabajosa vida, y murió en dos días del mes de diciembre de mill y quinientos y cuarenta y siete años. Y llevóse su cuerpo a enterrar con gran pompa y mucha clerecía e gran sentimiento de muchos caballeros de Sevilla, y fué enterrado en la capilla de los duques de Medina Sedonia; y después fueron traídos sus huesos a la Nueva España, y estan en un sepulcro en Cuyuacán o en Texcuco, esto no lo sé bien, porque ansí lo mandó en su testamento. Quiero decir la edad que tenía; a lo que a mí se me acuerda, lo declararé por esta cuenta: en el año que pasamos con Cortés desde Cuba a la Nueva España fué el de quinientos y diez y nueve, y entonces solía decir, estando en conversación de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que había treinta y cuatro, y veinte y ocho que habían pasado hasta que murió, que son sesenta y dos. Y las hijas e hijos que dejó legítimos fué don Martín Cortés, marqués que agora es, y a doña María Cortés, la que he dicho questaba concertada en el

casamiento con don Alvaro Pérez Osorio, heredero del marquesado de Astorga, que después casó esta doña María con el conde de Luna de León, y a doña Juana, que casó con don Hernando Enríquez, que ha de heredar el marquesado de Tarifa, y a doña Catalina de Arellano, que murió en Sevilla doncella; mas sé que las llevó la señora marquesa doña Juana de Zúñiga a Castilla cuando vino por ellas un fraile [1] que se dice fray Antonio de Zúñiga, el cual fraile era hermano de la misma marquesa, y también se casó otra señora doncella que estaba en México que se decía doña Leonor Cortés con un Juanes de Tolosa, vizcaíno, persona muy rica, que tenía sobre cient mill pesos e unas minas [2], del cual casamiento hobo mucho enojo el marqués cuando vino a la Nueva España; y dejó dos hijos varones bastardos, que se decían don Martín Cortés, comendador de Santiago, este caballero hobo en doña Marina la lengua, e a don Luis Cortés, también fué comendador de Santiago, que hobo en otra señora que se decía doña Hulana de Hermosilla; e hobo otras tres hijas: la una hobo en una india de Cuba que se decía doña Hulana Pizarro, e la otra con otra india mexicana, e otra que nació contrecha, que hobo en otra mexicana, e sé que estas señoras doncellas tenían buen dote, porque desde niñas les dió buenos indios, que fueron unos pueblos que se dicen Chinanta; y en el testamento y mandas que hizo, yo no lo sé bien, más tengo en mí que como sabio e tuvo mucho tiempo para ello, e porque era viejo, que lo haría con mucha cordura e mandaría descargar su conciencia; y mandó que hiciesen un hospital e un colegio en México; e también mandó que en una su villa que se dice Cuyuacán, questá obra de dos leguas de México, que se hiciese un monasterio de monjas, y que le trajesen sus huesos a la Nueva España; e dejó buenas rentas para cumplir su testamento e las mandas, que fueron muchas e buenas e de buen cristiano, y por excusar prolijidad no lo declaro, por no me acordar de todas aquellas no las relato. La letra o blasón que traía en sus armas e reposteros fueron de muy esforzado varón y conforme a sus heroicos hechos, e estaban en latín, e como no sé latín no lo declaro, y traía en ellas siete cabezas de reyes presos en una cadena; e a lo que a mi me parece, según vi e entiendo, fueron los reyes que agora diré: Montezuma, gran señor de México, e a Cacamazín, su sobrino del Montezuma, e también fué gran señor de Tezcuco; e Coadlavaca, ansimismo señor de Iztapalapa e de otro pueblo; e al señor de Tacuba; e al señor de Cuyuacán; e a otro gran cacique, señor de dos provincias que se decían Tulapa, junto a Matalzingo; éste que dicho tengo decían que era hijo de una su hermana de Montezuma e muy propinco heredero de México después de Montezuma; e el postrer rey fué Guatemuz, el que nos dío guerra e defendía la ciudad cuando ganamos la gran ciudad de México y sus provincias; y estos siete grandes caciques son los quel marqués traía en sus reposteros e blasones por armas, porque de otros reyes yo no me acuerdo que se hobiesen preso que fuesen reyes, como dicho tengo en el capitulo que dello habla. Pasaré adelante e diré de su proporción e condición de Cortés. Fué de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la

(1) Tachado en el original: "de Santo Domingo".
(2) Testado en el original: "de plata".

cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos, e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado, e las piernas e muslos bien sentados; e era buen jinete e diestro de todas armas, ansí a pie como a caballo, e sabía muy bien menearlas, e, sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros, e siempre salió con vitoria; e tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubríaselo con las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones. En todo lo que mostraba, ansí en su presencia como en pláticas e conversación, e en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo e usanza, e no se le daba nada de traer muchas sedas e damascos, ni rasos, sino llanamente e muy pulido; ni tampoco traía cadenas de oro grandes, salvo una cadenita de oro de prima hechura e un joyel con la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa Maria con su Hijo precioso en los brazos, e con un letrero en latín en lo que era de Nuestra Señora, e de la otra parte del joyel a señor San Juan Bautista, con otro letrero; e también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla e no me acuerdo el rostro, y en la medalla traía figurada la letra dél; mas después, el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. Serviase ricamente como gran señor con dos maestresalas y mayordomos e muchos pajes, e todo el servicio de su casa muy cumplido, e grandes vajillas de plata e de oro; comía bien y bebía una buena taza de vino aguado que cabria un cuartillo, e también cenaba, y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando vía que había nescesidad que se gastase e los hobiese [1] menester dar. Era de muy afable condición con todos sus capitanes e compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez, y era latino, e oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrado o hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros e en prosas, y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica; e rezaba por las mañanas en unas horas e oía misa con devoción. Tenía por su muy abogada a la Virgen María, nuestra señora, la cual todos los fieles cristianos la debemos tener por nuestra intercesora e abogada, e también tenía a Señor San Pedro e Santiago e a Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba decía: "en mi concencia", y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos, le decía: "¡Oh, mal pese a vos!"; e cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta e otra de la frente; e aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba un lamento al cielo, e no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado, y era

(1) Tachado en el original: "vesitas o convidados".

muy sofrido, porque soldados hobo muy desconsiderados que le decían palabras descomedidas, e no les respondía cosa soberbia ni mala, y aunque había materia para ello, lo más que les decía: "Calla, e oid, oid con Dios, y de aquí adelante tené más miramiento en lo que dijeredes, porque os costará caro por ello." E era muy porfiado, en especial en las cosas de la guerra, que por más consejo e palabra que le decíamos en cosas desconsideradas de combates y entradas, que nos mandaba dar cuando rodeamos en los pueblos grandes de la laguna, y en los peñoles que agora llaman del Marqués le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas e peñoles, sino que le tuviésemos cercado, por causa de las muchas galgas que desde lo alto de la fortaleza venían desrriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe e impetuo con que venían, e era aventurar a morir todos, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura, e todavía porfió contra todos nosotros, e hobimos de comenzar a subir, e corrimos harto peligro, e murieron ocho soldados, e todos los más salimos descalabrados e heridos sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y demás desto, en el camino que fuimos a las Hibueras a lo de Cristóbal de Olí, cuando se alzó con la armada, yo lo dije muchas veces que fuésemos por las sierras, e porfió que mejor era por la costa, e tampoca acertó; porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada; e para que bien se entienda quien no lo ha andado, es desde Guazacualco camino derecho de Chiapa, e de Chiapa a Guatimala, e de Guatimala a Naco, que es adonde en aquella sazón estaba el Cristóbal de Olí. Dejemos esta plática, e diré que cuando luego venimos con nuestra armada a la Villa Rica e comenzamos hacer la fortaleza, el primero que cabó e sacó tierra en los cimientos fué Cortés; e siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Y comenzaré en las batallas de Tabasco, que él fué por capitán de los de a caballo, e peleó muy bien; vamos a la Villa Rica, ya he dicho acerca de la fortaleza; pues en dar como dimos con once navíos al través por consejo de nuestros valerosos capitanes e fuertes soldados, e no como lo dice Gomara; pues en las guerras de Tascala, en tres batallas se mostró muy esforzado, y en la entrada de México con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, e más tener atrevimiento de prender al gran Montezuma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros; y también digo que lo prendimos por consejo de nuestros capitanes e de todos los más soldados; e otra cosa que no es de olvidar, que mandó quemar delante de sus palacios a capitanes del Montezuma que fueron en la muerte de un nuestro capitán que se decia Juan de Escalante e de otros siete soldados, los cuales indios capitanes, que se decian Quezalpopoca, y el otro no me acuerdo su nombre, poco va en ello, que no hace a nuestro caso. Y también ¡qué atrevimiento e osadía fué que con dádivas de oro y ardides de guerra ir contra Pánfilo de Narváez, capitán de Diego Velázquez, que traía sobre mill y trecientes soldados, e traía noventa de a caballo, e otros tantos ballesteros e ochenta espingarderos, que ansí se llamaban; e nosotros con docientos e sesenta e seis compañeros, sin caballos, ni escopetas, ni ballestas, sino solamente con picas, e espadas, e puñales, e rodelas, los desbaratamos e se prendió Narváez y otros capitanes!

Pasemos adelante e quiero decir que cuando entramos otra vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, e antes que saliésemos huyendo, cuando subimos en el alto cu de Huichilobos vi que se mostró muy varón, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías, ni las nuestras. Pues en la derrota e muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda la flor e valientes guerreros mexicanos e todos sus sujetos para nos matar, allí también se mostró muy esforzado cuando dió un encuentro al capitán e alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas e perder el gran brío de su valeroso pelear de todos sus escuadrones que con tanto esfuerzo contra nosotros peleaban; e, después de Dios, nuestros esforzados capitanes que le ayudaban, que fueron [1] Gonzalo de Sandoval, e Cristóbal de Olí, e Diego de Ordaz, e Gonzalo Domínguez, e un Lárez, e otros esforzados soldados que aquí no nombro de los que no tenían caballos; e de los de Narváez también hobo animosos varones que ayudaron muy bien, e quien luego mató al capitán del estandarte fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho y se le dió a Cortés. Pasemos adelante, e diré que también se halló Cortéz juntamente en una batalla bien peligrosa, en lo de Iztapalapa, e lo hizo como buen capitán, e en la de Suchimilco, cuando le derribaron los escuadrones mexicanos del caballo *Romo* e le ayudaron ciertos tascaltecas nuestros amigos, e sobre todos un nuestro esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; tengan atención a esto que diré, que uno era Cristóbal de Olí, que fué maestre de campo, e el otro era Cristóbal de Olea, de Castilla la Vieja, e esto declaro aquí porque no argullan sobrello e no digan que voy errado. También se mostró nuestro Cortés muy como esforzado cuando estábamos sobre México y en una calzadilla le desbarataron los mexicanos e le llevaron a sacrificar sesenta e dos soldados, e al mismo Cortés le tenían asido e engarrafado para le llevar a sacrificar, e le habían herido en una pierna, e quiso Dios que por su buen esfuerzo e porque le socorrió el mismo valentísimo soldado Cristóbal de Olea, que fué el que la otra vez en Suchimilco le libró de los mexicanos, e le ayudó a cabalgar e salvó a Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demás que dicho tengo. E agora que lo estoy escribiendo se me representa la manera e proposición de la persona del Cristóbal de Olea e de su muy gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra e deudo de mis deudos. No quiero decir de otras muchas proezas o valentías que vi que hizo nuestro marqués don Hernando Cortés, porque son tantas e de tal manera, que no acabaría tan presto de las relatar, e volveré a decir de su condición, que era muy aficionado a juegos de naipes e dados, e cuando jugaba era muy afable en el juego, e decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados; era con demasía dado a mujeres, e celoso en guardar [1] las suyas; era muy cuidoso en todas las conquistas que hacíamos, aun de noche e muchas noches rondaba e andaba requiriendo las velas e entraba en los ranchos e aposentos de nuestros soldados, al que hallaba sin armas e estaba descalzos los alpargates le reprendían, e le decía que a la oveja ruin le

(1) Testado en el original: "Pedro de Alvarado".
(1) Testado en el original: "sus indias".

pesa la lana, e lo reprendía con palabras agras. Cuando fuimos a las Hibueras, vi que había tomado una maña o condición que no solía tener en las guerras pasadas; que cuando había comido, si no dormía un sueño se le revolvía el estómago, e por esto e estaba malo, e por excusar este mal, cuando íbamos camino le ponían debajo de un árbol o de otra sombra una alfombra que llevaban a mano para aquel efeto, o una capa, y aunque más sol hiciese no dejaba de dormir un poco, e luego caminar. E también vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva España era cenceño e de poca barriga, e después que volvimos de las Hibueras engordó mucho e de gran barriga, e también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir que solía ser muy franco cuando estaba en la Nueva España e la primera vez que fué a Castilla, e cuando volvió la segunda vez en el año 1VSXL le tenían por escaso e le pusieron pleitos un criado suyo que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio; e también, si bien se quiere considerar e miramos en ello, después que ganamos la Nueva España siempre tuvo trabajos e gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo en la California; ni en la ida de las Hibueras no tuvo ventura, ni tampoco me parece agora que la tiene su hijo don Martín Cortés, siendo señor de tanta renta, haberle venido el gran desmán que dicen de su persona e de sus hermanos. Nuestro Señor Jesucristo lo remedie e al marqués don Hernando Cortés le perdone Dios sus pecados. Bien creo que se me habrán olvidado otras cosas que escrebir sobre las condiciones de su valerosa persona; lo que se me acuerda e vi eso escribo. De la otra señora doncella, su hija, no sé si la metieron monja o la casaron. Oí decir que fué a Valladolid e se casó un caballero con ella; no lo sé bien. E la otra su hija que estaba contrecha de un lado oí decir que la metieron monja en Sevilla o en Sant Lucar. No sé sus nombres, e por esto no los nombro, ni tampoco diré qué se hicieron tantos mil pesos de oro que tenían para sus casamientos [1].

CAPITULO CCV

De los valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados que pasamos desde la isla de Cuba con el venturoso e animoso don Hernando Cortés, que después de ganado México fué Marqués del Valle y tuvo otros ditados.

Primeramente el mismo marqués don Hernando Cortés; murió junto a Sevilla, en una villa o lugar que se dice Castilleja de la Cuesta. Y pasó don Pedro de Alvarado, que después de ganado México fué comendador de Santiago y adelantado y gobernador de Guatimala [1]; murió en lo de Ja-

(1) Tachado en el original: "hubo muchas pláticas e sospechas que se tuvo dende su casamiento a esta causa, pues yo no lo sé ni toco más en esta tecla; ayúdelo Dios y a mí me perdone mis pecados, amén. Supe que el fraile hermano de la marquesa era muy codicioso e tenía mala cara y peores ojos usturnios".

(1) Tachado en el original: "e Honduras y Chiapa".

lisco yendo que fué a socorrer un ejército que estaba sobre los peñoles de Nochiztlán. Y pasó un Gonzalo de Sandoval, que fué capitán muy priminente y alguacil mayor en lo de México, y fué gobernador cierto tiempo en la Nueva España en compañía del tesorero Alonso de Estrada; tuvo dél gran noticia Su Majestad, y murió en Castilla, en la villa de Palos, yendo que iba con don Hernando Cortés a besar los pies a Su Majestad. Y pasó un Cristóbal de Olí, esforzado capitán y maestre de campo que fué en lo de las guerras de México, y murió en lo de Naco degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le hobo dado Cortés. Destos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados delante de Su Majestad cuando Cortés fué a la corte y dijo al emperador nuestro señor que tuvo en su ejército, cuando conquistó a México, tres capitanes que podían ser contados entre los muy afamados que hobo en el mundo: el primero, que era don Pedro de Alvarado, demás de ser muy esforzado, tenía gracia ansí en su persona y parecer y razonamientos para hacer gente de guerra [1]; y dijo por el Cristóbal de Olí que era un Héctor en esfuerzo para combatir persona por persona, y que si como era esforzado tuviera consejo, fuera muy más tenido, mas que había de ser mandado; y dijo por el Gonzalo de Sandoval, que era tan valeroso ansí en esfuerzo como en consejo, que podía ser coronel de ejércitos, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer; y también loó Cortés que tuvo muy buenos y osados soldados. Y a esto dice Bernal Díaz del Castillo, el autor desta relación, que si esto escribiera Cortés la primera vez que le hizo relación de las cosas de la Nueva España, bueno fuera, mas en aquella sazón quescribió a su Majestad toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba a sí mesmo y no hacía relación de nosotros. Y volviendo a nuestra materia, pasó otro buen capitán y bien animoso que se decía Juan Velázquez de León; murió en las puentes. Y pasó don Francisco de Montejo, que después de ganado México fué adelantado y gobernador de Yucatán y tuvo otros ditados; murió en Castilla [2]. Y pasó Luis Marín, capitán que fué en lo de México, persona preminente y bien esforzado: murió de su muerte. Y pasó un Pedro de Ircio, era ardid de corazón y era algo de mediana estatura, y hablaba mucho que haría y acontecería por su persona, y no era para nada, y llamábamosle que era otro Agrajes sin obras, en el hablar, fué capitán en el real de Sandoval. Y pasó otro buen capitán que se decía Andrés de Tapia; fué muy esforzado; murió en México. Pasó un Joan de Escalante, capitán que fué en la Villa Rica entre tanto que fuimos a México; murió en poder de indios en la que nombramos la de Almería, que son unos pueblos questán entre Tuzapán y Cempoal, y también murieron en su compañía siete soldados que ya no se me acuerda su nombre, y le mataron el caballo; éste fué el primer desmán que tuvimos en la Nueva España. Y también pasó un Alonso de Avila; fué capitán y el primer contador que hubo en la Nueva España, persona muy esforzada; fué algo amigo de ruidos, y don Hernando Cortés, conociendo su inclinación, por que no hubiese cizañas procuró de le enviar por procurador a la Española, donde re-

(1) Testado en el original: "y convocallos para ir a cualquier parte aunque fuese muy peligroso".

(2) Tachado en el original: "yendo que iba a pleitos y negocios".

sidían la Audiencia Real y los frailes jerónimos, y cuando le envió le dió buenas barras y joyas de oro por contentalle (1). Pasó un Francisco de Lugo, capitán que fué de entradas, hombre bien esforzado; fué hijo bastardo de un caballero que se decía Alvaro de Lugo "el Viejo", señor de unas villas que están cabe Medina del Campo que se dicen Fuenencastin e villa Fraga e murió de su muerte. Y pasó un Andrés de Monjaraz, capitán que fué en lo de México; estaba muy doliente de bubas y no le ayudaba su dolencia para la guerra. Y pasó un Diego de Ordaz, capitán que fué en la primera vez que fuimos sobre México, y después de ganado México fué comendador de Santiago; murió en el Marañón. Y pasaron cuatro hermanos de don Pedro de Alvarado, que se decían Jorge de Alvarado; fué capitán en lo de México y en lo de Guatimala; murió en Madrid en el año de mill e quinientos cuarenta, y el otro su hermano se decía Gonzalo de Alvarado; murió de su muerte en Guaxaca; el otro se decía Gomez de Alvarado murió en el Perú, y el Joan de Alvarado era bastardo; murió en la mar yendo a la isla de Cuba. Pasó un Juan Jaramillo, capitán que fué de un bergantin cuando estábamos sobre México; fué persona preminente; murió de su muerte. Pasó un Cristóbal Flores, persona que fué de valía; murió en lo de Jalisco yendo que fué con Nuño de Guzmán. Y pasó un Cristóbal Martín de Gamboa, caballerizo que fué de Cortés; murió de su muerte. Pasó un Caicedo; fué hombre rico; murió de su muerte. Y pasó un Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rio-

(1) Testado en el original: "y los negocios que entonces llevó fué acerca de la manera que se había de tener de nuestras conquistas y en el herrar por esclavos los indios que hubiesen dado primero la obidiencia a Su Majestad y después de dada se volviesen o hubiesen vuelto a levantar, y en las paces haber muerto cristianos por traición, de lo cual desque vino el Alonso de Avila de la Española, y viendo que traía buenos despachos, le volvió a enviar a Castilla, porque ya teníamos conquistado a México, porque entre tanto que estábamos conquistando la Nueva España y ganando a México el Alonso de Avila no se halló en ninguna conquista más de la entrada que primero fuimos a México y después que salimos huyendo, porque, como dicho tengo, estava en la Española, y entonces por mas le contentar y apartalle de sí le dió un buen pueblo que se dice Guatitán y barras de oro por que hiciese bien los negocios y dijese de su persona de Cortés ante Su Majestad mucho bien; y entonces también don Hernando Cortés envió en su compañía del Alonso de Avila a un Hulano de Quiñones, natural de Zamora, capitán que fué de la guarda de don Hernando Cortés, y les dió poder para que procurasen las cosas de la Nueva España, y con ellos envió la gran riqueza del oro y plata y joyas y otras muchas cosas que hubimos en la toma de México, y la recámara del oro que solia tener Montezuma y Guatemuz, los grandes caciques de México. Y quiso la ventura que al Quiñones acuchillaron en la isla de la Tercera sobre amores de una mujer, y murió de las heridas, e yendo el Alonso de Avila su viaje cerca de Castilla le topó una armada de franceses, en que venía por capitán della un Juan Florín, y le robó el oro y plata y navío y le llevó preso a Francia, y estuvo preso cierto tiempo, y a cabo de dos años le soltó el francés que le tenía y se vino a Castilla; y en aquella sazón estaba en la corte don Francisco de Montejo, adelantado de Yucatán, y se vino con él con cargo de contador de Yucatán; y entonces, o poco tiempo antes, había venido a México un Gil González de Benavides, hermano de Alonso de Avila, el cual solia estar en la isla de Cuba, y como el Alonso de Avila estaba en Yucatán y el Gil González en México, envió poder a su hermano Gil González de Benavides para que tuviese en sí y se sirviese del pueblo de Guatitán; y como el Gil Gonzáles fué con nosotros en aquel tiempo a las Hibueras, porque nunca fué conquistador de la Nueva España, y se pasaron ciertos años que se servía y llevaba los tributos del dicho pueblo y, según paresció, sin tener título dél sino más del poder quel hermano le envió, y en aquel tiempo murió el Alonso de Avila y, según paresció, el fiscal de Su Majestad puso demanda para que se diese aquel pueblo a Su Majestad, pues el Alonso de Avila era fallecido, y sobre este pleito hobo los alborotos y rebeliones y muertes que en México se hicieron, y desterrados que hubo y otros con mala fama, y si todo esto bien se nota, hobo mal fin, y en peor acabó. El Quiñones que iba a Castilla murió acuchillado en la Tercera; el oro y plata, robado por la armada de Juan Florín, francés; el Alonso de Avila, preso en Francia; el mismo Juan Florín que lo robó fué preso en la mar por vizcaínos y ahorcado en el puerto del Pico; el pueblo de Guatitán se quitó a los hijos del Gil González de Benavides, y sobre ello fueron degollados, porque, según se halló, no tuvieron la lealtad que eran obligados al servicio de Su Majestad, y con ellos justiciaron y desterraron otras personas, y otros quedaron con mala fama. He querido poner esto en esta relación, aunque creo que no había necesidad, para que se vea sobre qué fué el desasosiego de México. Harto estarán de haber oído estos sucesos. Pasemos adelante y volvamos a decir de nuestra materia".

seco, y porque era muy polido le llamábamos "el Galán", y decían que fué mastresala del almirante de Castilla; murió en las puentes en poder de indios. Y pasó un Gonzalo Domínguez, muy esforzado y gran jinete; murió en poder de indios. Y pasó un Fulano Morón, bien esforzado y buen jinete; murió en poder de indios. Y pasó un Francisco de Morla, muy esforzado soldado y buen jinete, natural de Jerez; murió en las puentes en poder de indios. Y también pasó otro buen soldado que se decía Mora, natural de Ciudad Rodrigo; murió en los peñoles questan en la provincia de Guatimala. Y pasó un Francisco Corral, persona que valía mucho; murió en la Veracruz. Y pasó un Fulano de Lares, bien esforzado y buen jinete; matáronle indios. Y pasó otro Lares, ballestero; murió en poder de indios. Pasó un Simón de Cuenca; fué mayordomo de Cortés; murió en lo de Xicalango en poder de indios, y también murieron en su compañía otros diez soldados que no se me acuerdan sus nombres. Y también pasó un Francisco de Medina, natural de Aracena; fué capitán en una entrada; murió en lo de Xicalango en poder de indios, y también murieron en su compañía otros soldados. Y pasó un Maldonado "el Ancho", natural de Salamanca, persona preminente y había sido capitán de entradas; murió de su muerte. Y pasaron dos hermanos que se decían Francisco Alvarez Chico y Joan Alvarez Chico, naturales de Fregenal: el Francisco Alvarez era hombre de negocios y estaba doliente; murió en la isla de Santo Domingo; el Juan Alvarez murió en lo de Colimar en poder de indios. Y pasó un Francisco de Terrazas, mayordomo que fué de Cortés, persona preminente; murió de su muerte. Y pasó un Cristóbal del Corral, el primer alférez que tuvimos en lo de México, persona bien esforzada; fuese a Castilla, y allá murió. Y pasó un Antonio de Villareal, marido que fué de Isabel de Ojeda, que después se mudó el nombre e dijo que se decía Antonio Serrano de Cardona; murió de su muerte. Y pasó un Francisco Rodríguez Magariño, persona preminente; murió de su muerte. Y pasó un Francisco Flores de Guaxaca, persona muy noble; murió de su muerte. Y pasó un Alonso de Grado; éste casó con una hija de Montezuma que se decía doña Isabel, y murió de su muerte. Y pasaron cuatro soldados que tenían por sobrenombres Solises: el uno, que era hombre anciano, murió en poder de indios; el otro se decia Solís "Casquete" porque era algo arrebataquistiones; murió de su muerte en Guatimala; el otro se decía Pedro de Solís "Tras la puerta" porquestaba siempre en su casa tras la puerta mirando los que pasaban por la calle y él no podía ser visto; fué yerno de un Orduña "el Viejo" de la Puebla y murió de su muerte, y el otro Solís se decía "el de la Huerta" porque tenía una muy buena huerta y sacaba buena renta della, y también le llamaban "Sayo de Seda", porque se preciaba mucho de traer seda; murió de su muerte. Y pasó un esforzado soldado que se decía Benítez; murió en poder de indios. Y pasó otro un esforzado soldado que se decía Juan Ruano; murió en las puentes en poder de indios. Y pasó un Bernaldino Vázquez de Tapia, persona muy preminente e rico; murió de su muerte. Y pasó un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo, y bien se puede decir que, después de Dios, por el Cristóbal de Olea salvó la vida don Hernando Cortés: la primera vez en lo de Suchimilco, cuando se

vió Cortés en grande aprieto, que le derribaron del caballo que se decía *el Romo* los escuadrones de guerra mexicanos, y este Olea llegó de los primeros a le socorrer, e hizo tales cosas por su persona, que tuvo lugar don Fernando Cortés de cabalgar en el caballo, y luego le socorrieron tascaltecas e otros soldados que en aquel tiempo llegamos, y el Olea quedó muy mal herido, y la postrera vez le socorrió el mismo Cristóbal de Olea cuando en México, en la calzadilla, le desbarataron los mexicanos al mismo Cortés y le mataron sesenta y dos soldados, y al mismo don Fernando Cortés le tenían ya asido y engarrafado un escuadrón de mexicanos para le llevar a sacrificar, y le habían dado una cuchillada en una pierna, y el buen Olea con su ánimo muy esforzado peleó tan valerosamente que les quitó de su poder a Cortés, y allí perdió la vida este animoso varón, que agora que lo estoy escribiendo se me enternece el corazón, que me parece que agora lo veo y se me representa su persona y gran ánimo, y de aquella [1] derrota escribió Cortés a Su Majestad que no fueron sino veinte y ocho los que murieron, y, como digo, fueron sesenta y dos. Y también pasó con noscotros un esforzado soldado que tenía una mano menos, que se la habían cortado en Castilla por justicia; murió en poder de indios. Y también pasó otro buen soldado que se decía Tobilla, que derrenqueaba de una pierna, que se había hallado en la del Garellano con el Gran Capitán; murió en poder de indios. Y pasaron dos hermanos que se decían Gonzalo López de Gimena y Joan López de Gimena: el Gonzalo López murió en poder de indios y el Juan López fué alcalde mayor en la Veracruz y murió de su muerte. Y pasó un Juan de Cuéllar, buen jinete; éste casó primeramente con una hija del señor de Tezcuco, que se decía su mujer doña Ana y era hermana de este Suchel, señor del mismo Tezcuco; murió de su muerte. Y pasó otro Fulano de Cuéllar, deudo que decían ser de Francisco Verdugo, vecino de México, y murió de su muerte. Y pasó un Santos Hernández, hombre anciano, natural de Coria; que sobrenombre le llamábamos "el Buen Viejo", jinete, murió de su muerte. Y pasó un Pedro Moreno Medrano, vecino que fué de Veracruz, y muchas veces fué en ella alcalde ordinario, y era reto en hacer justicia, y después se fué a vivir a la Puebla; fué hombre que sirvió muy bien a Su Majestad ansí de soldado como en hacer justicia; murió de su muerte. Y pasó un Juan de Limpias Caravajal, buen soldado, capitán que fué de bergantines, y ensordeció estando en la guerra; murió de su muerte. Y pasó un Melchior de Alávez, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte. Y pasó un Román López, que después de ganado México se le quebró un ojo, persona preminente; murió en Guaxaca. Pasó un Villandrando, decían que era deudo del conde de Ribadeo, persona preminente; murió de su muerte. Y pasó un Osorio, natural de Castilla la Vieja; fué buen soldado y persona de mucha cuenta; murió en la Veracruz. Y pasó un Rodrigo de Castañeda; fué nahuatato y buen soldado; murió en Castilla. Y pasó un Hulano de Pilar; fué buena lengua; murió en lo de Cuyuacán cuando fué con Nuño de Guzmán [1].

(1) Tachado en el original: "sangrienta".

(1) Testado en el original: "y pasó un buen soldado que se dice Francisco de Olmos; es persona rica y vive en México".

Y pasó otro muy esforzado y buen soldado que se dice Hulano Granado; vive en México. Pasó un Martín López, fué muy buen soldado; este fué el maestro de hacer los trece bergantines, que fué harta ayuda para ganar a México, y de soldado sirvió muy bien a Su Majestad; vive en México. Y pasó un Juan de Nájara, buen soldado y ballestero; sirvió bien en la guerra. Y pasó un Ojeda, vecino de los zipotecas, y quebráronle un ojo en lo de México. Y pasó un Hulano de la Serna, que tuvo unas minas de plata; tenía un cuchillada por la cara que le dieron en la guerra; no me acuerdo qué se hizo dél. Y pasó un Alonso Hernández Puerto Carrero, primo del conde de Medellín, caballero preminente, y éste fué a Castilla la primera vez que enviamos presentes a Su Majestad, y en su compañía fué don Francisco de Montejo antes que fuese adelantado, y llevaron mucho oro en granos sacado de las minas, como joyas de diversas hechuras, y el sol de oro y la luna de plata, y según paresció, el obispo de Burgos, que se decía don Juan Rodríguez de Fonseca, arzobispo de Rosano, mandó prender al Alonso Hernández Puerto Carrero porque decía al mismo obispo que quería ir a Flandes con el presente ante Su Majestad y porque procuraba por las cosas de Cortés, y tuvo achaque el obispo para le prender porque le acusaron que había traído a la isla de Cuba una mujer casada, y en Castilla murió, y puesto que era uno de los principales compañeros que con nosotros pasaron, se me olvidaba de poner en esta cuenta (1) hasta que me acordé dél (2). Y pasó otro buen soldado que se decía Luis de Zaragoza. Y vamos adelante, que también pasó un Hulano de Villalobos, natural de Santa Olalla, que se fué a Castilla rico. Y pasó un Tirado de la Puebla; era hombre de negocios; murió de su muerte. Y pasó un Juan del Río; fué a Castilla. Y pasó un Juan Rico de Alanís, buen soldado; murió en poder de indios. Y pasó un Gonzalo Hernández de Alanís, bien esforzado soldado. Y pasó un Juan Ruiz de Alanís; murió de su muerte. Y pasó un Hulano Navarrete, vecino que fué de Pánuco; murió de su muerte. Y pasó un Francisco Martín Vendaval; vivo le llevaron los indios a sacrificar, y ansimismo otro su compañero que se decía Pedro Gallego, y desto echamos mucha culpa a Cortés, porque quiso echar una celada a unos escuadrones mexicanos, y los mexicanos le engañaron y se la echaron al mismo Cortés y le arrebataron los dos soldados por mí declarados y los llevaron a sacrificar delante sus ojos, que no se pudieron valer. Y pasaron tres soldados que se decían Trujillos, el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado; murió en poder de indios, y el otro era natural de Huelva o de Moguer; también fué de mucho ánimo; murió en poder de indios; y el otro era natural de León; también murió en poder de indios. Y pasó un soldado que se decía Juan Flamenco; murió de su muerte. Y pasó un Francisco del Barco, natural del Barco de Avila, capitán que fué en la Chuluteca; murió de su muerte. Y pasó un Juan Pérez, que mató a su mujer, que se decía la mujer "la Hija de la Vaquera"; murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado que se decía Rodrigo de Jara "el Corcovado", extremado hombre por su persona; murió en Colimar o en Zacatula. E pasó otro buen soldado

(1) Tachado en el original: "de los primeros".

(2) Testado en el original: "e perdóneme".

que se decía Madrid "el Corcovado"; murió en Colimar o en Zacatula. Y pasó otro soldado que se decía Juan de Inís; este fué ballestero; murió de su muerte. Y pasó un Hulano de Alamillo, vecino que fué de Pánuco, buen ballestero; murió de su muerte. Y pasó un Hulano Morón, gran músico, vecino de Colimar o Zacatula; murió de su muerte. Pasó un Hulano de Varela, buen soldado, vecino que fué de Colimar o Zacatula; murió de su muerte. Y pasó un Hulano de Valladolid, vecino de Colimar o Zacatula; murió en poder de indios. Y pasó un Hulano de Villa, fuerte persona que valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo don Hernando Cortés, y era vecino de Zacatula o de Colimar; murió de su muerte. Y pasó un Juan Ruiz de la Parra, vecino que fué de Colimar o de Zacatula; murió de su muerte. Y pasó un Hulano Gutiérrez, vecino de Colimar o Zacatula; murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado que se decía Valladolid "el Gordo"; murió en poder de indios. Y pasó un Pacheco, vecino que fué de México, persona preminente; murió de su muerte. Y pasó un Hernando de Lerma o de Lema, hombre anciano que fué capitán; murió de su muerte. Y pasó un Hulano Juárez "el Viejo", que mató a su mujer con una piedra de moler maíz; murió de su muerte. Y pasó un Hulano de Angulo e un Francisco Gutiérrez y otro mancebo que se decía Santa Clara, vecinos que fueron de la Habana; todos murieron en poder de indios. Y pasó un Garci-Caro, vecino que fué de México; murió de su muerte. Y pasó un mancebo que se decía Larios, vecino que fué de México, que tuvo pleitos sobre sus indios; murió de su muerte. Y pasó un Juan Gómez, vecino que fué de Guatimala; fué rico a Castilla. Y pasaron dos hermanos que se decían los Jiménez, naturales que fueron de Linguijuela de Extremadura; el uno murió en poder de indios y el viejo de su muerte. Y pasaron dos hermanos que se decían los Florianes; murieron en poder de indios. Y pasó un Francisco González de Nájara e un su hijo que se dice Pero González de Nájara, y dos sobrinos del Francisco González que se decían los Ramírez; el Francisco González murió en los peñoles questán en lo de la provincia de Guatimala, y los dos sobrinos en las puentes de México. Y pasó otro buen soldado que se decía Amaya, vecino que fué de Guaxaca; murió de su muerte. Y pasaron dos hermanos que se decían Carmonas, naturales de Jerez; murieron de sus muertes. Y pasaron otros dos hermanos que se decían los Vargas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte. Y pasó un muy buen soldado que se decía de Gaspar de Polanco, natural de Avila, vecino que fué de Guatimala; murió de su muerte. Y pasó un Hernán López de Avila, tenedor que fué de los bienes de difuntos; fué a Castilla rico. Y pasó un Juan de Aragón, vecino de Guatimala. Y pasó un Andrés de Rodas, vecino de Guatimala; murió de su muerte. Y pasó un Hulano de Cieza, que tiraba muy bien una barra; murió en poder de indios. Y pasó un Santisteban "el Viejo de Chiapa"; murió de su muerte. Y pasó un Bartolomé Pardo; murió en poder de indios. Y pasó Bernaldino de Coria, vecino que fué de Chiapa, padre de uno que se decía Centeño; murió de su muerte. Y pasó un Pedro Escudero e un Juan Cermeño e otro su hermano deste Cermeño, que también se decía Cermeño, buenos soldados: al Pedro Escudero y al Juan Cermeño mandó

don Fernando Cortés ahorcar porque se alzaban en un navío para ir a la ísla de Cuba a dar mandado a Diego Velázquez, gobernador della, de cuándo y cómo enviamos los procuradores y oro y plata a Su Majestad para que lo saliesen a tomar en la Habana, y quien lo descubrió fué el Bernaldino de Coria, vecino que fué de Chiapa, y, como digo, murieron ahorcados. Y pasó un Gonzalo de Umbría, muy buen soldado; a éste también mandó Cortés que le cortasen los dedos de los pies porque se iba con los demás; fuése a Castilla a quejar delante de Su Majestad, y le fué muy contrario a Cortés, y Su Majestad le mandó dar su real cédula para que en la Nueva España le diesen mill pesos de renta, y nunca vino de Castilla, que allá murió. Y pasó un Rodrigo Rangel, que fué persona preminente y estaba muy tullido de bubas; no fué en la guerra para que dél se hiciese memoria, y de dolores murió. Y pasó un Francisco de Orozco, que también estaba malo de bubas y había sido soldado en Italia, questuvo ciertos días por capitán en lo de Tepeaca entre tanto questuvimos en la guerra de México; no sé qué se hizo ni dónde murió. Y pasó un soldado que se decía Mesa y había sido artillero y soldado en Italia, y ansí lo fué en esta Nueva España, y murió ahogado en esta Nueva España en un río después de ganado México. Y pasó otro muy esforzado soldado que se decía Hulano Arbolanche, natural de Castilla la Vieja; murió en poder de indios. Y pasó otro buen soldado que se decía Luis Velázquez, natural de Arévalo; murió en lo de las Hibueras cuando fuimos con Cortés. Y pasó un Martín García, valenciano, buen soldado murió en lo de las Hibueras cuando fuimos con Cortés. Y pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Barrientos; éste se fué de Tustepeque a acoger entre los de Chinanta, cuando se alzó México, y en lo de Tuztepeque murieron sesenta y seis soldados y cinco mujeres de Castilla de los de Narváez y de los nuestros, que mataron los mexicanos questaban en guarnición en aquella provincia. Y también pasó otro muy buen soldado que se decía Alonso Luis o Juan Luis, y era muy alto de cuerpo, y le decíamos por sobrenombre "el Niño"; murió en poder de indios. Y pasó otro buen soldado que se decía Hernando Burgueno, natural de Aranda de Duero; murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Monroy, e porque se decía que era hijo de un comendador de Santisteban, porque no le conociesen se llamaba Salamanca; murió en poder de indios. Y pasó un Almodóvar "el Viejo", e un hijo suyo que se decía Alvaro de Almodóvar, y dos sobrinos que tenían el mismo sobrenombre de Almodóvar, el un sobrino murió en poder de indios y "el Viejo" y el Alvaro y el sobrino murieron de su muerte. Y pasaron dos hermanos que se decían los Martínez, naturales de Fregenal, buenos hombres por sus personas, y murieron en poder de indios. Y pasó un buen soldado que se decía Juan del Puerto; murió tullido de bubas. Y pasó otro buen soldado que se decía Lagos; murió en poder de indios. Y pasó un fraile de Nuestra Señora de las Mercedes, que se decía fray Bartolomé de Olmedo, y era teólogo y gran cantor; murió de su muerte. Y pasó un clérigo presbítero que se decía Joan Díaz, natural de Sevilla; murió de su muerte. Y pasó otro soldado que se decía [1], natu-

(1) Aquí hay un espacio en blanco. Remón lo llena en su edición con el nombre de "Sancho de Avila". Fol. 242 vto.

ral de las Garrovillas; éste, según decían, había llevado a Castilla de la isla de Santo Domingo cinco mill pesos de oro que cogió de unas minas ricas, y como llegó a Castilla lo gastó y jugó y se vino con nosotros, e indios le mataron. Y pasó un Alonso Hernández Paulo, ya hombre viejo, y dos sobrinos: el uno se decía Alonso Hernández, buen ballestero, y el otro su sobrino no se me acuerda el nombre; el Alonso Hernández murió en poder de indios, y el viejo y el otro su sobrino murieron de sus muertes. Y pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Almesta, natural de Sevilla o de Aljarabe; murió en poder de indios. E pasó otro buen soldado que se decía Rabanal, montañés, murió en poder de indios. E pasó otro muy buen hombre por su persona, que se decía Pedro de Guzmán, e se casó con una valenciana que se decía doña Francisca de Valterra; fuése al Perú e hobo fama que murieron helados él y la mujer. E pasó un buen ballestero que se decía Cristóbal Díaz, natural de Colmenar de Arenas; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía Retamales; murió en poder de indios en lo de Tabasco. E pasó otro esforzado soldado que se decía Ginés Nortes; murió en lo de Yucatán en poder de indios. E pasó otro muy diestro soldado e bien esforzado que se decía Luis Alonso, e cortaba muy bien con una espada; murió en poder de indios. E pasó un Alonso Catalán, buen soldado; murió en poder de indios, y otro soldado que se decía Juan Siciliano, vecino que fué de México, murió de su muerte. E murió otro buen soldado que pasó con nosotros, que se decía Hulano de Canillas, que fué en Italia atambor, e ansí lo fué en esta Nueva España, como he dicho; murió en poder de indios. Y pasó un Pedro Hernández, secretario que fué de Cortés, natural de Sevilla; murió en poder de indios. Y pasó un Juan Díaz que tenía una gran nube en el ojo, natural de Burgos, e traía a cargo del rescate e vituallas que traía Cortés; murió en poder de indios. E pasó un Diego de Coria, vecino que fué de México; murió de su muerte. E pasó otro buen soldado mancebo que se decía Juan Núñez de Mercado; decían que era natural de Cuéllar, e otros decían que era natural de Madrigal; este soldado cegó de los ojos, vecino que agora es de la Puebla. E pasó otro buen soldado, y el más rico de todos los que pasamos con Cortés, que se decía Juan Sedeño, natural de Arévalo, y trujo un navío suyo e una yegua e un negro e tocinos e mucho pan cazabi; murió de su muerte y fué persona preminente. E pasó un Hulano de Baena, vecino que fué de la Trinidad; murió en poder de indios. E pasó un Zaragoza, ya hombre viejo, padre que fué de Zaragoza, el escribano de México; murió de su muerte. E pasó un buen soldado que se decía Diego Martín, de Ayamonte; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía Cárdenas; decía él mismo que era nieto del comendador mayor don Hulano Cárdenas; murió en poder de indios. Y pasó otro soldado que se decía Cárdenas, era hombre de la mar, piloto, natural de Triana; este fué el que dijo que no había visto tierra a donde hobiese dos reyes como en la Nueva España, porque Cortés llevaba quinto como rey después de sacado el real quinto, e de pensamiento cayó malo e fué a Castilla e dió relación dello a Su Majestad e de otras cosas de agravios que le habían hecho, e fué muy contrario en las cosas de Cortés, e Su Majestad le mandó dar su real cédula para que le diese indios que rentasen mill pesos, e ansí como vino con ella

a México murió de su muerte. E pasó otro muy buen soldado que se decía Argüello, natural de León, murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Diego Hernández, natural de Saelices de los Gallegos, e ayudó aserrar la madera de los bergantines, e cegó e murió de su muerte. E pasó otro buen soldado de muchas fuerzas e animoso, que se decía Hulano Vásquez; murió en poder de indios. E pasó otro buen soldado, e era ballestero, que se decía Arroyuelo; decían que era natural de Olmedo; murió en poder de indios. E pasó un Hulano Pizarro, capitán que fué en entradas; decía Cortés que era su deudo; en aquel tiempo no había nombre de Pizarros, ni el Perú estaba descubierto; murió en poder de indios. E pasó un Alvarez López, vecino que fué de la Puebla; murió de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso Yáñez, natural de Córdoba, y este soldado fué con nosotros a las Hibueras, e entre tanto que fué se le casó la mujer con otro marido, e desque volvimos de aquel viaje no quiso tomar a la mujer; murió de su muerte. E pasó un buen soldado e bien suelto peón que se decía Magallanes, portugués; murió en poder de indios. E pasó otro portugués, platero; murió en poder de indios. E pasó otro portugués, ya hombre anciano, que se decía Alonso Martín de Alpedrino; murió de su muerte. E pasó otro portugués que se decía Juan Alvarez Rubazo; murió de su muerte. E pasó otro muy esforzado portugués que se decía Gonzalo Sánchez; murió de su muerte. E pasó otro portugués, vecino que fué de la Puebla, que se decía Gonzalo Rodriguez, persona preminente; murió de su muerte. E pasaron otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se decían los Villanuevas, altos de cuerpos; no sé qué se hicieron e dónde murieron. E pasaron tres soldados que tenían por sobrenombre Hulanos de Avila: el uno, que se decía Gaspar de Avila, fué yerno de Artigosa el escribano; murió de su muerte; el otro Avila se allegaba con el capitán Andrés de Tapia; murió en poder de indios, e el otro Avila no me acuerdo a dónde fué a ser vecino. E también pasaron dos hermanos, ya hombres ancianos, que se decían Bandadas; decían que eran naturales de tierra de Avila; murieron en poder de indios. Y pasaron tres soldados que tenían por sobrenombre todos tres Espinosas: el uno era vizcaíno e murió en poder de indios, y el otro se decía Espinosa de la Bendición, porque siempre traía por plática, e era muy buena aquella plática, "con la buena bendición", e murió de su muerte, y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros: murió en poder de indios. E pasó un Pero Perón, de Toledo; murió de su muerte. E vino otro buen soldado que se decía Villasinda, natural de Portillo; murió de su muerte. E pasaron dos buenos soldados que se decían por sobrenombre San Juanes: al uno llamábamos San Juan "el Entonado" porque era muy pretencioso, y murió en poder de indios, y al otro se decía San Juan de Uchila; era gallego; murió de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Martín Izquierdo, natural de Castromocho; fué vecino en la villa de San Miguel, sujeta a Guatimala; murió de su muerte. E pasó un Aparicio, que se casó con una que se decía "la Medina", natural de Medina de Rioseco, vecino que fué de San Miguel; murió de su muerte. E pasó un buen soldado que se decía Cáceres, natural de Trujillo; murió en poder de indios. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Herrera,

natural de Jerez; éste fué capitán en los Zapotecas e acuchilló a otro capitán que se decía Figueroa sobre ciertas contiendas de las capitanías, e por temor del tesorero Alonso de Estrada, que en aquella sazón era gobernador, porque no le prendiese se fué a lo del Marañón, e allá murió en poder de indios, e el Figueroa se ahogó en el mar yendo a Castilla. E también pasó un mancebo que se decía Maldonado, natural de Medellín; estaba muy malo de bubas, e no sé si murió de su muerte, ni lo digo por Maldonado el de la Veracruz, marido que fué de doña María del Rincón. E pasó otro soldado que se decía Morales, ya hombre anciano, que renqueaba de una pierna, decía que fué soldado del comendador Solís; fué alcalde ordinario en la Villa Rica e hacía recta justicia. E pasó otro soldado que se decía Escalona "el Mozo"; murió en poder de indios. E pasaron otros tres soldados que todos tres fueron vecinos de la Villa Rica, e nunca fueron a guerra ni a entrada ninguna de la Nueva España; el uno le decían Arévalo, e al otro Juan León, y al otro Madrigal; murieron de su muerte. E pasó también otro soldado que se decía por sobrenombre Lencero, cuya fué la venta que agora se dice de "Lencero", que está entre la Veracruz e la Puebla, e fué buen soldado, e murió de su muerte. E pasó un Pedro Gallego, hombre gracioso e decidor, e también tuvo otra venta camino derecho cuando van de la Veracruz a México; murió de su muerte. E pasó un Alonso Durán, que era algo bisojo, que no vía bien, que ayudaba de sacristán; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía Navarro, e que se allegaba en todo lo del capitán Sandoval, e después se casó en la Veracruz; murió de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, e murió en poder de indios. E pasaron dos soldados que se decían, el uno Juan de Manzanilla, y el otro Pedro de Manzanilla, e murió en poder de indios, y el Juan de Manzanilla fué vecino de la Puebla; murió de su muerte. E pasó un soldado que se decía Benito de Bejel; fué atambor e tamborino de ejércitos de Italia, e también lo fué en esta Nueva España; murió de su muerte. E pasó un Alonso Romero, vecino que fué de la Veracruz, persona rica e preminente; murió de su muerte. E pasó un Niño Pinto, su cuñado, vecino que fué de la Veracruz, preminente persona e rica; murió de su muerte. E pasó un buen soldado que se decía Sindos de Portillo, natural de Portillo, e tenía muy buenos indios y estaba rico, e dejó sus indios y vendió sus bienes e los repartió a pobres, e se metió a fraile francisco, e fué de santa vida; este fraile fué conoscido en México, y era público que murió santo y que hizo milagros, y era casi un santo; e otro buen soldado que se decía Francisco de Medina, natural de Medina del Campo, se metió a fraile francisco e fue buen religioso; e otro buen soldado que se decía Quintero, natural de Moguer, e tenía buenos indios e estaba rico, e lo dió por Dios e se metió a fraile francisco, e fué buen religioso; e otro buen soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fué la venta que agora se llama de Aguilar, que está entre la Veracruz e la Puebla, y estaba rico y tenía buen repartimiento de indios, todo lo vendió e lo dió por Dios, y se metió a fraile dominico y fué muy buen religioso; este fraile Aguilar fué muy conoscido y fué muy buen fraile dominico; y otro buen soldado que se decía Hulano Burguillos,

tenía buenos indios y estaba rico, e lo dejó y se metió a fraile francisco; e este Burguillos después se salió de la orden e no fué tan buen religioso como debiera; e otro buen soldado, que se decía Escalante, era muy galán y buen jinete, se metió fraile francisco, y después se salió del monasterio, y desde allí a obra de un mes tornó a tomar los hábitos, e fué muy buen religioso; e otro buen soldado que se decía Lintorno, natural de Guadalajara, se metió fraile francisco e fué buen religioso, e solía tener indios de encomienda e era hombre de negocios; otro buen soldado que se decía Gaspar Diez, natural de Castilla la Vieja, y estaba rico, ansí de sus indios como de tratos, todo lo dió por Dios y se fué a los pinares de Guaxalcingo en parte muy solitaria, e hizo una ermita y se puso en ella por ermitaño, e fué de tan buena vida, e se daba ayunos e deceplinas, que se puso muy flaco e debilitado, e decían que dormía en el suelo en unas pajas, e que desque lo supo el [1] buen obispo don fray Juan de Zumarra lo envió a llamar o le mandó que no se diese tan áspera vida, e tuvo tan buena fama de ermitaño Gaspar Díez, que se metieron en su compañía otros dos ermitaños e todos hicieron buena vida, e a cabo de cuatro años que allí estaban fué Dios servido llevarle a su santa gloria. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso Bellido, y murió en poder de indios. E vino un Hulano Peinado, que se tullió de mal de bubas después de ganado México; murió en la Veracruz. E pasó otro buen soldado que se decía Ribadeo, gallego; murió en poder de indios, en lo de Almería. E pasó otro soldado que se decía "el Galleguillo", porque era chico de cuerpo; murió en poder de indios. E pasó un esforzado e osado soldado que se decía Lerma; se fué entre los indios como aburrido porque Cortés le mandó afrentar sin culpa; nunca se supo dél muerto ni vivo. Y también pasó otro buen soldado que se decía Pineda o Pinedo, criado que había sido del gobernador de Cuba Diego Velázquez, e cuando vino Narváez se iba para el Narváez desde México, e en el camino le mataron indios; sospechóse que Cortés mandó que le matasen. Pasó otro buen soldado e buen ballestero que se decía Pedro López; murió de su muerte. E ansimismo pasó otro Pedro López, ballestero, que fué con el Alonso de Avila a la isla Española, e allá se quedó. Pasaron tres herreros, el uno se llamaba Juan García, y el otro Hernán Martín, que casó con "la Bermuda", e el otro no me acuerdo su nombre; el uno murió en poder de indios, y los dos de sus muertes. E pasó otro soldado que se decía Alvaro Gallego, vecino que fué de México, cuñado de unos Zamoras; murió de su muerte. E pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Paredes, padre de un Paredes que agora está en lo de Yucatán; murió aquél en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Jerónimo Mejía "Rapalpelo", porque decía él mesmo que era nieto de un Mejía que andaba a robar, en el tiempo del rey Don Joan, en compañía de un Centeno; murió en poder de indios. E pasó un Pedro de Tapia, e murió tullido después de ganado México. E pasaron ciertos pilotos que se decían Antón de Alaminos e un su hijo que también tenía el mismo nombre que su padre; eran naturales de Palos; e un Camacho de Triana, e un Juan Alvarez "el Manquillo", de Huelva; e un Sopuesto del Condado, ya hombre anciano; e un Cárdenas;

(1) Tachado en el original: "muy reverendo".

éste fué el que estuvo malo del pensamiento como sacaban dos quintos del oro, el uno para Cortés [1]; e un Gonzalo de Umbría, e hobo otro piloto que se decía Galdin; e también hobo más pilotos, que ya no se me acuerdan sus nombres, mas el que yo ví que se quedó por vecino en México fué el Sopuesta, que todos los demás se fueron a Cuba, e a Jamaica, e a otras islas, e a Castilla a ganar pilotajes, por temor del marqués Cortés, que estaba mal con ellos porque dieron aviso a Francisco de Garay de las tierras que demandó a Su Majestad que le hiciese mercedes, y aun fueron cuatro pilotos dellos a se quejar de Cortés delante de Su Majestad, los cuales se decían los Alaminos, e el Cárdenas, e el Gonzalo de Umbría, e les mandó dar cédulas reales para que en la Nueva España diesen a cada uno a mill pesos de renta, e el Cárdenas vino, e los demás nunca vinieron. E pasó otro soldado que se decía Lucas, ginovés, e era piloto; murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Juan, ginovés; murió en poder de indios. E también pasó otro genovés, vecino que fué de Guaxaca, marido de una portuguesa vieja; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía Enríquez, natural de tierra de Palencia; este soldado se ahogó de cansado e de peso de las armas e del calor que le daban. E pasó otro soldado que se decía Cristóbal, de Jaén, e era carpintero, y murió en poder de indios. E pasó un Ochoa, vizcaíno, hombre rico e priminente, vecino que fué de Guaxaca; murió de su muerte. Y pasó un bien esforzado soldado que se decía Zamudio; fuese a Castilla porque acochilló a uno en México, e en Castilla fué capitán de una compañía de hombres de armas; murió en lo de Castilnovo con otros muchos caballeros españoles. E pasó otro soldado que se decía Cervantes "el Loco"; era chocarrero e truán; murió en poder de indios. E pasó un Plazuela; murió en poder de indios. E pasó un buen soldado que se decía Alonso Pérez el Mainte, que vino casado con una india muy hermosa del Bayamo; murió en poder de indios. E pasó un Martín Vásquez, natural de Olmedo, hombre rico e preminente, vecino que fué de México; murió de su muerte. E pasó un Sebastián Rodriguez; buen ballestero y después de ganado México fué trompeta; murió de su muerte. E pasó otro ballestero que se decía Peñalosa, compañero de Sebastián Rodriguez, e murió de su muerte. E pasó un soldado que se decía Alvaro, hombre de la mar, natural de Palos, que dicen que tuvo en indias de la tierra treinta hijos e hijas; murió entre indios en lo de las Hibueras. E pasó otro soldado que se decía Juan Pérez Malinche, que después le oí nombrar Artiaga, vecino de la Puebla, persona que fué rica; murió de su muerte. E pasó un buen soldado que se decía Pedro González Sabiote; murió de su muerte. E pasó un buen soldado que se decía Jerónimo de Aguilar; este Aguilar pongo en esta cuenta porque fué el que hallamos en la punta de Cotoche, que estaba en poder de indios, e fué nuestra lengua; murió de mal de bubas. E pasó otro soldado que se decía Pedro, valenciano, vecino que fué de México; murió de su muerte. E pasaron dos soldados que tenían por sobrenombre Tarifas, el uno fué vecino de Guaxaca, marido de la Muñiz; murió de su muerte; el otro se decía Tarifa de "las Manos Blancas", natural de Sevilla; púsosele aquel nombre

(1) El autor mencionó ya a este mismo Cárdenas. Véase página 277, casi al final.

porque no era para la guerra ni para cosas de trabajo, sino hablar de cosas pasadas; murió en el río del Golfo Dulce, ahogado él e su caballo, que nunca parecieron. E pasó otro buen soldado que se decía Pero Sánchez Farfán, persona que valía e estuvo por capitán en Tescuco entretanto que estábamos sobre México, murió de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso Escobar "el Paje", de quien se tuvo mucha cuenta de su persona; murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía el bachiller Escobar; era boticario e curaba de zurujano; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía también Escobar, e fué bien esforzado; mas fué tal y tan bollicioso e de malas maneras, que murió ahorcado porque forzó a una mujer e por revoltoso. E pasó otro soldado que se decía Hulano de Santiago, natural de Huelva, e se fué rico a Castilla. E pasó otro su compañero del Santiago que se decía Ponce; murió en poder de indios. E pasó un Hulano Méndez, ya hombre anciano ; murió en poder de indios. E pasaron otros tres soldados que murieron en las guerras que tuvimos en lo de Tabasco: el uno se decía Saldaña, los otros dos no me acuerdo sus nombres. E pasó otro buen soldado e ballestero, que era hombre anciano, que jugaba mucho a los naipes, e murió en poder de indios. E pasó otro soldado anciano que trujo un su hijo que se decía Orteguilla, paje que fué del gran Montezuma; ansí el viejo como el hijo murieron en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Hulano de Gaona, natural de Medina de Rioseco; murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Juan de Cáceres, que después de ganado México fué hombre rico, vecino de México; murió de su muerte. E pasó otro soldado que se decía Hurones, natural de las Garrovillas, y murió de su muerte. E pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Ramírez "el Viejo", que renqueaba de una pierna, vecino que fué de México; murió de su muerte. E pasó otro soldado e bien esforzado que se decía Luis Farfán; murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Morillas; murió en poder de indios. E pasó otro soldado que se decía Hulano de Rojas, que después pasó al Perú e allá murió. E pasó un Astorga, hombre anciano, vecino que fué de Guaxaca; murió de su muerte. E pasó un Pedro Tostado e un su hijo que tenía el mismo nombre: un Tostado murió en poder de indios e el otro de su muerte. E pasó otro buen soldado que se decía Baldovinos; murió en poder de indios. También quiero poner aquí a Guillén de la Loa, e Andrés Núñez, e a maestre Pedro de la Arpa, e a otros tres soldados; este Guillén de la Loa fué persona priminente e era de los que Francisco de Garay había enviado a descubrir lo de Pánuco, e venía a tomar posesión en la tierra por el Garay, e le prendimos a él y a los que traía en su compañía, e por esta causa los pongo en esta relación de los de Cortés; el Guillén de la Loa murió de un cañazo que le dieron en México en un juego de cañas; e el maes-

tre Pedro de la Arpa era valenciano, e murió de su muerte; e también el Andrés Nuñez murió de su muerte, e los demás murieron en poder de indios. E pasó un Porras, muy bermejo e gran cantor; murió en poder de indios. E pasó un Ortiz, gran tañedor de viola e amostraba a danzar; e vino otro su compañero que se decía Bartolomé García, e fué minero en la isla de Cuba, e este Ortiz e Bartolomé García pasaron el mejor caballo que pasó en nuestra compañía, el cual les tomó Cortés e se los pagó; murieron entrambos compañeros en poder de indios. E pasó otro buen soldado que se decía Serrano; era ballestero; murió en poder de indios. E pasó un hombre anciano que se decía Pedro de Valencia; era natural de un lugar que era de Plasencia. E pasó un buen soldado que se decía Quintero; fué maestre de navío; murió en poder de indios. E pasó un Alonso Rodríguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba e estaba rico, e murió en poder de indios en los peñoles que agora llaman Los Peñoles, que ganó el marqués, e también allí murió otro buen soldado que se decía Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, con otros soldados que fueron de los de Narváez. E también pasó un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvíra López "la Larga"; murió ahorcado, juntamente él e otro soldado de los de Cortés que se decía Trebejo, natural de Fuentes Ginaldo, los cuales mandó ahorcar Gil González de Avíla o Francisco de las Casas, e juntamente con ellos ahorcaron a un clérigo de misa, por revolvedores e amotinadores de ejércitos, cuando se venían a la Nueva España desde Naco después que hobieron degollado a Cristóbal de Olí; estos soldados e el clérigo eran de los del Cristóbal de Olí, e a mí me amostraron un árbol e ceiba donde los ahorcaron viniendo que veníamos de las Hibueras en compañía del capitán Luis Marín. E volviendo a nuestro primer cuento, también pasó un Andrés de Mol, levantisco; murió en poder de indios. E también pasó un buen soldado que se decía Alberán natural de Villanueva de la Serena; murió en poder de indios. E pasaron otros muy buenos soldados que solían estar en Cuba, hombres de la mar, como fueron pilotos, maestres e contramaestres, de los más mancebos de los navíos que dimos al través, e muchos dellos fueron muy animosos soldados en las guerras e batallas, e por no me acordar de todos no pongo aquí sus nombres. E también pasaron otros soldados hombres de la mar que se decían los Peñates, e otros Pinzones, los unos naturales de Gibraleón e otros de Palos; dellos murieron en poder de indios y otros de sus muertes naturales. También me quiero yo poner aquí en en esta relación a la postre de todos, puesto que vine a descubrir dos veces primero que don Hernando Cortés, según lo tengo ya dicho en el capítulo que dello habla, y tercera vez con el mismo Cortés; mi nombre es Bernal Díaz del Castillo, e soy vecino e regidor de la ciudad de Santiago de Guatimala, e natural de la muy noble e insine e muy nombrada villa de Medina

del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor de ella, que por otro nombre le nombraban "el Galán", que haya santa gloria; e doy muchas gracias e loores a Nuestro Señor Jesucristo e a Nuestra Señora la Virgen Sancta Maria, su bendita madre, que me ha guardado que no sea sacrificado como en aquellos tiempos se sacrificaron todos los más de mis compañeros que nombrados tengo, para que agora se descubran y se vean muy claramente nuestros heroicos hechos y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo Mundo e no se refiera la honra de todos a un solo capitán.

CAPITULO CCVI

De las estaturas y proporciones que tuvieron ciertos capitanes y fuertes soldados, y de qué edades serían cuando venimos a conquistar la Nueva España.

Del marqués don Hernando Cortés ya he dicho en el capítulo que dél habla, en el tiempo que falleció en Castilleja de la Cuesta, de su edad y proporciones de su persona, y qué condiciones tenía, y otras cosas que hallarán escritas en esta relación si lo quisieren ver. También he dicho, en el capítulo que dello habla, del capitán Cristóbal de Oli, de cuando fué con la armada a las Hibueras, de la edad que tenía e de sus condiciones e proporciones; allí lo hallarán. Quiero agora poner la edad y proporciones de don Pedro de Alvarado; fué comendador de señor Santiago y adelantado y gobernador de Guatimala y Honduras e Chiapa; seria de obra de treinta y [1] cuatro años cuando acá pasó; fué de muy buen cuerpo y bien aproporcionado, e tenía el rostro e cara muy alegre, e en el mirar muy amoroso [2], e por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mexicanos Tonatio, que quiere decir el sol; era muy suelto e buen jinete [1], y sobre todo ser franco y de buena conversación, y en vestirse era muy polido y con ropas costosas e ricas; e traía al cuello una cadenita de oro con un joyel e un anillo con buen diamante; e porque ya he dicho a donde falleció y otras cosas acerca de su persona, en ésta no quiero poner más. El adelantado don Francisco de Montejo fué algo de mediana estatura, y el rostro alegre, y amigo de regocijos, e hombre de negocios, y buen jinete; e cuando acá pasó sería de treinta y cinco años, y era franco y gastaba más de lo que tenía de renta; fué adelantado y gobernador de Yucatán, e tuvo otros ditados; murió en Castilla. E el capitán Gonzalo de Sandoval fué capitán muy esforzado, y sería cuando acá pasó de hasta veinte e [2] cuatro años; fué alguacil mayor de la Nueva España y obra de diez meses fué gobernador de la Nueva España, juntamente con el tesorero Alonso de Estrada; era del cuerpo y

(1) Testado en el original: "seis".
(2) Tachado en el original: "y grave cuando era menester".

(1) Tachado en el original: "y muy esforzado".
(2) Testado en el original: "ocho o treinta".

estatura no muy alto, sino bien proporcionado e membrudo, el pecho alto e ancho, y ansímismo tenía la espalda, y de las piernas era algo estevado, y muy buen jinete, el rostro tiraba algo a rebusto, e la barba e el cabello que se usaba algo crespo y acastañado, e en la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, e ceaceaba tanto cuanto, no era hombre que sabía letras, sino a las buenas llanas, ni era codicioso, sino solamente, tener fama y hacer como buen capitán esforzado; e en las guerras que tuvimos en la Nueva España siempre tenía cuenta con los soldados que le parecían a él que lo hacían como varones, e los favorescía e ayudaba; no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, y revuelto a una mano y a otra, que decían se había visto dos ni en Castilla ni en otras partes, y era castaño y una estrella en la frente, y un pie izquierdo calzado; decíase *Motilla,* y cuando agora hay diferencia sobre buenos caballos se suele decir: "En bondad es tan bueno como fué *Motilla".* Dejaré lo del caballo y diré deste valeroso capitán, que falleció en la villa de Palos cuando fué con don Hernando Cortés a besar los pies de Su Majestad, y directamente Gonzalo de Sandoval fué por quien dijo el marqués Cortés a Su Majestad, que demás de los fuertes soldados que tuvo en su compañía, que fueron tan esforzados e animosos que se podrían contar entre los muy nombrados que hobo en el mundo, e que entre todos el Sandoval era para ser coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer, fué natural de Medellín, hijodalgo; su padre fué alcalde de una fortaleza. Pasemos a decir de otro buen capitán que se decía Juan Velázquez de León, natural de Castilla la Vieja: sería de hasta treinta y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo e derecho e membrudo e buena espalda e pecho, e todo bien proporcionado e bien sacado; de rostro rebusto e la barba algo crespa e aliñada, e la voz espantosa e gorda e algo tartamuda; fué muy animoso e de buena conversación, e si algunos bienes tenía en aquel tiempo lo repartía con sus compañeros; díjose que en la Isla Española mató a un caballero principal. persona por persona, que era hombre rico, que se decía Ribas Altias o Altas Ribas; e desque lo hobo muerto, la justicia de aquella isla ni la Audiencia Real nunca le pudo haber para hacer sobrel caso justicia, y que aunque le iban a prender, por su persona se defendía de los alguaciles, e se vino a la isla de Cuba, y de Cuba a la Nueva España, y fué muy buen jinete, e a pie e a caballo era muy extremado varón; murió en las puentes cuando salimos huyendo de México. Diego de Ordaz fué natural de tierras de Campos, de Valverde o Castroverde; sería de edad de cuarenta años cuando acá pasó; fué capitán de soldados despada e rodela, porque no era hombre de a caballo; fué esforzado e de buenos consejos; era de buena estatura e membrudo, e tenía el rostro muy rebusto e la barba algo prieta e no mucha; que la habla no acertaba bien a pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso; era franco e de buena conversación; fué comendador de Santiago e murió en lo del Marañón, siendo capitán o gobernador del, que esto no lo sé muy bien. El capitán Luis Marín fué de buen cuerpo e membrudo e esforzado; era estevado, e la barba algo rubia, y el rostro largo y alegre, eceto que tenía unas señales como que había tenido virguelas; sería de hasta treinta años cuando acá pasó; era natural de San

Lúcar, e ceaceaba un poco como sevillano; fué buen jinete y de buena conversación [1], murió en lo de Mechuacán. El capitán Pedro de Ircio era de mediana estatura y paticorto, y tenía el rostro alegre, e muy plático en demasía, que ansí acontecería que siempre contaba cuentos de don Pedro Girón y del conde de Ureña, e era ardid, y a esta causa le llamábamos "Agrajes"; sin obras e sin hacer cosas que de contar sea, murió en México. Alonso de Avila fué capitán ciertos días en lo de México e el primer contador que le eligió Cortés hasta quel rey nuestro señor mandase otra cosa; era de buen cuerpo y rostro alegre, y en la plática expresiva, muy clara y de buenas razones, y muy osado e esforzado; sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó, e tenía otra cosa: que era franco con sus compañeros; mas era tan soberbio e amigo de mandar e no ser mandado, y algo envidioso, e era orgulloso y bollicioso, que Cortés no lo podía sufrir, e a esta causa le envió a Castilla por procurador, juntamente con un Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y con ellos envió la recámara e riquezas de Montezuma y de Guatemuz, e franceses lo robaron y prendieron al Alonso de Avila, porque Quiñones ya era muerto en la Tercera, y desde a dos años volvió el Alonso de Avila a la Nueva España, y en Yucatán o en México murió; ese Alonso de Avila fué tío de los caballeros que degollaron en México, hijos de Gil González de Benavides, lo cual tengo ya dicho y declarado en mi historia. Andrés de Monjaraz fué capitán cuando la guerra de México; era de razonable estatura y el rostro alegre y la barba prieta y de buena conversación, e como estaba muy malo de bubas, y a esta causa no hizo cosa que de contar sea; mas póngolo en esta relación para que sepan que fué capitán, y sería de hasta treinta años cuando acá pasó; murió del dolor de las bubas. Pasemos a un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo; sería de edad de veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo e membrudo, no muy alto ni bajo, y tenía buen pecho e espalda e el rostro algo robusto, mas era apacible, e la barba e cabello tiraba algo como crespo, e la voz clara; este soldado fué en todo lo que le víamos hacer tan esforzado y presto en las armas, que le teníamos muy buena voluntad e le honrábamos, y él fué el que escapó de muerte a don Hernando Cortés en lo de Suchimilco cuando los escuadrones mexicanos le habían derribado del caballo *el Romo* e le tenían asido para le llevar a sacrificar, e ansimismo le libró otra vez cuando en la calzadilla de México le tenían engarrafado a Cortés muchos mexicanos para le llevar vivo a sacrificar, e le habían ya herido en una pierna al mismo Cortés, e le llevaron sesenta y dos soldados; e este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que aunque estaba muy mal herido mató e acuchilló e dió destocadas a todos los indios que llevaban a Cortés, que les hizo que lo dejasen, e ansí le salvó la vida, e el Cristóbal de Olea quedó allí muerto por le salvar. Quiero decir de dos soldados que se decían Jerónimo Domínquez e un Lares; digo que fueron tan esforzados y osados, que los teníamos en tanto como a Cristóbal de Olí; eran de buenos cuerpos e membrudos, e los rostros alegres e bien hablados, e muy buenas condiciones, e

(1) Tachado en el original: "no sabía leer".

por no gastar más palabras en sus loas, podíanse contar con los más esforzados soldados que ha habido en Castilla; murieron en las batallas de Otumba, digo el Lares, e el Domínguez en lo de Guastepeque, del caballo que le tomó debajo. E vamos a otro buen capitán y esforzado soldado que se decía Andrés de Tapia; sería de obra de veinte e cuatro años cuando acá pasó; era de la color el rostro algo ceniciento y no muy alegre, e de buen cuerpo, y de poca barba e rala, y fué buen capitán ansí a pie como a caballo; murió de su muerte. Si hubiera describir todas las faiciones e proporciones de todos nuestros capitanes e fuertes soldados que pasamos con Cortés era gran prolejidad, porque según todos eran esforzados e de mucha cuenta, dinos éramos destar escritos con letras de oro. E no pongo aquí otros [1] capitanes que fueron de los de Narváez, porque mi intento desde que comencé hacer mi relación no fué sino para escrebir nuestros hechos e hazañas de los que pasamos con Cortés; sólo quiero poner aquí al capitán Pánfilo de Narváez, que fué el que vino contra nosotros desde la isla de Cuba con mill e trecientos soldados, e con todos ellos [2] e con docientos e sesenta y seis soldados le desbaratamos, según se verá en mi ralación, e cómo e cuándo y de qué manera pasó aquel hecho. E volviendo a mi materia, era el Narváez de parecer de obra de cuarenta años e alto de cuerpo e de recios miembros, e tenía el rostro largo y la barba rubia, e agradable presencia, e en la plática y voz muy entonada, como que salía de bóveda; era buen jinete y decían que era esforzado; era natural de Valladolid o de Tudela de Duero; era casado con una señora que se decía María de Valenzuela; fué en la isla de Cuba capitán e hombre rico; decían que era muy escaso, e cuando le desbaratamos se le quebró un ojo, y tenía buenas razones en lo que hablaba; fué a Castilla delante de Su Majestad a se quejar de Cortés e de nosotros, e Su Majestad le hizo merced de la gobernación de cierta tierra en lo de la Florida, e allá se perdió y gastó cuanto tenía. E dos caballeros curiosos han visto e leído la memoria atrás dicha de todos los capitanes e soldados que pasamos con el venturoso e esforzado don Hernando Cortés, marqués del Valle, a la Nueva España desde la isla de Cuba, que pongo por escrito sus proporciones ansí de cuerpo como de rostros e edades, e las condiciones que tenían, e en qué parte murieron, e de qué tierra eran, me han dicho que se maravillan de mí que cómo a cabo de tantos años no se me ha olvidado e tengo memoria dellos A esto respondo e digo que no es mucho que se me acuerden agora sus nombres, puesto que éramos quinientos y cincuenta compañeros, que siempre conversábamos juntos ansí en las entradas como en las velas y en las batallas y rencuentros de guerras, e los que mataban de nosotros en tales batallas, e cómo los llevaban a sacrificar; por manera que comunicábamos los unos con los otros; en especial cuando salíamos heridos de algunas muy sangrientas e dudosas batallas echábamos menos los que allá quedaban muertos, e a esta causa los pongo en esta relación, e no es de maravillar dello, pues en los tiempos pasados hobo grandes reyes e valerosos capitanes que andando en las guerras sabían los nombres de sus soldados e los conoscían y los nombraban,

(1) Testado en el original: "muchos valerosos".

(2) Tachado en el original: "sin contar en ellos hombres de la mar".

y aun sabían de qué provincias o tierras o regiones eran naturales, e comúnmente eran en aquellos tiempos cada uno de los ejércitos que traían de más de treinta mill hombres, y dicen las historias que dellos han escrito que Mitrídates y rey de Ponto fué uno de los que conoscían a sus ejércitos, y otro fué el rey de Egipto, rey de los Ipirotas, que por otro nombre se decía Alejandro, también dicen que Aníbal, gran capitán de Cartago, conocía a todos sus soldados, y en nuestros tiempos el esforzado y gran capitán don Gonzalo Hernández de Córdoba, y ansí han hecho otros muchos e valerosos capitanes, y más digo, que si como agora lo tengo en la mente e sentido e memoria, supiera pintar e esculpir sus cuerpos e figuras e talles e maneras e rostros e faiciones, como hacía aquel muy nombrado Apeles o los de nuestros tiempos Berruguete y Miguel Angel, y el muy afamado Burgalés, que dicen que es otro Apeles, debujara a todos los que dicho tengo al natural, y aun según cada uno entraba en las batallas e el gran ánimo que mostraban. E gracias a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos y me libró de muchos peligros e trances para que agora haga esta memoria o relación.

CAPITULO CCVII

De las cosas que aquí van declaradas cerca de los méritos que tenemos los verdaderos conquistadores, las cuales serán apacibles de las oír.

Ya he recontado los soldados que pasamos con Cortés y donde murieron, y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los demás hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nascen todos los hombres iguales, ansí en generosidad como en virtudes. Dejando esta plática aparte, de más de nuestras antiguas noblezas con heroicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche, sirviendo a nuestro rey y señor, descubriendo estas tierras y hasta ganar esta Nueva España y gran ciudad de México y otras muchas provincias a nuestra costa [1], estando tan apartados de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el de Nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho más que de antes, y si miramos las escripturas antiguas que dello hablan, si son assí como dicen, en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en grande estado muchos caballeros, ansí en España como en otras partes, sirviendo como en aquella sazón sirvieron en las guerras y por otros servicios que eran aceptos a los reyes que en aquella sazón reynaban, y también he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron a tener títulos de estados y de illustres no iban a las tales guerras, ni entraban en las batallas sin que primero les pagasen sueldos y salarios, y no

(1) Tachado en el original: "y minción".

embargante que se los pagaban, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuos y privilegios con franquezas, las cuales tienen sus descendientes; y demás desto, cuando el rey don Jaimes de Aragón conquistó y ganó de los moros mucha parte de sus reinos los repartió a los caballeros y soldados que se hallaron en lo ganar, y desde aquellos tiempos tienen sus blasones y son valerosos, y también cuando se ganó Granada, y del tiempo del Gran Capitán a Nápoles, y también el príncipe de Orange en lo de Nápoles, dieron tierras y señoríos a los que les ayudaron en las guerras y batallas.

He traído esto aquí a la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y notables servicios que hicimos al rey nuestro señor y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dicho, y aunque entre los valerosos soldados que en estas hojas pasadas he puesto por memoria hobo otros muchos esforzados y valerosos compañeros y todos me tenían a mí en reputación de buen soldado. Y volviendo a mi materia, miren los curiosos letores con atención esta mi relación y verán en cuántas batallas y rencuentros de guerra muy peligrosos me he hallado desque vine a descubrir [1], y dos veces estuve asido y engarrafado de muchos indios mexicanos, con quienes en aquella sazón estaba peleando, para me llevar a sacrificar como en aquel instante llevaron otros muchos mis compañeros, sin otros grandes peligros y trabajos ansí de hambres y sed y infinitas fatigas que suelen recrecer a los que semejantes descubrimientos van a hacer en tierras nuevas, lo cual hallarán escripto parte por parte en esta mi relación. Y quiero dejar de meter más la péndola en esto, y diré los bienes que se han seguido de nuestras illustres conquistas.

CAPITULO CCVIII

Cómo los indios de toda la Nueva España tenían muchos sacrificios y torpedades, y se los quitamos y les impusimos en las cosas santas de buena dotrina.

Pues he dado cuenta de cosas que se contienen, en decir bienes que diga los bienes que se han hecho ansí para el servicio de Dios y de Su Majestad con nuestras ilustres conquistas, y aunque fueron tan costosas de las vidas de todos los más de mis compañeros, porque muy pocos quedamos vivos, y los que murieron fueron sacrificados, y con sus corazones y sangre ofrecidos a los ídolos mexicanos que se decían Tezcatepuca y Vicilobos. Quiero comenzar a decir de los sacrificios que hallamos por las tierras y provincias que conquistamos, las cuales estaban llenas de sacrificios y maldades, porque mataban en cada un año, solamente en México y ciertos pueblos que están en la laguna sus vecinos, según se halló por cuenta que dello hicieron religiosos franciscos, que fueron los primeros que vinieron a la

(1) Tachado en el original: "y cuán lleno de heridas he estado".

Nueva España cuatro e medio años antes que viniesen los dominicos, que fueron los franciscos muy buenos religiosos y de santa dotrina, y hallaron sobre dos mill [1] personas chicas y grandes; pues en otras provincias, a esta cuenta mucho más serían; y tenían otras maldades de sacrificios, y por ser de tantas maneras no los acabaré de escrebir todos por extenso, mas los que yo vi y entendí porné aquí por memoria. Tenían por costumbre que se sacrificaban las frentes y las orejas, lenguas y labios, los pechos y brazos y molledos, y las piernas y aun sus naturas, y en algunas provincias eran retajados y tenían pedernales de navajas con que se retajaban; pues los adoratorios, que son "cues", que así los llaman entre ellos, eran tantos que los doy a la maldición, y me paresce que eran casi que al modo como tenemos en Castilla y en cada ciudad nuestras santas iglesias y parroquias y ermitas y humilladeros, así tenían en esta tierra de la Nueva España sus casas de ídolos llenas de demonios y diabólicas figuras, y demás destos "cues" tenía cada indio e india dos altares, el uno junto donde dormía, y el otro a la puerta de su casa, y en ellos muchas arquillas de madera y otras que llaman petacas llenas de ídolos, unos chicos y otros grandes, y pedrezuelas y pedernales, y librillos de un papel de cortezas de árbol que llaman amate, y en ellos hechos sus señales del tiempo e de cosas pasadas; e demás desto eran todos los demás dellos sométicos, en especial los que vivían en las costas y tierra caliente; en tanta manera que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos a ganar en aquel diabólico y abominable oficio; pues comer carne humana, ansí como nosotros traemos vaca de las carnicerías, y tenían en todos los pueblos cárceles de madera gruesa hechas a manera de casas, como jaulas, y en ellas metían a engordar muchas indias y indios y muchachos, y estando gordos los sacrificaban y comían, y demás desto las guerras que se daban unas provincias y pueblos a otros, y los que captivaban y prendían los sacribicaban y comían: pues tener ecesos carnales hijos con madres y hermanos con hermanas y tíos con sobrinas, halláronse muchos que tenían este vicio desta torpedad; pues de borrachos, no lo sé decir tantas suciedades que entrellos pasaban; sólo una quiero aquí poner, que hallamos en la provincia de Pánuco: que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientras de vino de lo que entre ellos se hacía, como cuando entre nosotros se echa una melezina, torpedad jamás oída; pues tener mujer cuantas querían, y tenían otros muchos vicios y maldades, y todas estas cosas por mí recontadas quiso Nuestro Señor Jesucristo que con su santa ayuda que nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dichos, se lo quitamos y les pusimos en buena pulicia de vivir y les enseñamos la santa dotrina. Verdad es que, después de dos años pasados, ya que todas las más tierras teníamos de paz, y con la pulicia y manera de vivir que he dicho, vinieron a la Nueva España unos buenos religiosos franciscos que

(1) Testado en el original: "y quinientas".

dieron muy buen ejemplo y dotrina, y desde ahí a otros cuatro años vinieron otros buenos religiosos de señor Santo Domingo, que se lo han quitado muy de raíz y han hecho mucho fruto en la santa dotrina [1]; mas si bien se quiere notar, después de Dios, a nosotros los verdaderos conquistadores, que lo descubrimos y conquistamos y desdel principio les quitamos sus ídolos y les dimos a entender la santa dotrina, se debe a nos el premio y galardón de todo ello primero que otras personas, aunque sean religiosos, porque cuando el principio es bueno y medio alguno e al cabo todo es digno de loor; lo cual pueden ver los curiosos letores de la pulicia, y cristiandad y justicia que les mostramos en la Nueva España. Y dejaré esta materia y diré los demás bienes que, después de Dios, por nuestra causa han venido a los naturales de la Nueva España.

CAPITULO CCIX

Cómo pusimos en muy buenas y santas dotrinas a los indios de la Nueva España, y de su conversión, y de cómo se bautizaron y volvieron a nuestra santa fe, y les enseñamos oficios que se usan en Castilla y a tener y guardar justicia.

Después de quitadas las idolatrías y todos los malos vicios que usaban, quiso Nuestro Señor Dios que con su santa ayuda y con la buena ventura y santas cristiandades de los cristianísimos emperador don Carlos, de gloriosa memoria, y de nuestro rey y señor filecísimo y invitísimo rey de las Españas don Felipe, nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios le dé muchos años de vida, con acrecentamiento de más reinos, para que en este su santo e feliz tiempo lo goce con su santa gloria se han bautizado desque lo conquistamos todas cuantas personas había, así hombres como mujeres e niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas a los infiernos y agora, como hay muchos y buenos religiosos de señor San Francisco e Santo Domingo y de otras órdenes, andan en los pueblos predicando, y en siendo la criatura de los días que manda nuestra santa madre Iglesia de Roma los bautizan; y demás desto con los santos sermones que les hacen el santo Evangelio está muy bien plantado en sus corazones, y se confiesan cada año, y algunos dellos que tienen más conocimiento en nuestra santa fe se comulgan; y demás desto tienen sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces y candeleros y ciriales y cáliz y patenas y platos, unos grandes y otros chicos, de plata, e incensario, todo labrado de plata; pues capas y casullas y frontales en pueblos ricos los tienen, y comúnmente, en razonables pueblos, de terciopelo y de damasco y raso y de tafetán, diferenciados en las colores y labores y las mangas de las cruces muy labradas de oro y

(1) Tachado en el original: "y cristiandad de los naturales".

seda [1], y las cruces de los difuntos de raso negro, y en ella figurada la mesma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el corbetor de las mismas andas, unos tienen buenas y otros no tan buenas; pues campanas las que han menester, según la calidad ques cada pueblo; pues cantores de capilla de voces bien concertadas, así tenores como tiples y contraltos y bajos, y no hay falta, y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas y chirimías y sacabuches y dulzainas; pues trompetas altas y sordas no hay tantas en mi tierra, ques Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatimala, y es dar gracias a Dios y cosa muy de contemplación ver cómo los naturales ayudan a beneficiar una santa misa, en especial si la dicen los franciscos o dominicos, que tienen a cargo el curazgo del pueblo donde la dicen. Otra cosa buena tienen: que así hombres como mujeres y niños que son de edad para lo deprender, saben todas las santas oraciones en sus mismas lenguas que son obligados a saber, y tienen otras buenas costumbres acerca de su santa cristiandad, que cuando pasan cabe un santo altar o cruz abajan la cabeza con humildad, y se hincan de rodillas y dicen la oración del "Pater noster", y más que les mostramos los conquistadores; a tener candelas de cera encendidas delante de los santos altares y cruces, porque de antes no se sabía aprovechar della en hacer candelas; y demás de lo que dicho tengo les mostramos a tener mucho acato y obediencia a todos los religiosos y a clérigos, y que cuando fuesen a sus pueblos les saliesen a rescebir con candelas de cera encendidas e repicasen las campanas y les diesen muy bien de comer, y ansí lo hacen con los religiosos; y tenían estos cumplimientos con los clérigos; mas después que han conoscido y visto de algunos dellos y los demás sus cobdicias, y hacen en los pueblos desatinos, pasan por alto y no los querrían por curas en sus pueblos, sino franciscos o dominicos, y no aprovecha cosa que sobre este caso los pobres indios digan al perlado, que no lo oyen. O qué había que decir sobre esta materia, mas quedarse ha en el tintero, e volveré a mi relación. Y demás de las buenas costumbres por mí dichas, tienen otras santas y buenas, porque cuando es el día de Corpus Cristi o de Nuestra Señora, o otras fiestas solenes que entre nosotros hacemos procesiones, salen todos los más pueblos cercanos desta ciudad de Guatimala en procesión con sus cruces y con candelas de cera encendidas, y traen en los hombros e andas la imagen del santo o santa de que es advocación de su pueblo, lo más ricamente que pueden, y vienen cantando las letanías y otras oraciones, y tañen sus flautas y trompetas, y otro tanto hacen en sus pueblos cuando es el día de las tales solenes fiestas, y tienen por costumbre de ofrecer los domingos y pascuas, especialmente el día de Todos Santos, y esto del ofrecer los cléribos les dan tal priesa donde son curas, y tienen tales modos, que no se les quedará a los indios por olvido, porque dos o tres días antes que venga la fiesta les mandan apercibir para la ofrenda; y también ofrescen a los religiosos, mas no con tanta solicitud. Pasemos adelante y digamos cómo todos los más indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello, y los plateros de oro y de plata, ansí de martillo

(1) Tachado en el original: "y aun en lugares tienen perlas".

como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y ansimismo lapidarios y pintores, y los entalladores hacen tan primas obras con sus sotiles alesnas de hierro, especialmente entallan esmeriles y dentro dellos figurados todos los pasos de la Santa Pasión de Nuestro Señor Redentor y Salvador Jesucristo, que si no las hobiese visto no pudiera creer que indios lo hacían, que se me sinifica a mi juicio que aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apeles, y de nuestros tiempos que se decían Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno agora nuevamente muy nombrado natural de Burgos [1], el cual tiene gran fama como Apeles, no harán con sus muy sotiles pinceles las obras de los esmeriles ni relicarios que hacen tres indios maestros de aquel oficio, mexicanos, que se dicen Andrés de Aquino, y Juan de la Cruz y "el Crespillo"; y demás desto, todos los más hijos de principales solían ser gramáticos, y lo deprendían muy bien, sí no se lo mandaran quitar en el santo sínodo que mandó hacer el reverendísimo arzobispo de México; y muchos hijos de principales saben leer y escrebir y componer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán y hacer paños de lana, aunque sean veinticuatrenes, hasta frisas y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores, y perailes y tejedores, según y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca, y otros son sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos y aunque lo han procurado, ques hacer el vidrio y ser boticarios; mas yo los tengo por de tan buenos ingenios, que lo deprenderán muy bien, porque algunos dellos son cirujanos y herbolarios, y saben jugar de mano y hacer títeres, y hacen vihuelas muy buenas; pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos a la Nueva España, y agora crían ganados de todas suertes y doman bueyes y aran las tierras, y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y biscocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede dello, y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillales y manzanos y perales, que los tienen en más estima. Pasemos adelante, y diré de la justicia que les hemos amostrado a guardar y cumplir, y cómo cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles y fiscales y mayordomos, y tienen sus casas de cabildo donde se juntan dos días en la semana, y ponen en ellas sus porteros, y sentencian y mandan pagar deudas que se deben unos a otros, y por algunos delitos de crimines azotan y castigan, y si es por muerte o cosas atroces remítenlo a los gobernadores si no hay Audiencia Real; y según me han dicho personas que lo saben muy bien, que en Taxcala y en Tezcuco y en Chulula y en Guaxocingo y Tepeaca y en otras ciudades grandes, cuando los indios hacen cabildo, que salen delante de los questán por gobernadores y alcaldes maceros con mazas doradas, según sacan los virreyes de la Nueva España, y hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian e desean saber mucho de las leyes del reino, por donde sentencien; demás desto, todos los más caciques tienen caballos y son ricos, traen jaeces con buenas sillas y se pasean por las ciudades e villas

(1) En el original aparece testado: "que se dicen", y queda luego un espacio en blanco.

y lugares donde se van a holgar o son naturales, y llevan sus indios e pajes que les acompañan, y aun en algunos pueblos juegan cañas y corren toros y ponen sortija, especial si es día de Corpus Cristi, o de señor San Juan, o señor Santiago, o de Nuestra Señora de Agosto, o la advocación de la iglesia del santo de su pueblo; e hay muchos que aguardan los toros aunque sean bravos, y muchos dellos son jinetes, y en especial en un pueblo que se dice Chiapa, do los indios y los que no lo son ni caciques todos los más tienen caballos y algunos hatos de yeguas y mulas, y se ayudan con ello a traer leña y maíz y cal y otras cosas deste arte, y lo venden por las plazas, y son muchos dellos arrieros, según y de la manera que en nuestra Castilla se usa. Y por no gastar más palabras, todos los oficios hacen muy perfetamente; hasta paños de tapicería saben tejer. Y dejaré de hablar más en esta materia y diré otras muchas grandezas que por nuestra causa ha habido y hay en esta Nueva España.

CAPITULO CCX

De otras cosas y provechos que se han seguido de nuestras ilustres conquistas y trabajos.

Ya habrán oído en los capítulos pasados de todo lo por mí recontado acerca de los bienes y provechos que se han hecho en nuestras ilustres e santas hazañas y conquistas. Diré agora del oro y plata y piedras preciosas y otras riquezas de grana, hasta zarzaparrilla y cueros de vacas que desta Nueva España han ido y van cada año a Castilla, a nuestro rey y señor, ansí de sus reales quintos como otros muchos presentes que le hubimos enviado ansí como le ganamos estas sus tierras, sin las grandes cantidades que llevan mercaderes y pasajeros; que después quel sabio rey Salomón fabricó e mandó hacer el santo templo de Jerusalén con el oro y plata que le trujeron de las islas de Tarsis, Ofir y Saba, no se ha oído en ninguna escritura antigua que más oro y plata y riquezas hayan ido cotidianamente a Castilla que destas tierras; y esto digo ansí porque ya que del Perú, como es notorio han ido innumerables millares de pesos de oro y plata, en el tiempo que ganamos esta Nueva España no había nombre del Pirú, ni estaba descubierto, ni se conquistó desde allí a [1] diez años, y nosotros siempre desde el principio comenzamos a enviar a Su Majestad presentes riquísimos, y por esta causa y por otras que diré antepongo a la Nueva España, porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Perú siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras ceviles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados bandoleros, porque no han tenido el acato y obidiencia que son obligados a nuestro rey y señor, y en gran disminución de los naturales, y en esta Nueva España siempre tenemos y ternemos para siempre jamás el pecho por tierra, como somos obligados a nuestro rey y señor, y pornemos nuestras vidas y haciendas en cualquier cosa

(1) Tachado en el original: "dos, tres, cuatro".

que se ofrezca para servir a Su Majestad, y demás desto miren los curiosos letores qué de ciudades, y villas y lugares questán poblados en estas partes de españoles, que por ser tantos y no saber yo los nombres de todas se quedarán en silencio, y tengan atención a los obispados que hay, que son diez, sin el arzobispado de la muy insigne ciudad de México, y cómo hay tres Audiencias Reales, todo lo cual diré adelante, ansí de los que han gobernado como de los arzobispos y obispos que ha habido, y miren las santas iglesias catredales, y los monasterios donde hay frailes dominicos, como franciscos y mercenarios y agustinos, y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, questá en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a México, y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias a Dios y a su bendita madre Nuestra Señora, y loores por ello que nos dió gracia e ayuda que ganásemos estas tierras donde hay tanta cristiandad; y también tengan cuenta cómo en México hay Colegio universal donde se estudia y deprenden gramática y teología e retórica e lógica y filosofía y otras artes y estudios, y hay moldes y maestros de imprimir libros, ansí en latín como en romance, se gradúan de licenciado e dotores; y otras muchas grandezas y riquezas pudiera decir, ansí de minas ricas de plata que en ellas están descubiertas y se descubren a la continua, por donde nuestra Castilla es prosperada y tenida y acatada; y porque bastan los bienes que ya he propuesto que de nuestras heroicas conquistas han recrescido, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el acabo, y verán que ningunas escrituras questén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor; y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos [1], y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antigo, y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y una hija para casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representalle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas. Dejaré esta plática, porque si más en ello meto la pluma, me será muy odiosa de personas envidiosas, y quiero proponer una quistión a manera de diálogo, y es que habiendo visto la buena e ilustre Fama que suena en el mundo de nuestros muchos y buenos e nobles servicios que hemos hecho a Dios y a Su Majestad y a toda la Cristiandad, da grandes voces, y dice que fuera justicia y razón que tuviéramos buenas rentas y más aventajadas que tienen otras personas que no han servido en estas conquistas ni en otras partes a Su Majestad, y ansí mismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás, y si están en ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heroicos hechos y armas, según y de la manera que tie-

(1) Testado en el original: "reputado por razonable soldado".

nen en España los caballeros que dicho tengo en el capítulo pasado que sirvieron en los tiempos pasados a los reyes que en aquella sazón reinaban, pues nuestras hazañas no son menores que las que esos señores hicieron, antes son de memorable fama y se pueden contar entre las muy nombradas que habido en el mundo, y demás desto pregunta la ilustre Fama por los conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas y por los muertos dónde están sus sepulcros y qué blasones tienen en ellos. A estas cosas se le puede responder con mucha verdad: ¡Oh, excelente y muy sonante ilustre Fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado escurecer nuestros heroicos hechos no los querrían ver ni oír vuestro tan ilustrisimo nombre para que nuestras personas no ensalcéis como conviene. hágoos, señora, saber que de quinientos y cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de mill y quinientos sesenta y ocho, que estoy trasladando esta mi relación, sino cinco, que todos los más murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes; y los sepulcros que me pregunta dónde los tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas e muslos, y brazos y molledos, y pies y manos y lo demás fueron sepultados, e sus vientres echaban a los tigres y sierpes y alcones, que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquellos fueron sus sepulcros, y allí están sus blasones. Y a lo que a mí se me afigura con letras de oro habían de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, e dar luz a los questaban en tinieblas, y también, por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar. Y demás de haber dado cuenta a la ilustre Fama, me pregunta por los que pasaron con Narváez y con Garay; y digo, que los de Narváez fueron mill y trecientos, sin contar entrellos hombres de la mar, y no son vivos de todos ellos sino diez o once, que todos los más murieron en las guerras y sacrificados, y sus cuerpos comidos de indios, ni más ni menos que los nuestros; y de los que pasaron con Garay de la isla de Jamaica, a mi cuenta con las tres capitanías que vinieron de Sant Juan de Ulúa, antes que pasase el Garay, y con los que trujo a la postre cuando él vino serían por todos otros mill y docientos soldados, y todos los más dellos fueron sacrificados a los ídolos en la provincia de Pánuco, e comidos sus cuerpos de los naturales de las mismas provincias. Y demás desto pregunta la loable Fama por otros quince [1] soldados que aportaron a la Nueva España que fueron de los de Lucas Vázquez de Aylión cuando le desbarataron y él murió en la Florida, que qué se habían hecho. A esto digo, que no he visto ninguno, que todos son muertos, y hago os saber, excelente Fama, que de todos los que he recontado, agora somos vivos de los de Cortés cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y lo peor de todo muy pobres y cargados de hijos e hijas para casar, y nietos, y con poca renta, y ansí pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias. Y pues ya he dado cuenta de todo lo que me ha preguntado, y de nuestros palacios y blasones y sepulcros, suplícoos, ilustrísima Fama, que de aquí adelante alcéis más

(1) Tachado en el original: "o veinte".

vuestra excelente y virtuosísima voz para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas, por que hombres maliciosos con sus sacudidas y esparcidas y envidiosas lenguas no las escurezcan ni anichilen, y procuréis que a los que Su Majestad le ganaron estas sus tierras y se les debe el premio dello, y no se dé a los que no se les debe, porque ni Su Majestad no tiene cuenta con ellos ni ellos con Su Majestad sobre servicio que les hayan hecho. A esto que he suplicado a la virtuosísima Fama, me responde y dice que lo hará de muy buena voluntad, y dice que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios de la tierra, pues que la ganamos y Su Majestad lo manda dar, como lo tiene el marqués Cortés, no se entiende que sea tanto, sino moderadamente; y más dice la loable Fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas y contadas entre los hechos de valerosos capitanes; y más dice la verdadera Fama, que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros e historias que están escritas del coronista Francisco López de Gomara, ni en la del dotor Illescas, quescribió *El Pontifical,* ni en otros modernos coronistas, y sólo el marqués Cortés dicen en sus libros ques el que lo descubrió y conquistó, y que los capitanes y soldados que lo ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas ni conquistas, y que agora se ha holgado mucho en saber claramente que todo lo que he escrito en mi relación es verdad, y que la misma escritura trae consigo al pie de la letra lo que pasó, y no lisonjas y palabras viciosas, ni por sublimar a un solo capitán quiere deshacer a muchos capitanes y valerosos soldados, como ha hecho el Francisco López de Gomara y los demás coronistas modernos que siguen su propia historia sin poner ni quitar más de lo que dice; y más me prometió que de vivir la buena Fama que por su parte lo proporná con voz muy clara y sonante a doquiera que se hallare, y demás de lo quella declarará, que mi historia si se imprime, desque la vean e oigan la darán fee verdadera y escurecerá las lisonjas quescribieron los pasados. Y aliende de lo que he propuesto a manera de diálogo, me preguntó un dotor oidor de la Audiencia Real de Guatimala que cómo Cortés cuando escribió a Su Majestad e fué la primera vez a Castilla, por qué no procuró por nosotros, pues por nuestra causa después de Dios fué marqués e gobernador. A esto respondí entonces y agora lo digo, que como tomó para sí al principio, cuando Su majestad le hizo merced de la gobernación, todo lo mejor de la Nueva España, creyendo que siempre fuera señor absoluto y que por su mano nos diera indios o quitara, y a esta causa se presumió que no lo hizo ni quiso escrebir, y también porque en aquel tiempo Su Majestad le dió el marquesado que tiene, y como le importunaba que le volviesen la gobernación de la Nueva España como de antes la había tenido, y le respondió que ya le había dado el marquesado, no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese, sino solamente para él; y demás desto habían informado el fator y veedor y otros caballeros de México a Su Majestad que Cortés había tomado para sí las mejores provincias y pueblos de la Nueva España y que había dado a sus amigos y parientes, que nuevamente habían venido de Castilla, otros buenos pueblos, y que no dejaba para el real patrimonio sino poca cosa. Después alcanzamos a saber mandó Su Majestad que de lo que tenía sobra-

do diese a los que con él pasamos, y en aquel tiempo Su Majestad se embarcó en Barcelona para ir a Flandes, y si Cortés en el tiempo que ganamos la Nueva España, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla, la hiciera cinco partes y la mejor y ricas provincias e ciudades diera la quinta parte a nuestro rey y señor de su real quinto, bien hecho fuera, y tomara para sí una parte, y media parte dejara para iglesias y monasterios y propios de ciudades y que Su Majestad tuviera qué dar y hacer mercedes a caballeros que le sirvieron en las guerras, y las dos partes y media nos repartiera perpetuos con ellos, nos quedáramos ansí Cortés con la una parte como nosotros; porque como nuestro césar fué muy cristanisimo y no le costó a conquistar cosa ninguna, nos hiciera estas mercedes; y demás desto, como en aquella sazón no sabíamos los verdaderos conquistadores qué cosa era demandar justicia, ni a quién la pedir sobre nuestros servicios, ni otras cosas de agravios y fuerzas que pasaban en las guerras, sino solamente al mismo Cortés, como capitán y que lo mandaba muy de hecho, nos quedamos en blanco con lo poco que nos habían depositado hasta que vimos que a don Francisco de Montejo, que fué a Castilla ante Su Majestad, le hizo merced de ser adelantado y gobernador de Yucatán, y le dió los indios que tenía en México y le hizo otras mercedes; y Diego de Ordaz, que ansimismo fué ante Su Majestad, le dió una encomienda del señor Santiago y los indios que tenía en la Nueva España; y a don Pedro de Alvarado, que también fué a besar los pies a Su Majestad, le hizo adelantado y gobernador de Guatimala y Chiapa, y comendador de Santiago, y otras mercedes de los indios que tenía; y a la postre fué Cortés, y le dió el marquesado y capitán general de la Mar del Sur; y desque los conquistadores vimos y entendimos que los que no parescían ante Su Majestad no hay memoria de nos hacer mercedes, enviamos a suplicar que de lo que de allí adelante vacase nos lo mandase dar perpetuo; y como se vieron nuestras justificaciones, cuando envió la primera Audiencia Real a México, y vino en ella por presidente Nuño de Guzmán, y por oidores el licenciado Delgadillo, natural de Granada, y Matienzo, de Vizcaya, y otros dos oidores que en llegando a México se murieron, y mandó Su Majestad expresamente al Nuño de Guzmán que todos los indios de la Nueva España se hiciesen un cuerpo a fin que las personas que tenían repartimientos grandes, que les había dado Cortés, que no les quedasen tanto, y les quitasen dello, y que a los verdaderos conquistadores nos diesen los mejores pueblos y de más cuenta, e que para su real patrimonio dejasen las cabezas y mejores ciudades, y también mandó Su Majestad que a Cortés que le contasen los vasallos y que le dejasen los que tenían capitulados en su marquesado, y los demás no me acuerdo qué mandó sobrello; y la causa por donde no hizo el repartimiento el Nuño de Guzmán y los oidores fué por malos consejeros, que por su honor aquí no nombro, porque le dijeron que si repartía la tierra, que después que los conquistadores y pobladores se viesen con sus indios perpetuos no los ternían en tanto acato, ni serían tan señores de les mandar, porque no ternían qué quitar ni poner, ni les vernían a suplicar que les diese de comer, y de otra manera que ternían qué dar de lo que vacase a quien quisiesen e que ellos serían ricos y ternían mayores poderes; y a este

fin se dejó de hacer. Verdad es que Nuño de Guzmán, y los oidores en vacando que vacaban indios, luego los depositaban a conquistadores y pobladores, y no eran tan malos como los hacían para los vecinos y pobladores, que a todos les contentaban y daban de comer, y si les quitaron redondamente de la Real Audiencia fué por las contrariedades que tuvieron con Cortés, y sobre el herrar de los indios libres por esclavos. Quiero dejar este capítulo y pasaré en otro, y diré acerca de los repartimientos perpetuos.

CAPITULO CCXI

Cómo el año 1550, estando la corte en Valladolid, se juntaron en el real consejo de Indias ciertos perlados y caballeros que vinieron a la Nueva España y del Pirú por procuradores, y otros hidalgos que se hallaron presentes para dar orden que se hiciese el repartimiento perpetuo. Y lo que en la junta se hizo y platicó es lo que diré.

En el año de mill e quinientos y cincuenta vino del Perú el licenciado de la Gasca y fué a la corte que en aquella sazón estaba en Valladolid, y trujo en su compañía a un fraile dominico que se decía don fray Martín "el Regente", y en aquel tiempo Su Majestad le mandó hacer merced al mismo "Regente" del obispado de las Charcas (1); y entonces se juntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Mechoacán, y otros caballeros que vinieron por procuradores de la Nueva España y del Perú, y ciertos hidalgos que venían a pleitos ante Su Majestad, que todos se hallaron en aquella sazón en la corte, y juntamente con ellos a mí me mandaron llamar como a conquistador más antiguo de la Nueva España; y como el de la Gasca y todos los demás peruleros habían traído cantidad de millares de pesos de oro, así para Su Majestad como para ellos, y lo que traían de Su Majestad se lo enviaron desde Sevilla a Augusta, de Alemania, donde en aquella sazón estaba Su Majestad, y en su real compañía nuestro filecisimo e invintísimo don Felipe, rey de las Españas, nuestro señor, su muy amado y querido hijo que Dios le guarde, y en aquel tiempo fueron ciertos caballeros con el oro y por procuradores del Perú a suplicar a Su Majestad que fuese servido hacernos mercedes para que mandase hacer el repartimiento perpetuo, y según, pareció, otras veces antes de aquella se lo habían suplicado por parte de la Nueva España, cuando fué un Gonzalo López y un Alonso Villanueva fueron con otros caballeros por procuradores de México, y Su Majestad mandó en aquel tiempo dar el obispado de Palencia al licenciado de la Gasca, que fué obispo y conde de Pernia, porque tuvo ventura que así como llegó a Castilla había vacado y se traía en la Corte por plática, que aun

(1) Hay en el original un espacio en blanco. El nombre del primer obispo de Charcas fué don fray Tomás de San Martín, de la Orden de Santo Domingo.

en esto tuvo la ventura que he dicho, de más de la que tuvo en dejar de paz el Perú y en tornar a ver el oro y plata que le habían robado los Contreras. Y volviendo a mi relación, lo que proveyó Su Majectad sobre la perpetualidad de los repartimientos de los indios, envió a mandar al marqués de Mondéjar, que era presidente en el Real Consejo de Indias, y al licenciado Gutiérrez Velázquez. y al licenciado Tello de Sandoval, y al dotor Hernán Pérez de la Fuente, y el licenciado Gregorio López y el dotor Rivadeneyra, y al licenciado Birviesca, que eran oidores del mesmo Real Consejo de Indias, y a otros caballeros de otros Reales Consejos, que todos se juntasen e que viesen y platicasen cómo y de qué manera se podría hacer el repartimiento de arte y de manera que en todo fuese bien mirado el servicio de Dios y real patrimonio no viniese a menos; y desque todos estos perlados y caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero González de León, donde residía el Real Consejo de Indias, lo que se dijo y platicó en aquella muy ilustrísima junta, que se diesen los indios perpetuos en la Nueva España y en el Perú, no me acuerdo bien si se nombró el Nuevo Reino de Granada e Bobotán, mas paréceme a mí que también entraron en los demás, y las causas que se propusieron en aquel negocio fueron santas y buenas. Lo primero que se platicó, que siendo perpetuos serían muy mejor tratados e industriados en nuestra santa fé, y que si algunos adolesciesen los curarían como a hijos, y les quitarían parte de sus tributos, que los encomenderos se perpetuarían mucho más en poner heredades y viñas y sementeras, y criarían ganados, y cesarían pleitos y contiendas sobre indios, y no habría menester visitadores en los pueblos, y haría paz y concordia entre los soldados en saber que ya no tienen poder los presidentes y gobernadores para en vacando indios se los dar por vías de parentezcos, ni por otras maneras que en aquella sazón les daban y que con dallos perpetuos a los que han servido a Su Majestad descargaba su real conciencia, y se dijo otras muy buenas razones; y más se dijo que se habían de quitar en el Perú a hombres bandoleros los que hallasen habían deservido a Su Majestad. Y después que por todos aquellos de la ilustre junta fué muy bien platicado lo que dicho tengo, todos los más procuradores, con otros caballeros, dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos. Luego en aquella sazón hobo votos contrarios, y fué el primero el obispo de Chiapa, y lo ayudó su compañero fray Rodrigo, de la orden de Sancto Domingo, y ansimismo el licenciado Gasca, que era obispo de Palencia y conde de Pernia, y fray don Martín de [1], obispo, que entonces le dieron el obispado de las Charcas, y el marqués de Mondéjar, y dos oidores del Consejo Real de Su Majestad; y lo que propusieron en la contradicción aquellos caballeros por mí dichos, salvo el marqués de Mondéjar, que no se quiso mostrar a una parte ni a otra, sino que se estuvo a la mira a ver lo que decían y a ver los que más votos tenían, dijeron que cómo habían de dar indios perpetuos, ni aun de otras maneras por sus vidas no los habían de tener, sino quitárselos a los que en aquella sazón los tenían, porque personas había entre ellos en el Perú, que tenían buena renta de

(1) Nuevamente deja aquí el autor un espacio en blanco; quiere referirse, según indicamos en la nota anterior, al dominico don fray Tomás de San Martín.

indios, que merescían que los hobieran hecho cuartos, cuanto y más dárselos ahora perpetuos, y que donde creerían que había en el Perú paz y asentada la tierra habría soldados que, como viesen que no había qué les dar, se amotinarían y habría más discordias. Entonces respondió don Vasco de Quiroga, obispo de Mechuacán, que era de nuestra parte, y dijo al licenciado de la Gasca que por qué no castigó a los bandoleros y traidores, pues que conoscía y le eran notorias sus maldades, y que él mismo les dió indios. Y a esto respondió el de la Gasca y se paró a reír, y dijo: "¿Creerán, señores, que no hice poco en salir en paz y en salvo de entrellos y que a algunos descuarticé e hice justicia?" Y pasaron otras razones sobre aquella materia. Y entonces dijimos nosotros y muchos de aquellos señores que allí estábamos juntos que se diesen perpetuos en la Nueva España a los verdaderos conquistadores que pasamos con Cortés y a los del capitán Pánfilo de Narváez y a los de Garay, pues habíamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando en servicio de Su Majestad, y lo habíamos muy bien servido, y que con los demás hobiese otra moderación. E ya que teníamos esta plática por nuestra parte e la orden que dicho tengo, no faltó de aquellos perlados y de los señores del Consejo de Su Majestad que dijeron que cesase todo hasta que el emperador y el príncipe nuestros señores viniesen a Castilla, que se esperaba cada día, para que en una cosa de tanto peso y calidad se hallasen presentes. Y puesto que por el obispo de Mechuacán y ciertos caballeros, y yo juntamente con ellos, que éramos de la Nueva España, fué tornado a replicar que, pues estaban ya dados los votos conformes, se diesen perpetuos en la Nueva España, y que los procuradores del Perú procurasen por sí, pues Su Majestad, como cristianísimo, lo había enviado a mandar, y en su real mando mostraba afición para que en la Nueva España se diesen perpetuos. Y sobre ello hobo muchas pláticas y alegaciones, y dijimos que, ya que en el Perú no se diesen, que mirasen los muchos y grandes y leales servicios que hecimos a Su Majestad y a toda la cristiandad; y no aprovechamos cosa ninguna con los señores del Real Consejo de Indias y con el obispo fray Bartolomé de las Casas y fray Rodrigo, su compañero, y con el obispo de las Charcas, don fray Martín [1], y dijeron que en viniendo Su Majestad de Augusta se proveería de manera que los conquistadores serían muy contentos; y ansí se quedó por hacer. Dejaré esta plática, y diré que en postas se escribió en un navío a la Nueva España; y como se supo en la ciudad de México las cosas arriba dichas que pasaron en la corte, concertaban los conquistadores de enviar por sí solos procuradores ante Su Majestad, y aun a mí me escribió desde México a esta ciudad de Guatemala el capitán Andrés de Tapia, y un Pedro Moreno Medrano, y Juan de Limpias Carvajal "el Sordo", desde la Puebla, porque ya en aquella sazón era yo venido de la corte, y lo que me escribían fué dándome cuenta y relación de los conquistadores que enviaban su poder, y en la memoria me contaban a mí como uno dellos y más antiguo, y yo mostré las cartas en la ciudad de Guatemala a otros conquistadores para que les ayudásemos con dineros para enviar los procuradores,

(1) Hay en el autógrafo un espacio sin llenar. Véase nota anterior.

y según paresció no se concertó la ida por falta de pesos de oro, y lo que se tornó a concertar en México fué que los conquistadores, juntamente con toda la comunidad, enviaron a Castilla procuradores, pero nunca se negoció cosa que buena sea, y desta manera andamos de mula coja y de mal en peor, y de un visorrey en otro, y de gobernador en gobernador. Y después que esto, mandó el invictísimo nuestro rey y señor don Felipe, que Dios le guarde y deje vivir muchos años, con aumento de más reinos, en sus reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que a los conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego los antiguos pobladores casados, segun se verá en sus reales cédulas.

CAPITULO CCXII

De otras pláticas y relaciones que aquí van declaradas y serán agradables de oír. (1)

Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos licenciados que se la emprestase por dos días para saber muy por extenso las cosas que pasamos en las conquistas de México y Nueva España y ver en qué diferían lo que tienen escrito los coronistas Gomara y el dolor Illescas acerca de los heroicos hechos y hazañas que hecimos en compañía del valeroso marqués Cortés, e yo les presté un borrador. Parecióme que de varones sabios siempre se pega algo de su ciencia a los sin letras como yo

(1) Se halla en el manuscrito, ocupando los folios 284 v y 285 frente, el siguiente capitulo, que nos parece incompleto, y que debió sustituir al que ocupa los folios 286, pues la letra de éste es más antigua:

CAPITULO CCXII.—De otras pláticas y relaciones que aquí van declaradas, que serán notables y agradables de oír.

Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos licenciados que se la emprestase para saber muy extenso las cosas que pasaron en las conquistas de México y Nueva España y ver en qué diferían lo que tienen escrito los coronistas Francisco López de Gomara y el doctor Illescas acerca de las heroicas hazañas que hizo el marqués del Valle. En esta relación escribo e yo se la presté porque de sabios siempre se pega algo de su ciencia a los idiotas y sin letras como yo soy, y les dije que no tocasen en enmendar cosa ninguna de las conquistas ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero; y desque lo hubieron visto y leído los dos licenciados a quien se la empresté, y el uno dellos muy retórico y tal presunción tiene de si mismo, y después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa ninguna de todo lo que pasamos desque venimos a descubrir, primero que viniese Cortés dos veces, y la postrera vine con el mismo Cortés, que fué en el año de diez y siete con Francisco Hernández de Córdoba, y en el de diez y ocho con un Juan de Grijalva, ya por mí muchas veces nombrado, y en el diez y nueve vine con el mismo buen capitán Hernando Cortés, que después el tiempo andando fué marqués del Valle. Y volviendo a mi plática, me dijeron los licenciados que, en cuanto a la retórica, que va según nuestro común habla de Castilla la Vieja, e que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoseadas ni de afeiterías que suelen componer los coronistas han escrito en cosas de guerras, sino todo a las buenas llanas, y debajo de decir verdad, se encierran las hermoseadas razones; y más me dijeron que les paresce que me alabo mucho de mi mismo en lo de las batallas y reencuentros de guerras en que me hallé, y que otras personas lo habían de decir y escribir primero que no yo, y también que para dar más crédito a lo que he dicho que diese testigos y razones de algunos coronistas que lo hayan escrito, como suelen poner y alegar los que escriben y aprueban con otros libros de cosas pasadas, y no decir, como digo, tan secamente esto hice y tal me acaesció, porque yo no soy testigo de mí mismo. A esto respondí y digo agora que en el primer capítulo de mi relación, que en una carta que escribió el marqués del Valle en el año de mil y quinientos y cuarenta desde la gran ciudad de México a Castilla a Su Majestad, haciéndole relación de mi persona y servicios, y le hizo saber cómo vine a descubrir la Nueva España dos veces primero que no él, y tercera vez volví en su compañía y como tes-

soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna [1], porque todo lo que escribo es muy verdadero. Y desque lo hobieron visto y leído, dijo uno dellos, que era muy retórico y tal presunción tenía de sí mismo, después de la sublimar y alabar la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa ninguna de todo lo que pasamos desque venimos a la Nueva España, desde el año de diez y siete hasta al de sesenta y ocho, y dijo, en cuanto a la retórica, que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoseadas ni policía dorada, que suelen poner los que han escrito, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien hablar, y que le paresce que me alabo mucho en lo de las batallas y guerras que me hallé y servicios que he hecho a Su Majestad, y que otras personas lo habían de decir que no yo, y también que para dar más crédito a lo que es-

tigo de vista me vió muchas veces batallar en las guerras mexicanas. y en la toma de otras ciudades como esforzado soldado hacer en ellas cosas muy notables y salir muchas veces de las batallas malherido. y cómo fuí en su compañía a Honduras y Higueras. que así se nombran en esta tierra y otras particularidades que en la carta se contenían. que por excusar prolijidad aquí no declaro: y asímismo escribió a Su Majestad el ilustrísimo visorrey don Antonio de Mendoza haciéndole relación de lo que había sido informado de los capitanes en compañía de los que en aquel tiempo yo militaba. y conformaba todo con lo que el marqués del Valle escribió: y ansimismo por probanzas muy bastantes que en la Corte fueron presentadas en el Real Consejo de Indias en el año de quinientos cuarenta: así que. señores licenciados. vean si son buenos testigos el marqués del Valle y el visorrey don Antonio de Mendoza. y mis probanzas: y si esto no basta. quiero dar otro testigo. que no lo había mejor en el mundo. que fué el cristianísimo emperador nuestro señor. de gloriosa memoria. don Carlos V. que por su real carta cerrada y sellada con su real sello manda a los virreyes y presidentes que. teniendo respeto a los muchos y buenos y leales servicios que le constó haberle yo hecho. sea antepuesto y conozca mejoría yo y mis hijos. a la cual dicha real carta me remito. todas las cuales cartas tengo guardadas los originales dellas. y los traslados se quedaron en la corte en el archivo del secretario Ochoa de Luyando. y esto doy por descargo y testigos de lo que los licenciados me propusieron. Y volviendo a la plática. ¿por ventura quísolo escribir el coronista Francisco de Gomara ni el doctor Illescas en lo que escriben de los heroicos hechos de Cortés en hablar? En blanco nos quedábamos si agora yo no hiciera esta verdadera relación. Y a lo que dijeron que me alabo mucho de mi persona y que otros lo habían de decir. a esto respondo: en cosas hay que unos vecinos suelen lo hacer las virtudes y bondades de otros y no ellos mesmos. mas el que no se halló en la guerra ni lo vió ni entendió ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de lo hacer las nubes o los pájaros que en el tiempo que andábamos en las batallas iban volando. sino solamente los capitanes y soldados que en ellos se hallaron? Si en esta mi relación yo hobiera quitado su prez y honra algunos de los valerosos capitanes y fuertes soldados. mis compañeros. que en las conquistas nos hallamos. y me la pusiera a mí. bien fuera y quitarme de parte: mas aun no me alabo tanto cuanto debo. Si no. dígalo el marqués Cortés. un blasón que puso en la culebrina del ave Fénix. que fué un tiro que se forjó en México de oro y plata y cobre que enviamos a Su Majestad. y decían las letras del blasón: "Esta ave nació sin par: yo. en serviros. sin segundo. y vos. sin igual en el mundo". Bien puedo yo decir que me cabe parte desta loa y blasón. pues le ayudé a Cortés hacer aquellos leales servicios; y demás desto. cuando fué Cortés la primera vez a Castilla a besar los reales pies de Su Majestad. le hizo relación que tuvo tan valerosos y esforzados capitanes y compañeros que. a lo que creía. ningunos más animosos había oído en coronicas pasadas que fuesen como los con que ganó la Nueva España e la gran ciudad de México; y también me cabe parte desta alabanza. Y cuando fué Cortés a servir a Su Majestad en lo de Argel. sobre cosas que acaescieron sobre alzar el real por la gran tormenta que hobo. dicen que dijo muchas loas de los valerosos sus compañeros; también me cabe parte dellas y por esta causa las escribo. Y quiero poner aquí una comparación. aunque es la una muy alta y de un soldado como yo. Digo que me hallé en esta Nueva España en más batallas peleando que se halló el gran emperador Julio César. que dicen dél sus coronistas que era muy presto en las armas y con mucho esfuerzo en dar una batalla. e cuando tenía espacio escrebía sus heroicas hazañas; puesto que tuvo muchos e grandes coronistas. no lo fío dellos. que él mismo quiso escribir por su mano: no es mucho que yo agora en esta relación diga las batallas de mi mismo. pues me hallé en todas las batallas que se halló el marqués Cortés y en otras muchas que me envió con otros capitanes a conquistar otras provincias e ciudades. lo cual hllarán escrito en esta mi crónica y relación a dónde e cuándo e en qué provincias estuve peleando. y en qué tiempos. y también digo que de todas las loas e loores que dicen Francisco de Gomara y el doctor Illescas en sus libros. si quieren más testigos. miren la Nueva España. que es mayor que cuatro veces nuestra Castilla e tengan atención y miren las muchas ciudades e villas que están pobladas. pues miren la gran riqueza que destos pueblos enviamos a Castilla.

(1) Testado en el original: "ni poner ni quitar".

cribo diese testigos, como suelen poner y alegar los coronistas, que aprueban con otros libros de cosas pasadas, lo que de él lo han dicho otras personas que lo vieron e no decir secamente esto hice o tal me acaeció porque yo no soy testigo de mí mismo. A esto se puede responder que en el primer capítulo de mi relación, que en una carta que escribió el marqués del Valle a Su Majestad en el año de cuarenta, haciéndole relación de mi persona y servicios, y le hizo saber cómo vine a descubrir la Nueva España dos veces primero que no él, y tercera vez volví en su compañía, y como testigo de vista me vió batallar en las guerras como muy esforzado soldado y salir malamente herido ansí en la toma de México como en otras muchas conquistas, y después que ganamos la Nueva España y sus provincias, y como fui en su compañía a Honduras e Higueras, que ansí se nombra en esta tierra, y otras particularidades que en la carta se contenían, que por ser tan larga relación aquí no declaro, y ansimismo escribió a Su Majestad don Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España, dino de loable memoria por sus muchas virtudes, haciéndole relación de lo que había sido informado de los capitanes en compañía de los cuales yo militaba, conformaba todo con lo quel marqués escribió, y también con probanzas muy bastantes que por mi parte fueron presentadas en el Real Consejo de Indias en el año de cuarenta, y estas cartas doy por testigo y los traslados dellas están presentadas ante Su Majestad y los originales están guardados, y si no son buenos testigos el marqués, y el virrey, y los capitanes, y mis probanzas, quiero dar otro testigo que no lo habrá mejor en todo el mundo, que fué nuestro muy gran monarca el cristianísimo emperador don Carlos, nuestro señor, de muy celebrada y gloriosa memoria, que sobre ello envió sus cartas selladas en que mandaba a los virreyes y presidentes y gobernadores que en todo sea antepuesto y conozca mejoría como criado suyo; y otras reencomiendas que en las reales cartas se contenían, y a esta causa he estado de propósito de las incorporar en esta relación y más quiero questén guardadas en mi poder. Y volviendo a la plática, que me dijo el licenciado a quien hube prestado mi borrador que para qué me alababa tanto de mis conquistas; a esto digo que hay cosas que no es bien de que los hombres se alaben a sí mismos, sino sus vecinos suelen decir sus virtudes y bondades que hay en las personas que las tienen, y también digo que los que no lo saben, ni vieron, ni entendieron, ni se hallaron en ello, en especial cosas de guerras y batallas y tomas de ciudades, ¿cómo lo pueden loar y escrebir, sino solamente los capitanes y soldados que se hallaron en tales guerras juntamente con nosotros?; y a esta causa lo puedo decir tantas veces, y aun me jatancio dello. Si yo quitase su honor y estado a otros valerosos soldados que se hallaron en las mismas guerras y lo atribuyese a mi persona, mal hecho sería y ternía razón de ser reprendido; mas si digo la verdad y lo atestigua Su Majestad y su virrey, e marqués y testigos y probanza, y más la relación da testimonio dello, ¿por qué no lo diré?, y aun con letras de oro había de estar escrito. ¿Quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto? ¿Y quísolo escrebir Gomara, ni Illescas, ni Cortés, cuando escribía a Su Majestad? Lo que veo destos escriptos e en sus coronicas solamente en alabanza de Cortés, y callan y encubren nuestras ilustres y famosas hazañas, con

las cuales ensalzamos al mismo capitán en ser marqués y tener la mucha renta y fama y nombradía que tiene, y estos que escrebieron es quien no se hallaron presentes en la Nueva España; y sin tener verdadera relación ¿cómo lo podían escrebir, sino del sabor de su paladar, sin ir errados, salvo que en las pláticas que tomaron del mesmo marqués? Y esto digo, que cuando Cortés, a los principios, escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados. ¿Quiérenlo ver? Miren a quién eligieron su historia, sino a su hijo el heredero del marquesado. Puesto que don Hernando Cortés en todo fué muy valeroso y esforzado capitán, y puede ser contado entre los muy nombrados que ha habido en el mundo de aquellos tiempos, nos habían de considerar los coronistas que también nos habían de entremeter y hacer relación en sus historias de nuestros esforzados soldados, y no dejarnos a todos en blanco, como quedáramos si yo no metiera la mano en recitar y dar a cada uno su prez y honra. Y si yo no hobiera declarado cómo verdaderamente pasó, las personas que vieran lo que han escrito los coronistas Illescas y Gomara creyeran que era verdad [1]. Y demás de lo que tengo declarado, es bien que aquí haga relación, para que haya memorable memoria de mi persona y de los muchos y notables servicios que he hecho a Dios y a Su Majestad y a toda la cristiandad, como hay escripturas y relaciones de los duques y marqueses y condes y ilustres varones que sirvieron en las guerras, y también para que mis hijos y nietos y descendientes osen decir con verdad: "Estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa, y gastó la hacienda que tenía en ello, y fué en lo conquistar de los primeros." Y demás desto quiero poner aquí otra plática, por que vean que no me alabo tanto como debo, y es que me hallé en muchas más batallas y rencuentros de guerra, que dicen los escriptores que se halló Julio César en cincuenta y tres batallas, y para escrebir sus hechos tuvo extremados coronistas; no se contentó de lo que dél escribieron, quel mesmo Julio César, por su mano, hizo memoria en sus *Comentarios* de todo lo que por su persona guerreó, y ansí que no es mucho que yo escriba los heroicos hechos del valeroso Cortés, y los míos, y los de mis compañeros que se hallaron juntamente peleando; y más digo que de todos los loores y sublimados hechos que el mismo marqués hizo, y de las siete cabezas de reyes que tiene por armas y de blasón, y letras que puso en un tiro que se decía "El Fénix", que se forjó en México para enviar a Su Majestad, el cual era de oro y plata y cobre, y decían las letras que en ella iban: "Esta ave nació sin par; yo, en serviros, sin segundo, y voz, sin igual en el mundo" parte me cabe de las siete cabezas de reyes y de lo que dice en la culebrina "yo, en serviros, sin segundo", pues yo le ayudé en todas las conquistas y a ganar aquella prez y honra y estado, y es muy bien empleado en su muy valerosa persona. Y volviendo a mi plática, como he dicho que me hallé en más batallas que Julio César, otra vez lo torno a afirmar, las cuales verán y hallarán los curiosos letores en esta mi relación en los capítulos que dello hablan, cómo y de qué manera pasaron, porque no se puede encubrir cosa

(1) Tachado en el original: "así como lo escriben siendo muy retóricos".

que allí no se diga y declare, y para que más claramente se vea, los quiero poner aquí por memoria, por que no digan que hablo secamente de mi persona, porque si no lo hobieran visto muchos conquistadores, y si en esta Nueva España no hobiera mucha fama dellos, como hay maliciosos detratadores, por ventura me hobieran puesto algún ojeto descuridad en ello.

Memoria de las batallas y encuentros en que me he hallado.

En la punta de Cotoche, cuando vine con Francisco Hernández de Córdova, primer descubridor, en una batalla.

En otra batalla, en lo de Champoton, cuando nos mataron cincuenta y siete soldados y salimos todos heridos, en compañía del mesmo Francisco Hernández de Córdova.

En otra batalla, cuando íbamos a tomar agua en la Florida, en compañía del mesmo Francisco Hernández.

En otra, cuando lo de Juan de Grijalva, en lo mismo de Champoton.

Cuando vino el muy valeroso y esforzado capitán Hernando Cortés, en dos batallas en lo de Tabasco, con el mesmo Cortés.

Otra en lo de Zingapacinga, con el mesmo Cortés.

Más en tres batallas que hobimos en lo de Tascala, con el mesmo Cortés.

La de Chulula, cuando nos quisieron matar y comer nuestros cuerpos, y no la cuento por batalla.

Otra, cuando vino el capitán Pánfilo de Narváez desde la isla de Cuba con mill e cuatrocientos soldados, ansí a caballo como escopeteros y ballesteros y con mucha artillería, y nos venía a prender y a tomar la tierra por Diego Velázquez, y con docientos y sesenta y seis soldados le desbaratamos y prendimos al mesmo Narváez y a sus capitanes, e yo soy uno de los sesenta soldados que mandó Cortés que arremetiésemos a tomarles el artillería, que fué la cosa de más peligro, lo cual está escrito en el capítulo que dello habla.

Más tres batallas muy peligrosas que nos dieron en México, yendo por los puentes y calzadas, cuando fuimos al socorro de Pedro de Alvarado, cuando salimos huyendo, porque de mill y trecientos soldados que fuimos con Cortés y con los mesmos de Narváez al socorro que dicho tengo, en nueve días no quedamos de todos sino cuatrocientos y sesenta y ocho que todos los más murieron en las mismas puentes, y fueron sacrificados y comidos de los indios.

Otra batalla muy dudosa, que se dice la de Otumba, con el mesmo Cortés.

Otra, cuando fuimos sobre Tepeaca, con el mesmo Cortés.

Otra, cuando fuimos a correr los alrededores de Cachula.

Otra, cuando fuimos a Tezcuco y nos salieron al encuentro los mexicanos y de Tezcuco, con el mesmo Cortés.

Otra, cuando fuimos con Cortés a lo de Iztapalapa, que nos quisieron ahogar.

Otras tres batalas, cuando fuimos con el mesmo Cortés a rodear todos los pueblos grandes alrededor de la laguna, y me hallé en Suchimilco en las tres batallas que dicho tengo, y bien peligrosas, cuando derrocaron los mexicanos a Cortés del caballo y le hirieron y se vió bien fatigado.

Más otras dos batallas en los Peñoles que llaman de Cortés, y nos mataron nueve soldados y salimos todos heridos por mala consideración de Cortés.

Otra, cuando me envió Cortés con muchos soldados a defender las milpas, que eran de los pueblos nuestros amigos, que nos tomaban los mexicanos.

Demás de todo esto, cuando pusimos cerco a México, en noventa e tres días que lo tuvimos cercado me hallé en más de ochenta batallas, porque cada día teníamos sobre nosotros gran multitud de mexicanos; hagamos cuenta que serán ochenta.

Después de conquistado México me hallé en la provincia de Cimatlán, que es ya tierra de Guazacualco, en dos batallas; salí de la una con tres heridas, en compañía del capitán Luis Marín.

En las sierras de Cipotecas y Mingez me hallé en dos batallas, con el mesmo Luis Marín.

En lo de Chiapa, en dos batallas, con los mesmos chiapanecas y con el mesmo Luis Marín.

Otra en lo de Chamula, con el mesmo Luis Marín.

Otra, cuando fuimos a las Higueras con Cortés, en una batalla que hobimos en un pueblo que se dice Culaco; allí mataron mi caballo.

Después de vuelto a la Nueva España de lo que de Honduras e Higueras, que ansí se nombra, volví a ayudar a traer de paz las provincias de los Cipotecas y Minges y otras tierras, y no cuento las batallas ni rencuentros que con ellas tuvimos, aunque había bien qué decir, ni en los rencuentros que me hallé en esta provincia de Guatemala, porque ciertamente no era gente de guerra, sino de dar voces y gritos y ruido y hacer hoyos [1], y en barrancos muy hondos, y aun con todo esto me dieron un flechazo en una barranca, entre Petapa y Joana Gasapa, porque allí nos aguardaron. Y en todas estas batallas que he recontado que me hallé se hallaron el valeroso capitán Cortés y todos sus capitanes y esforzados soldados, que allí murieron todos los más, puesto que otros murieron en lo de Pánuco, que yo no me hallé en ello, y en Colima y en Zacatula, que tampoco me hallé en lo de Mechoacán. Todas aquellas provincias vinieron de paz, y también en lo de Tutultepeque, y en lo de Jalisco, que llaman la Nueva Galicia, que también vino de paz; ni en toda la costa del Sur no me hallé, porque harto teníamos con qué entender en otras partes, y como la Nueva España es tan grande, no podíamos ir todos los soldados juntos a unas partes ni a otras, sino que Cortés enviaba a conquistar lo que estaba de guerra. Y para que claramente se conozca dónde mataron los más españoles, lo diré pasos por pasos en las batalles y rencuentros de guerras [2]:

---

(1) Testado en el original: "secretos".

(2) Tachado en el original: "que yo me hallé".

En la punta de Cotoche y en lo de Champoton, cuando vine con Francisco Hernández, primer descubridor, en dos batallas nos mataron cincuenta y ocho soldados, que son más de la mitad de los que veníamos.

En otra batalla en lo de la Florida, cuando íbamos a tomar agua, nos llevaron vivo a un soldado; salimos todos heridos.

En otra, cuando lo de Joan de Grijalva, en lo del mesmo Champoton, diez soldados, y el capitán salió bien herido y quebrados dos dientes.

Cuando vino el muy valeroso y esforzado capitán Hernando Cortés, en dos batallas en lo de Tabasco, con el mesmo Cortés, murieron seis o siete soldados.

En tres batallas que hobimos en lo de Tascala, bien dudosas y peligrosas, murieron cuatro soldados.

Otra, cuandó vino el capitán Narváez desde la isla de Cuba con mill e cuatro soldados, ansí a caballo como escopeteros y ballesteros, y nos venía a prender y tomar la tierra por Diego Velázquez, y con docientos y sesenta y seis soldados les desbaratamos y prendimos al mismo Narváez y a sus capitanes, y con el artillería que tenía puesta el Narváez contra nosotros mató cuatro soldados.

Más en tres batallas muy peligrosas que nos dieron en México, y en las puentes y calzadas, y en la de Otumba, cuando fuimos al socorro de Pedro de Alvarado y salimos huyendo de México, de mill y trescientos soldados, contados con los mesmos de Narváez, que fuimos con Cortés, en nueve días que nos dieron guerra no quedamos de todos vivos sino cuatrocientos y sesenta y ocho, que todos los más murieron en las mesmas puentes, y fueron sacrificados y comidos de los indios, y todos los más salimos heridos. A Dios misericordia.

Otra batalla, cuando fuimos sobre Tepeaca con el mesmo Cortés, nos mataron dos soldados.

Otra, cuando fuimos a correr los derredores de Cachula y Tecomachalco, murieron otros dos españoles.

Otra, cuando fuimos a Tezcuco y nos alieron al encuentro los mexicanos y los de Tezcuco, con el mesmo Cortés, nos mataron un soldado.

Otra, cuando fuimos con Cortés a lo de Iztapalapa, que nos quisieron anegar, murieron dos o tres de las heridas, que no me acuerdo bien cuántos fueron.

Otras tres batallas, cuando fuimos con el mesmo Cortés a todos los pueblos grandes questán arrededor de la laguna, y estas tres batallas fueron bien peligrosas, porque derrocaron los mexicanos a Cortés del caballo, y le hirieron, y se vió bien fatigado, y esto fué en lo de Suchimilco, y murieron ocho españoles.

Otras dos batallas en los Peñoles que llaman de Cortés, y nos mataron nueve soldados, y salimos todos heridos por mala consideración de Cortés.

Otra, cuando me envió Cortés con muchos soldados a defender las milpas del maíz que les tomaban los mexicanos, las cuales eran de nuestros amigos de Tuzcuco; murió un español, dende a nueve días, de las heridas.

Y demás de todo esto que arriba he declarado, cuando posimos cerco a México, en noventa y tres días que le tuvimos cercado me hallé en más de ochenta batallas, porque cada día teníamos, desde que amanecía hasta que anochescía, sobre nosotros gran multitud de guerreros mexicanos que nos daban guerra; murieron por todos los soldados que en aquellas batallas nos hallamos: de los de Cortés, sesenta y tres; de Pedro de Alvarado, nueve; de Sandoval, seis, hagamos cuenta que fueron ochenta batallas que nos dieron en noventa e tres días.

Después de conquistado México me hallé en la provincia de Cimatlán, ques tierra de Guazacualco, en dos batallas, y en ellas nos mataron tres soldados en compañía del capitán Luis Marín.

Otra, en las sierras de los Cipotecas y Minges, que son muy altas y no hay caminos; en dos batallas con el mesmo Luis Marín, nos mataron dos soldados.

En la provincia de Chiapa, en dos batallas bien peligrosas con los mesmos chiapanecas y en compañía del mesmo Marín, nos mataron dos soldados.

Otra batalla en lo de Chamula, en compañía del mesmo Luis Marín, murió un soldado de las heridas.

Otra, cuando fuimos a las Higueras e Honduras con Cortés, en una batalla con un pueblo que se decía Zulaco mataron a un soldado.

E ya he declarado en las batallas que me hallé los que en ellas murieron, e no cuento lo de Pánuco, porque no me hallé en ellas; mas fama muy cierta es que mataron de los de Garay y de otros nuevamente venidos de Castilla más de trescientos soldados de los que llevó Cortés a pacificar aquella provincia como de los que llevó Sandoval cuando se volvieron a alzar, y en la que llamamos de Almería, yo no me hallé en ella; mas sé cierto que mataron al capitán Joan de Escalante y a siete soldados. También digo que en lo de Colima, y Zacatula, y Michoacán, y Jalisco, y Tututepeque, mataron ciertos soldados. Olvidado se me había de escrebir de otros sesenta y seis soldados y tres mujeres de Castilla que mataron los mexicanos en un pueblo que se dice Tustepeque, y quedaron en aquel pueblo creyendo que les habían de dar de comer, porque eran de los de Narváez y estaban dolientes, y para que bien se entiendan los nombres de los pueblos, uno es Tustepeque en la costa del Norte, y otro es Tututepeque, en la costa del Sur, y esto digo porque no me argullan que voy errado, que pongo a un pueblo dos nombres. También dirán agora ques gran prolijidad lo que escribo acerca de poner en una parte las batallas en que me hallé y tornar a referir los que murieron en cada batalla, que lo pudiera senificar de una vez. También dirán los curiosos letores que cómo pude yo saber los que murieron en cada parte en las batallas que tuvieron. A esto digo que es muy bueno y claro dallo a entender; pongamos aquí una comparación: hagamos cuenta que sale de Castilla un valeroso capitán y va a dar guerra a los mo-

ros y turcos; va otras batallas de contrarios y lleva sobre veinte mill soldados; después de asentado su real envía un capitán con soldados a tal parte, y otro a otra parte, y va con ellos por capitán; después que ha dado las batallas y recuentros, que vuelve con su gente al real, tienen cuenta de los que murieron en la batalla y están heridos y quedan presos; ansí, cuando íbamos con el valeroso Cortés, íbamos todos juntos y en las batallas sabíamos los que quedaban muertos y volvían heridos, y ansimismo de otros que enviaron a otras provincias, y ansí no es mucho que yo tenga memoria de todo lo que dicho tengo y lo escriba tan claramente. Dejemos esta parte.

(1)

CAPITULO CCXIII

Por qué causa en esta Nueva España se herraron muchos indios e indias por esclavos, y la relación que sobrello doy.

Hanme rogado ciertos religiosos que les dijese y declarase por qué causa se herraron muchos indios y indias por esclavos en toda la Nueva España, si los herramos sin hacer dello relación a Su Majestad. A esto dije, y aun dijo agora, que Su Majestad lo envió a mandar dos veces, e para que esto bien se entienda, sepan los curiosos letores que fué desta manera: Que Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, envió una armada contra nosotros, y en ella por capitán uno que se decía Pánfilo de Narváez, y trujo sobre mill y trecientos soldados, y entre ellos fueron noventa de a caballo y noventa espingarderos, porque espingardas se llamaban en aquel tiempo, y ochenta ballesteros; e venía a nos prender y tomar la tierra por Diego Velázquez, lo cual tengo ya escrito en mi relación en el capítulo que dello habla, y conviene que agora lo refiera otra vez para que bien se entienda. Pues volviendo a mi materia, desque supo nuestro capitán Cortés y todos nuestros soldados de la manera que venía Narváez furioso y de las palabras descomedidas que contra nosotros decía, acordamos de salir de

(1) Hay aquí una nota de letra extraña a la del autor, que dice: "Acabose de sacar esta historia en Guatemala a 14 de noviembre de 1605 años". Se repite la misma nota en letra más clara y más negra.—(J. A. V. C.)

México a nos ver con él docientos y sesenta y seis soldados y procurar de le desbaratar antes que él nos prendiese, y porque en aquella sazón teníamos preso al gran Montezuma, señor de México, dejamos en su guarda a un capitán, ya otras veces por mí nombrado, que se decía Pedro de Alvarado, con el cual le dejamos en su compañía ochenta soldados, que nos paresció que algunos dellos eran sospechosos de que no terníamos de ellos ayuda, por haber sido amigos del Diego Velázquez, e nos serían contrarios, y entretanto que fuimos contra el Narváez, se alzó la ciudad de México y sus sujetos, y quiero decir las causas y razones que el gran Montezuma daba por qué se rebelaron, y fueron verdaderas ansí como lo dijo, porque según paresce en aquel tiempo tenían los mexicanos por costumbre de hacer gran fiesta a sus ídolos, que se decían Uchilubus y Tezcatepuca, y para hacerles regocijos y danzas y salir con sus riquezas de joyas de oro y penachos, como solían, demandó licencia el gran Montezuma al Pedro de Alvarado, y él se la dió con muestras de buena voluntad; y desque vido que estaban bailando y cantando todos los más caciques de aquella ciudad y otros principales que habían venido de otras partes a ver aquellas danzas, salió de repente el Pedro de Alvarado de su aposento con todos sus ochenta soldados bien armados y dió en los caciques estando bailando en el patio principal del cu mayor, y mató y hirió ciertos dellos, habiéndole demandado licencia para ello. Y desque esto vió el gran Montezuma y sus principales, hobo muy grande enojo de cosa tan mala y fea, e luego en aquel estante [1] le dieron guerra. El primer día le mataron ocho soldados y hirieron todos los más que tenían, y le quemaron los aposentos y le cercaron de manera que se vido en grande aprieto; y ciertamente los acabaran de matar si les dieran guerra otro día más. El gran Montezuma mandó a sus principales y capitanes que cesasen la guerra por entonces, porque en aquella sazón el Pedro de Alvarado amenazó al Montezuma que le matarían allí en la prisión donde estaba si más le guerreaban, y también se la dejaron de dar porque le vinieron en posta a decir sus espías y principales, que siempre enviaba sobre nosotros desde que salimos desde México para ir sobre Narváez para saber cómo nos iba con él, y supo cómo le habíamos desbaratado, de lo cual lo tuvo por grande cosa él y todos sus capitanes, porque tenían por cierto que como éramos los de Cortés pocos y los de Narváez cuatro veces más que nosotros, que nos prendieran como a truanes. Volvamos a nuestra plática, y diré que después que hobimos preso al Narváez volvimos a México a le socorrer al Alvarado, y Cortés supo cómo le había demandado licencia el gran Montezuma al Pedro de Alvarado para hacer aquel areite y fiesta; y desque vido aquel gran de... se lo riñó muy malamente con palabras desabridas, y también se lo dijo un capitán que se decía Alonso de Avila, muchas veces por mí ya nombrado, que estaba muy mal con el Pedro de Alvarado, que siempre quedaría mala memoria en esta Nueva España de

(1) Testado en el original: "se alzaron en México y".

haber hecho aquella cosa tan mala. A lo cual el Pedro de Alvarado dió por descargo, con juramentos que sobre ello hizo, que supo muy ciertamente de tres papas y principales [1] y de otros caciques que estaban en compañía del gran Montezuma, que aquella fiesta que hacían a su Uchilubus, que era el dios de la guerra, que fué porque les diese vitoria contra él y sus soldados y sacar de prisión al Montezuma, y después dar guerra a los que venían con Narváez y a los que quedásemos vivos de Cortés, y porque supo de cierto que le habían de dar otro día guerra, se adelantó primero a dar en ellos por que estuviesen medrosos y tuviesen que curar en las heridas que les dieron. Quiero volver a mi materia. Que como alcanzamos a saber cómo le tenían cercado y en el aprieto questaba, acordamos de irle a socorrer con presteza, y nos hicimos amigos los de Cortés con los de Narváez, y fuimos al socorro sobre mill y trecientos soldados, y los noventa de a caballo, y sobre cien espingarderos y noventa ballesteros, y éstos que aquí digo todos los más fueron de los de Narváez, porque nosotros los de Cortés no llegábamos a trecientos y cincuenta, y háse de entender contados en ellos los ochenta que tenía el Pedro de Alvarado consigo, y también fueron con nosotros sobre dos mill amigos tascaltecas, y con este poder que nos paresció grande entramos en México, e Cortés muy soberbio con la vitoria de Narváez. Y otro día después que hobimos llegado nos dieron los mexicanos tantos combates y sangrientas guerras, que de los mill y trecientos soldados que entramos, en ocho días nos mataron y sacrificaron y comieron sobre ochocientos y sesenta y dos españoles, ansí de los que pasamos con Cortés como de los que trujo Narváez, y también sacrificaron y comieron sobre mill taxcaltecas, y esto fué en la misma ciudad y sus calzadas y puentes y en una batalla campal, que en esta tierra llamámosla de Otumba, y escapamos de aquella derrota cuatrocientos y cuarenta soldados y veinte y dos caballos, y si no saliéramos huyendo a media noche, allá quedáramos todos, y eso que salimos muy mal heridos, y con el ayuda de Dios que nos favoresció, con mucho trabajo nos fuimos a socorrer a Tascala, que nos rescibieron como buenos y leales amigos, y desde a cinco meses tuvimos ciertas ayudas de soldados, que vinieron en tres veces en tres navíos con capitanes que envió un don Francisco de Garay desde la isla de Jamaica al río de Pánuco para ayudar a una su armada, y dende a tres meses tuvimos otras ayudas de otros dos navíos que vinieron de Cuba en que venían veinte e tantos soldados y caballos que enviaba el Diego Velázquez en favor de su capitán Pánfilo de Narváez, creyendo que nos había ya desbaratado e preso, y como teníamos las ayudas y navíos por mí ya dichos, y con oro que se hobo en la salida de México, acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que hiciésemos relación de todas nuestras conquistas a la Real Audiencia y frailes jerónimos questaban por gobernadores en la isla de Santo Domingo, y para ello enviamos dos embajadores, personas de calidad, que se decían el capitán Alonso de Avila y un Francisco Alvarez Chico, que era hombre de negocios, y les enviamos a suplicar, atento a las relaciones ya por mí dichas y de las guerras que nos dieron, diesen licencia para que de los indios mexicanos

(1) Tachado en el original: "que prendieron cuando hirió en ellos".

y naturales de los pueblos que se habían alzado y muerto españoles [1] que si los tornásemos a requerir tres veces que vengan de paz, y que si no quisiesen venir y diesen guerra, que les pudiésemos hacer esclavos y echar un hierro en la cara, que fué una 9 como ésta. Y lo que sobrello proveyeron la Real Audiencia y los frailes jerónimos fué dar la licencia conforme a una provisión, con ciertos capítulos de la orden que se había de tener para les echar el hierro por esclavos, y de la misma manera que nos fué enviado a mandar por su provisión se herraron en la Nueva España, y demás desto que dicho tengo, la misma Real Audiencia y frailes jerónimos lo enviaron a hacer saber a Su Majestad cuando estaba en Flandes, y lo dió por bien, hecho, y los de su Real Consejo de Indias enviaron otra provisión sobre ello. También quiero traer aquí a la memoria cómo desde ahí a obra de un año enviamos desde México a nuestros embajadores a Castilla, y se hizo relación a Su Majestad cómo antes que viniésemos con Cortés a la Nueva España, y aun en aquella sazón, que los indios y caciques comúnmente tenían cantidad de indios y indias por esclavos, y que los vendían y contrataban con ellos como se contrata cualquier mercaduría, y andaban indios mercaderes de plaza en plaza y de mercado en mercado vendiéndolos y trocándolos a oro y mantas y cacao, y que traían sobre quince veinte juntos a vender [2] atados con colleras y cordeles muy peor que los portugueses traen a los negros de Guinea, y de todo esto llevaron nuestros embajadores probanzas de fe y de creer y por testigos ciertos indios mexicanos, y con aquellos recaudos enviamos a suplicar a Su Majestad que nos hiciese merced de nos dar licencia que por tributo nos los diesen y les pudiésemos comprar por nuestro rescate, según y de la manera que los indios los vendían y compraban; y Su Majestad fué servido de hacernos merced dello y mandó señalar personas que fuesen de confianza y suficientes para tener el hierro con que se habían de herrar, y después que hobieron traído a la Nueva España o a México la real provisión que sobre ello Su Majestad mandaba se ordenó que para que no hobiese engaño ninguno [3] en el herrar, que tuviese el hierro un alcalde y un regidor, el más antiguo, y un beneficiado que en aquel tiempo hobiese de cualquier ciudad o villa, y que fuesen personas de buena conciencia, y el hierro que entonces se hizo para herrar a los esclavos que habían de rescate era R como ésta. Quiero también escrebir aquí que valiera más que... mercedes enviáramos a suplicar a Su Mejestad nos hiciese porque si lo al... como era cristanísimo, o los señores que mandaban en aquel tiempo en el Consejo de Indias supieran lo que después sucedió sobre ello, y cómo en todo lo que proveen desean acertar, nunca tal licencia Su Majestad mandara dar, ni en su Real Consejo de Indias se proveyera, porque ciertamente hobo grandes fraudes sobre el herrar de los indios, porque como los hombres no somos todos muy buenos, antes hay algunos de mala conciencia, y como en aquel tiempo vinieron de Castilla y de las islas muchos españoles pobres y de gran cobdicia, e caninos y hambrientos por haber riquezas y esclavos, tenían tales maneras que herraban

(1) Tachado en el original: "y dado guerra".

(2) Tachado en el original: "y unos mercaderes más y otros menos".

(3) Testado en el original: "y hobiese retitud".

los libres; y para que mejor se entienda esta materia, en el tiempo que gobernaba Cortés, antes que fuésemos con él a las Higueras, había retitud sobre el herrar de los esclavos, porque no se herraban sin primero saber muy de cierto si eran libres, y después que salimos de México y fuimos con Cortés a Honduras, que así se llaman en esta tierra, y tardamos en ir y volver a México dos años y tres meses, questuvimos conquistando y trayendo de paz aquellas provincias, en aquel tiempo que estuvimos ausentes hobo en la Nueva España tantas sinjusticias y revueltas y escándalos entre los que dejó Cortés por sus tenientes de gobernadores, que no tenían cuidado si se herraban los indios con justo título o con malo, sino entender de sus bandos y intereses, y a las personas que en aquel tiempo encargaron el hierro los que gobernaban no miraron si eran de mala conciencia y cudiciosos y les daban aquel cargo a sus amigos, por les aprovechar, echaban el hierro a muchos indios libres, sin ser esclavos, y demás desto hobo otras maldades entre los caciques que daban tributo a sus encomenderos, que tomaban de sus pueblos indios y indias, muchachos pobres y huérfanos, y los daban por esclavos. Y fué tanta la disolución que sobre esto hobo, que los primeros que en la Nueva España quebramos el hierro del rescate fué en la villa de Guazacualco, donde en aquel tiempo era yo vecino, porque cuando esto pasó había más de un año que había vuelto a aquella villa de la jornada que hecimos con Cortés [1], y como regidor más antiguo y persona de confianza me entregaron el hierro para que le tuviese yo y un beneficiado de aquella villa, y que se decía Benito López; y como vimos que la provincia se desminuía, y las cautelas que los caciques y algunos encomenderos traían para que les herrásemos los indios por esclavos, no lo siendo, muy secretamente quebramos el hierro sin dar parte dello al alcalde mayor ni al cabildo, y en posta hicimos mensajero a México al presidente don Sebastián Ramírez, obispo que entonces era de Santo Domingo, que fué muy buen presidente y reto y de buena vida, y le hicimos sabidor cómo le quebramos el hierro, y le suplicamos, por vía de buen consejo, que luego expresamente mandase que no se herrasen más esclavos en toda la Nueva España. Y vistas nuestras cartas nos escribió que lo habíamos hecho como muy buenos servidores de Su Majestad, agradeciéndonoslo mucho, con ofertas de que nos ayudaría, y luego mandó, juntamente con la Real Audiencia, que no se herrasen más indios en toda la Nueva España, ni en Jalisco... ni Tabasco, ni Yucatán, ni en Guatimala; y fué santo y bueno esto que mandó. Y como hay hombres que no tienen aquel celo que son obligados a tener, así para el servicio de Dios como de Su Majestad, y no mirando el mal que se hacía en herrar indios libres por esclavos, desque alcanzaron a saber en nuestra villa de Guazacualco que yo y el beneficiado Benito López, mi compañero, quebramos el hierro, y decían que por qué causa les quitamos que no gozasen de las mercedes que Su Majestad nos había hecho, y más decían que éramos malos republicanos y que no ayudábamos a la villa [2] y que merecíamos ser apedreados. Y todo lo que decían nos reíamos y pasábamos por ello, y nos preciamos de haber hecho tan buena obra. Y enton-

(1) Tachado en el original: "a las Higueras".

(2) Testado en el original: "y república"

ces el mesmo presidente, juntamente con la Real Audiencia, me enviaron provisión a mí y al beneficiado ya por mí nombrado para ser visitadores generales de dos villas, que eran Guazacualco y Tabasco, y nos enviaron la instruición de qué manera habían de ser nuestras visitas y en que tantos pesos podíamos condenar en las sentencias que diésemos, que fué hasta cincuenta mill maravedís, y por delitos y muertes y otras cosas atroces lo remitiésemos a la misma Audiencia Real. Y también nos enviaron provisión para hacer la descripción de las tierras de los pueblos de las dos villas, lo cual visitamos lo mejor que podimos, y les enviamos el traslado de los procesos y descripción de las provincias y relación de todo lo que habíamos hecho; y respondió que lo daba por muy bueno y que haría sabidor dello a Su Majestad para que nos hiciese mercedes, y que si en alguna cosa algo se me ofreciese, le hiciese relación dello, por quél me ayudaría, y siempre me tuvo buena voluntad. Y en aquel tiempo le mandó enviar a llamar Su Majestad, y fue a Castilla (1) y cuando yo estaba en México por procurador síndico de la villa de Guazacualco platicando con él sobre negocios de la conquista de la Nueva España, de una plática en otra que vino coyuntura me dijo que antes que fuese obispo de Santo Domingo había sido inquisidor en Sevilla. Quiero dejar esta materia, aunque ha sido muy larga y prolija, en la cual por ella verán las licencias de Su Majestad que para herrar esclavos teníamos y de los señores de su Real Consejo. Dejemos esto y diré de los gobernadores que gobernaron la Nueva España. (2)

CAPITULO CCXIV

De los gobernadores que ha habido en la Nueva España hasta el año de quinientos y sesenta y ocho.

El primer capitán y gobernador fué el valeroso e buen capitán Hernando Cortés, que después el tiempo andando fué marqués del Valle y tuvo otros ditados y los tres bien merecidos, y gobernó muy bien y pacíficamente más de tres años, y luego fué a las Higueras y cabo de Honduras... y dejó por gobernadores y tenientes para que gobernasen al tesorero Alonso de Estrada, natural de Ciudad Real, y en su compañía al contador Rodrigo de Albornoz... o de Ramaga, y gobernaron obra de tres meses. Y luego gobernaron el fator Gonzalo de Salazar, natural de Granada, y en su com-

(1) Testado en el original: "y así como llegó a Castilla le dieron el obispado de..... Túy y fué presidente en la Real Audiencia de Granada; y en aquel tiempo vacó el obispado de León y le mejoraron, y luego vacó el obispado de Cuenta, por manera que se encontraban los correos que le traían las bulas de los obispados unos con otros; y luego le pasaron a la Audiencia Real de Valladolid, y en aquel tiempo y sazón fué nuestro señor Jesucristo servido llevarle a su santa gloria".

(2) Inmediatamente después de este último renglón hay una nota que dice: "no se escriba esto de abajo", que es el principio del capítulo siguiente.

pañía el veedor Peralmírez Chirinos [1], de Ubeda, y de la manera que fueron gobernadores ya lo he escrito otra vez en el capítulo que dello habla, y de los escándalos que en México hobo sobre si habían de gobernar o no, y estuvieron gobernando más de año y medio. Y como Cortés alcanzó a saber las alteraciones que en México había por su mala gobernación, les envió a revocar el poder desde la provincia de Honduras, y volvieron a gobernar otra vez el tesorero y contador, según y de la manera que Cortés les había dejado el poder. Y entonces echaron presos los mismos gobernadores al fator y veedor en unas jaulas de maderos gruesos. Y dende a obra de un año e medio volvió Cortés desde Honduras para México, y así como llegó tomó en sí la gobernación, y aun no habían pasado quince días que estaba entendiendo en cosas que convenía [2] sobre las alteraciones pasadas, en aquel tiempo vino de Castilla por gobernador un licenciado que se decía Luis Ponce de León, natural de Córdoba, y trujo provisión para tomar residencia a Cortés y a los capitanes y justicias que había en aquella sazón en la Nueva España, y estando tomando la residencia fallesció de modorra, y quedó su poder en el testamento a un licenciado que se decía Marcos de Aguilar, el cual el mismo Luis Ponce había traído en su compañía cuando pasó por la isla de Santo Domingo; otras personas de las que el Luis Ponce traía consigo le llamaban el bachiller Aguilar. Y el poder que le dejó en su testamento: que en ninguna cosa de la gobernación hiciese mudanza, ni pudiese quitar indios a ningún encomendero, ni sacase de las prisiones al fator y veedor, sino que estuviesen presos de la manera que los halló. Y más le encargó que luego hiciese relación dello a Su Majestad para que enviase a mandar lo que sobrello más fuese servido. Y desta manera gobernó el Marcos de Aguilar más de diez meses, y murió de ético y de mal de bubas, y dejó en el testamento poder para que gobernase el tesorero Alonso de Estrada; por manera que son tres veces las que gobernó el tesorero. Y cuando le dieron esta gobernación se concertó con los procuradores de la Nueva España, que para que tuviese más autoridad en su gobernación gobernase juntamente con él Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor y había sido capitán, persona muy preeminente [3]; y el tesorero lo hobo por bien; dijeron ciertas personas que porque quería casar una hija con él. Y estando gobernando entrambos a dos obra de diez meses. vino mandado de Su Majestad que sólo el tesorero gobernase, y quitaron de la gobernación al Sandoval. También vino cédula real que sacasen de las prisiones al fator y veedor y les volviese sus bienes, que estaban secrestados, y dende a pocos días mandó Su Majestad que viniese Audiencia Real, y por presidente della vino un Nuño de Guzmán, natural de Guadalajara, gobernador que en aquel tiempo era de la provincia de Pánuco. También vinieron por oidores cuatro licenciados que se decían: Delgadillo, natural de Granada, y Matienzo, decían era de hacia Vizcaya y un licenciado Parada... estar en la isla de Cuba, y un Maldonado, de Salamanca, no lo digo por el licenciado Alonso Maldonado "el Bueno", que ansí le llamamos, que fué

(1) Tachado en el original: "natural".
(2) Testado en el original: "al servicio de Dios y de Su Majestad".
(3) Tachado en el original: "tenido en mucho en toda la Nueva España".

gobernador de Guatimala y adelantado de Yucatán. Volvamos a nuestra plática. Que ansí como llegaron a México los licenciados que he dicho que venían por oidores, fallesció el Parada y el Maldonado, y estuvo asentada la Real Audiencia con el presidente, ya por mí nombrado, y los dos oidores más de dos años, y porque Su Majestad fué informado que no hacían lo que eran obligados, los mandó quitar redondamente, y luego vino por presidente don Sebastián Ramírez de Villaescusa, obispo que en aquella sazón era de la isla de Santo Domingo, y cuatro oidores, que se decían: el licenciado Salmerón, de Madrid; Alonso Maldonado, de Salamanca, y el licenciado Ceinos, de Zamora, y el licenciado Bernaldo de Quirova, de Madrigal, y fueron muy retos y buenos jueces. Y desde a ciertos años Su Majestad mandó llamar para que fuese a Castilla al presidente don Sebastián Ramírez para se informar dél de las cosas de la Nueva España; y así como llegó le dieron el obispado de Túy y le pusieron por presidente en la Audiencia Real de Granada, y en aquel tiempo vacó el obispado de León y le mejoraron y le pasaron a la chancillería de Valladolid, y luego vacó el obispado de Cuenca y se lo dieron, y en aqueste instante quiso Dios llevarle para su sancta gloria. Digamos agora del licenciado Salmerón, que había más de cuatro años questaba en la Nueva España por oidor y estaba rico; envió a demandar licencia para se ir a Castilla, y después de dada buena residencia, se fué y le pusieron en el Real Consejo de Indias, y dende que era viejo Su Majestad le mandó jubilar, y al licenciado Bernaldo de Quirova le dieron el obispado de Michuacán. Al licenciado Maldonado, por ser muy bueno y reto juez, vino por presidente y gobernador a esta provincia de Guatimala y Honduras, y sirvió muy bien a Su Majestad en los cargos que tuvo. Volvamos a decir que en aquel tiempo [1] mandó Su Majestad que viniese por visorrey y presidente de la Nueva España don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, y por oidores cuatro licenciados, que se decían: Tejada, de Logroño, y un licenciado anciano que se decía Loaisa, de la Ciudad Real, y el licenciado Santillán, que después fué dotor, natural de Sevilla, y el doctor Quesada de Ledesma; y dende a pocos días vino el licenciado Mejía, que después fué doctor, natural de Sant Martín de Valdeiglesias, y el doctor Herrera decían que era natural de cerca de Guadalajara. No se me acuerda del tiempo que estuvieron por oidores, porque unos iban a Castilla y otros venían y otros quedaban; no hace mucho al caso a nuestra relación no declarallo. En aquel tiempo vino por visitador de toda la Nueva España, y para hacer guardar las reales ordenanzas, el licenciado Tello de Sandoval, natural de Sevilla, y tomó residencia al visorrey don Antonio de Mendoza y a los oidores, y halló que eran rectos jueces, puesto que tuvo ciertos pundonores y cosquillas con el visorrey; y después que tomó la residencia se volvió a Castilla a ser oidor, y dende a poco tiempo fué presidente del Real Consejo de Indias y después obispo de Osuna o de [1]... Y en aquellos tiempos vino a México por juez de residencia de Nuño de Guzmán, y para hacer ciertas averiguaciones en lo... Jalisco, un licenciado que se decía de la Torre, natural de Badajoz..., licenciado como traía

(1) Tachado en el original: "ansí como llegó a Castilla el presidente don Sebastián Ramírez".
(1) Hay un espacio en blanco en el original.

buenas ganas de hacer justicia sobre el caso que venía, y fué el al que hobieron metido unos naipes en la manga del tabardo, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, y de enojo dello murió. También en aquella sazón vino de Castilla un licenciado que se decía Vena, y hizo encreyente al virrey y a toda la Audiencia Real que Su Majestad le enviaba para tomar residencia al licenciado Tejada y quedar por visitador de la Nueva España, y sobre ello tuvo tales embustes, que el virrey y Audiencia Real se lo creían y le mandaron asentar un día en los estrados juntamente con ellos; y desque vieron que no mostraba las provisiones, sino unos papeles falsos que traía sellados, y decían en ellas y en los sobrescriptos títulos y provisiones reales que Su Majestad le dió para ser visitador y tomar residencia al Tejada, y todo lo demás de dentro venían en blanco, y desque alcanzaron a saber sus maldades le mandaron dar docientos azotes muy bien pegados; porque demás desto tenía otra manera para con sus embustes le prestaron ciertas personas que tenían pleitos dineros, y por todo le desterraron de México después de azotado. Y en este tiempo mandó Su Majestad ir al Perú al visorrey don Antonio de Mendoza para pacificar aquel reino, que estaba alterado, y ansí como llegó y encomenzó a hacer justicia, quiso Dios llevarle para su santa gloria, y de su muerte se hizo gran sentimiento, y tuvieron mucha razón, porque en lo que vimos cuando era visorrey en la Nueva España la gobernó muy bien y es digno de muy loable memoria por sus muchas virtudes. Luego vino en su lugar por visorrey don Luis de Velasco, natural de Palencia, de tierra de Campos [1]; nunca con él comuniqué sino por cartas mensivas que le escrebí y me respondía luego acerca de un hijo mío que residía en su casa, y dicen que tuvo el cargo de virrey y gobernador diez y seis años, a cabo de los cuales fallesció, y pocos meses antes que Dios le llevase desta vida había enviado Su Majestad a México a un licenciado o dotor que se decía [2] de Valderrama, natural de Talavera; dicen que vino por visitador de la Nueva España, y según oí decir, que después que fallesció el virrey don Luis de Velasco, quiso ser supremo en el mando, y los señores oidores de la Real Audiencia no se lo consintieron, y hicieron relación dello a Su Majestad, y le envió a mandar que se volviese a Castilla a ser oidor, como de antes era, en el Real Consejo de Indias, y así como llegó fallesció. Y también en aquel tiempo o medio año antes volvió de Castilla el licenciado Zainos a ser oidor, como lo había sido antes, de la Real Audiencia de México. Y volviendo a nuestra relación, como en Castilla se supo que era fallescido el don Luis de Velasco, mandó Su Majestad venir por visorrey y gobernador a un caballero que se decía don Gastón de Peralta, marqués de Falces, conde de Santisteban, mayordomo mayor de Su Majestad, del reino de Navarra. Estuvo cierto tiempo en la ciudad de México; dicen [3] que era apacible y de buena conversación, y en el tiempo que estuvo en México no hobo tantas alteraciones [1] sobre las cosas que el marqués

(1) Tachado en el original: "tuvo fama de ser muy recto en todo lo que hizo".

(2) Queda en el original un espacio en blanco. El licenciado Valderrama se llamaba Jerónimo, según León Pinelo.

(3) Tachado en el original: "que gobernó muy bien".

(1) Tachado en el original: "como después que Su Majestad le envió a llamar que fuese en Castilla para se informar".

don Martín Cortés, y de un Alonso de Avila, y de un su hermano que se decía Gil González de Benavides, hijos que fueron de Gil González de Benavides "el Viejo" y sobrinos de un capitán que pasó con Cortés de los primeros a la Nueva España, que se decía Alonso de Avila, otras veces ya por mí nombrado. Y volviendo a la plática, aquestos sus dos sobrinos fueron los que degollaron, y se hicieron otras muchas justicias sobre las alteraciones y rebeliones, y para que más claramente se entienda sobre qué fueron, es de la manera que agora diré: El capitán Alonso de Avila, tío de los dos sobrinos de quien hicieron justicia, tenía depositado, por cédula de encomienda que le dió el marqués don Hernando Cortés, un buen pueblo e indios que se dice Cuautitlán, cerca de México, y como falleció el Alonso de Avila, cuyo de antes era el pueblo, demandole el fiscal de Su Majestad por estar vaco y ser de la corona real, porque el Gil González de Benavides, hermano de Alonso de Avila, no tuvo título ni cédula de encomienda del pueblo, sino que se servía dél por poder que le había dado su hermano el capitán Alonso de Avila, y porque el Gil González de Avila de Benavides, padre de los que degollaron, nunca fué conquistador de México que en la isla de Cuba se habría quedado porque cuando vino a México ya estaba conquistada la Nueva España, salvo que fué en compañía de Cortés cuando fuimos a las Higueras. Y porque otras personas sabrán muy más por extenso contar los trances que en México hobo sobrello mejor que yo, remítome a lo que en aquella causa está escrito, y porque yo vivo en la ciudad de Santiago de Guatemala, donde soy regidor, y no voy a México ni tengo allá en qué entender con virreyes ni la Real Audiencia, no tocaremos en estas teclas. Volvamos agora en la provincia de Jalisco, que el primer capitán que en ella hobo se decía Nuño de Guzmán natural de Guadalajara y siempre estuvo sujeta aquella provincia a la Audiencia Real de México y dende en ciertos años, mandó Su Majestad hobiese Real Audiencia en ella sin que tuviera su real sello, y sobre cosas que convenían, era suprema en el mando la real audiencia de México. Agora me han dicho en esta sazón que está sobre sí y como y porque ello yo ignoro... provincias, no tengo más noticia de ellas de lo que aquí digo, volvamos de Yucatán, ques en la banda del Norte, que los primeros que... capitanes se decía el adelantado don Francisco de Montejo y su hijo que se... Montejo, naturales de Salamanca, y estuvo ciertos años de debajo de... y en el año de quinientos cincuenta mandó Su Majestad que estuviese sujeta de Guatemala, y dende a cuatro o cinco años que estuvo de la manera que he dicho, mandó Su Majestad que volviese a estar sujeta a México. Y en aquel tiempo fué a Castilla un licenciado que se decía Quijada, que después fué dotor, natural de Sevilla, el cual solía ser vecino en Guatemala, y tenía pueblos de indios en encomienda que le rentaban setecientos pesos, y por cudicia de ser gobernador suplicó a Su Majestad que le hiciese merced de la gobernación de Yucatán, con tal que dejó los indios y los pusieron en cabeza de Su Majestad, y tuvo la gobernación ciertos años, y en la residencia que le tomaron parece ser que no gobernó como debía, le privaron de la gobernación, por manera que por cudicia de querer mandar perdió los indios que tenía ciertos, y condenado en costas, y fué a Castilla sobre ello e allá murió. Y

en su lugar vino por gobernador de Yucatán un Luis de Céspedes, natural de Ciudad Real, y tuvo la gobernación cuatro años, y según entendí no gobernó bien y se la quitaron; dicen que se fué huyendo a Castilla. Dejemos lo de Yucatán, pues siempre ha ido desde el principio de mal en peor en la mala gobernación, y pasemos a la gobernación de Guatimala, que el primer capitán y gobernador que en ella fué se decía don Pedro de Alvarado, natural de Badajoz, y en el año de veinte y seis fué a Castilla a suplicar a Su Majestad le hiciese merced de la gobernación destos reinos, y entretanto que fué dejó por su lugarteniente a un su hermano que se decía Jorge de Alvarado, el cual en aquella sazón se había casado con una hija del tesorero Alonso de Estrada, el cual tesorero en aquel tiempo era gobernador de México, y desde obra de un año questaba el Jorge de Alvarado gobernando a Guatemala envió Su Majestad la primera Real Audiencia que hobo en México, según dicho e memorado tengo, y ansí como llegaron a México enviaron a tomar residencia al Jorge de Alvarado, y el que vino para se la tomar se decía Francisco Orduña, y era hombre anciano, natural de Tordesillas. Lo que en la residencia pasó no lo alcancé a saber, salvo que me han dicho que mandaba como gobernador, y dende a obra de tres meses que estaba el Orduña tomando la residencia, volvió de Castilla el don Pedro de Alvarado con título de gobernador y trujo una encomienda de Santiago. Entonces vino casado con una señora que se decía doña Francisca de la Cueva, la cual murió ansí como llegó a la Veracruz. Volvamos a nuestra plática. Que llegado el adelantado a Guatemala, luego con mucha presteza hizo una buena armada, con la cual fué al Perú, y entretanto que fué dejó por su teniente de gobernador al propio su hermano Jorge de Alvarado, y dende en ciertos años volvió el adelantado del Perú muy rico. Y en aquella sazón envió la Real Audiencia de México otra vez para tomar residencia y por juez de agravios al licenciado Alonso Maldonado, natural de Salamanca, que era oidor de la Real Audiencia de México, y según paresció en la residencia y cosas que acusaron al adelantado hobo de volver a Castilla ante Su Majestad, y como nuestro rey e señor era cristianísimo y tuvo noticia de los servicios que le hizo, le dió por libre de los agravios y casos que le pusieron en las cosas que convenía e que pagase a Su Majestad. Y en aquella sazón se casó con otra señora hermana de la primera mujer, la cual se decía doña Beatriz de la Cueva, y como le favorescía el duque de Alburquerque y el comendador mayor de Alcántara, don Pedro de la Cueva, y don Alonso de la Cueva, parientes de su mujer, Su Majestad le hizo merced que fuese gobernador, como lo era antes, por ciertos años, y venido a Guatemala hizo una muy grande armada para irse por el poniente a la China, islas de la Especería, todo lo cual tengo declarado en el capítulo que de ello habla... armadas, y entretanto que fué con su flota dejó por su teniente de gobernador a don Francisco de la Cueva, que era licenciado y primo de la mujer, y aun he oído decir que le... sé cosa alguna cierta de la gobernación si no fuese con parescer v acuerdo... moría don Francisco Marroquín, e yendo ya el adelantado con trece navíos y sobre seiscientos soldados, llegó con toda su armada a la provincia de Jalisco, y estando para hacerse a la vela y seguir su derrota, le trujeron cartas, las cuales le envió un capitán que

se decía Cristóbal de Oñate, enviándole a suplicar con grandes ruegos, y en nombre de Su Majestad le pedía que luego le fuese a socorrer, que estaba para perderse él con un su ejército de españoles en unos pueblos o fortalezas que se dicen Nochiztlán, y que de día y de noche le herían y mataban muchos españoles, y que no se podía valer, y que estaba en grande aprieto y necesidad, porque si los indios de Nochiztlán quedasen con vitoria, toda la Nueva España corría riesgo. Y desque el don Pedro de Alvarado oyó y entendió aquellas nuevas y tan ciertas, mandó a sus capitanes y soldados que con brevedad le fuesen a socorrer, y con mucha presteza fué a los peñoles y con su socorro aflojó alguna cosa el combate que los indios de aquella provincia daban a los españoles, mas no de manera que les quitasen de hacer con grande esfuerzo como valientes guerreros, y no embargante el socorro, estaban en grande necesidad los españoles, porque les mataban muchos soldados. Pues desque encomienza la adversa fortuna viene un desmán tras de otro; y es que estando el don Pedro de Alvarado peleando contra los escuadrones de los indios guerreros, paresció ser que un soldado, estando peleando, se le desriscó un caballo y vino rodando por el peñol abajo, con tan gran ímpetu por donde el adelantado estaba, que no se pudo apartar a cabo ninguno sin que el caballo lo tomase debajo, de arte que le magulló el cuerpo, y fué de tal manera que se sintió dello muy malo, y para guarecerle y curalle le llevaron en andas a una villa que allí había más cercana de aquellos peñoles, que se dice La Purificación, e yendo por el camino se comenzó de pasmar, y llegado a la villa, después de haberse confesado y comulgado, dió el ánima a Dios que la crió; algunas personas dijeron que hizo testamento [1]. Como murió el adelantado, envió la Real Audiencia de México por gobernador al licenciado Alonso Maldonado, ya otra vez por mí nombrado, y dende a obra de un año questo pasó mandó Su Majestad que viniese Audiencia Real a esta provincia de Guatemala, y vino por presidente della el mesmo licenciado Alonso Maldonado, la cual asentaron en una villa que se dice Gracias a Dios, y vinieron tres oidores, que se decían el licenciado Rogel de Olmedo, y el licenciado Pedro Ramírez de Quiñones, natural de León, y el doctor Herrera, de Toledo, y dende a cierto tiempo mandó Su Majestad que se pasase la misma Real Audiencia a esta ciudad de Santiago de Guatemala, e porque el licenciado Alonso Maldonado había muchos años que había estado por oidor de México y presidente en estas provincias, y tenía necesidad de ir a negociar ante Su Majestad que le hiciese merced del adelantado de Yucatán y pueblos de indios que fueron de su suegro, el adelantado don Francisco de Montejo, que en aquella sazón había fallescido, envió a suplicar a Su Majestad le diese licencia para ir a Castilla, la cual licencia le mandó dar con tal que primero diese residencia, en la cual le hallaron y tuvieron por muy buen juez. En su lugar mandó Su Majestad venir por presidente al licenciado que se decia Alonso López Cerrato, natural de Extremadura, y por oidores al licenciado Tomás López, natural de Tendilla, y al licenciado Zorita, de Granada. Y, como dicho tengo, estaba antes por oidor el licenciado Pedro Ramirez de

(1) Testado en el original: "perdónele Dios, amén. Volvamos a nuestro cuento que".

Quiñones, y desque el presidente Cerrato hobo estado cuatro años, y estaba rico y era reto en hacer justicia, como era viejo, y de la Iglesia, envió a suplicar a su Majestad le diese licencia para ir a Castilla, que estaba bien acreditado en el Real Consejo de Indias... pado otro mayor rango en que pudiese servir al... con que diese residencia, y para se la tomar vino... Quesada, natural de Ledesma, y estando tomando... Fué Dios servido de llevarlo desta vida y... doctor Quesada, que se la estaba tomando, quedó por presidente el oidor más antiguo, el cual fué el licenciado Pedro Ramírez. Y dende a poco tiempo Su Majestad mandó venir por presidente al licenciado Juan Martínez de Landecho, natural de Vizcaya, y en aquel tiempo o pocos meses antes vino por oidor el licenciado Loaisa, natural de Talavera, y también en aquel tiempo vino por oidor el doctor Antonio Mejía, natural de San Martín de Valdeiglesias, que solía estar con el mesmo cargo en la Real Audiencia de México. Y porque el doctor Mejía y otro dotor que se decía Herrera, que también era oidor de la Real Audiencia de México, tuvieron ciertos debates o cosquillas, y por metellos en paz Su Majestad mandó al dotor Mejía viniese a esta provincia por oidor, y el doctor se fué a Castilla, y, según paresció, dende a cierto tiempo mandó Su Majestad que tomasen residencia al doctor Mejía, la cual le tomó el presidente Landecho, e por ciertos cargos que le puso le privó del oficio real por ciertos años, y sobre ello fué a Castilla y se libró dellos, y en tanto que le proveían de otro real cargo fué corregidor de Talavera, y después fué proveído por presidente de la Real Audiencia de Santo Domingo, donde murió con el cargo de presidente, y en su lugar del doctor Mejía vino por oidor desta Real Audiencia el dotor Barros de Sanmillán, natural de Segovia, y si tuviera algunas barbas, como decían que tenía letras, le autorizaran mucho su persona. Y dende a pocos años que estaban por presidente el licenciado Landecho mandó Su Majestad que la misma Audiencia Real que estaba en esta ciudad de Santiago se pasase a Panamá, porque dizque informaron que estaría allá mejor e por otras causas que yo no alcancé bien a saber. Y demás desto mandó Su Majestad que tomasen residencia al licenciado Landecho y a todos los demás oidores que en ella residían, y si los hallasen culpados los quitasen, y para tomar la residencia vino proveído el licenciado Francisco Briceño, natural del Corral de Almaguer, que de antes había sido oidor en el Nuevo Reino de Granada, e trujo comisión para tomar esta residencia y pasar el real sello a Panamá, y para tener cargo del real sello fuese proveído al oidor que más sin cargos hallase y sintiese ser más justificado, y también trujo comisión para tomar cuenta a los oficiales de la Real Hacienda y a los bienes de los difuntos, y para que los pleitos questuviesen comenzados por la Real Audiencia pasada que los acabase de los fenescer y concluir. Y volviendo a nuestra materia, tomó residencia al licenciado Landecho, que era presidente, y al licenciado Loaisa, oidor, y al doctor Barros, y vistos sus cargos y descargos, les privó de oficio real por ciertos años y les condenó en cierta cantidad de moneda al presidente Landecho y al Loaisa, y dejó libre al doctor Barros, e hobieron de ir sobre ello a Castilla, y Su Majestad mandó que el licenciado Landecho fuese con cargo de oidor al Perú, yo no sé otro cargo que dicen

que llevaba, y llegado a Panamá fallesció, y el licenciado Loaisa vino a esta ciudad por oidor, y desde aquí le mandó Su Majestad que fuese por oidor a lo de Chile; al doctor Barros proveyó para que fuese con el real sello hasta Panamá y que estuviese alli por presidente de la Real Audiencia hasta que Su Majestad otra cosa mandase, y la causa por qué le envió con el real sello fué porque le halló el licenciado Briceño con menos cargos. Y después que el licenciado Briceño hobo despachado el real sello y salió con el ilustre cabildo desta ciudad y otros caballeros, fué a la villa de la Trinidad a partir ciertos términos y jurisdiciones, y luego fué a ver ciertas tierras de labor de trigo que habían tomado a unos pueblos, y se las hizo volver a cuyos eran, e visitó toda su provincia, y esto hacía sin llevar salario de parte alguna; y si hobiese de decir en todo el tiempo que estuvo por gobernador cuán bien lo hacía, sería larga relación, y quedarse ha en silencio. Mas lo que a mí me... que tuviera sufrimiento, y con los negociantes... era buen juez, mas todo lo borraba con su... que le parescía a él ser bien dicho... en el año de mill e quinientos y sesenta y seis, siendo... mes de mayo, entre la una y las dos del día, comenzó a temblar de tal arte la tierra, que levantaba las casas y paredes y aun tejados, y cayeron en el suelo muchas dellas, y otras quedaron sin tejas, acostadas a un lado, que pensamos que la tierra se abría para nos sorber, y puesto que todos salimos al campo, no estábamos seguros, ni tampoco osábamos dormir dentro de nuestras casas, que en el campo, y en los patios, y en la plaza desta ciudad hacíamos nuestros ranchos. Y porque destos recios temblores hay mucho que decir, como que duraron nueve días, y toda esta ciudad, juntamente con la clerecía y religiosos y todas las señoras con grandes procesiones, diciplinándonos todos los más demandando a Dios misericordia, y se entendieron en hacer paces y amistades y otras santas y pías obras, y fué cosa de admiración ver cómo cuando íbamos en aquestas santas procesiones, dando gemidos y llorando, corriendo sangre de las espaldas, no podíamos ir adelante ni tenernos en los pies, porque como era a media noche, caían casas con tejados, con el gran ruido que la tierra hacía cuando temblaba y las tapias que venían sobre nosotros, y aunque íbamos por mitad de las calles, temimos que era venido el fin de nuestros días, e con oraciones y contritas confesiones y penitencias, que en todo esto hacíamos, quiso Dios que echásemos suertes a muchos santos, y entre ellos a señor Sant Sebastián, e Dios Nuestro Señor por su santa misericordia, cayó la suerte por nuestro abogado al bienaventurado mártir Sant Sebastián, y desde entonces comenzó a aflojar el recio temblor, y prometimos ir cada año en procesión a una iglesia que hecimos en el campo del señor San Sebastián y celebrar su fiesta, víspera y día. Mucho había que decir sobre estos recios temblores, y cómo luego vino una avenida de mucha agua, que salió de madre un arroyo, que quiso anegar esta ciudad, y desde entonces hicimos una puente muy buena. Dejemos esta plática y volvamos a decir de la rebelión y alborotos que en aquella sazón en México hobo sobre lo del marqués don Martín Cortés y los hijos de Gil González de Avila, que degollaron. Como somos en esta ciudad muy leales vasallos y servidores de Su Majestad, el ilustre cabildo della, con todos los demás caballeros, ofrescimos todas nuestras hacien-

das y personas para si menester fuera ir contra los de la rebelión, y pusimos guardas y asechanzas y buen recaudo de soldados por los caminos para si algunos de los deservidores de Su Majestad por acá aportasen prendellos, y demás desto hecimos un real alarde para ver y saber qué arcabuceros y hombres de a caballo con todo su aparejo de armas había; que cierto fué cosa muy de ver las ricas armas que salieron, y más la pronta voluntad que todos teníamos para ir, si menester fuera, a México en servicio de Su Majestad. Y paréceme a mí ques tan leal esta ciudad, que en nasciendo los hijos de los conquistadores tienen escritos en el pecho y corazón la lealtad que deben tener a nuestro rey y señor. Pues ya que estábamos muy a punto, como dicho tengo, vinieron cartas de México, de fe y de creer, cómo eran degollados los dos hermanos que se decían Alonso de Avila y Benavides, y desterrados y hecho justicia de otros de la rebelión, y que todo estaba en alguna manera seguro, mas no muy pacífico. Y cuando lo supimos en el ilustre cabildo desta ciudad, puesto que como cristianos nos pesó así de la rebelión, como de la muerte de los por mi ya nombrados. Por otra parte descansaron nuestros corazones en estar segura México y haber reta justicia en ella y dende a pocos días nos vinieron otras cartas que su Majestad había enviado a México, ciertos jueces de sus reales consejos personas de calidad y de ciencia y conciencia cuántos y por qué causas habían hecho la rebelión e quien se hallasen culpados quitasen las vidas y haciendas... muy retos justificados oidores y entrellos... a hacer justicia a los jueces que vinieron... oidor que fué en Castilla, y... halló justicia a ciertos hombr... declaró por su honor que habí... servicio que se debe a Su Majestad... y ser obligado a ello... siempre procuraba de ser... no quedó con buena fama. Dios lo remedie todo, ansí lo uno como lo otro. En Castilla pasan estos pleitos, allá lo sabrán más por extenso que yo lo escribo. Mucho me he detenido de traer a la memoria cosas que en cinco años que gobernó esta provincia el licenciado Briceño pasaron; dejarlo he aquí y diré de la gobernación de la provincia de Honduras, que enviaron los frailes jerónimos, questaban por gobernadores en la isla de Santo Domingo, que plugiera a Dios que nunca tales hombres enviaran, porque fueron tan malos y no hacían justicia ninguna, porque demás de tratar mal a todos los indios de aquella provincia, herraron muchos dellos por esclavos y los enviaban a vender a la Española, y a Cuba, y a la isla de San Juan de Baruquen, y decíanse aquellos malos gobernadores: el primero, Fulano de Albitez, y el segundo, Cereceda, natural de Sevilla, y el tercero, Diego Díaz de Herrera, que también era de Sevilla, y estos tres fueron principio de echar a perder aquella provincia. Y esto que aquí digo sélo porque cuando vine con Cortés a lo de Honduras me hallé en Trujillo, que se decía en nombre de indios Guaimura, y me hallé en Naco, y en el río de Pichín, y en el de Balama, y en el de Ulúa, y en todos los más pueblos de aquellas comarcas, y estaba muy poblado y de paz, y en sus casas con sus mujeres y hijos. Y desque fueron aquellos malos gobernadores los destruyeron, de manera que en el año de mill y quinientos y cincuenta y un años, cuando por allí pasé, que vine de Castilla, como me conocieron dos caciques del tiempo pasado, me contaron sus desventuras y malos tratamientos con lágrimas en sus ojos, y hobe man-

cilla de ver la tierra de aquel arte. Y en el año de mill y quinientos y cincuenta había estado por gobernador un hidalgo que se decía Juan Pérez de Cabrera, el cual murió dende a dos años; no hizo mal ni bien, y volvió a estar aquella provincia sujeta a Guatemala, y en todo lo que se pudo remediar le ayudaban y favorescían los presidentes y gobernadores de Guatemala. Y en aquel tiempo vino a ella por gobernador un licenciado que se dice Alonso Ortiz de Argueta, natural de Almendralejo, y gobernó ciertos años; no dejó buena fama en la residencia que le tomaron. Después vino otro gobernador que se decía Juan de Vargas Carvajal; según dicen, lo hizo peor que los pasados, y si no muriera antes que le tomasen la residencia, librara muy mal. Volvamos a la provincia de Soconusco, que está entre Guatemala y Guaxaca. Digo que en el año de veinti y cinco estuve en ella de pasada ocho o diez días, y solía ser poblada de más de quince mill vecinos, y tenían sus casas y huertas de cacaguatales muy buenas, y toda la provincia hecha un vergel de árboles de cacaguatales, y era muy apacible, y agora, en el tiempo de quinientos y sesenta y ocho, está tan fatigada y despoblada, que no hay en ella mill y docientos vecinos; y preguntando como se había despoblado y había tan pocos vecinos me dijeron que los unos se murieron de pestilencia, y otros que no les dejan reposar los alcaldes mayores y corregidores y alguaciles que tienen, y de muchos clérigos y curas que les ponen los perlados, y ciertamente que hay tantos que la mitad sobran. Mas, pecador de mí, que no habían de ser tan codiciosos como son que por el trato de unas como almendras que se dice cacao, de que hacen una cosa como a manera de brebaje, que beben, ques muy bueno, sano y sustancioso, y como en aquella provincia hay muy bueno, andan muchos mercaderes entre los... se lo comprar, y ansí los curas y clérigos y alcaldes... alguaciles, a este efeto, ni les dejan reposar, y es... tan destruída de cuán próspera la vi... a los señores que mandan en el real... y como no me hallo presente en la... y de cada día vienen de mal... proveer de gobernador... oñez de Villa Quirán, natural... justicia y quitase el trato de mer... hacían ansí los clérigos y alguaciles... decía que fué el que... vino y otras muchas cosas de mercaderías a precios muy subidos, y hicieron ciertos desatinos y malos tratamientos que los indios no se podían valer dellos, porque más reclamaba que les hiciese justicia, y ansí como llegó a la Nueva España por virrey el ilustrísimo marqués de Falces, etcétera, tuvo noticia dello, por la que dieron de aquel Pero Ordóñez, questaba por gobernador, y le envió a tomar residencia, y estándosela tomando se huyó en parte que no se pudo haber tan presto, porque hizo muchos delitos muy probados; hanme dicho que se ha ido huyendo a Castilla. Y después desto vino por gobernador de la misma provincia un Pedro de Pacheco, natural de Ciudad Real; fama tenía que era buen gobernador. Sobre ciertas cosas la Audiencia Real desta ciudad le envió a tomar residencia, y sobre tratos que dicen que tenía con los indios le mandaron venir preso a esta ciudad, y de dolencia y enojos dicen que murió. Y desta manera que he dicho ha pasado en aquella provincia y gobernación. Vamos adelante a la provincia de Nicaragua, quel primero que la comenzó a poblar y la conquistó fué un capitán que allá envió Pedrarias de Avila en el tiempo que fué gobernador de tierra firme, el cual capitán

se decía Francisco Hernández, hombre de calidad; ya se ha de entender que no lo digo por el primer descubridor de Yucatán, que también se decía Francisco Hernández de Córdova, sino por el que envió el Pedrarias de Avila, el cual mandó degollar en el año de mill y quinientos y veinte y cuatro, porque fué informado por cosa muy cierta que se alzaba con aquella provincia, con favor que para ello le prometió Cortés, cuando estábamos en lo de Honduras, según lo tengo escrito en el capítulo que dello habla; por manera que Pedrarias de Avila tenía ya degollados dos capitanes: el primero se decía Vasco Núñez de Balboa, el cual hobo desposado con una su hija, y el segundo fué este Francisco Hernández de que hemos hecho minción. Y después que hobo mandado hacer justicia dél, envió a suplicar a Su Majestad que le hiciese merced de aquella gobernación de Nicaragua para un yerno suyo que se dice Rodrigo de Contreras, natural de Segovia, con quien había poco tiempo que casó a una su hija que se decía doña Mar Arias de Peñalosa. Habiendo gobernado Rodrigo de Contreras ciertos años, vino mandado de Su Majestad que le quitasen la gobernación, y estuvo mucho tiempo debajo de la Real Audiencia de Guatemala, y desde a ciertos años Su Majestad hizo merced de la gobernación della y de la Costa Rica, que aún no estaba conquistada, a un hidalgo que se decía Juan Vázquez Coronado, natural de Salamanca, y viniendo por la mar se perdió el navío en que venía y se ahogó. Perdónele Dios. Y después acá ha habido otros gobernadores, que aquí no declaro, porque como aquella provincia es de muy pocos indios y viene cada día a menos, valdría más que no tuviese tantos gobernadores (1). Dejaré de contar tantas cosas acaescídas en aquella provincia, ni de sus volcanes, que echan grandes llamaradas de fuego, ni tampoco quiero poner por memoria la entrada que fué desde México Francisco Vázquez Coronado a las ciudades que dicen de Cibola; porque yo no fuí con él, no tengo que hablar en ello; los soldados que fueron aquel viaje lo sabrán mejor relatar. Mas se decía que en aquella gran ciudad meses antes fué casado el Francisco Vásquez con una señora doncella muy virtuosa y hermosa, hija que fué del tesorero Alonso de Estrada, y des que fué llevado a la provincia de Cibola... con que halló a los soldados que le.... sonas dijeron que por se volver a su... desto cayo malo de modo... no faltó quien dijo que quiso venir... la guerra de Troya y... En aquella entrada que.. de pesos de oro de su... tero de la vuestra armada... muertes y trabajos de hambres y de otras malas venturas... haciendo de Su Majestad y las suyas, y se volvieron a México perdidos. Y he dicho lo mejor que he podido de todos los gobernadores que ha habido en toda esta provincia de la Nueva España, bien es que diga en otro capítulo de los arzobispos y obispos que ha habido.

(1) Tachado en el original: "como a ella vienen".

(AQUI CONCLUYE EL CODICE AUTOGRAFO)

Indice del Tomo Segundo y Ultimo

Página

BIBLIOTECA "GOATHEMALA"

DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

Dirigida por el Licenciado J. ANTONIO VILLACORTA C.

OBRAS ESCRITAS DURANTE LA COLONIA

VOLUMENES PUBLICADOS:

Volumen I—**Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala,** por Fray Francisco Ximenez, de la Orden de Predicadores. —Tomo I-1929.

Volumen II—**Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa,** etc.—Tomo II-1930.

Volumen III—**Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa,** etc.—Tomo III-1931.

Volumen IV—**Historia General de las Indias Occidentales, y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala,** por Fray Antonio de Remesal, de la Orden de Predicadores.—Tomo I-1932.

Volumen V—**Historia General de las Indias Occidentales, y particular, etc.**—Tomo II.

Volumen VI—**Recordación Florida,** historia de Goathemala, compuesta por el Capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, Regidor perpetuo y patricio patrimo nial de la misma ciudad de Goathemala.—Tomo I

Volumen VII—**Recordación Florida,** historia de Goathemala, etc.—Tomo II.

Volumen VIII—**Recordación Florida,** historia de Goathemala, etc.—Tomo III-1933

Volumen IX.—**Historia de la conquista de la Provincia del Itzá,** reducción y progresos de la de el Lacandón, etc., por Juan de Villagutiérre Sotomayor, Secretario del Consejo de Indias 1933

Volumen X—**Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España,** por Bernal Díaz del Castillo, tomada del original que se encuentra en el archivo de la Municipalidad de Guatemala.—Tomo I—1933

Volumen XI—**Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, etc.**—Tomo II.

EN PRENSA:

Volumen XII—**Libro Viejo de la Fundación de Guatemala.—Colección de Documentos Antiguos de su Ayuntamiento, y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado.**

EN PREPARACION:

Volumen XIII—**Historia Natural de la Provincia de Chiapa y Guatemala.** Por Fray Francisco de Ximenes.—(Inédita) **Historia del Cielo y de la Tierra,** creación del mundo, relación de los ritos y costumbres de los Culehas; por Ramón Ordónez y Aguiar.

Volumen XIV—**Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias, y especial de la Provincia de San Vicente Ferrer de Chiapa y Goathemala,** de la Orden de Predicadores.—Autor anónimo.

Volumen XV—**Crónica de la Provincia del Santisimo Nombre de Jesús de Guatemala,** por Fray Francisco Vásquez, de la Orden Seráfica.—Tomo I.

Volumen XVI—**Crónica de la Provincia del Santisimo Nombre de Jesús, etc.**—Tomo II.

Volumen XVII—**Crónica de la Provincia del Santisimo Nombre de Jesús, etc.**—Tomo III.

Volumen XVIII—**Historia Betlemitica, vida del P. Pedro de San José de Betancur,** por el P. Fray José García de la Concepción. — **Vida portentosa del americano septentrional el V. P. Fray Antonio Margil de Jesús,** por Hermenegildo Vilaplana.

Volumen XIX.—**Descripciones geográficas del antiguo reino de Guatemala**

Volumen XX — **Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala,** por el Br. Domingo Juarros.